

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

RAMON J. VELASQUEZ

11

LOS HEROES Y LA HISTORIA



CARACAS / 1981

ESTUDIOS, MONOGRAFIAS Y ENSAYOS

*BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE LA HISTORIA*

———— *II* ————

Director de la Academia Nacional de la Historia:

Blas Bruni Celli

Comisión Editora:

Carlos Felice Cardot

Guillermo Morón

Joaquín Gabaldón Márquez

Mario Briceño Perozo

Oscar Beaujón

Director de Publicaciones:

Guillermo Morón

LOS HÉROES Y LA HISTORIA

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

RAMON J. VELASQUEZ

11

LOS HEROES Y LA HISTORIA



CARACAS / 1981

ESTUDIOS, MONOGRAFIAS Y ENSAYOS

© *Copyright by*
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1981

IMPRESO EN VENEZUELA



ITALGRAFICA, S.R.L. - CARACAS

ALGUNAS NOTICIAS SOBRE EL AUTOR:

RAMON JOSE VELASQUEZ, nativo de San Juan de Colón, Estado Táchira. Doctor en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela y abogado de la República. Elegido en 1964, Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, para ocupar el sillón T vacante por la muerte del historiador Caracciolo Parra Pérez. Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua correspondiente de la Real Española. Director de "EL NACIONAL" de Caracas (1964-1968) y nuevamente a partir de 1979. Fundador del Instituto de Investigaciones Históricas del Periodismo venezolano en la Escuela de Periodismo de la Universidad Central de Venezuela en el año de 1958. Profesor fundador de la cátedra de Historia del Periodismo Venezolano en la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica "Andrés Bello", en 1962. Fundador del Boletín del Archivo Histórico de Miraflores en 1960. Director de la Colección "Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX", editado por la Presidencia de la República, en 1961. Director fundador de la "Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses". Miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Historia. Presidente del Consejo Directivo de la Fundación para el Rescate del Acervo Histórico Venezolano". Presidente del Consejo Nacional de la Asociación Pro-Venezuela.

PUBLICACIONES DEL AUTOR:

"El Táchira y su proceso evolutivo", 1940. "Apuntes para la historia electoral de Venezuela" (1884-1952). "López Contreras, un estilo político", 1950. "Arévalo Cedeño, el hombre de las siete invasiones" (1954). "Velasco Ibarra, el problema político del Ecuador" (1954). "Janio Quadros y el drama del Brasil", (1955). "Donde la patria empieza..." (Elogio de la ciudad de San Cristóbal en los 400 años de su fundación) 1961. "Coro, raíz de Venezuela", 1961. "La juventud de un caudillo" (Cipriano Castro: 1884-1899), 1968. "La obra histórica de Caracciolo Parra Pérez" (discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia) 1971. "Pocaterra, actor y testigo de una época", 1973. "Tomás Funes, no es un nombre" 1974. "Aspectos de la evolución política de Venezuela en el siglo XX" (Historia política en el libro "Venezuela Moderna", Fundación Mendoza, 1976.) "Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez", 1979. "Rómulo Betancourt en la historia de Venezuela", 1980.

EXPLICACION

Debo a la cordial invitación de Guillermo Morón, Director de Publicaciones de la Academia Nacional de la Historia, la distinción de ver incluidas estas páginas en la colección "Estudios, Monografías y Ensayos". En su mayoría fueron escritas con destino a grupos estudiantiles interesados en conocer algunos detalles de nuestro proceso histórico. Los jóvenes venezolanos tratan de llenar, en una u otra forma, el vacío de información que les deja un plan de estudios que desterró de sus programas el conocimiento de la historia de Venezuela.

Cuando estos grupos estudiantiles han pedido mi colaboración para adelantar sus propósitos o cuando la invitación ha venido de gente de la provincia, en donde se dispone de más tiempo y curiosidad por remontar el río del pasado he creído obligación, atender el llamado. No para plantear nuevas interpretaciones, ni para anunciar el descubrimiento de fuentes históricas desconocidas. No es la originalidad interpretativa, ni la revelación de nuevos paisajes históricos, el empeño que presidió la empresa. Podrían muy bien calificarse estos textos de ayuda memoria históricos, invitaciones a la reflexión acerca de episodios fundamentales para acercarnos más a la vida y a la intención de la obra de los fundadores de las repúblicas hispanoamericanas.

De la correspondencia de Bolívar y del examen de sus actuaciones como estratega y caudillo, como pensador y gobernante, sin agregar adjetivos, ni caer en la alabanza, surge todo un tratado de moral política y administrativa de indudable vigencia, así como ahondando en los conflictos que confrontó en el manejo de los hombres y en la tarea de constructor de repúblicas, se logran sabias advertencias sobre los interrogantes del presente.

Me ha interesado siempre la figura de Cristóbal Mendoza, a cuya vida y obra dedico largas páginas del volumen. Es uno de los auténticos héroes civiles de la emancipación. Revolucionario, sin vacilaciones, ni concesiones en el largo período que va de 1810 a 1830, original pensador, enérgico y eficaz como organizador, dicta una útil lección de moral republicana cuando mantiene sus tesis constitucionales y defiende su

concepción del nuevo Estado colombiano, contrariando las proposiciones de su amigo Simón Bolívar. Siendo el más leal de los bolivarianos, sostiene y defiende en 1819 sus puntos de vista contrarios a las novedosas tesis constitucionales de Bolívar, así como en 1829 se enfrenta a José Antonio Páez, sin que lo atemorice la omnipotencia del caudillo llanero, ni la soledad peligrosa que rodea su actitud.

A José Antonio Páez, al Páez que a partir de 1821 se constituye en Venezuela en el único centro de poder político y militar, he dedicado atención preferente. Pues en el molde que construyó con su valor, su prestigio y su astucia en el manejo de los hombres y de las situaciones se vaciaron, con más o menos suerte, las figuras que lo van a suceder en el ejercicio del mando supremo. Páez es el prototipo del gobernante tradicional venezolano, con sus virtudes y defectos. Es el buey madriero de que habló en una ocasión el Libertador. Preside la desintegración de Colombia, pero frena, liquida y evita que prospere la empresa divisionista de los Generales de Oriente y salva la unidad de la antigua Venezuela. Utiliza las mejores capacidades políticas e intelectuales de su época y comprende la necesidad de darles el respaldo de su prestigio caudillesco para que esos grupos de letrados puedan dotar al país de las instituciones de un país republicano, pues triunfante la causa emancipadora continuaban vigentes mandatos y ordenanzas reales. Se equivoca en la elección de José Tadeo Monagas como sucesor en la Presidencia de la República y esta equivocación, igual que su caída, destierro y retorno van a repetirse de modo casi monótono en las etapas finales de los gobiernos que a lo largo del siglo XIX y durante buena parte del siglo XX se suceden en el poder.

La "Aproximación a la historia rural de Venezuela" la escribí por insinuación del ingeniero Guillermo Zuloaga y como prólogo al libro "El Campo Venezolano" (Fundación Mendoza), editado en 1973. Alarmaba a Guillermo Zuloaga el escandaloso desconocimiento del paisaje venezolano por parte de las nuevas generaciones venezolanas —la mayoría determinante del país— que nacen, crecen, se multiplican y mueren en el calabozo de nuestras ciudades, sin asomarse a la Venezuela de las montañas, de la selva, de los valles, de los llanos. El automóvil y el avión —decía Zuloaga— han hecho del nuevo venezolano un mal turista en su patria. Y aseguraba que el olor del monte, el perfume de los rosales, la sombra de los árboles frutales, la paz penumbrosa de los cafetales, el canto de las chicharras y el grito de los alcaravanes eran

para los jóvenes venezolanos algo extraño, remoto, films de televisión igual que los paisajes de Etiopía o de Irlanda, condenadas como estaban esas generaciones, a percibir como únicos olores urbanos los de la humareda que despiden los vehículos colectivos y el perfume artificial de los atomizadores. El nombre de las plantas y el ritual de las cosechas se van convirtiendo en material para cronistas que evocan el pasado y argumento para películas de corto metraje dedicadas a alabar el valor trascendental de la cerveza.

Compartí el interés de Zuloaga por estos temas y me dediqué a seguir a través de las crónicas y diarios de los viajeros del siglo XIX, descripciones del campo venezolano, el descubrimiento que hacían de aquellas comunidades rurales —el 85% de la población— perdidas, aisladas, ahogadas por la miseria y el desierto. La primera sorpresa fue la ausencia de testimonios venezolanos. Con excepción de Francisco de Michelena y Rojas, “el viajero universal” y de Ramón Páez, a partir de Humboldt, la pintura del paisaje, la descripción de la actividad campesina, los pasos descubridores de nuestro paisaje son de alemanes, italianos, españoles, franceses. Depons, Semple, Appun, Codazzi, Santiesteban, como antes los legionarios británicos de la independencia son quienes asumen la tarea de salvar el recuerdo campesino de aquella época, en sus valiosas referencias.

Quedan perdidos en las colecciones de periódicos, valiosos relatos de políticos y aventureros venezolanos que por razones distintas al del estudio del paisaje y del hombre tuvieron que adentrarse en las profundidades de Guayana y del Amazonas. El descubrimiento del paisaje venezolano por su propia gente es aventura y ejercicio del siglo XX y entonces empiezan a contarse los nombres de Alvarado, Peraza, Jahn, Samuel Darío Maldonado, Calzadilla Valdez, Juvenal Anzola, Elías Toro, Carlos Alamo, Pittier, Tamayo, Rangel Lamus, entre los primeros.

Me ha parecido realmente útil hacer el catálogo y más tarde la antología de las andanzas descubridoras de estos viajeros, pues creo que la descripción de esa Venezuela real, aislada, pobre, analfabeta, contribuye de una manera eminente a lograr una mejor comprensión del proceso político y de la suerte de nuestras instituciones republicanas, a lo largo de más de cien años de historia. Juzgar este proceso y calificar y clasificar a sus actores como si la Venezuela de aquel tiempo fuera la civilizada Francia de la bella época y pensar que los minúsculos grupos semi cultos y cultos de Caracas, Mérida, Valencia, Coro o Cumaná iban

a determinar cambios trascendentales en una realidad unificada a los intereses todopoderosos del atraso, el desierto y la miseria es fabricar una mentira para contar una historia.

Al volver a transitar los senderos que llevaron a esos viajeros hasta las más remotas regiones del país rural se torna más importante la obra trágicamente inconclusa de quienes se enfrentaron a esa bárbara realidad en busca de una transformación de los términos de la vida venezolana y también se entiende mejor el mecanismo de nuestras guerras civiles que significaban el relevo de masas campesinas en el papel de guardianes del orden secular.

Bajo el título de "Apuntes para una revisión del proceso histórico venezolano" aparecen unas notas que pretendieron ser la base de mi trabajo de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, como Individuo de Número, para ocupar el sillón vacante por la muerte del ilustre historiador y diplomático Caracciolo Parra Pérez. La lucha por la vida frustró éste, como muchos otros proyectos, que imaginé poder acometer a lo largo de los años y cuya realización se quedó en el cementerio de los sueños. Al igual que en el caso de Rufino Blanco Fombona, la extensa, original y valiosa obra histórica de Parra Pérez no ha sido mirada con verdadero interés y aprecio por sus compatriotas. Tal vez las dimensiones de su monumental legado ha llamado al desánimo a quienes debíamos concederle la jerarquía que merece ese replanteamiento de nuestro proceso emancipador y de los primeros tiempos de la República, vistos a la luz de nuevas investigaciones en los archivos españoles y de los informes diplomáticos que los agentes de los gobiernos europeos en Caracas enviaban a París, Londres, Madrid, Estocolmo, Hamburgo y Roma.

En esos "Apuntes" quise utilizar la obra de Parra Pérez, igual la referente a la etapa colonial que los numerosos volúmenes dedicados a Mariño para señalar algunas de las líneas constantes que son clave para tratar de descifrar la razón de los tumultos y la preponderancia del caudillo. En la introducción de mi libro "La Caída del Liberalismo Amarillo" incorporé algunas de las notas finales de mi inconcluso trabajo.

Creo que no está fuera de lugar incorporar como páginas finales de este libro, las notas de introducción o explicación de mis libros "La Caída del Liberalismo Amarillo" y "Las confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez".

Para 1952, fecha en que inicié el estudio del proceso histórico comprendido entre el final de la dominación de Antonio Guzmán Blanco y la llegada de Cipriano Castro, a la cabeza de la triunfante Revolución Liberal Restauradora, no existía bibliografía sobre esa etapa, fuera de los libros de memorias de Manuel Antonio Matos y de Manuel Modesto Gallegos y una valiosa folletería dispersa y de difícil consecución. El injustamente olvidado libro de R. A. Rondón Márquez cubre de manera exhaustiva, el tiempo de los gobiernos de Guzmán Blanco y adelanta algunas noticias, siempre originales e importantes acerca de las administraciones sucesivas hasta 1908. Ramón Díaz Sánchez con su monumental "Guzmán" determinó un cambio en la perspectiva histórica y dejó inconclusa una biografía de Joaquín Crespo. Para 1952 habían aparecido también dos obras fundamentales para la comprensión de la figura y del gobierno del Presidente Cipriano Castro. Enrique Bernardo Núñez, primero y años más tarde Mariano Picón Salas como modernos historiadores y excelentes analistas del proceso venezolano que eran, decidieron estudiar el personaje y su tiempo, que hasta esa hora solamente había sido objeto de las más exageradas alabanzas y de los más tremendos insultos que a gobernante alguno hayan dedicado partidarios y enemigos.

Pero quedaba un foso histórico: los años finales de ese largo proceso que se conoce como el de la dominación del partido liberal amarillo. Los años de Rojas Paúl, Andueza Palacio, Crespo y Andrade. Eran los derrotados del año 1899 y cuando la historia está dominada por la política triunfante no se escribe sino la versión de los vencedores. ¿Qué había ocurrido en Venezuela entre la desaparición de Guzmán Blanco del escenario nacional, en 1888 y ese año de 1899 en que un joven General de la más remota de las provincias, a la cabeza de 1.500 campesinos atraviesa medio país y en una jornada de cinco meses logra determinar una crisis nacional y un cambio político y militar que va a proyectarse sobre algo más de la mitad del siglo xx que iba a comenzar?

Dediqué días de forzada desocupación a buscar las huellas perdidas de aquellos hombres y a descubrir el paisaje social y político de esos tiempos. La Biblioteca Nacional era el refugio que brindaba las claves para avanzar por los caminos del mundo perdido. Y de las colecciones de periódicos, salvadas milagrosamente de la barbarie política, fue surgiendo una Venezuela muy parecida a la de siempre. Caudillos, semi caudillos y pseudo caudillos; una oposición creciente, novedosa, vocin-

glera que de pronto pierde el camino y se hunde en el tremedal de las guerrillas y una prensa política excelentemente escrita y unas batallas políticas en la Caracas de los años 90 semejantes en mucho a las que se libraban en la vecina Bogotá tenida entonces como la Atenas Andina. Un país, en fin, que deseaba acercarse al mundo moderno de la reforma pedagógica y universitaria, de la transformación agrícola y de la iniciación industrial. La oposición nacionalista que encabezaban José Manuel Hernández y Alejandro Urbaneja había alcanzado dimensiones de realidad amenazante. Pero igual que siempre las ambiciones caudillescas se mutiplicaban y en el gobierno se perdía el sentido de la responsabilidad partidista y de la lealtad al Presidente Andrade, mientras que la oposición, que tenía varias cabezas pues muchos eran los aspirantes a sentarse en la silla del mando supremo, se tornaba ineficaz por la confusión de planes y la multiplicación de malas intenciones.

Quien vendría a capitalizar este descontento nacional sería el guerrero de la remota montaña que traía el argumento de la jefatura única, del lenguaje directo, de la oferta tentadora y la ventaja de no inspirar a los aspirantes conocidos el temor de ser un adversario de peligro. Su nombre no decía nada a quienes venían acostumbrados desde 1870 a ver el peligro de los rivales en los nombres de Guerra, Mendoza, Velutini, García Gómez, Hernández, Loreto Lima, Juárez, Riera, Baptista, o Rolando.

El fulgurante triunfo de Cipriano Castro va a significar el cambio del esquema de dominación política y militar mantenida por el liberalismo amarillo durante treinta años. El partido que era al mismo tiempo ejército nacional va a ser sustituido por un Ejército creado para combatir a los partidos. Este es el tema de "La Caída del Liberalismo Amarillo" y la nota de introducción a dicha obra que incluyo en este volumen pretende explicar esas circunstancias al mismo tiempo que trata de avanzar algunos tanteos de explicación acerca del proceso político cumplido a lo largo del siglo xx hasta el advenimiento de los modernos partidos políticos al poder, dentro de un nuevo esquema de dominación.

El trabajo final de este volumen lo constituyen las notas que escribí como introducción a mi libro "Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez". Son apuntes acerca de la historia social y económica de la región tachirens. Notas sobre un proceso que se inicia en la Colonia y toca a su fin cuando en 1925 llegan simultáneamente a las tierras del Táchira, la cinta liberadora de la carretera trasandina que viene a abrir todos los caminos venezolanos a la amurallada y lejana región y la invi-

tación, también tentadora y liberadora, de las compañías petroleras a los campesinos andinos para que se marcharan en paz y probaran una nueva forma de vida. Es la primera migración pacífica de un numeroso grupo de venezolanos de los Andes y viene a suplantar definitivamente el papel de la guerra civil como agente de unificación entre las poblaciones campesinas del país.

La pobreza nacional, la carencia de recursos para emprender obras que modificaran el medio físico y cultural determinaron la persistencia de hábitos coloniales y en algunos casos de raíz indígena en la mayoría de la población venezolana. En 1881, José Martí al referirse al dramático contraste entre Caracas y una o dos ciudades y el resto del país afirmaba: "En la ciudad, París; en el campo, Persia". Tendría que ocurrir un acontecimiento de las dimensiones de la explotación en gran escala de los recursos petroleros del país para que Venezuela empazara a transitar por nuevos caminos y la rutina política tuviera que ir cediendo paso a la organización del país en partidos políticos y sindicatos que correspondieran al nuevo tiempo social y económico.

Pero las relaciones económicas estables y crecientes entre las diversas regiones del país y la creación de un mercado nacional que sustituyera la exportación de los productos agrícolas y pecuarios como único objetivo en los planes de la producción nacional, va a tardar hasta el momento en que en los años de las décadas 50 y 60 se terminen de construir modernas redes centrales y secundarias de vialidad que van a unir definitivamente las zonas de producción con los centros de consumo nacionales.

El petróleo que aparecerá por vez primera en la década de los años 20 como factor componente de los ingresos fiscales irá adquiriendo tal preponderancia que ya para finales de los años 30, el café, el cacao y el ganado ocuparán renglones insignificantes en las estadísticas de exportación y serán pocos años después simples recuerdos de otras épocas, de otra manera de vivir, de otro estilo de gobierno.

El poderío mundial de los países dueños de la riqueza petrolera lo va a compartir Venezuela que es uno de los escasos votos mundiales de esa OPEP que al fijar el precio de los barriles de petróleo conmueve las bases mismas de la civilización. El fabuloso poderío del Estado ha determinado cambios tan profundos en la manera de manejar la riqueza pública y en general en la mentalidad del venezolano que ya en el mundo se habla del "efecto Venezuela", refiriéndose a la distorsión de la per-

sonalidad histórica de un pueblo y de sus clases dirigentes por efecto de una riqueza mal dirigida y mal digerida.

Uno de los cambios cataclísmicos de ese "efecto" ha sido la emigración en masa de la población rural y de los pequeños pueblos de la provincia hacia la zona metropolitana y su acumulación alrededor de las ciudades del centro del país dentro de una transitoriedad dramática y alarmante que hace pensar que ésta sería en otra forma, moderna y pacífica, la toma de la capital con un lejano parecido histórico a la que protagonizaron las masas campesinas que llegaban triunfantes a Caracas, a lo largo de todo el siglo XIX, tras el caudillo de turno: Páez, Monagas, Falcón, Guzmán Blanco, Crespo, Castro.

Mi interrogación en esas notas de introducción a las "Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez" se refiere a esa situación. Esas masas, semi-rurales, semi-urbanas, a quienes el Estado democrático ha negado una educación orientada a fomentar el comportamiento cívico y de respeto a la ley. Y en su actitud social de hoy conviven en esas mayorías los resabios de la vieja Venezuela con las lecciones que adquieren a diario en la cátedra sin maestro y sin rival, que es la televisión. Y ante el crecimiento de la población y el aumento simultáneo de los problemas sociales y económicos, me pregunto: ¿esas masas han adquirido una sólida conciencia democrática? ¿Se puede hablar de un nuevo venezolano, fabricado en moldes distintos a lo tradicional?

La historia no es futurología, ni paleontología. Pero sí brinda al investigador, al estudiante y al curioso impertinente los elementos de información y juicio para poder adivinar entre las sombras de la madrugada que es el futuro, los posibles pasos de una comunidad que vive en un escenario tradicional y tiene hábitos mentales, usos y costumbres que perduran por encima del cambio de las modas.

RAMÓN J. VELASQUEZ

Caracas, noviembre de 1980.

I

LOS PASOS DE LOS HEROES

LA EDUCACION DE SIMON BOLIVAR

El hombre es un fruto del tiempo. Y el tiempo no es ese anciano de luengas barbas y flotante túnica por entre cuyas manos, como en el símil bolivariano, se desgrana la vida colectiva. El tiempo es cambiante y sus tonos se acomodan con el ambiente físico y el paisaje cultural.

Hay un estrecho enlace entre el tiempo y los factores que condicionan el espacio y de la ajustada conjunción e interacción de todos esos elementos surge la circunstancia histórica que preside la acción humana. Cuando el hombre no está dentro de las coordenadas de su ubicación temporal se debate inútil ante la realidad, tornándose estéril simiente de su agónico anhelo. La creación sólo tiene lugar cuando el hombre, metido en sí mismo, ante el Tiempo y frente al Espacio representa la angustia de su hora y realiza la obra que ella le exige. El no puede ni recordar el pasado, ni forjar el presente por el modelo que se labró en la meditación. La circunstancia histórica está en interpretar con voz de su hora los signos del tiempo. Por las cabañuelas vaticina el campesino las características climáticas del año; a través de las cabañuelas pinta el año su mensaje; el político conoce las aspiraciones de la comunidad en las vivencias que son pregones de su fuerza y esperanza.

El Libertador, en comunicación dirigida al Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata (Angostura: 12-VI-1818), así como al iniciar el discurso de Angostura, expresa conceptos que convalidan esta interpretación de la circunstancia histórica al presentarse como un "débil instrumento puesto en acción por el gran movimiento de mis conciudadanos".

Esta conciencia de su posición histórica le atenaza y le condena a una dramática angustia, en perpetua vigilia, ante el juicio que de su nombre hará la Historia. A su hermana María Antonia le confiesa el 10-VII-1825 que gime entre las agonías de sus conciudadanos y los fallos que espera de la posteridad. Y esta expresión de su estado de conciencia no era un recurso retórico. En las horas tormentosas de 1828, en

22 de octubre, le confía a O'Leary el mal que le corroe el alma. "Seguimos la causa de los conspiradores, le escribe a su edecán, y se van ejecutando las sentencias con más o menos rigor, según lo exigen los hechos y los delitos; pero, mi corazón está quebrantado de pena por esta negra ingratitud; mi dolor será eterno y la sangre de los culpables reagrava mis sentimientos. Yo estoy devorado por sus suplicios y los míos".

Pero, donde con mayor vigor se expresa esa conciencia histórica de Bolívar es en la célebre carta que le dirige a su tío Esteban Palacios desde la antigua capital inca el 10-VII-1825. En el apogeo de su gloria recuerda los sacrificios de su familia y de sus conciudadanos:

Nuestra familia, le dice, se ha mostrado digna de pertenecernos y su sangre se ha vengado por uno de sus miembros. Yo he tenido esta fortuna. Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a la presencia de los hombres y yo los representaré a presencia de la posteridad.

Esta conciencia definirá en todo momento la acción bolivariana al convertirse en vocero de las ansias populares de todo el Continente. Calladamente, pausadamente se gesta el porvenir. El siglo xvi vio nacer en América un movimiento filosófico que buscaba asegurar la libertad del hombre y acordonar la autoridad del príncipe. Ese movimiento que nace en la navidad de 1511 en Santo Domingo será la bandera de fray Bartolomé de las Casas, la expondrá académicamente fray Francisco Vitoria y con Suárez y Hugo Grocio más tarde influirá decisivamente en el mundo occidental.

Este deseo de libertad, sostenido por hombres como Milton o Locke, ya no menguará y desde mediados del siglo xviii, por obra de pensadores franceses, principalmente, adquirirá nuevos desarrollos y se ampliará a todos los campos de la actividad humana, formando un cuerpo filosófico, cuya base será el racionalismo. Heraldos de la nueva concepción del mundo, como Locke, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Helvecio, Beccaria, Diderot, Holbach, Volney, son de obligada lectura y las nuevas teorías políticas dieron un primer fruto alentador con la independencia de las 13 colonias inglesas de la América Septentrional.

La sangre fue el elemento vital que alimentaba a las sombrías divinidades mesoamericanas. La sangre de los sacrificios vivifica la esperanza. La del Justo se derramó para salud de todos y de la vorágine de la

revolución de 1789 surgieron sin cortapisas la libertad como derecho inmanente de la persona humana y el principio que asistía a todos los pueblos a gobernarse a sí mismos.

El imperio colonial hispano estaba preparado para recibir el impacto, asimilando aquellas teorías políticas que conviniesen a la situación. Criollos preclaros habían intentado adelantar la hora revolucionaria y habían fracasado en sus generosos propósitos. Fueron los llamados "precursores" y están encabezados por la figura de Francisco de Miranda.

La acción de los piratas y bucaneros, como lo han señalado algunos escritores, fue factor importante en la formación de un espíritu regional en el criollo, aspiración que lentamente se consolida por la dureza del régimen colonial, el desarrollo de la economía criolla con la aparición o integración de una clase dirigente, la influencia ideológica de los autores que hemos reseñado, la independencia de Estados Unidos y Haití y la profunda crisis que en todos los órdenes agitaba el cuerpo de la monarquía.

Muchos políticos preocupados habían venido observando desde mediados del siglo XVIII que sobre la fachada del imperio español estaban grabadas las palabras fatídicas que Daniel descifró en Babilonia. La revolución de 1789 había agrietado y hecho vacilar la estructura política tradicional del Occidente europeo y las monarquías de derecho divino vacilaban, los grandes imperios tradicionales se dislocaban y nuevas fuerzas insurgían al clamor de otros himnos. América misma había sufrido tremendas convulsiones a la voz del común rebelado.

En medio de estas transformaciones corre la infancia y juventud de Bolívar. Había nacido un 24 de julio de 1783; pero, su pueblo, después, un poco inconscientemente y tal vez por las razones que reveló Carlos Borges, recordaba su onomástico, escogido también para seculares evocaciones por haber tenido lugar en otro igual, la muerte del "tirano" Lope de Aguirre. No voy a gastar la paciencia refiriendo historia y cuentos de los primeros años, de las travesuras infantiles. El mismo, en la carta que le dirigió a su tío Esteban, evocó con intensa emoción aquellos días llenos de tiernas efusiones por los floridos valles de Aragua, el esplendente cuenco caraqueño.

Ambos rincones gozaron de su preferente afecto. La larga llanada, de los tablones de los cañamelares, donde a veces una recatada parcela

de trigo se mostraba más tierna y lozana cuando la brisa erizaba las hierbas y los ástiles de los cañabravales dejaban al aire el plumón de sus veradas. Ahí estaba, sobre el collado, la casona llena de recuerdos, desde cuyos corredores se oteaba la lujuriosa feracidad del valle. Abajo, el ingenio. La paz reinaba en aquellos días y nadie preveía, entonces, las horrendas escenas que acontecerían más tarde.

Los bucólicos encantos de otros días se quemarían en la desolación que dejan los odios. Cual fieras se lanzarían unos hombres contra otros y las largas lenguas de los incendios iluminarían sacrificios inauditos, víctimas inmoladas a dioses sangrientos que reclamaban su ración para que las gentes de estas tierras pudiesen ser libres y vivir seguros al amparo de las instituciones democráticas.

Rubí asentado en el corazón de una inmensa esmeralda. Aguas que corren por sobre la verde alfombra. Luna y estrellas que por las corrientes se fugan hacia el mar. Befarias de encendidos matices pintan de rojo el cuerpo de la montaña. Por los trenzados caminos se descuelgan las bestias con su arrullo de campanillas y sus cestas de flores y aromadas frutas. Los bosques de la serranía han invadido las casas y en los corrales bajo la sombra amiga, repastan las bestias de silla, juegan los niños y se adormila la vaca barcina.

Aquí aprendería Bolívar el secreto del paisaje americano. El secreto que es guardado cuidadosamente por el samán de generosa sombra, la ceiba de talle opulento, la orgullosa palma y esas flores menudas en cuyas minúsculas corolas el Sol esconde sus hilos. ¿Qué sueños teje bajo el bucare el mozo Simón Bolívar?

De la boca del león salta al estanque la fresca agua de la montaña. El mozo busca asomarse al alba. ¿Será como la gota peregrina, para la cual nunca llega el descanso? ¿Acaso como esos árboles que desde el principio de la creación se quedaron en el mismo sitio? ¿Vivirá como los gavilanes que conquistan el espacio en raudo vuelo y luego, en majestuosos giros descienden y se acaban? Ya tiene una lección de las tempranas experiencias. Que una noble pasión es el nervio y la razón de la vida. Que la vida no es sino el pensamiento puesto en acción, transformado en obra. Solamente se conocen las plantas en sus variedades, género y familias, cuando florecen y la flor se transforma en fruto y en el fruto se esconde la simiente. Préndase el hombre de la idea y ésta se transforma en pasión única, a cuya realización se consagra por entero.

Infancia y mocedad bolivarianas, tan parecidas a las de todos y sin embargo, tan diferentes, porque fuerzas ciegas preparaban para su gloria un teatro increíble, donde su dramático destino tendría el signo divino de lograr el triunfo a través de todas las penalidades y amarguras, de aguardar impávidamente la muerte roído por los mordiscos de todos los sufrimientos.

En carta que el Libertador dirigió al general Santander, fechada en Arequipa a 20-IV-1825, se refirió a su educación, rebatiendo apreciaciones que con poca justicia había formulado monsieur Mollien:

... no es cierto que mi educación fue muy descuidada, puesto que mi madre y mis tutores hicieron cuanto era posible porque yo aprendiese.

Estamos tentados a establecer una secuencia docente cuando a partir de los doce años y por algunos meses fue internado como pupilo en la escuela de Simón Carreño. Poco pudo enseñarle en esta época el esclarecido pedagogo: "primeras letras y gramática". Y cuando cuatro años después emprenda el viaje hacia España su letra será todavía torpe y el estilo tosco. Unas pocas nociones comunicadas por Bello, Pelgrón y Andújar constituirían todo el acervo de sus conocimientos.

Creemos, en cambio, en lecturas desordenadas y en el aprendizaje de algunas cosas ligadas a su doble condición de hacendado y miliciano, porque él revela conocimientos no comunes en agricultura y ganadería, forja y herrería y una extraordinaria resistencia física pese a su condición urbana, como lo anotó Páez.

No voy a negar la influencia que Simón Rodríguez pudo ejercer sobre el joven Bolívar. ¿Fue, sin embargo, la de un maestro o la de un amigo que acompaña a otro por un trecho de la vida? El tiempo dirá que durante casi dos décadas no mediaron relaciones entre uno y otro hombre. Cuando al cabo de los años llegó Simón Rodríguez al Perú, Bolívar era el hegemon del Continente.

Sobre su espíritu ejerce determinante influencia el viaje que lleva a cabo a Europa en 1799, vía México y Cuba. La situación española afloja, quizás, su espíritu regalista, al ver el despilfarro y desmoralización de la Corte. En ésta, vivió en la casa de Manuel Mallo, valido de la reina María Luisa, y junto a los tíos Palacios Blanco que gozaban de la protección del favorito, otrora vecino de Caracas. Y luego perma-

neció por unos meses al lado de los mismos tíos cuando éstos montaron casa aparte. Seguidamente se trasladó a la mansión del marqués de Uztáriz.

La influencia que éste ejerció sobre el mozo fue decisiva y O'Leary la destacó. Es más: por las pláticas con el noble marqués, le llegó a Bolívar información sobre la posibilidad de que las colonias rompiesen los vínculos que las ataban a la metrópoli. Bajo la dirección del marqués llevó a cabo sus estudios en la capital del reino. La vida fue la de todo estudiante que en los ratos perdidos arrinconaba los recuerdos entre los aromas de un nombre en flor. Viajó, entonces, hacia Bilbao porque tenía el propósito de contraer matrimonio.

Antes de celebrar capitulaciones nupciales conocerá París. Parece que concurrió a Amiens para asistir a las fiestas ofrecidas con ocasión de la paz, celebradas el 23-III-1802. El 30 del mismo mes firmaba las capitulaciones nupciales, por poder, en Santander.

El tío Esteban preso; él alejado de la Corte y con inconvenientes frente a las autoridades fiscales. Grana ya la primavera y esplenden en las flores los colores. En el templo, el oro encendido de los cirios comunica a los altares mágicos efectos. Han sido cortos sus amores y a fines de agosto de 1802 tiene ya hogar instalado en la esquina de las Gradi-llas. A los ocho meses, de nuevo la soledad. Otra vez a Europa. Ahora, por Cádiz y Madrid, hacia París.

Todos están persuadidos de que una nueva época empieza para el mundo. Napoleón es proclamado emperador por el Senado el 18 de mayo de 1804. Ahora, poseído de un demonio trashumante, viaja constantemente por Francia e Italia, entre 1804 y 1806. Lee. Medita. Platica con Simón Rodríguez, con Humboldt, con Gay Lussac, con Bernardo Rodríguez del Toro. Fanny du Villars y Teresa le embargan sus ratos libres. Asiste en París a la coronación de Napoleón por Pío VII. En Milán contempla al corso ceñirse la corona de hierro de los antiguos reyes lombardos.

La admiración que le profesaba al capitán genial ha cedido ante otros sentimientos. El héroe es un ambicioso que solamente anhela el Poder. Su acción no deja lugar a dudas. Pero, de la carta de 1799, la primera que Bolívar escribió, a estas cartas de 1804 hay un abismo. Es el fruto del estudio, el resultado de la liberal cultura de Uztáriz. Sin María Teresa la pasión americana empieza a germinar gracias a la simien-

te que dejó caer el marqués amigo. El 15 de agosto, en el monte Aventino, confirma con un juramento su naciente apasionamiento y se consagra a la libertad e independencia de la tierra nativa.

Ya Bolívar está intelectualmente formado para su futura misión. Los años en España o Francia, allá bajo la dirección del marqués y con buenos maestros, en la segunda a través de la lectura y la sociedad con personas y políticas, le dan los conocimientos necesarios. Su breve estancia en Estados Unidos le descubre el ambiente republicano y libre de una democracia en desarrollo. No creo que el Libertador exagera cuando se refiere a su educación en la carta que le escribió a Santander. La voluntad y el carácter ya están labrados también. Así, no vacila en oponerse, en defensa de sus derechos, a hombre tan temperamental como Antonio Nicolás Briceño y por puntos de honor entra en pugna con el ayuntamiento caraqueño.

A través de las apuntes del conde de Segur, de Humboldt, Depons, Semple o Duane, conocemos las amplias miras políticas de la sociedad colonial y su acendrada calidad cultural. Los repetidos movimientos rebeldes y la indesmayable propaganda mirandina mantienen agitada la opinión pública en la Capitanía General. Los Bolívar son conspiradores discretos y en 1806 no contribuyen a ponerle precio a la cabeza del Precursor.

La prudencia es elemental en tiempos difíciles. Y ni Humboldt cree que la gente está en seguridad cuando habla de política en las alturas de las montañas. Por eso, imaginamos a Bolívar o dedicado al trabajo o meditando en cuanto había estudiado al mismo tiempo que ampliaba sus conocimientos.

Tal vez, de cuando en cuando, le llegase alguna noticia sobre los amigos que había dejado en Europa. Pudo llegar a su conocimiento que el marqués de Uztáriz, abandonando comodidades urbanas, se había alzado junto con la buena gente de Aragón contra el francés invasor. Una tradición bien avalada refiere que Uztáriz "escribía al mismo tiempo en secreto sobre planes de constitución política del reino, en cuya materia poseía un caudal precioso de noticias históricas, combinadas con particular crítica y filosofía y éste era últimamente su principal estudio porque repetía con frecuencia: no hemos hecho nada si antes de acabar esta guerra no tenemos una constitución que nos libre para siempre de tiranos y favoritos y restituya al pueblo su libertad".

¿No están vivos, acaso, en toda la posterior actuación del Libertador estos conceptos? Esa referencia a Uztáriz, ¿no serviría como una especie de epígrafe a cualquier biografía de Bolívar? El realismo de Uztáriz, su conocimiento de las cosas, de las gentes han debido ejercer sobre el ánimo de Bolívar una profunda influencia, la cual se revela con toda su fuerza en el "Manifiesto de Cartagena", fruto de lecturas tempranas y prácticas bien asimiladas contrastadas con la realidad americana en tiempos de angustia. Esta certera visión le separa radicalmente de Miranda y de los ideólogos que en el Congreso quieren constituir, como lo dirá más tarde, sus repúblicas aéreas. Miranda cree en los recursos de la diplomacia y en la aventura de la invasión que avive el sentimiento nacional. No imaginó que la integridad del Continente y la estrecha vinculación entre las diferentes partes estaban garantizadas únicamente por el enlazamiento de cada provincia a la casa reinante. Olvidó Miranda que la Historia no retrocede y el tiempo de los Incas ya había pasado.

Los civiles que se le enfrentaron a España en la primera hora de la Patria, con lúcida mente plantearon la necesidad de una transformación en las relaciones políticas americanas y declararon que la base jurídica de esas relaciones interestatales sería el "*uti possidetis juris*" y los tratados de alianza y confederación perpetuas. La inmensa monarquía con la que había soñado Miranda se hubiese disuelto en el caos, facilitando tal fragmentación la intervención de potencias europeas, adversarias de España, en la vida pública continental.

La acción bolivariana, a base de confederaciones regionales y un congreso americano que salvaguardase la libertad e independencia de las partes, aspiración final de nuestros pueblos, salvó de la intromisión y de un nuevo coloniaje. Si América fue libre en aquella hora y, después de la misma, Europa no adquirió ningún fragmento o rincón continental, a Bolívar, a su visión política, a su incansable actividad lo debió.

Si naciones de este mismo continente interfirieron en la vida de algunas vecinas, el hecho ocurrió por el desigual desarrollo demográfico o económico entre unas y otras y por nuestros conocidos errores, nacidos del desconocimiento de la evolución histórica de los pueblos, productos de nuestra propia ignorancia.

Miranda se aferró a las posibilidades que brindaba o parecía brindar la ayuda extranjera, pese a que la situación europea, sobre todo a partir de la invasión de España y Portugal por Francia, indicaba que las

potencias adversas a Napoleón darían toda su asistencia a la península en la lucha, garantizándole al mismo tiempo su soberanía en las colonias del nuevo continente. A partir de la paz preliminar de Londres el 10 de octubre de 1801, afirmada luego por el tratado de Amiens, concluido al año siguiente, en Inglaterra se desató una violenta polémica. Edward Cooke elevó ante el lord Robert Castlereagh un memorial sobre la paz preliminar en el que demostraba que los acuerdos con Napoleón beneficiaban al corso, ya que la propia Inglaterra solamente podría gozar de prosperidad si consumaba la ruina de Francia.

El fracaso de la misión diplomática en Londres, encomendada a Bolívar en 1810, reveló a sus ojos, como siempre lo sostuvo después, que la redención de estas tierras únicamente se lograría por el esfuerzo y los sacrificios de sus hijos. El Libertador se encontraba en Ibarra el 23 de diciembre de 1822. Desvelado ante los innúmeros problemas que reclamaban solución, repasaba algunas páginas de Rousseau. Al voltear de las hojas, piensa en Colombia:

Tenemos dos millones y medio de habitantes derramados en un dilatado desierto. Una parte es salvaje, la otra esclava y todos viciados por la superstición y el despotismo.

De seguidas le escribirá a Santander, dándole parte de sus cavilaciones. Le pinta con vívidos colores los peligros que atisba su sagacidad y amenazan la integridad nacional. Al mismo tiempo advierte las posibles soluciones. Vio que las discordias civiles acarrearían la tiranía política y el empobrecimiento colectivo; que el temor individual, amparado por el despotismo y la superstición, mantendría la ignorancia y el servilismo; que nuestra deficiente economía atraería a las grandes potencias que cuidarían de fomentar las disensiones, la desunión y la pobreza; que nuestra debilidad colectiva podría facilitar la absorción por un imperio voraz.

Ese sentimiento de futuro que le anima es el que le hace ver que los defectos de su tiempo y los obstáculos que se oponen al desarrollo institucional, serían superados a través de las reformas educativas que propone, tendentes a la educación integral del hombre, de los ciudadanos, preparándolos para el libre ejercicio democrático y adiestrándolos para ser factores útiles a la sociedad de la que forman parte.

El Libertador, que fue un hábil diplomático, no creyó en soluciones de compromiso para la problemática continental. Creyó siempre en la

justicia. Creyó que los conflictos internacionales se arreglarían a través de la intervención popular, consultando directamente al pueblo, tal como lo llevó a cabo en Guayaquil o en el Alto Perú. Para él, la América debía presentarse ante el mundo con todos los atributos de su majestad soberana, afirmada por el esfuerzo de sus hijos, sostenida por la Victoria.

¿Qué quedan de los sueños a la hora melancólica del ocaso? ¿Vendrán a la memoria los días de la infancia y mocedad, aquellos antiguos amigos que con él cazaron las aves de colores del alba, o le sirvieron de consejeros en la angustia y soledad? Tras sus huellas el venezolano fue por todos los rincones de América, luchando por los ideales que él pregonó. Tras cada victoria, sobre el terrón ensangrentado, florecía una Patria. Al conjuro de su acento brotaban naciones. Tras él, erguidas muchedumbres, ahora con plena conciencia de sus derechos, disponiendo de un programa para el futuro. ¿No dijo, acaso, un escritor que aquello que Bolívar no hizo en América aún está por hacerse?

Frente al inmenso poderío de unos pocos pueblos y sus incalculables recursos, tienen la misma vigencia que en la época de Bolívar sus proyectos unificadores. Si no logramos robustecer la unión, iremos al abismo, como insectos hacia la llama en la que se quemarán nuestros anhelos.

Para lograr el triunfo Bolívar expuso un programa en el que se condensaban comunes esperanzas, anhelos multitudinarios. Probó que la rutina no podía ser cárcel de la idea y frente a cómodos o timoratos, frente a egoístas o envidiosos, alzó el pendón de sus proezas.

La rutina impone una vida monótona y sorda, porque obliga a someterse al conformismo y a la domesticidad. ¿De qué le serviría al hombre su privilegio de ser imagen de Dios si le pone muros de silencio a sus palabras, si amputa el pensamiento, si entierra su libre albedrío?

Porque tuvo una concepción heroica de sus derechos cívicos y del cumplimiento del deber; porque en su viudez el amor lo volcó sobre la Patria; porque puso fe en la verdad y confianza en la conciencia colectiva, vemos que él convirtió su existencia en la realización del compromiso que contrajo con su tierra cuando sobre el Aventino juró consagrarse a la Libertad. Y porque tuvo esa conciencia de sus derechos y del deber y no vaciló jamás en hacerle frente a sus compromisos morales y darle forma cabal a su pensamiento en las obras que emprendió, por

todo eso pudo expresarse con un estilo propio, lleno de majestad, denso; unas veces solemne; en otras sencillo; siempre elegante. Tuvo fe en América y en su destino y por eso, sobreponiéndose al pesimismo que imponía la realidad social y política de su época, vio proyectada en el futuro la mejor hora de su tierra.

Cual si fuese presente lo porvenir, junto al chisporroteo del velón, arde al lado de la llama la esperanza. América vivió dentro de su alma tensa y se mantiene encuadrada dentro de su pensamiento, desarrollándose a través de las etapas que previó, como el agua clara del manantial, libre y gozosa va hacia su meta.

BOLIVAR Y LA MORAL DE LOS GOBERNANTES

LA DEIFICACIÓN DE BOLÍVAR

En 1895, César Zumeta, vocero calificado de la generación positivista, reclamaba a los historiadores románticos, la deificación de que habían hecho objeto a la figura del Libertador. Larrazábal y Villanueva, decía el joven letrado, no han escrito historia, sólo han elevado himnos y alabanzas ante la figura de Simón Bolívar. Y advertía cómo aún a fines del siglo XIX, los materiales con los que debería escribirse un día nuestra historia, estaban incompletos, andaban dispersos y muchos desfigurados por la tradición y alterados por el sello oficial que llevaban las más de las crónicas e historias publicadas hasta entonces en Venezuela. Se preguntaba: “¿Dónde está el análisis de la influencia ejercida por el Libertador en el dominio en que culminó? ¿Qué encontró, qué dejó, qué destruyó, qué fundó? Eso es lo que la crítica pregunta y lo que el historiador está obligado a responder”. Y como Villanueva se declara incompetente en las páginas de su *Biografía de Sucre*, para analizar con los métodos de la investigación histórica, la figura y la obra del Libertador, Zumeta le advierte: “Bolívar divinizado es insignificante; humano es sencillamente grandioso”. Para Zumeta era imposible lograr una visión integral del Héroe si el historiador se negaba a interesarse en las influencias filosóficas que se ejercieron sobre él, en sus conocimientos históricos y geográficos del pasado americano y de los mundos europeo y asiático, en sus ideas económicas, en su concepto del gobierno y de la administración.

Era explicable la actitud y el tono de la obra de quienes como Larrazábal y Villanueva, ni contaban con los instrumentos filosóficos y científicos que va a brindar la escuela positivista, ni podían tener la visión nítida y serena que brinda la distancia en el tiempo. Eran hijos de actores del drama de la Independencia, nacieron y crecieron oyendo en sus casas a los héroes sobrevivientes de las grandes jornadas; Venezuela vivía una etapa de pobreza y postración cultural y

social, y esa generación tenía que ver en Simón Bolívar creador de repúblicas y Libertador de un continente, el camino de la recuperación nacional y la única razón del orgullo venezolano.

EL ALFARERO DE REPÚBLICAS

Y era también en Larrazábal y en Villanueva una manera confusa y científicamente inapropiada de querer definir la tarea excepcional que Bolívar cumplió en su hora histórica, distinta a la del guerrero, a la del caudillo, a la del dictador, a la del legislador, a la del administrador, a la del gobernante, que también fue tarea que el propio Bolívar supo definir con la prodigiosa elegancia y exactitud de su prosa: la tarea de alfarero de Repúblicas. Alfarero que conocía el barro que modelaban sus manos, pues estadista, sociólogo y moralista al mismo tiempo, podía imprimir al molde de las nuevas nacionalidades, la fuerza estructural que las hiciera perdurables.

Tarea excepcional ésta que advirtió como sociólogo y realizó como gobernante. En medio de las batallas, en la hora de las derrotas, frente a los tumultos de la anarquía, siempre encontró Bolívar oportunidad para analizar el proceso de formación de estas sociedades, "nuevas en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejas en los usos de la sociedad civil", como lo señalara en su Carta de Jamaica. En leyes y decretos, bien en órdenes o en cartas, creó un verdadero y perdurable tratado de Moral Cívica cuya vigencia brinda soluciones a muchos de los problemas de organización política y de ética administrativa que aún en la hora presente, confrontan nuestras naciones. Sus juicios, en aspectos fundamentales del vivir latinoamericano, mantienen actualidad. El valor de este examen de la realidad continental demuestra su poderosa capacidad intelectual. Pero también hay que advertir otra circunstancia: quince décadas constituyen apenas un paso en la historia de una nación y muchos de los problemas que el Libertador tenía planteados como gobernante, en 1819 ó en 1827, siguen vigentes, cambiando apenas la manera de enjuiciarlos o el lenguaje de la denuncia o el encubrimiento.

LA MORAL DEL GOBERNANTE

Una de las grandes preocupaciones del Libertador como fundador de Repúblicas la constituyó el comportamiento ético de los gober-

nantes. La imagen que debían mantener frente a la comunidad que presidían, los deberes que debían cumplir, los actos que les estaban prohibidos, en razón misma de la jerarquía que les había otorgado la voluntad popular. Y bien vale en esta ocasión recordar algunos de los episodios aislados de su vida, su concepción de la moral del gobernante que definen su actitud frente a la corrupción, verdadero flagelo moral de las naciones.

Desde la más remota antigüedad, la corrupción administrativa ha sido motivo capital de preocupación. Juristas y legisladores han venido especulando incesantemente sobre los modos o maneras de erradicarla en sus diferentes manifestaciones. Ahora, como antes, independientemente del sistema de gobierno, las corruptelas despiertan la protesta, el descreimiento y la ira de las colectividades. Siempre los grupos de la oposición acusan a sus adversarios en el Poder de una teoría de vicios, acusaciones tanto más graves cuanto que junto a las que son formuladas sobre pruebas irrefutables, existen muchas otras lanzadas al acaso, que dejan flotando la sospecha y la duda.

En el seno de los regímenes democráticos, el problema es más grave y acarrea consecuencias más peligrosas. Los sistemas democráticos cimentan su estabilidad en la opinión pública y ésta exige de sus gobernantes, austeridad en el ejercicio de las funciones de mando y sincera pulcritud en el manejo de los intereses nacionales. Y si la opinión se ve confundida por fraudes a la moral pública cometidos a la sombra y con la protección del Poder, la democracia es puesta en entredicho y fracasa en su misión.

Extirpar la corrupción administrativa ha sido viejo clamor en Venezuela. Vicios en el ejercicio del Poder fueron denunciados contra los gobiernos de turno a todo lo largo del siglo XIX y durante buena parte del siglo XX. Denuncia de periodistas y panfletarios de la oposición a estos gobiernos, siempre señaló como origen de la corrupción, los modos despóticos de poder mantenidos a lo largo de casi toda nuestra vida republicana. Se dijo que los despotismos o tiranías no contribuían a la formación de la moral pública. No estaban interesados en educar ciudadanos para el ejercicio de los derechos, sino en el enganche de cómplices para sus peculiares fines.

La probidad administrativa fue, para el Libertador, cuestión política de indiscutible importancia en la estructuración institucional de

los nuevos Estados. La trascendencia del problema la advirtió Bolívar por ser crítico zahorí del sistema colonial, ocupándose de sus fallas en cuantas ocasiones se le presentaron.

Un problema moral de bulto se le planteaba a los nuevos Estados al tratarse de materias administrativas. No era el de la moral privada, hogareña, ligada a principios tradicionales de carácter religioso, sino la moral pública, entendida como actitud, que ha de asumir el ciudadano frente a los intereses colectivos; una actitud de vigilancia e intervención oportuna, bien se trate de atender asuntos políticos o se planteasen actividades de carácter fiscal.

Los sistemas políticos antiguos y modernos, insistimos, han tenido punto vulnerable en la proliferación de los vicios administrativos. La administración real española ofreció ejemplos que son casi típicos: "La camisa de once varas del Gran Capitán" y "Las cuentas del Gran Capitán", son frases populares que traducen un estado de cosas consagrado por la costumbre. Y no obstante los juicios de residencia, ¿podía haber moralidad administrativa en un sistema que ya en los días finales de Felipe II y hasta la revolución de 1810 estableció la venalidad para la provisión de buen número de cargos y oficios de gobierno y remataba la recaudación de los impuestos en las plazas públicas?

A través de este sistema venal se borraban los pecados, se ascendía en la escala social y hasta se modificaba el color de la piel mediante la satisfacción de determinadas tasas, como lo establecía aquella célebre cédula de "gracias al sacar". Algunos oligarcas criollos adquirieron sus lustrosos títulos mediante mercedes reales logradas a cambio de buenos reales de vellón.

La situación de esos tiempos no era favorable a la formación de una moral cívica en el colono. Según las palabras de Bolívar, nuestra existencia política era nula. En la Carta de Jamaica advierte que "además de privárenos de los derechos que nos correspondían, el sistema político colonial nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Estábamos privados —anota el Libertador— hasta de la tiranía activa, pues no nos era permitido ejercer nuestras funciones". No ocupábamos en aquella sociedad otro lugar que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores. Y si la moral privada se forja en el seno de la familia,

al calor del hogar, la conciencia cívica es fruto de un largo ejercicio de los derechos ciudadanos.

Este tema es una especie de idea fija en Simón Bolívar. Sin moral pública no puede existir la República, ni hay Libertad. Moral y luces son los polos de una República, moral y luces son sus primeras necesidades. Ambos conceptos expuestos ante el Congreso de Angostura, no han perdido su vigencia y ambos van a repetirse muchas veces a lo largo de su epistolario y aparecen como tesis fundamental en el desarrollo de muchos de sus proyectos legislativos.

Para darle a la República un firme basamento constitucional, la educación popular era primordial y, al lado de ella, la garantía insustituible, la de liberar al hombre de la miseria económica mediante el reparto de los bienes nacionales. Ciudadanos liberados de la miseria material y espiritual constituían factor elemental de la estabilidad del sistema democrático. Solamente en un ambiente de seguridad social arraigaría la conciencia cívica.

Sin embargo, la carencia de una tradición nacional en este sentido era escollo aparentemente insalvable ante el cual fracasaría el sistema democrático. Una constante vigilia persuadió a Bolívar de que los mecanismos constitucionales en uso resultaban insuficientes para el logro de los propósitos que perseguía. Fue quizás el primero que comprendió, o por lo menos expresó, que los tradicionales poderes de la democracia representativa debían ser completados con un nuevo poder que velase por las costumbres y la educación. Y si no resultaba viable que ese nuevo poder se ocupase de los dos campos señalados, tal como lo planteó en su anteproyecto de Constitución de 1819, por lo menos debía constituirse uno que se ocupase de las costumbres (1825).

Pero ¿cómo contener la desmoralización pública? El no creía en Catones de repúblicas aéreas, legislando para comunidades angélicas. Cualesquiera fuesen las disposiciones a adoptar, deberían ser trasunto de la realidad americana. El problema no consistía en adoptar o en copiar concepciones jurídicas foráneas para erradicar un fenómeno indígena en ciertos aspectos, sino estudiar esas legislaciones extranjeras y adaptar o recrear ciertas normas, de acuerdo con la circunstancia nacional. De sus meditaciones surgen esos poderes ya señalados, los cuales serían garantía de pureza administrativa. La experiencia le demostró que en determinadas coyunturas era necesario acudir a la aplica-

ción de leyes excepcionales, de medidas implacables, verdaderamente draconianas. Ya el 11 de septiembre de 1813 decretó la pena de muerte a quienes defraudasen la renta del tabaco. Así, pues, su disposición del 24 de enero de 1824 por el cual aplicaba la misma pena capital a los reos del delito de peculado, no fue una actitud extraordinaria.

LEYES Y FUNCIONARIOS

Mas el Libertador también previó que al lado de una legislación especial sobre esta grave materia, era necesario dotar al Estado de funcionarios competentes. Y dicta la primera reglamentación en América de una verdadera carrera administrativa. De este modo surge el decreto del 16 de septiembre de 1824 por el cual se responsabilizaba a los funcionarios de la incompetencia de quienes son recomendados para trabajar en cargos de la administración pública y el del 11 de enero de 1825, por el que restablecía la Junta Calificadora que escogiese sus funcionarios. El 16 de septiembre de 1824 decía el Libertador al declarar a los Prefectos y demás autoridades responsables a la Nación por la incapacidad de los funcionarios: "Se ha observado con dolor, que muchas veces es pospuesto el servicio de la República a los sentimientos personales, bien porque se califica favorablemente a unos, en razón de una humanidad mal entendida, de relaciones de amistad, o de otras emanadas puramente del influjo; bien porque se les niega a otros su mérito, o se confunden los grandes servicios de alguno, por la exageración con que se recomienda el de otros, resultando de todo la mala elección de los funcionarios y, por consiguiente el mal régimen de las instituciones, y lo que es más sensible, el que cargue sobre sí el gobierno la nota de distribuir mal los empleos, cuando éste no ha procurado más que hacer las cosas por el exclusivo bien de la República". Y agregaba: "Las funciones públicas pertenecen al Estado: no son el patrimonio de particulares, ni alguno que no tenga probidad, aptitud y merecimientos es digno de ellas. Pero, ¿qué hará el Gobierno, cuando los que debieran estar en guarda de esos requisitos, expiden informes pomposos, y califican de beneméritos, a quienes acaso excluyen las leyes y la opinión pública? La más pequeña expresión de un jefe influye en la suerte de la patria, y en especial, respecto de aquellos empleos en que es indispensable descansar en la palabra de otro".

Esta preocupación bolivariana por la eficiencia administrativa, por la pulcritud en el manejo de los fondos fiscales, no era simplemente

producto del celo del dirigente político por el destino o inversión de los ingresos en épocas de crisis; necesarios a la empresa guerrera y al desarrollo de las actividades políticas y administrativas, Bolívar tenía plena conciencia de que estaba conformando una nación y creando un Estado que la representase. De allí nacía el profundo respeto que le inspirase la voluntad popular. No era hipocresía su sumisión a las leyes, aun en aquellas circunstancias en que fue puesto en sus manos el mando supremo de la dictadura. Y también fueron naturales en él la austeridad y el desprendimiento en cuantas ocasiones asumió la primera magistratura. De ahí, en fin, su extraordinaria probidad y la admiración que despertó en su alma la conducta de hombres como Camilo Torres, Juan Germán Roscio, Fernando Peñalver, el Marqués del Toro, Francisco Javier Yanes y Cristóbal Mendoza.

Su animadversión a todas las formas que podía asumir la corrupción administrativa y sus reiteradas declaraciones en torno al tema, no fueron declamaciones retóricas sino manifestación sincera de un profundo convencimiento, revelación de un estado de ánimo. Y cuidadoso de que la fama de los funcionarios públicos debía ser intachable, le escribió al general Francisco de Paula Santander, el 22 de febrero de 1826, apenas tuvo conocimiento de las actividades de la empresa inglesa que se había constituido para iniciar las obras del Canal de Panamá:

“He visto la carta de Ud. en que me propone sea yo el protector de la compañía que se va a establecer para la comunicación de los dos mares por el Istmo. Después de haber meditado mucho cuanto Ud. me dice, me ha parecido conveniente no sólo no tomar parte en el asunto, sino que me adelanto a aconsejarle que no intervenga Ud. en él. Yo estoy cierto de que nadie verá con gusto que Ud. y yo, que hemos estado a la cabeza del gobierno, nos mezclemos en negocios puramente especulativos”.

En la atención y respeto a los juicios de la opinión pública y en el respeto hacia la Ley y los magistrados que deben administrarla, el Libertador extremó sus cuidados. Y cuando parientes sin escrúpulos y jueces parciales entraron a disputarle sus derechos en las minas de Aroa, el Libertador conminó a su hermana María Antonia y a José Angel de Alamo a que se mantuvieran dentro de la mayor ecuanimidad, pues no pensaba presionar a las autoridades, así se tratase de sus intereses patrimoniales.

El Libertador tuvo plena conciencia de que remodelaba la caduca estructura colonial, forjando naciones libres para gente sometida por la

ignorancia. Tal vez es a causa de este conocimiento de su misión por lo que le desvela el futuro de su obra, la cual no tenía antecedentes en el continente iberoamericano.

Posiblemente esta conciencia influyó en todas sus actitudes como magistrado, pues las mismas influencias se podían ejercer sobre los modos políticos de sus compatriotas. Investidos de una autoridad discrecional, de facultades ilimitadas, procuró ceñirse a las leyes, sin ejercicios desorbitados de poder. Ya hemos señalado cómo en materias administrativas y fiscales pretendió ser celoso vigilante de las rentas nacionales. En asuntos de disciplina, fue inexorable. Ante los problemas educacionales aparece como el único político americano, luchador por la Independencia, desde el argentino Mariano Moreno hasta el cubano José Martí, que dejó un programa articulado al respecto y en cuanto a política internacional, elaboró una estrategia que no fue continuada, pese a que aún muestra actualidad en algunos de sus aspectos.

Esta conciencia de su misión y responsabilidad es evidente en todos los momentos de su vida. Inclusive, no desdeñó ocuparse de las normas de la buena crianza y dio sobre las mismas ejemplos a sus familiares y allegados. Al general Tomás de Heres le aconsejó propiedad y elegancia en las réplicas públicas. Especialmente áspero fue con su sobrino Anacleto Clemente. De una carta que le dirigió, datada en Lima, a 16 de mayo de 1826, destacamos las siguientes líneas:

“¿No te da vergüenza ver que unos pobres llaneros, sin educación, sin medios de obtenerla, que no han tenido otra escuela que la que da la guerrilla, se han hecho caballeros; se han convertido en hombres de bien; han aprendido a respetarse a sí mismos tan sólo por respetarme a mí? ¿No te da vergüenza, repito, considerar que siendo tú mi sobrino, que teniendo por madre a la mujer de la más rígida moral, seas inferior a tanto pobre guerrillero que no tiene más familia que la Patria?”

Simón Bolívar es un convencido de la eficacia del ejemplo, de la palabra, de la educación. El ejemplo implica una invitación. La palabra incita a la emulación. La educación encamina a la realización vital. Para él, lo reiteramos, la base de la República está en la educación. El principal ciudadano, es el maestro. En las páginas que redactó sobre la educación de su sobrino Fernando se refleja una vez más, su pensamiento:

“La enseñanza de las buenas costumbres o hábitos morales es tan esencial como la instrucción; por eso debe tener especial cuidado en que aprenda en las cartas de Lord Chesterfield a su hijo, los principios y modales de un caballero... Sobre todo recomiendo a usted inspirarle el gusto por la sociedad culta en donde el bello sexo ejerce su benéfico influjo y ese respeto a los hombres de edad, saber y posición social que hace a la juventud encantadora, asociándola a la esperanza del porvenir”.

Los escritores y filósofos de la Roma imperial destacaron la frugalidad y modestia de los ciudadanos anteriores a la tercera guerra cartaginesa. Vivían en unos tiempos de despilfarro y de mal gusto, y por eso tuvieron que buscar en épocas anteriores, los ejemplos de la austeridad perdida. Roma anterior a la campaña de Grecia había sido una Roma pobre y sus dirigentes habían vivido dentro del marco general de la pobreza imperante.

Por ello nos resulta excepcional el caso de Bolívar. En sus días de mayor esplendor y auge político, entre 1823 y 1827, contrariamente a cuanto sostienen algunos escritores de esos días, vivió con la mayor austeridad. A su sobrino Anacleto Clemente le declaró (Guayaquil, 29 de mayo de 1823):

“...no quiero lujo en nada; pero tampoco indecencia...”

Y al general Santander (Lima, 27 de noviembre de 1823) le confiaba al final de una larga epístola:

“Se me olvidaba decir a usted que estos señores (del Congreso del Perú) me han señalado cincuenta mil pesos de sueldo, pero yo he contestado que no los admito, porque no es justo, ni noble que yo me ponga a sueldo del Perú pudiendo, con mil onzas que pueden gastarse aquí, librar de esta mancha al jefe de Colombia”.

Con el presidente del Congreso de Colombia (Pativilca, 9 de enero de 1824) y en días realmente dramáticos, cuando todo parecía conspirar contra sus esfuerzos, fue más explícito:

“Renuncio desde luego a la pensión de 30.000 pesos anuales que la munificencia del Congreso ha tenido la bondad de señalarme; yo no la necesito para vivir en tanto que el Tesoro Público está exhausto”.

Y categórico fue ante el Constituyente del Perú, cuando los legisladores de Lima el 12 de febrero de 1825 acordaron otorgarle en todo

tiempo los honores de Presidente de la República y erogar en su favor un millón de pesos. Al renunciar a recompensa de este género, respondió:

“...sería una inconsecuencia monstruosa si ahora yo recibiese de manos del Perú lo mismo que había rehusado a mi Patria”.

Y como el Congreso volviese a la carga instándolo a destinar ese millón a obras de beneficencia en favor del dichoso pueblo (Caracas) que lo vio nacer y demás de la República de Colombia que tuviese por conveniente, el Libertador rechazó por segunda vez la donación, en tono casi irritado:

“Sea cual sea la tenacidad del Congreso Constituyente, no habrá poder humano que me obligue a aceptar un don que mi conciencia repugna”.

Y pocos meses más tarde, en junio de 1825, desde el Cuzco, le confiaba a Pedro Briceño Méndez:

“Tendré que pasar por el dolor de girar contra el Tesoro Público, porque actualmente no tengo un peso de qué disponer”.

En agosto del mismo año 1825, el Libertador se enteró de que el general Guillermo Miller, jefe civil y militar del Departamento de Puno había dado la orden para que de los fondos públicos del Departamento se sacasen 6.000 pesos para los gastos de recibimiento de Bolívar, en gira por los Departamentos del Perú. Al enterarse de esta orden de Miller, escribió a Sucre, el 3 de agosto de 1825 que era su voluntad:

“No gravar en un maravedí los fondos del Estado en toda la marcha que tiene que hacer sólo con el objeto de trabajar por la felicidad de los pueblos, y que si el señor Miller ha dado esta misma orden en todos esos Departamentos, haga V.E. que se suspenda inmediatamente, y que se reintegre al Tesoro Público cualquier cantidad que se hubiese extraído con tal fin”.

Los mitógrafos de la historia continental han reiterado que el Libertador fue manirroto con sus bienes, avaro con los caudales públicos. Ni lo uno ni lo otro. Los caudales públicos no pueden ser manejados con avaricia; en relación con su peculio privado Bolívar fue desprendido y poseyó en grado magnífico la generosidad. Fue generoso en lo espiritual y en lo material. Pocos jefes han tributado mayores elogios a sus subalternos como Bolívar. Ninguno, como el Libertador, elogió en forma tan encomiástica a un compañero de armas como lo hizo Bolívar al

redactar la biografía del vencedor de Ayacucho, verdadera página de antología.

Apenas retornó don Fernando Peñalver a su tierra, Bolívar le escribió desde San Cristóbal, el 24 de septiembre de 1820:

“En cuanto a miserias, estoy pensando cómo remediarlas y entre otros medios he pensado hacerlo a Ud. director de rentas. Mire si le conviene. Conteste usted categóricamente, acepte o no, este destino. ¡Por usted lo sentiré!, por la Patria me alegraré, porque es insoportable servir entre tanta gente *non santa*. Ud. me entiende... Si Ud. tiene a quien librar algún dinero, lo pagaré, pues aunque por allá tenía unas onzas, ya las he mandado a repartir entre algunos menesterosos de mis amigos y compañeros de armas y después dirán que tengo depósito”.

Fechada en el Cuartel General de Bogotá, el 6 de noviembre de 1821, le dirigió la siguiente comunicación al vicepresidente Santander:

“La viuda del más respetable ciudadano de la antigua República de la Nueva Granada (Camilo Torres) se halla reducida a la más espantosa miseria, mientras gozo de treinta mil pesos de sueldo. Así he venido en ceder a la señora Francisca Prieto mil pesos anuales de los que me corresponden”.

Desde Cuzco, el 10 de junio de 1825 escribía a María Antonia una carta que es nítido retrato espiritual, muestra de su actitud ante la vida:

“...dile (a Antonio León) que yo no soy un ingrato; que yo me acuerdo mucho de la noche que me escondió en su casa en tiempos de Monteverde, que no he olvidado el dinero que dio a ustedes ni el que me ofreció a mí, ni las onzas que dejó en mi casa el día de la retirada de Caracas. Ofrécele todo lo que yo pueda hacer por él, y que empiece por aceptar su dinero; que no le mando nada porque yo no tengo nada, pero que para después podré tener”.

“Te mando una carta de mi madre Hipólita, para que le des todo lo que ella quiera; para que hagas por ella como si fuera tu madre; su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otro padre que ella. Al tío Esteban le mando una libranza de cinco mil pesos contra el tesoro público. Bastante me ha costado este paso, pero he debido hacerlo en beneficio de él. Hazle muchos cariños de mi parte”.

Esta generosidad material y espiritual de Bolívar es tanto más notable cuanto el Libertador padeció penurias infinitas a causa de su larga

lucha. En 1812, encontrándose desterrado en Curacao; en 1816, en Haití. Penalidades infinitas y una dolorosa enfermedad lo aquejaron durante su campaña de 1818. En Curacao y Haití fueron tan extremadas sus necesidades, que pensó evadirlas por el suicidio. Sin embargo, devoto de la amistad como fue, en amigos entrañables encontró afecto y refugio: Francisco Iturbe, Maxwell Hyslop, Martín Tovar, J. Sutherland, Rafael Urdaneta o Petión. Por ese culto a la amistad pudo escribirle a Rafael Urdaneta, desde Trujillo, el 24 de agosto de 1821:

“...no escribo a los que amo, sino cuando necesito de ellos”.

A través de estos episodios de su vida y de los juicios que le merecieron los problemas de gobierno que iba confrontando a lo largo de los años y en los distintos escenarios en que actúa, se dibuja el retrato del gobernante y surge nítida su concepción ética del papel de quien asume el rol de dirigir los destinos de una República.

Esos juicios, esas actitudes no fueron tomadas con miras al consumo de la publicidad y del reclamo, pues se trataba casi siempre de cartas íntimas y de normas de gobierno, decretos y reglamentos que apenas iban a tener escasa difusión, casi siempre reducidas al grupo de sus allegados y colaboradores. Es en el examen posterior de sus archivos, cuando ha ido surgiendo como de la más prodigiosa mina, su pensamiento y se ha ido definiendo su personalidad de ideólogo, de político, de gobernante y de caudillo. Y el investigador, el estudioso, el historiador han encontrado a lo largo de los años de tan dramático y dinámico vivir, una coherencia de ideas y de actos que se traducen en armonía vital y en perdurabilidad de la obra que está creando en aquellas horas. El sentido de la realidad iberoamericana, su conocimiento de que las multitudes que integran las nuevas naciones están constituidas por gente ignorante, llena de resabios y malas costumbres y dominados por oligarquías rapaces y sordas a todos los reclamos, lo lleva a pensar siempre en que la educación popular es el único instrumento de la democracia en el continente. Liquidar la miseria de esas mismas multitudes era otro de sus empeños, pues pensaba que la miseria y la ignorancia eran las fuerzas aliadas a la corrupción.

Nunca creyó que las leyes en abstracto podían constituir el principal remedio contra este estado de cosas. Le preocupaba la calidad moral de los hombres que iban a aplicar estas leyes, a convertirlas en ins-

trumento de salvación. De allí su afirmación de que los jueces deben ser independientes de toda influencia extraña, pues el Poder Judicial contiene la medida del bien y del mal de los ciudadanos, y si hay libertad, si hay justicia en la República, son distribuidos por ese Poder.

Pensó siempre el Libertador que en la lucha contra la corrupción, la primera trinchera la constituye la moral del gobernante. Y con su conducta mantuvo a raya a muchos de sus cercanos colaboradores, a quienes llamaba la tentación de la riqueza y del abuso, los que apenas desaparecido el Libertador de la escena pública, dieron rienda suelta a sus apetitos y fueron como gobernantes, la negación del maestro.

En Venezuela muchas veces hemos olvidado la lección bolivariana, o la hemos aceptado a medias y para fines egoístas de grupos o de personalidades de transitoria vigencia.

Sin caer en la deificación de los historiadores románticos del siglo XIX, ni en la retórica detestable de la literatura que utilizaron muchas de nuestras dictaduras, su pensamiento y su ejemplo aseguran una vía de avance de nuestro pueblo en marcha. Su pensamiento es moderno, porque su visión taladró el futuro al analizar el destino de nuestras nacionalidades. Las virtudes que reclamó a los gobernantes siguen siendo necesarias y los vicios que denunció continúan causando daño, porque virtudes y vicios no se inventan como las modas, sino que forman el código inmutable de la moral.

EL CONGRESO CONSTITUYENTE DE 1811

Apenas concluyó la empresa heroica del descubrimiento del paisaje y se unieron las voluntades en las ciudades recientemente fundadas, se perfilaron las tendencias fundamentales del proceso histórico nacional. Unos grupos, reunidos al amparo de los cabildos, se constituyeron en clase dominante. Otros, rumiaron su miseria o servidumbre. Del secular enfrentamiento de estos grupos, de sus pasajeras alianzas o frecuentes rompimientos, fue surgiendo el espíritu criollo, se fue forjando el alma popular. El proceso histórico no lo modelan los hombres aislados, los grandes hombres, sino está condicionado por la actividad productora de las gentes, por sus afanes de dominio, por sus anhelos de libertad y de soberanía.

Es la conjugación de estos factores y no la influencia de filosofías importadas cuanto contribuye a definir en el tiempo y en el espacio el sentimiento venezolano. Las filosofías son préstamos oportunos, barnices para cubrir una fachada social. Lo primario está en la intuición venezolana que entrevió una posibilidad de salvación si rompía lazos tramados por la tradición, anulados por el crecimiento de poderosos intereses.

La Colonia tiene su explicación en la pugna de los grupos sociales y económicos por constituirse y dominar el mecanismo político en provecho propio. Los oligarcas caraqueños murmuraban contra Miranda y aseguraban que el viejo girondino no les inspiraba confianza, ya que era hombre peregrino, carente de bienes raíces. La ininterrumpida contienda entre los grupos económicos pone acento de constante inquietud en la vida comunal, rural o urbana. Y las relaciones de las metrópolis entre sí, con sus pactos o pugnas, implican riesgos y lleva zozobra a todos los rincones de nuestro territorio, siempre codiciado por las cortes de Londres, París o La Haya.

* * *

Para Mommsen lo resaltante en Julio César fue haber extendido y firmemente asentado la cultura latina más allá de los Alpes, entre los

pueblos bárbaros. Eso mismo lo exalta el gran historiador Leopold von Ranke en relación con la empresa colonizadora española, la cual es, sin duda, según sus propias palabras, "el momento universal histórico más noble de la transmisión de la cultura latina, como antaño fue transmitida de Roma a Hispania y se conservó en lucha con múltiples elementos que se le opusieron y a los cuales apartó o venció y que ahora ganó, más allá de los mares, un nuevo terreno para su expansión".

El proceso colonial tuvo en cada región sus propias características, sus peculiares matizaciones. La Corona legisló siempre con carácter local a través de sus cédulas y mediante la labor que rindieron las Audiencias. Cada región fue erigida en provincia y solamente el 8 de septiembre de 1777 una cédula real creó una nueva demarcación política más vasta y mejor estructurada, la Capitanía General de Venezuela. Ensayos preliminares se habían adelantado hacia el logro de ese objetivo. Los primeros fueron los de la Real Compañía Guipuzcoana al extender sus establecimientos y el curso a la Nueva Andalucía, Guayana y Maracaibo. Luego, la creación de la Intendencia del Ejército y Real Hacienda.

La Intendencia fue, tal vez, el más activo instrumento político y económico de integración nacional. Un instrumento que infortunadamente no llegó a cumplir íntegramente su doble función. Depons (y lo cito expresamente por su condición de extranjero con criterio objetivo para apreciar nuestra situación) dedicó párrafos al estudio de la Intendencia y a la importancia de su cometido en la vida provincial. Los criollos, sin embargo, encasillados en sus aspiraciones clasistas, miraron la Intendencia con temor y formularon reiterados reparos a sus actividades.

La Intendencia se establece tardíamente en nuestro país y como consecuencia de un cambio dinástico. Creadas en Francia con carácter permanente por el cardenal duque de Richelieu en 1635, se fueron fundando en las provincias ultramarinas hispanas a partir de la guerra de sucesión española. Los Borbones traen costumbres y sistemas distintos a los de la España de los Austrias. A las ideas de la anterior casa reinante oponen los Borbones su exagerado despotismo, su piedad hipócrita, sus debilidades y las alianzas que los empobrecen y arruinan, no pudiendo impedir ni el desbarajuste, ni la bancarrota el llamado despotismo ilustrado de Carlos III o la cooperación de algunos de sus ministros, como el conde de Aranda.

* * *

El proceso económico, la evolución institucional, el desarrollo demográfico, las polémicas clasistas, los amagos de las potencias extranjeras, las pugnas de los grupos económicos son semejantes en las provincias occidentales y orientales de la Costa Firme, abiertas a las influencias extrañas y a los contactos filosóficos a través del contrabando y del limitado y ocasional intercambio libre con las llamadas Antillas amigas o neutrales, según las circunstancias o coyunturas metropolitanas.

Sobre la base de este comercio cultural se han proyectado las tesis de la influencia decisiva de la Enciclopedia en la preparación del espíritu criollo. Los primeros políticos criollos bebieron sus teorías en las obras de los filósofos de la Ilustración.

La rebelión americana frente a Europa nace en el seno mismo del Continente como réplica a las autoridades peninsulares y resultado de procesos económicos locales. Antes de que Adam Smith expusiera sus tesis, ya el colono exigía libertad en lo comercial y en lo industrial. Arribar a semejante conclusión era el inevitable *desiderátum* de una evolución interna. Y esa posición la expresaron en una u otra forma los comuneros paraguayos de Antequera, los vegueros de Calabazar, en Cuba, los cosecheros isleños y criollos de los valles del Yaracuy o Panagüire, los comuneros de El Socorro o Mérida, los conspiradores que acompañan a José Leonardo Chirinos, Pirela, Gual y España. Cuando apellidan la "ley de los franceses" no invocan los rebeldes y conspiradores los actos legislativos de la revolución de 1789, sino las decisiones y actitudes de los jefes revolucionarios de Haití, la Francia Negra que se desangraba por alcanzar su libertad.

La voz profunda y popular de América quería abrirse caminos propios. Voz del pueblo anónimo que resuena en los valles montañosos o se prolonga sobre el pajonal de las sabanas o la verdeante alfombra de los bosques milenarios... Es la voz resonante de futuro que se engalló en la protesta de Juan Francisco de León y configuró la primera exigencia razonada que hacía una Patria que ya pugnaba por andar sin tutores.

El eco multitudinario no se esfuma. Lo robustecerá la persecución política, la intolerancia, los odios que se desatarán. Y lo afirmará la crisis económica de que es teatro la Capitanía desde 1798. Las crisis afinan el sentido político de la gente. Desde 1789 los asuntos políticos

del Viejo Continente sufren tremendos sacudones. La burguesía, desbordada, quiere destruir todo el orden existente en la euforia y fruición de gozar las primicias del Poder. Hacer tabla rasa del pasado y con las cenizas de las cosas amasar un mundo nuevo, una nueva sociedad.

Francia y España, atadas por los lazos del "pacto de familia", intentan acabar con Inglaterra y fomentan y ayudan a la rebelión de las 13 colonias de la América del Norte, las cuales formarán una nueva nación, Estados Unidos. Para el Libertador, la rebelión de estas colonias contribuye más bien al engrandecimiento económico de la metrópolis. Las colonias, desunidas, sin nexos entre sí, con organizaciones ajenas las unas a las otras, con problemas económicos, religiosos y políticos diferentes, nivelaron sus angustias haciéndole frente a los monopolios y a los excesos de la administración británica. La independencia era ineludible si las colonias querían sobrevivir. Y necesaria para Inglaterra si ella quería hacerle frente a la competencia continental con la ayuda de la producción algodонера angloamericana.

La suramericana también surge como un acontecimiento inevitable en el orden de los sucesos humanos. Esto lo reconoció Canning en su célebre discurso del 2 de diciembre de 1826: la independencia americana resultaba indispensable si se aspiraba al restablecimiento del equilibrio político europeo. Con o sin la independencia de las 13 colonias, con o sin la revolución francesa, con o sin la simpatía de Inglaterra, nuestra independencia, tarde o temprano, era el lógico corolario a un proceso evolutivo interno, mediante el cual los grupos económicos y sociales regionales, en conocimiento de sus fuerzas, asumirían la propia dirección de sus destinos.

* * *

Es una constante en muchos autores la de que la independencia americana llegó prematuramente. Nuestros pueblos no estaban preparados para el ordenado ejercicio de la vida democrática. La cantinela impresionada por la persistencia. Hemos visto en épocas recientes cómo las naciones emprenden costosas empresas bélicas destinadas a la afirmación de los sistemas de gobierno democrático en las lejanas y atrasadas regiones, donde a pueblos que jamás han conocido tales sistemas pretenden imponérselos esas naciones. América sin embargo, para los tratadistas que patrocinan semejantes aventuras, no estaba madura para el ejercicio de la justicia.

Nuestro Continente no llega a plantear en 1810 su capital disyuntiva sino tras madura maceración de propósitos y anhelos. A lo largo de los años las aspiraciones se van decantando. Los grupos económicos y políticos van perfilando lentamente sus intenciones. La independencia no se proclama porque Bonaparte avasalla a la península, ni porque en la parte Norte de este Continente se forma una nueva república. En materia histórica no hay fenómenos prematuros. Se presentan cuando ciertas circunstancias facilitan la eclosión de determinados factores.

La independencia americana se gesta desde los mismos comienzos del siglo xvii. Los criollos, imbuidos de su misión y del papel que representan, inician las primeras acciones contra la institución real. Las castas van evolucionando. La cultura, buena o mala, se va extendiendo. Las gentes van conformando sus anhelos. A los comienzos de este proceso no hay ni sombras de influencias ajenas al propio espíritu de la tierra. Las rebeliones van contra el mal gobierno, contra los exagerados pechos, contra los nuevos sistemas administrativos introducidos por los Borbones.

Estas rebeliones americanas tienen neto contenido local. La de Losada en El Tocuyo, en 1601, se siembra en temas lugareños. La de Andresote no apela a doctrinas exóticas. La de Juan Francisco de León o la de los negros en el mismo año de su revuelta, enfoca problemas y situaciones regionales. En la de los Comuneros de Mérida, eco de la rebelión de El Socorro, aflora erudición bíblica. El Intendente es un Faraón que quiere condenar a los nuevos israelitas a la fabricación de ladrillos de plata. Samnitas de última hora, pretenden que los vencidos gobernantes pasen cual romanos bajo las Horcas Caudinas.

En el continente la hora es nona para las instituciones monárquicas. En el fondo, las gentes quieren cambios radicales. Entonces, aparecen los seguidores de la "Ilustración". Hay que acomodar el proceso interno de América a la hora que vive el mundo. Nuevos licores deben reemplazar los viejos capitosos de antaño. Francisco Vitoria o Grocio ceden el paso a modernos voceros de la Justicia. Locke. Condillac. Voltaire. Paine. Franklin. Volney. Holbach. Raynal. Los periodistas franceses de 1812, burlándose de los pensadores americanos, apenas si los consideran simples versiones de Raynal.

En realidad hay algo más. Ni las instituciones políticas norteamericanas, ni la fuerza del pensamiento enciclopedista ejercen sobre los

criollos esa tremenda importancia que muchos quieren destacar. Ni habían viajado tantos criollos antes de 1810 como para servir de escuela, ni afluían tantos libros al territorio de la Capitanía como para seducir a los incautos o a los indecisos.

Los grupos más capacitados de la provincia tienen sus raíces filosóficas en el propio pensamiento español clásico. En Las Casas. En Vitoria. En Mariana. En Quevedo. En Jovellanos. De la Enciclopedia extraen el barniz. Los filósofos de la Ilustración y los expositores políticos de las doctrinas revolucionarias de 1789 son los decoradores de una casa antigua.

Examinemos el proceso revolucionario de que es teatro la colonia antes de la rebelión de José Leonardo Chirinos y nos convenceremos de semejante situación. El zambo de Coro y el mulato de Maracaibo invocan una no escrita ley de los franceses. Esa ley no es otra que la revolución de los esclavos haitianos. No es sino la ley de Toussaint Louverture.

Nuestros investigadores destacan la influencia de Estados Unidos en los grupos proclives a la independencia. Es una influencia relativa y aún no bien estimada. Nuestros próceres son federalistas porque imitan, serviles, las instituciones norteamericanas, ¿por qué no imitaron, entonces, su presidencialismo y prefirieron el triunvirato? ¿Por qué desechan a Locke que está presente en los proyectos constitucionales de Miranda?

En realidad, aún no se ha llevado a cabo el riguroso análisis de las fuentes políticas que sirvieron de guía a nuestros libertadores. Es este un estudio de capital importancia para conocer los alcances del pensamiento político continental y aislar sus aportes. América recibe. Eso es cierto. Pero, también ofrece su inquietud y esa inquietud, pese a los propósitos aislacionistas de Metternich, termina por levantar el espíritu nacionalista de los pueblos griegos y balcánicos. Esta influencia americana en los asuntos europeos es evidente, entre otros casos, en el de Irlanda. En 1823 Daniel O'Connell funda una asociación para luchar por la independencia de Irlanda. Y el 6 de diciembre de 1824, ante una reunión de los asociados, declaró el gran luchador celta: "Si el parlamento no presta oídos a las reclamaciones de los católicos, espero que nacerá un Bolívar que sabrá defender sus derechos".

Mucho material falta por investigar en torno a los orígenes de nuestra independencia. Ella tiene sus raíces en el alma misma del pueblo

apegado a su terreno; en las aspiraciones de sus clases poderosas que tienen clara conciencia en cuanto a sus aspiraciones. No llega como obra del acaso porque príncipes débiles hacen dejación de sus derechos, o un pueblo antes imperial se debate en los estertores de la agonía. La Independencia se proclama porque ha llegado la hora. Hombres libres o siervos de otras naciones fue el dilema que se le presentó a nuestros padres. Y escogieron libremente su camino. Un camino que conocían ya por tradición. No en balde habían luchado siglos antes por los fueros en los yermos de Castilla. No en vano habían defendido bajo árboles añosos sus estatutos en las pueblas vascas. No en vano, en el seno de nuestros cabildos, habían dejado caer parsimoniosamente su protesta cuando recibían reales mandatos contrarios a sus intereses. Porque en los Ayuntamientos, al recibir semejantes reales mandamientos y colocarlos sobre las cabezas en señal de acatamiento, ese mismo criollo expresaba orgulloosamente su calidad: "Se recibe; pero no se cumple".

El problema de la independencia no es el de estudiar los factores extraños que en ella intervienen; sino el de analizar los factores internos que la promueven. Cuando las gentes de la provincia se juzgan en capacidad de asumir la soberanía lo hacen simplemente. La oportunidad no puede ser desperdiciada. El poderío napoleónico es el acicate que produce las rebeliones provinciales. La incapacidad del sistema español, los vicios de la monarquía, la disolución de sus personeros contribuyen al triunfo de las ideas liberales.

Desde Andresote a la rebelión contra la Guipuzcoana, desde 1749 a 1781 a 1795, 1797 ó 1799 es mucho cuanto avanza el ideario independiente. Con Gual y España están claramente expuestos los anhelos reivindicatorios. La revolución popular tiene ya completo su armamento doctrinario. Las clases mejor preparadas encuentran la hora propicia y se entregan al cabildeo y a la conspiración. Y la conspiración desemboca en el movimiento popular del 19 de abril de 1810 y en la declaración de independencia del 5 de julio de 1811. América entra, entonces, de lleno en la Historia.

Más que en la difusión de ideas políticas novedosas, el problema político criollo era, en lo esencial, de orden económico. "Canastilleros", parciales de una política monopolista, porque las mercaderías les venían de la península a través del comercio gaditano. En la mayoría, estos comerciantes son de origen peninsular; vizcaínos en el centro; catalanes en la región oriental. Los hacendados, en cambio, son partidarios del

libre comercio, porque ni la península ni las provincias ultramarinas están en capacidad de absorber los excedentes. Las castas buscan igualarse a los altivos criollos. Unos pretenden liberar las esclavitudes. Otros sostienen que sin ellas no hay producción.

Las autoridades reales no estimaron cabalmente las dimensiones del problema que se les avecinaba. Las juntas de guerra celebradas en Caracas en 1794 sí atisbaron la gravedad cuando destacaron que la propaganda subversiva encontraba eco en la población penal, ya que en las cárceles estaban recluidas infinidad de personas acusadas de abigeato. Y esto, precisamente ¿no era, acaso, síntoma evidente, palmaria prueba de una situación tensa? En la provincia de Barcelona el fenómeno ofrecía particular gravedad y Depons manifiesta que el comercio ganadero local había disminuido extraordinariamente porque gavillas de bandoleros arruinaban los hatos.

El historiador Parra Pérez, siguiendo al paso las informaciones de origen real, señala como causas de la independencia "la residencia de extranjeros o sus descendientes, la presencia en *La Guaira* de los franceses hechos prisioneros en las Antillas o de emigrados de la misma nacionalidad, la introducción de papeles incendiarios, la acción de los conspiradores de San Blas y, por último, las intrigas de los ingleses dueños de Trinidad y de los franceses de Santo Domingo". Pero, nos preguntamos ¿las causas internas? ¿La actividad nacionalista de los criollos? ¿Sus aspiraciones a un gobierno propio?

Hacer la crónica de los hechos que se suceden desde las tentativas de Miranda hasta el 19 de abril de 1810, el 2 de marzo de 1811 hasta el 5 de julio de 1811 es repetir la lección por todos aprendida, pero sí merece recordarse que en las provincias venezolanas la revolución del 19 de abril no tuvo el carácter xenófobo con que algunos la presentan. No hay ni sombra de odio al extranjero en el proyecto de constitución provincial de Barcelona, por ejemplo. Esta carta que no llegó a tener aplicación, "merece por más de un concepto especial análisis", anota el doctor Parra Pérez.

Es, en efecto, la obra de uno de los políticos venezolanos más radicales, el doctor Francisco Espejo, y refleja un ideario que se aparta mucho de las posiciones que adoptan los legisladores nacionales y provinciales de Caracas, Mérida, Trujillo o Barinas. Ante todo destacamos

que el proyecto constitucional se destina a los habitantes de la república de Barcelona... una e indivisible". Frescos estaban aún en el recuerdo de muchos, los días anteriores a 1777, cuando Barcelona era independiente de Caracas y casi autónoma frente a Cumaná. De esta situación surgió el ideal federalista en muchas mentes esclarecidas. El mismo Juan Sotillo, rudo guerrero de la época de la Independencia y campeón indiscutible en las contiendas civiles, a quien los godos, en su despecho, le endilgaron el calificativo de "minotauro de Santa Ana", cuando emprendía sus viajes a Caracas, al llegar a las riberas del Unare, lindero provincial, se revolcaba en la arena para llevar a la otra tierra un poco del polvo de la suya.

Este sentimiento regional característico lo observamos en los procedimientos de la Junta Cumanesa de 1810 o en las actitudes de caudillos como Mariño o Bermúdez que, en parte, fueron causa de los grandes fracasos republicanos de 1814 a 1816. Esta posición fraccionalista resurgirá luego de rota la unión colombiana y va desapareciendo con el tiempo, obra del dolor sufrido durante las tiranías o del progreso. Al lado de ese regionalismo, vestido de ideal federalista, se desarrolla paralelamente un proceso tendente a segmentar la provincia de Caracas, como lo expuso don Fernando Peñalver en su memoria de 26 de julio de 1811 al Congreso. En ella el ilustre repúblico resume el concepto que del sistema que propugnan se han formado nuestros primeros federalistas.

El federalismo del Libertador nada tiene que ver con el de estos legisladores. Bolívar es rigurosamente centralista en lo nacional; en lo internacional, federalista. Y muchos de los federalistas de la primera hornada patriota serán claramente antifederalistas frente a los proyectos de unión colombiana del Libertador para concluir, después de 1830, con Páez, como decididos adalides centrofederales. Compromisos de conciencia abundan en nuestra historia...

El proyectista o los proyectistas de la Constitución barcelonesa tienen como modelo, según algunos, las constituciones francesas de 1789 y 1793, el acuerdo provincial de Caracas de 1º de julio de 1811 y la Constitución federal venezolana del mismo año. Si tomaron en cuenta estos instrumentos muy poca importancia les dieron y los consultaron más bien con el propósito de confrontar posiciones doctrinarias. Los principios que se aceptan en el proyecto han sido derivados, en parte, de las obras de algunos enciclopedistas; en otras ocasiones parecen con-

clusiones muy personales con base en fuentes que aún no han sido examinadas.

Cuando la Constitución barcelonesa proclama que “el objeto de toda asociación política es la felicidad común y el del gobierno la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre... la igualdad, la libertad, la seguridad, la propiedad y la resistencia a la opresión”, colegiríamos que los proyectistas han leído el capítulo XI de “La ley natural o principios físicos de la moral” y “Las ruinas de Palmira”, del conde de Volney, así como las célebres “Relecciones” del padre Francisco Vitoria.

No es del caso realizar un examen de los textos constitucionales aprovechados por los proyectistas. Es, sin embargo, obligatorio el recuento de aquellos momentos, así sea superficial, porque está ligado su contenido al del 5 de julio de 1811. La permanencia de nuestro actual modo de vida democrático implica el mantenimiento de una corriente filosófica que se inicia el 19 de abril de 1810 y pausadamente ha ido superando sus primeras expresiones, siendo siempre susceptible de nuevas transformaciones teóricas. Bien lo conocieron los proyectistas de la Constitución barcelonesa cuando redactaron el siguiente artículo: “El pueblo conserva siempre el derecho de ver, reformar o variar la Constitución. Una generación no puede hacer que sus leyes obliguen a generaciones futuras”.

La virtud democrática radica en alcanzar tales transformaciones revolucionarias mediante las normas legales que las facilitan. Si rastreamos con afán los acervos documentales para configurar el desarrollo económico y social del país; si referimos con minucia de investigadores las actividades bélicas que aseguraron la Independencia o las empresas de los caudillos cuando vorazmente se disputaban los gajes del Poder; es labor igualmente indispensable y fundamental analizar nuestras Constituciones.

La Constitución de 1811 ha sido calificada como el génesis del derecho constitucional venezolano y “es el coronamiento institucional de las dos grandes jornadas revolucionarias: la del 19 de abril de 1810 y la del 5 de julio de 1811”.

* * *

Sobre la conciencia de estos primeros legisladores pesaba un complejo cuerpo de problemas. No era el único el del vasallaje. Este, por acto de soberanía de la Junta Suprema, había concluido. El problema fundamental radicaba en asentar sobre la tradición un nuevo gobierno, otras instituciones más acordes con la situación interior y la marcha de los sucesos mundiales, asegurando al mismo tiempo estabilidad y continuidad. Dificilísima tarea.

La tradición legalista de la Colonia pugnaba con la novedad de las doctrinas filosóficas y políticas. La estructura social implicaba graves obstáculos a la adopción de ciertos principios, como los propugnados por José Leonardo Chirinos, Pirela o Gual y España. La magra economía regional despertaba inquietudes, como inquietud también despertaban los proyectos británicos o las ambiciones napoleónicas. Considerando estos y otros supuestos tenían que levantar el nuevo edificio institucional venezolano los constituyentes de 1811.

Agitados debates consumen días y semanas de los diputados. Se exhibe un conocimiento increíble de todos los sistemas de gobierno habidos en el mundo. Grecia, Roma, Inglaterra, Francia, los Estados Unidos y sus regímenes políticos son tema diario en la discusión interminable. Miranda es derrotado en su proyecto del Incanato. Querían fabricar la Constitución más perfecta. El temor de que los Capitanes Generales de la Colonia resucitaran o mejor prolongaran su mandato bajo el disfraz de Presidente de la República los llevó a fabricar un Poder Ejecutivo débil, subordinado a las decisiones y caprichos del Congreso, sin iniciativa, ni fuerza. Un poder compartido por tres ciudadanos que se turnaban en el ejercicio del mando supremo. La multiplicación de poderes provinciales, un excesivo federalismo paralizaba la acción del poder central. La nueva República no podría defenderse de sus enemigos. Al firmar el texto constitucional el Generalísimo Francisco de Miranda advierte a los constituyentes y a la posteridad: la firma con reservas "considerando que en la presente Constitución los Poderes no se hallan en justo equilibrio ni la estructura u organización general es suficientemente sencilla y clara para que pueda ser permanente; por otra parte —continúa advirtiéndolo Miranda— no está ajustada con la población, usos y costumbres de estos países y puede resultar que en lugar de unirnos en una masa general o cuerpo social,

nos divida y separe en perjuicio de la seguridad común y de nuestra independencia”.

Pero mientras los legisladores encerrados en el recinto de San Francisco elaboraban las mejores leyes y vigilaban celosos los pasos del Triunvirato Ejecutivo, afuera en llanos y montañas, ardía el país y las llamas de la conspiración amenazaban con segar el cuerpo de la nueva República. Todo se conjuraba frente a un gobierno débil, vacilante y suspicaz. Cristóbal Mendoza, hombre de Estado, reclamaba una y otra vez la creación de un Ejército que sustituyera las milicias insubordinadas y casi realengas; reclamaba una y otra vez que se dotara al Ejecutivo de los poderes que su esencia misma reclama y se negaba a ser indulgente con los conspiradores que con sus maniobras estrechaban el círculo de dominio republicano.

Las advertencias, los reclamos, las denuncias de quienes ven el peligro que amenaza la vida de la primera República se ahogan en un mar de intrigas y recelos. Los mantuanos contra Miranda; valencianos contra caraqueños; jóvenes jacobinos contra los sosegados constituyentes; temor de los mantuanos de que su República semimonárquica pueda transformarse en una auténtica empresa revolucionaria, todo se conjura para permitir el avance de las huestes de Monteverde. A Miranda no se le brinda sino desconfianza, y Miguel José Sanz mismo, que es su enemigo, antes las mil trabas y dificultades de que rodean al Generalísimo los mismos que le han confiado, a regañadientes, la empresa de salvar la República agonizante, tienen que condenar la indecente y grosera desconfianza y rivalidad de los políticos”.

En medio de la sangre y de las llamas desaparece así la primera República. A muchos de los que gestaron aquellas horas, la revolución los devoró. Unos perecieron en el patíbulo. Otros cayeron en los campos de batalla o se consumieron de mengua en las prisiones.

El mejor diagnóstico, el más profundo y acertado juicio de estos acontecimientos que forman el cuadro de la primera República y en los cuales es fecha fundamental el 5 de julio, lo hizo Simón Bolívar en la hora misma del drama, cuando en Cartagena, señala las causas de la catástrofe. La falta de unidad en el gobierno y de unidad en el mando; la hipertrofia federalista que hacía de cada pueblo una entidad autónoma; la multiplicación de los cuerpos deliberantes; la suspicacia contra el Poder Ejecutivo y contra el poder militar; la impunidad de los delitos

contra el Estado al mismo tiempo que la prodigalidad de graduaciones militares y de aumento de sueldos; la disipación de las rentas públicas en objetos frívolos y perjudiciales y principalmente en sueldos de infinidad de secretarios, jueces, magistrados, legisladores provinciales y federales; la necesidad, ante el agotamiento del Tesoro, de establecer un papel moneda que pareció a los ojos de los más como "una violación manifiesta del derecho de propiedad", fueron en concepto del Libertador las causas del desastre.

Advirtió una y otra vez Bolívar frente al conflicto planteado entre la perfección de la ley y las duras verdades de la realidad social y política de los pueblos que las repúblicas creadas presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano y que adoptan la filantropía por legislación, la dialéctica por táctica y los sofistas por soldados, bien merecen llamarse "repúblicas aéreas". Para él, como legislador y como sociólogo, lo primario era el sagrado imperio de la naturaleza y se burlaba con fina ironía de esos letrados que, junto al fuego, en las chimeneas de Bogotá, de Tunja o de Pamplona, pretendían imponer su criterio al país olvidándose de los bongueros del Magdalena, de los llaneros del Apure, de la gente de las tierras cálidas o de los bosques, de los pueblos innominados que como los gamos recorrían las soledades de Colombia.

Esta Constitución de 1811, que implicaba un retroceso en algunos de sus aspectos frente a las aspiraciones de Gual y España, apenas si rigió nuestros destinos. La crisis nacional que ya señalamos a grandes rasgos, la segó en agraz. Será esto parte del drama nacional. Porque a lo largo de nuestra vida republicana otras constituciones también tuvieron fugaz existencia. No se había aún secado la tinta de su impresión cuando ya las ambiciones o los grandes acontecimientos las habían derogado. Tales las Constituciones de 1819, de 1857, de 1858, de 1947. ¿Por qué a un pueblo como el nuestro le ha costado tantos años y tanta lucha, canalizar sus aspiraciones por las vías del derecho y la justicia? Una parte de la angustia venezolana está en esa especie de insatisfacción que a todos domina cuando, analizando nuestro proceso encontramos un divorcio entre las aspiraciones, la situación real y el contenido doctrinario de nuestros estatutos constitucionales.

Hoy como ayer tienen vigencia las reflexiones en torno a los desacuerdos que pueden apreciarse entre los modos de vida y los textos legales que nos rigen. Nuestro desarrollo marcha con tremenda rapidez; con escalofriante premura se va transformando nuestra estructura social

y económica. Y en una ocasión porque legislamos para un futuro remoto y en otras porque nos rezagamos, han habido a lo largo de nuestro proceso histórico evidentes desacuerdos entre esa cambiante realidad y las normas que nos rigen. Fruto de ello es, quizás, esa inestabilidad que ha sido nuestra característica, cuando el pretoriano no ha puesto freno a las inquietudes.

Por eso quizás, una de las más dramáticas lecciones del Congreso Constituyente de 1811 está en el propósito de aquellos hombres de dotar a la República de leyes que canalizaran las aspiraciones de todos. Ellos confiaron en que solamente la ley sería árbitro en nuestros conflictos internos. Que jamás sobre sus preceptos alzaría el déspota sus decisiones. Que nunca viviría Venezuela la angustia de ser regida por quienes cegados por la pasión o el interés desconocieran el hecho simple de que el ciudadano solamente puede vivir al amparo de normas escritas que garanticen su actividad y canalicen el desarrollo de las comunidades.

Pero con ser tan importante no es esa la única enseñanza que a las venideras generaciones venezolanas dictaron los hombres del 5 de julio. Legaron los principios del sistema democrático, por cuyo implantamiento aún luchamos y lucharemos porque la democracia no ofrece conquistas definitivas, y cada conquista ganada no es sino un descanso frente a una nueva meta. Y esas metas se van prolongando hasta que el hombre pueda alcanzar su absoluta liberación.

Para lograrlo, se propusieron librar al hombre venezolano de las grandes amenazas que parecían aplastarlo: el desamparo social, la ignorancia y la miseria. Parecen consignas de tiempos modernos, mas aquellos hombres sabios y previsivos, lúcidos en su visión del futuro ya las plantearon como objetivos permanentes por cuyo cumplimiento había de combatir en forma continua e incansable. Cualquier alto en la lucha implicaba un retroceso.

Asombra el empeño de integración nacional y americana en hombres como Miranda, Bolívar, Mendoza, Bello, Roscio; la probidad administrativa en Mendoza, Peñalver, Rodríguez del Toro, Blanco; la visión docente de Bolívar, de Bello, de Mendoza; la visión agrarista del mismo Libertador; el concepto que tuvieron de las garantías sociales Peñalver, Yanes, Mendoza.

En todos ellos privó junto al enaltecimiento de la tierra que les dio vida, el convencimiento de que había que luchar por una patria mayor, América, asilo para los desamparados del mundo, trinchera de cuantos padeciesen persecución por defender los fueros de la libertad y la justicia.

LA AMISTAD DE BOLIVAR Y SUCRE

La gloria de Ud. y la de Sucre son inmensas. Si yo conociese la envidia los envidiaría. Carta al General Francisco de Paula Santander, Lima, 9-II-1825.

Mi voto es sincero porque no tengo envidia de nadie. Carta al general en jefe José Antonio Páez, Coro, 23-XII-1826. ...*cuando yo observo un hombre de virtud y talento, mi afecto se arroja sobre él con una inclinación irresistible y no se tranquiliza hasta que no ha logrado el recíproco.* Carta al Dr. J.M. del Castillo y Rada, Bucaramanga, 8-V-1828.

El título de amigo sólo vale por un himno y por todos los dictados que puede dar la tierra. Carta a J. Rafael Arboleda, Bucaramanga, 1º-VI-1828.

Di a todos mis amigos que soy siempre el mismo y que a pesar de mi mala fortuna he conservado muchos a quienes desearía escribir con la mayor frecuencia; pero, que me es imposible hacerlo porque estoy constantemente trabajando o pensando en beneficio de mi país y de ellos mismos, bien que no siempre con suceso. Diles que la amistad tiene en mi corazón un templo y un tribunal a los cuales consagro mis deberes, mis sentimientos y mis afectos. Por último, diles que la amistad es mi pasión. Carta al Coronel Leandro Palacios. La Mesa de Angostura, 16-V-1817.

Dispense Ud., mi general, este lenguaje si acaso le fuere enfadoso. Los amigos son tanto más nobles en sus proceder como son más ingenuos para explicarse; y no sería bien, por tanto, que yo conservara en silencio la mortificación que me ha causado la injusta reconvención de Ud. Carta de Sucre a Bolívar. Quito, 7-X-1829.

El encuentro

Amistad, lealtad y admiración son cualidades del hombre estrechamente enlazadas. A la primera la calificaba el Libertador de pasión viril.

La amistad va indisolublemente unida a las otras dos; pero, las últimas son independientes de la primera. A veces se admiran condiciones o virtudes de los mismos adversarios. Recordemos la plática de Bolívar y Salom a propósito de la rendición de Rodil en El Callao. A veces, también, lealtad hacia una idea, un pensamiento, una filosofía o una fe y se puede ser leal a una pasión. La amistad, sin embargo, es exigente, monopolizadora. De la verdadera amistad no sobran ejemplos. La de David por Jonatán eternizada en una bella elegía. La de Aquiles y Patroclo. La del Cid y Minaya Alvar Fáñez. Aquella que vinculó al rey Arturo con los caballeros de la Mesa Redonda. O la de Amadís y Galaor. Mas, en pocos personajes enteramente históricos adquiere la amistad tan finos y delicados matices como en la que unió a Bolívar y a Sucre. Una década es la diferencia de edad entre ambos.

El Orinoco, en el apogeo de su creciente anual, difiere en todo del río que fluye amarilloso y tardo en el estiaje. Si antes parecía un mar y el viento ensayaba sobre la corriente olas, ahora las aguas fangosas se deslizan morosamente por entre los dorados labios de los playones. De las lagunas y esteros que va dejando el descenso de las aguas, suben en airadas legiones la infinita variedad de insectos que atribulan a los viajeros. Humboldt señalaba que en el Orinoco impresionaban la majestuosidad del río y su soledad casi infinita.

Cuenta O'Leary que en diciembre de 1819 descendía Bolívar por el río rumbo a la Angostura. Regresaba para dar cuenta al Congreso de su asombrosa campaña. Cien días bastaron para derribar el imperio napoleónico. En cien días el Libertador había derrocado en Boyacá el imperio católico. Cortaba la saeta en que viajaba las aguas mansas, cuando el grito del timonel anunció que otra remontaba el río. Puestas a la voz, el timonel de la segunda anunció que conducía al general Sucre.

"No hay tal general", replicó (Bolívar) en tono enojado y ordenó que atracaran ambas flecheras. Entonces Sucre le explicó que aunque había sido nombrado General, porque tal vez sus servicios lo merecían, nunca había pensado aceptar el grado sin el beneplácito del general Bolívar. Comprendió éste al punto el reproche, presentó sus excusas y desde entonces fueron amigos los dos hombres que más contribuyeron a dar la Libertad a la América del Sur.

Parece un poco extraño que afiliados a la misma causa desde 1810 y habiendo concurrido varias veces a los mismos lugares, trabasen cono-

cimiento personal solamente diez años después. Frisaba el Libertador los 38 años de su edad. Sucre tenía 27. Ambos habían servido a las órdenes del Generalísimo Francisco de Miranda. Ambos habían logrado escapar de las garras de los violadores de la capitulación de La Victoria en 1812. Sucre había acompañado a Mariño cuando éste se entrevistó con el Libertador a raíz de la batalla de Bocachica. Estuvo con Bermúdez y Bolívar en las derrotas de La Puerta y Aragua de Barcelona. Sucre, escapando o fugitivo cuando Morillo sitiaba Cartagena en 1815, arribó a Haití, tierra en la que no coincidió con el Libertador. Todo esto es increíble y forja la impresión de que la casualidad no quiso enfrentarlos entonces. Pero, desde esta época la personalidad de Sucre fue adquiriendo contornos cada vez más definidos, más precisos en el ánimo del Libertador.

Tras las huellas de los viejos historiadores, ese encuentro casual en el río se prestaría a más de una interpretación de carácter simbólico. Como Jano o el águila bifronte de los Austrias, Venezuela, unida por primera vez luego del 19 de abril de 1810, en 1813 aparecía de nuevo con sus dos rostros tradicionales: uno, el centro-occidental; oriental el otro y ambos representados por sus adalides: Bolívar y Mariño. Así continuarán hasta que Bolívar logre afirmar su autoridad en 1817. La entrevista vendría a ser, pues, como un sello a la unión de las dos secciones. Desde el mismo momento en que el encuentro tiene efecto, verían muchos que un capítulo de nuestra historia se cerraba.

Sea como fuere, la versión que da O'Leary del primer encuentro entre Bolívar y Sucre no pasa de ser una leyenda. Era grato a escritores de antaño adornar con un atuendo romántico el encuentro de los héroes. En realidad, las cosas quizás ocurrieron de un modo diferente. Bolívar debió conocer a Sucre unos años antes y apreció algunas de las cualidades diplomáticas que tanto le distinguirían más tarde. Hay una pieza semioficial, recogida por Lecuna en el epistolario bolivariano, fechada en Angostura a 7-X-1817, dirigida por Bolívar al coronel Sucre, la cual revela conocerle. Le trata con afecto, le encomienda delicadas misiones sobre atraer parte de las tropas que siguieron a Piar y de las que siguen a Mariño y se refiere al padre y hermano del coronel. En carta que le dirige el 19 de ese mismo mes, Bolívar es más preciso:

Recibí a su tiempo la carta que Ud. me escribió antes de marchar para Maturín y la he visto con mucho gusto, porque ella contiene ideas y sentimientos que apruebo en sumo grado. No olvidaré jamás las promesas que Ud. me hace y mucho menos sus deseos

de acompañarme en el Occidente. Ofrezco a Ud. que en cuanto Cumaná esté libre de facciosos y enemigos, lo llamaré a Ud. a mi lado y no lo haré como un favor sino como una necesidad, o más bien para satisfacer mi corazón que lo ama a Ud. y conoce su mérito.

De estas referencias es lícito deducir que el encuentro mencionado por O'Leary ocurrió; pero que ese encuentro no ocurrió ni en el lugar indicado ni revistió tal dramatismo. El 3 de diciembre Bolívar se había entrevistado en el Apure con Páez. Este recuerda el hecho, más se equivoca en cuanto a la fecha. En su *Autobiografía*, 1867, el caudillo llanero apenas si anotó lo siguiente:

El único movimiento en aquella época fue una marcha a Barinas en el mes de enero, encontrándome en el tránsito con Bolívar que venía de la Nueva Granada en dirección a Guayana. Pasó una noche conmigo... (tomo I, p. 197).

El 5 de diciembre de 1819 Bolívar llegó a Achaguas. El día 6 se encontró con Sucre. Este, dos días después, en carta a Santander, sencillamente se refirió al hecho. Escribió Sucre:

Estaba yo cerca de Achaguas, en camino para la Nueva Granada y encontré con el Presidente que me mandó volver con él, porque debiendo enviar fusiles quería que yo los condujese.

Sucre, ocho días después, desde Santa Cruz y con fecha de 16 de diciembre, le dice a Soublette:

En la mitad de camino de San Juan (de Payara) a Achaguas, encontré con el General que me hizo regresar con él a Angostura. Me hizo estar allí un día y al siguiente me vuelve para el Apure para que se prevengan víveres allí y en el tránsito para las tropas y le haga bajar toda la escuadrilla y cuantos buques encuentre a Parmana unos y aquí otros.

Observemos que esta labor logística que se le encomienda y lleva a cabo, le vuelve a ser confiada en Perú en 1824 por el Libertador y provoca cierta tensión entre ambos.

Ocurriese el encuentro en una forma o en otra, en ese año o en otro anterior, el hecho en sí es de poco monto; las consecuencias, en cambio, imprevisibles, dada la calidad de los personajes y la posición que asumirían en el Continente.

Hay, no obstante, en esta etapa inicial, algunos aspectos en Sucre sumamente interesantes, aun cuando no tengamos suficiente documen-

tación sobre ellos para una glosa más amplia o más precisa. Como Bolívar, tempranamente tuvo Sucre la premonición de que su destino le llamaba a luchar por la liberación de los pueblos del Sur de Colombia. El 7 de marzo de 1820, encontrándose en el apostadero situado en la isla de Pagallos, en el Orinoco, le confió a Santander:

Espero que en este año vamos a Quito y que yo dedicaré mis días a esos países, que sin conocerlos amo sobremanera.

Sucre, en el ejercicio de la presidencia boliviana, mostró sus dotes de magistrado civil. En 1830, frente a los separatistas venezolanos, en la frontera tachirense, su actitud antimilitarista fue irreductible. De los militares que combatieron por la liberación nacional, Sucre fue uno de los muy pocos, si no el único, que tuvo una educación académica castrense previa. Además, por tradición familiar le venía la vocación militar. Sin embargo, en el período preliminar de su acción pública no demuestra la condición civil de que hizo gala posteriormente. Desde Angostura, Sucre le escribió a Santander el 23-IV-1820:

Cuando vine me tuvo el señor Zea aquí 36 días para que saliésemos juntos a las colonias; ahora perderé 15 días no debiendo haber gastado sino cinco o seis. ¡Paciencia! Es menester persuadirnos más y más que la guerra la manejan los militares y que los monigotes nos embroman mucho aun para las cosas que un cabo de escuadra despacharía sin dilación. Piensan que 36 días que me han hecho perder es nada en la guerra; pero es menester concederles que ellos se consideran muy activos cuando no lo pierden todo.

De 1817 a 1819 el Libertador aprovecha las condiciones personales de Sucre para reducir las desavenencias de los jefes orientales parciales de Mariño. La sentencia de Piar y la liberación de las provincias mediterráneas de la Nueva Granada, así como la actividad desplegada por Sucre como asesor de Bermúdez, le abrieron el camino hacia la plena utilización de sus servicios y capacidad por el Libertador. Este, al retornar a Venezuela en la continuación de aquella campaña que había emprendido casi sin recursos desde el Mantecal a 1º-X-1819, se había propuesto, aprovechando el ascendiente que adquirió, reducir las fuerzas de Morillo, ocupar la mayor extensión posible de territorio venezolano, separar Maracaibo de la coyunda real y atraer a cuantos guerrilleros realistas le fuese posible. Tarea en gran parte de carácter diplomático y político y a cuyo desarrollo y aplicación inevitablemente debía recurrir a Sucre, cuyos talentos en este campo ya conocía.

La revelación

Escribió O'Leary, refiriéndose a Sucre:

Sin embargo, era apenas conocido cuando el Libertador, juez competentísimo para juzgar del mérito, le confirió el mando del ejército del Sur... Pocos meses antes de nombrar a Sucre para el mando del ejército del Sur, el día en que el Libertador entraba a Cúcuta de regreso de Cartagena,¹ salió aquél a recibirle. Al verle venir yo, que no le conocía, le pregunté al Libertador quién era aquél mal jinete que se nos acercaba. "Es, respondiome, uno de los mejores oficiales del ejército; reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño [Méndez], el talento de Santander y la actividad de Salom. Por extraño que parezca, no se le conoce, ni se sospechan sus aptitudes. Estoy dispuesto a sacarle a la luz, persuadido de que algún día me rivalizará". (Memorias del general Daniel Florencio O'Leary. Narración. Caracas 1925, tomo II, pp. 68-69).

Un lustro más tarde, en carta que Bolívar dirigió al triunfador de Ayacucho (Nazca, 26-IV-1825), confirmóle esta apreciación:

Ud. está llamado a los más altos destinos y yo preveo que Ud. es el rival de mi gloria.

Una antigua máxima surgida del seno de una sociedad señorial aseguraba que así como el amo, tal debía ser el criado. Glosándola con sentido moderno tendríamos que el superior jerárquico vale según la capacidad del equipo humano que le secunde. Pocas veces es seguido el consejo. Enaltecer al subalterno hace resaltar los méritos del dirigente. Sin embargo, no abundan personajes que como Bolívar buscasen cumplir el precepto político anterior. Son raros personajes tan ajenos a mezquindades como Bolívar y Sucre. Sobre todo cuando se tiene conciencia del propio valer.

Lentamente fue surgiendo en Bolívar el conocimiento de las capacidades de Sucre. No le vino como un deslumbramiento ante un rasgo heroico, sino luego de sopesar fríamente sus condiciones humanas. Por esto quizás, antes de emplearlo plenamente, le aseguraba que en alguna oportunidad le llamaría para utilizarlo, no como la gracia que otorga un superior, sino cual una medida indispensable impuesta por la necesidad.

1. El 20 de septiembre de 1820.

Engels, modestamente, se autocalificaba de segundo violín de Marx. Pero, Bolívar y Sucre, en cambio, fueron cuerdas de un solo y precioso instrumento: la liberación nacional y anticolonialista de la América hispana.

La carrera pública de Sucre no fue un rápido y continuo proceso de encumbramiento, sino lento ascenso por méritos de servicio: jefe de estado mayor de Bermúdez en varias oportunidades; comandante general de la provincia de Cumaná; comisionado para lograr el sometimiento de Mariño; comisionado para la adquisición de armas en las Antillas extranjeras; comandante de la segunda división de la Guardia; comisionado nuevamente para otra negociación de armas. En esta misión estaba el 16-I-1820, según lo anotó O'Leary. Al poco tiempo el Libertador le designa para desempeñar interinamente la Secretaría de Guerra por ausencia del titular, Briceño Méndez. Al frente Sucre de la Secretaría, dio comienzo el Libertador a las negociaciones que venía proponiéndole el general Morillo a fin de lograr un armisticio, negociaciones en las cuales también estaba interesado Bolívar a fin de lograr —lo reiteramos— mejorar sus posiciones en el Sur de Colombia, reorganizar el ejército, aumentarlo mediante la captación de las guerrillas realistas² y conseguir la adquisición de Maracaibo.³

Como no es nuestro propósito repetir cuanto se ha escrito sobre la guerra de independencia, ni las operaciones militares de entonces, quienquiera las dirigiese, sino limitarnos exclusivamente a las vinculaciones políticas o personales que estrecharon la amistad entre Bolívar y Sucre, debemos reducir en lo posible nuestras notas a esas expresiones que comienzan con las frases que citó O'Leary.

Bolívar apreció en Sucre sus dotes diplomáticas. Muy especiales debían ser para convenir avenencias entre hombres como Mariño y Ber-

2. Uno de los resultados de la inspección que Bolívar llevó a cabo en el Magdalena y las fuerzas que sitiaban a Cartagena, lo señaló O'Leary: "Conociendo el Libertador los buenos efectos producidos por la comunicación establecida con los españoles, de que resultó la desertión de los americanos que servían en las filas realistas, pues era natural que se inclinasen a hacer causa común con sus paisanos, resolvió reanudar su correspondencia con el general Morillo". (O'Leary: Op. cit. t. II p. 45). Ver, además carta de Bolívar a Santander (El Rosario, 18-VII-1820), y un oficio de Sucre al vicepresidente de Colombia de 18-X-1820.

3. Bolívar le comunica a Santander (San Juan de Payara, 11-I-1820): "mi principal objeto en esta campaña es tomar a Maracaibo".

múdez. Este modo peculiar de Sucre, unido a sus maneras suaves y a su lealtad, es lo que le distingue de Urdaneta o de Santander y lleva a Bolívar a confiarle desde 1820 las más difíciles comisiones: adquisición de armas entre los comerciantes antillanos, la Secretaría de la Guerra, la dirección de una parte de la Guardia, la jefatura de las fuerzas del Sur que han de redondear la República de Colombia.

Apenas tuvo conocimiento Bolívar de la rebelión liberal de Riego y de Quiroga, ocurrida en Cabezas de San Juan, le escribió a su corresponsal don Guillermo White (S. Cristóbal, 1º-V-1820):

De los negocios de España estoy muy contento, porque nuestra causa se ha decidido en el tribunal de Quiroga. Nos mandaban, 10.000 hombres y ellos, por una filantropía muy natural, no quisieron hacer la guerra a muerte sino la guerra a vida, pues sabían que por allá podían salvarse y por acá no.

Por esto decidió entregar a la diplomacia la solución de los problemas políticos y militares que confrontaba y el 21 de septiembre se decidió a plantearle a Morillo sus deseos de discutir el armisticio que se le proponía y señalaba la plaza de S. Fernando de Apure para recibir los comisionados que se le dirigiesen, ya que en ella establecería su cuartel general para fines de octubre de ese año.

El Libertador dio tal dirección para despistar a Morillo (Carta a Santander: San Cristóbal, 25-IX-1820; otra, Trujillo, 26-X-1820). Que el Libertador logró su propósito lo confirmó Sucre en comunicación dirigida al subjefe del estado mayor general (Trujillo, 26-X-1820). Pero, había también otra razón de mayor importancia: las tropas patriotas, cuyos efectivos en esta época procedían principalmente de climas templados o fríos en su mayor parte, se hubiesen diezmado de llevar a cabo prolongadas marchas por los rumbos llaneros, tan desprovistos de recursos. Los mismos valles andinos, de la villa de San Antonio a Trujillo, carecían de víveres suficientes, pues una larga permanencia del ejército real en esas regiones, las habían arruinado y los vecindarios se encontraban en la más absoluta miseria. Las tropas también sufrían con el clima en algunas partes y, en todas, como consecuencia de las fatigosas marchas. Ante estas emergencias, Sucre le recomendaba al jefe de estado mayor general (Mérida, 3-X-1820):

Las marchas serán lentas para conservar la tropa sin estropeo, de que resultan infinitas enfermedades, pero tampoco tales que molesten estos infelices pueblos con una permanencia más que necesaria.

Hasta la fecha Sucre había actuado militarmente en las regiones llanas del Oriente venezolano y Guayana. Ahora el teatro de operaciones es harto diferente: zonas empobrecidas por la misma contienda y senderos serranos que a veces se hunden en zanjones, orillan profundos barrancos o trepan por empinadas faldas hasta los páramos más severos. El principal alimento, la carne, había que traerla a subidos precios desde el llano barinés. A unos comisionados para la recolección y traslado de ganados, les dice Sucre (Mérida, 3-X-1820):

Por aquí no hay nada absolutamente que comer y si no vienen carnes las tropas perecerán. No hay una idea de lo escaso que está este territorio; no da cada pueblo para comer un solo día a los batallones que han marchado hasta ahora. Es menester, sin embargo, traer las tropas por esta dirección y no se cuenta con otra cosa para ellas que con el ganado que venga del llano.

El problema de alimentar las tropas revestía características tan dramáticas que el 5-X-1820 Sucre se dirigió al coronel Ambrosio Plaza para ordenarle a nombre del Libertador:

S. E. dispone que V. S. adelante a todas partes oficiales que preparen de comer, con prácticos que sepan dónde puede conseguirse todo y que sin otra consideración que la de mantener bien la tropa, se tome todo lo que se halle a fin de que el soldado sea bien racionado y asistido; que V. S. no se fíe de órdenes, ni de alcaldes, ni de justicias, sino que oficiales conocidos, capaces de recoger sin excepción alguna cuantos víveres haya, sean los comisionados, porque de otro modo van a perecer los cuerpos.

En las mismas comarcas neogranadinas el ejército, desde Bolívar hasta el último soldado, habían pasado por indecibles privaciones. De ello dejó constancia una carta de Bolívar a Santander, en la que refiere sin amarguras el siguiente episodio:

Me parece que estoy oyendo a Páez que exclama: ¡se acaba el llano con Cúcuta! Y yo estoy: ¡con el llano y Cundinamarca se nos acaba el ejército! Es inútil decir a Ud. cómo estamos por acá. Ejemplo: Infante le ganó unos reales al cura de San Cayetano y me está manteniendo. Ya no tenemos sobre qué caernos muertos; todo se ha agotado y ya nos morimos de miseria, pero no de hambre los sanos, aunque ya el hospital no come pan porque no hay con qué comprarlo.⁴

4. Carta a Santander. El Rosario, 20-V-1820. El párrafo ha sido mal interpretado. Don Vicente Lecuna lo resumió así: "A pesar de la economía más severa y de los esfuerzos de la administración, el ejército padecía todo género

De las actividades logísticas de Sucre no se ha hecho mérito suficiente en esta época. Tal vez por esto Bolívar se las tornó a encomendar en 1824, en la campaña que culminó en la acción de Junín. Sucre escuetamente comunicaba a los Vicepresidentes de Venezuela y Cundinamarca (Trujillo, 8-X-1820) el resultado de las mismas:

Una rápida marcha ha libertado, sin perder un solo hombre, las dos patrióticas provincias de Mérida y Trujillo en menos de quince días.

Habiendo, pues, ocupado el ejército las posiciones previstas, volvió Bolívar a dirigirse a Morillo desde Trujillo el 26 de octubre, sobre la posible concertación de un armisticio y las circunstancias que habían impedido una pronta comunicación por el cambio de dirección de sus operaciones y a causa de la enfermedad que padeció Urdaneta. Para los efectos deseados el general Morillo había designado al brigadier Ramón Correa, gobernador de Caracas; al primer alcalde constitucional de la capital, don Juan Rodríguez del Toro, y al acaudalado comerciante Francisco González Linares como sus comisionados, quienes creyendo a Bolívar en San Fernando habían tomado el camino de los llanos y el jefe español les había hecho regresar de Calabozo por orden de 29 de octubre, recibida el 3 de noviembre por los interesados. A último de octubre Sucre se había dirigido al Vicepresidente de Cundinamarca notificándole que

Según todas las posibilidades, Morillo acepta el armisticio que él mismo propuso, pero bajo las condiciones prescritas por el Libertador.

El 7 de noviembre decidió Bolívar suspender las operaciones militares con el objeto de aguardar a los comisionados realistas. Al día siguiente Briceño Méndez hizo del conocimiento del coronel Ambrosio Plaza que si los comisionados españoles llegaban a Carache los detuviese, pues debía exponerles algunos puntos que le había encomendado el Libertador y éste, seguramente, llegaría a Carache el 10. Morillo atribuía la inactividad de Bolívar a "miedo". El 9 de noviembre fueron designados Sucre y Plaza comisionados de la República para tratar con los rea-

de escaseces. Baste decir que en ciertos días de mayo Bolívar mantuvo al cuartel general con unos cuantos reales ganados por el coronel llanero Leonardo Infante al cura de San Cayetano jugando a los dados". (Crónica razonada de las guerras de Bolívar. New York, 1960, tomo II, p. 456).

listas. La cronología de esta comisión es un tanto confusa si nos atenemos a los documentos que han llegado hasta nosotros. Ese mismo día 9, el General Morillo dirige a sus comisionados el siguiente oficio:

Incluyo a VV. SS. copia de la comunicación oficial que les dirigía el general D. Simón Bolívar y de la contestación que en virtud le ha dado por medio del general Sucre y Coronel Plaza, que acaban de marchar de este cuartel general.

Es decir, Sucre y Plaza concurren al cuartel general de Morillo el 8 ó 9 del precitado mes. Pero el 8 Sucre se encontraba en Trujillo y el 10 le dirigían ambos oficiales a los comisionados españoles la siguiente comunicación desde el sitio de Agua de Obispos:

Considerando S.E. el Libertador que VV. SS. podrían llegar hoy a este punto, nos ha enviado a su encuentro con una comisión que abrevie la negociación de que VV. SS. vienen encargados por su S.E. el General en Jefe del Ejército español. No hemos juzgado deber llegar a los puestos avanzados de ese ejército y adelantamos por tanto este aviso para que VV. SS. tengan la bondad de anunciarnos si su venida al Cuartel General Libertador será [en] breve para esperarlos en Humocaro o regresarnos en caso contrario.

A esta conferencia se refiere Bolívar en carta que dirige a Morillo desde Trujillo el 13 y a tales pláticas y andanzas aludía donosamente Bolívar cuando le escribía a Santander y le decía que ya se vería en qué pararían todas estas misas. Sin embargo, el 12 de noviembre todavía los comisionados realistas se encontraban en San Carlos.

La tardanza en llegar los mismos dio ocasión a un intercambio epistolar entre Bolívar y Morillo sobre las bases que podían servir para el armisticio. El ejército patriota, entre tanto, había superado algunas de sus dificultades inmediatas. De eso dejó constancia Briceño Méndez cuando con fecha de 18 de noviembre envió un oficio al Vicepresidente de Cundinamarca en el que le decía:

Nuestro ejército no padece aún de escasez de víveres. La actividad del señor coronel Reyes Vargas le ha provisto de subsistencias, sacadas del departamento de Carora, donde son abundantes.

El 19 de noviembre llegaron a Carache los comisionados realistas y en el mismo día, reunidos en junta, de secretario el capitán Caparrós, conformaron las bases sobre las cuales podía llegarse al avenimiento de las dos partes en pugna. En la misma fecha el general Morillo le confirió

poder al teniente coronel Domingo Antonio Pita para llevar el tratado a los jefes realistas del Sur. Pita, cuando se dirigió a Bolívar, lo hizo en forma poco decorosa a su misión, por lo que Bolívar, indignado, se dirigió duramente a Morillo el 20. En esta fecha designó como comisionados para proseguir las negociaciones a Sucre, Briceño Méndez y José Gabriel Pérez. Dos días después encontrándose Bolívar en Sabana Larga se dirige a Santander y señala la inutilidad de la gestión pacificadora:

He nombrado de negociadores, por etiqueta o desdén, a Sucre, Briceño y Pérez. Las condiciones son la cesión de Maracaibo y el resto de Barinas; ofreceremos el Oriente de Caracas por indemnización después que se haya perdido la esperanza de conseguir esta cesión. Morillo dice que a él lo ahorcarían si cediese tal territorio.

Resulta difícil de creer que esas fuesen las causas que le llevaron a designar los mencionados parlamentarios. Primero, por la alta opinión que tenía de Sucre. Segundo, por la posición de los otros dos en relación con su amistad y confianza y por las mismas prendas intelectuales que reconocía en ambos. Por etiqueta debía designarlos; pero ¿y el desdén? Seguramente aludía con él al resultado de las conversaciones a sostener. En todo caso es muy posible que la expresión fuese debida a su estado de ánimo. A finales de mayo, en San Cristóbal, estuvo quebrantado a consecuencia de unas fiebres. Y en vísperas de la carta citada padecía en Sabana Larga como resultado de un cólico. Tras largas deliberaciones concluyeron los comisionados por ajustar el armisticio, complementándolo con el tratado de regularización de la guerra. No damos el texto de ambos protocolos porque se han reproducido infinidad de veces desde que los dio al público el *Correo del Orinoco*, N° 90 correspondiente al 23-XII-1820. Sobre el segundo de los documentos resultan interesantes los breves comentarios de O'Leary (Op. cit., II, pp. 53-54). En todo caso y por primera vez adquirirían valor en documento público internacional las enseñanzas y principios que desde fray Francisco Vitoria y Hugo Grocio, a través de pensadores posteriores, venían formulándose sobre principios tendentes a eliminar de las contiendas bélicas, crueldades y excesos innecesarios, garantizando un mayor respeto hacia las poblaciones civiles.

El 24 de noviembre Morillo le había confiado al brigadier Correa:

Después que se haya concluido el armisticio, deseara tener una entrevista con el general Bolívar para darle un abrazo y que nos

tratemos como amigos. Esta se podría verificar en el pueblo de Santa Ana y si Ud. quiere puede insinuárselo...

De la entrevista quedan tres relaciones: la carta que Bolívar le despachó a Santander (Trujillo 29-XI-1820); la publicada en el *Correo del Orinoco*, N° 91, correspondiente al sábado 30-XII-1823 y la narración de O'Leary (Op. cit., II, pp. 58-60).

Sobre la entrevista misma quedan algunos pequeños puntos por despejar todavía:

- a) ¿Cuáles fueron los oficiales que acompañaron a Bolívar en ese acto? Según O'Leary 10 ó 12 y los tres comisionados realistas. Los textos patriotas los silencian, salvo la carta de Bolívar a Santander citada antes, la cual menciona a Alcántara como uno de los asistentes. Morillo, en comunicación dirigida a Bolívar (Carache, 28-XI-1828), menciona a varios oficiales que, presumiblemente, fueron acompañantes del Libertador:

Tenga la bondad de dar mis cariñosas expresiones al señor General Sucre, a los señores coroneles Briceño, Alcántara, Heres, O'Leary, Ibarra, Medina, Pérez y demás caballeros...

- b) La descripción de la entrevista, inserta en el *Correo del Orinoco* parece redactada o dictada por el Libertador. En esa carta a Santander dice Bolívar sobre el asunto:

Se trabaja una relación de las ocurrencias de nuestra entrevista que ciertamente va a ser admirable e increíble para nosotros mismos... Se remitirá la relación de este suceso que debe imprimirse, que hablará extensamente y que comprenderá la despedida, tan tierna y amistosa como nuestra llegada...

- c) Son conocidos los brindis de los jefes militares realistas. El *Correo del Orinoco* citado reproduce el de "Un colombiano". ¿Bolívar o Sucre? El Libertador en la carta a Santander anotó:

Nosotros retribuimos a su brindis con justicia y moderación y complaciéndolos bastante.

- d) ¿Fueron designados los oficiales ingenieros que debían rematar la obra de la que Bolívar y Morillo habían puesto la primera piedra? Una comunicación de Bolívar a Morillo (Trujillo 30-X-1820) infor-

maba que el teniente Arjona le comunicaría al jefe español aspectos relacionados con la erección del monumento y otros detalles accesorios.

- e) ¿Se realizaron dibujos concernientes a la entrevista? Si se llevaron a cabo ¿qué se hicieron o en qué sitio se encuentran? En la carta a Santander citada escribió el Libertador:

Olvidaba decir a Ud. que Morillo trajo dos dibujantes para que marcaran los pasajes más notables a fin de mandar a hacer varias láminas a Europa para que corriesen en todas partes. En la pirámide deben figurarse varios pasajes y las ideas para las inscripciones que debe tener son muy bellas.

Según el Correo del Orinoco, el jefe realista propuso “que se dibujase una estampa que representara al Presidente de Colombia y al General Morillo en el acto de abrazarse la primera vez”.

El trabajo de Sucre a lo largo de toda esta gestión, aun cuando desconocido en su mayor parte, fue agotador, extenuante porque debía atender los requerimientos del servicio militar, atender al despacho de los asuntos privativos de la Secretaría de Guerra que desempeñaba interinamente, discutir con los comisionados realistas los términos de los tratados y servir ocasionalmente de amanuense a Bolívar. Fue una tarea realmente agobiante, de tal manera que la tantas veces citada carta del Libertador a Santander tenía un *post-scriptum* autenticado por Sucre con su rúbrica:

Sucre no escribe a Ud. porque tiene cinco días que no suelta la pluma y está muy cansado.

El ascenso del Héroe

Sucre cumplió de manera silenciosa las diversas obligaciones que se le encomendaron. Apenas si hizo alusión a los éxitos obtenidos en la realización de las distintas comisiones que desempeñó y demostró, al mismo tiempo, su pulcritud administrativa. En esta materia fue tan celoso y puntual en la rendición de las cuentas como el propio Libertador.

Parecía inminente la conclusión de la guerra en Venezuela. Ya podía volver a sus sueños de otrora, cuando imaginaba que algún día

se establecería en tierras del Sur de Colombia, a las que amaba antes de conocerlas.

Hay biógrafos e historiadores que al referirse a ciertos personajes, exploran con minucioso cuidado los diccionarios pescando adjetivos y calificativos sobre el héroe de que se ocupan. Exprimen con tal propósito las listas de sinónimos. Con Bolívar o Sucre no ocurre lo mismo. Valen por sus obras, por las empresas que llevaron a cabo en medio de la más extraordinaria penuria de recursos materiales y humanos.

Por los tratados celebrados en Trujillo en 1821 Sucre entra en la Historia. Sobre los dos, pero aludiendo principalmente al de regularización de la guerra, escribió el Libertador:

Este tratado es digno del alma del general Sucre; la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron; él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra; él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho.

Después de la labor diplomática, tendría que dedicarse nuevamente a las tareas administrativas, a labores de reorganización. Junto a Bolívar reorganizaría los servicios; vigilaría el adiestramiento y preparación de los reclutas; procuraría distribuir el material bélico adecuadamente, según las necesidades o urgencias de los diferentes cuerpos. La campaña que Bolívar había emprendido en Mantecal en mayo de 1819 no había concluido, puesto que cuando el Libertador la inició su objetivo final y único era la liberación de Venezuela. A los planes para coronar tal propósito colaboró ampliamente Sucre. Ante todo se precisaba una relación general y completa de todos los ejércitos de la república. Luego, disciplinar la administración civil. Desde el cuartel general en Guaca, a 17-XII-1820, envió Sucre el siguiente oficio al comandante general de la provincia de Casanare:

El Libertador está resuelto a terminar la guerra en el año entrante en una batalla cuya suerte la aseguraremos positivamente si en tanto no hacen la paz los españoles; por consiguiente, está poniendo en movimiento todos los medios de que somos capaces para que el ejército, por sólo su masa, sea imponente y para ello es preciso hacer sacrificios y tomar medidas extraordinarias. Manda, pues, que V.S. conteste terminantemente si puede V.S. cumplir las órdenes que le comunica; o si no para enviar un oficial que, encargándose del mando las ejecute; en inteligencia de que sea V.S. o cualquiera otro el que se comprometa a cumplir-

*las, responderá con su vida, su honor y su empleo si faltare a ellas".*⁵

Medidas de este tipo fueron frecuentes en la campaña del Perú. Sucre estaba preparándose, sin saberlo, para el papel que desempeñaría independientemente en el Sur de Colombia. Bolívar, aprovechando el armisticio, quiso trasladarse a Bogotá y atender las necesidades del ejército que frente a Pasto operaba a las órdenes de Valdés. La situación de este cuerpo reclamaba perentoriamente su atención, sobre todo cuando en Barinas se enteró de la revolución ocurrida en octubre en Guayaquil y del arribo de San Martín y el llamado "Ejército de los Andes" al Perú. Mientras durase la ausencia de Bolívar fue designado Urdaneta comandante de las fuerzas que quedaban en Venezuela. El 23-I-1821 estaban en San Antonio. Para Sucre fue un día como cualquier otro día. El mismo ajeteo. La misma fatiga. El mismo sol; pero, tendría un peculiar signo en su destino. Quizás, cuando cruzaba el Táchira, volvería la vista atrás. Sería la última vez que vería la tierra nativa. En 1830, cuando intentó regresar como emisario de paz ante el gobierno de Páez, la ruindad no le dejará pasar de Cúcuta.

De San Antonio proseguirán el viaje por Cúcuta, Pamplona, Soatá, Sátiva y Tunja hacia Bogotá, ciudad a la que llegaron la víspera de Reyes de 1821.

Aquí es preferible dejar a Bolívar y su pasmosa actividad por seguir la más pausada ruta de Sucre. Le había seleccionado el Libertador para salvar el Sur de Colombia en peligro por la incapacidad o la impericia de Valdés. El panorama que se le ofrecía era desolador. Le traía recuerdos de la guerra de su nativa región oriental. El 17-I-1821, desde Neiva, se lo describía a Santander con colores crepusculares:

En todo mi viaje hasta aquí no he encontrado una sola persona que me dé noticia buena del ejército del Sur. Todos me hablan de desmoralización, descontento, falta de dinero y de socorros; por consiguiente, de hambre, de desnudez y de todos los materiales que reducen un ejército a su disolución completa; todos me pintan aquellas tropas, restos del ejército, en una anarquía si tal puede llamarse la desertión de compañías con oficiales y aun sus capitanes, y todos me aseguran como evidente el mal resultado de la empresa última con un cuerpo inerme que cada

5. "Yo he ordenado que se equipe esa columna bajo pena de la vida al Intendente de aquella provincia". (Carta de Bolívar a Sucre, Trujillo, 21-II-1824).

día se disminuye acosado por todas las privaciones de la vida y por una situación más fatal que la de nuestros soldados en los años 17 y 18.

El 9 de febrero recibió de manos de Valdés la jefatura en Vegas del Mayo: un esqueleto de ejército, casi sin armas la tropa, y en la desmoralización más absoluta. Soldados con aspecto de mendigos; por vestuario, una sola y gastada pieza. Los mismos oficiales poco menos que desnudos. A los pocos días la miseria era mayor. El 15 de febrero le comunica lacónicamente a Santander: "pan sin dinero no lo hay". No existe botiquín ni siquiera una mala medicina. En resumidas cuentas: "una hambre fuera de todo pensamiento", como se lo asegura a Santander el 20 del mismo mes. El capitán inglés Vawell destacó la increíble habilidad demostrada por Sucre para salvar estos restos y conducirlos hasta Popayán (*Campañas y cruceros*. Caracas, 1973, p. 121).

El primero de marzo se enteró de que había sido liberado de toda responsabilidad en relación con este ejército y se le ordenaba trasladarse con tropas a Guayaquil, para donde ya había sido destacado el general Mires con 1.000 fusiles desde comienzos de enero y munido de excelentes recomendaciones para don Vicente Rocafuerte. Vawell, que formó parte de las tropas enviadas con Sucre a Guayaquil, describe la marcha de Popayán a Buenaventura y las casi increíbles penalidades que tuvieron que vencer (Op. cit., pp. 122-124).

Desde el mismo momento en que se rebeló contra la Corona, Guayaquil se había convertido en verdadera olla de grillos, ovillo desmado sin concierto, donde de la mañana a la noche autonomistas, realistas, peruanistas o partidarios de Colombia intrigaban para lograr sus fines particulares.

Sucre volvió por sus peculiares modos de actuar, los cuales tantos resultados le habían dado con Mariño, Bermúdez o los comisionados realistas designados por Morillo. No cortó el nudo a lo Alejandro, pero supo hilar tan fino con los materiales de la enredada madeja que al cabo consiguió que la Junta, quisquillosa de su soberanía e independencia como era, confiriese "todos sus poderes a S.E. el Libertador Presidente para proveer a su defensa y sostén de su independencia y comprenderla en todas sus negociaciones y tratados de alianza, de paz y comercio que celebre con las naciones amigas, enemigas y neutrales", según reza el tratado celebrado el 15-V-1821 y suscrito por los miembros de la Junta Gubernativa y Sucre.

En Guayaquil ni la guerra ni la política le absorberán, pues tiempo hubo para delicados transportes en fiestas campestres o elegantes saraos. Un hermoso poema de Andrés Eloy Blanco tiene su base histórica en cierto incidente ocurrido con ocasión de una danza entre Sucre y la gentil Pepita Gainza Rocafuerte (sobre el incidente ver Alfonso Rumazo González: *Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*. Caracas. Edime, 1973, pp. 63-64).

Poco amigo del licor como lo era el cumanés y apenas si fumador, siempre tuvo tiempo para el amor o el galanteo. Amar es combatir y a ese combate se entregaba también con apasionamiento. Todo un delicioso y gentil ensayo se podría escribir con las aventuras y galanteos de los padres de la Patria, devaneos o pasiones más firmes que no les alejaron de los objetivos que en otros campos se habían propuesto también conquistar.

Gerineldos patriota, la intensa vida amatoria de Sucre es a manera de escape a las tensiones a que estaba sujeto su ánimo. A veces solía dar pábulo a las preocupaciones de sus amigos, quienes tal vez temían por su vida. El 16 de febrero de 1824, desde Pativilca, le escribió Bolívar a Sucre estas líneas:

Mucho he sentido no haber visto a Ud. aquí. Su maldito viaje a Reyes sobre Pasco me ha privado de esta satisfacción y temo que también me prive de Ud. Le recomiendo de nuevo que se cuide, que ande solo y que no se meta en aventuras, porque la moda del día es un poco peligrosa para los que tienen que perder.

Al poco tiempo de encontrarse Sucre en Guayaquil, en julio, el puerto fue sorprendido por un ataque, dirigido por el venezolano Nicolás López de Aparicio, el cual fracasó y Vawell describe al final de su obra ya citada.

En medio de los mayores extremos, el sentido organizativo de Sucre fue lentamente preparando el ejército, de modo que ya para el 15 de mayo podía asegurarle confiadamente a Santander:

Nuestras tropas tienen aquí una reputación que no adquirieron los romanos sino después de muchas conquistas, de manera que para sostenerla es menester todo el cuerpo con los pobres diablos que me han dado para esta campaña; y aunque los enemigos han puesto en movimiento todos sus medios de defensa, creo que podemos echarlos de nuestro tercer departamento.

Aymerich, que actuaba de acuerdo con López de Aparicio, decidió atacar a los independientes con dos columnas. A una la batió Sucre en Yaguachi el 17 de agosto. La victoria entusiasmó tanto a ciertos grupos de guayaquileños que vocearon la incorporación inmediata de la provincia a Colombia. Sucre se vio obligado a dirigirse inmediatamente a la ciudad a fin de atajar el prematuro movimiento, el cual podría dar origen a fricciones con la Junta Gubernativa y el gobierno peruano. Logrado su intento, debía hacerle frente a Aymerich y el choque se produjo en Ambato o Guachi. No logró el triunfo porque su segundo, Mires, desobedeció sus instrucciones y eso ocasionó la prisión de Mires y de más de 500 hombres de tropa. Ante el gobierno de Colombia y el mismo Libertador, Sucre asumió la responsabilidad del fracaso.

Para remediar la situación creada, Sucre aprovechó sus dotes diplomáticas. Tenía conocimiento de que Aymerich había recibido pliegos sobre la derrota realista en Carabobo y de que el Almirante Cochrane, rotos los compromisos que le ataban a San Martín, se encontraba frente a Guayaquil con su escuadra. Propuso, entonces, a los realistas un armisticio por 90 días y lo obtuvo. Bolívar ponderó el valor de este hecho:

La destreza del general Sucre obtuvo un armisticio del general español, que en realidad era una victoria. Gran parte de la batalla de Pichincha se debe a esta hábil negociación, porque sin ella aquella célebre jornada no habría tenido lugar...

Tratar de cosas de guerra emociona a los espíritus simples. Todas las guerras presentan ciertos rasgos semejantes. Pero sí varía el tiempo de guerra cuando estudiamos el trabajo de las poblaciones para sostener el esfuerzo militar, los sacrificios que se impone la población civil y la labor, a veces invisible, de quienes buscan por medios pacíficos o por combinaciones de fuerzas, la victoria que libere a todos de la angustia

Desahogado de sus preocupaciones venezolanas, Bolívar pronto se encamina hacia el Sur. Casi con obtener la victoria de Carabobo se había dirigido al general San Martín. En el Sur le había dado mano libre a Sucre para manejar las operaciones políticas y militares según su leal saber y entender. El Libertador proyectó dirigirse a Guayaquil por Buenaventura. Sin embargo, Cochrane se negó a facilitar sus naves para el transporte de las tropas colombianas. Por esto se vio obligado a emprender las jornadas por tierra a través de Pasto, comarca considerada como infranqueable. Las dificultades fueron ciertamente poco

menos que insuperables, mas supo sortear los obstáculos y ganar la victoria de Bomboná el 7 de abril. El 24 de mayo Sucre triunfaba en Pichincha y Aymerich se rendía al día siguiente. Sucre inmediatamente destacó fuerzas que limpiasen de adversarios realistas los caminos que conducían a Pasto:

La campaña que terminó la guerra del Sur de Colombia, dijo Bolívar, fue dirigida y mandada en persona por el general Sucre; en ella mostró sus talentos y virtudes militares; superó dificultades que parecían invencibles; la Naturaleza le oponía obstáculos, privaciones y penas durísimas. Mas a todo sabía remediar su genio fecundo. La batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entonces fue nombrado en premio de sus servicios, general de división e intendente del Departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él su libertador, su amigo; se mostraban más satisfechos del jefe que les era destinado que de la Libertad misma que recibían de sus manos. El bien dura poco; bien pronto lo perdieron.

Ambos ya estaban unidos indisolublemente por la amistad y por la Gloria.

La victoria de Bomboná fue de efectos transitorios, porque al cabo de poco tiempo, casi inmediatamente, se sublevaron los vecindarios realistas. Sucre fue designado para dominar la rebelión y a finales de diciembre de 1822 entró en Pasto. Bolívar llegó a la misma ciudad el 2 de enero de 1823 y dispuso severas medidas para asegurar la tranquilidad local. Quedó Salom en Pasto y Bolívar retornó a Quito. Sucre de nuevo al frente del Departamento, como Bolívar se lo había indicado a Santander desde el 21-VI-1822 con las razones que le movieron para ello.

Por parte del gobierno peruano, presidido por San Martín, había peligros para la integridad colombiana en virtud de las ambiciones territoriales que sobre Guayaquil tenían sectores influyentes cercanos al Protector. El Libertador decidió instalarse en la ciudad del Guayas para garantizarla y para apresurar, en lo posible, su pacífica integración a Colombia. No podía permitir que se enzetara, como lo decía, el territorio de la república.

Mucha tinta se ha derramado sobre un episodio que tuvo lugar en la ciudad. Las entrevistas sostenidas con San Martín carecieron de importancia. Esta se le dio posteriormente por el empeño que pusieron algunos personajes que no intervinieron en ella y hacían resaltar el misterio de las deliberaciones.

La carta de Bolívar a San Martín, el informe reservado dirigido al secretario de Relaciones Exteriores de Colombia y el informe dirigido al Intendente de Quito, Sucre, todos fueron fechados el 29-VII-1822, revelan que las entrevistas sostenidas entre Bolívar y San Martín carecieron de la profundidad que les han pretendido dar, no tuvieron objetivos trascendentales y fueron más bien reuniones de carácter anecdótico que inicialmente, por parte de San Martín, buscaban arreglar favorablemente a los intereses peruanos el problema que planteaba a la causa americana la independencia de Guayaquil, problema que antes de desembarcar San Martín ya Bolívar había resuelto apelando a la voluntad popular, respaldada por la fuerza militar de Colombia y sus indiscutibles derechos jurídicos.

Inconmovible en la lealtad

Hijos de Zeus y de Leda o del espartano Tíndaro, diferían los gemelos Cástor y Pólux, pues el primero fue mortal y el segundo no. Los romanos les consideraron divinidades protectoras de los legionarios y, transportados al Olimpo, integran desde la más remota antigüedad una de las constelaciones zodiacales. Unidos por el nacimiento y sus tareas, nunca se separaron cuando las emprendían. Así, encontramos a Bolívar y a Sucre cuando se enfrentan a la crisis peruana.

Rompieron con el Libertador, primero Santander, luego Páez. El mismo lealísimo Urdaneta tuvo en 1830 momentos de vacilación en su amistad con el Libertador. Solamente Sucre permaneció inconmovible y esto es lo admirable, porque era parigual de Bolívar y hasta en el físico se le asemejaba, según algunos contemporáneos. El capitán Vawell recuerda:

El general Sucre se parecía mucho a Bolívar por la cara y por el cuerpo. Su tez era aún más blanca que la del jefe supremo; estaba ligeramente señalada por las viruelas y no usaba bigotes. Sus facciones eran suaves y sus modales elegantes. . .

La capacidad de Sucre y su devoción por la causa republicana, fueron los factores que en el ánimo de Bolívar apoyaron su ascenso y su designación para las más difíciles misiones.

La crítica situación peruana provocaba alarma en Colombia y en sus dirigentes. El ejército realista más fuerte y mejor adiestrado que las fuerzas que se le oponían. Los soldados realistas, verdaderamente incan-

sables en sus marchas, y sus jefes los habían acostumbrado al triunfo. Bisoñas, en cambio, las tropas peruanas independientes y desmoralizadas, desde la mayoría de los oficiales hasta la casi totalidad de la tropa en el "Ejército de los Andes", tal como se había comprobado en la campaña de Quito a las órdenes de Sucre. Los patriotas peruanos divididos en banderías y el poder de San Martín tan inseguro que, cuando viajaba hacia Guayaquil, un golpe palaciego lo hizo tambalear al ser destituido Monteagudo. El Perú solamente podía salvarse si Colombia le socorría con mano larga. El Libertador no se hacía ilusiones al respecto y le había confiado a Santander el 29-III-1823:

Solamente un ejército magnífico, con un gobierno muy fuerte y un hombre cesáreo puede arrancarles el Potosí y el Cuzco a esos españoles.

Ante la alarmante situación que se había venido creando en Perú, el Libertador envió a Sucre, invistiéndole con una misión diplomática y encargándole, además, la dirección de los contingentes militares colombianos auxiliares. Esto dio ocasión a Bolívar y Sucre para rivalizar en un verdadero torneo de patriótico desinterés, jamás presenciado por el Continente hasta entonces, aun cuando tampoco ha sido América escenario de otro semejante después.

Los pequeños odios lugareños, las pasioncillas aldeanas, incapaces de altivez o de grandeza, juzgaron que la misión de Sucre era de propaganda a favor de Bolívar. Bautista de uniforme que pregonaba la venida del Señor y le allanaría sus senderos. El 15 de mayo de 1823 Sucre le escribió a Bolívar:

Si Ud. no viene aquí, es preciso que nos diga por un expreso qué es lo que debemos hacer nosotros, estando este ejército sin cabeza y sin dirección, porque él debe moverse el 20 de junio. Yo digo de oficio lo que pasó en la conferencia que tuve el 11 con el ministro de guerra, y la que luego tuve con el presidente, el ministro y Santa Cruz sobre que yo tomase el mando del ejército y la repulsa consiguiente que hice y la cual ha tenido varios objetos. El primero, colocarlos en la necesidad de llamarlo a Ud. como la única esperanza del Perú en las actuales circunstancias; el segundo, no comprometer la división de Colombia en las discordias de los peruanos sobre la actual administración, ni ponerla en el caso de abrir la campaña imprudentemente, y sin equipos precisos, de cuenta de que siendo yo general en jefe no debía aislar la división de Santa Cruz; y el tercero, porque nada, nada me haría entrar en el mando de un ejército que, compuesto de

materiales tan encontrados, necesita otra mano que la mía para conducirlo con provecho.

Bolívar, sin embargo, no podía decidir sobre su viaje si el congreso de Colombia no le autorizaba para salir del territorio de la República, solicitud que había enviado por intermedio de Santander y éste había engavetado por largo tiempo. Su angustia se aumentaba a medida que transcurría el tiempo y el proceso de descomposición interna del Perú se acentuaba paulatinamente.

Los obstáculos que ofrecía la realización de la independencia peruana eran casi insalvables, aun cuando Bolívar consideraba la guerra en esta zona como menos difícil que la que llevó a cabo en Colombia. Al presidente Torre Tagle le había manifestado en carta de 7-I-1824:

Uds. tienen cuatro años de guerra de pan pintado.

Refrán clásico que se venía usando la primera mitad del siglo xv por lo menos, y empleado por Sancho, cuando a la paliza de la venta la calificaba de "pan pintado", aludiendo a las tortas y panecillos que usaban en ciertas bodas y fiestas, y los adornaban con unas pintaderas.

Pero, a la verdad, la guerra en Perú ha de poner a contribución toda la capacidad militar de Bolívar y Sucre; el talento diplomático de ambos y el espíritu de sacrificio que animaba a los dos. Ocasión hubo en que Sucre se sintió herido en su amor propio por alguna disposición de Bolívar y el Libertador le dio toda suerte de explicaciones.⁶

Cuando por disposición del Congreso de Colombia dejó Bolívar el mando, justamente en la hora más difícil de la campaña, será Sucre, general en jefe del ejército unido desde el 13-II-1824, quien asumirá la responsabilidad de conducir una empresa que no concluirá en Ayacucho sino en la liberación de las provincias argentinas del Norte y la fundación de Bolivia.

Mucho se ha escrito sobre todas estas operaciones militares y políticas como para reiterar aquí, en estas pocas páginas, cuanto de todos es conocido. Observamos que deslumbrados los historiadores por la figura del Libertador, no se han ocupado de otros personajes y Sucre y sus actividades necesitan de nuevos enfoques. Conocemos la guerra de independencia en Ecuador, Perú y las provincias argentinas del Norte a

6. Ver la carta que Bolívar le dirigió a Sucre: Huamanga, 4-IX-1824.

través de la acción bolivariana; pero, las realizaciones de Sucre se esfuman dentro de la empresa común.

Al estudiarlas cuidadosamente, diríamos con emoción que la figura de Sucre es singular, sin parangones por su grandeza, pero también por su modestia, su pulcritud, por estar limpio de toda humana mezquindad. Es oro que ha pasado por el crisol del más celoso de los alquimistas, el Tiempo inexorable.

En una época como la nuestra, donde tradicionales valores experimentan también una crisis igual o más grave que la del Perú en 1824, Bolívar y Sucre constituyen un ejemplo de limpia y pura amistad, de noble y desinteresada unión. No es necesario evocar a Bayardo al referirnos a Sucre. Sucre es Sucre, paradigma casi insólito en los anales históricos. Tal estrecha vinculación la sintetizó Bolívar en carta que le dirigió a Sucre desde Bogotá a 28-X-1828:

...yo le he dado a Ud. el ser de Simón Bolívar. Sí, mi querido Sucre, Ud. es uno conmigo, excepto en su bondad y en mi fortuna.

Entre ambos nunca extendió la desconfianza sus venenosos efluvios. Sucre es para el Libertador "el inmaculado" (Carta a Flores de 1º-VII-1830). Porque estaban limpios de escorias espirituales, prefieren la amistad a la gloria. Pero, en el fondo estamos haciendo el elogio del Libertador en su culto a la amistad. Mas ¿y Sucre? Tuvo tres pasiones a las cuales se entregó con vehemencia: la Patria; la mujer y el culto que rindió a Bolívar.

Apenas Bolívar recibió en Lima la noticia del triunfo de Ayacucho, desbordante en su alegría porque así cumplía su juramento del Avenentino, comenzó a reunir los materiales para trazar la biografía del vencedor. En carta que le dirigió a Sucre el 21-II-1825 le dijo:

Ud. créame, general, nadie ama la gloria de Ud. tanto como yo. Jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de Ud. hecha por mí, en que cumpliendo con mi conciencia le doy a Ud. cuanto merece.

En carta que le escribió el Libertador a Santander, fechada a 23-III-1825, le comunicó:

Remito a Ud. una memoria de la vida de Sucre que ha aparecido escrita por un grande amigo suyo. Ojalá uno de nuestros jefes

tuviere un amigo suyo que le dedicase un trabajo tan lisonjero. Un servicio semejante no dejaría de aumentar la gloria de Colombia y de sus hijos.

Olvidió el Libertador, quizá en la euforia del momento, que Santander, a raíz de la victoria de Boyacá había publicado en el *Correo del Orinoco* una relación elogiosa de la campaña de 1819.

Pocas veces, a lo largo de la Historia, los hombres han tenido sentimientos más elevados, mayor nobleza en la amistad, manifestaciones más finas en una pasión viril.

Pero el Sol, luego de ascender e iluminar todo con sus torrentes de luz, va declinando hacia el ocaso entre nubes carmesíes, hasta sumergirse en el océano occidental. El 8 de mayo de 1830 el Libertador abandonó Bogotá. La alteración que en la víspera había experimentado el orden público en la capital posiblemente fue causa de que Sucre no concurriese a despedir a su amigo. Profundamente dolorido por tal circunstancia le envió el siguiente mensaje:

Cuando he ido a casa de Ud. para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso es esto mi bien, pues me he evitado el dolor de la penosa despedida. Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé qué decir a Ud.

Mas no son palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a Ud.; Ud. los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder sino su amistad lo que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa y me lisonjeo que Ud. me conservará siempre el afecto que me ha profesado. Sabré en toda circunstancia merecerlo.

Adios mi general, reciba Ud. por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter y en todas partes cuente con los servicios y la gratitud de su más fiel y apasionado amigo.

En Turbaco recibió Bolívar la anterior. Fue breve la respuesta, que no son necesarias las muchas palabras cuando una amistad sincera liga los ánimos:

La apreciable carta de Ud. sin fecha en que se despide de mí, me ha llenado de ternura y si a Ud. le costaba para escribirmela ¿qué le diré yo? ¡Yo que no tan sólo me separo de mi amigo sino de mi Patria! Dice Ud. bien: las palabras explican mal los sentimientos del corazón en circunstancias como éstas. Perdone Ud., pues, la falta de ellas y admita Ud. mis sinceros votos por

su prosperidad y por su dicha. Yo me olvidaré de Ud. cuando los amantes de la gloria se olviden de Pichincha y de Ayacucho.

Sucre, concluido el período legislativo, retornaba hacia su hogar en Quito. El 4 de junio caía asesinado en Berruecos. A Bolívar le llegó la triste nueva el 1º de julio y exclamó:

¡Santo Dios! Se ha derramado la sangre de Abel.

Hondamente afectó a Bolívar la muerte del héroe. Deliró y en sus visiones denunciaba a los instigadores. Pasado el tiempo, en Barranquilla, el 9 de noviembre le escribió a Juan José Flores:

Vengamos a Sucre... Vénguese a Colombia que poseía a Sucre, al mundo que lo admiraba, a la gloria del ejército y a la santa humanidad impiamente ultrajada en el más inocente de los hombres.

PRESENCIA DE BOLIVAR EN EL PERU

La agricultura, la alfarería y la metalurgia fueron las más antiguas ocupaciones humanas. Divinidades hicieron partícipes al hombre de sus secretos. Y el alfarero y el orfebre se equipararon a la divinidad porque también del barro creaban vida. Ante el ingenio humano, el barro y el metal se tornaron dóciles y las manos milagrosas lograron prodigios moldeando el material inanimado. Bolívar fue agricultor en los valles de Aragua y del Tuy. En Trujillo, Perú, aconsejó a los herreros y en Huamachuco se autocalificó de alfarero de repúblicas en carta dirigida a Santander el 6-V-1824:

No sé qué decir a Ud. de las cosas peruanas. Mucho han mejorado con la energía del año de 13 que he desplegado el año 24 sin temer de los redentores y habladores, porque no hay mejor apología que una república libre. El que hace estas cosas siempre es bueno y yo me he metido a alfarero de repúblicas, oficio de no poco trabajo pero al mismo tiempo glorioso.¹

Asegurar la independencia del Perú y establecer las bases de un futuro desarrollo democrático, ha sido una de las empresas humanas más increíbles debido a las dificultades que tuvieron que vencerse y lo reducido de los recursos de que se dispuso para realizarla.

Este admirable período, en el que Bolívar revive críticas anteriores, palpita en su epistolario, discursos y proclamas: en todo ese caudal documental recogido por Yanes, Mendoza, José Félix Blanco, O'Leary, Blanco Fombona o Lecuna. La obra de los historiadores posteriores: Baralt, Restrepo, Mitre, Paz Soldán, Groot, López Contreras, Encina, Sherwell, Petree, Frank, Masur o el mismo Lecuna, nada agregan a esas cálidas páginas que el héroe escribió o dictó. Pasan por ellos los majestuosos escenarios que servirán de fondo a la empresa; el heroísmo y

1. Las citas de las cartas del Libertador tienen como fuente VICENTE LECUNA: Cartas del Libertador, Tomos III y IV, años 1822-1823, 1824-mayo de 1825. Lit. y Tip. del Comercio, Caracas, 1929.

espíritu de sacrificio de un grupo reducido en contraste con la miseria, la pequeñez o la infamia de la mayoría, los milagros que fueron necesarios para sobreponerse al cúmulo de traiciones; las vastas concepciones estratégicas, las maniobras tácticas, la visión política y la innegable previsión de quien en esa hora representó la conciencia democrática del Continente. Lástima grande que el Libertador no pusiese por obra el deseo que tuvo de redactar algunas páginas sobre su vida y obra. Refiriéndose a ciertos ataques públicos que se le dirigían le dijo a Santander en carta que le dirigió desde Cuenca, 29-IX-1822:

Este canalla (San Miguel) me presentó un proyecto de gobierno absoluto cuando yo estuve en Santa Fé (1814) y cuando yo recoja mis papeles, lo podré presentar al público.

Al recomendar ante Santander a don Simón Rodríguez (Huamachuco 6-V-1824), volvió sobre el tema pues al referirse a su maestro le señala al Vicepresidente:

Con él podría yo escribir las memorias de mi vida.

Blanco Fombona observó que el estilo bolivariano había remozado al castellano. En él, en esa etapa que corre desde su arribo a El Callao hasta la jornada que tuvo por escenario a Junín, se destacan la energía, su previsión política y militar, sus frecuentes referencias o alusiones a los clásicos griegos o latinos y al riquísimo venero del refranero popular.

Ante todo, su previsión. Otros, la apellidan intuición. De políticos, dijo Martí, prever. Bolívar no tiene don profético. El no es el eco de un dios descubriendo los arcanos del tiempo. Si a Bolívar le mirásemos como a un presagio, ensayando vaticinios en delirios o éxtasis, le disminuimos. Bolívar anticipa porque analiza hombres, pasiones, ambiciones, paisajes, fenómenos económicos y sociales. El porvenir es su tormento, su suplicio, le confía al marqués del Toro el 10-X-1824 lo es porque estudia todos los informes que recoge y los desmenuza, arma y desarma en sus vigiliias. En carta a don Joaquín Mosquera (Huarás, 25-XI-1823), le dice:

Haré a Ud. el mismo encargo que a Heres y es de que me comunique todas las noticias que adquiriera de Europa y las que sepa de los enemigos del interior, para poder calcular los bienes que debemos esperar y los males que tenemos que temer.

Una de esas previsiones fue la de que algún día tendría que luchar en Perú para asegurar definitivamente la independencia continental. En

carta dirigida a Pedro Briceño Méndez (Barcelona, 1º-1-1817), extensiva a los bravos de Venezuela, les decía luego de referirse a la libertad del país nativo:

Pero hecho ésto ¿no volarán Uds. a romper los grillos de los otros hermanos que sufren la tiranía enemiga? Sí, sí, Uds. volarán conmigo hasta el rico Perú. Nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano.

El 4 de julio de ese mismo año Bolívar, con algunos oficiales de su estado mayor, fue objeto de un sorpresivo ataque en el rebalse o ensenada que forma el Orinoco cerca del antiguo trapiche de Casacoima. A nado pudieron salvarse. En la noche, ante el asombro de sus oyentes, aseguraba que concluida la guerra de Venezuela liberaría Nueva Granada, Quito y el lejano virreinato de Lima. Desde Trujillo, Venezuela, a 23-VIII-1821, se dirige al general San Martín:

Mi primer pensamiento en el campo de Carabobo, cuando vi mi patria libre, fue V.E., el Perú y su ejército libertador...; ¡Quiera el cielo que los servicios del ejército colombiano no sean necesarios a los pueblos del Perú! Pero, él marcha penetrado de la confianza de que, unido con San Martín, todos los tiranos de la América no se atreverán ni aún a mirarlo.

En las cartas que en la misma fecha dirigió al almirante Cochrane y a O'Higgins era más explícito en la exposición de esas esperanzas. Finalmente, en Guayaquil, el 18-III-1823, le manifestaba al representante del gobierno peruano, general Mariano Portocarrero, quien después acompañaría en su traición a Torre Tagle:

En cuanto a mí estoy pronto a marchar con mis queridos compañeros de armas a los confines de la tierra que sea oprimida por tiranos y el Perú será el primero cuando necesite mis servicios.

La constante preocupación por la marcha de la revolución peruana y la inevitable crisis que sobrevendría, le desvela y, al fin, exterioriza su angustia en la comunicación que a su nombre envía José Gabriel Pérez a los secretarios de estado y relaciones exteriores de Perú y Chile el 3-IX-1822 y en la carta que el mismo Libertador dirige a Santander (Cuenca, a 13-IX-1822).

Esa previsión le permite anticiparle a La Mar que San Martín no continuará en el mando en carta de 14-X-1822; que la frontera entre Guayaquil y Perú debe fijarse para evitar futuras guerras en carta al

ya citado general La Mar de 14-X-1822; sobre las escuadras aliadas que operan en aguas peruanas no se forja ilusiones:

No debemos contar con la escuadra del Perú, ni la de Chile porque toda ella se irá a Chile o se dispersará al primer revés. (A Santander, Cuenca a 24-X-1822).

Sobre el desastre que sufrirá la expedición de Santa Cruz al Sur exclama:

Un cuerpo flamante como el de Santa Cruz en una retirada simple por desiertos, no necesita para sucumbir más que perseguirlo vivamente con infantería y con caballería (Carta a Sucre, de 24-V-1823; a Santander, de 30-VII-1823).

La historia de las relaciones de Inglaterra y Estados Unidos con respecto a las colonias que España conservó en el Caribe, permiten juzgar la clarividencia del Libertador cuando le escribió a Santander 30-I-1823:

...la Inglaterra verá siempre la España en América con odio y también los norteamericanos.

Finalmente, la grave enfermedad que sufrió Bolívar en Pativilca y el eminente colapso que experimentaría la causa política en Perú, permitía abrigar gravísimas dudas sobre una posible victoria republicana. Sin embargo, el Libertador le aseguró a Sucre el 16-II-1824:

No se terminará el año sin que estemos en el Potosí.

Pero, quienes conocían el carácter incontrastable del Libertador podían tener la certeza de que la promesa se cumpliría con casi matemática exactitud. En circunstancias también críticas le había dirigido una proclama a los granadinos (Angostura a 15-VIII-1818), en la que decía al final:

El sol no completará el curso de su actual período sin ver en todo nuestro territorio altares a la Libertad.

En mayo de 1819 inició, en medio de obstáculos al parecer insuperables, una prodigiosa campaña que el 7 de agosto, 8 días antes de vencerse su pronóstico, obtenía la resonante victoria de Boyacá.

La seguridad política, la sensibilidad que le es característica le permiten prevenir contingencias. A Fernando Toro le confía que un espíritu profético le acerca males remotos e inciertos (Cuenca, 23-IX-1822).

A Santander que tiene la desgracia "de saber con anticipación lo que naturalmente debe querer cada uno" (Huamachuco, 6-V-1824).

Esta seguridad le permite prever una teoría de sucesos que consignados en su epistolario, constituyen una especie de su empresa. La campaña que se inicia con su partida de Guayaquil, por reiteradas invitaciones de los gobiernos peruanos, y concluye con la liberación de las provincias argentinas del Norte o Alto-Perú, puede seguirse menudamente en sus cartas y documentos personales.

En su "Memoria sobre la vida del General Simón Bolívar, Libertador de Colombia, Perú y Bolivia", el general Tomás Cipriano de Mosquera² recuerda una escena de elocuencia extraordinaria porque, una vez más, revela la inimitable capacidad del Libertador para enjuiciar su propia obra, para calificar sus hechos y juzgar las situaciones dentro de las cuales es creador, actor y testigo. Era el año de 1829 y se trataba de restablecer la paz con el Perú. Reunidos con el Libertador, Sucre y Mosquera discutían el modo de terminar la campaña y hacer la paz con el Perú. Para explicar sus puntos de vista, sobre el conflicto y dar justificación a su política en situación tan grave, Bolívar les dijo: "Yo no puedo mirar al Perú como a una nación extraña. En 1824 fue mi época clásica. Traicionado por los soldados argentinos y chilenos en El Callao, abandonado por los auxiliares de Chile, contrariado por las infidencias de los generales Riva Agüero y Torre Tagle y de los generales Portocarrero, Herrera, Berindoaga, nada me quedaba que hacer frente a un enemigo victorioso, sino las divisiones colombianas y su joven general (se refería al general Antonio José de Sucre), la lealtad de la división peruana que me seguía y mi nombre que era el sueño fatídico de los españoles. El Congreso del Perú delegándome toda la suma del poder, me daba el valor necesario, y esa nación, teatro de mis glorias, no puede ser tratada como un enemigo. Haremos la paz a toda costa y ustedes tienen que coadyuvar en este sentido".

Ningún historiador, biógrafo alguno pudo lograr una calificación más exacta que la que el propio Libertador dio a la etapa peruana de su vida en esta conversación con Antonio José de Sucre y Tomás Cipriano de Mosquera; su época clásica. Clásica en el sentido de perfección,

2. TOMÁS CIPRIANO DE MOSQUERA: *Memoria sobre la vida del general Simón Bolívar, Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*. Biblioteca de la Presidencia de la República, Bogotá, Imprenta Nacional, 1954.

de permanencia, de maestría. La sabiduría prodigada en la frase volandera, en el consejo al sargento, en la orden menuda, en la carta al compañero, en la intriga contra el enemigo, en la alabanza al virtuoso, en la oferta al vacilante, en el editorial sin firma, en el mensaje al congreso, en la proclama a los ejércitos. La experiencia de los hombres convertida en clave para descifrar gestos y silencios. El conocimiento de la naturaleza transformada en brújula para caminar por desfiladeros increíbles y convertir a los llaneros del trópico en temibles lanceros de los Andes.

Pero no era sólo mirando desde la perspectiva de un lustro de distancia de los acontecimientos del Perú, que el Libertador considera éste de 1824, como la hora clásica de su vida. En los mismos días de los catastróficos acontecimientos, Bolívar le escribe a Santander desde Pativilca, el 25 de febrero de 1824:

“...el crimen personificado en diferentes formas y representando todas las pasiones, ha cavado a mis pies un profundo abismo de maldades que me rodea por todas partes y me asila en medio del Perú. ¿Podrá usted dudar que es esta la situación maestra de mi vida? Pues no se debe dudar. Si salgo bien de ella podré tomar con justicia el epíteto de *fausto* que se tomó Sila”.

Y veinte días más tarde, el 16 de marzo de 1824, en carta al mismo Vicepresidente Santander ante el mar de intrigas, traiciones y componendas en que navegaba se sorprendía “del inmenso abismo” que lo rodeaba y se proclamaba como

“...el más veterano en la carrera de los peligros, de la revolución y de la anarquía”.

Era el jefe de la revolución americana surgido del seno de la propia tormenta. El hombre que modificó la naturaleza del levantamiento americano de 1810, transformándolo de revuelta de los criollos ricos para el goce y usufructo del poder en virreïnatos y capitanías, en una verdadera insurrección popular. El análisis de la situación hispanoamericana que Bolívar realiza en Cartagena a raíz del desastre de 1812 es el más claro compendio de su pensamiento de estadista, de su capacidad excepcional para entender la urgencia de transformar las protestas de los cabildos en un movimiento popular que asegure no sólo la independencia, sino la libertad de los pueblos. Para el Libertador, la Independencia no era un simple problema militar y su solución no estribaba exclusivamente en el buen éxito de las batallas. Los ejércitos libertadores eran bajo su conducción, el instrumento ideal para hacer triunfar una revolución social.

En 1824, en tierras del Pacífico volvería a enfrentarse a las mismas dramáticas situaciones que hubo de confrontar en la crisis venezolana de 1812. Otra vez “la república aérea” que definió magistralmente en el Manifiesto de Cartagena. Letrados fabricando fantasmas en una república de pesadilla y al mismo tiempo dividiéndola por tesis y teorías frente al enemigo simple y poderoso. Radicales y ultraradicales. Viejos odios con nuevos nombres. Pecados cubiertos con el ropaje de la virtud. Y los intereses tradicionales, agazapados y mudos, mirando sonrientes el absurdo debate y en espera de la hora del desquite. El resultado, la catástrofe. Cuántas veces recordaría el Libertador a nuestro Marqués de Casa León y a Rafael Diego Mérida al oír las razones y al enterarse de las maniobras de Riva Agüero y de Torre Tagle.

En 1815, en su Carta de Jamaica, Simón Bolívar advirtió: “El Perú encierra los elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos”. Y nunca olvidó que mientras la fortaleza peruana de la monarquía española no estuviera rendida, la libertad de América estaba en peligro. Y desde Trujillo, el 16 de marzo de 1824 le advertía al general Santander: “En el Perú una victoria acaba la guerra de América...”

El auge de la riqueza peruana, el inmenso ejército de esclavos que constituían las naciones indígenas vencidas y rendidas y la importancia que la Corona española otorgó a los ricos propietarios de la riqueza minera, crearon en Lima vínculos indisolubles con el régimen español. Cualquier idea de cambio, cualquier proposición revolucionaria era violentamente combatida, pues con razón pensaba la aristocracia limeña que una modificación política en cuanto a régimen de gobierno iba a determinar el alzamiento de los miles de siervos que utilizaban en la explotación de minas y de tierras.

Antes del Libertador ya había sufrido grave derrota el general José de San Martín en su empeño de asegurar la independencia del Perú. En su empresa peruana el Protector no se sintió capaz de enfrentar hasta sus últimas consecuencias el frente de cerrada oposición que le habían creado los políticos de Lima y los amos de esclavos que se sintieron perjudicados por sus decretos de agosto y de noviembre de 1821 y de mayo de 1822 que declaraban libres a los hijos de los esclavos y a los que ingresaran al territorio, pues lesionaban los derechos de los amos, quienes reclamaron, indignados, del despojo.

Cuando el historiador peruano Jorge Basadre³ estudia el problema de la política interna peruana durante la Emancipación anota que en el caso de Riva Agüero y su actitud contra el Libertador “lo movían, junto con sentimientos de nacionalismo peruano, atávicos vínculos con la Metrópoli, olvidados en sus horas juveniles, pero nunca extintos. Sobre su capa de conspirador se había puesto la banda presidencial; pero sin quitarse la aristocrática casaca de marqués. Su espíritu de casta se conmovía ante una lucha que no resultaba fácil, sino larga y cruenta; y tras de cuyo final vislumbrábase que predominarían, si no los extranjeros, en el mejor de los casos, nacionales indeseables”.

Advierte el historiador peruano que la presencia de Bolívar y de las tropas colombianas determinó en el Perú una verdadera guerra civil, entre los separatistas, en donde chocaban “el nacionalismo continental” de Bolívar y el nacionalismo peruanista. El continentalismo de Bolívar hería a la nobleza peruana en sus representantes más caracterizados. En este sentido Bolívar implicaba “la primera ofensiva democrática contra la clase aristocrática, o tradicional”, tanto contra la que se había identificado en absoluto con el régimen colonial, como contra la que había manifestado, al menos inicialmente, simpatías por la revolución. A diferencia de San Martín, y advertido por el fracaso del argentino, Bolívar no solicitó el apoyo de una aristocracia que no tenía interés en el triunfo de la revolución y buscó en cambio con una labor de vasta agitación, la rebelión del elemento indígena, que constituía hasta ese momento, la base principal de los ejércitos monárquicos en el Perú.

Guayaquil ha sido durante el año de 1823 el observatorio extraordinario desde el que Bolívar ha podido contemplar el escenario del mundo peruano dominado por la anarquía, sin fuerza propia, sin voluntad para la lucha y a merced de sus aliados y del enemigo.

Al aceptar la invitación del Congreso de Lima para asumir el mando tiene muy claro el cuadro de la situación. No va a enzarzarse en polémicas entre centralistas y autonomistas, no va a tomar partido por éste o por aquél grupo y menos a permitir que una asamblea deliberante le dicte las leyes para hacer la guerra y le cierre todos los caminos a su iniciativa. Las revelaciones del Protector San Martín más que la historia

3. JORGE BASADRE: *Historia de la República del Perú*, Tomo I, 1822-1886. Editorial Cultura Antártica, Lima, 1949.

de un fracaso, son el recordatorio de los peligros que el Libertador ya conoció en Caracas y en Santa Fe.

En una carta al general Santander, escrita el 29 de marzo de 1823, había sido muy explícito:

“Solamente un ejército magnífico con un gobierno muy fuerte y un hombre cesáreo puede arrancarles el Potosí y el Cuzco a esos españoles”.

Un análisis de la situación del Perú lo lleva a advertir a todos sus colaboradores que la lucha en esta región tiene características absolutamente distintas a las que han librado en Venezuela, Nueva Granada y Quito y a la que se libró en las Provincias del Río de La Plata y en Chile. En el Perú el sentimiento monárquico es compartido por igual por todas las clases sociales. Las tropas realistas están formadas en su totalidad por soldados nativos y la idea de “fundar aquí un imperio de indios y españoles” es proyecto acariciado por quienes tienen mucho que perder con el advenimiento del régimen republicano y por quienes en su ignorancia no saben qué es la República y en cambio aman y adoran al Rey ultramarino que les recuerda al perdido rey de su nativa realeza.

Cuando el 7 de agosto de 1823 se embarca en Guayaquil rumbo a El Callao lleva la fórmula que va a imponer a los individuos políticos del Virreinato en su propósito de salvar la independencia de América y otorgar la libertad al Perú: hacer un gobierno fuerte y construir un ejército magnífico, todo bajo la jefatura de un hombre cesáreo. En otras palabras, la dictadura que no es sinónimo de tiranía.

La llegada del Libertador a Lima “disipó las leyendas que le hacían aparecer como el jefe de un clan bárbaro en busca del botín con sus hordas de mestizos y de negros. Desapareció desde el primer momento la impresión de temor que le había precedido, muy semejante a la experimentada por los pueblos cultos del Imperio Romano ante la proximidad de los bárbaros del Norte”. Es un hombre gentil, de una cultura igual o superior a la del más refinado de los aristócratas como que él también lo fue, cordial y llano cuando quiere serlo, terrible cuando necesita imponer su autoridad, insinuante y convincente cuando necesita rendir una voluntad remisa a su poder.

Y el 11 de septiembre de 1823 le escribe al general Francisco de Paula Santander, desde Lima:

"Lima es una ciudad grande, agradable y que fue rica; parece muy patriota; los hombres se muestran adictos a mí y dicen que quieren hacer sacrificios. Las damas son muy agradables y buenas mozas. Hoy tenemos un baile en que las veré a todas. . ."

Y pasando del comentario social al problema máximo de la situación política y militar del Perú, agrega en su mensaje del 11 de setiembre:

"En cuanto a partidos había muchos aquí hasta el otro día: ahora dicen que se reunirán todos a la sombra de mi autoridad. ¡Quiéralo el cielo! Gran milagro sería que, en circunstancias tan difíciles, y crueles, yo pudiese hacer el bien sin hacerme enemigos, pues debe usted saber que este país requiere una reforma radical, o más bien una regeneración absoluta".

Y al final de la carta, como noticia que careciera de importancia, una gran lección:

"Se me olvidaba decir a Ud. que estos señores me han puesto cincuenta mil pesos de sueldo, pero yo he contestado que no los admito, porque no es justo ni noble que yo me ponga a sueldo del Perú, pudiendo con mil onzas que puedan gastarse aquí librar de esta mancha al jefe de Colombia".

La situación que en setiembre de 1824 encuentra el Libertador en el Perú es realmente caótica, es la agonía de la República. De un lado las divergencias entre Torre Tagle y Riva Agüero, de otro el antagonismo de este gobernante con la Asamblea Legislativa. Y como trasfondo de esta lucha implacable, la desorganización militar y la ausencia casi completa de armamento, de dinero y de recursos para continuar la guerra.

Del ejército libertador que trajera el general San Martín, quedaban sólo contados grupos. Una parte se había perdido en la epidemia del Huaura, otros en el revés de La Macacona, el resto en las desastrosas batallas de Torata y Moquegua, de comienzos de 1823. El mismo ejército que formó Riva Agüero, con reclutas peruanos, en su mayor parte se había dispersado en la campaña de Intermedios, salvándose sólo el batallón de Pardo de Zela y el escuadrón del comandante Suárez que sirvió de base a los Húsares de Junín. Y para colmo de males, cuatro meses después de la llegada del Libertador, la guarnición del Callao, compuesta de chilenos y argentinos, se entregaba a los españoles, entregándoles de paso las fortalezas.

En medio de este escenario de fracasos, errores, de incomprensiones, de falencia fiscal el Libertador asume la tarea de salvar al Perú de la crisis en que se debate. Los primeros meses, sin embargo, no puede dedicarlos a la guerra contra los españoles sino a liquidar las divergencias entre los políticos peruanos. Y es sólo a fines de 1823, cuando Bolívar consigue la pacificación del Perú, frustra un intento de negociar con el Virrey a espaldas del Congreso y, finalmente, se da de lleno a organizar el Ejército Unido que lo ha de acompañar en la campaña final de la guerra de la independencia.⁴

Eliminado Riva Agüero, el Libertador no quiso regresar a Lima y estableció su cuartel general en Pativilca. Le temía a la capital virreinal, temía las intrigas de los viejos grupos de la aristocracia limeña y le escribía al general Santander el 7 de enero de 1824:

“Si me voy a convalecer a Lima, los negocios y las tramoyas me volverán a enfermar”.

Y el 16 del mismo mes de enero de 1824 le comunica al general Antonio José de Sucre, su gran decisión:

“No iré a Lima a perder el tiempo y la paciencia: a fines de este mes me iré a Trujillo a darle dirección a las tropas que vengan de Colombia y a auxiliarlos en todo lo que necesitan. Después seguiré a la sierra, habiendo antes recogido en la costa todas las mulas y caballos necesarios para el ejército. Por esa parte no faltan caballerías ni pastos”.

Su energía, confianza y rapidez en esta época son características que están bien definidas en su correspondencia. Así como los exégetas encuentran en cada uno de los libros bíblicos palabras claves, en la producción bolivariana de esta época hay igualmente una palabra clave que permite definir las modalidades de su acción. Esa palabra es volar. Las cosas que indica han de hacerse volando. Las órdenes que imparte, deben cumplirse volando. Los mensajeros y funcionarios deben volar. Solamente exige calma y mesura en las marchas que debe realizar el ejército, en el traslado de bestias y ganados.

La acción del Libertador en la tierra peruana es admirable tanto en lo político, administrativo o militar como en el campo diplomático

4. CÉSAR GARCÍA ROSSELL: “Bolívar en el Perú”, *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, N° 60, octubre de 1959.

y en sus ejemplares actitudes cívicas. Pocos hombres han dispuesto de una mayor latitud de Poder y solamente el Libertador procuró ejercerlo dentro del más riguroso respeto a la Ley y a la dignidad humana. Quizá de la angustia que le atosigaba sobre un funesto desenlace de la revolución peruana (Carta a Santander. Guayaquil a 23-IX-1822), contrastada luego con la tremenda crisis que tuvo que afrontar en los dramáticos días de Pativilca, pudo extraer el Libertador esa extraordinaria energía que puso de resalto don Joaquín Mosquera y fue la clave del éxito. Ese despliegue de energía no nacía de presentimientos por un próximo fin. En Lima, a 30-X-1823, le decía a Santander que solamente tomaría su haber militar, porque le sobraría "para ocho o diez años, si es que tanto puedo prolongar la vida". La energía era natural en él cuando afrontaba alguna crisis. Entonces, se crecía ante los obstáculos. Quien primero observó esta cualidad fue su adversario, el general Pablo Morillo, pues señaló que Bolívar "era más temible vencido que vencedor".

Muchas veces se ha reproducido la escena evocada por don Joaquín Mosquera y conservada por José Manuel Restrepo en su *Historia de la Revolución de Colombia*.⁵

Del 1º de enero hasta finalizar febrero de 1824 permaneció Bolívar en Pativilca cuando retornaba a Lima. En el poblacho costanero le sorprendió una cruel dolencia, cuyas características describió y la cual le puso casi al borde de la tumba. En la presidencia de Quito había experimentado los efectos del "soroche". En 1818, en medio de las terribles circunstancias de aquel tiempo, estuvo gravemente enfermo en San Fernando de Apure. Ahora, las circunstancias eran peores. El gobierno peruano se desmoronaba migaja a migaja. El ejército por la vanidad e incapacidad de sus jefes, se deshacía en empresas inútiles. Los auxiliares argentinos, cuyos efectivos sumaban unos 1.000 hombres, encargados de la defensa del Callao, traicionaban la causa americana y entregaban las fortalezas y sus efectos a los realistas. Restrepo refiere que luego de inspeccionar una antigua fortaleza incaica:

Las fatigas del viaje por aquellos ardientes arenales le causaron una fuerte enfermedad de irritación en el estómago y de violenta fiebre, que le tuviera postrado en cama y delirando, desde el 1º de enero hasta el 8. Entonces, principió a ceder la enfermedad,

5. JOSÉ MANUEL RESTREPO: *Historia de la Revolución de Colombia*. 1ª edición. París, 1827.

aunque por algún tiempo se mantuvo débil en extremo y su ánimo se turbó luego que se disminuyeron las fuerzas físicas.

Don Joaquín Mosquera llegó en esos días a Pativilca y en una carta que transcribe Restrepo en su obra consignó pormenores de la impresión que le causó la entrevista:

Estaba (el Libertador Presidente) sentado en una pobre silla de baqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco y sus pantalones de guin, que me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil y su semblante cadavérico...

En tan críticas circunstancias pregunta Mosquera a Bolívar:

—¿Y qué piensa Ud. hacer ahora?

—“Triunfar”.

Tan inesperada y heroica respuesta manifestó que si el cuerpo de Bolívar estaba débil y casi aniquilado, su alma conservaba todo el vigor y elevación que le hacían tan superior a sí mismo en los grandes peligros.

—¿Qué hace Ud. para triunfar?

—“Tengo dadas órdenes para levantar una fuerte caballería en Trujillo; he mandado fabricar herraduras en Cuenca, Guayaquil y Trujillo; he ordenado que se tomen para el servicio militar todos los caballos buenos del país y he embargado todos los alfalfares para mantenerlos gordos. Luego que recupere mis fuerzas me iré a Trujillo. Si los españoles bajan de la cordillera a buscarme, infaliblemente los derroto con la caballería, si no bajan dentro de tres meses, tendré una fuerza para atacar, subiré la cordillera y derrotaré a los españoles que están en Jauja”.

Y aquí está el verdadero milagro. En el Perú le pedían que los hiciera felices y así fue. Volverle al país fe y confianza. Para lograr su propósito recurrió a todos los recursos, incluyendo su propio ejemplo. La prensa la utilizó como arma de indiscutible fuerza. En carta que le envió a Heres (Huamachuco, 28-IV-1824) le observa: “No mando los papeles públicos porque desde aquí pensamos hacer la guerra con ellos; yo hago que trabajen como puedan”. Construir el Estado, formar un nuevo ejército y conducirlo a la victoria en menos de seis meses. La carta que el 7 de enero dirigió a Santander concuerda con la relación de Mosquera:

...de resultas de una larga y prolongada marcha que he hecho en la Sierra del Perú, he llegado hasta aquí y he caído gravemente enfermo. Lo peor es que el mal se ha entablado y los síntomas nos indican su fin. Es una complicación de irritación interna y

de reumatismo, de calenturas y de un poco de mal de orina, de vómitos y dolor cólico. Todo esto hace un conjunto que me ha tenido desesperado y me afligen todavía mucho. Ya no puedo hacer un esfuerzo sin padecer infinito... estoy muy acabado y muy viejo y en medio de una tormenta como ésta represento la senectud. Además, me suelen dar, de cuando en cuando unos ataques de demencia, aun cuando estoy bueno, que pierdo enteramente la razón, sin sufrir el más pequeño ataque de enfermedad y de dolor. Este país con sus soroques en los páramos me renueva dichos ataques cuando los paso al atravesar las sierras.

Con un "gobierno ambulante", que así calificaba el suyo (Carta a Santander de 25-II-1824), logró, pese a su condición de colombiano, obtener el apoyo de la comunidad en la región libre, gracias a su pulcro manejo de la cosa pública; el respaldo de un grupo de notables políticos peruanos, encabezados por Sánchez Carrión y Unanue; disciplinar un ejército desmoralizado, proveerse de recursos económicos en una tierra empobrecida por el saqueo y preparar sus fuerzas para llevarlas a comarcas favorables a sus propósitos militares.

Son importantes los triunfos militares que le permiten a Bolívar liberar al Perú y las provincias argentinas del Norte, las cuales constituirán una nueva nación, Bolivia. Pero, tan importantes como esas acciones son aquellas medidas que facilitaron esas victorias. Porque de mucho mayor valor que Junín son todas las disposiciones que permitieron la jornada.

Ante todo, el Libertador tuvo que imponerse menudamente de la geografía, de las producciones y de las necesidades del país, como lo demuestra en cada una de sus cartas, sobre todo en aquellas que en esta época dirige al general Sucre, referentes a las jornadas que deben rendir las tropas, buenos puertos, sitios estratégicos, caminos más o menos cómodos, lugares para acuartelamiento, etc., etc.

Se desvela por las necesidades del ejército; vigila la fabricación de herraduras y de los clavos; aconseja, importuna, niega o exige a fin de que los trabajos que encarga se lleven a cabo con eficiencia. Explica las razones que llevan a la aclimatación de las tropas y de los ganados primero, antes de someterlos a los rigores de las marchas por tierras frías. Indica medios para endurecer el casco de los caballos; las formas de las lanzas; el equipo de las tropas y su adiestramiento en campos de maniobras cuyas especificaciones consigna. Nada se le escapa a su mirada zahorí.

En una época en que los desastres militares y la inmoralidad política habían convertido al peculado en actividad normal, el Libertador impone la pena capital a los defraudadores del Estado y a Sucre, por ejemplo, le comunica (Trujillo, 21-III-1824) que ha ordenado que el intendente de Cajamarca equipe la tropa que se encuentra en Huamachuco "bajo pena de vida".

En su preocupación y vigilia por mejorar las condiciones de los soldados se extiende menudamente con Sucre sobre cruzar la Cordillera Blanca, reseñando los diferentes pasos que hay, la conveniencia de construir en sitios acomodados "caneyes" (Carta a Heres, 23-IV-1824) o "pascanas", como los llaman localmente (Cartas a Sucre de 7-VII y 22-IX-1824).

La seguridad del triunfo descansaba en los efectivos colombianos, la flor de Venezuela, como lo decía (Carta a Santander, 7-I-1824). Le preocupaban los aliados, Chile se había retirado de la lucha. Los contingentes argentinos, en su mayoría, habían entregado El Callao a los españoles y apenas si quedaban unos cien soldados de ese país encuadrados en los "Granaderos de los Andes". Las tropas peruanas, en su mayoría, eran reclutas. Del ejército le preocupaba también la falta de caballería como para oponerla a la excelente de los realistas. A Santander le exige el envío de 1.000 llaneros venezolanos para la caballería, "pues aquí no es conocida esta arma (Trujillo, 21-XII-1823) y en carta a O'Leary (Pativilca 12-7-1824) le encomienda que le pida a Chile un auxilio de tropas de caballería, "pues no hay un soldado de esta arma".

A Salom (Trujillo, 14-III-1824) le solicita el despacho de "muchos millares de astas de lanzas buenas y largas" y a Heres (Santiago, 19-IV-1824); "Necesitamos... lanzas finas como las que usamos en Venezuela. Mande Ud. modelos a Lambayeque para que hagan 800 lanzas para enastarlas en las astas que vengan de Guayaquil".

Bolívar fue un constante estudioso de Julio César. En las campañas venezolanas, sobre todo en las de 1817 y 1818 combatieron infantes armados con lanzas. De la legión formaban parte, lanceros, hastati. Por esto resulta interesante en unas instrucciones que le despacha a La Mar (Pativilca, 8-II-1824), lo siguiente:

Discipline Ud. la fuerza de su mando, así de caballería como de infantería. Si no hay fusiles, hay lanzas... una tercera y cuarta fila de lanceros no son inútiles en un combate y sirven también para llenar las bajas que son horrorosas en los cuerpos nuevos.

Uno de los gratuitos detractores de Bolívar, el general neogranadino F. J. Vergara y Velasco apuntaba que debido a circunstancias ambientales “pudieron emplearse en sus combates indios con flechas, sostenidos por infantes armados de lanzas, es decir, en esta época (1818) aún reinaba plenamente el siglo XII en Venezuela y la importancia de la lanza para infantes y jinetes provenía de la facilidad para fabricarlas, puesto que aun cuando faltaba hierro se utilizaban con tal fin hasta las rejas de las ventanas y los clavos de los enmaderados de las viviendas construidas en la época colonial”.⁶

Porque tal vez no conocía bien la Historia, el general Vergara olvidó que la influencia de los llaneros venezolanos se extendió por diversas partes de Europa después de las capitulaciones de los españoles en Maracaibo, Puerto Cabello, Ayacucho y El Callao. En el diccionario enciclopédico hispanoamericano (artículo “Lanza”⁷) se lee:

Un gran número de generales y oficiales de entonces había servido en la guerra de América y en ella indudablemente debieron conocer la influencia de la lanza, ya tuviesen que combatir en la terrible caballería formada por los llaneros de Venezuela o se encontrasen frente a los gauchos argentinos. Para nosotros está fuera de toda duda que si tanto en Junín como en Ayacucho nuestros jinetes se detuvieron en el momento crítico de ir a chocar con los colombianos, perdiendo así las ventajas del impulso no fue por el efecto puramente moral que pudiera causarles la inmovilidad de éstos, sino por el temor natural a cerrar contra la barrera de largas lanzas que enristradas les presentaban.

En las guerras carlistas los oficiales que habían regresado de América prepararon cuerpos de caballería, armados con lanzas de tipo llanero, y esto se extendió por Europa, donde la lanza, que había sido abandonada, se impuso nuevamente. Su empleo se ha mantenido hasta tiempos recientes. En Mao Tse-tung se encuentra el siguiente pasaje:

Nuestras fuerzas armadas locales constan de los destacamentos de la Guardia Roja y los destacamentos convencionales de obreros y campesinos. Armados de lanzas y escopetas, estos últimos están organizados a nivel de cantón, con un destacamento en cada uno, cuya fuerza numérica varía según la población. (“La lucha en las montañas de Chung Kang”).⁸

6. F. J. VERGARA Y VELASCO: *1818. Guerra de la Independencia*. 2ª edición. Bogotá, 1960.

7. DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANOAMERICANO (artículo *Lanza*).

8. MAO TSE-TUNG: *Selección de escritos militares*. Pekín, 1967.

Esto nos conduce a un aspecto de las contiendas armadas que en las guerras contemporáneas llamadas de liberación, ha adquirido singular valor: las guerrillas. Maestros en ellas, los españoles. Parte de la lucha contra Napoleón fue a base de guerrillas, distinguiéndose soldados como "el Empecinado" o el cura Merinos. Lo interesante aquí es el hecho de que el Libertador no descuidó este aspecto militar y procuró darle eficacia al sistema.

Ante todo, las guerrillas debían ser arregladas de acuerdo con un sistema general (Carta a Sucre, Cajamarca 14-XII-1823). El mismo día le aconseja al ministro de guerra que coloque todas las guerrillas bajo la dirección de un oficial profesional, coronel León Febres Cordero, se las dote de víveres suficientes y se les den facilidades para que tengan la mayor movilidad. Los datos que obtenían tanto las guerrillas como el servicio de información, eran analizados personalmente por el Libertador. A pesar de sus dolencias es rica en observaciones sobre el tema la carta que dirige a Sucre desde Pativilca a 13-II-1824; el punto de asamblea para las guerrillas debe quedar a retaguardia del ejército, han de ser utilizados como guerrillas todos los cuerpos militares, tanto para impedir el forrajeo de los adversarios como para asegurar el abastecimiento de los republicanos, practicando la política de "tierra arrasada" con evidente utilidad. A este respecto precisa: "Debemos recoger todo, todo y mandarlo al Departamento de Trujillo, y lo que no se puede recoger por no estar en sazón, debe ser consumido por las bestias y ganados que marchen en retaguardia".

Para el éxito de las guerrillas deben aprovecharse todas las ventajas que ofrezca la zona donde operan (Carta a Rafael Revenga, Lima, 20-X-1823) y entre el enemigo y las fuerzas republicanas deben tener actividad los cuerpos guerrilleros, con el fin de que impidan al adversario conocer los movimientos del ejército patriota (Carta a Sucre, Pativilca a 23-II-1824). Sobre esta misión de las guerrillas ver Francisco A. Encina: "Bolívar, Emancipación de Quito, Alto y Bajo Perú. Santiago de Chile. Nascimento, 1954, páginas 428-429).

Para Bolívar, si bien era verdad que la ciencia militar se aprendía estudiando la vida y las campañas de los principales capitanes, no era menos verdadero que un buen capitán adoptaba sus propios métodos, de acuerdo con las circunstancias humanas y económicas y el aspecto físico del país en el que actuaba.

Tuvo, además que luchar tanto en Venezuela como en Nueva Granada para implantar la centralización de la autoridad y la unidad en el mando militar para lograr la indispensable coordinación de todas las fuerzas republicanas (Carta a Torre Tagle. Pativilca, 7-I-1824; cartas a Sucre, en Caracas 5-VI-1824 y en Vilcashuamán, a 22-IX-1824).

Al mismo tiempo que el Libertador impulsaba el mejoramiento y disciplina de las fuerzas armadas se ocupaba de organizar o limpiar todos los ramos de la administración civil, atendiendo con cuidado lo referente a la educación y situación de las masas campesinas, compuestas principalmente por indios. De tal manera que un recuento de algunas de sus disposiciones, informa de las tendencias generales de sus programas como gobernante. Impone la pena capital a los defraudadores de las rentas nacionales (Trujillo, 12-I-1824) o contra los funcionarios convictos de matuteo (id., 18-III-1824); reparto y venta de tierras nacionales (id., 18-IV-1824); creación de la Universidad para Trujillo (Huamachuco, 10-V-1824); responsabilidad de los prefectos y demás autoridades por la incapacidad para el servicio público de sus recomendados (16-IX-1824); transformación del colegio misionero de Ocopa en un establecimiento público de enseñanza; creación de una junta clasificadora para la escogencia de funcionarios (Lima, 11-I-1825); creación de una Sociedad económica llamada "Amantes del Perú", (id., 27-I-1825); establecimiento en cada departamento de una escuela normal para la enseñanza por el Sistema de Lancaster (id., 31-I-1825); afirmación de la igualdad legal de los indígenas con prohibición a las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, a los hacendados y empresarios industriales o mineros de la utilización de trabajadores indígenas contra su voluntad y del pago en efectivo (Cuzco, 4-VII-1825); reparto de tierras entre los indígenas (id., 4-VII-1825); sobre protección a las vicuñas (id., 5-VII-1825); establecimiento de un colegio en Cuzco para varones y otro para niñas (id., 8-VII-1825; creación de asilos para huérfanos, ancianos e inválidos (Urubamba, 10-VII-1825); construcción de caminos para tráfico rodado entre Arequipa, Cuzco y Puno, según los levantamientos del coronel Althaus (id., 20-VII-1825).

Cuando el Libertador se encontraba íntegramente dedicado a la preparación del ejército y a la administración del territorio libre del Perú, aguardando el ataque realista, ocurrió un suceso inesperado y no previsto. Fue la invasión de España por Francia en la cruzada política de "los cien mil hijos de San Luis", dirigida por el duque de Angulema,

la cual produjo el restablecimiento en la península del régimen absolutista de Fernando. Esto provocó la rebelión del general realista Pedro Antonio Olañeta contra el liberal virrey La Serna, quien se vio obligado a destinar una fuerza respetable, al mando del general Jerónimo Valdez, para combatir al insurgente. Semejante división en el campo realista, llevó a Bolívar a adelantar sus proyectos.

La campaña de Boyacá la comenzó Bolívar a principios de mayo, y la jornada que culminó el 9 de diciembre en Ayacucho, a finales del mismo mes. El ya estaba "resuelto a todo" (Carta a Sucre, 9-VI-1824). Increíbles dificultades opuestas a las marchas de los 9.000 soldados que logró equipar para oponerlos a los 21.000 del virrey, de los cuales sólo 5.000 hacían servicios de guarnición. Peor que en Pisba, la Cordillera Blanca. Soldados de tierras ardientes, apenas aclimatados, debían vencer primero las inhóspitas serranías, algunos de cuyos pasos estaban situados a 5.000 y más metros de altitud. Vegetación raquítica, aire enrarecido, frío taladrante y recursos escasos.

Tomás Cipriano de Mosquera en sus *Memorias*, al referirse al paso del Ejército Libertador por la Cordillera Blanca, anotó que podía afirmarse que Simón Bolívar resolvió el problema de Aníbal que por donde pasa una cabra pasa un ejército.

Gonzalo Bulnes⁹ describió con sin igual maestría este episodio de nuestra gran historia: "la marcha del Ejército Unido por los pasos de la Cordillera Blanca, los más altos del mundo, transitados por tropas regladas".

"A lo largo de espantosos caminos —dice Bulnes— porque tuvo que pasar, el soldado encontró barracas de madera preparadas por Sucre para resistir la inclemencia de las noches y depósitos de leña para calentarse y hacer las comidas; las caballerías, galpones con forraje, también debidos a la vigilancia de Sucre".

"Seguía al ejército una columna de indios que conducían los víveres a hombros. Los soldados de caballería iban montados en mulas, llevando cada uno su caballo del tiro, herrado de las cuatro patas, siendo de advertir que para fabricar las herraduras y clavos hubo que fundir piezas usadas. Los caballos y las mulas habían sido recogidos en su

9. GONZALO BULNES: *Historia de la expedición libertadora del Perú*, Santiago de Chile, 1888.

mayor parte en la costa por Bolívar. Detrás del ejército marchaba una masa de seis mil cabezas de ganado vacuno que había acopiado el Estado Mayor sacándolas metódicamente de todos los rincones en que los ocultaban sus dueños”.

“El espacio que recorrió es, como todo el camino de la cordillera, un angosto sendero, hecho por el uso, al borde de los abismos, donde hay que confiarse a la bestia sin dirigirla. La infantería seguía en largas e interminables líneas. A cada paso se le ofrecía el contraste de una montaña escarpada y de un valle profundo, cimas que se pierden en las nubes y torrentes que se divisan como un hilo de agua en el fondo de vertiginosas honduras. Era frecuente el que después de hacer un camino pedregoso, fatigante, sin más vegetación que la débil grama que sirve de alimento a las llamas, o la pita de que los aborígenes hacen hilo, sin divisar otro ser vivo que el cóndor, o una manada de vicuñas que se detienen a mirar al viajero, los soldados se encontrasen de repente al borde un valle, en cuyo fondo perpendicular se veía un campanario blanco envuelto por un arbolado del más rico fruto. El ejército bajaba a aquel valle para subir a nueva altura, y esto incesantemente. En las quebradas, el sol refrigeraba sus miembros fatigados y en la tarde los soldados tenían que dormir acurrucados alrededor de las fogatas para no helarse”.

“En ciertos puntos, el soldado sentía vértigos y tenía que auxiliarse con el compañero; en otros la refracción del aire le impedía marchar, y hubo batallones enteros que cayeron al suelo, atacados de “soroche” que parece ser el guardián celoso de esas soledades eternas. De trecho en trecho Sucre había colocado cornetas que señalaban el camino con toques, para evitar que la interminable columna se extraviara”.

La ruta del ejército para salvar la serranía fue por Huarás a Chavín, de Recuay a Huallanca, de Chiquián a Jesús. El Libertador fue de Huarás a Olleros, Chavín y Aguamiro, tramontando la cordillera por el portachuelo de Yanashallahs, a 5.000 metros de altitud. En Cayna se concentró el ejército ante el posible avance de Canterac. Pausadamente el ejército patriota se abría camino por el laberinto del nudo de Pasco. Sucre, previamente, había estudiado el paisaje y levantado un croquis, utilizado por Bolívar. El 1º de agosto, el ejército libertador entró en Cerro de Pasco.

En la pampa de Sacramento pasó el Libertador revista al Ejército Unido. Un puñado de chilenos, cerca de un centenar de rioplatenses,

tres mil peruanos y unos seis mil colombianos, hijos principalmente de Venezuela y también de los Departamentos de Nueva Granada y Quito componían la hueste libertadora. Nueve mil seiscientos hombres, de los cuales mil correspondían a los cuerpos de caballería de Venezuela y Perú.

Allí hizo el Libertador los siguientes nombramientos:

General Antonio José de Sucre, Comandante en Jefe.
General José María Córdoba, Comandante de la Vanguardia.
General José de La Mar, Comandante del Centro.
General Jacinto Lara, Comandante de la Retaguardia.
General Andrés Santa Cruz, Jefe del Estado Mayor General.
General Mariano Necoechea, Comandante General de Caballería.
General Guillermo Miller, Comandante de la Caballería peruana.
Coronel Lucas Carvajal, Comandante de la Caballería colombiana.

La división del General Córdoba ocupaba la derecha de la línea, el ejército del Perú el centro, la primera división de Colombia, mandada por el general Lara, la izquierda y a la cabeza de las caballerías estaba el general argentino Necoechea. El Libertador se presentó acompañado por los generales Sucre, La Mar, Santa Cruz y Gamarra y fue saludado por las aclamaciones y los vítores de los soldados veteranos de mil combates.

Los nueve mil seiscientos hombres congregados en medio de aquel formidable escenario andino eran actores y testigos de una escena que podría calificarse de fabulosa. Allí estaban los soldados de toda América proclamando la voluntad de liberación de un continente. El sol de la mañana era templado, recuerda uno de los actores del episodio el coronel Manuel Antonio López,¹⁰ las encumbradas crestas de los Andes, cubiertas de nieves perpetuas, despedían rayos luminosos de colores varios e indefinidos, como los del iris, que se reflejaban sobre las armas de los soldados, dándoles el aspecto ideal de legiones oceánicas; un aire purísimo, que venía del lago encantado, agitaba suavemente las banderas; las bandas y las fanfarrias militares hacía vibrar el aire con sus ecos marciales, inflamando el pecho de aquellos guerreros de la libertad.

10. MANUEL ANTONIO LÓPEZ: *Recuerdos históricos del general Manuel Antonio López, Ayudante del Estado Mayor General Libertador*. Colombia y Perú, 1819-1826. Bogotá. J. B. Gaitán, Editor. 1878.

Los generales Sucre y La Mar saludaron al Libertador pidiendo la venia de estilo para comandar sus ejércitos, y poniéndose cada uno a la cabeza del suyo, los mandaron ponerse en orden de parada. El Libertador recorrió las filas lleno de satisfacción al ver en el semblante de cada hombre el entusiasmo y la decisión. Transportado de gozo, y lleno de confianza en aquellos bravos soldados, entre los cuales la mayor parte lo habían acompañado en cien combates, se propuso marchar lo más pronto posible sobre los españoles y presentarles batalla en su acantonamiento de Jauja, el día 7 de aquel mes de agosto, como el presagio más seguro de victoria.

Los generales Sucre y La Mar, pasada la revista de inspección mandaron plegar sus ejércitos en columnas cerradas, y el Libertador colocándose al frente de ellos les dirigió la siguiente alocución:

“¡Soldados!

Vais a completar la obra más grande que el Cielo ha encargado a los hombres, la de salvar un mundo de la esclavitud.

¡Soldados!

Los enemigos que debéis destruir se jactan de 14 años de triunfo; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras que han brillado en mil combates.

¡Soldados!

El Perú y la América toda aguardan de vosotros la Paz, hija de la Victoria, y aun la Europa liberal os contempla con encanto porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo.

¿La burlaréis? ¡No! ¡no! ¡no! Vosotros sois invencibles”.

El ejército prorrumpió en aclamaciones a la patria, a Colombia, al Perú y al Libertador, y “sus ecos repetidos por los farallones de los Andes, parecían ya los himnos de la victoria cantados a la libertad de la América entera”.

El 2 de agosto fueron amunicionadas convenientemente las tropas. El ejército libertador estaba frente al lago de Chinchaycocha o de Junín, a 4.200 mts. de altitud. Como los realistas estaban al oriente del estanque, el Libertador dispuso la marcha por la banda del oeste. En los siguientes días, los adversarios continuaron sus evoluciones según la misma orientación: la infantería faldeando los collados; la caballería, por la pampa.

El 5 de agosto llegó el ejército español a Cuarhamayo, donde tomaron posición la artillería y la infantería, quedando al mando del general Maroto, mientras el general Canterac hacía un reconocimiento sobre Pasco con toda la caballería.

“Gran sorpresa, anota el general realista García Gamba”¹¹ tuvo el general Canterac al saber en el pueblo de Pasco, por unos enfermos rezagados, que el Libertador con su ejército había seguido por el valle de Jauja, por el camino de Oroya o Iauli. Contramarchó Canterac a unirse a la infantería y al llegar al campamento cambió el frente de su línea y dispuso marchar en la madrugada del día 6 de agosto en dirección a Reyes, por el mismo camino que había traído, con el designio de interponerse entre el Ejército Unido y Jauja hacia donde Bolívar se dirigía a marchar para tomar la retaguardia de los realistas.

A las dos de la tarde, la caballería patriota, al coronar un cerro divisó al ejército realista que marchaba en retirada por los llanos de Junín, un poco al sur de Reyes, a una distancia de dos leguas.

El general Miller,¹² uno de los jefes patriotas de la batalla recuerda que un verdadero frenesí se apoderó de las tropas patriotas. Un inmenso grito cubrió la planicie. Canterac no daba muestras de querer presentar combate y el Libertador ordenó al general Necoechea que hiciese ensillar los caballos de batalla y que sus escuadrones marchasen a atacar al enemigo por retaguardia. Como Canterac marchaba en forma precipitada y podía evitar la confrontación de fuerzas, Bolívar decidió audazmente utilizar la caballería sin esperar el auxilio de la infantería que todavía venía lejos. Los siete escuadrones al mando del general Necoechea penetran en la llanura a las cinco de la tarde. Como en Araure, Bolívar avanzó a la cabeza de novecientos jinetes. Las tropas libertadoras al mando de Necoechea iban saliendo a la pampa y ya se formaban en plan de combate los Granaderos de Colombia y los Granaderos de los Andes cuando la caballería enemiga se vino sobre ellos con arrojo. La victoria no se decidía por ningún bando. Bolívar ordenó a Miller flanquear con la caballería peruana la derecha enemiga, mas por las dificultades del terreno pantanoso, Miller se vio obligado a cargar de frente.

11. GENERAL GARCÍA GAMBA: *Memorias*, Biblioteca Ayacucho. Editorial América. Madrid.

12. GUILLERMO MILLER: *Memorias*. Editorial Victoriano Suárez, 1910, Madrid.

Pero cuando el ejército patriota pudo abandonar su primer escenario de combate formado por un angosto espacio entre los cerros y un extenso pantano extendido a su derecha y pudo presentar combate en la llanura la suerte empezó a favorecer a los llaneros colombianos. Los realistas recibían carga tras carga de los colombianos y éstos los destrozaban por su mayor destreza e impulso heroico aprendido en cien combates en la llanura venezolana. Ni en las campañas del Perú —dice Lecuna¹³— ni en las de Chile, ni en ninguna otra parte de América, la caballería española tuvo ocasión de adquirir la consumada pericia y la fuerza alcanzada por los llaneros colombianos en diez años de combate en las llanuras de Venezuela y el Casanare.

En menos de una hora se decidió el combate. Canterac aprovechando las sombras de la noche vecina abandonó el campo de Junín a marchas forzadas, dejando en el camino equipajes y pertrechos que en los días siguientes servirían al Libertador para conocer la ruta de los realistas.

“Durante la batalla —escribe O’Leary¹⁴— que se asemejaba a los combates de los caballeros de los antiguos tiempos, y que sólo pueden concebirse recordando los tiempos heroicos, no hubo un solo disparo; el terrible silencio no fue interrumpido sino por la estridente voz de los clarines, el choque de las espadas y de las lanzas, el galopar y piafar de los caballos, las maldiciones de los vencidos y los lamentos de los heridos”.

Y Burdett O’Connor,¹⁵ otros de los héroes agrega: “En esta batalla mandaba Bolívar. No se oyó un solo tiro, se peleó al arma blanca y lo único que se oía era el choque terrible de las espadas, de los sables y las lanzas y los gritos de los combatientes. Las formidables cargas de nuestros granaderos hacían temblar la tierra, mientras en el cielo de Junín lucía brillante la estrella de Bolívar, la estrella del triunfo”.

13. VICENTE LECUNA: *Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar*, Tomo III, New York, The Colonial Press Inc., 1950.

14. DANIEL O’LEARY: *Memorias*, Tomo XXVIII, Caracas, 1883.

15. BURDETT O’CONNOR: *Recuerdos*. La Paz, 1915.

CRISTOBAL MENDOZA O "LA BONDAD UTIL"

La bandera de la probidad

El temperamento de la pequeña ciudad provincial es más bien frío. El aire, delgado. Cielo azul y claras noches. Templos y casonas de fábrica antigua, mostraban todavía en el último cuarto del siglo xvii la opulencia de Trujillo de Nuestra Señora de la Paz, antes de que los franceses de Granmont la saqueasen en 1678. Todavía muchas moradas mantenían sus portadas de piedra talladas con figuras y sobre ellas las armas que acreditaban la hidalguía de los linajes. Perenne rumor de piedad modulaban las campanas de sus conventos y casas de oración. Dos siglos contaba ya la ciudad cuando el 23 de junio de 1772 nació en ella un venezolano ejemplar, espejo de virtudes cívicas que hoy, como antaño, mantienen la misma vigencia.

Otros conterráneos suyos prefirieron lanzarse a la aventura militar, dejando a un lado pacíficas empresas, como Antonio Nicolás Briceño, o Cruz Carrillo. El se mantuvo dentro de su condición de civil, porque cuando se amasan las patrias tanta importancia adquiere el Derecho como las armas que lo sostienen. Si la formación de las naciones requiere de la fuerza que las defiende en la penosa época de su nacimiento, no es menos precisa la lección permanente de Justicia que imparten los magistrados con plena responsabilidad de la misión que les reclama la sociedad. Esto lo comprendieron con entera lucidez hombres de la calidad de Sanz, Peñalver, Revenga, Roscio, Palacio Fajardo, José Angel Alamo o este Cristóbal Mendoza. Por eso, por su constante vigilia republicana, por su fe en el pueblo y en las instituciones democráticas, por sus condiciones de magistrado, Mendoza es un personaje de singular relieve en nuestro agitado proceso histórico.

En el concierto hispanoamericano no abundan hombres de su calidad y los más próximos son, tal vez, Francisco José de Caldas y Camilo

Torres, admirables por los conocimientos que adquirieron, la vocación política, lo ejemplar y dramático de sus actuaciones y la tragedia que remató sus existencias. En otras comarcas americanas hubo hombres tan valiosos como Mendoza, Caldas o Torres; pero, en pocos, como en éstos, se dio una tan vigorosa entereza ciudadana en medio del ajetreo político-administrativo en que vivieron y los tiempos tan calamitosos en que les tocó actuar. En estos otros que nos ha tocado vivir, tan intensos y fecundos en sucesos de la más variada índole, la actuación de Cristóbal Mendoza es fuente de fecundas enseñanzas.

Consideran algunos escritores que en épocas de crisis o anarquía, cuando pierden su valor las virtudes cívicas, la gente busca entre los hombres expectantes del pasado aquellos cuyas actitudes les destacaron, como Epaminondas, Camilo, Catón el mayor, Fabricio, a fin de que la consideración de sus hechos sirva de estímulo a las nuevas generaciones que carecen o pueden carecer de ejemplos próximos. Hay condiciones o cualidades cívicas que en realidad, ante el desarrollo de otras ideas diferentes, tienden a perder su valor, se esfuman, pues se las estima como carentes de vigencia, actitudes, modos de ser o maneras de conducirse que tuvieron importancia pretérita y ahora han perdido valimiento, utilizándose las solamente como recursos retóricos o señuelos para incautos o idealistas.

Sea como fuere, con Cristóbal Mendoza no ocurre esta circunstancia por cuanto en nuestro país siempre se ha buscado en los hombres públicos aquellos aspectos que destacaron a Cristóbal Mendoza entre sus contemporáneos. Refiere Páez que en enero de 1827 retornó el Libertador a su ciudad natal y la población entera extremó su regocijo por el regreso del héroe. Preciosas jóvenes le ofrendaron las banderas de las naciones por él liberadas y enseñas especiales con los nombres de diversas virtudes militares y civiles, entre ellas una dedicada al "Valor", otra a la "Probidad" y la tercera a la "Constancia". La primera se la entregó a Páez; la segunda fue para Mendoza y la tercera se la reservó para sí.

Pero Páez no se atrevió a decir que del acto estaba ausente el magistrado, expulsado desde el año anterior por obra del círculo que le rodeaba. El gesto del Libertador implicaba una fina condenación a las maniobras del llanero, quien venía prohiendo los temas expuestos en el motín de Valencia del 27 al 30 de abril del año anterior. El Liberta-

dor, en el mismo día, en que recibía estos homenajes, le dirigió a su amigo una hermosa carta:

En verdad, mi querido amigo, le dice, que no sé cómo comenzar esta carta que ojalá volara a sus manos. Al dirigirme a Ud., después de los sucesos que han ocurrido en Venezuela, al verla ya libre de los horrores de la guerra civil y al recordar la conducta que Ud., ha observado en medio de la tempestad más fuerte, no encuentro expresiones capaces de manifestar a la vez mi sentimiento y mi satisfacción. Si un testimonio público puede de algún modo llenar la deuda pública a que Ud., es acreedor, yo la he pagado el día de mi entrada en esta ciudad. Yo he victoreado el nombre de Mendoza y Caracas lo repetía con entusiasmo; yo he dedicado a Ud., el mote de "Probidad" que me presentaba una ninfa y el pueblo aplaudía mi pensamiento. ¿No es ésto una recompensa, una indemnización? Pues ahora sólo falta que Ud., regrese al seno de su patria...

Con aquella mirada zahorí que tenía para distinguir y calificar el mérito de cuantos conocía, Bolívar, en la última carta que le dirigió a su amigo el 16-IX-1828, le definió como el "modelo de la virtud y de la bondad útil". Es decir, ejemplo de valor cívico al servicio de la Patria espejo de ciudadanía, pues que para acicate de todos estaba su "bondad útil", que no es simple ejercicio de filantropía, sino más bien acción, energía que se transforma en constante enseñanza, en obra de beneficio colectivo.

El Protector de Indios

Estudió leyes en las universidades de Caracas y Santo Domingo, obteniendo en la última los títulos de Doctor en Derecho Civil y Doctor en Derecho Canónico, en febrero de 1794. Hizo la pasantía que debía cumplirse antes de obtener la inscripción en el Colegio de Abogados, en las ciudades de Santo Domingo, Trujillo, Mérida y Caracas. En Trujillo la realizó con su pariente el doctor Antonio Nicolás Briceño y presentó su juramento como abogado el 1º de junio de 1797.

El conocimiento de la filosofía antigua y de las modernas doctrinas enciclopedistas de que va a hacer gala en discursos y artículos, así como su dominio de la historia universal y su interés por el desarrollo de los acontecimientos políticos y sociales de Europa y los Estados Unidos, son clara muestra de su formación intelectual, de su versación humanística.

Como sede para ejercer su profesión eligió la ciudad de Barinas. Después de la Provincia de Caracas era la de Barinas la más importante y rica de las que formaban la Capitanía General de Venezuela. Las bondades del clima y de los suelos, la facilidad de las comunicaciones terrestres y fluviales, la concentración de la población, la vecindad de otras prósperas comarcas habían determinado en las últimas décadas de la Colonia el extraordinario florecimiento barinés.

Era la metrópoli del occidente. Rebaños y cultivos crecían y se multiplicaban asegurando el fortalecimiento de una poderosa clase de propietarios rurales y el bienestar de las comunidades campesinas.

Mendoza acierta en su elección y muy pronto se convierte en el abogado más importante de la región. Alcanza fama y respeto, pero nunca riqueza, pues su vocación de servicio público le impide entregarse a la formación de una clientela entre los ricos señores de la comarca.

En el período comprendido entre 1799 y 1810 ejercerá en Barinas los cargos de Protector de Indios, Defensor de Pobres, Asesor de Tenientes Justicias y demás jueces de la Provincia, sin percibir emolumentos y, será, además, Alcalde de Barinas.

De esta época hay entre otros muchos, dos memoriales que constituyen cabal definición de la personalidad ciudadana de Mendoza y que sirven para explicar la razón de sus vigorosas actitudes como dirigente de la República.

Estos testimonios son muy poco conocidos. El primero es una certificación de Don Fernando Miyares, Gobernador, Comandante General e Intendente de la Provincia de Barinas, en la cual declara que "Cristóbal Mendoza es el único abogado de esta Provincia a quien los Tenientes Justicias mayores y demás jueces de ella ocurren, así a consultar las causas que siguen, en sus respectivos Tribunales, como las muchas y frecuentes dudas que se les presentan; siéndome constante la prontitud, claridad y esmero con que las satisface a costa, muchas veces, de perder el tiempo y privándose del honorario que debería corresponderle, por ser muy pocas las causas de partes al paso que la confusión de unas y otras por la impericia de los que representan y escasas luces de los mismos Jueces, exige en los dictámenes la mayor difusión y materialidad, a fin de enmendar los defectos y precaver los vicios que las entorpecen y hacen incomprensibles e indeterminables; que además de

este ímprobable trabajo —añade Miyares— no es menos loable en el referido doctor Mendoza, su general propensión a cortar los litigios empeñando la más eficaz persuasiva con los interesados, aun de aquellas causas en que pudiera esperar alguna utilidad y que sin perjuicio de estas atenciones desempeña la Protectoría de Indios de esta Provincia y las defensas de pobres cuyo número es considerable y lejos de gozar por uno ni otro, el menor sueldo ni gratificación, ni aun para pagar el escribiente, no son pocas las veces que tiene que proveerles de papel, y aun de alguna limosna para subsistir en esta ciudad especialmente a los que vienen de afuera a hacer sus recursos”.

Y el 9 de julio de 1803, don José Gutiérrez, Procurador de la Real Audiencia, en defensa que hace de la actuación pública del doctor Cristóbal Mendoza en la Provincia de Barinas durante el lapso comprendido entre 1799 y 1803, al referirse a su papel como Protector de Indios de la Provincia, advierte que al haberse ordenado que dicho cargo fuese llenado con un profesor letrado se creyó que no hubiese quien quisiera servirlo de balde y con el gravamen de suplir a los indios los precisos gastos de papel y amanuense.

“Sin embargo —anota Gutiérrez— fue nombrado el doctor Mendoza y hasta hoy ha desempeñado competentemente su encargo llenando a satisfacción de los Tribunales los fines del establecimiento. Los indios han hallado en él los oficios de un verdadero padre y la República se ha encontrado bien servida por un patriota que la descansa y liberta de los insultos de aquellos, al paso mismo que los atrae su amor y cariño ya protegiendo su justicia, ya disuadiéndolos de sus temeridades, ya dulcificando con buen modo la aspereza de sus costumbres y ya haciéndoles deponer sus vicios hasta reducir a muchos a la vida social y civil. De esta verdad ninguno puede ser mejor testigo que V.A. Soberana, pues al punto que este Letrado comenzó a defender los indios cesaron aquel tropel de ocurrencias y quejas con que el Protector general llamaba la atención de V.A. y cesaron también aquellos acontecimientos terribles de motines, barbarie y mortandad con que asolaban y asombraban su provincia”. Más adelante se refiere Gutiérrez a las gestiones que realizaba Mendoza como Defensor de Pobres: “En Caracas hay cuatro abogados de pobres y puedo con certeza y sin género de duda asegurar que ninguno tiene la tercera parte de las causas de oficio que rodean al doctor Mendoza...” y se pregunta Gutiérrez: “¿Y con qué se mantiene este hombre?” “¿cómo ha de cuidar la familia si todo es de oficio? ¿qué

tiempo le queda para atender a los pocos casos en que devenga honorarios?"

"Pobre y forastero"

Al conocerse en Barinas el 5 de mayo de 1810 el movimiento caraqueño del 19 de abril, la ciudad formó su propia Junta, de la cual fue Mendoza alguacil mayor y secretario. Fue él quien redactó la mayor parte de la documentación emanada del gobierno local, así como las instrucciones por las cuales debía esa Junta actuar.

Estas "Instituciones" revisten gran importancia para conocer el criterio de su redactor en materias de carácter político y administrativo antes de iniciarse el proceso revolucionario. En ellas está contenido su pensamiento en la época auroral de la emancipación. El ciudadano es un servidor de la comunidad "posponiendo toda idea de personalidad, venganza o interés y proponiéndose únicamente la satisfacción de su buen desempeño, en que consiste el verdadero honor y la fama, por cuya adquisición y conservación trabaja el hombre de bien"; "la ambición o deseo inmoderado de honores y distinciones, produce aquella pasión violenta de querer mandárselo todo y los gremios dominados por esta pasión son siempre turbulentos y más perniciosos que los otros egoístas. El hombre de bien, el vecino honrado vive tranquilo bajo el árbol de la Patria, no es entrometido ni orgulloso, pero tampoco se niega a servirla cuando lo llamen".

Recomienda a la Junta barinesa fomentar la educación, población, agricultura y comercio, así como también las artes de primera necesidad. Preocupación fundamental de aquellos republicanos fue la cuestión educativa. No podían faltar en las instrucciones algunas reflexiones sobre este tema. "Se establecerán, dice "escuelas de doctrina cristiana y de primeras letras en todos los lugares que puedan mantener maestros, pagándose por los que reciben el beneficio, es decir, por los vecinos del respectivo Distrito, mientras haya Fondos de Propios, obligando a los indolentes a recibir la enseñanza, que se dará gratuitamente a los pobres". Por otra parte, siguiendo por esto la tradición colonial, propuso a la Junta la promoción de matrimonios y precisó "que ningún público amancebado tendría voz activa ni pasiva, ni tomará parte en el gobierno de su pueblo".

Los acontecimientos revolucionarios van a llevar a Cristóbal Mendoza al primer plano de la figuración venezolana. Realizadas las elecciones para representantes al Congreso Constituyente, Cristóbal Mendoza resulta elegido por la villa de San Fernando.

Al instalarse en Caracas el 2 de marzo de 1811 el primer Constituyente venezolano, Mendoza se encontraba en Barinas. No podía, por lo tanto, gestionar la consecución de ningún cargo y menos su inclusión en el número de los candidatos a integrar el Supremo Poder Ejecutivo creado por el Congreso al cesar la Junta Suprema en su ejercicio el 5 de marzo. Para formar el Ejecutivo el soberano cuerpo escoge a los ciudadanos Cristóbal Hurtado de Mendoza, Juan Escalona y Baltasar Padrón. El 25 de abril "prestó juramento don Cristóbal de Mendoza y entró en ejercicio de sus funciones en el Supremo Poder Ejecutivo", como lo asienta la "Gazeta de Caracas", en su edición del 30 de abril.

No pertenecía Mendoza ni por su origen, ni por intereses, ni por mentalidad al grupo de los mantuanos caraqueños. Bien lo señala Rafael María Baralt cuando apunta que "aunque pobre, forastero y rodeado de hombres verdaderamente importantes fue Mendoza aclamado sin oposición y con júbilo de todos, miembro del Poder Ejecutivo".

A quienes lo duden va a probarles que no es ningún personaje fabricado al uso y medida de un grupo, sino una personalidad de definidos perfiles, capaz de tomar decisiones, oír y juzgar, en una palabra un hombre con probadas aptitudes para gobernar el país en medio de la confusión, dudas y perversidades que caracterizaron el período inicial de nuestro vivir republicano.

Desde la primera hora adquirió fama de intransigente, porque tiene clara la meta revolucionaria y no admite vacilaciones, ni ambigüedades. Era la suya una intransigencia creadora, un sectarismo trascendental pues buscaba suprimir obstáculos y eliminar en el camino de asegurar el nacimiento y consolidación de la Venezuela independiente.

Para muchos de quienes ocuparon primera fila en el episodio del 19 de abril se había planteado al correr de los días una duda profunda. Romper con el Rey, proclamar la independencia era liquidar toda una existencia sin problemas en la que ni se tenían, ni se reclamaban los derechos. Era romper una paz de letargo para lanzarse en el torbellino de la lucha sin cuartel. Y por comodidad y temor no querían correr nin-

gún riesgo. Para quienes así pensaban, el trujillano resultaba un hombre incómodo y peligroso, intolerante.

El Congreso Constituyente había querido fabricar un Poder Ejecutivo débil, subordinado a las decisiones parlamentarias, sin iniciativa, ni fuerza. Un poder compartido por tres ciudadanos que se turnaban en el ejercicio del mando supremo. Era temor de que los Gobernadores y Capitanes Generales resucitaran, o mejor se prolongaran en el tiempo con el simple cambio de nombre por el Presidente de la República. Miedo del pasado, angustia del futuro.

La multiplicación de autoridades provinciales y de asambleas locales contribuía a la confusión y a la parálisis que se iban apoderando del Gobierno Central. Mendoza concurre ante el Congreso el 1º de julio a reclamar medidas heroicas, quiere advertir a los embelesados parlamentarios que más allá de las paredes del templo de San Francisco se extiende un país tumultuoso, indisciplinado, con larga tradición de esclavitud y que sobre el ánimo de las multitudes creyentes están trabajando incesantemente quienes odian el nuevo régimen. En una inmensa empresa de conspiración se unen comerciantes, propietarios y clérigos y funcionarios desplazados por la nueva situación. Mendoza reclama para el Poder Ejecutivo las atribuciones que su propia esencia le otorgan, advierte la urgencia de promulgar una Constitución, ya que según sus palabras es urgente "la necesidad de una ley suprema provisoria" que ligue todas las partes del Estado entre sí, "pues de otro modo no podría el gobierno responder de la seguridad pública".

El 4 de julio, el Congreso le pide al Ejecutivo su opinión sobre la conveniencia o no de proclamar la independencia absoluta. El criterio del Triunvirato expresado en la voz de Mendoza es el de que se proclame cuanto antes, pues aunque existían algunos obstáculos, éstos se desvanecerían muy tarde y quizás se aventuraría para siempre la suerte de Venezuela difiriéndola. Insiste Mendoza en que el Ejecutivo creía necesario "destruir de una vez la ambigüedad en que vivimos y trastornar los proyectos que asoman nuestros enemigos". Días más tarde pondrá el ejecútese del Acta de la Independencia "como Presidente de turno y así le corresponde el honor de ser el Primer Presidente de Venezuela".

Las conspiraciones se multiplican, las trabas a la acción del Ejecutivo amenazan la vida misma de la República. Frente a esta situación y ante el descubrimiento de un brote subversivo en la ciudad de Caracas,

el 11 de julio dice Mendoza a los caraqueños que el gobierno “vela por descubrir los conspiradores y por castigarlos con el rigor y severidad de las leyes, para que en lo sucesivo no se inquiete a los buenos ciudadanos ni se ataque la seguridad común”. “Las medidas de seguridad que tome este Supremo Poder Ejecutivo no deben amedrentar la inocencia. Deben al contrario, formar su consuelo y vincular en ellas su confianza y reposo”. No obstante su energía, su previsión, su rapidez en la acción, hay un conjunto de factores cada vez más poderosos que dificultan la consolidación de la empresa republicana. La rebelión crece y Mendoza piensa que las absoluciones lejos de aplacar al enemigo, lo engallan. La sesión del Congreso del 11 de noviembre es por demás elocuente. Ante el soberano Cuerpo se suplicó sobre la aplicación de la pena aflictiva a que había sido condenado un ciudadano, pues que pronunciada la sentencia por el Tribunal de Apelaciones habíala revocado la Alta Corte y confirmado el Ejecutivo. El Congreso envía mensaje al Ejecutivo sobre la materia. Replica Mendoza y “en vista de lo expuesto y de la necesidad de que no queden impunes los delitos no se suspende la ejecución”.

Una y otra vez concurre el doctor Mendoza ante el Congreso y reclama la urgente creación de un ejército capaz de defender la República y que sustituya a las milicias casi realengas; pide la organización del sistema monetario y la adopción de un sistema fiscal coherente. Y una y otra vez insiste en la necesidad de liquidar los excesos dañinos del federalismo y de dotar al Gobierno de poderes suficientes para que pueda enfrentarse con éxito a los enemigos de la nueva nación.

Su capacidad de organizador se ahoga en el mar de intrigas y recelos en que se ha convertido la Primera República. Mantuanos contra Miranda, jóvenes jacobinos contra mantuanos, valencianos contra caraqueños, temor de los mantuanos de que su República monárquica pueda transformarse en una auténtica empresa democrática, todo se conjura para permitir el avance de las huestes de Monteverde. A Miranda no se le brinda sino desconfianza y Sanz mismo, que es su enemigo, ante las mil trabas y dificultades con que rodean al Generalísimo los mismos que le han confiado, a regañadientes, la empresa de salvar la República agonizante, tiene que condenar “la indecente y grosera desconfianza y rivalidad de los políticos”. Luis Correa la llamó “la República Candorosa” y el escocés Semple, testigo presencial habló de “la República Infantil”. Hay falta de conocimiento del drama al deno-

minar “boba” esta etapa en que predominó hasta el exceso la suspicacia, la viveza, como lo apuntó Augusto Mijares.

Tal vez sería más acertado el calificativo de República infantil, si aceptamos el hecho de que en el niño están ya en potencia todos los valores del hombre, su personalidad y su destino.

Ni patria boba, ni república infantil. El mejor diagnóstico, el más profundo y acertado lo hace, como siempre, Simón Bolívar en la hora misma de los acontecimientos, cuando en Cartagena, al hacer el balance de aquellos tres años, muestra la creación de los constituyentes de 1811, como una de aquellas que presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano creen alcanzar la perfección política dándose “filósofos por Jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica, sofistas por soldados” y que bien merecen llamarse “repúblicas aéreas”.

Con su poderoso don de síntesis señala las causas de catástrofe. La falta de unidad en el gobierno y de unidad en el mando; la hipertrofia federalista que hacía de cada pueblo una entidad autónoma; la multiplicación de cuerpos deliberantes; la suspicacia contra el Poder Ejecutivo y contra el poder militar; la impunidad de los delitos de Estado al mismo tiempo que la prodigalidad de las rentas públicas en objetos frívolos y perjudiciales y principalmente en sueldos de infinidad de secretarios, jueces, magistrados, legisladores provinciales y federales; la necesidad ante el agotamiento del Tesoro, de establecer un papel moneda que pareció a los ojos de los más “una violación manifiesta del derecho de propiedad”.

Siete años más tarde, en 1819, en uno de sus estudios políticos publicados en *El Correo del Orinoco* analizaba Cristóbal Mendoza las causas de la pérdida de la Primera República y coincidía con Simón Bolívar al señalar la hipertrofia del federalismo y la debilidad del gobierno como los determinantes fundamentales de la catástrofe. “El trabajo de los republicanos, advertía Mendoza, iba dirigido a liquidar obstáculos centenarios y necesitaba pues concentrar sus fuerza, dar la mayor unidad posible a las operaciones, economizar medios y para todo conferir una energía extrema a sus funcionarios”. “Pero lejos de hacer eso —dice Mendoza— el Congreso (1811) relajó cien veces más la débil Constitución, que imitaba (la de los Estados Unidos) cometiendo el segundo error de encargar del Poder Ejecutivo a un cuerpo compuesto de tres individuos, privando así al gobierno de la unidad de acción, de

vida continua, de la uniformidad en sus resoluciones, de aquellos golpes de momento que son el alma de los negocios; y debilitando por consiguiente la responsabilidad inmediata, de modo que destruida su moralidad venía a quedar nulo”.

Los episodios finales de la crisis de 1812 encuentran a Mendoza retirado de sus funciones de miembro del Supremo Poder Ejecutivo. Una tenaz enfermedad que hará más meritoria su entrega total al servicio de la Patria lo había obligado a pedir al Congreso con fecha 3 y 12 de diciembre de 1811, la convocatoria del suplente, pues la prescripción médica lo obligaba al reposo.

Todo se conjuga para elevar al rango de tragedia aquella hora menguada. El terremoto de Caracas, el avance de las hordas realistas, la desconfianza entre los grupos patriotas, el mandato de retaliación implacable de los clérigos realistas, la traición de quienes se mostraban como vehementes revolucionarios, la prisión de Miranda en la noche sombría de La Guaira, son hechos que ponen a prueba las mejores voluntades.

El hombre de la organización

Para Cristóbal Mendoza no hay lugar a ninguna duda, él ha dicho que es enemigo de las ambigüedades. Su camino es el del éxito. La República no puede morir.

Atraviesa los llanos venezolanos, llega al Casanare neogranadino y se dirige a Tunja en busca de Camilo Torres, Presidente de la Nueva Granada. Allí está su sitio de lucha, mientras pueda volver a Venezuela.

El Manifiesto de Cartagena es para los patriotas dispersos en el destierro el toque de llamada. Hace acto de presencia el caudillo de la revolución, el hombre representativo de su tiempo, capaz de interpretar y dirigir un pueblo. En Mendoza tiene Bolívar el más decidido y leal de sus amigos, el mejor compañero para la nueva empresa.

Cuando Bolívar llega a Cúcuta llama a Cristóbal Mendoza: “Venga usted sin demora: venga. La Patria lo necesita. Yo iré por delante conquistando, usted me seguirá organizando; porque usted es el hombre de la organización, como yo el de la conquista”.

Mendoza escribe a su primo, el trujillano doctor Antonio Nicolás Briceño, para participarle su viaje a Cúcuta y le dice: “Voy escotero”. Y

siempre fue escotero, Cristóbal Mendoza, en su obra de revolucionario, en su papel de gobernante. Sin cargar malas intenciones, sin ocultar en su equipaje intereses distintos a los de la salud misma de la Patria.

El 28 de abril de 1813 recibe de manos del General Bolívar el nombramiento de Gobernador de la Provincia de Mérida. Y las instrucciones muy precisas: "Hallándose la República en una completa disolución, el Gobernador de la Provincia está plenamente autorizado para obrar conforme a las circunstancias, sin ceñirse a la letra de las leyes y constituciones, teniendo por único principio y regla de conducta que la salud del pueblo es la Suprema Ley". Estas normas de acción las había proclamado Bolívar, casi con las mismas palabras, en su Manifiesto de Cartagena, el 15 de diciembre de 1812, al afirmar que "es preciso que el Gobierno se identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los hombres que lo rodean. Si éstos son prósperos y serenos, él debe ser dulce y protector; pero si son calamitosos y turbulentos, él debe mostrarse terrible, y armarse de una firmeza igual a los peligros, sin atender a las leyes, ni constituciones, ínterin no se restablece la felicidad y la paz".

A Mendoza no necesitan repetirle el mensaje. En la Caracas de 1811 se encontraba atado por las prevenciones y suspicacias de quienes veían en toda actitud de firmeza ejecutiva una amenaza contra la sacrosanta libertad. Fruto de estos conflictos fue "la completa disolución de la República" señalada por el General Bolívar en su nota oficial del 28 de abril de 1813.

Reclutar soldados, conseguir armas, comprometer a los indecisos, acopiar provisiones, vigilar y castigar al enemigo son objetivos que logra con asombrosa eficacia. El 23 de mayo hace su entrada el General Bolívar a Mérida y Mendoza lo recibe proclamándolo, por vez primera, Libertador. Ya no era un joven General más, en el concierto de los soldados que luchan por la Independencia, sino el Libertador, la voz mayor, el guía infalible. En proclama a los merideños del 8 de junio, el Libertador habla de las matanzas de patriotas en Quito, La Paz, México, Popayán, Puerto Cabello, La Guaira y Caracas y de la espantosa carnicería de prisioneros patriotas y pacíficos ciudadanos realizada en Barinas para anunciar que la paciencia republicana se ha agotado y que el odio será implacable y la guerra a muerte. La guerra a muerte y el odio implacable van a ser los signos dominantes de la segunda República.

Avanza el Libertador y el 27 de julio de 1813 desde su Cuartel General de Araure nombra al doctor Cristóbal Mendoza, Gobernador de la Provincia de Caracas, con el encargo de unir los pueblos de dicho Estado, organizar su administración civil, así de Hacienda como de Justicia, nombrar los jueces y sobre todo, recolectar el dinero para el ejército "que no puede resistir sin grandes fondos".

Qué distante la Caracas de 1814 de la tranquila ciudad de 1810, qué distintos sus hombres. La paz de trescientos años, los usos y costumbres, las creencias y las jerarquías habían sufrido profundos cambios. Mendoza encuentra una ciudad destrozada por el temor y el odio. No hay sitio para intrigas, ni lugar para la retórica. Venezuela está en llamas. La Revolución lucha contra un poder centenario que ha conjugado toda clase de fuerzas para enfrentarse a quienes se empeñan en su liquidación. Para Mendoza no era una sorpresa, ni podía causar desconcierto en su ánimo la situación que contemplaba y en la cual tenía que actuar como actor principal. El advertía que "España por más decrepita que la quisieran suponer, era con respecto a sus colonias un enemigo poderoso, pues su gobierno establecido por siglos había ya formado canales tan profundos que la máquina podía marchar por sí misma, apoyada en el prestigio religioso y en la costumbre de obedecer (del pueblo)". No era contra Generales españoles, ni contra tropas peninsulares que tenían que luchar los soldados de la Patria. Sus enemigos irreconciliables son ahora los criollos de Aragua y Carabobo, los esclavos de Barlovento, los llaneros de Calabozo y Maturín. Multitudes poseídas de un santo temor religioso e incitados a la lucha con la promesa del cobro racial, social y económico; blancos contra pardos, cosecheros contra propietarios, esclavos contra dueños, todos bajo el signo del Rey lejano y del fanatismo enervante.

Mendoza tiene que enfrentarse a las tareas más duras y atravesar las horas más amargas de su larga vida pública. No hay sitio para el perdón. Buscar recursos, acopiar provisiones, reclutar soldados, vigilar y castigar a los enemigos. Como en Mérida, pero con la diferencia de que en el lejano escenario andino el enemigo realista estaba lejos y la ciudad era decididamente partidaria de la causa independiente, mientras que la Provincia de Caracas está rodeada de enemigos y las noticias del avance de Boves apagan el fervor de muchos partidarios y abren el camino de la traición y de la huida a quienes habían mostrado su adhesión a la causa revolucionaria.

No hay tiempo para ensayar la reinstalación de los poderes constitucionales y los proyectos de Miguel José Sanz y de Francisco Javier Uztáriz se archivan en espera de mejores días. La suma del poder está en manos del Comandante en Jefe de los Ejércitos de Venezuela, Simón Bolívar, a quien en una asamblea pública el Gobernador Mendoza ha vuelto a proclamar Libertador de Venezuela. La República es una fragua y las horas pasan entre batallas y fusilamientos, empréstitos forzosos y persecuciones.

Mendoza comparte con Ribas la responsabilidad histórica de la ejecución de estas medidas. El maduro jurista no teme al odio que su actitud desata, ni vacila ante la impopularidad que transitoriamente lo rodea. Su mano no tiembla, ni su conciencia se confunde cuando firma órdenes terribles porque está convencido de la justicia y trascendencia de la causa que defiende y no busca nada para sí. Como la crisis avanza Mendoza convoca el 2 de enero de 1814 una asamblea política y propone la dictadura de Bolívar. Mendoza sostiene que la convocatoria de un congreso constituyente sería exponerse a un fracaso, semejante al anterior, y reclama el otorgamiento de la suma de poderes a Bolívar.

En medio de la más dramática sucesión de acontecimientos, la República agoniza en 1814, pese a los desesperados esfuerzos de sus adalides y al increíble sacrificio de las tropas libertadoras. Las victorias republicanas no contienen el desbordamiento absolutista de los realistas. La Victoria, Ocumare del Tuy, Charallave, Cumaná, Maturín, Barcelona, Vigirima, Barquisimeto, San Mateo, Valencia, Carabobo o Araure son relámpagos que apenas sí rasgan las tinieblas, iluminando indecibles heroísmos, gestos asombrosos. Entonces, fue inmolada lo mejor de toda una generación que por tener conciencia de sus responsabilidades para con la Patria que fundaban, ofrecieron la vida en las llamas de aquel vasto incendio que devoraba la tierra.

Fracasa la República, pero no se clausura el proceso revolucionario. Los acontecimientos que han ocurrido en los años 1813 y 1814 contribuyen de manera extraordinaria al "fortalecimiento del concepto de nacionalidad y a la aceleración del proceso social que se había iniciado legalmente en 1810". Las movilizaciones militares, por vez primera, han obligado a los venezolanos a descubrir su país: andinos a Caracas, llaneros a los Andes, orientales al Centro, caraqueños a Oriente. La consigna del Libertador en la hora final de la derrota es reparar los desastres y proseguir la lucha. Con su talento político y militar ha descifra-

do la clave de la futura victoria y en su Manifiesto de Carúpano al apuntar las razones de la derrota, expresa su decisión de hacer la revolución dentro de los términos que la realidad social y militar del país lo imponen.

Tres años más tarde, en 1817, el General Pablo Morillo comunicará al Ministro de Guerra que los insurgentes se hallan en el mismo grado de instrucción y conocimiento que las tropas europeas y que Páez, copiando el ejemplo de Boves, había ganado simpatías entre los negros y pardos. “A los esclavos —añadía Morillo— los ponen (los patriotas) en libertad completa, los llaman ciudadanos y entran a ser capitanes, coroneles y generales. Así todas las esclavitudes de las haciendas son sus depósitos de recluta inagotables...”

El agente de la Revolución

Nadie pagó a más alto precio que Venezuela la conquista de la libertad. Miles de familias desaparecieron en el cataclismo revolucionario, poblaciones enteras se borraron de su geografía, en los campos de la Nueva Granada, Quito, Perú y Alto Perú miles de cruces señalaron el camino que recorrieron los soldados venezolanos en la más alucinante empresa revolucionaria emprendida por pueblo alguno de América. Y también desde su infancia de pueblo independiente, el venezolano aprendió el duro ejercicio del destierro. Todas las islas del Caribe se poblaron a partir de 1812 de familias venezolanas que huían de la catástrofe. Pero la emigración no era renuncia, no era abandono de la Patria recién nacida, sino simplemente un paréntesis, una reafirmación.

En el año de 1814 empieza el segundo destierro de Cristóbal Mendoza. En julio la emigración patriota revestía características más graves que en 1812. Mendoza logra embarcarse hacia la isla de San Vicente. Es uno de los iniciadores de esa Venezuela peregrina que se prolonga sin término en el drama de nuestra vida nacional. Mendoza, no obstante toda su sabiduría, se ve obligado a instalar una pequeña tienda de víveres en Kingston. Ha pasado por el espanto del terremoto de 1812, que algunos enlazaron a la erupción del volcán de San Vicente, la Souffriére. Ahora, en la isla, un ciclón se lleva entre sus ráfagas airadas su modesto esfuerzo. Embarca entonces hacia Trinidad.

En Puerto España, ejercerá durante siete años su profesión de abogado, perfeccionará sus conocimientos del inglés y del francés. Pero la

profesión no ocupa todo su tiempo y muy pronto Mendoza será en el Caribe representante de la revolución venezolana, el agente del anticolonialismo americano. Traducirá para sus compañeros de exilio las principales gacetas de Europa y Norte América; en su casa encontrarán abrigo, y pan, desterrados y conspiradores y en sus reuniones familiares el tema de la reconquista es el fuego que ilumina hasta la madrugada. Mendoza es la revolución en el destierro.

En 1819 aconseja a Fernando Peñalver "la negociación de la imprenta en donde se editará *"El Correo del Orinoco"* y se convierte en uno de los más importantes colaboradores del nuevo periódico. Usará como pseudónimo un calificativo que le cuadra como a pocos: "un patriota". En sus famosas cartas publicadas en el periódico de Angostura puede estudiarse el alcance de su pensamiento político, apreciarse la calidad de su obra como publicista revolucionario. Sus ideas tienen la nitidez de sus profundas convicciones, no hay vacilación, ni claroscuros en el desarrollo de sus discursos. Sus tesis son las de una generación que entendió el problema de la independencia en sus dimensiones continentales.

El pensamiento político de Mendoza

Los proyectos del gobierno de Francia de establecer en Buenos Aires un rey de la familia de los Borbón, y la cesión o venta de Las Floridas por el Rey de España a los Estados Unidos, son oportunidad para que Mendoza diserte sobre el destino de los pueblos hispanoamericanos y construya atinadas y novedosas tesis sobre el principio y fin de los imperios.

Ya en julio de 1811 al responder como Presidente del Supremo Poder Ejecutivo a la presentación del Acta de la Independencia, había analizado la revolución caraqueña como uno de los episodios trascendentales en el gran drama de la transformación de América, "en su tránsito de la nulidad en que yacía bajo la servidumbre al rango de las grandes naciones". Fue en esa ocasión cuando después de pintar el cuadro grotesco de Carlos IV infeliz, de la Reina viciosa, del valido infamante y del Príncipe pérfido afirma en frase magnífica que la corrupción de los gobiernos allana el camino de las revoluciones. Ahora, en 1819 al referirse a los sucesos de Buenos Aires, afirma: "Como toda la América del Sur ha guardado en la revolución aquella analogía, que es el efecto inseparable de la identidad de las causas, no dudo por lo que veo en Vene-

zuela, que con corta diferencia ha sucedido lo mismo en Buenos Aires y sucederá siempre lo mismo en cualquier parte en igualdad de circunstancias". Para concluir: "Digo los americanos, porque hablando en general, creo que para estos problemas lo mismo es Colombia que Buenos Aires, Chile y Perú: sus territorios son grandes, su civilización es casi la misma, y todos han vivido tres siglos bajo el mismo régimen despótico de la España".

Si aceptamos dividir a los analistas del destino hispanoamericano en optimistas y pesimistas, según crean o no en la capacidad de nuestros pueblos para consolidar y mantener las conquistas de la libertad, podemos clasificar a Cristóbal Mendoza en el grupo de los pensadores optimistas, de los creyentes en el destino democrático del continente americano.

Se muestra vehementemente partidario del régimen representativo y refuta la tesis de Maquiavelo, alegando que el pensador y político florentino no conoció estas conquistas de la sociedad. "La limitación de los derechos a un grupo reducido, afirma Mendoza, fue un gran obstáculo a la permanencia de las Repúblicas en la antigüedad, pero el nuevo descubrimiento del régimen representativo ha disminuido infinito si no ha removido enteramente este obstáculo".

Y responde a quien afirma que la falta de civilización hace imposible el establecimiento de las nuevas Repúblicas diciendo que los "americanos del Sur se han gobernado en la época más calamitosa posible: rodeados de enemigos, y aun minados interiormente por la infidencia de algunos de entre ellos mismos, abandonados de todo el mundo, sin que nadie haya querido darles auxilio, ni otro consejo que el de la sumisión o la muerte, han preferido la última, y han sostenido un gobierno análogo al que proclamaron desde el principio, y la República de Venezuela en particular supo conservar su existencia; ya a bordo de un buque, ya en los desiertos del Pao, y del Apure. Y del acto a la potencia vale la consecuencia".

Y agrega el doctor Mendoza en su alegato: "Pero los partidarios de las luces, si deben llamarse así los que niegan el sistema republicano a la América, parece que requieren que una República para ser bien constituida se componga enteramente de Filósofos, Matemáticos, Políticos, etc. Yo creo bastante que el Pueblo en general sepa lo que le conviene, que tenga resolución y fuerza bastante para emprenderlo, y

constancia para llevarlo a cabo y ésto es puntualmente lo que la América del Sur ha comprobado con hechos a la vista de todo el mundo desde el año de 1810”.

Cree en la capacidad de los hispanoamericanos para la tarea de vivir en República y señala sus virtudes como una de las razones de su convicción. “No me engaño, dice Mendoza, en llamar virtuoso a un pueblo que quiere ser gobernado conforme a la ley y en que la multitud está pronta a obedecer sin que le falten hombres buenos que limiten su ambición a ser honrados con la administración de esa misma ley ya en la clase de magistrados, ya en la de Jefes de las armas con bastante resignación para volver a entrar en la clase de simples ciudadanos cuando se cumple su turno o lo piden las circunstancias del bien común. Los ejemplos de esta especie que ha presentado la América del Sur desde 1810 llenarían un libro”. Y para rematar su juicio advierte: “No negaremos por eso que haya habido entre nosotros individuos viciosos; lo que afirmamos es que son virtuosos los pueblos”.

Pero esos pueblos están en la anarquía, alegan los contumaces adversarios del régimen republicano. Y Mendoza les replica: “Que están en anarquía ha sido la cantinela de los españoles y de sus partidarios desde que resolvimos no sufrir por más tiempo el yugo de hierro. Anarquía se llama el estado de un pueblo sin Jefe y sin ninguna especie de gobierno: tal es la significación de la palabra en general; pero los europeos llaman anarquía en Sud-América a todo lo que no sea someterse a ellos”.

Al hacer el análisis de la situación de Buenos Aires advierte un conflicto que al correr de los años irá a tener un peso determinado en todo el proceso republicano. La diferencia de intereses entre la capital y las provincias, los problemas de conciencia y las deformaciones que la vida republicana puede sufrir por la influencia incontrastable de los poderosos grupos metropolitanos. “Todas las provincias, dice el doctor Mendoza, conservan sus Gobiernos (republicanos) y anhelan por la unión federativa y sólo los magnates de la capital de Buenos Aires que han caído, suspiraban por la corona en un vástago de la raza de los Borbones para que los uniese a impulsos de las bayonetas mercenarias del protector”.

Mendoza critica el error en que incurrieron la mayor parte de las nuevas naciones al entregar la dirección de sus primeros gobiernos a la

nobleza criolla. Para el publicista, la causa real de todas las crisis y desgarramientos de esa primera trágica etapa no fue otra que "la ambición de unos pocos aristócratas, el deseo de oírse llamar Duques y Condes, y la equivocación del pueblo en haber creído buenos y virtuosos a los únicos viciosos y corrompidos que había entre ellos, que son esos pocos magnates que todo lo quieren para sí y nada para la parte sufriente, la más digna y virtuosa en realidad".

Cuando analiza la venta de Las Floridas a los Estados Unidos vuelve a señalar con notable acierto la causa de la decadencia y desintegración de las potencias. España se muere a pedazos, una política subalterna fabricada en la alcoba real, de espaldas a los acontecimientos del mundo ha dado como resultado la venta y la liquidación de uno de los más grandes imperios de la historia. Advierte las ambiciones de los Estados Unidos, "cuya futura inmensidad debía causar terror", apunta Mendoza.

En 1828, en su última carta a Don Cristóbal Mendoza, le escribía el Libertador: "Soy de usted siempre el mejor amigo y de todo corazón, en la firme confianza de que, bien sea delante del autor de la vida o en medio del torrente de los males, yo soy el hombre que más admira y estima a Ud. en el mundo". Y Mendoza era el amigo más leal del Libertador. Pero en la democracia la lealtad no implica renuncia a la dignidad, ni entrega incondicional. La lealtad para con el gobernante amigo ha de traducirse en advertencia ante el peligro, señalamiento del error, nunca silencio palaciego. Nada más distante de la dignidad democrática que la admiración cortesana. Y cuando la adulación y el silencio reemplazan la crítica y el gobernante rechaza la advertencia, la democracia se convierte en peligrosa farsa.

Porque Bolívar y Mendoza entendían y practicaban estas reglas de la responsabilidad democrática no es extraña la dura crítica que Mendoza desde las columnas de *El Correo del Orinoco* hace al Senado hereditario, al Poder Moral y a la Presidencia vitalicia propuestos por el Libertador al Congreso de Angostura.

No entiende por qué el ilustre proyectista de la Constitución quiere proponer a los pueblos de Colombia la imitación de las instituciones inglesas. Se pregunta Mendoza si ¿podría una nación del polo ártico, que ha llegado a la cumbre de su engrandecimiento prestar sus leyes institucionales a otra que acaba de nacer en la zona tórrida? Y advierte: "los seres políticos como los físicos tienen su infancia, su

juventud y su vejez y no podría darse a un niño el alimento que requiere un hombre en edad viril”.

La proposición de crear un Senado hereditario la rechaza como contraria a las máximas propias de un gobierno libre y democrático. Advertía que un Senado perpetuo aumentaría constantemente su influencia y el espíritu que siempre anima a las corporaciones perennes vendría a ser muy pronto el único árbitro del poder y paralizaría cuanto el gobierno intentase, no siendo conforme a sus miras. No se explica las razones plausibles para que las nuevas Repúblicas adopten instituciones que en Europa son producto de resabios feudales y cuya vigencia ha sido rémora y causa de división en el seno de esas sociedades adultas. Para Mendoza los grandes desniveles y la injusticia existentes en la vida de la sociedad inglesa tienen su razón de ser en la permanencia de esas instituciones seculares y en la presencia de Reyes, Pares y de un clero mundano “que ha cambiado el reino invisible de los cielos, que predicó Jesucristo, por los principios de la tierra”.

Frente al Poder Moral se pregunta: “¿dónde hallaréis esos cuarenta Catones, esos Moisés inspirados y provistos de varas milagrosas cuya portentosa virtud obligásele al pueblo a someterse sin murmuración? Y vuelve a interrogar a los legisladores de Angostura: ¿Cómo os aseguraríais de que ellos no abusarán de su omnipotencia moral, dejándose arrastrar por sus pasiones a condenar al inocente o a honrar al indigno?

Al trujillano no le seduce la idolatría de su tiempo por las instituciones griegas o romanas. Si las comparamos con las de nuestro siglo, le asegura a los colombianos, “estoy seguro de que no hallaréis motivos de preferir sus tiempos a los nuestros”.

Para Mendoza, los legisladores de una nación no deben copiar servilmente leyes ajenas; la historia de los pueblos antiguos sirve solamente como espejo de los aciertos y errores de nuestra frágil especie, pero sobre todo la ley fundamental de toda República debe ser producto de la propia realidad social, expresión de la opinión y del carácter nacionales. “Adoptad, dice a los legisladores de Angostura, planes análogos a la sencillez de vuestras costumbres; para desterrar la ociosidad, haced que todo individuo gane el pan que se come; elegid buenos magistrados, buenos pastores, y dejad a la libertad que haga el desarrollo de esta tierna planta que con el tiempo cubrirá medio mundo con su sombra”. Reafirma su fe en las virtudes de los pueblos hispanoamericanos y concluye: “No os creáis tampoco tan malos como algunos os han pintado”.

La historia de la Independencia

Acorde con el pensamiento expresado en la "Instrucción" barinesa regresa a su tierra a raíz de la victoria de Carabobo. Empezará, entonces, una tarea que es grata a su espíritu ajeno a mezquindades: reunir el primero, porque se da cuenta antes que otros de la importancia que tiene la personalidad y la obra del Libertador, documentos de primera mano que contribuyan a fijar su valor histórico. De ahí la obra que empezará, en colaboración con Francisco Javier Yanes. Son esos 22 pequeños volúmenes que llevan por título "Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar, para servir a la historia de la Independencia de Suramérica". Los primeros 21 tomos se publican en Caracas entre 1826 y 1829, la mayor parte en vida de Mendoza; el último, muy posteriormente.

Tiene Mendoza el mérito de ser el primero en muchas cosas importantes relacionadas con la historia de este país. Junto a Camilo Torres antevió el destino luminoso de Bolívar. Fue el primer presidente de este país. El primero en austeridad, en probidad, en lealtad a sus convicciones. El primer desterrado por las autoridades republicanas después de la victoria de Carabobo. El primero que metódicamente recopiló documentos para la redacción de sus anales y el primero que expuso sus principios y su concepto de la Historia.

Mendoza reunió los materiales para una biografía de Bolívar. Al mismo tiempo intentó, antes que José Manuel Restrepo, escribir una "Historia de Colombia". En ambos casos parece que la intención original se vio aguijoneada con los proyectos que acariciaba Francisco Javier Yanes casi al mismo tiempo y declaró en el prospecto de *El Observador Caraqueño* en 1824, periódico al cual contribuyó Mendoza con materiales y en el que se publicaron la mayor parte de las actuaciones de la llamada hoy Primera República. Tanto el proyecto de Mendoza de escribir la *Historia de Colombia* como la introducción y plan de la obra, datan de 1824.

En la introducción a la frustrada *Historia de Colombia*, plantea que "sólo la desidia y un abandono verdaderamente salvaje" se han opuesto a la redacción de esa historia que informaría sobre las virtudes de las gentes del país y las enaltecería; que esa historia del país es preciso elaborarla lejos de la influencia de los personajes y uniendo al testi-

monio de los testigos o autores de los acontecimientos el material de los periódicos coetáneos, principal fuente de la documentación histórica.

Ante la dificultad de reunir esos testimonios y documentos cree “que no ha llegado el tiempo para escribir la historia militar y política de Colombia; pero es un deber nuestro preparar y conservar sus preciosos materiales”.

Con referencia a la segunda obra, el móvil principal de Mendoza es “la conservación ordenada de los documentos que han de servir de base a la redacción de una historia verdadera”. No es tampoco la hora de redactar esa historia, aun cuando sí la de allegar los documentos que acrediten los hechos increíbles que se han realizado para dar existencia a Colombia, empresa fundamental de quien parece fue creado para llevar a cabo obras extraordinarias: Bolívar.

La muerte de Colombia

Pocas semanas tenía Mendoza de haber regresado a Venezuela, cuando el General Francisco de Paula Santander, Encargado de la Presidencia de Colombia, lo designa Presidente de la Corte Superior de Justicia del Departamento de Venezuela, integrada además por los doctores Diego Bautista Urbaneja y Prudencio Lanz. En estas funciones habrá de permanecer hasta el año de 1824, cuando renuncia para regresar al ejercicio de su profesión de abogado.

Nuevas gentes, nuevos conceptos, otros intereses dominan en el panorama caraqueño de 1824. Pero el prestigio moral, la autoridad política de Cristóbal Mendoza permanecen incólumes. Es el centinela de la Patria, la voz y el ojo, la conciencia viva de la República. Para los nuevos dueños de Venezuela su palabra es reclamo, llamada de atención, y preferirían que fuera menos intransigente, capaz de componendas y absoluciones. Pronto habrá de estallar el conflicto.

Mientras tanto su nombre es propuesto para todas las dignidades oficiales. Los periódicos de Caracas lanzan su candidatura para la Vicepresidencia de Colombia. “El Colombiano” comenta: “lo merece por su talento, por sus servicios, por su integridad”.

La crisis nacional que Mendoza veía venir desde su llegada a Caracas conmovió el orden constitucional en enero de 1826: “Desde 1821,

escribiría Mendoza, yo estoy viendo preparar este incendio, y me atrevo a decir que constantemente se ha mantenido este país en una marcha revolucionaria, y que sea por la insuficiencia de las instituciones o por la dirección que se les ha dado en el curso de nuestra Administración, ningún hombre sensato podía esperar otro resultado”.

El pretexto es bien conocido: el incumplimiento por parte de Páez de una orden de reclutamiento emanada del gobierno de Bogotá y los atropellos cometidos por las tropas constituyeron la base para el pliego de acusaciones que el Intendente del Departamento de Venezuela, General Juan Escalona, presentó ante el gobierno de Bogotá contra el General José Antonio Páez, Comandante General del Departamento.

La idea mirandina de la unidad continental, el propósito grancolombiano del Libertador iban perdiendo fuerza y adeptos en Venezuela, a medida que disminuían las exigencias de la guerra y se alejaba el peligro de una reconquista española. Entre la generación de Fernando Peñalver, Cristóbal Mendoza, Pedro Gual, Diego Bautista Urbaneja, José Rafael Revenga y esta otra que tiene como máximo símbolo humano al General José Antonio Páez, había irreconciliables diferencias en cuanto a la concepción del gobierno de las nuevas Repúblicas. Para José Antonio Páez, la Patria era el paisaje conocido, las gentes amigas desde la niñez, los cantos y las músicas de las horas juveniles. Nada más, ni nada menos. Para Páez la Patria era “la patriecita”, sin la angustia continental de Bolívar, sin el problema de juntar pueblos distintos para formar grandes naciones que tanto preocupaba a Mendoza.

Y alrededor de Páez van juntándose cuantos se sienten incómodos con este lejano, abusivo y centralista gobierno de Bogotá. A su sombra de fuerte y joven pastor van congregándose los viejos mantuanos caraqueños, padres de la primera República y a quienes nunca complació las dimensiones y el sentido de la obra revolucionaria del Libertador; los antiguos realistas de vuelta al país y empeñados en recuperar poder e influencia y junto a ellos, en sitio de privilegio, el inmenso grupo de los jóvenes generales y coroneles que establecerían su dominio sobre la República y lo mantendrían hasta el lejano año de 1868, cuando regresa al poder ya octogenario, el último de sus grandes jefes, el General José Tadeo Monagas.

“Los nuevos Libertadores” los llamó Mendoza en carta dirigida al Libertador desde Saint Thomas, el 15 de diciembre de 1826.

Andrés Level, Tomás Lander, José Núñez de Cáceres, Pedro Pablo Díaz y Domingo Navas Spínola, se han adueñado de la voluntad de Páez y estimulan sus ambiciones. El rencor de Miguel Peña atiza la hoguera de la separación colombiana y de la guerra civil. Asambleas públicas, bandos, boletines, convocatorias y manifiestos de las Municipalidades de Caracas y Valencia forman el torbellino revolucionario. Páez simula ser espectador y víctima. Una y otra vez se muestra como esclavo de las circunstancias, nunca promotor del desconocimiento de la ley y de la destrucción de Colombia.

Mendoza conviene en la necesidad de las reformas que los pueblos piden, comparte la opinión mayoritaria acerca de la urgencia de aceptar las enmiendas propuestas a la Constitución de Cúcuta y de dotar a los Departamentos de mayor autonomía; Mendoza es un convencido de la peligrosidad del centralismo bogotano. Pero no conviene en las fórmulas que se quieren adoptar para obtener esas reformas, en la manera de plantear la crisis y califica estas maniobras de “funestos antecedentes” para la vida republicana de Venezuela. Pide una y otra vez el arbitraje de Simón Bolívar; quiere disminuir el alcance histórico del episodio para lograr salvar la estructura institucional, reclama la cooperación de todos para asegurar la paz y evitar la guerra civil.

Desafiando el odio de los círculos radicales y de las barras amenazantes, Mendoza hace acto de presencia en la tumultuosa asamblea que Páez ha convocado el 7 de noviembre de 1826 en San Francisco. Va a decidirse el destino de Colombia. Los cabecillas del movimiento separatista alegan por boca de Núñez de Cáceres que el pacto social de Colombia se halla disuelto por la separación de nueve Departamentos y que es necesario atarlo con una nueva forma. Páez a su vez alega en su discurso “que era demasiado cierto que la República se hallaba en disolución y que deseaba saber qué era lo que querían los pueblos”. Núñez de Cáceres cita en una nueva intervención y como apoyo decisivo en favor de su tesis, una frase de Bolívar: “la república ha vuelto a su estado de creación”. Mendoza en medio del tumulto vuelve a sostener la tesis que mantuvo en la asamblea del 5 de octubre: Las reformas deben proponerse en el seno de la Gran Convención y no puede alterarse el régimen constitucional que está en vigencia. La Asamblea vota la separación. Para el Doctor Mendoza es “el asesinato de la República”. Para el General Páez es el nacimiento del Estado de Venezuela. Ante sus protestas Páez le recuerda al doctor Mendoza que “en las crisis polí-

ticas nada es cierto sino lo que está hecho". Al hacer al Libertador el relato de su intervención en la Asamblea de San Francisco, Mendoza afirma: "yo hice ver a mis enemigos que todavía quedaba un hombre libre en aquella tierra desgraciada".

Para Mendoza, en Venezuela había llegado la hora del "despotismo militar" y decide marchar al exilio. Era su tercer destierro. Una vez más será un peregrino por las islas del Caribe. Desde Saint Thomas explica la razón de su protesta. Denunciaba así "el abuso de todos los principios, el aparato de la fuerza armada, la ofensa que se hacía al buen sentido y al pueblo entero en lo más delicado de sus derechos".

La guerra civil y la anarquía amenazan destruir los pueblos que formaron la antigua Venezuela. Al crearse la República de Colombia, la vieja federación venezolana ha sido dividida en cuatro Departamentos: Venezuela (parte central del país), Orinoco, Zulia y Apure. Páez quiere ser el jefe de la reunificación venezolana y así lo explica desde el Cuartel General de Caracas a la Ilustre Municipalidad de Trujillo, el 13 de noviembre de 1831: "La grande Asamblea popular de Caracas al pronunciar sus deliberaciones, volvió los ojos a los cohermanos de la antigua Venezuela: en ninguno de sus actos desde el 30 del venturoso mes de abril, ha olvidado que de oriente a occidente, desde el cabo de Nassau hasta el Saco de Maracaibo, todos éramos venezolanos; y que la política no tiene fuerza para dividir lo que la naturaleza, la educación y el aire atmosférico unió. Si todo lo que fue Venezuela se acuerda de su ilustre nombre y calcula sobre sus verdaderos intereses, es llegada la hora de volver a congregarse la antigua familia formando un solo Estado que servirá de base para ligar a los demás que con él quieren confederarse". Pero ni Bermúdez, Jefe Supremo de Oriente, ni Urdaneta, que ejerce iguales funciones en el Zulia, están dispuestos a aceptar sin réplica las decisiones de Páez. "Las Municipalidades de Caracas y Valencia, dice Bermúdez, han traspasado los límites de sus facultades, ejerciendo las que no tiene la Nación misma mientras exista la Constitución".

Es el fracaso del ideal bolivariano, el fin desastroso de una extraordinaria empresa continental. El Libertador se encuentra lejos de la Patria, perdido en el bosque de gloria que le ofrecen los soldados creadores de naciones. Páez está más cerca que Bolívar y los políticos bogotanos no entienden a estos ásperos soldados venezolanos que están a la vanguardia de Colombia. Ante el amotinamiento de Valencia en abril

de 1826 y en el afán de evitar los fantasmas de la guerra civil, Bolívar emprende viaje hacia Caracas.

Retorna el héroe a la tierra de sus afectos. ¿Por qué? Porque “ella es mi madre, de su seno ha salido mi ser; a ella, pues, debo consagrar todos los sacrificios, hasta el de la gloria misma”. (Carta a Páez, Bogotá 15-XI-26). A Miguel Guerrero y a Rafael Urdaneta les confía en la misma fecha que “Venezuela es la patria de los héroes... esa Patria que ha mandado sus héroes hasta la cima del Potosí a llevar la libertad de sus hermanos y la gloria de sus hijos”. Pensaba viajar por Maracaibo a Barinas; después, pasar unos días en San Mateo.

De Bogotá partió el 25 de noviembre. El 30 dejaba Tunja. El 10 de diciembre recibe en Chinácota noticias de la rebelión de Puerto Cabello contra Páez. El 11 se encuentra en la Villa de Cúcuta. Desde esa población le aclara a Páez: “... no ansío más que la tranquilidad de Venezuela para renunciar al mando; pero antes debo afirmar el destino de la patria sin sangre ni combates. Este voto es el más sincero y el más encarecido. Yo me ofrezco para víctima de este sacrificio; mas no permitiré que nadie se haga el soberano de esa nación. Usted no tiene derecho, ni yo, ni una fracción del pueblo”.

El 15 de diciembre embarcó en un buque de vapor con destino a Maracaibo y el mismo día llegó a esa ciudad. Poco tiempo pasó en ella, pues inmediatamente hizo planes para salir con tropas hacia Valencia por los Puertos de Altagracia y Coro. Pensaba que a últimos del mes estaría en Puerto Cabello. En Coro se encontraba el 23 y desde esta población le escribió a Páez. A él no le “arrancarían las riendas del mando... una banda de tráfugas que nunca hemos visto en los combates”: “¿Qué no me deben todos en Venezuela y hasta Usted no me debe la existencia? El Apure sería la habitación del vacío, el sepulcro de sus héroes sin mis servicios, sin mis peligros y sin las victorias que he ganado a fuerza de perseverancia y de penas sin fin”.

Observa Bolívar que en Coro explotan los recursos naturales sin tasa y sin freno, pues “sólo se quiere saquear la república, para abandonarla después”.

De Coro seguirá a Puerto Cabello “más muerto que vivo de fatiga y de calor”. El 25 se encuentra en Cumarebo. El 31 llega a Puerto Cabello. Los caminos son pésimos y un correo, con pliegos para Páez, se perdió. Inmediatamente le escribe a Páez. Le comunica que desde

Bogotá está en conocimiento de que hay tramas contra su vida y le aclara que en su pecho no se alimenta la envidia, ni caben tampoco en él sentimientos de venganza.

El 3 un pliego volante, "El Telégrafo" reproduce una proclama dirigida a los colombianos. Ya está en marcha hacia Valencia para encontrarse con Páez.

El Libertador entiende mejor que todos sus contemporáneos la psicología de los pueblos americanos y analiza con impresionante certeza los estados de opinión. Y porque comprende que no puede liquidar esa realidad avasalladora que es el predominio de Páez ni liquidar la popularidad de sus consignas secesionistas absuelve a los enemigos de la unidad colombiana, ratifica en sus mandos militares y civiles a los conspiradores de La Cusiata y entre aclamaciones de la multitud entran Bolívar y Páez a Caracas el 4 de enero de 1827.

El día anterior, desde Puerto Cabello le había escrito al Vicepresidente Santander:

"En fin, mi querido general, la guerra civil está evitada; mi autoridad, que es perteneciente a la República, reconocida; y ¿puede desearse un triunfo más completo? De otro modo cada pueblo habría sido un escombros o un sepulcro. El general Páez tenía elementos de qué valerse y aun ya había empezado por dar libertad a sus esclavos. Se decía que lo perseguían porque era de la clase del pueblo. El Bajo Apure y Cumaná hubieran encendido una guerra de ilotas. Yo no sé adónde hubiéramos ido a parar. . ."

Y desde Valencia, el 6 de enero le confiesa a su fiel Pedro Briceño Méndez que tiene "la más completa y absoluta confianza en el general Páez". "Yo respondo con mi vida de la fidelidad del general Páez".

La llegada del Libertador a Caracas y el clima político que vive la ciudad en aquellos días críticos de enero de 1827 son el tema de la interesante crónica que doña Gertrudis Buroz de Mendoza envía a su esposo después de visitar a Bolívar. "Vengo de visitar a Bolívar, dice doña Gertrudis, está flaco y prieto pero es el mismo del año 14, y me encarga que te diga que te vengas inmediatamente, porque no es honor para la República que tú y hombres como tú estén emigrados, que si tú no venías no había conseguido nada con su viaje". "Llegó ayer a las cuatro. No es posible que yo pueda explicar el entusiasmo de todo este pueblo, grandes, chicos, godos y patriotas; sólo los cosiateros están

avergonzados y escondidos". "En el banquete que le ofrecieron un grupo de señoritas le presentó diferentes banderas indicando las virtudes que lo adornan. Al recibir la que decía "probidad" te la destinó y llamó una comisión para enviártela, pero el pueblo me la embargó para presentártela a tu llegada y han encargado te retengan en La Guaira para irte a recibir". "Todo el pueblo en general y cada uno en particular te felicitan y te llaman la segunda persona generalmente amada de todos. He tenido el placer de oírte proclamar como el segundo padre de la Patria, empezando la aclamación por el mismo Presidente que te ha dado los nombres de Catón y Cincinato de Colombia".

Una vez más Mendoza atiende el llamamiento del Libertador. Bolívar está empeñado en reedificar la derruida fortaleza de las instituciones colombianas. Y para contener el ímpetu primario de Páez y sus amigos quiere levantar un dique moral revistiendo de autoridad a Cristóbal Mendoza. En la lucha entre el escepticismo y el deber republicano triunfa su vocación de servicio a la Patria y vuelve el trujillano a ejercer las funciones de Intendente del Departamento de Venezuela.

El Libertador en su marcha hacia Caracas se da cuenta de que los reclamos de reforma tienen su origen en los males que las comunidades colombianas padecen. Oye las quejas contra las leyes de hacienda y los agentes fiscales aborrecidos en todas partes. Los ataques se repiten contra la administración de justicia y las leyes nuevas de este ramo. El cuadro de Venezuela "es el espectáculo de una miseria general, porque no existen fondos privados, ni públicos. La confianza, el amor a las leyes, el respeto a los magistrados han desaparecido". "El descontento es universal", le dice a Santander, desde Caracas, el 16 de enero de 1827.

Destruída la amenaza de la guerra civil se empeña el Libertador en restablecer en Venezuela la confianza pública, corregir la inmensidad de los abusos que habían aparecido y afirmado en los días de turbulencia. Quiere unir el país, aquietar los partidos y utilizar los poderes discrecionales de que dispone para introducir profundas reformas en los ramos de hacienda, administración y política. Cuando se logre la calma y las pasiones enmudezcan se podrá pensar en la consulta electoral para elegir los representantes a la Gran Convención.

El 25 de enero le confiesa a Briceño Méndez que cuesta mucho arreglar a Venezuela. La miseria pública lo entristece. Considera que se necesitarán muchos años, para reparar los errores y los fraudes come-

tidos, piensa que el mal será durable y expresa su desaliento ante los obstáculos insuperables que existen en el país para poder entablar una reforma profunda. "Estoy sumamente cansado del trabajo", le dice a Sucre.

Son días turbios. Los amigos de Páez se sienten defraudados y afirman que el llanero los ha vendido. Los amigos de Bolívar lo acusan de tener preferencias y favorecer a los traidores a su obra. Bermúdez es el portavoz de los recelos y de los reclamos de los bolivarianos. Las noticias de la conspiración neogranadina de Santander oscurecen más aún el panorama. Hay levantamientos de tropas en Valencia, en Cumaná, Barcelona y Carúpano. El gobierno confronta el problema del excesivo número de tropas acostumbradas a la guerra y a la revolución y la falta de dinero para pagarlas. Grupos de veteranos, sin la costumbre de trabajar amenazan la quietud de los pueblos. Frente a la anarquía de las tropas, ante los levantamientos y conspiraciones, el Libertador reclama de Páez, energía y resolución como la única forma de salvar la República. Recuerda que los pueblos que se han creado en la esclavitud, como todos los americanos, no saben vivir con simples leyes y bajo la autoridad de principios liberales. No puede abandonar a Venezuela al cuchillo de la anarquía y está resuelto a hacer la guerra a los rebeldes. La situación fiscal empeora cada día y el Libertador tiene que imponer a los comerciantes severas medidas de prisión para que paguen los impuestos.

A medida que los días pasan, crece la preocupación de Cristóbal Mendoza por el destino final de Colombia. No cree en las promesas de arrepentimiento, en los propósitos de enmienda del General Páez. Está enterado de maniobras y compromisos que se atan en Caracas y Valencia a espaldas del Libertador y está seguro de que los enemigos de la obra bolivariana sólo esperan el regreso de Bolívar a la Nueva Granada para volver a empezar.

Considera asimismo el Intendente Mendoza que muchas de las medidas heroicas que el Libertador ha tomado no remediarán la situación y en cambio traerán funestas consecuencias para la existencia misma de Colombia. Y el 26 de marzo le escribe a Bolívar para mostrarle su desacuerdo con la política en marcha y presentar su renuncia a la Intendencia. El Libertador no acepta las razones que alega para justificar su petición de retiro. "Usted conoce, le dice Bolívar en su respuesta, el mal efecto que produciría su renuncia en el día, y aún siempre que la haga, porque está visto que usted es el mejor Intendente de Vene-

zuela". Y recordando una frase de Federico II remata su carta escrita en el Trapiche de la Hacienda Ibarra: "Si usted lo que quiere es desertar, daré a usted la respuesta de Federico II: "si nuestros negocios continúan mal y perdemos una batalla desertaremos juntos". Esta es mi respuesta a todo lo que me dice en su carta y espero que desertaremos juntos ahora y después".

El 5 de julio inicia Bolívar su regreso a la Nueva Granada. La conspiración santanderista ha decretado la muerte de la Colombia bolivariana. Terminado el ciclo heroico, el Libertador tiene que enfrentarse a los ejércitos de la intriga. Los inmensos escenarios luminosos de Carabobo y Boyacá se han borrado. Igual que Páez, los jefes locales de Nueva Granada y Quito piensan, cada uno, en su patriecita. Cada día son más escasos los fieles a la idea de la unidad continental y uno de los sobrevivientes es Mendoza. Desde Cartagena, el 18 de julio le escribe Bolívar para pedirle que "procure que las órdenes que doy a Páez no se entorpezcan; al contrario creo que usted las promoverá con su autoridad y celo que lo distinguen". Es una manera de recordarle la razón de su presencia en la Intendencia de Venezuela.

El Libertador no está muy convencido del vehemente bolivarianismo de que Páez hace gala en los meses finales de 1827 y al correr del año 28. Teme los consejos de Peña, Mérida y Navas Spínola y se confirma en su opinión de que Mendoza es indispensable en Caracas, cerca del inquietante jefe del gobierno venezolano. Una y otra vez vacila Bolívar en su propósito de que Cristóbal Mendoza forme parte de la diputación venezolana a la Convención de Ocaña. Reconoce que sería un fuerte apoyo para los intereses de Venezuela, mas por otra considera que "nadie, nadie lo puede reemplazar en el destino que ocupa", y que "es demasiado útil en Venezuela, para que la pueda abandonar cuando más necesita de su presencia para su conservación, en momentos en que se ve amenazada por todas partes". El 16 de febrero (1828) le dice el Libertador: "lo que más me interesa es que venga a la gran Convención... Venga Ud. sin cuidado a unirse al partido de los salvadores de la Patria. pero volando, volando, volando...". Y el 29 del mismo mes le aconseja: "en caso de que Ud. no haya decidido nada ni se atreva a decidir, échelo usted a la suerte y siga su voluntad".

Por los mismos días (9-I-1828) Páez le escribe al Libertador. Se trasluce a través de sus frases entusiastas y de calculado temor ante las maniobras de sus propios amigos los godos, el deseo de inspirar confian-

za a Bolívar: "Sólo tengo un compañero que vale un reino, que da vida, ser, energía y respetabilidad al Gobierno: de Mendoza le hablo a usted; ninguno puede subrogarle, nadie, en mi concepto, más íntegro, ni ninguno llena tanto sus deberes; es mi apoyo y sin él ya yo hubiera desesperado; pero con Mendoza se puede gobernar. Dejando Mendoza el puesto, se abre la puerta a la corrupción, a la mala fe de los empleados, este hombre les infunde respeto por su saber, su probidad y severidad, y tiene también a los godos en continuas zozobras..."

El desastre de la Convención de Ocaña, la agitación del partido santanderista, la pública prédica del tiranicidio, los sucesos del Sur conspiraban contra la reconstitución de Colombia. En Venezuela la resistencia de los caudillos menores se ha rendido ante el poderío incontrastable de Páez y su voluntad es la ley. En breve, regresando a los caminos de 1826 será el jefe de la reacción antibolivariana, anticolombiana y el caudillo fundador y Primer Presidente de la nueva República.

El final, los sucesos de 1830, no puede presenciarlo el doctor Mendoza, pues ya en agosto de 1828 va a enfrentarse con la muerte en una gran batalla que concluirá el 8 de febrero de 1829. Ante la muerte mantiene la misma imperturbable presencia de ánimo de sus mejores días de combate. Desde su lecho de enfermo sigue el proceso político en que se debate Colombia y quiere estar enterado de los altibajos dramáticos de la Convención de Ocaña. Sigue siendo un fervoroso partidario del Libertador y es a él a quien confía la suerte de su familia, a quien deja como "su único patrimonio el recuerdo de los servicios prestados a la República y la amistad del gran hombre". "Un sabio nunca muere", comenta Bolívar cuando se entera de la noticia que de su próxima desaparición le da el propio Mendoza y una vez más consagra su elogio al trujillano y lo muestra a la consideración de la posteridad como el modelo de la bondad útil.

El mensaje de un héroe

Hace cuatro siglos fundaron a Trujillo de Nuestra Señora de la Paz. Hace dos siglos nació en ella Cristóbal Hurtado de Mendoza, primer Presidente de este país. Es, pues, conveniente en estos tiempos meditar sobre su vida y su obra. Sobre su mensaje, como ahora se estila decir. Un mensaje sencillo, nítido, como su propia vida.

Para sostener los ideales contra todas las presiones, contra todos los obstáculos, para que ni la misma piedad se interpusiese en el cumplimiento de cuanto creía su deber, se necesitaba no solamente valor para mantener las convicciones, sino la fe ilimitada en la justicia de la causa a la que se había consagrado. Su vida no fue sino su mismo pensamiento, madurado en el estudio, transformado en acción para contribuir con hechos a la implantación de un nuevo sistema político que permitiese al hombre romper el cerco de sus tradicionales enemigos: fanatismo, absolutismo, ignorancia, desamparo infinito.

En él admiramos su magnífica decisión. Su valor cívico no tiene parangón. No vaciló ni ante los más graves problemas, aparentemente opuestos a su humanitarismo. Fue incommovible, como esas rocas arcaicas que recubren la rugosa piel de la Tierra, como las pirámides de Gizeh.

Porque su voluntad enfrenta decisiones tremendas, nos atrae su angustia, su permanente vigilia. No le conocemos amarguras por miserias vividas, ni resentimientos contra quienes directa o indirectamente le acibararon la existencia y la de los suyos.

Fue leal en todo momento a sus ideales y a la causa que libremente abrazó y al amigo que le exigió su colaboración en horas de ansiedad o de desesperanza.

Si acordó medidas drásticas en medio de alguna crisis, no nacieron ellas del odio, de la intolerancia o la crueldad. Fue severo porque sinceramente creyó que solamente mediante la aplicación de drásticas medidas podían salvarse las esperanzas de liberación nacional. Y fue tanto más interesante esta actitud por cuanto fue piadoso y lleno de útil bondad, como lo señaló el Libertador.

Si juzgó severamente a sus adversarios políticos, no se le signó de impío. Si fue severo hasta para consigo mismo, mal podía usar de lenidad en un Estado nuevo, como el nuestro, atacado por todos lados y asediado por enemigos internos y externos.

Ni odios ni personales resentimientos, ni envidias, fueron fantasmas que le desvelasen. No alimentaron su severidad. La envidia cierra las fuentes de la generosidad, esteriliza los más nobles impulsos, aridece la vida toda. Ni mezquindades, ni pequeñeces enturbiaron su vida.

Entre los dobleces del traje de la envidia se ocultan sabandijas del espíritu, los más innobles procedimientos, astucias y mañas de mala

ley. Porque fue recto a causa de su misma severidad por la piedad que mana de las más íntimas fuentes de la compasión, fue bondadoso con cuantos llegaron amargados buscando su protección. Tuvo fe en las gentes de su pueblo y sintió sincera admiración por quienes los condujeron a la gloria y a la victoria.

Su cargo de protector de los naturales, el ejercicio de la profesión y la Historia le enseñaron los defectos y vicios del régimen colonial. Donde predominase la injusticia era, necesariamente, venal la autoridad y esta condición le restaba confianza en los vecindarios y estabilidad. Si hay privilegiados y grupos desposeídos de los derechos más elementales, no puede existir una comunidad que sea respetuosa de la ley. Si la desigualdad es la norma social, la Justicia se ve burlada y está abierta la puerta a la violencia. Todo esto formaba parte del pensamiento de Mendoza antes del 19 de abril de 1810.

No podía dejar en manos extrañas y providenciales sus derechos, como tampoco eran aceptables autoridades que careciesen de la sanción colectiva. Descubrir el camino a otros, aconsejar el rumbo, incitar a seguirlo sin desmayos fue, quizás, su mejor contribución al país.

La severidad es condición que muchos critican. La inflexibilidad es reprochable por no pocos. Solamente puede doblarse por efecto de la compasión, dícele don Quijote a su fiel escudero. Y un acontecimiento ilustrativo de tal sentimiento en Mendoza lo recogió Arístides Rojas en una leyenda que lleva por título "Nobleza de patricio, integridad de magistrado".

En realidad los procedimientos lenitivos son concesiones que se le hacen a la debilidad o a la complicidad. El hombre debe actuar de acuerdo con su intimidad, no por virtud de extraños agentes que deforman la Justicia. La elasticidad de la conciencia es una medida del hombre.

Cejar en la lucha cuando se cree y se tiene fe es abandonar el combate ante una avanzada de sombras. Enfrentarse a las contingencias es una cualidad humana. Ni propia de jóvenes o mayores por la edad. Sí de gente nueva por el pensamiento que la anima. La juventud no se mide por reglas de cronólogos, sino por la actividad del pensamiento.

Ni los vanos honores inherentes a los cargos, ni el oropel de ciertos gestos, fueron acicate para desviarlo del compromiso que ya había manifestado en la "Instrucción" barinesa.

En él se unen la sobriedad, la rectitud, la probidad, la consecuencia, la austeridad. Para adquirir todas estas cualidades hizo renuncia de una suprema aspiración humana: la comodidad.

De su vocabulario no formaron parte el conformismo, la complicidad, la codicia, la contemporización, la debilidad. De ese vocabulario sí formaba parte la lealtad, la inflexibilidad en el cumplimiento del deber, la pulcritud administrativa, la austeridad. Pudieron coleccionar muchos caudillos civiles y militares, entre toda la teoría de políticos venezolanos, tierras, títulos, honores que no merecían. Con todo eso escondían o disimulaban veleidades e inconsecuencias. En Mendoza el cumplimiento del deber resalta como la obligación del hombre de actuar conforme a las exigencias de su conciencia, de acuerdo con los ideales por los que combatió o combate.

Sobre la austeridad del prócer trujillano alarga Baralt estas consideraciones:

“Mendoza tenía un alma fuerte, un espíritu elevado; fue modelo de virtudes domésticas y, como más tarde decía de él Bolívar, de bondad útil. Un defecto poco notable en tiempos de orden y sosiego pero gravísimo en los agitados y revueltos, empañaban el brillo de tan bellas cualidades, cual era el exceso de austeridad, que hace áspera y desapacible la conducta política, privando de popularidad a caracteres notabilísimos. El no transigía, ni con el crimen, ni con los abusos, cualesquiera que fuesen la ocasión, las personas y las circunstancias”.

No era excesiva la virtud, ni lo es nunca. Por eso, ante los comentarios del historiador preferimos pensar con Jenofonte. En el capítulo I de su “Apología de Sócrates”, al comentar cierta actitud del filósofo, dice Jenofonte que “el pueblo se irritó, los grandes amenazaron; pero él prefirió permanecer fiel al juramento antes que cometer una injusticia para complacer a la multitud y calmar su cólera”.

Conocimiento del propio mérito es consecuencia de la personalidad. Cuanto mayor ha sido la arbitrariedad y el sistema opresor implantado, tanto más se impone el hombre por sí mismo. Si el fuego depura los metales y los libera de escorias, el Tiempo filtra la importancia de los hombres y remite al testimonio del Futuro el mérito de los individuos. Porque hubo en Mendoza pureza en las intenciones, pulcritud en su actuar, austeridad en su vida pública y privada, por todo eso entró en contradicción con su tiempo y los hombres de ese tiempo. Por eso fue

que ganada la independencia fue el primer venezolano a quien obligaron las ambiciones a dejar la tierra de sus mayores. O aceptaba las condiciones que Páez imponía como nuevo hegemón de la república o volvía por los caminos del destierro. Firmeza en las convicciones, lealtad a los compromisos es delito en tiempos de revueltas. No legó a la posteridad una obra como Bello o Roscio. Dejó un legado moral, un legado cívico. A esto aludió el Libertador cuando afirmó que un sabio no muere nunca. La sabiduría no se alcanza únicamente por escribir. A la sabiduría se llega si no hay divorcio entre el pensamiento y la acción. Cuando el hombre vive en paz con su conciencia y sus actuaciones constituyen ejemplo para sus compatriotas.

Fue de la misma calidad de Sanz, Peñalver o Roscio. Venezolano de pecho a espaldas. Su nombre permanece porque asumió total, íntegramente su responsabilidad y no rehuyó sacrificios.

CAIDA Y DESTIERRO DE PAEZ

Un geómetra e historiador dividiría el trazo vital de Páez en tres secciones: la correspondiente al héroe, guerrillero astuto y audaz, jinete sin rival, con el cual solamente se le parangonarían aquellos de Gengis Khan, maestros en el giro del estandarte, táctica que Páez utilizó sin tener conocimiento de esos tan remotos antecedentes; la del político, frío, calculador, ambicioso; finalmente, la del vencido, cuando Monagas comenzó a recortarle las alas al gavilán y ya viejo, en varias oportunidades, emprende la ruta del exilio. Anciano, enfermo, pobre, recapitulará su vida y dedicará su tiempo a redactar parte de sus memorias, para conservar fresco el recuerdo de muchas de sus hazañas y tratar de explicar o justificar sus actuaciones más controvertidas.

Cualquiera de estas etapas ofrece peculiares matices y un inmenso material, debido también, en parte, a lo prolongado de su actuación. Páez ha sido uno de los venezolanos que durante mayor espacio de tiempo ocupó una posición expectante. Vida larga e intensa, como la de su rival el general José Tadeo Monagas, la de Antonio Leocadio Guzmán y su hijo Antonio Guzmán Blanco.

La tragedia histórica de Páez, como la de muchos personajes, es sobrevivir a sus mejores horas: Puerto Cabello o la "restauración del poder civil". Sobrevivió y entró en el cruento combate de las facciones, olvidando sus orígenes y las ideas sociales y económicas que pregonó desde 1816 hasta 1818. Porque la otra tragedia de Páez fue la de convertirse insensiblemente, casi sin darse cuenta del fenómeno, de árbitro o señor en instrumento de un Miguel Peña, de un Angel Quintero, de un Pedro José Rojas.

En cualquiera de esas etapas, Páez ofrece lecciones imperecederas. Para bien o para mal del país, muchos aspectos de lo que llamaríamos estilo paecista, actuaciones a la manera peculiar de Páez, se reiterarán y sus práctica las actualizarán, cada una en su tiempo, cuantos le sucedan y ejerzan el tipo de poder que él ejerció.

La crisis nacional de 1847-49

De que las actividades de Páez son decisivas en el trienio 1847-1849, hay testimonios. El ministro residente francés, caballero Celeste David, aseguraba a su gobierno en 1848 que según fuesen esas actividades de Páez "se salvará o se perderá el país". Y el propio presidente Monagas, al dirigirse al ministro Rafael Acevedo (Carora a 10-IV-1848), le confesaba:

"En esta misma fecha escribo al señor Urbaneja y al doctor Sanavria sobre la alta necesidad de alcanzar, antes del receso del Congreso, un decreto que declare al general Páez perpetuamente expulsado de Venezuela y fuera de la ley si tornare a pisar su territorio. Tendremos buenas leyes, tendremos un numeroso y disciplinado ejército, tendremos una marina arrogante, tendremos pacificadas todas las provincias, pero no tendremos tranquilidad mientras exista en Venezuela o en sus fronteras el centro político, el restaurador, la esperanza, mientras exista ese tirano".

Páez, en lo del título o calificativo, precursor de Cipriano Castro. Páez, sin patria, expulsado a perpetuidad. Expulsados a perpetuidad lo habían sido Francisco Carabaño y Antonio Leocadio Guzmán y habían regresado a la tierra natal. Cuando se aproximaban los días aciagos de Macapo, Páez había resuelto aceptar "la expulsión inmediata y perpetua... para permanecer en Europa o los Estados Unidos".

Páez no es en 1846 el rústico prócer de 1813 a 1823. Rodeado de los oligarcas, su intuición y natural inteligencia le pulieron y de aprendiz pasó a ser maestro en el difícil ejercicio de conservar con el poder su influencia. 1846, a partir de los meses finales, es un año decisivo, como pocos, en nuestros anales. No porque aparezcan otros hombres con intenciones de usar diferente estilo de gobierno, sino porque en el seno de la colectividad venezolana empieza a profundizarse una grieta, cosa que no había ocurrido ni en los dramáticos días de la rebelión reformista.

No es tan sólo la pugna, al parecer irreconciliable, de los grupos políticos que se disputan el poder como resultado de la escisión de la oligarquía criolla. Hay otros factores que se conjugan para amenazar el país y está, factor fundamental en el juego de los imponderables, la ambición personal de Páez. Esto será determinante en el cambio de signo de la vida venezolana.

Esa ambición, es material aprovechable por los oportunistas de todos los tiempos y hasta piensan servirse de ella los mismos representantes de las naciones extranjeras, acreditados ante el gobierno de Caracas. Estos representantes miran el país a través de muy especiales cristales y en sus despachos, si exceptuamos los provenientes del ministro británico, la contemplan cual tierra irredenta, donde hombres descalificados e inmorales, ignorantes o venales, quieren acabar con la reducida parte culta y decente, formada por los blancos, para instaurar la "oclocracia" de que habló Juan Vicente González, la "república negra" a que se refería el representante sueco Adlercreutz.

Tienen indiscutible valor las observaciones de los diplomáticos acreditados entonces ante el gobierno venezolano. Revelan, de un lado, las aspiraciones a obtener substanciosos bocados de nuestro territorio; del otro, y esto es esencial, el ascenso de las masas populares; su intervención, ahora más decisiva, en la resolución de los negocios públicos.

* * *

Pero hay un otro aspecto que apenas si ha sido observado por los historiadores venezolanos. En su misma voluminosa obra sobre Mariño, Parra Pérez apenas si lo roza en pocas líneas, aun cuando se refiere a la importancia de esos acontecimientos y su influencia en América. Escribió Parra Pérez lo siguiente

...el reemplazo de la monarquía burguesa [de Luis Felipe] por un régimen republicano no podía menos que producir el mayor contento en el ánimo de los doctrinarios liberales de Venezuela, cuya revolución podía, además y con alguna buena voluntad, creerse inserta en el vasto movimiento general que durante aquella época introdujo cambios profundos en la política de diversos estados europeos. 1848 fue, en efecto, uno de esos años en que bulle y se derrama la marmita de las ideas mantenidas largo tiempo a fuego lento. (*Mariño y las guerras civiles. El 24 de enero*, p. 80).

1848 es, en realidad, un año clave en la formación del espíritu revolucionario popular; año de transformaciones y de trastornos en Europa y en nuestro continente. ¿Qué tiene, pues, de extraño que en esta época los conservadores tilden a sus adversarios de comunistas? ¿Qué tiene de extraño el que Calvareño, Rangel o Ezequiel Zamora, así como los otros rebeldes de 1846 a 1848, exijan la abolición de la esclavitud?

vitudo, el reparto de las tierras, la expropiación de los oligarcas? No en vano, consecuencia del espíritu de la época, el barón holandés Bentinck, al contestar a su colega inglés con referencia a los asuntos venezolanos, se refiera a Guzmán y a "los partidarios con que cuenta en el partido rojo" (Parra Pérez: *op. cit.*, pp. 317-318)

Es lógico, perfectamente lógico, dentro de ese ambiente revolucionario que preside el año 1848, tanto el exacerbamiento de las diferencias políticas como la agudización de la cuestión agraria, pendiente desde la ley bolivariana de octubre de 1817. Este tema lo tratan superficialmente la mayoría de nuestros historiadores. González Guinán, quien se refiere en varias oportunidades a la crisis económica que agarrotaba al país desde 1835, la cree, como los liberales de esos tiempos, consecuencia de la inestabilidad política y de la falta de protección directa oficial a las actividades productivas de los particulares. Parra Pérez alude a la crisis al copiar una comunicación del representante británico Wilson a su gobierno (Caracas a 3-V-1848), en la que se refiere a las "tendencias a una agitación agraria provocada originariamente en 1843, que continuó con interrupciones intermitentes hasta mediados de 1848, bajo los auspicios del doctor Tomás José Sanavria, asociado a algunos propietarios de tierras y a negociantes de esclavos de la provincia de Caracas, embarazados y poco escrupulosos".

Esta agitación agraria resurgirá en el mismo 1848 al plantear Sanavria una especie de moratoria hasta por nueve años, mediante ciertas modificaciones a la ley de espera y quita de 1846. Desde 1837, bajo la presidencia de van Buren, se desató sobre Estados Unidos una grave crisis de carácter mercantil. Fue, entonces, tal como ocurrió entre nosotros hacia esa década, cuando un grupo de hacendados, modestos agricultores y comerciantes se congregaron en torno a la candidatura de Harrison en 1840.

Entre nosotros repercutió hondamente esta crisis en lo económico, social y político. En los mercados foráneos se había deteriorado notablemente el precio de las exportaciones nacionales. Ante la agitación de los esclavos, inquietos por una manumisión que nunca llegaba, se le confió al general Urdaneta que en relación con la misión que se le encomendaba para Europa, negociase "el empréstito de una suma suficiente que permitiese al Gobierno y al Congreso decretar la absoluta e inmediata libertad de los esclavos manumisos, pagando de contado a los amos o señores el valor de esa repugnante propiedad humana", como

lo refiere González Guinán. En 1847 la cuestión de la esclavitud fue planteada por Blas Bruzual en *El Republicano*.

En su último mensaje presidencial sostuvo el general Soublette que la autoridad se veía menospreciada como resultado del desbordamiento de la prensa. Por su parte, los conservadores sostenían que a los ricos se les atacaba por el mero hecho de serlo bajo el influjo de una prédica de estilo comunista (González Guinán: *Historia contemporánea de Venezuela*, tomo IV, pp. 181, 185, 188, 247), prédica a la que se referían los representantes diplomáticos. En varios lugares cita Juan Vicente González un criollo refrán común en esta época: "Ni junto a río, ni junto a risco, ni junto a rico".

* * *

Desde 1830 el Poder pasa como una pelota de las manos de Páez a las de Soublette. De las de Soublette a las de Páez. Pasa sin modificaciones sensibles ni en el patio donde se juega, ni entre los jugadores, ni entre los espectadores del juego o los aprovechadores.

De documentos contemporáneos se desprende que del lado de la oligarquía liberal opositora se había planteado el problema del Poder desde un ángulo errado. Sus voceros, encabezados por Antonio Leocadio Guzmán, tal cual lo destaca González Guinán, habían expresado en la "Memoria" de la sociedad liberal, que la base del estado republicano y el centro del Poder radicaba en la elección de los representantes al cuerpo legislativo. La tesis estaba difundida también en los países liberales europeos, donde se creía que mientras estuviesen reunidos los representantes populares eran imposibles los golpes de estado. La fracción oligarca conservadora que detentaba el Poder sostenía ideas similares a las de los liberales en este punto, aun cuando con ocasión de las elecciones de 1846, consideraba más bien, que el ejecutivo era el eje del sistema.

La historia anecdótica de 1846 es sobradamente conocida como para repetirla en estas notas. Esa es la historia de las pláticas de sobremesa de las antiguas casas venezolanas, ligadas de algún modo a tales episodios. Una historia de carácter familiar. Agradable, amena a ratos, pero falsa. Interesante es, en cambio, pensar que esa oligarquía tradicional ha rodeado el Poder de cercas, cancelas o vallas para asegurarlo,

aunque este coto así cerrado presente algunos sectores en no muy buen estado. Hay en la política de estos días una cosa por lo demás segura. Así se desgañiten los liberales reclamando la vigencia del "principio alternativo", Páez no tiene entre sus proyectos inmediatos abandonar el escenario de sus triunfos y se propone continuar ejerciendo la tutoría institucional que nadie le ha disputado seriamente desde 1830.

El grupo liberal, por su parte, se había propuesto hacer demostraciones de fuerza que corroborasen la pujanza que aseguraban sus líderes. Otros sucesos vinieron a complicar el panorama electoral para 1847. La muerte del general Rafael Urdaneta, ocurrida el 23-VIII-1845, eliminaba un posible y fuerte candidato. Quizás por esta lamentable circunstancia algunos miembros del sanedrín oligarca-conservador, como lo califica Tosta García, inspirados por el maestro de filosofía Rafael Acevedo, comenzaron a susurrar entre sus correligionarios la candidatura de Páez para un tercer período constitucional. El 6 de diciembre del mismo año 1845 ocurren los decesos del doctor Alejo Fortique y Tomás Lander que, embalsamado y colocado ante su mesa de trabajo, constituirá para los adeptos al gran partido un acicate. Este grupo quiere, como lo asevera el mismo Páez, hombres nuevos.

A raíz de la muerte de Urdaneta, una publicación periódica de La Guaira, llamada por Páez *La Revista*, N° 6 de 5-IX-1845, se ocupó del problema electoral y comentó los rumores que se corrían de que Páez rechazase la postulación y emprendiese un viaje al exterior. Acevedo, con su periódico *El amigo del pueblo*, era el paladín del viejo centauro. A unos y otros replicó Páez con sendas cartas reproducidas en su *Autobiografía* (tomo II, pp. 428-431), copiadas con algún pequeño error por González Guinán (*Op. cit.*, tomo IV, pp. 78-81).

Consideradas estas piezas luego de los sucesos a los que se refieren son el fresco testimonio de ciertos políticos que, por tácticas muy personales, jamás revelan el fondo verdadero de sus pensamientos. Si en Bolívar hay diafanidad entre sus manifestaciones epistolares y su acción, entre sus discursos y mensajes y su modo de proceder, ante Páez nos encontramos con un especialista de la antinomia. Y ante sus posteriores actividades el historiador o el psicólogo se preguntará con inquietud: después de reponer al presidente Vargas, Páez que le retiró luego su apoyo y se marchó a sus fincas ¿no estaría, acaso, tejiendo la malla de su influencia militar y la de sus conmlitones?

En todo caso, el presidente Soublette, de común acuerdo con Páez, olvida su aparente imparcialidad, y entregado de lleno a satisfacer a sus parciales despoja a los concejales liberales de Caracas y Ocumare de sus investiduras; valiéndose del secretario del Interior y Justicia, Cobos Fuertes, convoca ilegalmente a la milicia de determinados cantones, enjuicia a periodistas liberales y logra la supresión de sus órganos de expresión.

En la búsqueda de un entendimiento que limase las asperezas, al general Santiago Mariño le sugirió un Juan Reina, deudo de Páez, la conveniencia de una entrevista entre éste y Antonio Leocadio Guzmán. A ella accedió Guzmán y Mariño le ofreció su casa de La Victoria. Los liberales, conformes con la entrevista, se opusieron a que ella tuviese lugar en Maracay, residencia de Páez, como lo propuso Guzmán en carta que le dirigió a Mariño el 22-VIII-1846 (González Guinán: *Op. cit.*, tomo IV, pp. 156-157). Páez solamente la aceptaba en Maracay. Y, para obviar inconvenientes, Mariño le ofreció a Guzmán una casa que tenía en Maracay.

Los guzmancistas habían decidido trasladarse a La Victoria el 1-IX-1846. Mientras tanto, a los conservadores les acosaba todo género de preocupaciones y fruto de tales preocupaciones la carta que Páez dirigió a uno de ellos (*Autobiografía*, tomo II, pp. 407-411). Según González Guinán la intervención de Mariño es obra de su pueril espíritu, pues se cree conductor de hombres, árbitro de los sucesos. Quizás Mariño pagaba por estas gestiones conciliatorias una vieja deuda del año 1835, cuando los ahora liberales se constituyeron en defensores de los reformistas vencidos.

Es posible que por parte de Páez la entrevista, sugerida por allegados suyos, de realizarse, tendría por objeto la de sujetar al travieso Guzmán; pero éste, que se mostraba gustoso en la misma y hasta dispuesto a disimular ciertas cuestiones de etiqueta de las cuales no querían prescindir sus correligionarios ¿qué buscaba? Tan deseaba Guzmán la entrevista que emprende jornada a La Victoria sin que las formas de llegar a la misma se hubiesen ajustado por los mediadores. Le acompañaría un lucido séquito porque tal vez imaginó que Páez, si eran sinceras sus promesas públicas, podría prometerle ciertas seguridades para el futuro proceso electoral y presentarse, entonces, como el único candidato liberal. Es conveniente no olvidar que otros liberales posiblemente contasen con una más caudalosa agrupación que los res-

paldase, como lo demostraron las posteriores elecciones. Que Guzmán contaba con el éxito de su viaje para la posible presentación de una candidatura liberal unitaria, está la carta que dirigió al doctor Felipe Larrazábal (El Consejo a 1º-IX-1846).

Hay un extraño sincronismo en los sucesos que ocurren en este 1º-IX-1846. Páez, aparentemente enfermo en su casa de Maracay; Guzmán en viaje verdaderamente triunfal por los valles de Aragua; el licenciado Cobos Fuertes, secretario del Interior y Justicia, asegurando que en vista de que varias facciones alteraban la paz, el gobierno emplearía contra ellas las fuerzas armadas; el mismo funcionario, además, dispone el enjuiciamiento de varios periodistas. En este mismo 1º de septiembre se había alzado en Tacasuruma y Timbique el comisario de policía local, Francisco Rangel (a) "el indio" con unos 100 seguidores. Sobre la rebelión de Rangel y sus antecedentes, encontramos en González Guinán el siguiente apunte:

El alzamiento de Rangel no era el resultado de ningún plan revolucionario, sino un raptó de fiera o de enardecimiento provocado por las violencias eleccionarias que los conservadores, dueños del poder, cometieron en Tacasuruma, idénticas a las consumadas en otros lugares. Rangel, antiguo soldado del general Zaraza en la guerra de independencia, era un hombre inculto e iracundo. En aquellas elecciones se afilió al partido liberal y llevó a los comicios un regular número de sufragantes, pero vio injustamente anulado su esfuerzo eleccionario, atacados sus intereses agrícolas y perseguida su persona, por lo cual, hombre sin reflexión, resolvió armarse contra aquel orden de cosas, buscando quizás vender cara su vida y sin obedecer a ningún plan político. (González Guinán: *Op. cit.*, tomo IV, pp. 166-167).

Esta explosiva noticia llegó a La Victoria al poco tiempo de encontrarse en ella Guzmán y tal vez por conducto de Reina, el deudo de Páez (González Guinán: *Op. cit.*, tomo IV, p. 214). No formaba parte de los proyectos guzmancistas ningún programa de rebelión armada; pero, dentro de ese extraño sincronismo que hemos destacado ¿no estaría detrás de Rangel algún abogado del diablo que justificase con esto las medidas precautelativas adoptadas por Cobos Fuertes ese mismo día?

¿Cuáles fueron los resultados posteriores de la frustrada entrevista? A Ezequiel Zamora le despertó la dormida vocación de líder popular y de caudillo militar; en Antonio Guzmán Blanco, mozo aún y

testigo de los sucesos, el menosprecio por los ideólogos que desperdiciaban oportunidades, como su padre en esta hora vital.

Con descontentos liberales y esclavos, Rangel había atropado unos 200 hombres. Con ellos atacó Villa de Cura y fue rechazado por el general Judas Tadeo Piñango, jefe de Estado Mayor General del Ejército, quien defendió la plaza. El general Páez, repuesto súbitamente de su aparente enfermedad, asumió el comando de las fuerzas armadas y con peones de su confianza y ciudadanos que se le unieron, se situó el 5 de septiembre en los alrededores de Magdaleno, derrotando a los rangelistas que venían en retirada desde Villa de Cura.

Páez regresó a Maracay y convocó a un nutrido grupo pocos días antes de la reunión de los colegios electorales. Manifestó a los asistentes la conveniencia de escoger el candidato presidencial y sugirió a los concurrentes designasen nombres que pudiesen ser considerados por los allí presentes. Se mencionaron a varios ciudadanos, entre ellos a Bartolomé Salom, cuya postulación respaldaba en Carabobo una fusión de conservadores y liberales. A esta postulación se opuso enérgicamente Páez por razones no aclaradas: "Si el general Salom resultara elegido Presidente de Venezuela, declaró Páez, al día siguiente tomaría yo el camino del destierro".

En medio de la general expectación que tal declaración provocó, Angel Quintero le preguntó a Páez si tenía algún candidato. "Lo tengo: el benemérito general José Tadeo Monagas". (En todo caso, ya Páez había hecho algunas alusiones sobre el asunto y poco después envió comisión a Monagas para participarle su decisión).

La reunión se deshizo. ¿Cuáles razones movieron el ánimo del general Páez antes de esta reunión, cuando se encontraba en Calabozo y ahora en su casa, a postular a Monagas? No reveló las razones de su oposición a Salom. El bolivarianismo de éste no fue la causa de la animadversión, por cuanto Vargas fue bolivariano y José Tadeo Monagas también. Además, antibolivariano tan recalcitrante como Angel Quintero era partidario de la candidatura de Salom. Las que Páez expone para explicar la nominación de Monagas son hartó buidas, y sutiles:

Los grandes servicios prestados últimamente a la causa del orden le hacían acreedor a una recompensa que debía colmar su ambición, si la tenía, y reconciliarle para siempre con los hombres que lucharon con los mismos inconvenientes que él habría de

encontrar. Por mi parte yo quise aprovechar la feliz ocasión de manifestarle deferencia, amortiguando una ojeriza cuya causa nunca he podido averiguar, pues jamás le hice mal alguno y siempre le traté con mucha generosidad. (*Autobiografía*, tomo II, p. 431).

Parece más bien, en todo caso, que Páez llevó a cabo ciertas encuestas de las cuales se desprendía que, eliminado Guzmán, un candidato paecista de carácter nacional obtendría un triunfo casi unánime. Si se estimaba como regional la postulación de Salom, la de Monagas surgía como más viable, contando con parte de los sufragios liberales y la mayoría de los conservadores en vista de quien la apadrinaba.

Con motivo de la rebelión de Rangel, el manifiesto descontento buscó expresarse a través de actitudes violentas y en algunos sitios encontró imitadores que siguieron sus métodos. El caso más dramático es el de Rafael Flores (a) "Calvareño". La leyenda posterior, nacida en fuentes conservadoras, lo ha envuelto en una aureola de crímenes. Escritor tan ponderado como Ramón Díaz Sánchez no pudo librarse de semejante influencia y nos ha dejado este aguafuerte del "Calvareño":

Refieren los testigos que cuando se armó en Aragua la trifulca que hizo salir a campaña al *Esclarecido*, Calvareño abandonó La Victoria seguido de una banda de salteadores y se internó por la quebrada de Guayas a Los Teques. Varios de sus seguidores iban a caballo y, por el camino, a los gritos de "¡Viva Guzmán! ¡Mueran los oligarcas!", venían soliviantando la servidumbre de las haciendas, apresando y matando a los propietarios, saqueando casas y violando mujeres. Algunos negros esclavos formaban su estado mayor y uno de éstos, Valentín, criado de los señores Frías, traía una tercerola con la que hacía fuego a todo el que le pareciese oligarca. ¡Horror de horrores! Era de ver como reían y cantaban aquellos energúmenos con sus labios sangrientos, sus escleróticas blancas y sus dientes de lobo. Calvareño les halagaba con sus ofertas de hacerles libres y de repartirles las tierras y las cosechas. A unos buenos isleños llamados los Pepes les descerrajaron el baúl y les robaron trescientos pesos". (*Guzmán...*, en *Obras completas*, p. 889).

En realidad, Calvareño acompañó a Guzmán a La Victoria. El 6 se rebelará al grito de libertad para los esclavos. Macero había recibido apretadas órdenes para mantener a los esclavos del Tuy en sujeción. El día 12 un destacamento suyo apresó al rebelde. El juez de 1ª Instancia de Ocumare, licenciado Luis Sanojo, lo sentenció a la pena capital sin que durante su alzamiento hubiese cometido ningún atropello. Trasla-

dado a Caracas el 20 de diciembre fue puesto en capilla el 22 y ajusticiado el 23, pese a que hubo, según parece, una conmutación de pena a la cual no se refiere ningún historiador.

Para combatir las facciones el gobierno hizo un despliegue de fuerza y de inusitada severidad. A Páez, jefe del ejército, se le concedió autorización para levantar hasta 10.000 hombres; a José Tadeo Monagas, segundo jefe, la de atropar hasta 3.000 hombres. Ambos jefes gozaban de la facultad de promover los necesarios empréstitos para el sostenimiento de estos cuerpos. González Guinán trae una extensa lista de los oficiales, sus grados y cargos y las zonas que cubrían las fuerzas puestas bajo su responsabilidad. A medida que adelantaba la represión se dictaban sentencias de muerte y se alzaban los patíbulos como en los días más negros de la rebelión reformista. Al coronel Francisco Guerrero, prócer de la independencia, se le señaló como inventor del *tramojo*, instrumento de tortura para asesinar prisioneros.

De todos es conocido el destino final de estas partidas rebeldes, la prisión de Guzmán por el periodista Juan Vicente González y la derrota y captura de Ezequiel Zamora. Por ser la rebelión un brote desorganizado se consumió sin lograr ningún objetivo. Pero el despliegue militar debió de tener como objetivo presionar al electorado, amenazar a la colectividad liberal.

Una circular de Páez a la milicia nacional, fechada en Maracay a 2-IX-1846, completa el extraño sincronismo de sucesos acaecidos al comenzar este fatídico mes para el desarrollo del sistema democrático en el país. La fecha de la circular es de por sí notable, por cuanto el gobernador de la provincia de Carabobo participó el día 4 el alzamiento de Rangel al gobierno nacional y a Páez en su calidad de jefe del ejército. González Guinán destaca que tal documento es "extraño a todo plan militar y únicamente dirigido a fines políticos".

Según el documento, la misión de Páez y la de sus compañeros es "salvar la Patria y mantener en todo su decoro y pureza la dignidad nacional". ¿Por qué está en peligro el país? Porque "la prensa ha vomitado entre nosotros la calumnia, ha corrompido la moral y ha desgarrado la vida privada" (Los temas tratados por la prensa los resume González Guinán: *Op. cit.*, tomo IV, p. 181). ¿Quiénes han manejado los peligrosos combustibles cuya conflagración ha provocado la crisis? Grupos de oligarcas o liberales que devorados por el odio han sido los

factores de la actual situación y dividido el país en bandos irreconciliables. Esta situación tiene una solución: que cesen los partidos. Todas las conquistas democráticas, el engrandecimiento alcanzado por el país "lo ha querido arrebatarse el funesto espíritu de partido".

Esta pieza pone al descubierto los fines que se proponía Páez: una fusión de conservadores y liberales, por sobre los partidos, basada en la mutua confianza que podía mediar entre dos poderosos jefes ganaderos como Páez y Monagas, aun cuando Páez era en esta hora el verdadero hegemón. Se le había concedido la facultad de indultar y disponer los términos y el alcance del indulto. Para alcanzar el beneficio del indulto se le imponía a los presuntos indultados la delación y se exceptuaba del mismo a los autores de la revuelta.

Alcanzada una paz precaria, Páez decidió marchar hacia el Alto Llano. Un desconocido jugador conservador, incondicional de su jefe, se ocupó de los frecuentes viajes de su ídolo:

*Ya se marcha el General
para sus llanos queridos;
dejando en la capital,
corazones aflijidos.*

*Es muy cierto que me voy,
pero mi alma se queda aquí,
suplicando a las hermosas
que no se olviden de mí.*

Pero el grupo conservador necesitaba demostrar su posición irreductible, negándole al general Monagas la solicitud que había presentado sobre designación del general Francisco Carabaño, antiguo reformista, para la jefatura del estado mayor de su división; exoneraron, además, al general José Gregorio Monagas de la comandancia de armas de Barcelona por su acusado liberalismo. Estos hechos dieron pie a un interesante intercambio epistolar entre el presidente Soublette y el precandidato Monagas. Soublette, para dorar su negativa en relación con Carabaño, se manifiesta como una especie de guardaespaldas de Monagas.

Monagas, en su respuesta (Aragua de Barcelona a 3-XI-1846) hace constar que escribe "en este lado del Unare". Enfoca la conducta de su hermano José Gregorio, acusado de deslealtad, para dejar constancia

de que su prestigio regional se mantiene incólume. A la alusión de Soubllette sobre la futura presidencia le observa que "ha visto que algunos pueblos han querido que sea el Presidente y... también... algunos amigos han contribuido esforzadamente al intento. Pero, hay un tema en el que es suficientemente claro José Tadeo Monagas. El problema que ha ocasionado la postergación del nombramiento de Carabaño "es un motivo más para rechazar el mando del Estado". Y luego un velado reproche a Soubllette y una advertencia a Páez:

...Yo no admitiría una Presidencia en que me viera obligado a proceder al beneplácito de un corto número, desatendiendo los intereses de todos, que es el deber primordial de un magistrado.

No hay indicios de que Páez o Soubllette tomasen seriamente en cuenta esta advertencia, pues la campaña electoral pro-Monagas siguió adelante. Ahora bien: si Páez no desatendió la advertencia, aun cuando aparentó ignorarla, ello explicaría en buena parte la actitud que asumió en 1848, cuando con motivo del atentado del 24 de enero, se rebeló contra el gobierno del general Monagas. Entonces un amigo de Páez se expresaba confidencialmente en tal forma que, según Parra Pérez, sus palabras sugieren, como lo leeremos más adelante, la posibilidad de que ya anduviese enredado en alguna conspiración contra el gobierno presidido por el general José Tadeo Monagas.

* * *

El 4-II-1847 salió Páez de Maracay hacia Caracas y el tránsito por los pueblos aragüeños intermedios fue una marcha triunfal. En todas las poblaciones acabaron los simpatizantes del caudillo con los calificativos destinados a ensalzar la figura del héroe. La entrada a Caracas, verdadera apoteosis. Páez, como en las antiguas canciones patrióticas de la guerra de independencia, era el general más osado, más valiente y más sumiso a las leyes; el terror de los malos; el pacificador del país; el restaurador de la moral pública, el domador de la discordia... En una palabra, el genio.

El 26 de febrero acude a La Guaira para recibir al presidente electo, porque ya Monagas es presidente por obra y gracia del general José Antonio Páez, Ciudadano Esclarecido. El 1º de marzo se juramentó Monagas en el templo de San Francisco. Parecía que ambos caudillos estaban en la mejor inteligencia, pese a que los présagos musitaban sobre

un posible distanciamiento. En "La Viñeta", residencia de Páez, situada donde estuvo luego el cuartel del Mamey, hoy asiento del Grupo Escolar "Francisco Pimentel", se hospedó el nuevo magistrado. Pero esos pocos días pesarán después sobre el ánimo de Monagas como lápida de plomo. Se mirará a sí mismo como una figura desvaída, pues es Páez el centro de la vida capitalina. Y tendrá lugar en "La Viñeta" un incidente de dramático significado en la política interna. Cual si quisieran remedar una escena bíblica, a Monagas le es presentada, encontrándose con Páez, la salada cabeza del infortunado Francisco José Rangel. No es la primera vez que el país es teatro de algo semejante. Frita en aceite, desde las montañas Tamanaco condujeron los realistas a Caracas la cabeza de José Félix Ribas. En Calabozo fue decapitado por orden de Juan Sotillo uno de los hermanos Belisario.

Ante la posibilidad de algún cambio desfavorable a sus intereses los conservadores, desde el primer momento, procuraron asegurar legalmente el predominio de Páez a base de un proyecto de ley de milicias, cuyo jefe tenía tales facultades que lo independizaban del presidente. Ezequiel Zamora, que había revelado al país los secretos de la lucha guerrillera, se encontraba preso y a Guzmán, por presión del gabinete, lo había sentenciado a la pena capital el 24 de abril. Pero, si los conservadores van tomando sus medidas, Monagas decide reclamarle al Congreso le otorgue al gobierno "la facultad de emplear una suma determinada en gastos secretos".

Sea como fuere, los ministros Herrera y Quintero renunciarán porque consideran invadidas sus atribuciones por el presidente. Páez continúa en Maracay, lo cual le censura Juan Vicente González. Hasta la prisión le llegan rumores a Guzmán de una próxima conmutación de la pena que le impusieron. Porque el asunto se ha discutido favorablemente en gabinete, Juan Vicente González suspendió la publicación de *El diario de la tarde*, en señal de protesta el 31 de mayo. El 2-VI-1847 Monagas le conmutó la pena de muerte a Guzmán por la de expulsión perpetua del territorio nacional. Solamente el 3-IV-1849 se abolió la pena de muerte por los supuestos delitos políticos. La conmutación de la pena impuesta a Guzmán produjo el acercamiento de los liberales guzmancistas a Monagas y, de rechazo, el inevitable distanciamiento con los grupos conservadores.

Páez continuaba alejado aparentemente de toda actividad política; pero encontrándose en el centro de los dos polos del conservadurismo

(Valencia y Caracas), debió tener conocimiento de las actividades de sus correligionarios y no ser del todo ajeno a los proyectos políticos que se acordaron con motivo del manifiesto lanzado a la Nación por Monagas el 1º-VI-1847. Según González Guinán, desde la publicación de semejante documento "los conservadores... se dieron en solicitar el modo legal de arrebatarle la investidura presidencial" (*Op. cit.*, tomo IV p. 256).

Hacia el mes de agosto se armó uno de los más tremendos escándalos fiscales que ha visto el país, no tanto por la cuantía de los fondos desfalcados cuanto por la importancia de las personas implicadas. Fue con ocasión de descubrirse un fraude en la aduana de La Guaira, cuyo administrador lo era para la época Diego A. Caballero. El desfalco se había cometido cuando ejercía el mismo cargo el doctor Francisco Aranda. Aranda dio en prisión y desde tan incómodo hospedaje redactó un periódico para defenderse de las imputaciones que se le hacían. Al fin se comprobó que el delito lo había cometido Juan Núñez, cajero de la aduana. Los conservadores se ocuparon de extender las calumnias contra Aranda y Caballero y los diplomáticos acreditados en Caracas se dedicaron a pintar en sus informes a Venezuela como un país corrompido, en cuya nueva administración solamente pululaban funcionarios venales, carcomidos por todos los vicios, despreciando el veredicto que absolvió al doctor Aranda de toda participación o complicidad en el delito cometido por Núñez.

El 5 de agosto consideró el gobierno concluida la tarea de pacificación del país, por lo cual dictó un decreto exonerando a Páez de la jefatura militar y procediendo a la reorganización de las fuerzas armadas. Esta medida era de carácter meramente administrativa, y tomada en virtud de consideraciones económicas por lo costoso del mantenimiento de esas fuerzas, lograda la extinción de las facciones. No obstante, la aprovecharon los conservadores como factor coadyuvante a la separación de los dos caudillos. Páez tascaría el freno ante las aparentes veleidades del presidente Monagas. Tenía, entonces unos 57 años. Monagas frisaba en los 63, aun cuando González Guinán lo califica de "edad provecta".

La crisis agrícola no ofrecía apariencias de ser superada y los paliativos arbitrados eran nuevo motivo de polémicas: o protección directa a los productores, como lo había planteado Aranda con su proyecto de

Instituto de Crédito territorial, o ayuda indirecta, tesis mantenida por los conservadores, defendida por Soublette en los mensajes oficiales y mantenida por Páez en la *Autobiografía*.

La prensa liberal aludió a un propósito de los conservadores sobre sometimiento a juicio del presidente Monagas. Cristalizó al reunirse la legislatura provincial de Caracas. Páez no debió ignorar estos propósitos, sobre los cuales había antecedentes en la historia continental, ya que en Estados Unidos se había intentado procesar al presidente Zacarías Taylor en 1843. González Guinán deja constancia de que "a Maracay aflúan notables conservadores de Caracas, Aragua y Carabobo a cruzar ideas con el general Páez" (*Op. cit.*, tomo IV, p. 383).

Intentos de reconciliación entre los caudillos, como el planteado por el general Juan José Flores, habían fracasado. La gestión de Flores encontró tropiezos ante los intentos de la legislatura caraqueña. Flores se trasladó a Maracay y logró que Páez aceptara su proposición, fijándose como sitio de la entrevista con Monagas el de Las Cocuizas. Páez salió de Maracay el 29 de diciembre; mas al llegar a El Consejo recibió carta de Monagas en la que se excusaba de asistir por quebrantos de salud.

* * *

El asunto de la acusación contra Monagas es de indiscutible importancia porque está en la base de los posteriores sucesos acaecidos el 24 de enero de 1848, aunque es diferente la explicación que de las causas de los mismos ofreció Lisandro Alvarado:

Analizar el atentado político del 24 de enero de 1848 es analizar la evolución que tuvo la ley de 14 de octubre de 1830 sobre conspiradores y traición...

El 10-XII-1847 la diputación provincial de Caracas presentó la acusación formal contra el presidente Monagas: no atacar adecuadamente las causas de la crisis económica imperante y por "el menosprecio y violación de las leyes y del código fundamental". Sin embargo, J. M. de Rojas, conservador, en *Recuerdos históricos*, asegura que no había causas valederas para incoar una acción contra Monagas.

El gobierno recelábase de la conducta de Páez y abrigaba sospechas sobre sus actividades. En la *Autobiografía* Páez desliza algunos

conceptos que podrían corroborar las sospechas gubernativas. Después del fracasado viaje a Las Cocuizas, dice, "regresé a mi casa [de Maracay], con muy tristes presentimientos, que aumentaban diariamente las noticias que recibía de la capital, transmitidas por ciudadanos amigos de la paz y el orden". Estos presentimientos están de alguna manera en relación con lo asegurado por el representante diplomático francés, caballero Celeste David, quien en despacho a su gobierno fechado a 21-I-1848, deja traslucir maniobras del caudillo llanero:

Tengo ya en mi casa, escribió David, la familia del general Páez, quien me ha escrito todavía en esta ocasión una carta que V.E. leerá sin duda con interés. En ella verá que si triunfa la buena causa, Francia podrá contar aquí con un amigo poderoso y muy afecto (En Parra Pérez: *Op. cit.*, p. 16).

No se necesita ser lince para intuir algunas maquinaciones que se fraguaban, desprendidas de las frases finales del párrafo copiado.

Antes de fracasar la entrevista que Flores parece haber concertado, ya Páez había hecho conocer de sus íntimos sus deseos de abandonar el país. Este proyecto podía estar dentro de esa "política calculada, metódica y resuelta" que Lisandro Alvarado achacaba al presidente Monagas. Por esto, en 27 de diciembre, dos días antes de salir para Las Cocuizas, Páez recibió una carta de sus correligionarios de Caracas donde le excitaban a "hacerse oír de quienes lo desean es en vos un deber; marcar la senda por donde la república haya de proseguir marchando para escaparse de los precipicios y alcanzar la felicidad es, sin duda, un derecho de aquel bajo cuya égida nació y que la ha salvado en todos sus conflictos".

* * *

Caracas ofrecía el aspecto de una plaza en estado de guerra a finales de 1847, al decir de Páez. Entonces, continúa, "comenzaron a correr rumores de que el Presidente se preparaba a romper sangrientas hostilidades con el Poder Legislativo" (*Autobiografía*, tomo II, p. 433). En esta situación decidió emprender viaje a la Nueva Granada con el propósito de adquirir algunas cabezas de ganado. Recordemos que la epizootia de 1843 había menguado las crías vacunas y caballares. De Maracay parte hacia la vecina república el 3-I-1848, aun cuando la ruta escogida no era precisamente, ni la más corta, ni la menos incómoda. Le acompañaban, entre otras personas, el expresidente Soublette y su

consejero Angel Quintero, quienes no eran tratantes en ganados. Parra Pérez apuntó la sospecha de que este "viaje al Guárico y los personajes que le acompañaban, no excluyen la presunción de que tenía propósitos subversivos aun antes del nefasto acontecimiento". (*Op. cit.*, p. 83) Ese nefasto acontecimiento es, desde luego, el del 24 de enero de ese mismo año.

Porque se liga a la vida institucional del país y a la posterior actividad de Páez, debemos detenernos un poco sobre el suceso a que se ha hecho alusión. Hasta la fecha, bajo la influencia de testimonios conservadores, nuestros historiadores han asumido la actitud de jueces. Condenan o justifican el 24-I-1848. ¿Lo explican? Las opiniones son contradictorias, como las mismas fuentes conservadoras o las pocas liberales que han llegado hasta nosotros. Dentro de la mecánica de los sistemas representativos parece inevitable una situación como la que se presentó en esa fecha, sobre todo si se considera que puede presentarse previamente un divorcio entre el grupo representante y los representados.

Nuestros historiadores, al condenar los hechos, estiman que el ataque llevado a cabo contra algunos miembros de la Cámara de Representantes pesó decisiva y desfavorablemente en el desarrollo institucional del país, transformando una institución altiva en un poder sumiso a los intereses de los magistrados. Los sucesivos derrocamientos de presidentes constitucionales, electos por voto popular ¿no habrán pesado en forma quizás más desfavorable? La sumisión del Poder Legislativo ha sido hartamente relativa. En los gobiernos tiránicos, los integrantes de los cuerpos legislativos no son electos popularmente, sino designados arbitrariamente y escogidos entre los amigos o beneficiados del déspota. En los gobiernos democráticos, cuando los representantes pertenecen al mismo grupo político del primer magistrado, se limitan a respaldar la política de éste, que no es otra que la política del partido al que pertenecen. Si ambos pertenecen a partidos diferentes, el Poder legislativo es plenamente independiente.

Luego de estudiar los informes contemporáneos de testigos presenciales o referenciales (Valentín Espinal, Guillermo Smith, José María de Rojas, Simón Camacho, Blas Bruzual, Lucio Pulido); los de los agentes diplomáticos acreditados en Caracas (Adlercreutz, Wilson, David, Shield); los documentos oficiales emanados de Páez, Monagas o Tomás J. Sanavria y algunas de las interpretaciones posteriores (Luis Jerónimo

Alfonso, Domingo A. Olavarría (ps) "Luis Ruiz", González Guinán, Gil Fortoul o Parra Pérez), se impone la revisión de todo el proceso, desde los hechos que antecedieron al suceso (crisis económica, actitud de los ministros conservadores frente a Monagas, presiones del gobierno contra el movimiento electoral previamente a las elecciones, juicios de imprenta, prisiones de Guzmán o de Zamora, propósito de seguirle juicio al presidente Monagas) hasta la culminación de tales acontecimientos con la acusación contra el presidente Monagas por parte de la Diputación provincial de Caracas y la actitud de las Cámaras entre el 19 y el 24 de enero. Es necesario revisar los archivos nacionales y analizar cuidadosamente las fuentes, discriminando las tendencias, finalidades u objetivos de los diferentes relatores.

Si se enaltece la frase de Toro ("Decidle al general Monagas que Fermín Toro no se prostituye") y "Luis Ruiz" asegura que quienes "se presentaron a formar *quórum*, suscribieron el suicidio moral del poder legislativo" (*Estudio histórico-político...*, p. 105), debemos observar que se acusa y denigra injustamente de Santos Michelena, que, pese a su herida, recomendó la reunión de la Cámara y excitó a J. M. de Rojas a concurrir a la sesión convocada para el día siguiente (González Guinán: *Op. cit.*, tomo IV, p. 421).

Páez escribe sobre Santos Michelena y estos acontecimientos algo que tiene sabor de anécdota de sobremesa, cuando al aludir a ciertas amenazas que se corrían contra las Cámaras apuntó:

Poca fe dieron algunos a estas amenazas y el señor Santos Michelena a quien se advertía del peligro que iba a correr el Congreso en sus próximas sesiones, contestaba: "Iré a Caracas para ver este 18 de Brumario" (*Autobiografía*, tomo II, p. 453).

Se destaca igualmente actitudes como la de Pedro José Rojas, quien no concurrió después del 25 de enero a la Cámara. Pero en esto ha de ocurrir alguna equivocación, pues sí asistió. En cuanto a Juan Vicente González, el más tenaz opositor a Monagas junto con Angel Quintero, y quien dirigió constantes provocaciones al presidente antes del 24 de enero, fungió de secretario en la sesión del 25.

Los historiadores nacionales han buscado en la historia de otras naciones antecedentes sobre el 24 de enero. Veamos la nota de Lisandro Alvarado en este punto, sobre textos de Irisarri en *El Revisor*:

El suceso del 24 de enero llenó de estupor, como cosa nueva y nunca oída, a la república y retumbó en la América toda, provocando la indignación de hombres eminentes, como Arboleda e Irisarri; pero éste llegó a indicar en la historia de la América española y en el lapso de 1818 a 1849, los atentados siguientes: disolución del Congreso de Chile por los hermanos Carrera y en México por Iturbide; disolución de la Legislatura de Honduras (1827); en Guatemala por Morazán; desconocimiento del Congreso de Bolivia por Belzú.

Aclaremos, antes de continuar, que Arboleda e Irisarri fueron conservadores y el segundo, de añadidura, publicista a la orden de Páez como director y editor de *El Revisor*.

Ninguno de los acontecimientos mencionados ofrece semejanzas con el 24 de enero. Menos aún, la disolución del Parlamento Largo por el Lord Protector de Inglaterra, Oliverio Cromwell. Veamos, en cambio, someramente otros dos, ocurridos el uno en la época clásica de Roma; el otro, cuando la Revolución Francesa. El tribuno Virginio, amparado por la ley Icilia, acusó a Quintio Cesón, hijo de Cincinato, de herir a un tribuno. En libertad bajo fianza, presentada por su padre, se aprovechó de tal circunstancia para huir a Etruria y escapar así a la sentencia capital. En 459 denunció el colegio tribunicio que Cesón conspiraba contra la república y al siguiente día de esta acusación el sabino Herdonio, a la cabeza de unos cuatro mil hombres entre proscriptos y esclavos, se apoderó sorpresivamente del Capitolio. Temeroso el Senado de los resultados encomendó al cónsul Valerio salvar la república, quien recupó el Capitolio y exterminó a todos los agresores. El segundo ocurre con la conspiración del 2 de Pradial del año II de la República una e indivisible.

* * *

Continuemos. El primer paso del Congreso el 25 de enero fue acordar una amnistía general por los pasados sucesos a fin de asegurar la tranquilidad pública. El gobierno dispuso levantar tropas hasta por 10.000 hombres y el 31 de enero designó a Santiago Mariño y a José Gregorio Monagas primero y segundo jefes del ejército constitucional. El titular de Guerra afirmaba que el gobierno podía disponer, en caso de emergencia, de unos 22.000 hombres. Monagas participó a Páez el suceso el mismo 24, aun cuando la carta la despachó el 25, en la

cual solicitaba su cooperación. Esta carta, que Parra Pérez califica de "patética", decía al final:

Yo debo contar con Us. como Us. ha debido y debe contar conmigo. A toda costa debemos salvar la Patria y sus instituciones, para lo cual espero su más eficaz colaboración y el auxilio de sus consejos. Dígame Us. cuanto juzgue conveniente con la franqueza de un amigo y compañero.

Páez tuvo conocimiento de los sucesos el 26, encontrándose en Calabozo. El 27 se trasladó a El Rastro, "seguido de un puñado de hombres", recibiendo en esta localidad la carta de Monagas, a la cual respondió el 31 con una larga epístola, verdadera declaración de guerra (*Autobiografía*, tomo II, pp. 455-458). Esta carta, que Parra Pérez supone redactada por Angel Quintero, no fue tomada en serio en Caracas. Y el manifiesto que lanzó a la Nación el 4 de febrero, aun en medio de su vana palabrería, presenta unas líneas aleccionadoras:

El que corrompe al pueblo debe responder de los extravíos del pueblo. Un crimen precipita otro... Está roto el pacto fundamental y los pueblos han reasumido sus derechos. En ejercicio de ellos me han investido algunos cantones con suficiente autoridad para organizar un ejército, vengar los ultrajes hechos a la república, restablecer el imperio de la Constitución y procurar el castigo del pérfido magistrado. Yo he aceptado esta tan noble cuanto delicada misión y tengo el gusto de anunciar que estoy en armas. He tomado mi lanza para no soltarla mientras no vea humillados a los enemigos de la Patria y triunfante la constitución de 1830.

Arrogancia como la de los años mozos. Pero ¿con qué efectivos contaba? Con el respaldo de algunos concejos municipales del Guárico y ciertas autoridades civiles y eclesiásticas, con apoyo de algunos personajes en Coro, Maracaibo, Trujillo, y Mérida. Con dificultad había logrado reunir unos mil hombres de tropa. Contaba, además, con su personal influencia sobre algunos oficiales en servicio, como José María Zamora, Cornelio Muñoz, Florencio Jiménez, José Laurencio Silva, los cuales no se dejaron seducir, pues el mismo Zamora, que lo respaldó al comenzar las hostilidades, se entregó al general Francisco Carmona el 25 de febrero. Singular el caso de Carmona. Al invadir Páez la provincia de Coro en 1849, Carmona abandonó las filas constitucionales y se pasó al bando rebelde, para caer más tarde, alevosa y villanamente asesinado, en Valledupar. Mariño, jefe de las fuerzas constitucionales,

parece que intentó entrevistarse con el caudillo rebelde, aun cuando sin éxito en el propósito. La superioridad incontrastable de las fuerzas constitucionales obligaba a los paecistas a disolverse o desertar.

Páez, quizás por error, asegura que permaneció 15 días en El Rastro. A la verdad salió de esta localidad el 15 de febrero y el 20 se encontraba en San Fernando de Apure. El 10 de marzo tuvo lugar la función de armas de Los Araguatos, donde por un accidente fortuito, parecido al que le dio la victoria en Payara, obtuvo el triunfo Cornelio Muñoz, aun cuando Páez consideró que la acción había sido ganada por sus hombres. Luego Páez pone una observación harto interesante desde el retrospectivo ángulo de la historia:

En San Fernando circuló la noticia de que yo había sido derrotado y muerto y el general Soubllette, con el ejército que yo tenía reunido, salió de la plaza en dirección al territorio granadino.

¿No trae, acaso, esta actitud de Soubllette, involuntariamente, la memoria de los sucesos que ocurrieron en 1816 cuando el desembarco del Libertador en Ocumare de la Costa?

Como no nos interesan los aspectos militares de ésta y las posteriores campañas en que intervino Páez, preferimos dejar constancia de que el desbarajuste sufrido en Los Araguatos sirvió para que en *El Republicano*, de Blas Bruzual, se apellidase al vencido y se le caricaturice en forma innoble como "El rey de los araguatos" (Para lo de "rey" puede consultarse Parra Pérez: *Op. Cit.*, p. 132).

* * *

Páez alcanzó a Soubllette en Paso del Viento, desde donde proyectaron alcanzar Maracaibo a través de Nueva Granada. Sobre este propósito dijo Parra Pérez:

Reunido con Soubllette en el Paso del Viento, pasó el caudillo vencido la frontera y a través del páramo llegó a Cúcuta, donde el jefe político le aconsejó fuese a Maracaibo. Tal era también, según parece, la opinión de Quintero y Páez afirma que trató de seguirla, no lográndolo por las dificultades que expone. (*Op. cit.*, p. 133).

Las cosas no fueron tan sencillas, sino algo más complicadas y es el mismo Páez quien explica todos los inconvenientes que le impidieron

dar cima a su propósito. Porque la lógica política y militar exigía que se dirigiese con la mayor rapidez a Maracaibo, a fin de animar los esfuerzos de una comarca tan decidida por su causa:

Reunióse [Soublette] conmigo en el Paso de Viento y resolvimos pasar a la Nueva Granada y de allí a Maracaibo pronunciado por la causa constitucional. Nuestros caballos sólo pudieron resistir la jornada hasta el pueblo de Tame, de Casanare, y nos fue preciso hacernos de mulas para atravesar los Andes y llegar a Cúcuta, donde el jefe político, sabiendo que venía una orden de su gobierno mandando internarnos, me aconsejó que embarcara la gente en bongos en Los Cachos para penetrar en Maracaibo.

Sabedor yo de que las tropas de Monagas ocupaban las orillas del río, determiné seguir el consejo que se me dio de dirigirme a Salazar de las Palmas y de allí, por una vereda, salir a la laguna por el río Catatumbo. En Salazar encontramos un español de apellido Herrera, a quien fui recomendado, y él me disuadió de la proyectada expedición, asegurándome que el camino al río era malo, infestado de facinerosos y, además, no era fácil encontrar allí canoas. Díjome que haría mejor en ir a Santa Marta y embarcarme para Curazao, de donde con toda seguridad podía trasladarme a Maracaibo. Resolví, entonces, irme por Ocaña, tomar el Magdalena y bajar a Santa Marta. Llegado que hube a este punto, me dijeron que no allí sino en Riohacha podía encontrar buques para Curazao; y como tampoco los había en aquel puerto, tomé pasaje en una barca inglesa con destino a Jamaica. (*Autobiografía*, tomo II, pp. 466-467).

Pero, hay algo más, aun cuando Páez no lo diga. Creemos que más bien quebrantos de salud que le han debido comenzar antes de llegar a Cúcuta, se le manifestaron en Riohacha y le postraron en Jamaica, fueron la causa principal que le impidió ir a Maracaibo en su oportunidad. Todavía en septiembre de 1848, en Curazao, le aquejaban tales quebrantos. Cuando al fin pudo desembarcar en La Vela de Coro, ya el gobierno había asegurado su posición de tal manera que cuando Páez aseguraba que 13 provincias respaldaban su actitud en 1849, lo hizo bajo la fe de informaciones exageradas de sus correligionarios, como lo evidenciaron los acontecimientos posteriores.

* * *

Mientras Páez andaba por las Antillas, la guerra continuaba en la región occidental venezolana y las operaciones las dirigían Mariño y el

presidente en campaña, Monagas. El 11 de abril de 1849, encontrándose Monagas en Carora se dirigió al ministro Acevedo para que solicitara del Congreso, con carácter urgente, la expulsión perpetua de Páez. Y el 25 de mayo de 1855 otro acuerdo congresil derogaba el antiguo decreto de honores al caudillo y le expulsaba de nuevo perpetuamente. Como en la antigua literatura de los títulos de encomienda se le expulsaba hasta por dos vidas.

Las operaciones militares terrestres, así como los cruceros de las flotas constitucional o rebelde, esperan un cuidadoso estudio, el estudio que todavía no se ha llevado a cabo por los especialistas, pues apenas si tenemos sobre esos procesos los apuntes escritos por historiadores como González Guinán o Parra Pérez. Desde el ángulo político es importante reseñar que los conservadores de Maracaibo designaron a Juan Manuel Manrique para que solicitase de las autoridades norteamericanas una mediación, a fin de que el gobierno suspendiese las hostilidades y convocase al Congreso a sesiones extraordinarias. Desde Curazao el comisionado Manrique se dirigió epistolarmente a Shield, ministro norteamericano en Caracas, planteándole la cuestión. Concluía el señor Manrique su comunicación así:

Pero si desgraciadamente Su Señoría no se creyera autorizado para obrar de esta manera, espera el infrascrito de su ilustración y del interés que debe tener por la conservación del orden legal de esta república, que implorará del gobierno de los Estados Unidos las órdenes convenientes para obrar en este sentido o en el de una intervención eficaz, si fuere necesario. (Parra Pérez: *Op. cit.*, pp. 163-164).

En el mismo mes de mayo, tal como si fuese consigna general de los conservadores, Fermín Toro también solicitará dicha intervención y excitaba al gobierno de Estados Unidos a una acción enérgica (Parra Pérez: *Op. cit.*, pp. 165-169). Shield le informaba a su gobierno que el ministro Acevedo le aseguraba "que él y toda la población de la república se entregarían sin vacilación en brazos de Estados Unidos" (*Ibid.*, p. 199). Quizás interpretase mal el ministro residente las palabras de Acevedo, quien venía refiriéndose a la posibilidad de un empréstito yanqui que libertase al país de los grillos que tenía como resultado de las deudas contraídas con Inglaterra.

En todo esto hay que aclarar muchos conceptos. Wilson era amigo del gobierno de los Monagas y no iría a presionar. Por otra parte, los

diplomáticos se quejan al unísono de la actitud recelosa del gobierno de Monagas en relación con los extranjeros. Wilson, en cambio, le indicaba al gobierno británico que Soublette y Quintero se dirigían a Bogotá para solicitar del gobierno neogranadino tolerancia hacia los exiliados "o la ayuda secreta" (*Ibid.*, p. 224).

Abundando en la actitud antiextranjera del gobierno de Monagas no debe descuidarse el hecho de que los agentes venezolanos en Curazao (y en algunos casos la propia Cancillería) no son remisos ante la posibilidad de un enfrentamiento con Holanda, pues creen que las vecinas Antillas holandesas son un foco permanente de malestar para el país y éste debe incluir dentro de su territorio a Curazao, Aruba y Bonaire.

Páez partió de Jamaica hacia St. Thomas, donde en 22-VI-1848 le escribió a Shield solicitándole recomendaciones para Estados Unidos, donde creía tener facilidades para allegar los recursos necesarios a su empresa (Parra Pérez: *Op. cit.*, pp. 225-226). El 2 de septiembre embarcó hacia Curazao y aquí se reunió a su familia. Al mismo tiempo Irisarri iniciaba en Curazao la publicación de *El Revisor*, periódico cuya circulación se prohibió en el país. (Archivo General de la Nación, Caracas: "Secretaría del Interior y Justicia", tomo CCCXCVII, ff. 130-141).

Quizás a causa de sus dolencias, tal vez desesperanzado, el caso es el de que Páez, siguiendo en esto estrictamente la línea trazada por los conservadores de todas las latitudes, con fecha 20-IX-1848 se dirigió al Capitán General de la isla de Puerto Rico, Juan de la Pezuela, en busca de una intervención española en los asuntos del país. Dador de la comunicación, el comerciante José Hermenegildo García. Secamente contestó el Capitán General insular. Y solamente a achaques de los años, en una antes robusta constitución ya bastante agotada por las penalidades, es posible atribuir el que se encargase de la gestión que se le comisionó en Estados Unidos.

Corría el año 1860 cuando ocurrió un incidente con el ministro residente español provocado por intemperancia de éste. El gobierno conservador participó a los demás de América el incidente y ante la actitud de Romea y la presencia de dos naves españolas en nuestras costas, "constituyó en Washington una Plenipotencia Extraordinaria a cargo del general José Antonio Páez para que, llegado el caso, solici-

tase el amparo del gobierno norteamericano" (González Guinán: *Op. cit.*, tomo IV, p. 205).

Pero ¿actúa Páez independientemente de su voluntad y opiniones? Fuerzas poderosas le llevan como de la mano en estos días oscuros y dramáticos. Y esas fuerzas conservadoras siempre han tenido una sola línea cuando se trata de sus intereses. Los confunden con los del suelo en el que nacieron y creen que defender esos mezquinos intereses es defender la Patria. Recuerdese las andanzas de los unitarios bonaerenses contra Juan Manuel Rosas, las negociaciones de los conservadores mexicanos contra Juárez y la entronización de un monarca extranjero.

Pero, un político no muere sino cuando fallece físicamente. La gestión de Páez ante las autoridades coloniales españolas provocó una comunicación del agente diplomático británico interino, Riddel, por ausencia del titular Wilson, a Lord Palmerston el 20-II-1849:

No hay duda, escribió Riddel, de que el señor José Antonio Páez pidió ayuda para derribar el gobierno constitucional de su país a la misma potencia contra la cual luchó y adquirió los honores y posición a que vuelve la espalda y tan malamente aprecia. La publicación de este documento ha provocado un estado general de indignación contra el señor Páez, aún entre sus propios partidarios y excluye prácticamente toda posibilidad de una vuelta al poder, cualquiera que sea el aspecto que pueda eventualmente tomar el cuadro político de Venezuela. Y esto suministra, además, una prueba adicional de que el señor Páez ha aprovechado el asilo que se le concede en Curazao para conspirar contra Venezuela, exponiendo la propia existencia de ésta como Estado independiente con el fin de recuperar su perdido ascendiente. (Parra Pérez: *Op. cit.*, pp. 250-251).

La política, no obstante, posee algunas de las características del clásico Leteo, corriente que fluye siempre hacia el futuro, constantemente renovada, contribuyendo a que permanezca en el olvido el pasado a quienes gozan de sus aguas vivificantes. Por esto quizás los políticos carecen de pretérito o se lo imaginan. Ellos siempre son incógnitas abiertas hacia el mañana.

A Páez lo recibieron las autoridades coloniales holandesas en forma casi oficial, no en vano estaban en pugna con el régimen establecido por Monagas. En la isla holandesa pudo ir preparando lentamente la invasión, allegando buques, pertrechos, hombres. Destaquemos que en estos proyectos, así cuente con la colaboración de extraños, el material

humano de que dispone es esencialmente criollo. No recurre a los mercenarios que pululaban por todas las Antillas buscando un postor que utilizase sus servicios.

Por sobre las situaciones conflictivas suscitadas por la crisis económica, a las erogaciones desproporcionadas en relación con los ingresos previsibles y a la misma inseguridad política por el foco rebelde que Páez mantiene en Curazao, dispuso el gobierno en 5-III-1849 que cesaran en sus respectivos cargos militares Mariño y José Gregorio Monagas. Es de creer que en la conspiración fraguada por algunos conservadores con el propósito de asesinar al presidente Monagas, fracasada el 21-VI-1849, no tuvo ni siquiera el más leve conocimiento Páez (sobre este suceso ver en Archivo General de la Nación, Caracas: "Secretaría del Interior y Justicia", tomo CCCXCVI, ff. 165-186; ff. 269 hasta el final del tomo y tomo CCCXCVII, ff. 174-185).

En 1806 las autoridades coloniales españolas conocían casi al dedillo los preparativos de invasión de Miranda mediante las informaciones que le suministraba un yugoslavo de Trieste, José Kovachick o Covachiche, tomando las precauciones necesarias; el gobierno de Monagas estaba igualmente informado menudamente de lo de Páez desde el mes de febrero de 1849 y de la posibilidad de que la planeada invasión se llevase a cabo por los cantones de Paraguaná o de Cumarebo.

Entre el 21 y el 28 de junio una facción rebelde se había apoderado de la ciudad de Coro, facilitándole a Páez el desembarco, como casi diez años después el comandante Tirso Salaverría, al pronunciarse en Coro por la Federación, permitió el desembarco de Ezequiel Zamora. El 2 de julio Páez llegó a La Vela de Coro con siete buques bajo pabellón holandés. Por decreto de la misma fecha reorganizó las fuerzas de que disponía, ejército que apellidó "restaurador" y designó para la jefatura y subjefatura de Estado Mayor a León Febres Cordero y Francisco Hernáiz. Menguados eran los recursos. La caja militar apenas si disponía de \$ 800. Pocos los hombres y no bien armados. No se materializaron los ofrecimientos que se le habían hecho antes de desembarcar. Ante esta realidad, decidió convocar a junta de guerra de oficiales y les dio a entender "que, aunque no tenía esperanzas de triunfo, estaba resuelto a marchar sobre Barquisimeto" (*Autobiografía*, tomo II, p. 470).

Algunas pequeñas partidas encendieron el fuego de la guerra en algunos sitios, bien alejados del teatro de operaciones. Juan Sotillo

vengaba a Rangel y cargaba la cabeza de Belisario, a quien había vencido en Calabozo. Páez debía prever que estaba próxima la derrota. Frente a él, al lado de antiguos militares, como José Laurencio Silva, le combatía una nueva promoción de oficiales subalternos de la calidad de Ezequiel Zamora y Juan Crisóstomo Falcón. En la campaña que emprendieran desde Coro las fuerzas de Páez habían experimentado penalidades inauditas. Disponía de unos seiscientos hombres y le cercaban más de cinco mil. Cualquier combate significaría una carnicería. Por eso se firmó el 15-VIII-1849 entre José Laurencio Silva y León Febres Cordero la capitulación conocida como de Macapo abajo o de Campo Monagas, nombre contra el cual protestaron los vencidos. Un nuevo capítulo se abría ante Páez: el de las vejaciones, la prisión, el destierro.

* * *

Cuando Páez concluye la *Autobiografía* describiendo los extraordinarios homenajes que le rindieron a su llegada en la ciudad de Nueva York, escribió:

TERMINO LA HISTORIA DE MI VIDA DONDE DEBIO
HABER ACABADO MI CARRERA POLITICA.

Juguete de mentores resentidos o de ambiciosos vulgares, Páez fue una víctima sacrificada por los conservadores, quienes de error en error le hicieron transitar amargos caminos. Duro es para el historiador referirse al Páez posterior a 1846. Ya no es el héroe, ni tampoco el magistrado más o menos imparcial. Después de 1846 es el cabecilla de una facción derrocada. Sobrevivió a su magnífica gloria, pues no tuvo como Sucre, Ezequiel Zamora o Martí muerte oportuna. Ella le reclamó tardíamente y los historiadores preferirían que esa frase final la hubiese estampado el caudillo cuando le entregaba el poder a su sucesor Carlos Soublette.

Brillará fugazmente la historia política de Páez luego de la capitulación de Macapo abajo, mas su carrera militar ya no se ilustrará con grandes campañas, ni porfiadas batallas, ni la Gloria ya volverá a ceñir sus sienes, porque ella no ampara a quienes se entregan a civiles contiendas. No dejó la actividad política pese al fracaso y le vemos contribuir, aunque tibiamente, a la revolución de junio de 1854; se creará llamado a encabezar la reacción contra José Tadeo Monagas en 1857-1858. Le llamará la Convención de Valencia y, al encontrar un país en

cierto modo diferente, tornará a regresar a Estados Unidos. Volverá al año siguiente y ya su nombre solamente servirá para desunir a los conservadores. Para una emergencia irá a Estados Unidos como plenipotenciario y en los primeros meses de 1861 lo encontramos en Caracas. El 3-IV-1861 será jefe del ejército y se distanciará del gobierno, por lo cual renunciará el 8 de mayo. Renunciará también el presidente Tovar. Le sucederá Gual, y Páez volverá a la jefatura de las fuerzas armadas el 21 de mayo del mismo año. Intentará avenimientos con los federales, intento que le concilió la animadversión de los conservadores calificados de "epilépticos", lo que trajo como consecuencia una escisión entre Páez y el gobierno y conspiraciones de los paecistas contra Gual. Otra vez renunciará el 2 de agosto de 1861. El 23 de agosto un motín cuartelero desconoce a Gual y proclama la dictadura de Páez, asumiendo el poder el 10 de septiembre. El decreto orgánico de su dictadura aparecerá el 1º-I-1862. Ahora será un hombre con "sustituto". Pero, tratar detenidamente sobre esta época es referirnos a una etapa desagradable que no aumenta su gloria ni en un ápice. Crisis; guerra inexorable y patíbulo. Sin pena ni gloria concluirá la dictadura después del convenio de Coche el 15-VI-1863. Páez volverá por última vez a "La Viñeta". A los jefes federales triunfantes les relatará en el propio campo de Carabobo su momento estelar. El 12 de agosto abandonará definitivamente el teatro de sus glorias primeras y el escenario de infinitas amarguras, para morir una década más tarde, el 6 de mayo de 1873.

El destierro del caudillo

La Patria es el pedazo de tierra en el que nacemos, donde van creciendo nuestros afectos y también los enterramos. Estar sin suelo propio es estar sin Patria. Exilio viene a ser literalmente, estar sin suelo, lejos de aquellas personas y cosas que son razón de nuestra vida. Añadamos al sufrimiento, vejaciones y prisión celular. En Páez el sufrimiento fue mayor, pues que perdía poder y fortuna y tras las amargas experiencias de una campaña, el fruto había sido el vencimiento y la humillación. Porque a Páez, que con su esfuerzo había contribuido en días amargos a forjar la Patria y le había ofrendado para pedestal de su grandeza hechos de sin par heroísmo, le cobraron errores suyos y ajenos. Sus adversarios de 1848 y 1849, para retribuirle los beneficios personales que de él habían recibido, pudieron ser más generosos con el vencido. Tal vez sin propósito deliberado sus autores le trataron como él había

tratado a Bolívar en los días turbios de la "Cosiata". No hubo magnanimidad con Páez, si exceptuamos el caso raro en esos días del general Justo Briceño. Este contribuyó muy a pechos a debelar la rebelión del caudillo y hasta inválido hizo frente a sus obligaciones militares denodadamente. Propuesto para el ascenso a General de División, lo rechazó en carta dirigida al Senado en 1º-II-1849: "No aceptaré un grado ganado en la guerra fratricida" (Archivo General de la Nación, Caracas, *Vida y papeles de Justo Briceño*, 1970, p. 463. Esta pieza la resume casi literalmente González Guinán, aun cuando como lo acostumbró, no indica la fuente de donde la tomó).

La actitud de Justo Briceño ha quedado aislada y no tuvo imitadores. No se adquiere Gloria ni se ganan méritos contra la Patria, contribuyendo a desangrarla en insensatas contiendas civiles.

Es muy posible que cuanto le ocurriese a Páez a partir de su desembarco en La Vela de Coro le infundiese honda tristeza y, desengañado, escribiese en la *Autobiografía* un corto comentario sobre ciertas actitudes que se tomaron frente a su caso:

Cuentan, y es relación auténtica que tengo firmada por el general José María Sucre, que cuando yo venía preso por el camino de La Victoria, el general Monagas tuvo una conferencia privada con los señores Diego B. Urbaneja y Diego Caballero, y les exigió sus opiniones sobre la conducta que debía observar conmigo a mi llegada a la capital. Caballero le dijo que en su opinión lo que debía hacer el general era montar a caballo al amanecer y acompañados de algunos amigos salirme al encuentro, ponerme personalmente en plena libertad y llevarme a su casa hasta que yo tomara el partido de irme a donde quisiera. "La idea es muy generosa, contestó Monagas, pero temo que si traigo a mi casa al general Páez, él llevará a cabo la revolución hasta conmigo mismo"... (tomo II, pp. 472-473).

Y no fueron solamente sus guardianes militares, como Ezequiel Zamora que le condujo de la prisión de Valencia a la de Caracas, o sus carceleros en ésta o en aquella ciudad, tan culpables de las faltas de decoro contra el prisionero, que al fin y al cabo no es posible exigirles cierto tipo de actuaciones a quienes apenas sí poseen una educación elemental, como esos y otros que dejaron oír su voz o escribieron largas tiradas por la prensa para mofarse del hombre a quien poco antes habían temido. Modelo de esta literatura chabacana e infame, ciertos artículos de Blas Bruzual o la intervención del senador Etanislao Rendón, hecha

con remiendos de oradores de la época de la revolución francesa, en la sesión de las Cámaras Legislativas celebrada el 27-II-1850.

Al salir de la guerra de la Independencia, aquel Páez semiculto, fue rodeado por el grupo dominante, por quienes no habían hecho la guerra y disponían de grandes fortunas, los oligarcas. En Apure le rodearon ingleses conservadores que habían hecho la guerra contra los principios revolucionarios de 1789 enarbolados por Napoleón. De la influencia de esos sectores derivó sus ideas políticas y sus concepciones económicas y creyó de su deber defenderlos a cualquier precio. Se equivocó y pagó con creces su error. Quizás pensaría sobre Venezuela con palabras de Byron en *Childe Harold* al contemplar el cuadro griego:

¿Quién te librará de una esclavitud a la cual estás tan habituada?

Muy citadas y traídas han sido las palabras de Escipión cuando manifestó su voluntad de que sus huesos no fuesen conducidos a Roma. Mucho después Nuño de Acuña, uno de los fundadores del poder lusitano en Asia, las repite:

Si Dios tiene determinado que muera en el mar, el mar será mi tumba. La Patria que tan ingrata me ha sido no debe conservar mis huesos.

Los venezolanos, en cambio, bien desterrados, bien alejados de ella voluntariamente, jamás renegaron del suelo en que nacieron y constantemente soñaron con volver al regazo maternal, recordando siempre a la tierra nativa con apasionado afecto. Hombres como Ros de Olano, Andrés Bello, Rafael María Baralt, Juan Antonio Pérez Bonalde o Pedro José Rojas sintieron la misma angustia que clava la ausencia que la experimentada por Miranda, Bolívar, Sucre o Páez.

Después de que en Macapo le ofrecieron al vencido toda suerte de garantías, le llenaron de improperios y de maltratos de prisión en prisión, engillado y vejado en Valencia, con un poco de más consideraciones en Caracas y con ciertos miramientos en el castillo San Antonio de la Eminencia, en Cumaná. Mas, si en algunas localidades la impiedad olvidó que no era Páez un preso común, sino el héroe de Mucuritas, Mata de la Miel, Paso de Diamante o El Yagual, de Carabobo y Puerto Cabello, en otras partes encontró grupos de venezolanos comprensivos de su drama que aminoraron el irrespeto con finezas y atenciones tanto más valiosos esos testimonios cuanto los tributaban a un cautivo.

Igualmente fue lenitivo para su pena, bálsamo para sus heridas morales la conducta decidida y la acrisolada lealtad de doña Dominga Ortiz, su mujer, quien no le abandonó cuando sus más allegados le daban las espaldas. Y tanto porfió que logró la libertad para el marido preso.

El 25 de marzo de 1850 se puso el ejecútase al decreto que expulsaba a Páez del país de su nacimiento.

...pero como transcurrieron los días sin que fuese cumplido, la señora Ortiz de Páez empeñó todas sus influencias para que se ejecutase y la opinión pública fue formando aureola de piedad alrededor del prisionero de San Antonio, a quien la práctica represiva y cruel había orlado con la simpática diadema del martirio. De manera que urgido, casi empujado el Gobierno por esa fuerza casi incontrastable del clamor público, se determinó a ejecutar el decreto y dispuso que la goleta de guerra *Intrépida*, que estaba próxima a llegar a Curazao partiese a Cumaná y tomase a su bordo al general Páez para conducirlo a St. Thomas.

Pero pasaron otros días sin que la *Intrépida* viniese de Curazao y la señora de Páez ocurrió a la Cámara de Representantes impetrando la salida de su esposo en buque mercante. Llamados los Secretarios de Estado a la Cámara fueron interpelados por la falta de cumplimiento del decreto de expulsión, abriéndose con tal motivo un nuevo debate en que el campeón de la noble política de magnanimidad fue el diputado Pbro. Yepes. Sus razonamientos fueron irrefutables como que los fundó en la Historia, que es luz y es enseñanza. Llamado al orden por el presidente, la Cámara lo amparó en su derecho.

Al fin, a principios del mes de mayo, ordenó el Gobierno la salida del general Páez para el extranjero y en defecto de la *Intrépida* dispuso que se hiciese en el vapor *Libertador*. La señora Ortiz de Páez viendo ya para cumplirse su propósito se embarcó en La Guaira para Cumaná el 7 de mayo. El 24 de este mes, a las doce y media p.m., fue que se dio cumplimiento al decreto del Congreso... El vapor *Libertador* llegó a Cumaná el 14 de mayo, pero se demoró la salida del general Páez por algunos días, por indisposición de su salud. (González Guinán: *Op. cit.*, tomo V, pp. 111-112).

Doña Dominga Ortiz

Doña Dominga Ortiz, nacida en Camaguán hacia 1792, ha sido injustamente olvidada y bien merece esta mujer ejemplar que algún cuidadoso investigador le dedique algunas vigiliass. Páez apenas si alude

a ella en la *Autobiografía*, pese a que en épocas conflictivas solamente contó con ella. Páez parece que la desposó cuando todavía era menor de edad el que debía ser futuro caudillo. Vivió entre angustias y miserias hasta por lo menos 1821, cuando Páez, aureolado por el triunfo, la abandonó por Barbarita Nieves, con quien convivió hasta la muerte de ésta en Maracay en 1847. Páez en carta al Libertador (Caujaral a 2-I-1819), citada por el traductor de *Las sabanas de Barinas*, dice refiriéndose a su mujer y modo de vida en esos días de prueba:

Es ocioso que yo diga que nada invierto en mi beneficio de lo que pertenece al Estado; nada tengo y ni mi esposa disfruta de una prenda por pequeño que sea su valor.

Este párrafo viene a corroborar la descripción del capitán Vawell, quien en la obra anteriormente citada, nos deja este retrato de doña Dominga, así la llame, por licencia literaria "Doña Rosaura", al tratar acerca del modo de vivir en los campamentos patriotas de la época de la Independencia:

Algunas se ocupaban en ordeñar, mientras otras que tuvieron el cuidado de traer los útiles necesarios, pilaban maíz en grandes morteros de madera y con pesados *majaderos*; o bien cocían arepas en anchos platos de tierra. Buen número de muchachas reuníanse a orillas de la laguna para lavar la ropa de sus respectivas familias y su incesante vocerío, junto con las risotadas que resonaban en el bosque, hacían ver que la emigración no embargaba sus ánimos tan hondamente como podía esperarse. La mujer de Páez, doña Rosaura, residía en uno de los ranchos más grandes, preparado para recibirla con más holgura que de costumbre por una partida de la Guardia de Honor, que se prestó espontáneamente para este servicio, pues, en realidad, los llaneros demostraban siempre extremada consideración por *La Señora*, como la llamaban de ordinario. Ella no debía semejante deferencia al hecho de ser la esposa preferida de su jefe, sino a que poseyendo una educación muy superior a la de todos los que la rodeaban, mostrábase al propio tiempo tan modesta y bondadosa con cada uno de ellos que aquellos le profesaban indecible respeto y admiración. Había nacido en San Carlos, en la provincia de Caracas, en la región limítrofe de Barinas y su familia era superior a la de Páez, con quien casó antes de comenzar la revolución de Venezuela. Cuando su marido se alistó bajo la bandera de la Independencia, siguióle a los Llanos, pero sin permanecer nunca con el ejército, porque prefería gozar una vida de apartamiento en una pequeña posesión a las márgenes del Cabullere. Allí se consagraba del todo a la educación de dos hijos suyos, raras veces

visitada por Páez, pues las ocupaciones y costumbres de este último eran del todo opuestas a las de doña Rosaura, que aun siendo incapaz de sentir indiferencia por ella, la evidente frialdad y reserva del jefe llanero cuando estaba en compañía suya no podían dejar de causarle profunda tristeza, porque lo amaba con apasionado afecto (*Las sabanas de Barinas*, pp. 50-51).

Sin embargo, R. B. Cunninghame Graham (*José Antonio Páez*, Caracas 1958), observa:

Aunque a la manera de muchos hombres casados use una amante que le hiciera más llevadero el yugo del matrimonio, las mujeres parecen haber influido poco en él... Cuando Páez estuvo encarcelado en la insana y asfixiante prisión del castillo de San Antonio, en Cumaná, su esposa, a quien él había abandonado, le mortificó haciendo todo lo posible por aliviar los sufrimientos de su errante marido... su esposa le hizo la vida imposible al compartir voluntariamente su prisión (pp. 5-6, 35).

* * *

Rodeado del afecto de los cumaneses, tal como lo testimonia en la *Autobiografía* y lo atestigua Tomás Michelena, Páez embarcó en el *Libertador* hacia St. Thomas. ¿Qué pensamientos le asediaban al abandonar la tierra de sus glorias? ¿Acaso nos lo explicaría la plática de Manfredo y su confesor en la obra de Byron?

¡Ah padre mío! Yo he tenido en mi juventud
estas precoces visiones, estas nobles aspiraciones:
hacer de mi espíritu el espíritu de los otros hombres,
ser el que ilumina las naciones.
Todo esto ha pasado ya.
Mi pensamiento no ha sabido comprenderse a sí mismo
y no he podido domar mi rebelde naturaleza.

* * *

Le acompañaban en el peregrinaje doña Dominga y su hija Rosario. En la isla sorprendió a Páez la fiesta de su onomástico, la cual celebraba rumbosamente en épocas más felices. Ese día lo escogió para dirigirle a sus compatriotas un mensaje, documento en el que se deja oír un lejano eco de la proclama de San Pedro Alejandrino (González Guinán: *Op. cit.*, tomo V, pp. 113-114).

Dos días después, los Páez se alejaron rumbo a Filadelfia, a donde arribaron el 26. La población quiso rendirles un homenaje, pero los peregrinos debían continuar viaje hacia Nueva York. Aquí fue objeto de un triunfal recibimiento, tal como la ciudad no se lo había acordado a ningún extranjero. Páez lo refiere con los menores detalles en la *Autobiografía*.

El tiempo transcurre y Páez recibía honores que, al fin y al cabo, refluían sobre la tierra que lo vio nacer. Regresó al Poder en la senectud y hasta agravó errores en los que ya había incurrido. El término fue abandonar nuevamente la tierra de sus afectos, vencido en desigual lucha. Destituyó el presidente Truman al general Douglas Mac Arthur en histórica decisión tomada en la isla Wake. Y Mac Arthur, con toda su brillante historia, se transformó en agente de seguros. Páez fue un precursor. Olvidó sus glorias militares y en el exilio definitivo desempeñó modestas ocupaciones, viajando hasta Buenos Aires como representante de una firma industrial.

Páez irá a diversos países. En Washington conoció a Sarmiento y en Buenos Aires el maestro contribuyó a tributarle honores al viejo héroe de la independencia. Esos honores dulcificaron un poco la vida del proscrito. Pero fue en Estados Unidos donde esos honores revistieron de manera espontánea formas apoteósicas, como lo demostró su recibimiento en Nueva York el 29-X-1850, recibimiento extraordinario que la ciudad solamente volvió a tributarle en años recientes a otro hispanoamericano, Fidel Castro.

Páez gozó de profundas simpatías entre las gentes de habla inglesa. Ya en 1848 un buque norteamericano llevaba su apellido (Parra Pérez: *Op. cit.* pp. 188). Esa simpatía va desde los auxiliares ingleses que escribieron obras sobre la guerra de independencia hasta Cunningham Graham. Pero para ella hubo otros motivos, sobre todo después de la Guerra de Secesión. Y esos motivos posiblemente tienen su origen en cuestiones de índole militar y en reacciones personales de los escritores contemporáneos. Admiraron en Páez al hombre inculto que por propio esfuerzo se iba haciendo él mismo. Esta admiración está viva en los memorialistas ingleses a los cuales hemos hecho referencia.

Martí dedicó inolvidables páginas a Páez. Llenas de ternura. Llenas de afecto. Un hilo invisible liga a los dos próceres. Luis F. Mantilla ayudó a Páez a redactar la *Autobiografía* en Nueva York. Mantilla fue

íntimo amigo de Martí y Martí redactó célebres silabarios para ayudarlo en su amargura de inválido. Y fue a través de Mantilla como Martí llegó a querer y admirar al egregio llanero.

Lo dijeron cronistas de aquellos días y lo repitieron y repiten historiadores de antaño y hogaño. A Páez lo miraron y pintaron con simpatía los extranjeros que le conocieron. También en las mujeres de aquel tiempo despertó profundos afectos. Materia digna del estudio de psicólogos. ¿Qué las movió a semejante admiración? No sería solamente el arrojo del centauro, ni las victorias increíbles que conquistó su lanza. Hubo en la guerra de Independencia soldados tan valientes y más apuestos, con más arrogancia y mayor cultura.

De las simpatías que despertó Páez entre las mujeres hay hasta testimonios oficiales, tanto más valiosos cuanto provienen del sector gubernativo y se refieren a la triste época de su prisión. Después de Macapo abajo, en Valencia o en Caracas, las autoridades prohibieron las visitas femeninas al prisionero, pues las damas afluían a la cárcel. En Cumaná, una manifestación femenina acompaña al prisionero desde el castillo hasta el puerto y rompe el cordón de guardianes para acercársele.

Tema para un ensayo sus relaciones con doña Dominga Ortiz o aquellas que entre 1821 y 1847 anudó con Barbarita Nieves, relaciones éstas que fueron justificadas hasta por la prensa a través de la prosa de Juan Vicente González. Mariño, antes de romper con Páez en 1835, en su correspondencia a Páez añadía en la postdata "respetos a doña Barbarita".

En el caso especial de ésta atribuiríasele su afecto por Páez al deslumbramiento que, en su espíritu de mujer cultivada y de temperamento artístico, causárale el rudo vencedor de Carabobo. Pero ¿el caso de las otras que le intentaban visitar en la prisión o le sirvieron de guardia de honor al salir del castillo de Cumaná?

Buscando las raíces de esa simpatía es posible localizarla en ciertas cualidades populares, maneras de ser de buen criollo, de Páez. Llaneza en el trato. Gentileza en el modo de ser. Modestia en sus relaciones personales. Y su condición de artista, trovero de buenas coplas, amigo de fiestas y devoto de serenatas. Tenía 57 años cuando la campaña contra Rangel y a la luz de alguna candileja le vieron los villacuranos

ofreciendo serenatas frente a no pocas ventanas. Buen cantor con su voz de tenor. Músico que gustaba rasguear la guitarra, pulsar el arco del violín...

* * *

Desgarrada su obra, ajada su autoridad, calumniado hasta en las intenciones, desterrado de su país natal, Bolívar expió en el dolor y la desilusión aquellos errores en que pudo incurrir. Un patíbulo fue el premio que recibió Morazán por su patriotismo. Largo exilio y pobreza sobrellevada con dignidad redimieron a Páez de sus equivocaciones de otro tiempo.

Imaginemos al centauro en un pequeño apartamento de Nueva York, rodeado en ocasiones de hijos y nietos, frente a la lanza, su espada, sus condecoraciones, refiriéndoles al calor de la chimenea, en los largos días invernales, sus hazañas de mozo, el coraje de sus antiguos compañeros de lucha, el brillar imperioso de los ojos del Libertador, su obra de magistrado constitucional. En la *Autobiografía* escribió:

Sabe Dios lo que sufrimos y si era preciso más que la estoicidad y el heroísmo para no irse a las poblaciones arriesgando más bien la vida en brazos de una tiranía despiadada y vengativa, que no arrostrar una existencia llena de peligros y necesidades mayores que los que a la humana condición parece dado resistir. Jamás podrán nuestros hijos ni aun imaginar tan sólo a qué precio se compró la Independencia (Tomo I, p. 97).

Quizás por influencia bolivariana, tal vez por natural modo de ser, posiblemente a causa de su origen rural, Páez fue siempre modesto y el poder no lo deslumbró. Pero, el hombre que ejerció ese poder dos períodos constitucionales fue, entre nosotros y desechando su condición de dirigente conservador, paradigma de respeto a las instituciones; en la teoría de magistrados que inmediatamente después le sucedieron, su actuación personal no encontró seguidores.

¿Cómo era el aspecto físico de Páez? Hay todavía mucho que decir al respecto. No vamos a traer a colación unos pocos datos sobre el asunto, los cuales parece que no se han tomado muy en cuenta, aunque los mismos proceden de personas que le conocieron y estuvieron en contacto con él.

Páez recordaba que Manuelote le "distinguía con el nombre de *catire* (rubio)... (*Autobiografía*, I, p. 10). ¿Sería realmente rubio o

su espeso pelo tiraba a rojo (colorado), "bachaco" o castaño claro? Porque el calificativo aplicado por Manuelote podría haber sido utilizado por el mayordomo para humillarle más, pues tenía que atenderle en tareas como la de lavarle los pies.

En todo caso, Páez cita la obra de un desconocido oficial inglés y al reproducir algunos de sus párrafos no corrige o enmienda las informaciones que suministró el autor sobre su físico. Se trata de la obra *Recollections of a service of three years during the war of extermination in the Republic of Venezuela and Colombia*, editada en Londres en 1828 y traducida al holandés al año siguiente. Páez copia de esta obra las siguientes líneas, en las cuales el oficial inglés hace un breve retrato del centauro:

"Mide cinco pies y nueve pulgadas, tiene buena musculación, buenas formas y posee admirable fuerza y agilidad. Es de rostro hermoso y varonil, con cabellos espesos, negros y crespos... (*Autobiografía*, I, p. 144).

Por su parte, el capitán Vawell, en "Las sabanas de Barinas" observó refiriéndose a Páez:

"El pelo corto y crespo caíale sobre la alta frente y usaba pequeños bigotes negros, pero no barba; únicamente sus ojos también negros, daban indicios de aquellos arrebatos que solían impulsarle a actos de rigor excesivo" (p. 33).

El tiempo en que llegaron los auxiliares ingleses al ejército de Páez, fue de gran importancia para el caudillo, ya que el roce con esos oficiales y soldados fue el comienzo de su superación cultural; después de 1821 esta educación elemental fue completada con el trato y comunicación de Barbarita Nieves y del círculo oligarca de doctores, licenciados o maestros de filosofía que le rodeó.

Es conveniente advertir que este Páez rústico que se encumbra no es uno de esos milagros de la tan traída y llevada democracia tradicional venezolana. Sería más bien el producto de esos sentimientos igualitarios de nuestros grupos medios. Democracia no la había ni en 1826, ni en 1830. Páez llega al poder, más bien, por los caminos de la guerra, los cuales le llevan después del asalto a Puerto Cabello a ser el ídolo del país que allí veía finalizar más de una década de guerra sangrienta e inexorable. Y al lado de esta circunstancia su indiscutible habilidad política y una metódica administración de sus posibilidades económicas,

pues era el más rico ganadero del país. Antes de 1810 había demostrado su talento comercial reuniendo algunos bienes; esa pequeña fortuna, perdida quizás durante la guerra, la rehizo después de 1821, adquiriendo y negociando los bonos militares y convirtiéndolos en buenas fincas, lo cual le ocasionó rozamientos con el Libertador en relación con la hacienda "Tapatapa", propiedad que había sido de Antonio Fernández de León, marqués de Casa León. Esas habilidosas negociaciones le aseguraron un sitio destacado dentro del grupo que iba a dirigir políticamente el país hasta 1846.

* * *

Ya en el exilio definitivo, a partir de 1864, Páez, como otros venezolanos en iguales condiciones, piensa en la Patria y el recuerdo le mueve a recoger su vida en la *Autobiografía*. Es una leyenda la de que Páez no escribió esta obra. Olvidan que mucho antes había compuesto unos apuntes sobre la guerra de Independencia, base de la *Autobiografía*. El papel de Mantilla puede ser reducido al de corrector o consejero literario. Pero de esto a que Mantilla llevase de la mano la pluma de Páez, como parece insinuarlo González Guinán, hay un buen trecho.

Es más, hay a veces trozos en la obra que sugieren la posibilidad de que fuesen escritos antes de 1842. En este año se publicaron conjuntamente la *Historia*, de Baralt, y la *Geografía*, de Codazzi. Sin embargo Páez desliza, al ocuparse del año 1831, unas líneas que despiertan en el ánimo la sospecha de que para el momento en que las escribía, el sabio coronel no había publicado su obra:

Yo siempre propendí, con consulta de hombres entendidos, a formar buenos planes de inmigración; invité a muchos con promesas a establecerse en nuestra tierra y siempre eché de menos una obra escrita por persona competente que descubriera los tesoros que Venezuela ofrece a doble población de la que hoy existe en Francia. (*Autobiografía*, I, p. 161).

Ahora Páez no es aquel rústico trabajador que realizaba humildes labores en el hato de la Calzada, sino un hombre maduro que se expresa en varios idiomas y maneja sueltamente la pluma para evocar su pasado y ofrecerlo como ejemplo. Y este Páez se señala, además, entre nosotros, por una curiosa aventura lingüística. Sus "arrastracueros", como lo indicó Rosenblat, se ponen librea francesa (*rastacouère*) y saltando los

Pirineos y el Atlántico regresan por España al lar nativo transformados en *rastacueros*.

A Páez, en Nueva York, le invade la añoranza de la tierra y caldea en su alma la pasión que la Patria aviva en cuantos se han sacrificado por ella, esa pasión que alimenta el destierro, cantada por hombres como José Martí o Juan Antonio Pérez Bonalde. Testimonio de ese afecto profundo, estas líneas de la *Autobiografía*:

A Venezuela, con el cariño entrañable del más amante de sus hijos... Terminaré... recomendando a mis compatriotas que tengan valor y armas *sólo* para una guerra extranjera y que trabajen con fe y devoción por el porvenir de nuestra Patria que sólo necesita paz y más que nada orden para el desarrollo de todos los variados elementos de prosperidad, a los cuales no se ha atendido por las discusiones y anarquía que han asolado siempre países tan favorecidos por la mano del Hacedor Supremo.

HORAS SINGULARES DE VALENCIA

1830

15 de enero.—Anteayer fue día de grandes acontecimientos en Caracas. Cuanto ocurrió, que es mucho y grave, no causa sorpresa. Viene a ser la consagración oficial de un estado de cosas existente en el Departamento de Venezuela desde 1826. Porque la verdad es que no obstante el viaje del Libertador en 1827 y las promesas de enmienda del General Páez, éste continuó gobernando según su leal saber y entender sin hacer mucho caso a los letrados de la Nueva Granada, ni a la Constitución de la República. Y ahora Páez quiere y va a tener su Constitución propia y a la medida como flux hecho por un buen sastre.

Cuentan las noticias que hace dos días, el General Páez que hasta ese momento era Jefe Superior del Departamento de Venezuela, dependiente del Gobierno de Colombia procedió a organizar la nueva República de Venezuela. Afirmó su determinación en los pronunciamientos y actos de los pueblos celebrados a fines de 1829 y a comienzos de 1830. Venezuela, dice Páez, ha recobrado su soberanía y hasta que se reúna su Congreso Constituyente, él como encargado del gobierno resolverá todos los negocios públicos.

Es natural que el doctor Miguel Peña figure en el Ministerio que acaba de nombrar Páez, desempeñando las Carteras del Interior, Justicia y Policía. Peña continúa siendo el más poderoso de los consejeros en la pequeña corte del General. Los otros Secretarios son Carlos Soublette y Diego Bautista Urbaneja. Las gentes que no entienden las razones de la política y de los políticos, no se explican cómo estos dos hombres puedan figurar como supremos directores de la maniobra separatista de Páez, dados sus antecedentes grancolombianistas y bolivarianos. La presencia de Peña no sólo se entiende, sino que se justifica en el acto final de su enconada lucha contra Santander y las gentes del Virreinato, pero la situación de Urbaneja y de Soublette es distinta. Soublette y

Urbaneja han servido a la causa republicana desde el año 10, al igual que Peña, Soublette vino a Venezuela después de la Convención de Ocaña enviado por el Libertador, para tratar de impedir que se consumara el fin de su Colombia y sin embargo ahora aparece como uno de los promotores más activos de la separación. Y Urbaneja, Ministro de la Gran Colombia, aun cuando no ha firmado ninguna de las actas en las que se insulta el nombre de Bolívar, se ha sumado al cortejo triunfal del llanero.

Otro de los decretos firmados por el General Páez el 13, es la convocatoria del Congreso Constituyente que se reunirá aquí en Valencia, el próximo 30 de abril o a más tardar el 15 de mayo de este año. Por cada quince mil habitantes se elegirá un Diputado. La forma escogida para la elección es la indirecta, pues los ciudadanos concurrirán ante una Asamblea que se formará en cada Parroquia, ante la cual emitirán su voto por los electores del Cantón. Por cada diez mil habitantes se elegirá un elector y todos reunidos en la capital de la Provincia constituirán la Asamblea electoral que nombrará los Diputados principales y suplentes que han de representar la Provincia en el Congreso.

30 de enero. — Decididamente al General Páez le disgusta vivir en Caracas. Como su existencia ha transcurrido en grandes espacios abiertos, en hatos y campamentos, le ahoga Caracas con su protocolo y sus exigencias. Además, aquí tiene a Barbarita. Y anoche hizo su entrada presidiendo una larga cabalgata. Venían con él todos los Secretarios de Estado y los más altos funcionarios. En Caracas sólo quedan las oficinas menores. Así pues, hay dos capitales. Pero el doctor Peña, aspira a que la situación se resuelva favorablemente para Valencia en las próximas reuniones del Congreso. Desde el punto de vista de su posición estratégica y de su colocación con respecto a todas las regiones de Venezuela, Valencia tiene derecho a ser la ciudad metropolitana, afirma el doctor Peña. Sus enemigos añaden: además él sabe que en Valencia no tendrá rival que le derrote.

23 de febrero. — El General Páez no quiere participar en los conciliábulos políticos que se reúnen en los corredores de su casa, ni se muestra con el ánimo dispuesto para oír las disertaciones y chismes que le traen sus viejos y nuevos amigos. El cree en la posibilidad de una invasión desde la Nueva Granada y dedica todos sus esfuerzos y tiempo a la organización de las fuerzas para el caso de guerra.

25 de febrero. — Hoy dictó un decreto el General Páez por el cual asume las responsabilidades de la dirección de la guerra y entrega las funciones del gobierno a Peña y Urbaneja, quienes se reunirán diariamente en Consejo para acordar los negocios ordinarios. Parece que el General va a establecer su Cuartel en San Carlos. Algunos enemigos solapados comentan que su retirada de Valencia hacia los llanos de San Carlos se debe, más que a las amenazas del Gobierno de Bogotá, a la proximidad de la reunión del Congreso. El llanero no quiere saber de los enredos entre letrados. Además, no desea tomar partido en la lucha entre caraqueños y valencianos que simbolizan Angel Quintero y Miguel Peña.

28 de febrero. — Ayer se celebraron por vez primera en la historia de la nueva República de Venezuela, elecciones. Se abrieron las Asambleas primarias para el nombramiento de los electores que han de designar en cada Provincia los Diputados al Congreso Constituyente. Un solo partido concurrió a los comicios: el separatista o de Páez. En Valencia hubo completa paz y libertad durante el día.

16 de abril. — Hoy salió el General Páez hacia San Carlos. Lleva un cuerpo de 900 plazas de infantería, una columna de cazadores y cuatro escuadrones de infantería. Todos los personajes importantes le acompañaron hasta las afueras de Valencia. En el momento de despedirse pronunció unas palabras que luego fueron repartidas en hoja impresa. Prometió el General que “volvería cuando le trajera a Venezuela la paz de la separación y libertad”. Y con respecto a su conducta futura, dijo que la prescribirá el Congreso pues nada quiere tanto como “que el pueblo vea un jefe convertido en súbdito, un hecho en fin en que se cumplan las esperanzas que tantas veces tuvo el pueblo vanamente”. “Viva el Congreso Soberano”, concluyó diciendo el General Páez en su despedida.

30 de abril. — De acuerdo con el decreto del 13 de enero, hoy ha debido reunirse en Valencia el Primer Congreso Constituyente de Venezuela, pero el día transcurrió sin que pudiera lograrse quórum.

4 de mayo. — Valencia vive momentos de extraordinaria animación. Hombres muy importantes de todas las provincias van llegando y es seguro que dentro de dos días se instale definitivamente el Congreso. Aquí están los Generales José Tadeo Monagas y Ramón Ayala, el primero Representante de la Provincia de Barcelona y el segundo de la

de Caracas. Han llegado los doctores José María Vargas, Andrés Narvarte, Angel Quintero, Juan de Dios Picón, Francisco Javier Yanes, Alejo Fortique, todos famosos por sus talentos y sus servicios a la causa republicana.

6 de mayo. — Hoy se instaló el Congreso: La asamblea designó como Presidente durante el primer período al doctor Francisco Javier Yanes y Vice-presidente el doctor Andrés Narvarte. Yanes, después de jurar sobre los Evangelios, cumplir los deberes de su cargo, declaró instalado el Primer Congreso Constituyente de Venezuela.

El Secretario anunció que sobre la mesa se encontraba el Mensaje que desde el Cuartel General de San Carlos enviaba el General Páez, en su condición de Jefe Civil y Militar de Venezuela. Las ocupaciones de la guerra le impedían marchar hasta la vecina Valencia para comparecer ante la augusta Asamblea.

El Mensaje es muy corto y está bien escrito. Todos dicen que lo redactó el doctor Peña. Empieza refiriéndose al Libertador ausente y proscrito y a las amenazas de invasión desde las fronteras del Táchira. “Se han disipado ya las negras nubes formadas por un poder ilimitado, que causaban temores al cielo de la libertad y con la más dulce satisfacción he visto llegar la aurora del día en que la ley recobra todo su poder”. Dice más adelante el General que el país está en paz y que él se considera reducido a la clase de simple ciudadano y que espera “con ansia la resolución de la majestad del pueblo que designe a persona que ha de sucederme en la dirección del Estado y en el mando del Ejército, para dar en mi despedida un tierno abrazo a mis compañeros de armas encareciéndoles obediencia a la ley como su primer deber”. “Veo ya cerca el día en que por fin vuelva a gozar del reposo y felicidad doméstica de que estoy privado desde hace veinte años consagrados a las fatigas de la guerra y al cuidado de los intereses públicos”. En medio del mayor silencio se leyó el Mensaje; al final fueron saludadas sus palabras de obediencia y admiración por la ley con los más cálidos aplausos. El Presidente nombró una Comisión compuesta por los Representantes Vargas, Febres Cordero y Landa para que redacte la contestación.

La duda acerca del nombre del sucesor del General Páez no fue larga. El doctor Peña con una proposición presentada inmediatamente después de la lectura del Mensaje del General determinó el fin de la incertidumbre. Peña propuso: “Que se elija el nuevo Jefe del Estado o

se declare que continúa el que hasta aquí ha ejercido las funciones de tal". El debate fue muy corto.

7 de mayo. — La sesión de ayer del Congreso fue rica en sucesos. Además del Mensaje de Páez y de la proposición de Peña, ocurrieron dos hechos que merecen memoria.

El Licenciado Urbaneja presentó un proyecto de acuerdo que establece incompatibilidad entre los cargos de Secretario de Estado y representante al Congreso. Aun cuando la proposición tiene el respaldo de Peña, los enterados dicen que es una maniobra destinada a sacar al Secretario del Interior del seno de la asamblea en donde con su prestigio y talento impide el éxito de las maniobras del grupo caraqueño. Los adversarios de Peña piensan que éste por ningún motivo abandonará su sitio de gran valido del General Páez para ir a sentarse en la sala del Congreso. La proposición de Urbaneja fue aplazada.

Cuando los legisladores se dedicaban a discutir la proposición Urbaneja, el Secretario interrumpió el debate para anunciar que a las puertas de la Asamblea se encontraba un piquete de gente armada que enviaba el Comandante de la Plaza a fin de que sirviera de guardia al Congreso e hiciese respetar sus resoluciones. El Congreso agradeció el homenaje pero se negó a aceptarlo.

8 de mayo. — La respuesta de Peña a la maniobra de Urbaneja no se ha demorado. Se encargaron los Subsecretarios de los respectivos Ministerios. De esta manera logra el hábil valenciano mantener el control de los asuntos de la política y policía al mismo tiempo que asiste a las sesiones del Congreso en donde se juega la suerte de Venezuela y su propio destino.

9 de mayo. — Hoy se supo que el General Páez insiste en su renuncia de la Presidencia. Desde su Cuartel de San Carlos ha enviado una nueva comunicación al Congreso en respuesta a la ratificación que éste hiciera de su cargo como Jefe Supremo del país. En su carta el General Páez les dice que su decisión es irrevocable y que espera que cuanto antes designen al ciudadano que haya de ocupar el cargo de Presidente de la Nación. La situación es difícil, los congresantes no esperaban esta salida del General. Además, las cosas se complican con la distancia que Páez ha interpuesto entre él y los padres conscriptos. Si estuviera en Valencia las cosas se arreglarían con facilidad. Yanes, Quintero, Narvarte opinan que el asunto se discuta en sesión secreta.

12 de mayo. — Ayer se celebró la sesión secreta anunciada para conocer el texto de la renuncia del General Páez y resolver sobre el caso. Se ha sabido que hubo diez Diputados encabezados por el doctor Angel Quintero que estuvieron por su aceptación. Quintero dijo que “obrando de esta manera he juzgado hacer un bien a la Nación y a Su Excelencia: a la Nación, para que se persuada que la revolución no se ha hecho para elevar un hombre; y a su Excelencia, para que se desvanezcan completamente las imputaciones que se le hacen”. Alejo Fortique habló en términos semejantes. Sin embargo, triunfó la mayoría decidida a volver a pedir al General que continúe en el mando.

13 de mayo. — Hoy se ha sabido la razón fundamental que asistía al General para negarse a aceptar la Presidencia. El suponía que en la Constitución que el Congreso va a dictar predominaría el criterio de quienes desean establecer una separación entre las jurisdicciones militar y civil y éste aspira a conservar su actual supremo cargo militar, lejos de los vaivenes del acontecer político. Pero ha habido de parte y parte aclaratorias y promesas. En la Constitución quedarán unidas las dos jurisdicciones y Páez aceptará la Presidencia.

10 de mayo. — Ha empezado a tratarse el problema de la separación de Venezuela de la Gran Colombia. El ambiente de la sesión ha estado extraordinariamente agitado. El tono de los discursos es vehemente. Todos se creen en la obligación de atacar al Libertador. El Presidente no logra imponer el orden. A un mismo tiempo hablan dos o tres. A cada momento se presentan proposiciones y contraproposiciones. El diputado Michelena ha logrado que se acepte la suya de adoptar un Reglamento de debates.

14 de mayo. — Se supo en Valencia que el General ha manifestado al Congreso su determinación de asumir la Presidencia de Venezuela. Hoy o mañana deben fijar la fecha de juramento.

17 de mayo. — Hoy ha resonado en el seno de la Cámara el nombre de Pedro Carujo, quien se encuentra detenido en Puerto Cabello, por disposición del Jefe Civil y Militar a consecuencia de la parte que tomó en la conjuración que estalló en Bogotá el 25 de septiembre de 1828 contra la vida del Libertador. En su memorial al Congreso pide que se revoque la determinación del Secretario del Interior según la cual deberá salir en el primer barco de Puerto Cabello con destino a los Estados Unidos o a Europa, quedándole prohibido volver a Venezuela.

El debate sobre la petición de Carujo ha dado ocasión para que vuelva a agitarse el mar del Congreso. Un grupo de diputados encabezados por Ramón Ayala propuso que se pusiera en inmediata libertad todos los detenidos con motivo del suceso del 25 de septiembre y que se permitiese la vuelta al país de cuantos habían sido expulsados por tal motivo.

23 de mayo. — Parece que ayer terminaron los debates sobre la separación de Venezuela. La mayoría es fogosamente separatista y llevan la voz cantante de esta corriente Angel Quintero, Alejo Fortique y Ramón Ayala. El español José Luis Cabrera es el más agresivo de los antibolivarianos. El señor Quintero es tildado de tibio y mirado con recelo. El discurso que pronunció ayer el doctor José María Vargas fue un verdadero acontecimiento. La lógica y la verdad de los planteamientos del médico impusieron silencio. La Asamblea adversaria de las tesis que éste iba exponiendo no trató de interrumpirlo en ninguna ocasión. El silencio del Congreso y la soledad del hombre planteaban una serie de interrogaciones.

27 de mayo. — Hoy concurrió el General Páez al Congreso con el fin de prestar su juramento como Presidente de la República. Una comisión de cuatro Diputados le introdujo al Salón. La emoción dominaba al héroe. Se le ofreció un asiento a la derecha del doctor Francisco Javier Yanes, Presidente del Congreso.

Yanes pronunció la fórmula del juramento. Páez respondió lo que se exige en estos casos. Y una vez que se apagaron los aplausos de la concurrencia, leyó su discurso. Fueron dos párrafos en los cuales insistió en su desprendimiento republicano. “Para corresponder al grito de mi conciencia, les dijo el General, os he dirigido dos renunciaciones que no habéis tenido la bondad de admitir: me habéis argüido con el ejemplo de mi sometimiento a vuestra voluntad, y sólo y tan sólo este resorte ha podido influir en mi resolución de separarme de un puesto al que no soy llamado por ningún título, pero aquí me tenéis, disponed de mi voluntad y de mis deseos”.

A las palabras del Presidente, respondió Yanes en un discurso más breve aún y cuya frase principal fue aquella en que afirmó: “Marchando de acuerdo los dos poderes, no hay nada que temer”.

27 de mayo. — Después del acto del juramento, toda la ciudad se trasladó a la casa del Presidente con el fin de presentarle sus saludos y

felicitaciones. Como el General ha permanecido en San Carlos desde antes de la llegada de los congresantes, no había podido recibirlos en su hermosa residencia. Esta tarde gentes de Caracas y de las provincias y también muchos valencianos han tenido por primera vez ocasión de admirar las nuevas decoraciones artísticas de la casa del General. Para el portón principal y para cada una de las ventanas redactó pensamientos que lucen en letras de molde muy negras. La inscripción de la puerta principal dice: "Nada es difícil a los mortales". En la parte superior de las ventanas se encuentran entre otras éstas: "Primero olvidarme de mi mismo que de mis amigos"; "La visita de un amigo refresca como el rocío de la mañana"; "Sin virtudes no hay patria"; "Es un gran mal no hacer bien".

Al maestro Pedro Castillo encargó las decoraciones interiores. En la sala se exhiben varias alegorías: en la pared del Norte, "La Serpiente Pitón"; en la pared del naciente, "Minos, Eaco y Radamanto". En la del poniente, "Arión". En las paredes de la antesala, "El Casamiento de Venus" y "El Juicio de París".

En la cornisa del cielo raso de la sala y de la antesala lucen los nombres de los compañeros del héroe en la lucha por la independencia y en los lienzos de los corredores están pintadas las batallas de Mata de la Miel, Yagual, Mucuritas, Queseras del Medio, Carabobo y Puerto Cabello.

El General estaba esta tarde cordial y conversador. Todos le miraban con respeto y querían ganar su atención. Pero en los grupos que forman y en los comentarios que se escuchan, se adivina cada vez más profunda la enemistad entre los políticos que forman en el cortejo del General. Las ambiciones de Quintero son el peligro mayor para el doctor Miguel Peña. Quintero representa los intereses caraqueños y Páez los necesita como aliados para consolidar su dominio.

29 de mayo. — El asunto de Carujo continúa siendo el tema central en las discusiones. Todos los diputados han opinado en el curso del debate. Carujo ha sido el pretexto para desatar el furor antibolivariano. Ayala, Quintero, Fortique han presentado un proyecto de decreto de indemnidad que devuelve el goce pleno de sus derechos a quienes estuvieron complicados en la conjuración de septiembre y que es una verdadera consagración legislativa del tiranicidio. Contra estos excesos de la pasajera pasión política se ha levantado el doctor Vargas, pero su

voz ha sido inútil. El discurso de Andrés Narvarte ha sido excepcionalmente elocuente y valeroso. Desafió la opinión de la mayoría que está de antemano por la absolución y consagración de Carujo, para empezar diciendo: "Ni me arredra estar en minoría, ni me convencen las razones de vuestro proyecto". El discurso de Miguel Peña fue perfecto como modelo de oraciones parlamentarias. Empezó afirmando en tono sencillo y sonriente que nunca pronunciaba el nombre de Carujo por temor de equivocarse. Y luego fue planteando las características del caso del prisionero de Puerto Cabello para elevarse al plano de las generalizaciones doctrinarias. No era posible, afirmaba el jurista, que una asamblea constituyente por simples razones de odio político consagre el derecho del tiranicidio. "Además las leyes y decretos deben abrazar un objeto general y expedirse cuando los males hagan necesaria su resolución para la dicha común y los asuntos particulares que están dentro de la legislación, es a la administración pública a quien toca resolverlos". Pero a pesar de todas estas razones, el Congreso sancionó el decreto de indemnidad. Salvaron su voto los diputados Vargas, Peña y Díaz.

30 de mayo. — Parece que la guerra vuelve. El gobierno tiene noticia de un movimiento revolucionario en Río Chico, Orituco y otras regiones de la Provincia de Caracas. El movimiento se ha extendido por todo Barlovento y proclama como razón la unidad con Colombia y el reconocimiento de la autoridad suprema del Libertador. Hoy salió de Valencia el General José Tadeo Monagas, Diputado por la Provincia de Barcelona y a quien el General Páez ha encargado de enfrentarse a los rebeldes.

19 de junio. — Se presentó, leyó y consideró el Proyecto de Constitución Nacional.

21 de junio. — Hoy se leyó en el Congreso un extenso memorial de la oficialidad de los Batallones "Anzoátegui" y "Junín" en el cual con motivo de los recientes sucesos de la Provincia de Caracas ratifican su decisión de respetar y hacer respetar la soberanía popular encarnada en el Congreso. Este dispuso que el documento se insertase en el acta del día para que sirviese de monumento perpetuo que acreditase la conducta loable de quienes lo habían suscrito.

9 de julio. — El Congreso está frente a un grave problema de índole militar que le ha planteado el Presidente Páez. Se trata de lo siguiente: el General Mariño en su invasión a la Nueva Granada sedujo

algunos cuerpos de tropa que estaban al servicio del gobierno de Bogotá, entre otros los Batallones "Granaderos" y "Rifles" y dispuso su envío a Venezuela. Estas tropas junto con la columna de "Occidente" así como los "Húsares de Apure" están llegando hoy a Valencia y Páez le dice al Congreso que resuelva qué se hace con ellos.

10 de julio. — El Congreso respondió al General recomendándole las siguientes medidas: licenciar la columna de "Occidente", así como los "Húsares de Apure" y que los Batallones "Granaderos" y "Rifles" se reformen, se refundan en otros y que quienes no fuesen venezolanos, se les permita regresar a su país. Que de ningún modo vengan dichos cuerpos a Valencia.

11 de julio. — El conflicto provocado por las tropas enviadas desde la frontera ha sido utilizado por el doctor Quintero para sus propios fines. Ahora anda diciendo que en Valencia no existe ninguna seguridad para el Gobierno y que cualquier día el Congreso puede ser víctima de una celada. Y a renglón seguido propone a sus compañeros de Congreso el traslado de la capital a Caracas.

27 de julio. — En la sesión de hoy se leyó por Secretaría una nota del General Santiago Mariño, escrita en tono exageradamente fuerte, irrespetuoso para la representación nacional. La nota se refiere a los recientes sucesos de Occidente y a la orden de disolución de las tropas que envió Mariño desde la frontera con la Nueva Granada. El señor Díaz propuso que el Congreso ocupara dignamente su puesto o que se disolviera. Pero al final triunfó la proposición Fortique de acuerdo con la cual el Congreso expresaría su convicción de que en el futuro el Gobierno sabría hacer respetar los fueros del Parlamento.

21 de septiembre. — Parece que hoy quedará definitivamente sancionada la Constitución. Y que va a decidirse el futuro del doctor Peña. Existen dos proposiciones del grupo caraqueño igualmente orientadas a liquidar el largo predominio del valenciano en la política venezolana. Desde 1826, Peña es el civil más poderoso. Pero si una de estas proposiciones triunfa, empezará el descenso de su buena estrella. La primera busca excluir del ejercicio de cualquier cargo público durante el primer período constitucional a todos los miembros del Congreso, y la otra se refiere al traslado de la capital y del Gobierno a Caracas.

23 de septiembre. — Ayer quedó sancionada la Constitución y resuelto el interrogante que colgaba sobre la personalidad política del

doctor Peña. Era una batalla decisiva y dio oportunidad al valenciano para pronunciar la oración más brillante en su larga carrera parlamentaria.

Ya se habían aprobado todos los artículos de la nueva Carta cuando se presentó la disposición transitoria cuya intención no era otra que cerrarle el camino al doctor Peña. La moción decía: "Los miembros todos del actual Congreso Constituyente en testimonio de su desinterés y abnegación resuelven y declaran que no admitirán puesto alguno en el servicio público durante el primer período constitucional".

La sesión que había comenzado en las primeras horas de la mañana se prolongó hasta la noche. Hablaron en favor de la proposición Vargas, Narvarte, Fortique, Picón, Quintero, Ayala, todos, hasta quienes nunca habían hecho uso de la palabra. Todos, menos Peña que presidía la sesión.

Todos creían que Peña se rendía, menos él. Cuando se esperaba que agotado ya el turno de los diputados iba a agitar la campanilla para declarar por terminado el debate, se levantó. Y con voz muy pausada comenzó diciendo que aquella era una decisión irrevocable del Congreso ante la cual ni quería, ni podía, ni debía sino inclinar la frente, habituado a obedecer las leyes y hacerlas acatar.

Y agregaba Peña: tanto más cuanto ese acuerdo unánime no sólo aparece inspirado por el más puro patriotismo sino que ofrece a la República una lección, un ejemplo saludable de heroico desprendimiento y de noble abnegación.

Reunido en este santuario —continuaba Peña— tantas y tan bien escogidas lumbreras de la patria, tan notorias y múltiples aptitudes, tantas y tan probadas cualidades, ofrecerlo todo junto ante el altar de la Patria, parece que es trepar al pináculo de esa eminencia que llamamos honor para adorar con más solemnidad a la Patria.

Todos creían que Peña había concluido y que aquellas frases no eran sino una simple aceptación de su derrota. Quintero siempre tan áspero, dejaba jugar una sonrisa entre sus labios apretados. Fortique inquieto quería adivinar la satisfacción en el rostro de Urbaneja. Pero de pronto Miguel Peña eleva el tono de su voz, enarbola el brazo en un gesto de afirmación y desafío y dice:

Pero, no, señores, no. Este Miguel Peña se atreve a disentir de vuestras opiniones y a no firmar ese acuerdo. Quien así lo hace es aquel

Miguel Peña que casi imberbe y en la primera tribuna levantada en América a la libertad, al lado de Miranda, de Bolívar, de Espejo y de Paúl se entrega en cuerpo y alma, cerrados los ojos y para siempre al servicio de la Patria. El que ha atravesado esos quince años de infortunios, desastres y triunfos siempre los ojos cerrados obedeciendo al impulso de la conciencia y entregado a la salud de la Patria; ¿y sería que hoy ante la oscuridad del porvenir, retrocediera un solo paso sin cometer traición a esa misma conciencia, sin apostatar de su religión política, sin avergonzarse de sí mismo? ¡Cómo! ¿Al tiempo que iría yo a firmar con mis H. colegas el Código Fundamental del Estado, decálogo de los derechos y deberes de los compatriotas, imponiéndoles sin excepción el sacrificio del reposo, de la hacienda y de la sangre, habría yo de firmar mi propia excepción de esos deberes? ¿Habría yo, el apóstol de la igualdad, de constituirme en un ser privilegiado? Me encantaría en toda otra ocasión verme asociado a tan escogido conjunto de capacidades y virtudes cívicas, pero no dejar de ser quien soy. ¿Yo a estas horas el aristócrata? ¿Yo el privilegiado? ¡Yo apostatando de mí mismo dejando de ser el Miguel Peña de veinte años, sería acreedor a mi propia abominación!

¿Desde cuándo, señores, ha sido honroso negar el hombre sus servicios a la Patria? ¿Con cuál título, con cuáles plausibles motivos pasaría yo a ser uno de los poquísimos que gozando de todos los derechos constitucionales estuviese exento de los más altos y sagrados deberes y esto en mandamiento a mi propia autoridad que nadie ha podido negarme? Mi abnegación, señores, se comprobará sirviendo a la magistratura o en el campamento, olvidándome de mí para servir a la Patria. Es muy tarde, señores, para emprender otro camino, para pertenecer a otra escuela, para hacer otra figura entre mis compatriotas que la de un esclavo de los principios, para tener perfecto derecho a gozar del imperio de mis derechos”.

Cuando Peña concluyó su oración, un inmenso silencio envolvía la Asamblea. Para romper la muda e impresionante escena se elevó la voz del Secretario, Rafael Acevedo: “Los ciudadanos diputados que estén por la aprobación de la disposición transitoria que lo manifiesten poniéndose de pie”. Pasaron los segundos y los congresantes seguían como amarrados en sus asientos. Nadie hablaba, nadie se movía. Volvió a elevarse la voz de Acevedo; con el mismo resultado.

Entonces se levantó Miguel Peña para decir en voz muy clara y pausada: "Está negada la disposición transitoria por el voto unánime del Congreso". Sin comentarios, todos los diputados fueron desfilando por las calles oscuras de Valencia.

27 de septiembre. — Hoy concurrieron el General Páez y el Licenciado Urbaneja al Congreso a prestar juramento como Presidente y Vicepresidente de la República, respectivamente. El doctor Peña saludó al General en un discurso muy florido en el cual le llamó hombre elegido por la Providencia.

6 de octubre. — El Congreso está a punto de terminar sus labores. Hoy ganó el doctor Peña una nueva batalla. La capital de la República se queda provisionalmente en Valencia.

13 de octubre. — Hoy ha sido un día de agitación, discursos, comentarios y carreras en el seno del Congreso. El General Páez nuevamente ha manifestado sus deseos de abandonar el mando y el Congreso está empeñado en que no lo haga. Las cosas pasaron así: debido a la intranquilidad en que se vive y a las amenazas de invasión y levantamientos, el Congreso votó recursos, decretos, proscripciones, aumentó el pie de ejército y otorgó al Presidente facultad para mandarlo en persona. Esto último dio ocasión para que el General enviara ante el Congreso al Secretario de Guerra y Marina, General Mariño, como portador de un Mensaje y junto con éste la lanza con que había combatido a los enemigos de la Patria y la espada que había ceñido como Jefe de la misma. Toda una simbólica renuncia al mando.

Mariño llegó al Congreso y después de hacer entrega del mensaje dijo que a las puertas de la Asamblea estaban la lanza y la espada. Una Comisión cargó las armas hasta la mesa de la Presidencia. El debate fue muy largo, pero monótono. Uno a uno los diputados iban repitiendo lo mismo. Que las armas se devolvieran a su dueño y que se le expresaran "los sentimientos que había causado en el Congreso su gesto lleno de desprendimiento, de moderación y de civismo".

Retornó el mensajero a la casa presidencial, insistió el General en su propósito, insistió el Congreso en su ruego. A media noche todo estaba en calma.

14 de octubre. — Hoy clausuró el Congreso sus sesiones.

1831

18 de marzo. — Por fin pudo reunirse el Congreso. La revolución de Oriente había impedido que se llegara a celebrar la reunión extraordinaria convocada con ocasión de esos mismos acontecimientos. Hoy se instalaron ambas Cámaras. La del Senado la preside el doctor Miguel Peña y la de Diputados el doctor Alejo Fortique. Quintero figura en la mesa directiva de la Cámara de Diputados. Aun cuando es hombre de pocas confidencias, ha dicho públicamente que en esta ocasión sí se llevará la capital a Caracas.

24 de marzo. — Hoy examinó el Senado los registros electorales y practicó el escrutinio ordenado por la Ley de los votos para cargos de Presidente de la República. Salió electo para el primer período constitucional el General José Antonio Páez, por 136 votos. Es seguro que en el escrutinio de los votos para Vicepresidente que se va a efectuar mañana salga vencedor el Licenciado Diego Bautista Urbaneja.

25 de marzo. — Salió elegido Urbaneja, Vicepresidente.

19 de abril. — El General que se juramentó ayer por tercera vez como Presidente va a salir en campaña decidido a poner fin a la confusa situación de Oriente. Nadie entiende lo que está pasando. Monagas que empezó proclamando la Gran Colombia como objetivo de su empresa, ahora está hablando del Estado de Oriente y Mariño que fue enviado a combatir a los revoltosos aparece aliado a ellos. El General ya tiene la autorización del Congreso y saldrá mañana rumbo a Calabozo. Queda encargado del Poder el Vicepresidente Urbaneja.

20 de mayo. — El círculo caraqueño está moviéndose con actividad y cautela increíbles para lograr que antes del regreso del General, el Congreso haya votado el traslado de la capital de la República a Caracas. Quintero les ha asegurado que cuenta con el total respaldo del Vicepresidente. Además parece que día a día, el doctor Peña va perdiendo importancia en el ánimo del General.

30 de mayo. — Quintero, Urbaneja y su gente lograron hoy su propósito. Se llevan la capital para Caracas. Ganaron la batalla por dos votos. El decreto dispone que treinta días después de clausuradas las sesiones del Congreso, el Gobierno Nacional se traslade a Caracas, a cuyo efecto el Ejecutivo mandará a preparar los edificios y enseres necesarios para la instalación de las Cámaras Legislativas y demás oficinas.

15 de junio. — El doctor Peña no irá a Caracas. Sus íntimos acaban de revelar sus planes. Una vez que el Congreso clausure sus labores y el Gobierno se traslade a Caracas se irá a los Estados Unidos en viaje de salud y en aquel país escribirá y publicará sus “Memorias Políticas”. El simple anuncio de estas Memorias pone a cavilar a muchos.

20 de junio. — El Vicepresidente Urbaneja ha sufrido un doloroso accidente. Paseando en mula por los alrededores de la ciudad fue derribado por el animal y se fracturó una pierna.

3 de julio. — Se clausuraron las sesiones del Congreso.

8 de julio. — Las manifestaciones de los diferentes gremios y grupos sociales de Valencia pidiéndole al doctor Peña que no se vaya del país, han continuado. Parece que se trata de un movimiento espontáneo de la ciudad en homenaje a uno de sus mejores hijos. Sin embargo, Quintero dice que son cosas del mismo doctor y en un papel que ha publicado denomina estas manifestaciones locales como el *Corpus del Doctor Peña*.

3 de agosto. — Hoy se fue el Gobierno. El Vicepresidente encargado va a hacer su entrada a Caracas en una camilla y con una pierna fracturada.

15 de septiembre. — El General se va para Caracas a encargarse de la Presidencia. Ha sido llamado con urgencia, pues el Gobierno sabía que se estaba fraguando otra revuelta. El Doctor Peña acompañó al General hasta la salida del cerro los Morros y allí se despidió. El General le dijo: —¿No me acompaña en el viaje, Doctor? Y Peña le respondió: —Soy como el gato, General, que acompaña al amo hasta la puerta de la casa.

1833

9 de febrero. — Las cosas de la política. Para el gobierno que preside el General Páez, la muerte del doctor Peña no significó nada. Ni sus méritos de prócer, ni su contribución a la obra que usufructúa el General han despertado la menor manifestación de condolencia por la muerte del tribuno y jurista. Se comprende que ahora la pasión del Doctor Quintero es la que manda y dispone. Porque Páez les deja hacer a su antojo mientras les necesita. En cambio, la manifestación del pueblo de Valencia es la más grande que se ha visto en muchos años. Ayer

en la tarde, la ciudad sin distinción de castas ni riquezas llevó el cadáver del Doctor Peña, primero, a la iglesia de San Francisco y luego al Cementerio de Morillo.

1881

29 de septiembre. — Hoy es el centenario del natalicio del Doctor Miguel Peña. Y esta mañana en la Placita de la Candelaria, en el barrio en que siempre vivió el tribuno, el Ilustre Americano ha corrido el velo de su estatua. La figura en bronce vuelve a saludar a su ciudad. Guzmán Blanco pronunció el elogio y recordó los largos servicios de Miguel Peña en “la causa y la lucha por la independencia; su gran talento; su potente inteligencia ampliamente cultivada; su brillante capacidad victoriosamente ejercida en las prácticas del parlamento, en las controversias del foro y en las actividades de la magistratura; su dialéctica elocuente, su erudición jurídica y su gallarda preparación literaria”. El Ilustre proclamó en su oración: “Esta estatua no es solamente la gloria de Peña, es tanto o más, la honra del pueblo venezolano”.

1891

Febrero de 1891. — Ha comenzado a circular el libro de Francisco González Guinán titulado: “Un Episodio Histórico. Historia del Gobierno del Doctor Juan Pablo Rojas Paúl”. La obra es una apasionada crónica de la administración de Rojas Paúl, a quien critica por su defeción de las filas del guzmancismo, grupo político que le permitió alcanzar las alturas del poder. El volumen trae un apéndice tan interesante como el libro mismo: la correspondencia sostenida entre Guzmán Blanco y Rojas Paúl. Los antiguzmancistas están furiosos con González Guinán. También el Presidente Andueza Palacio hace ostensible su disgusto por la obra. González Guinán es nieto del doctor Miguel Peña.

9 de abril. — Anoche entre las once y las doce, cuatro hombres derribaron la estatua del doctor Peña que se alzaba en el centro de la Plaza Candelaria. En el silencio de la noche se oían los golpes de la mandarina. Esta mañana el comentario era breve: “Fue por la obra de González Guinán”.

LOS DECRETOS DEL PRESIDENTE PAEZ

En vísperas del centenario del fallecimiento del general José Antonio Páez (6 de mayo de 1873), el Banco Central de Venezuela publicó bajo el título de *Libro de Decretos del Poder Ejecutivo de Venezuela* (Despacho de Interior y Justicia: 1831-1842) un volumen contentivo de los Decretos emanados de la Secretaría de Interior y Justicia durante los años antes señalados. Se transcribieron del libro original con la reproducción de las firmas autógrafas de sus firmantes: José Antonio Páez, Carlos Soublette, José María Vargas, Diego Bautista Urbaneja, Andrés Narvarte, José María Carreño, Antonio Leocadio Guzmán, José Eusebio Gallegos, José Santiago Rodríguez, José Bracho, José Luis Ramos, Felipe Fermín Paúl, Angel Quintero.

El general José Antonio Páez es la figura central y dominante en el tiempo que abarcan los Decretos del volumen que reseñamos.

El material documental reproducido en ese volumen constituye una muy pequeña parte de la totalidad de los decretos dictados durante los tres primeros períodos constitucionales, a raíz de la disolución de Colombia. Están contenidos en un modesto ejemplar, especie de borrador de caja de los usados en esa época con fines comerciales. No podía ser de otra manera. El país estaba empobrecido por la larga guerra de liberación. El Estado, en proceso de organización, no disponía de ingresos apreciables. Además, las gentes que estaban al frente del gobierno, eran en su mayoría oligarcas: comerciantes, herederos de los monopolistas peninsulares o criollos, canastilleros, que no tomaron parte en la lucha independentista, y agricultores medio arruinados por la contienda. Cuando el gobernador de Caracas quiere en 1838 platicar con los electores a fin de atraerlos a la política oficial, les invita individualmente a horas del mediodía y "suplica y espera" de cada uno concurra a su casa de habitación "a tomar una copa de cerveza". Esto lo refiere Tomás Landier. Ni banquetes al aire libre, ni finos licores.

Este libro de decretos es, también a su manera, un tanto peregrino. No ha emprendido largas jornadas, pero sí ha hecho sus viajecillos.

Comenzó a llevarse cuando el gobierno se instaló en la muy noble y muy leal ciudad de Valencia del Rey, capital del flamante Estado. Los decretos copiados se remontan a 1831, lo cual conduce, como de la mano, a esbozar una presunción: hubo un libro de decretos hoy perdido, libro que incluiría parte de los dictados en 1830 y 1831. A lo mejor son varios los libros perdidos, ya que a lo largo de nuestra vida republicana fueron los congresos de esos dos años los que aprobaron mayor número de leyes, acuerdos y resoluciones.

Extrañará al observador no encontrar ninguna referencia a la muerte del doctor Miguel Peña, Secretario que fue del Interior y Justicia. Esto nos confirma en la suposición de que hubo otro tomo de decretos, paralelo al que se publica ahora, y posiblemente perdido.

La letra de los amanuenses que escriben estos decretos es cuidada. A veces la adornan. Son letras trazadas sin apresuramiento. Los decretos están firmados por Páez, Vargas, Soubllette, Urbaneja, Narvarte, Carreño. El libro, marcado como el primero, es, apenas, el de una de las mesas o direcciones del Despacho del Interior y Justicia.

Los decretos son refrendados por los titulares del Despacho o por quienes hacen sus veces: Antonio Leocadio Guzmán, Diego Bautista Urbaneja, José Eusebio Gallegos, José Santiago Rodríguez, Andrés Narvarte, José Bracho, Ramón Yépez, Felipe Fermín de Paúl, José Luis Ramos, Angel Quintero...

Las firmas sugieren curiosos comentarios. En las de unos, como José Eusebio Gallegos o de Paúl, se destacan las complicadas rúbricas que hacían las delicias de los funcionarios coloniales. La de Yépez, por las volutas, semeja la obra de un herrero. Mayor o menor, siempre, siempre, aparece exactamente igual. Al verla se nos antoja que su autor es un hombre frío, calculador. Este supuesto modo de ser nos explicaría por qué don Ramón llega a tener entre sus manos todas las carteras ministeriales. En esto precedió a Pedro José Rojas.

De tantas heridas como le adornaban, el general José María Carreño era una especie de extraño ser humano, reconstruido por la habilidad de los cirujanos. En 1842, al ser trasladados los restos del Libertador a su ciudad natal, el vecindario capitalino aseguraba que los de Carreño acompañaban a los de Bolívar. Este, en carta a Santander (Guayaquil a 29-III-1823) le decía refiriéndose a Carreño que era "un

pequeño grande hombre para gobernar". Su larga actuación confirmaría la apreciación bolivariana. La firma deja entrever que era mesurado, sin esas grandes pasiones que desbordan propósitos. Todas las letras están como trazadas entre dos renglones ideales, sin que una sobresalga a la otra.

Angel Quintero al estampar su nombre y apellido intenta ganar altura. Es de trazos firmes y, aun cuando es de audaces la sinceridad, ésta sugiere que su autor tiene mucha trastienda, infinitas cosas que ocultar, pues solamente abrevia la *e* final de su apelativo. Hombre así algo habría de esconder.

A Diego Bautista Urbaneja, insustituible Secretario del Interior y Justicia desde 1819, le gusta la minuciosidad. Es partidario de que las cosas se hagan bien. La suya es una firma que quisiera recatarse a la curiosidad. Pasar con disimulo. Quedarse entre bastidores. La rúbrica es casi un ocho trazado en sentido horizontal. Don Diego Bautista mira más allá del horizonte; otea el último confín. Por mirar a distancia será el único que demostrará cordura cuando metido el gobierno en un mal paso institucional, todos solicitaran de su cauta sabiduría solución adecuada a la situación imprevista.

Con el fin de lograr algunas ventajas sobre los realistas del Sur se le ocurrió a Bolívar hacer llegar hasta las filas contrarias correspondencia falsificada, suponiéndola emanada de oficiales patriotas y preparada de acuerdo a sus instrucciones. Ya en este camino le advirtió a Santander: "La firma de Páez es muy fácil de fingir" (Popayán a 29-I-1822). Es una firma clara, muy ajena al espíritu de su autor. La rúbrica, sencilla, semejan dos lanzas enristradas, esas lanzas que apuntalaron su gloria y lo llevaron por caminos contrapuestos.

El segundo presidente constitucional de Venezuela firma con brevedad: "José Vargas". Una firma corta, como su fugaz actuación en la suprema magistratura. Y sugiere la primera que estampó, al retornar del breve exilio que le impusieron los reformistas, una especie de angustia, una emoción indefinible, debida posiblemente a las circunstancias en que se efectuaba su retorno al país y al poder.

Si se va a enjuiciar al Licenciado José Santiago Rodríguez por la firma es difícil forjarse un retrato exacto del personaje. Ni siquiera aproximado. Es un hombre metódico este letrado de dilatada actuación

pública. Tal pudiera deducirse de los rasgos y de su tamaño, con sus letras como semillas de pitahaya. Es una firma pequeña, cual la de Carreño o de Urbaneja. En cambio, el personaje era de elevada estatura.

La rúbrica de Guzmán es una perfecta elipse, a veces sin cerrar. Las letras de la firma, agudas como sus intenciones. Letras y rúbrica tienen cierta evidente conexión con la vida del personaje. Tal vez Ramón Díaz Sánchez derivó de la rúbrica el subtítulo de su excelente biografía. Para Guzmán están que ni de perlas unos versos de Antonio Machado: "Mi historia, algunas cosas que recordar no quiero". Eran muchas las que don Antonio Leocadio tenía que dejar en el fondo de su porsiacaso.

* * *

La época que cubren estos decretos corresponde a una de las dos fases del régimen oligarca. Ambas, pese a cuanto se ha escrito sobre ellas, son poco menos que desconocidas en grandes tramos o han sido deformadas en buena parte por los testigos que escribieron sobre ellas o por obra de los intérpretes posteriores. No la calificamos de fundamental porque resulta pueril. Todas las épocas de un pueblo son fundamentales, tanto aquellas en las que se desbordó la energía, como las de silencio y preparación interna, tanto aquéllas que corresponden a su formación como estas otras en que nos ha tocado vivir. Inclusive, no pocos de los temas políticos que agitaron polémicas en esos años aurores hoy también constituyen motivos para los discursos políticos. Pasan los hombres, se transforman los escenarios, mas las palabras conservan su mágica atracción.

La preocupación por la tierra y sus gentes era idéntica a la de ahora. "Patria vieja" o "patria boba" y "patria caribe", siempre es la misma "madre patria" que decía Bolívar en cartas a Santander (3-VII-1823) y a Páez (29-I-1828)). Y este concepto de "madre patria" bolivariano, el único exacto, nada tiene que ver con el posterior y acomodaticio del hispanismo o de la hispanidad. La madre patria es una y a ella debemos lo mejor de nuestro afecto y los mayores sacrificios. "Buenos" o "malos hijos de la Patria", ¿todos no han dado su cuota de pasión por ella? Ahí van, sombras de su muerte, los vencidos de Guaparo, Paso Real, Urica o Puerto Cabello; ahí van quienes siguen al "indio" Rangel y a Ezequiel Zamora; ahí va ese triste y melancólico Rafael Flores. ¿Son

acaso, peores que sus vencedores o jueces? Todos sienten la tierra, aun cuando su savia palpita en unos y otros a ritmos diferentes.

En el ánimo de los personajes, así como en el colectivo, se van sucediendo insensiblemente diversas transformaciones, sobre las cuales poco se insiste o se disimulan. Páez tuvo fama de generoso, de magnánimo. No como el Libertador, sino en el sentido de no ser muy dado a derramar sangre inútilmente. El mismo Páez refiere en una página que tiene cierto sabor bíblico su encuentro con los reformistas del general Pedro Alcántara:

derra-

En el sitio de las Lagunetas donde se vio obligado a hacer frente con todas sus fuerzas, nos pusimos al habla y con el mayor empeño e insistencia le exhorté a que se rindiera para evitar el doloroso lance de una sangrienta escena.

Era aquella la vez primera que yo iba a hacer armas contra mis hermanos y tal pensamiento me atormentaba horriblemente; rogaba fervorosamente al cielo que se moviese el corazón del enemigo para que no llegase el caso de medir las fuerzas. Yo no quería víctimas a costa del llanto, ni trofeos cubiertos de luto.

El Dios de la Paz oyó mi oración. Accedió Alcántara a mis exhortaciones y no bien lo hubo hecho cuando con toda la fuerza de mis pulmones y poseído de una alegría inexplicable, grité al uno y al otro bando que se postrasen en tierra para dar gracias al Omnipotente por haberme librado del horrible trance de regarla con sangre de hermanos. Todos aquellos hombres, pocos momentos antes dispuestos a luchar con el valor que caracteriza a los hijos de Venezuela, hincaron la rodilla en tierra y murmuraron fervorosa acción de gracias al Todopoderoso. (*Autobiografía*, 1878, II, 231-232).

No desmentía su magnanimidad, demostrada con el indulto a Piritá, comprobada después en Puerto Cabello. Pero, en Payara, alancea a las derrotadas tropas de Farfán. Luego, en 1847, en un banquete, recibe la cabeza del "indio" Rangel. Más tarde, en la época senil de su dictadura. Olvidemos. Hay un largo trecho de 1835 a 1863. Los odios rompen barreras, eternizan las luchas, acibaran la vida.

Con todo, en aquellos días se luchaba por principios. Así muchos se vieron obligados a combatir en bandos opuestos a sus sentimientos por circunstancias que a veces no nos explicamos cabalmente. Pedro Carujo, Pedro Briceño Méndez y Francisco Conde se dan la mano para combatir a Vargas. Dionisio Cisneros, en cambio, defiende la Constitución.

Tomás Lander da, a veces, con sus contradictorias actitudes no medias vueltas, sino giros completos. Ante el movimiento integracionista, encabezado en 1830 por Monagas. Lander no es ningún apóstol del perdón. Entonces se vuelve airado contra quienes se dicen bolivarianos. El había sido tenaz opositor a Bolívar. Ahora clama:

Si los grandes delitos no se castigan y a la traición, que se ha hecho entre nosotros como de moda, no se pone ya por delante un cadalso para contener sus horribles resultados, la seguridad individual garantizada por la Constitución quedará en meras palabras (Tomás Lander: "La doctrina liberal". En la colección "*Pensamiento Político Venezolano en el Siglo XIX*". Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas, 1961. p. 46).

Fracasada la revolución reformista dicta el gobierno el llamado "decreto monstruo". De un extremo a otro del país se alzan voces que solicitan clemencia para los vencidos. Eusebio Level y Francisco Rodríguez Tosta demandan la amnistía. Lander olvida su posición de 1830 y ahora empuña la pluma y pleno de compunción cristiana le pide a Vargas el 30 de marzo de 1836, la conmutación de todas las sentencias capitales que se impongan por los tribunales a los comprometidos en la revolución del 8 de julio de 1835 o en sus incidencias.

Las fiebres han desolado los valles de Aragua, los llanos de Apure. La amarilla es castigo de las regiones cálidas. El cólera visita periódicamente el país. Sin embargo, el gran culpable de la despoblación del mismo es, según Lander, ese terrible decreto.

Y aquí ocurre un curioso fenómeno que se ha presentado en todos los pueblos y en todos los tiempos. En política nada es durable, nada inalterable. Condición de lo político la permanente mutación, la variación constante, la inestabilidad. Muchas conmutaciones de esta época se vuelven decretos de expulsión perpetua. La expulsión perpetua se hace casi una institución. Antonio Leocadio Guzmán será expulsado a perpetuidad. Hay mandatarios que se olvidan del formulismo legal y obligan a sus adversarios a dejar la Patria *sine die*. Serán ciudadanos que permanecerán lejos del lar mientras el mandatario ejerza su poder omnímodo. Si la pena impuesta es el resultado de un acto legal, la perpetuidad es apenas transitoria. Simple figura retórica. El cardenal Mazarino fue expulsado de Francia perpetuamente en 1651; al poco tiempo retornaba con un poder igual o mayor. Tarde o temprano los reformistas volvie-

ron al hogar y Guzmán, a los pocos meses de expulsado perpetuamente, regresó para ocupar la vicepresidencia de la República.

Y puesto que nombramos al personaje debemos referirnos a un hecho que no tiene ninguna relación con los decretos recogidos en este volumen. El 24 de agosto de 1840 se publica el primer número de "El Venezolano". Señaló Lenin que en torno a un periódico podía estructurarse un movimiento político revolucionario. Antonio Leocadio, antes que Lenin, desarrolló la táctica y en torno a su periódico logró dos objetivos: organizar el Partido Liberal hasta transformarlo en una organización eficiente y combativa y producir una crisis de tal magnitud en la oligarquía imperante que facilitó la aparición de la anarquía en sus filas y contribuyó a la larga a su estrepitoso derrumbe. Las declaraciones de Ezequiel Zamora, luego de su derrota en 1848, son reveladoras de la influencia de la prensa guzmancista en el despertar de la conciencia democrática popular.

La aparición de "El Venezolano" es decisiva en esa etapa. Pero con anterioridad a su salida se había ido generando en el país un estado de ánimo en torno a determinados problemas, al cual sirvió de canal ese periódico.

Esa transformación anímica del carácter colectivo lo apunta González Guinán, aun cuando no entre en detalles sobre los rasgos que la caracterizan. El historiador se limita a destacar el fenómeno que está ocurriendo:

Ya en 1839 las cosas variaban de aspecto porque la vida pública atraía a las inteligencias y a los hombres de acción. El espíritu de innovación abría campo por entre las capas sociales, así como las tendencias de renovación encontraron voluntades que se pusiesen a su servicio. El pueblo mismo buscaba novedades y no se sentía inclinado a seguir prodigando sus aplausos a los mismos hombres (*"Historia contemporánea de Venezuela"* Caracas 1954, tomo III, p. 11).

No diremos que a consecuencia del reformismo se regaron terribles semillas que después darían cosecha de desventuras y el rencor de los vencedores, recogido en el decreto de 19-III-1836, abonaría las pasiones que consumieron el esfuerzo nacional en los días de agonía de la "guerra de los cinco años".

Hay una aparente regularidad constitucional entre 1830 y 1857. La misma carta fundamental se mantiene durante el gobierno de las

oligarquías sin sufrir modificaciones. Es una regularidad ficticia. Quienes profundicen en el estudio de ese tiempo advierten manifestaciones críticas en todas las ramas de la actividad política, social y económica. No son solamente las reiteradas turbulencias militares, los conatos de rebelión de las esclavitudes, el clamor de los marginados por obra de los decretos restrictivos de derechos políticos o el sistema electoral censitario, las provincias que aspiraban a una autonomía que lindaba a veces con la disgregación nacional, sino también la pobreza de la industria nacional, la miseria del Estado para poder atender elementales necesidades públicas, la ignorancia de la población, la ausencia de comunicaciones internas, las calamidades naturales, las epidemias y epizootias y la crisis económica casi crónica, agravada por la repercusión de las europeas y angloamericanas a partir de 1837.

* * *

Si revisásemos las obras que se han escrito sobre la época que nos ocupa, encontraríamos que aun cuando ofrezcan un rico acervo documental en algunas ocasiones, las consideraríamos como la labor rendida por cronólogos y desde un ángulo casi anecdótico, dejando en blanco lo esencial o lo determinante. Sirven esas obras más bien como a manera de materiales para reescribir nuestra historia con la ayuda de la documentación que hoy poseemos y aquellos historiadores desconocieron o no tuvieron a mano. Como en los mapas antiguos, nuestra historia ofrece grandes espacios vacíos de información o con información deficiente. Sobre el reformismo de 1835, su formación, desarrollo y fin, tenemos escasos datos y hasta contradictorios. Nadie ha ido a los archivos a investigarlo con el cuidado que requiere ese movimiento.

En relación con la situación económica en aquellas décadas, la ignorancia es mayor. Casi supina. No se han investigado las doctrinas económicas que influyen en las concepciones de nuestros políticos y economistas. Nos hemos limitado a analizar los presupuestos oficiales y alguna que otra ley, prefiriendo ceñirnos al pensamiento de quienes en el pasado las impugnaron por una u otra razón.

Un instrumento tan característicamente liberal como la ley de 10 de abril de 1834, origen de una prolongada polémica, lo estudiamos a través del pensamiento de un conservador como Fermín Toro. ¿Qué motivos indujeron a un liberal como el Licenciado Urbaneja a redactar-

la? ¿Cuáles razones llevaron al grupo legislativo conservador, entre ellos el propio Toro, a darle su aprobación sin discutirla? Recordemos que hombres como Guzmán, Lander y Juan Vicente González consideraban, antes de 1840, ruinoso para la agricultura la ley de manumisión de 1830, pues le restaba brazos a las labores agrícolas. Sin embargo, para 1840 ningún manumiso había alcanzado la libertad por imperio de dicha ley.

* * *

No está dentro de nuestros propósitos encuadrar estos doce años de administración conservadora. Ni siquiera abocetar hechos o sucesos que nos obligarían a extendernos. Hay mucho material aprovechable para evocaciones, para trazar grandes cuadros ambientales. Veríamos al marqués del Toro, en su quinta de Anauco, disparando su cañoncito a cada aniversario del 19 de abril y adquiriendo, al igual de otros caraqueños, plantas exóticas y útiles con el fin de introducir su cultivo en el país. Carujo daría margen a un estudio especial en relación con el trauma que pudo deformar su niñez y convertirlo en un resentido. ¿Imaginamos el asombro de los primeros viajeros que llegaron en carruaje a La Guaira, utilizando el camino carretero abierto durante la administración de Vargas entre la capital y su puerto? ¿Cómo serían los pensamientos y actitudes del católico vecindario en las competencias ocurridas entre el gobierno y el ilustrísimo señor arzobispo doctor Ramón Ignacio Méndez? Vargas irá a Maracay a tratar con Páez, como mucho después, en tiempos del Legalismo y de la Rehabilitación, irían a la misma ciudad varios presidentes a consultar con el caudillo de turno.

No es fácil reconstruir una época, sus inquietudes, sus costumbres. Juan Vicente González se propuso escribir una historia sobre el siglo XVIII venezolano, pues sobrevivían tradiciones al respecto. Pero en los campamentos militares de la guerra magna, en las ciudades sitiadas por uno u otro bando, en las migraciones de las poblaciones aventadas de un lado a otro, fueron enterradas muchas historias y se olvidaron antiguas costumbres. En 1830 encontramos una austeridad que es producto del duro vivir venezolano. Solamente en Tomás Lander hay asomos de buen humor; pero ese humor es muchas veces mordacidad, sátira. Lander observa el carácter adusto de las gentes y propone la introducción de una costumbre francesa que él se permite recomendar: el abrazo de año nuevo.

Una historia en cierto modo adocenada nos hace mirar estos tiempos como si fueran los de una remota y para siempre perdida "edad de oro", una especie de tropical Arcadia en la que nuestros antepasados trabajaban con visión de futuro y los gobernantes vivían ceñidos a las leyes. Obra exclusiva del grupo gobernante, ¿para qué violarlas? Si la necesidad del momento lo impuso, no vacilaron ni un minuto en saltar por sobre los obstáculos. "La Constitución sirve para todo" fue frase que se le escabulló a uno de los personeros de la oligarquía. Y cuando la violencia rompió la continuidad institucional, la voz sibilina dejó escuchar los consejos de la sabiduría política y perentoriamente señaló el camino a seguir: es preciso empatar a la mayor brevedad la arteria constitucional.

Entonces, como hoy, se acuñaban palabras con fines específicos. Las palabras poseen un poder taumatúrgico especial y hasta las disfrazan para ganar ciertos objetivos. A la Constitución de 1830 se la consideraba el Monte Sacro de los venezolanos; no obstante, era indispensable combatirla por no satisfacer las aspiraciones democráticas populares.

Para los discursos políticos estaba el "ágora", así fuese un cercado de cabras. En vez de oradores intervenían los "tribunos del pueblo". Había la moda tribunicia. El ademán tribunicio. "Mítines", "concentraciones" y "líderes" aparecen en la última década del siglo pasado. Todo conspirador era un Catilina. Todo opositor veía en su contrario a un Sila. Hay orfebres y felibres y queman en los altares de las Musas orobias.

De vez en cuando las potencias extranjeras dejan oír sus amenazas a fin de sacarle algo al empobrecido país. Procurar mantenerlo en zozobra es buena política para sus propósitos crematísticos. Un viajero alemán, por su cuenta, se dedica a fabricarle a la Gran Bretaña los límites guayaneses. También cuentan para sus fines con las islas Antillas que, según las conveniencias de la hora, acuerdan cierta seguridad a los conspiradores criollos.

No todo era temor, hambre, calamidades, guerras. No todo eran cadalsos y presidios, sequías, inundaciones o plagas. Mucha gente pensaba que había algo más constructivo que esos discursos bizantinos a que se entregaban en determinadas oportunidades los políticos. Cajigal disfrutaba con las Matemáticas y aconsejaba el estudio de las Ciencias Naturales. Codazzi daba ejemplos prácticos de (las Ciencias) la aplicación de este género de conocimientos. Por la aplicación de las investiga-

ciones históricas otros pensaban en robustecer el espíritu nacional. En las modestas imprentas se reeditaban obras de conocidos autores europeos. Feliciano Montenegro y Colón es un buen ejemplo de los cambios en la conciencia política y de ese género de preocupaciones culturales. Fue realista hasta 1822 y se especializó en materia de archivos, llevándose en 1810 los de la Junta Suprema y en 1820 los de la Gobernación de Maracaibo. En México intentó armar expediciones para libertar a Cuba. De regreso a la Patria encuentra en la docencia la vocación definitiva. Fundó un excelente establecimiento educativo. Publicó para uso de sus alumnos, la primera geografía e historia del país. Finalmente, se convenció de que las maneras sociales tienen una gran influencia en la vida de las sociedades y procuró combatir la brusquedad criolla mediante el "Manual de buenas crianzas" que redactó.

No pocos venezolanos se dedicaban a experimentaciones agrícolas e industriales, asesorados, cuando lo requerían, por la Sociedad de Amigos del País. Unas veces se pensaba en la siembra de peces en el lago de Valencia; en otras, implantar determinados cultivos, como el de una cierta planta, eficaz específico contra la lepra; ya, en fin, en mejorar especies locales. No todo era miel sobre hojuelas y por ignorancia provocaban verdaderas catástrofes, como cuando a un cierto agricultor de Barlovento se le ocurrió introducir en 1824 un tipo de cacao de Trinidad, con el objeto de aumentar el producto de la variedad criolla.

* * *

En extremo reducidas fueron las rentas de que dispuso el gobierno nacional en la etapa 1830-1858, para adelantar la inmensa empresa que reclamaba el país, sumido en la miseria a consecuencia de la prolongada guerra de liberación anticolonialista, con la crisis económica subsiguiente, epidemias, epizootias y desastres provocados por la Naturaleza. En la medida de lo posible, de acuerdo con relatos de algunos viajeros que visitaron el país y de las inseguras y reducidas informaciones de carácter estadístico, relaciones de gobernadores provinciales, resultados de las visitas de éstos a sus respectivas jurisdicciones o noticias de prensa, el pueblo respondió a las exigencias de la situación y en algunas zonas la población se enfrentó con entusiasmo a los dilemas que se derivaban de la reconstrucción.

Había voluntad para emprender la obra y los particulares no vacilaron en ofrecer su aporte. Todos habían dado su contribución para transformar en realidad los proyectos lancasterianos en 1824. Baralt y Codazzi dan cima a sus obras en medio de extremada penuria. Cajigal, Vargas o Montenegro aportan de sus propios peculios para la adquisición de útiles de enseñanza o instrumentación científica. Los Tovar, que en tiempos coloniales habían hecho cesión de tierras a la pequeña comunidad de Mamporal, ahora donarán vastas extensiones para la fundación de una colonia de inmigrantes.

Pero, hay tres aspectos en la actividad oficial, sobre los cuales es preciso extendernos en algunas consideraciones, pues independientemente de la orientación político-doctrinaria de aquellos regímenes revelan la honda preocupación que animaba a los dirigentes políticos de aquellos días por llevar a cabo las tareas que se les reclamaba por la colectividad dentro de las escasas posibilidades económicas de que adolecía el nuevo estado.

De 1830 a 1842 los ingresos fiscales apenas si alcanzaron la cantidad de Bs. 99.618.000,00. El país, en cambio, salvo Puerto Cabello, carecía de verdaderos puertos; de vías de comunicación; de institutos asistenciales; de establecimientos educativos; sobre él pesaba una gran deuda y la agricultura y la ganadería aún no se habían recuperado de las pérdidas inevitables en una larga etapa de turbulencias bélicas. No es posible olvidar en este cuadro dramático que los absolutistas habían hecho una guerra de tierra arrasada por cálculo y los patriotas por desesperación o necesidad.

No vamos a tratar de la educación en tiempos coloniales, ni menos a redactar su historia después de la independencia. No obstante hemos de tratar de la trascendencia del pensamiento pedagógico bolivariano. En el proyecto de constitución presentado al Congreso de 1819, reunido en Angostura, así como en el discurso que le precede, el Libertador señaló como una de las funciones primordiales del Estado democrático, la docente. Ni los antibolivarianos temperamentales de los congresos colombianos hasta el de 1830, ni Ángel Quintero, ni los bolivarianos por cálculo político, como Páez y quienes lo auparon después de 1830, ni los bolivarianos al estilo de José María Vargas, se sustrajeron a esa influencia. Y cada uno, en el marco de sus respectivas actitudes, pusieron empeño en destacar la importancia de la tarea docente.

El régimen colonial se ocupó muy poco de la organización educativa o de su extensión, dejando la primaria al cuidado de los cabildos y los particulares. La llamada educación media no existió y la universitaria se vio muy constreñida por la carencia de fondos y las limitaciones doctrinarias que imponía la tiranía del plan de estudios.

En el marco temporal que abarcan los decretos contenidos en este volumen, la problemática educativa fue expuesta tanto por Cajigal como por Baralt y Vargas o Montenegro Colón. El resultado de la labor educativa en el período señalado la condensan Páez, en un capítulo de su *Autobiografía*, y Codazzi en un apartado de su obra geográfica.

A falta de una legislación propia y adecuada, el Estado venezolano utilizó las leyes colombianas de 18-III-1826, sobre organización de la instrucción pública en la república y formación del correspondiente plan de estudios. Esa legislación colombiana, apagado eco de los principios propugnados por Bolívar en Angostura, establecía en el artículo 5, capítulo I:

La enseñanza pública gratuita, común y uniforme en toda Colombia, arreglándose al presente decreto todos los establecimientos de estudios y educación pública que estén bajo la inspección del Gobierno.

Este principio esencial de la gratuidad, que repercutirá en los ensayos de Cajigal y Vargas, quedará como una extrañable aspiración popular hasta los días de Guzmán Blanco y el actual régimen democrático. Fue Guzmán Blanco quien por el decreto de 27-VI-1870 dio forma legal al propósito de la ley de 1826 y fueron los gobiernos democráticos contemporáneos quienes dedicaron al desarrollo educativo los mayores recursos económicos y técnicos de que ha sido objeto la educación a lo largo de la historia del país, recursos que en tiempo del presidente Leoni llegaron a representar un 17% del total del presupuesto nacional, porcentaje apreciable si se tiene en cuenta que las últimas dictaduras, 1909-1935 y 1949-1957, solamente destinaron a la educación el 5% del total del presupuesto nacional.

Esta ley de 1826 determinó (Cap. I, art. 2º) que "la instrucción general se distribuiría en escuelas de enseñanza primaria y elemental en

las parroquias y cabeceras de cantón y en colegios nacionales y en los de enseñanza de ciencias generales y especiales en las universidades departamentales y centrales". Las escuelas primarias serían sostenidas por las municipalidades o por la aplicación de los fondos (censos) que hayan sido destinados a este efecto en cada parroquia (Cap. XII, art. 72), las cuales funcionarán en "los edificios de los conventos suprimidos u otros nacionales que sean a propósito" (art. 73). De acuerdo con el art. 40, Cap. VI, "el gobierno promoverá el establecimiento de Colegios Nacionales y casas de educación pública, procurando que se establezcan, a lo menos, en las capitales de provincia y se multipliquen en los pueblos donde residan las universidades". Para atender la materia educativa se creaba en la capital de la república (Cap. II, art. 6) "una Dirección General de Instrucción Pública que, bajo la inmediata autoridad del gobierno, vele sobre todos los objetos que le encarga el presente arreglo".

Codazzi, en 1841, dio un resumen de la situación educativa del país para el año de 1839. Escribió el geógrafo:

El gobierno de Colombia había ya designado los bienes de los conventos para la educación de la juventud y el gobierno de Venezuela ha hecho después todos los esfuerzos para que se difundiera la enseñanza en la masa de la población y al efecto ha establecido ya once colegios en Cumaná, Valencia, Guanare, Barquisimeto, Tocuyo, Trujillo, Coro, Maracaibo, Guayana, Margarita y Calabozo.

Existen las universidades de Caracas y Mérida bajo un pie muy diferente de como las tenía el gobierno español. También hay una academia militar, en la que se enseñan las matemáticas en todos sus ramos, la fortificación, artillería, dibujo, etc. . . , que viene a ser un plantel de oficiales ilustrados. Los establecimientos privados que existen en Caracas son dos colegios que sobrepujan a los que hay de este género en toda la república, el Colegio de la Independencia y el de la Paz, además dos casas de educación para niñas muy bien regidas. La Dirección de Estudios, formada hace poco tiempo, ha pedido una ley sobre las escuelas primarias, a fin de que no haya parroquia sin esta enseñanza, pues cuenta toda la república un sólo individuo por cada 114, cuando la Nueva Granada cuenta uno por cada 80. Verdad es que de 525 parroquias hay 404 sin ningún establecimiento público de instrucción primaria.

Completaba Codazzi sus informes así: 125 escuelas primarias para niños y 33 para niñas; 47 escuelas privadas para niños y 39 para niñas. A las escuelas públicas asistían 5.568 niños y 388 niñas; a las privadas 1.297 niños y 892 niñas. La población total de la república ascendía a 892.933 habitantes. Las parroquias donde funcionaban escuelas alcanzaban a 121 con una población de 432.803 habitantes. La población entre 2 y 14 años representaba más o menos un 34%.

Páez, en la *Autobiografía*, se refiere a vuela pluma a los Colegios Nacionales, cuya creación se dispone en los decretos contenidos en este volumen. Estos colegios fueron los establecidos en Trujillo (20-XI-1832), Margarita (5-VII-1833), El Tocuyo (21-VIII-1833), Coro (28-XI-1833), Cumaná (28-II-1834), Valencia (11-X-1834), Guayana, (8-IV-1834), Barquisimeto (20-I-1835), Maracaibo (2-III-1837), Guanare, (24-IV-1837), Calabozo (13-VI-1839), y Barcelona (20-IV-1842). El 22-IV-1840 se estableció en Caracas un Colegio Nacional para niñas. Es conveniente observar que desde los días de la unión colombiana tuvieron colegios de este tipo Valencia y Guanare, el primero creado por el Congreso de Colombia, aun cuando parece que no llegó a funcionar, y el de Guanare obra del entonces padre Unda.

Páez, sin embargo, en la citada *Autobiografía*, menciona decretos que no figuran en el libro reproducido en este volumen. Así, recuerda que el Constituyente de 1830 se ocupó de la Escuela de Matemáticas adscrita a la Universidad de Caracas, por lo cual el poder ejecutivo, mediante decreto de 23-X-1831 determinó el establecimiento en la misma Universidad de una academia de Matemáticas "con sus aplicaciones a los trabajos civiles y al arte de la guerra, en la cual se daría un curso previo de educación para los alumnos militares, un curso completo para las aplicaciones a los trabajos civiles y otro para los alumnos militares aspirantes al cuerpo de ingenieros". Esta academia, bajo la dirección del eminente Juan Manuel Cajigal, funcionó en un edificio situado en la esquina de Salvador de León. Su desarrollo lo conocemos por los informes académicos de su propio director.

Cuando Lancaster llegó a Caracas con sus proyectos reformistas en materia educativa, contribuyó el Libertador a esos propósitos con una importante suma y la contribución solicitada entre quienes se interesasen por el proyecto produjo una suma superior a los veinte mil pesos. Páez, en la *Autobiografía*, anotó que en 1833 "dio una circular nombrando patronos de la educación pública a las personas que la

fomentasen con 10 pesos anuales". Es imposible no citar expresamente a Juan Nepomuceno Chávez, quien con su donación hizo posible el funcionamiento del celebrado Colegio que llevó su apellido.

Pero sobre el tema que nos ocupa lo más importante en la *Autobiografía* son las consideraciones del ilustre llanero, las cuales podrían considerarse como la filosofía gubernamental en la materia. Esta sugestiva idea está condicionada por la circunstancia de que Páez redactó esas notas después de conocer las ideas que, sobre gratuidad y obligatoriedad de la educación primaria, había formulado ya Domingo Faustino Sarmiento, diplomático argentino en Washington cuando Páez ya se encontraba en el exilio.

Hay en esta cuestión educativa un aspecto cuya enunciación juzgamos conveniente. El Libertador equiparó en alguna oportunidad refrán y estribillo. Y refrán o estribillo del régimen oligarca fue la carencia de disponibilidades fiscales para atender este tipo de política. No concuerda el aspecto teórico y práctico, representado en la creación de los colegios nacionales y las ideas que se expresaron reiteradamente sobre la necesidad de implantar la primaria en forma gratuita, con la cantinela indicada. Esa carencia de fondos atribuiríase, más bien, a la falta de decisión en arbitrarlos por parte de los hacendistas de entonces, quienes no se atrevieron a gravar la población con tasas impositivas que no se habían establecido hasta entonces, pues de muy diferente manera enfocó el mismo problema el general Guzmán Blanco cuando tuvo que enfrentarse a él.

Para esta época el país había sido saqueado metódicamente por los adversarios en pugna durante los cinco destructores años de la guerra federal; desorganizado en su régimen fiscal por la anarquía administrativa del gobierno presidido por el Mariscal Falcón y asolado nuevamente con las contiendas en escala nacional o regional, desatadas desde el triunfo del general José Tadeo Monagas con la revolución "azul" hasta que el licenciado y general Guzmán Blanco logró implantar una paz precaria. En esta situación de crisis, tanto Guzmán Blanco como el ministro Martín J. Sanavria, lograron asegurar para la educación una renta especial, los timbres fiscales destinados a la "Instrucción Pública", y partidas en el presupuesto, ascendiendo las destinadas a educación a una cantidad entre el 10% y el 13% del total del presupuesto nacional porcentaje que fue disminuyendo en las posteriores administraciones, y solamente superado entre 1946 y 1948 y después de 1958 por la

preocupación de los gobiernos democráticos, llegando la inversión en el ramo, durante la administración del presidente Leoni, a un 17% del total del presupuesto nacional, como lo anotamos antes.

La cuestión inherente a una política demográfica preocupó a los dirigentes políticos venezolanos desde el mismo año 1810 y adquirió gran importancia el debate sobre la misma en los años que promedian entre 1830 y 1847. Luego decae el interés por los asuntos demográficos hasta la época guzmancista. Posteriormente esa preocupación fue extinguiéndose hasta reavivarse en 1936 y adquirir toda su importancia a partir de 1945.

Fue el marqués del Toro en 1811 quien planteó por primera vez el problema colonizador e inmigratorio públicamente, ofreciendo para uno u otro propósito sus tierras de Mocundo. Para el marqués los extranjeros que se asentarían en esas tierras serían españoles antíbonapartistas, preferiblemente núcleos familiares. Bolívar, desde finales de 1813, insistió en ambos temas y al almirante Paulding, en 1824, señaló como fuentes demográficas de la posible inmigración, Inglaterra y Estados Unidos. Consumada la separación de Venezuela de la unión colombiana en 1830, limados los odios que la guerra había suscitado entre venezolanos y españoles, se buscó restablecer la antigua corriente inmigratoria de la época colonial proveniente de las islas Canarias y fue autorizado el poder ejecutivo para diligenciar lo conducente a este propósito.

En la *Autobiografía* trata la cuestión el general Páez en los siguientes términos:

Venezuela, escasa de población a consecuencia de la guerra, abandonado su territorio por muchos de sus hijos, que extraviados se obstinaban en no aceptar una ciudadanía independiente, tenía necesidad premiosa de abrir los puertos a la inmigración extranjera, para tener brazos con que cultivar las riquezas de su fértil territorio, sobrado extenso para admitir el ingreso de la población exuberante de otros puntos. La experiencia había demostrado que los habitantes de las Canarias eran los que con mayores ventajas y con mejores seguridades de buen éxito podían satisfacer los deseos y exigencias de los hacendados y así el Congreso autorizó al Ejecutivo para promover con ofertas generosas la emigración de aquellas islas.

Aclaremos que esos venezolanos "extraviados [que] se obstinaban en no aceptar una ciudadanía independiente" eran aquellos realistas

que, en sucesivas migraciones, desde 1810, habían buscado refugio en las Antillas españolas y en ellas permanecían.

Pero, al mismo tiempo que un sector de la colectividad expresaba sus preferencias por el grupo isleño de origen canario, había otros que como Martín Tovar, Lander o Codazzi, sin oponerse a la política inmigratoria, sostenían ciertas posiciones divergentes del criterio oficial. Lander consideraba necesaria una política de colonización interior a base de nativos, la cual comenzaría a ser aplicada en los valles del Tuy. Codazzi y Tovar, en cambio, mostraban sus preferencias por el establecimiento de una corriente migratoria de origen nórdico, específicamente alemana, pues juzgaban poco conveniente a los intereses del país promover una corriente migratoria predominantemente isleña. Este criterio lo exteriorizó el geógrafo en un informe sobre la materia fechado a 11-XI-1841:

...no se trata de algunos centenares de miserables canarios que cuestan a los especuladores (las compañías de inmigración) doce pesos y les producen cuarenta. Poco importa a estos especuladores en hombres que éstos sean o no de buenas costumbres, sanos y trabajadores, ni que estén bien alimentados a bordo de los buques, pues lo que ellos calculan es el modo de obtener una mayor utilidad sobre cada persona que conducen: así que el pobre agricultor se encuentra por lo regular con hombres perezosos y llenos de vicios, acostumbrados a mendigar el pan de puerta en puerta.

Codazzi consigna en este informe sus ideas sobre lo que él cree debe ser una política inmigratoria de vastos alcances y bien concebida. De creer a sus aseveraciones, las ideas que expone le han sido comunicadas por Boussingault y Humboldt. En todo caso, los propósitos de Tovar y Codazzi pudieron cuajar en una realidad, asentándose los inmigrantes alemanes en las tierras que donó el mismo Tovar, llevando la población allí fundada su apellido.

Con respecto a la población autóctona, aborígen o indígena, el sistema político colonial intentó aplicar diversos medios y siguió tendencias a veces contradictorias desde 1511, cuando fray Antón Montesinos, un día de Navidad, denunció las miserias y crueldades de la conquista en la isla de Santo Domingo. La política colonial prefirió, después del fracaso de las experiencias lascasianas por obra de los mismos conquistadores, dejar la tarea en manos de la iglesia a través de

sus misiones: comunidades franciscana y capuchina, agustinos o dominicos. Los últimos en entregarse a esta labor de catequesis en nuestro territorio fueron los jesuitas, cuyas tareas en nuestro país se encuentran en algunas "Cartas edificantes" y en las obras de Rivero, Cassani, Gumilla o Gilii. Cuando a un pueblo de misión se le consideraba lo suficientemente ejercitado en los usos de la sociedad urbana colonial, pasaba a la jurisdicción civil. Al ocurrir el movimiento del 19-IV-1810 encontramos que la calificación de "indio" se basaba, fundamentalmente, en un concepto económico-cultural:

- a) indios libres de la Real Corona, que no pagaban ninguna capitación;
- b) indios tributarios, quienes moraban en aquellas poblaciones que fueron originariamente misiones y para la época se encontraban bajo la jurisdicción civil;
- c) indios de misión o bajo campana;
- d) indios monteses o salvajes.

La política republicana respecto a los indígenas comienza el mismo año 1810 con la extinción de los tributos, demoras, mitas y demás tasas o pechos atribuidos exclusivamente a los indígenas. La República de Colombia ordenó por ley de 4-X-1821 la extinción de los resguardos mediante *su repartimiento* y les suspendió los tributos que debían pagar; otra del 3-VIII-1824 dispuso se ayudase a las parcialidades que manifestasen deseos de abandonar su vida nómada y la de 1º-V-1826 dispuso que los indígenas de la Guajira gozarían de una protección igual a la de los demás ciudadanos.

Nos sobraría anotar que los indígenas habían contribuido eficazmente a la contienda en uno u otro bando. Con indios de Mucuchíes realizó Bolívar parte de la Campaña Admirable y algunos se distinguieron por su fuerza física y decisión en Niquitao. Hasta la leyenda llegó la figura de uno de esos indios en Tinjacá y su perro "Nevado". Indios caribes del Sur de los llanos de Barcelona sostuvieron la causa de la Independencia con José Tadeo Monagas entre 1814 y 1817. Flecheros indios le dieron el triunfo a Piar en San Félix y con indios exclusivamente formó el Libertador el célebre batallón "Rifles".

Manuel Ballesteros-Gainbrois y Julio Ulloa Suárez, en *Indigenismo americano* (Madrid, 1961) han estudiado parte de la obra llevada a cabo en nuestro país. En lo referente a la oligarquía estos autores se refieren a la ley de 1º-V-1841, que no figura en el libro de

decretos que nos ocupa, inspirada en el derecho indígena expuesto en la Recopilación. Julio Febres Cordero, en un breve ensayo, ha referido la historia de la política indigenista con detalle. Los dos autores citados al comienzo del presente párrafo, al analizar las actitudes asumidas hasta la expresada ley de 1841, concluyen que “la obra así comenzada, no fue seguida con continuidad. Hubo algunos intentos aislados, pero poco se hizo realmente”.

Páez fue el centro de este período que abarcan los decretos reproducidos en el libro editado por el Banco Central. Pero, borremos todo lo atinente al político partidista con sus veleidades e inconsecuencias, fruto de su afán de ejercer el poder supremo en la Patria que él había contribuido a crear. Evoquemos tan sólo a quien en las épocas más difíciles enarboló el pabellón de la independencia, al que le hizo frente a todo el ejército de Morillo en las desoladas llanuras de Apure, al de la toma de Las Flecheras y del asalto al castillo de Puerto Cabello.

II

APROXIMACION A LA HISTORIA RURAL DE VENEZUELA

EL CAMPO Y EL CAMPESINO EN ESTA HISTORIA

Recrear la vida rural venezolana anterior a la guerra federal es tarea difícil debido a la pobreza bibliográfica nacional sobre su discorrir. Las mejores evocaciones sobre esa época las debemos a escritores posteriores. Uslar Pietri, cuyas "Lanzas Coloradas" tienen como marca el horror de las invasiones de Boves; Pocaterra, que en "Patria la mestiza" se ocupa del tiempo en que terminó la guerra de independencia; Gallegos, que en "Pobre Negro" trae el Barlovento de los días de la abolición de la esclavitud y la misma guerra federal.

Pero aquella vida rural es posible reconstruirla, en cierta forma y dentro de determinados límites, mediante el estudio de la actividad campesina hasta el momento en que comienza en el país la explotación petrolera en gran escala, comienzos decisivos que recogen en sendas obras Ramón Díaz Sánchez ("Mene") y Rómulo Gallegos ("Sobre la misma tierra").

No obstante, cualquier reconstrucción es aproximada y depende, sobre todo, de la intención y calidad del intérprete. Para exponerla adecuadamente, en todo caso, imaginemos un arco que comenzando en uno de los extremos con el cultivador comunitario pre-hispánico, ascendiese al encomendero, al latifundista y fuese decayendo con la curvatura del arco a través de la crisis económica que iniciada en 1837, por obra de reiterados ensayos y fracasos políticos, termina en el otro extremo con la tremenda anarquía de 1858.

Ese arco no será una obra limpia, pues ofrecerá remiendos y empates: son las rebeliones o amotinamientos campesinos provocados por la injusticia social y la desigualdad económica derivadas de las crisis foráneas que repercuten desfavorablemente en los precios de los renglones de exportación básicos; ya por la declinación interna de ciertos cultivos que van siendo substituidos por otros; ya, en fin, por los progresos del urbanismo y su inevitable absorción de los núcleos rurales inmediatos.

No siempre hubo campesinos en esta tierra. Hubo agricultores que fueron señores, dueños de haciendas y de vidas en los dos primeros siglos coloniales. Hubo esclavos. Pero el labriego, el propietario libre de pequeño predio, el conchabado o asalariado, el pisatario, ¿cuándo surge como grupo, como sector o como clase? Un dato tan interesante no preocupó a nuestros celosos investigadores y no se va a despejar la incógnita con párrafos elocuentes, con períodos sentimentales. Los indios encomenderos, los que viven bajo la campana, los esclavos manumisos no son campesinos. Pertenecieron a una categoría bien precisa. Fueron meros instrumentos de trabajo del patrono. Semejantes a las bestias de silla. Blancos pobres o de orilla, negros libres, libertos, indios tributarios fueron los elementos que integraron la cantera de la cual se extraerían los campesinos.

Tierra Firme. Era, todavía, la hora de los encomenderos y el trueque constituía la base del modesto comercio colonial. Tampoco había numerario. Al comenzar su giro la Guipuzcoana, la economía colonial experimenta apreciables transformaciones. Hacen su aparición los pequeños cultivadores del cacao. Después vendrán los añileros, los cafetaleros y los trabajadores libres asalariados necesarios. Al rebelarse Juan Francisco de León hay ya campesinos que actúan políticamente como tales frente al monopolio que ejerce el sector comercial. Todo el período que va de la creación de la Guipuzcoana hasta la del Real Consulado debería ser analizado nuevamente bajo todos sus aspectos. Hasta hoy solamente ha sido examinado con criterio estadístico en lo referente al volumen de producción y esto es insuficiente.

A partir de 1728 se desarrolla en nuestro país un extraordinario movimiento económico interno, al cual sirve la Guipuzcoana de acicate. Por obra de la Real Compañía el país entra en el juego político y económico de Occidente. Desde esa fecha se van integrando o cohesionando nuevos grupos sociales y económicos y, al mismo tiempo, van conformando sus respectivas aspiraciones y propósitos no siempre coincidentes.

Como el ámbito del Caribe es el espejo en el que se reflejan las pugnas de las Cortes europeas, la economía vernácula se aprovechó de las coyunturas derivadas de las querellas metropolitanas y los precios remuneradores de los productos coloniales contribuyeron a mejorar el nivel de vida de los agricultores criollos, cualquiera que fuese su condición e independientemente del tamaño de la propiedad. Esto

conllevara una mejoría de las condiciones del campesino en relación con las de los colonos de épocas anteriores.

Pero, en realidad ¿en dónde están esos campesinos? ¿Dónde los encontramos? No en las cifras que laboriosamente levantan los contabilistas de la Guipuzcoana, ni en los estados de cuenta que remitía la Intendencia a la metrópoli. Su presencia está en la agitación popular que promueve el alzamiento de León en Panaquire, en el alzamiento comunero, en la inquietud general de las masas ante el predominio cada vez mayor de los dueños de la tierra y los comerciantes.

Este hombre que sirve al margen de las poblaciones, enflora esperanzas como botones los tallos de la rosalada. Ama la tierra y la acaricia en las siembras. Ve en las plantas los símbolos primarios de su propia existencia. Nace, crece y muere como los árboles. En flor está la hembra. La flor trae el fruto y el fruto la semilla. La mujer le dará hijos. Y así como indaga sobre su destino, así también quiere averiguar por qué crece en el campo recientemente escardado el yagrumo que parece no tener semillas y penetrar el secreto de la clara fuente que mana en el cuenco de la serranía.

*"Y entre musgosas peñas la cascada
arcos descuelga de cristal sonoro,
y agita la espigada
mies el fogoso estío en días de oro".*

Ese hombre quiere la tierra, está pegado al suelo, como la hierba, y la cuida y ha sido el primero y uno de los pocos que en este país en forma callada, silenciosa, de manera obstinada fomentó bosques para que algunos de sus cultivos se diesen más lozanos. Sus mitos y leyendas contribuyen a proteger las selvas y la vida silvestre. Bello, que canta la tierra donde "todo es amor y todo es armonía" es un precursor al reflejar en sus versos la vida del campo criollo. Primero en una hermosa oda de virgiliano tono al Catuche; en las admirables "Silvas" más tarde. Entre una y otras, sus consideraciones en el resumen de la historia de Venezuela, redactado en 1809 para el "Calendario Manual y Guía universal de Forasteros":

"Apenas se conoció bien el cultivo, y la elaboración del añil, se vieron llegar los deliciosos valles de Aragua a un grado de riqueza y población de que apenas habrá ejemplo entre los pueblos más activos e industriosos. Desde La Victoria hasta Valencia no se descubrfa otra

perspectiva que la de la felicidad y la abundancia, y el viajero fatigado de las asperezas de las montañas que separan a este risueño país de la capital, se veía encantado con los placeres de la vida campestre, y acogido en todas partes con la más generosa hospitalidad. Nada hallaba en los valles de Aragua que no le inclinase a hacer más lenta su marcha por ellos: por todas partes veía alternar la elaboración del añil, con la del azúcar: y a cada paso encontraba un propietario americano o un arrendatario vizcaíno, que se disputaban el honor de ofrecerle todas las comodidades que proporciona la economía rural. A impulsos de tan favorables circunstancias se vieron salir de la nada todas las poblaciones que adornan hoy esta privilegiada mansión de la agricultura de Venezuela. La Victoria pasó rápidamente de un mezquino pueblo formado por los indios, los misioneros, y los españoles, que se dispersaron en las minas de Los Teques, a la amena consistencia que tiene actualmente; Maracay que apenas podía aspirar ahora 40 años a la calificación de aldea, goza hoy todas las apariencias y todas las ventajas de un pueblo agricultor, y sus inmediaciones anuncian desde muy lejos al viajero el genio activo de sus habitantes. Turmero ha debido también al cultivo del añil y a las plantaciones de tabaco del Rey, los aumentos que lo hacen figurar entre las principales poblaciones de la gobernación de Caracas: Guacara, San Mateo, Cagua, Güigüe, y otros muchos pueblos aún en la infancia, deben su existencia al influjo del genio agrícola protector de los valles de Aragua; y las orillas del majestuoso Lago de Valencia que señorea esta porción del país de Venezuela, se ven animadas por una agricultura que renovándose todos los años provee en gran parte a la subsistencia de la capital”.

Esta evocación de Bello será tradicional en la literatura nacional hasta por lo menos la cuarta década del presente siglo y el “criollismo” extrae de ella infinitas posibilidades. Todos nuestros novelistas insistieron en el tema bucólico, con alguna que otra pincelada realista, como en “Peonía” y en algunas páginas de José Rafael Pocaterra o Cabrera Malo. Con las inevitables diferencias que impone el carácter personal en cuanto a estilo y las variantes en razón del tiempo en que transcurren las novelas y el paisaje geográfico que les sirve de marco, en todas, sean de Urbaneja Achelpohl, Díaz Rodríguez, Teresa de la Parra, Tulio Fábres Cordero, Mariano Picón Salas o Rómulo Gallegos, la interpretación de la vida campesina apenas si es aridecida por el mayordomo, el jefe civil o el comisario. La intención social solamente aparece en los escri-

tores que se dan a conocer después de 1928, la mayoría de los cuales aprendió en las cárceles de la tiranía gomecista, en el duro trabajo forzado en las carreteras, los elementos que hicieron posible las atormentadas visiones de una Venezuela que apenas había asomado su rostro en algunas obras de Rufino Blanco Fombona y José Rafael Pocaterra.

Aquella vida campesina tan amorosamente esbozada por Andrés Bello, no tuvo después glosadores criollos de calidad hasta casi finalizar el siglo XIX cuando ya el desastre ecológico se perfilaba con destacados contornos en muchas regiones del país. Y resulta más curioso todavía que el campo venezolano, y el hombre que lo habitaba fueron salvados del olvido por viajeros o científicos extranjeros que describieron al uno con emoción, y al otro lo retrataron, acentuando a veces las sombras, con sus virtudes y defectos.

No había caminos, ni comodidades, y, sin embargo, lo recorrieron esos hombres en todos sus sentidos, acomodándose unos a las características ambientales en sus peregrinajes; viviendo otros, como Appun, en condiciones idénticas a las del campesino. Cada uno describe, puede decirse, un país en diferentes épocas: Humboldt y Bonpland en 1800; Depons en 1804; Semple en 1811; Duane en 1822-23; Codazzi en 1840-41; Appun en 1849-50; el Consejero Lisboa en 1852. Costumbres y modos de ser venezolanos desfilan por esas obras. Pero, al lado de ellos, debemos recordar a los artistas plásticos que también nos transmiten su mensaje de esa Venezuela en formación.

Podría realizarse una como introducción al conocimiento histórico del campo y del campesino venezolanos, una breve pincelada evocadora a base de las observaciones de la realidad rural venezolana que con visión bastante objetiva hicieron estos viajeros.

LOS VIAJEROS

La visita de Humboldt

La visita de Humboldt y de Bonpland fue una especie de revelación. El 7 de febrero de 1800 salieron ambos de Caracas y por la vía de La Vega, Antímano y Macarao, camino en construcción, llegaron a

San Pedro. Los Teques era “una aldea bien mísera”. La vía férrea fue trazada 70 años más tarde siguiendo más o menos el antiguo camino colonial. Los ríos de esta vertiente, hoy torrenteras secas en el verano o con muy escaso caudal —cabeceras del Tuy—, en esa época ofrecían en sus cajas un volumen mucho mayor de agua. En tiempos anteriores al Descubrimiento, el Tuy capturó a los afluentes del Aragua en la zona de El Consejo. Esta zona, en realidad, forma parte de los valles de Aragua y así lo entendió Humboldt.

Desde Las Tejerías “se entra en un país ricamente cultivado, poblado de caseríos y villas, entre los que algunos en Europa llevarían el nombre de ciudades. De Este a Oeste, en una distancia de 12 leguas, se hallan La Victoria, San Mateo, Turmero y Maracay que cuentan por todo más de 28.000 habitantes. . . Se cuentan más de 52.000 habitantes en los valles de Aragua sobre una extensión de 13 leguas de largo y 2 de ancho. Es una población relativa de 2.000 almas por legua cuadrada que casi es igual a la de las partes mejor pobladas de Francia”. Esa estimativa de la población procede de Depons, quien señala que en 1786 la población de los valles alcanzaba a 30.795 habitantes; en 1804, a cerca de 50.000.

El viaje lo realizaban pausadamente. El 9 estaban en la hacienda de don José Manterola. Herborizan. El clima es cálido. Disfrutan con las cosas sencillas. “No sé, dice Humboldt, de baños más agradables que los del Tuy, el agua, clara como el cristal se embalsama con el aroma de los lirios que crecen cerca de las corrientes de agua”.

En la hacienda habían abandonado el cultivo del añil por el de la caña en sus tres principales variedades: la criolla, procedente de la India a través de Sicilia, las Canarias y Santo Domingo en los días de la conquista; la de Otajeti o Tahití y la de Batavia. Esa caña de Tahití, introducida desde Trinidad por Simón de Mayora, Martín Iriarte y Andrés Ibarra, fue llevada posteriormente al Nuevo Reino donde se la conoció como “caña solera”. Los tablonés destinados al cañamalar están divididos por hileras de caña brava.

El 11, al rayar el alba, continuaron viaje. Les envolvía el delicioso aroma de grandes liliáceas. Hicieron alto los viajeros en la hacienda de los Monteras. Indicó Aristides Rojas que esta hacienda se llamó “Barrios” y Humboldt olvidó o regaló a sus dueños una brújula que, en 1844, se encontraba en poder de los herederos del señor Domingo

Monzón, vecino de La Victoria. Los viajeros quisieran tener mirada zahorí para observarlo todo, anotarlo todo. Hasta La Victoria les acompañarían los hermanos Monteras. Atraviesan El Mamón o El Consejo, fundado en 1777, lugar de nacimiento de José Rafael Revenga. Les pareció "lindo" el pueblo, donde veneran la imagen de una milagrosa virgencita.

Al abandonar la cuenca del Tuy hay primorosos cultivos. A medida que se acercaban a la población del Calanche había mayor actividad agrícola. Ahora, campos de trigo, tablonos de cañas, ventanas de cafetos, hilos de bananeros. Humboldt anotó:

Con excepción del interior de la isla de Cuba (distrito de las 4 villas) no se encuentra casi en otra parte, en la región equinoccial de las colonias españolas, los cereales de Europa cultivados en grande en una región tan poco elevada... Aquí, como en Buenos Aires, el producto medio es dos o tres veces mayor que el de los países del Norte.

Calcula que La Victoria y San Mateo producen 4.000 quintales anuales de trigo. La actividad local ha llevado aparejada una evolución en el proceso urbano. En 1764, cuando era su teniente don Juan Vicente Bolívar, la población se aproximaba a unos 1.600 vecinos. Humboldt le da una población de unos 7.000 vecinos. Depons indica para 1804 la de 7.000 habitantes. De La Victoria parte el camino que lleva a Puerto Cabello y otro que por el Pao de Zárate y Suata a Cagua encamina a La Villa y los llanos.

Desde la Colina de El Calvario, cual si fuese un tapiz extendido a sus pies, se extienden pequeñas huertas, extensas zonas cultivadas con esmero, caseríos, granjas, boscajes. En San Mateo, "los últimos trigales y los últimos molinos de ruedas hidráulicas horizontales". San Mateo, como Turmero o Maracay, es pueblo "encantador".

Para llegar a Turmero recorrerán cuatro leguas. La población presenta en su planta figura de damero. El templo, suntuoso, aunque churrigueresco. Aquí presenciarán una reunión de las milicias coloniales de La Victoria y Turmero.

"Paya" y "Guayabita" son hermosas haciendas de caña. En esta última había sido cateado mineral de hierro. Al otro lado de las montañas, sobre el mar, la obra pía de Chuao. En la casa de la hacienda "La Concepción", cercana a Turmero, permanecerán varias horas. En la

mansión había escogida colección de libros. Sombra y frescor venían de un bosque de *quiguas* o *tiguas*.

A una legua de Turmero intriga a los viajeros un montículo a lo lejos; pero "no es una colina, ni un grupo de árboles muy juntos, sino un solo árbol, el famoso *Samán de Güere*, conocido en toda la provincia por la enorme extensión de sus ramas que forman una copia hemisférica de 576 pies de circunferencia... su verdadera belleza consiste en la forma general de su copa".

Supone que el árbol pueda tener la misma edad que el drago de la Orotava. Los indios, principalmente, lo tienen en gran veneración. Nuestro pueblo, en algunas regiones, asocia el samán al mundo de lo sobrenatural e imagina que los fantasmas gustan de su sombra.

Maracay era el centro del comercio del añil. Tenía en 1795, 6.000 habitantes y unas 79 tiendas. Las casas, de tapia. A la ciudad llegan los viajeros muy avanzada la tarde. Las personas a quienes estaban recomendadas para que les asistiesen con el alojamiento, se encontraban ausentes. Pero todo el vecindario se ofreció para alojarlos. Al fin se hospedaron en la casa de familia del isleño don Alejandro González. Este le hace declarar a Humboldt:

...se ha dicho muchas veces, pero siempre siente el viajero nueva ocasión de repetirlo: las colonias españolas son la tierra de la hospitalidad.

El camino a la Hacienda de Cura bordea el lago en ocasiones. Por esas curiosas oscilaciones que ofrece el nivel del agua en el lago, La Cabrera es, cuando ellos pasan, península. La estancia en la hacienda se prolonga por 9 días. Habitan una pequeña casa rodeada de árboles, ya que la grande de la hacienda está infestada de bubas. Se ciñen en lo posible a las costumbres locales. Durante las 24 horas del día duermen en tres oportunidades, consumen 3 comidas y se bañan dos veces.

Realizan varias excursiones por el archipiélago lacustre; visitan las fuentes termales de Mariara, levantan una carta geográfica de sus inmediaciones y ascienden la cordillera por donde serpea el sendero que conduce a Turiamo.

En Mariara tomó un baño en sus fuentes y pasó un día delicioso. Bonpland y él descansaron a la sombra de árboles coposos, de cuyos troncos colgaron las hamacas. En Mariara tuvieron ocasión de contem-

plar el “volador” o *Gyrocarpus americanus* Jacq. Como niños en día de asueto se dieron a remecer el tronco del volador a fin de distraerse con las caprichosas vueltas de las semillas que caían desde la alta copa. Nunca pudieron observar los corimbos de flores pequeñas y medio verdosas:

...las numerosas plantas de volador que hoy se encuentran en los invernaderos, escribió Humboldt, deben su origen a un solo árbol de este género que se encuentra cerca de Mariara.

En Cura todo era actividad y la mayoría de los vecinos de la hacienda estaban consagrados a la tala del bosque a fin de ensanchar el terreno para la siembra del algodón. Bajo las sierras y hachas caían los robustos samanes, los camorucos o panamás, los quisandas. El 23 de febrero, anotó Humboldt, dejaron la Hacienda de Cura. Se dirigían hacia Puerto Cabello. Al camino lo bordean enormes samanes. “En ninguna parte, aseguró, he visto una bóveda de verdor más hermosa y densa”. Ya era de noche cuando rebasaron Punta de Zamuros. Un jaguar les asustó las cabalgaduras con su rugir. Quizás por errata anotó Humboldt que el 23 lo pasó en Guacara, en la casa del marqués del Toro. Guacara era una comunidad indígena y su corregidor don Pedro Peñalver, hermano de don Fernando. Una avenida de Carolíneas, nuestros castaños, conducía de Guacara a Mocundo:

Todas las *Carolinas princeps* de Schoembrunn, aclaró Humboldt, proceden de semillas recogidas por los señores Bose y Brede-meyer de un solo árbol, sumamente grueso, cerca de Chacao.

En Mocundo hay un jardín, bosquesillos y un mirador o belvedere junto al lago. 230 esclavos atienden 77 tablones de cañamiel criolla o de Tahití. Un tablón rinde un producto neto variable entre 200 y 240 pesos. Advirtió Humboldt:

Todo demuestra la abundancia; pero esto es a costa de la libertad de los trabajadores.

En Mocundo había camellos de Lanzarote para el transporte de las cargas de caña. Le sorprendió un paisaje africano en Mocundo: junto a un palmar, los camellos. En otra parte Humboldt anotó que estuvo en Mocundo hasta el 22 por la tarde.

Tal fue, resumida, parte de la excursión de Humboldt y Bonpland por la región. Pero, hay también en las páginas de Humboldt el testimonio del afecto que en él despertó esta tierra. Humboldt da una voz

de alarma: a causa de la tala irreflexiva descende paulatinamente el nivel de la superficie del agua en el lago de Valencia. Esta tala ha provocado en toda la zona, aseguró Pittier, una situación deplorable:

El clima, dice, se ha vuelto más seco y cultivos como el cafeto y el cacaotero que necesitan de una cierta humedad atmosférica ya no prosperan en las risueñas llanuras de La Victoria y Maracay.

Pero, Humboldt recogió incidentalmente observaciones que nada tienen que ver con el cuadro físico de la Naturaleza, sino con el hombre, su economía, su cultura, sus problemas.

En la región se ha dado preferencia a varios cultivos en rápida sucesión: cacao-añil-algodón-café. Olvidó al primero y al que se mantuvo por un tiempo mayor: el trigo. También dejó en el tintero lo referente a la ganadería. Humboldt encontró cafetales desde Los Teques a Valencia; en Turmero y zonas inmediatas, tabaco. Caña de azúcar en casi todas las localidades con sus correspondientes trapiches o alambiques. Alude a una recesión económica de carácter local en Maracay como resultado de la crisis experimentada por los cultivadores de añil; cansancio de las tierras por este mismo cultivo en Maracay, Tapatapa y Turmero; las guerras marítimas con las dificultades que han suscitado en los transportes y el descenso en las cotizaciones a causa de las frecuentes y cada vez mayores importaciones por los mercados europeos de añiles asiáticos. Según Humboldt, el cultivo de añil, siguió desde 1772 al del cacao y precedió a los cultivos del café y del algodón. La predilección de los colonos se ha detenido sucesivamente en cada una de estas cuatro producciones; pero el cacao y el café han quedado como un objeto importante del comercio con Europa.

El tránsito del cultivo del añil o del cacao al del café lo explicó el viajero así:

La suma predilección que se nota en esta provincia por el cultivo del café se funda en parte en la circunstancia de que el grano se conserva durante un gran número de años, mientras que el cacao, a pesar de los cuidados que se ponen, se corrompe en los almacenes pasados diez meses o un año. Transcurriendo las disensiones de las potencias europeas en una época en que la metrópoli estaba demasiado débil para proteger el comercio de las colonias, la industria debía preferentemente escoger una producción cuyo expendio, menos urgente, podía esperar todas las probabilidades políticas y comerciales...

Otra de las causas a las cuales atribuyó Humboldt el auge del cultivo cafetalero fue la dramática situación de Haití, causa señalada igualmente por Depons, y la forzada emigración de los caficultores y colonos franceses hacia las colonias españolas de la Costa Firme.

Aun cuando el algodón es indígena en varias de sus especies, no fue objeto de preferencia por parte de los agricultores sino en el período epigonal de la colonia. Por los costados del lago, acotó Humboldt, entre Maracay y Valencia, desde Guaica hasta Güigüe, se extienden siembras de algodón. La producción anual es de unas 60.000 a 70.000 libras.

Acerca del cultivo tabacalero en los valles de Aragua es muy breve la información que nos dejó el viajero:

...se hallan cerca de Guaruto los más primorosos cultivos de tabaco de toda la provincia. Distíngueseles con los nombres de *primera, segunda y tercera fundación*. En conformidad con el monopolio opresivo del estanco... los habitantes de la provincia de Caracas no pueden cultivar el tabaco sino en los valles de Aragua (en Guaruto y Tapatapa) y en los llanos cerca de Orituco. El producto de la venta es de 500.000 a 600.000 pesos; pero la administración del fisco es tan enormemente dispendiosa que absorbe cerca de 230.000 pesos por año.

Sobre el cultivo tabacalero y sus problemas en esta época hay abundantes datos de Depons. Inmediatamente después de la Independencia, a raíz de Carabobo, plantearon el tema José Rafael Revenga y José Luis Ramos. El sistema de estanco lo extinguió el Congreso de 1832.

También encontramos en Humboldt algunas referencias socio-económicas. No son muchas, aun cuando sí de indiscutible interés. Sobre la hacienda de Manterola:

La casa del propietario, colocada en un montículo de 15 a 20 toesas de elevación, está circundada por las chozas de los negros, de los cuales los que están casados proveen a su subsistencia. Se les asigna aquí, como en todos los valles de Aragua, una parcela de terreno cultivable. En ésta invierten los sábados y domingos, únicos días libres de la semana. Poseen gallinas y aun a veces un cerdo. El amo ensalza la dicha de ellos, como en el Norte de Europa gustan de ensalzar el bienestar de los siervos adscritos a la gleba. El día de nuestra llegada vimos reivindicar tres negros fugitivos: eran esclavos comprados ha poco. Temí asistir a uno de esos castigos que dondequiera que reina la esclavitud sustraen el embeleso a la vida de los campos. Felizmente los negros fueron tratados con humanidad...

En cuanto a la Hacienda de Cura es más extensa. Propiedad del viejo conde de Tovar, éste poseía en toda la provincia más tierras de las que podía cultivar y disfrutaba de una renta de 40.000 pesos anuales. Dado el tiempo que permanecieron los viajeros en la finca, Humboldt tuvo ocasión de analizar la vida interna de la misma:

En todas estas excursiones, escribió, nos impresionó agradablemente, no tan sólo los progresos del cultivo, sino el acrecentamiento de una población libre, laboriosa, acostumbrada al trabajo, demasiado indigente para pensar en la ayuda de los esclavos. Por dondequiera habían formado establecimientos aislados modestos cortijeros, blancos y mulatos. Nuestro huésped... trataba de llamar en torno de esas grandes plantaciones a hombres libres que, trabajando a su modo en el propio predio, o bien, en las haciendas vecinas, le proporcionasen jornaleros al tiempo de las cosechas. Noblemente ocupado en los medios convenientes para la extinción progresiva de la esclavitud de los negros en estas comarcas, se lisonjaba el conde de Tovar con la doble esperanza de que se hiciesen menos indispensables los esclavos para los propietarios y de que se ofreciese a los manumisos la facilidad de hacerse hacendados. En yéndose a Europa había arrendado una parte de las tierras de Cura... Cuatro años después, al volver a América, halló... excelentes cultivos de algodón y un pequeño caserío de 30 a 40 casas que llaman Punta de Zamuros que con frecuencia visitamos con él. Los habitantes de este caserío son casi todos mulatos, zambos y negros libres...

En "La Concepción" había observado que los manumisos tenían pequeñas casas en los campos de la hacienda.

La enfermedad más frecuente entre los esclavos parecía ser la de bubas. No encontramos en Humboldt detalles, ni siquiera una somera información, sobre la posible existencia en los valles de Aragua de "senzalas" o "repartimientos" aun cuando quedan restos de ellas en diversas localidades.

Había en esta época cerca de 4.000 indios en los valles, concentrados principalmente en Turmero y en Guacara-Los Guayos. Eran de pequeña estatura, "pero menos rechonchos que los chaimas". Indicó el viajero, además que en Turmero y Maracay la preparación del añil atraía hacia esos centros gran número de trabajadores provenientes de los llanos de Calabozo y zona de Orituco.

Los datos de Depons

Poco después de Humboldt y Bonpland cubrió itinerarios semejantes en los valles de Aragua, Francisco Depons. El resultado de ese viaje lo publicó primero que Humboldt y éste se ve obligado frecuentemente a citar el testimonio del francés para robustecer sus afirmaciones, ampliarlas o corregirlas. Las noticias de Depons están dispersas por la obra, pero no la redactó en forma de diario. En su voluminoso ensayo, Depons ofrece una serie de datos y apreciaciones que no le llamaron la atención al sabio alemán, pero luego confirmaron otros viajeros. Al referirse a Maracay, Depons la describe así:

... sus habitantes son dignos de la admiración del observador. Nadie presume de alcurnia ni se envanece con las distinciones. La industria, la actividad, el trabajo son base de sus sentimientos. Por una beneficosa emulación la agricultura ha llegado a ser la pasión dominante de todos. Muchas haciendas de algodón, añil, café, trigo, etc., mantenidas con inteligencia y cuidado, son testimonio inequívoco de la laboriosidad de aquellos hombres y fuente de su bienestar... Allí, [en los valles de Aragua], se tiene la impresión de estar en otro país, en una comarca poblada por la gente más laboriosa y amiga de la agricultura. En las quince leguas de Este a Oeste ocupadas por estos valles se ven campos de frutos coloniales, regados con arte, molinos y soberbios edificios destinados a la fábrica y preparación de los productos. Lo más notable, sin embargo, es la gran actividad que parece hija de aquella tierra. La gente libre que en otras partes casi no hace nada, aquí se dedica a trabajar mediante un salario razonable, de suerte que el hacendado no ha de comprar sino muy pocos esclavos, únicamente los necesarios al mantenimiento de la hacienda. En los trabajos extraordinarios como la siembra, la limpia y la cosecha, se emplea jornaleros libres...

Turmero tiene unos ocho mil habitantes. La Victoria sirve de asiento al cuartel general de las milicias de Aragua. San Mateo tiene 2.800 habitantes. El Consejo llega a los tres mil. Depons indica 3.378 indios tributarios en 1786 y 3.382 esclavos en una población de 30.795 habitantes.

Según Depons el cacao fue hasta 1774 el único cultivo en los valles. Después de ese año se restauró el del añil. En 1782 comenzó el cultivo en gran escala del cafeto. En 1796 se introdujo la caña de Tahití. El cultivo del tabaco era prehispánico y libre hasta 1777, cuando por real cédula de 24 de junio de ese año fue estancado. La cédula

comenzó a ser aplicada dos años después y se determinaron las zonas en las que podía ser cultivada la planta: Tapatapa y Guaruto, Orituco, Barinas y La Grita, Cumanacoa y Tupire y Upata. El cultivo y preparación de las hojas ocupaba a unos 15.000 trabajadores. Depons se refiere a que embarcaciones más o menos grandes se ocupaban en el lago de mantener el tráfico entre las poblaciones ribereñas.

Sombras en el paisaje de los valles

Después de estos viajes de Humboldt y Depons, el paisaje aragüeño se llena de sombras. Mediado el año 1804, Maracay y otros pueblos, como La Victoria, sufrieron el azote de una epidemia de calenturas que siega innumerables vidas. Fiebres palúdicas que se tornaron en más o menos periódicas. El doctor José Angel de Alamo le escribía a Bolívar desde Caracas, a 7-X-1825:

Nuestros hermosos valles de Aragua han sido destruidos por una terrible epidemia de calenturas en que ha muerto una tercera parte de sus habitantes; este acontecimiento ha paralizado el comercio y la agricultura de un modo nunca visto...

En 1810, vísperas de la Independencia, visitó los valles otro viajero. Ahora, inglés: Robert Semple, quien recorrerá la región centrocostera del país. Azorín asegura que Semple fue "un viajero inglés". "Sus libros están escritos con agudeza y discreción". El 15-I-1811 salió de Caracas. Todavía San Pedro es un pobre caserío. Hacia Las Lagunetas abundaban los venados. En Las Cocuizas tropezó con indios tristes que se dirigían a las regiones vecinas a la capital en solicitud de trabajo como recogedores de café. El Tuy tenía tanto caudal que en esta época de sequía el agua le llegaba en los vados a la montura de las cabalgaduras.

El Consejo tiene unas doscientas casas y la construcción de las viviendas denota los progresos del vecindario. En Humboldt son criollos la mayoría de los pulperos; para Semple, vizcaínos o catalanes. A La Victoria, de planta irregular, arboledas y jardines la tornan agradable. Al igual que Depons destaca el hecho de que La Victoria servía de cuartel general a los milicianos aragüeños. Aun cuando la iglesia no ha sido concluida, juzga su fábrica como la más bella y proporcionada entre cuantos edificios públicos ha contemplado en el país. Igual criterio exteriorizó Depons. Tendrá el pueblo unos 8.000 vecinos. El Aragua es tan grande como el Tuy. El cultivo del trigo y de la caña están estrechamente unidos. Entre La Victoria y San Mateo, desde una altura, pudo contemplar el panorama que ofrecían las tierras que se

extendían hacia el Oeste, hasta el lago: “uno de los más bellos espectáculos de la Naturaleza”. Cañamelares en San Mateo. En Turmero, tabacales. Entre Turmero y Maracay el camino se desliza por entre pajonales, como una serpiente. Abundan los matacanes. Maracay tiene unos 10.000 habitantes. Aquí “el trabajo lo efectúan braceros libres, pues los esclavos se utilizan muy poco para las labores principales de esta comunidad”.

En el lago observó una embarcación a vela, propiedad de un vizcaíno, la primera de su clase en surcar aquellas tranquilas aguas. En La Cabrera hizo noche en una vivienda parecida a la que vio Santiesteban en Los Guayos. Por Mariara, Agua Blanca, Cura y San Joaquín a Guacara, que tiene unos 4.000 habitantes.

Entre la gente criolla notó puntas de xenofobia contra peninsulares e isleños. El transporte lo realizaban trabajadores libres, entre ellos los indios. Escaseaban las aves de corral y resultaban caras. No lo dijo Semple; pero podemos informarnos por la prensa periódica sobre el asunto. Vimos las referencias de Humboldt sobre el sistema de trabajo que imperaba en Mocundo. Sea por las causas que fueren, es lo cierto que el marqués del Toro había evolucionado en cuanto a sus ideas económicas y sociales. Evolucionó o Humboldt no conoció su verdadero pensamiento. La “Gaceta de Caracas” informaba el 3-XII-1811 que el marqués del Toro ofrecía a los extranjeros, en sus tierras de Mocundo, dos fanegadas de tierra a los solteros y tres a los casados, principalmente a los españoles que abandonasen su patria ante la invasión napoleónica y “quieran venir con su industria a enriquecer el país y ante la invasión napoleónica hacerlo respetable con una población activa y laboriosa”. Fue el primer proyecto de colonización e inmigración públicamente presentado por un criollo.

El primer hato de la República

Una de las mayores preocupaciones familiares del General José Antonio Páez la constituyó la educación de sus hijos. En esta empresa colaboró su esposa, doña Dominga Ortiz quien no obstante las penalidades de la guerra encontró los medios para lograr que sus hijos aprendieran a leer y a escribir a edad muy temprana. A Ramón¹ lo trajo su padre a Caracas,

1. Ramón nació en Achaguas. Hijo de Páez y de una mujer de apellido Ricaurte. Doña Dominga Ortiz, la esposa de Páez, lo llevó a su casa y lo formó al lado de sus hijos.

en la década de los años veinte y lo inscribió como alumno interno en el famoso colegio de La Merced, pero no conforme con la orientación pedagógica que allí se brindaba, lo hizo recibir clases particulares de latín e inglés. Años más tarde viajó a España en donde amplió sus conocimientos y mostró gran interés por los estudios botánicos. Completó su educación en Inglaterra, bajo la tutela de los padres del Colegio de Stonyhurt. En 1839 regresó a Venezuela y al cabo de pocos meses el General Páez lo envió a los Estados Unidos con el propósito de que perfeccionara el conocimiento del idioma inglés.

En 1846 retorna Ramón Páez a la Patria. Son los años finales de la larga dominación que su padre ejerciera sobre el mundo político y militar de Venezuela. La leyenda del centauro americano y del fundador de una república modelo se extendía por el mundo y Ramón invitó a su amigo el inglés James Butler, años más tarde Conde de Ormont, para que conociera el país donde su padre poseía "inmensos hatos y era el más perfecto llanero de la República". Las impresiones de aquel viaje, verdadero descubrimiento de su tierra nativa, las fue anotando Ramón Páez en los mismos escenarios de la excursión, así como también dibujó paisajes, personajes y fieras. Años más tarde, en su residencia habitual de New York decidió darle a aquellos apuntes, forma de libro. Y en agosto de 1862 circuló la primera edición, en idioma inglés, bajo el título de "Wild Scenes in South America or life in the llanos of Venezuela". La obra la tradujo por vez primera al español, el doctor Francisco Izquierdo, en 1929, bajo el título de "Escenas rústicas en Sur América o la vida en los Llanos de Venezuela".

Ramón Páez quiere explicar a los lectores norteamericanos que "el sistema de explotación de un fundo ganadero en Sur América, es absolutamente diferente al empleado en el pacífico ambiente de las praderas de Norte América:

"En las llanuras de América del Sur, los rebaños no oyen otras voces que las sublimes de la naturaleza: el trueno de las tempestades; la torrentosa lluvia que despierta a los caimanes y otros reptiles de su periódica letargia veraniega, y los rugidos y variados gritos de las bestias salvajes respondiéndose entre tinieblas. Vagando libremente los rebaños por las extensas llanuras, para el señalamiento y marca de las crías que allí se multiplican asombrosamente, es necesario reunirlos de tiempo en tiempo. Si no se hiciera así se dispersarían de tal manera en las inmensas llanuras, que se perderían sin poderse reclamar. En cambio en

las praderas norteamericanas el ganado habituado desde que nace a la voz amiga del hombre, es pronto en obedecer sus mandatos y seguirlo instintivamente a donde quiera conducirlo”.

La cabalgata rumbo a los hatos de Páez partió desde Maracay “en una hermosa mañana de diciembre de 1846”. La encabezaba José Antonio Páez, “el primer jinete de Sur América”. Lo acompañaban entre otros personajes, además de su hijo Ramón, un médico “pues no teníamos que temer a las balas, pero nos íbamos a exponer a no menos peligrosos enemigos, tales como toros, serpientes y caimanes, sin contar con los pestíferos pantanos de la comarca”. Al médico lo seguían en importancia el tesorero de la expedición; un pintor inglés; un negro de nombre Gaspar, soldado en las guerras de la independencia que desempeñaba el oficio de lavandero, pero a quien el General Páez distinguía por sus cuentos sobre la lucha emancipadora y sus episodios de encuentros con las fieras.

Más que una alegre excursión pacífica encaminada a descubrir los paisajes tropicales, a Ramón Páez le parecía que aquella cabalgata tenía aspectos de empresa militar, al mismo tiempo que de caravana oriental:

“Nuestra comitiva se parecía mucho a una caravana oriental. Formada estaba por más de cien personas de toda clase y color; desde las blancas y rubicundas caras de alegres hijos de Inglaterra, hasta los azabachados rostros de los nativos de Africa, reinando entre todos una gran fraternidad como si hubieran todos nacido de una misma raza”.

La cabalgata atraviesa las prodigiosas tierras de Aragua, rumbo a Villa de Cura, primera etapa del viaje. A Ramón Páez sorprenden ingratamente grandes espacios de antiguas labranzas, ahogados por una lujuriosa vegetación, que le prestan a la comarca “un aspecto desolado y salvaje”. Es la consecuencia del mal uso de la tierra, es el resultado del conuco:

“A veces el camino atraviesa extensos campos de caña de azúcar, añil y tabaco; otras, vastas plantaciones de Eritrina (bucarales) protegiendo los árboles del cacao, amantes de la sombra, cargados con la lustrosa almendra que ofrece “el divino alimento” a dioses y mortales. Dilatados espacios de antiguas labranzas, o rastrojos ahogados por una lujuriosa vegetación, interceptan nuestra marcha, y prestan a la comarca un aspecto desolado y salvaje. La tierra es tan barata y abundante en Venezuela, que siempre es más ventajoso para el cultivador, tan pronto como

el terreno se ha empobrecido por el repetido cultivo, preparar un nuevo lote para la siembra, que molestarse restaurando por medios artificiales los terrenos usados, que una pródiga naturaleza abonará con el tiempo”.

La noche los sorprendió cerca de San Luis de Cura o Villa de Cura, “a donde la gente del llano acude de tiempo en tiempo para cambiar los productos de sus tierras, por mercaderías extranjeras detalladas por comerciantes venezolanos”. Para el viajero, Villa de Cura constituía el lazo de unión entre las zonas de agricultura y pastos de la República, observándose la más extraña mezcla de civilización y salvajismo.

La noche transcurrida en la posada de Villa de Cura, fue para Ramón Páez de hondas reflexiones y grandes descubrimientos. Era ahora, a su regreso de sus largos años de permanencia en Europa y en los Estados Unidos cuando venía a descubrir a su patria, a conocer a su tierra, no obstante que en ella transcurriera su infancia y adolescencia. Fue necesario que viviera en otros países y conviviera con otras sociedades para que llegara a la conclusión que “estaba muy lejos la tierra de Hadad que me había imaginado, poblada de grutas y cristalinos arroyuelos”. En la posada no hubo ni en donde colgar la hamaca y por techo tuvieron la vasta cúpula de los cielos:

“Cada cual extendió su manta, hizo de la silla de montar almohada, cenó y cayó en la paz profunda del sueño”.

La próxima etapa del viaje de Páez tenía como meta, Ortiz, más allá de Parapara. Cerca de Los Morros en el pueblo de San Juan, don José Pulido les brindó “un sustancial desayuno a los viajeros: carne frita, sancocho y algunos deliciosos pescados del río Guárico. Al reseñar su parada en “Flores”, una venta de guarapo de caña, famosa en la región anotó Ramón Páez que todas las pulperías del camino tenían un aspecto miserable. Antes de llegar al Hato de “San Pablo” están Parapara y Ortiz. El cronista pensando en la historia de las civilizaciones compara estos dos pueblos llaneros con las columnas de Hércules del verde Mediterráneo de los Llanos.

“(Ortiz y Parapara) son el límite de la civilización en estos parajes, por acabarse allí los últimos vestigios de la agricultura y de las artes usuales. Cultivan los habitantes del lugar para su propio consumo, pequeños sembrados de maíz y de caña de azúcar, y son excelentes en la manufactura de cueros, vendiendo al resto del país, sillas de montar, arneses y lo concerniente a

esta industria. Fuera de esto, nada, sino rebaños de ganado bravo pastando en las extensas sabanas o praderas, puede verse con excepción de una estrecha cintura de árboles como un parque extendido entre la llanura y las colinas rocallosas (galerías), que demarcan la antigua orilla del gran mar de las Llanuras”.

La escena en que Ramón Páez describe la llegada de los viajeros al primer hato de la República, a “San Pablo”, “célebre en los anales de las guerras civiles de Venezuela”, constituye algo más que la descripción bien lograda de una escena campesina. Es un aporte al estudio de la naturaleza del caudillismo y una explicación de los factores determinantes de nuestro proceso político en el siglo XIX:

“Fue recibido nuestro Jefe en sus dominios, por un grave y anciano esclavo negro, que hacía veces de mayordomo o intendente, y mandaba sobre los hombres y las cosas de la finca. Arrodillándose sobre el empedrado del patio, besó la mano hacia él extendida con amistoso saludo, luego desensilló el caballo de su amo, y lo llevó a un charco del corral que servía de abrevadero a los caballos. Nuestro estado mayor se instaló bajo el techo de palmas de la rústica mansión, mientras el resto de la comitiva encontró acomodo en los circundantes y abiertos barracones o caneyes, no estando, después de todo, mejor los unos que los otros”.

Ramón Páez iba de sorpresa en sorpresa. Su patria era un mundo desconocido. La casa de “San Pablo” que él había soñado teniendo como único punto de referencia la vida campesina de Inglaterra y de los Estados Unidos no era mejor que los sucios aduares de los árabes errantes del Desierto:

“Una mesa coja arrimada a la pared para que no se cayera, dos o tres toscas sillas de cedro forradas de cuero crudo y dos sucias hamacas para sestar y dormir, constituía todo el mobiliario de la gran propiedad. Sustituyendo los roperos y los colgadores, había varias cornamentas de toros y venados, empotradas todas en las paredes de bahareque en que colgábamos nuestras bolsas de viaje y arneses. Desde que llegamos, buscaba en vano una ponchera donde lavarme la cara y las manos llenas de polvo, quemadas por el sol de la sabana, y hasta la misma agua era tan escasa, que apenas nos era servida con gran economía de una tapara que iban a llenar en el río, a una milla de distancia”.

“La casa era una construcción piramidal, cuyo techo de hojas de palmera, se eleva a varios pies del suelo, sostenido por postes de madera que también servían de refuerzo o armadura a las paredes; lo cual da idea de la arquitectura característica de aquellas

regiones. Como reina el calor durante todo el año, y los habitantes poseen muy pocos artículos capaces de excitar la codicia de los ladrones, no había puertas ni ventanas, bastando un cuero de res para cubrir los espacios abiertos en las paredes para dejar pasar la luz y los habitantes. Constituía una excepción a esta regla la casa (del hato) de San Pablo, porque tenía uno o dos cuartos destinados para enfermos, provistos con puertas y ventanas de sólidas planchas de madera a lo bruto, mientras que los otros cuartos recibían aire y luz en abundancia por espacios abiertos en la parte superior de las paredes. Un corredor formado por el vuelo del techo, a cinco pies del suelo, se extendía a todo lo largo de la casa y servía de protección a los cuartos contra el sol y la lluvia, y de desahogo para los habitantes”.

Mientras permaneció el General Páez y su comitiva en “San Pablo” todas las mañanas se mataba un novillo que comían asado acompañado con arepas. Ramón Páez se sorprende por la ausencia total de legumbres y de pan de trigo en aquellas soledades. Y anota que los llaneros son esencialmente pastores, ajenos al cultivo de los campos “y creen degradarse con inclinar la cabeza ante la misma madre Tierra”. Advierte que en su dieta no consideran esencial el pan y que lo sustituyen con un trozo de hígado cocido que les agrada más. Miran la leche y la mantequilla como alimentos propios para niños, pero en cambio el queso constituye para ellos un artículo predilecto y en su preparación despliegan gran habilidad, “principalmente en el delicioso queso de mano o especie de queso cocido”.

El General Páez y sus acompañantes siguen viaje rumbo al hato “El Frío” en tierras de Apure. En el camino está el hato “La Yegüera”, también propiedad del General Páez, es más pequeño que “San Pablo” y está dedicado exclusivamente a la cría de caballos. Las noches en “La Yegüera” fueron inolvidables para Ramón Páez:

“Nuestro Jefe (Páez), el Doctor y yo ocupábamos el rancho, pero teniendo a nuestro alcance los bosquecillos cercanos, no hacíamos uso de nuestro único departamento durante el día. Pero por la noche, cuando nos retirábamos a nuestras hamacas, la escena que se nos presentaba era hartó cómica. Revueltos con nosotros dormían en la misma pieza, el mayordomo, su mujer y su numerosa familia, junto con todos los perros y gallinas de la casa, confundidos en la forma más familiar. Cerca de mí, dormían dos de las muchachas más lindas que haya encontrado en aquellos lugares, y de ojos tan brillantes que eran capaces de eclipsar al mismo sol. No tenía pues que quejarme de mi suerte, si no hubiera sido precisamente debajo de mi hamaca donde

estaba amarrado el gallo de pelea favorito del mayordomo, cuyos cantos y aleteos perturbaban prematuramente mi reposo con su oficio de reloj y nocturno vigilante de la casa”.

Para Ramón Páez este viaje de retorno a la tierra nativa es una expedición descubridora. Sus ojos encuentran un paisaje de fantasía y pesadilla. Oye hablar un idioma que no es el español de las ciudades, descubre unas costumbres que creía abolidas en el mundo y encuentra vigente un código de moral y de gobierno que se refleja en la autoridad máxima de su padre. Para Ramón Páez los llaneros venezolanos de 1846 son “los centauros modernos de las desoladas comarcas del Nuevo Mundo”. Confinados en medio de interminables y desiertas llanuras, dominio de bestias salvajes y reptiles ponzoñosos han tenido que combatir toda la vida. Su lucha no es solamente contra el hombre sino contra una naturaleza fiera, contra todos los elementos desatados, contra las furias de la creación. Cuando no lo amenazan la mortífera serpiente o el manchado jaguar, observa Ramón Páez, la brusca irrupción de vastas inundaciones de espantosa rapidez cubre las sabanas barriendo los rebaños y los frágiles ranchos. Su admiración no tiene límites ante esa insegura existencia, ese batallar cada instante entre la vida y la muerte, entre la inteligencia y la violencia, ese “recorrer las llanuras sin límites, echado sobre su ardiente corcel dominando toros salvajes; o derribando sus enemigos”. Ramón Páez vio en “La Yegüera” un niño de un año:

“se arrastraba desnudo y en esta edad jugaba con un largo y afilado cuchillo que le había dado su madre. Tan pronto puede andar, sus distracciones se encaminan a las futuras tareas: con una soga trata de capturar los perros y las aves de la casa y cuando llegue a los cuatro años, ya está a caballo y ayuda a guardar el ganado en el corral”.

El hato “El Frío” que también forma parte de las numerosas y extensas propiedades del General Páez sí tienen un alojamiento más acogedor y bien construido que las barracas de “San Pablo” y “La Yegüera”. Cuenta esta residencia con una gran sala y cuatro dormitorios. Pero la dicha y el descanso no fueron totales:

“los cuartos estaban tan llenos de murciélagos, que era imposible dormir en ellos a causa del olor desagradable que despiden esas molestas criaturas acompañado del ruido incesante de sus chillidos sobre nuestras cabezas, lo que nos hizo pasar en vela la primera noche. En vano tratamos de espantarlos con la boñiga del ganado. Durante el día se esconden, pero vuelven con el

crepúsculo trayendo una abundante ración de frutas silvestres para su comida, las que constantemente caían sobre nuestras hamacas, obligándonos a refugiarnos en los abiertos corredores del patio”.

La excursión del General Páez y de su hijo Ramón va a tocar término con la visita a dos de sus hatos apureños: “Mata Gorda” y “Mata Totumo”. En “Mata Gorda” sorprende Páez a una cuadrilla de ladrones de ganado que ya había reunido un rebaño suficiente para vivir cómodamente el resto del año. Páez ordena su captura y después de ser azotados “como es costumbre en los Llanos en casos semejantes, y prometiéndoles un castigo más severo en caso de volverlos a encontrar dentro de los límites de la propiedad, se les dejó ir sin más castigo”.

Cuando los concejales de Mantecal recibieron la noticia de que el General José Antonio Páez había llegado al vecino hato de “Mata Totumo” acordaron presentarle su saludo y ofrecerle la hospitalidad del pueblo. Para el caudillo constituyó una verdadera sorpresa la visita y el acuerdo pues su viaje tenía como único propósito, la tranquila revisión de sus extensas propiedades. Sin embargo se mostró cordial y los invitó a compartir su mesa:

“En el acto se mataron dos gordos becerros que junto con los cachicamos, galápagos y una hermosa cochina salvaje de los pantanos vecinos, formaron un suntuoso banquete digno de un Consejo de Regidores de Londres. Una mesa construida de ocasión con troncos de bambú amarrados con bejucos a cuatro postes clavados en la tierra, bien pronto estuvo levantada bajo los árboles. Anchas hojas de plátanos servían de mantel, en tanto que los carapachos de los galápagos servían doblemente de platos y fuentes, enteramente en armonía con aquel rústico ambiente”.

El testimonio del coronel W. M. Duane

Desde Caracas, el 1-4-XI-1822 emprendió su viaje a Bogotá por vía terrestre el coronel W. M. Duane, periodista conocido, defensor del derecho a la independencia de los pueblos españoles de América y uno de los más empeñados en promover el reconocimiento de sus gobiernos por el de su país.

Observó que el río San Pedro ofrece un caudal inferior al Macarao. Sigue el mismo camino de Humboldt, Depons o Semple aunque la vía ha sido ampliada y ofrece hasta unos 18 metros de ancho en oca-

siones. Hay algunas venas de amianto. En el camino Páez y su comitiva lo alcanzan y pronto lo dejan atrás. En Las Cocuizas encuentran los viajeros destacamentos militares armados con "London Tower's" de un peso no mayor de 10 libras. Tras la tropa las soldaderas y sus hijos. En vez del guarapo de que hablaban Humboldt o Semple, la bebida que ahora le ofrecen a los viajeros es chicha.

En El Consejo descansan en una pulpería. Estos establecimientos quizás se habían multiplicado, pues Duane menciona varios. Esta de El Consejo "parecía ser el punto principal de reunión para los habitantes de la zona circunvecina". A diferencia del pulpero mencionado por Humboldt en Mariara, éste es servicial, atento, desinteresado.

Ahora no es necesario vadear el Tuy. Sus diez metros de ancho son salvados por un rústico puente de madera. Es, a primera vista, tan caudaloso como en los días de Semple, y Duane cree factible establecer un canal de comunicación entre el lago de Valencia y su tributario el Aragua con el mar a través del curso del Tuy. Una vasta extensión la cubrían de siembras de caña, añil, cacao o maíz. Para el coronel este paisaje se le asemejan al de Pennsylvania en días de cosecha.

La Victoria, erigida en ciudad por decreto de Bolívar en 1814, es limpia, agradable, hermosa. La gente, hospitalaria. Anualmente adereza el vecindario las fachadas de las casas y sus tiendas son verdaderos "stores".

En San Mateo lo primero en atraer la atención de Duane es el mutilado pabellón que fue teatro del sacrificio de Ricaurte. Le atiende el administrador de la hacienda, a quien llama Martín Durán, pero cuyo verdadero nombre era Tomás.

El valle de Aragua es realmente espléndido. Depons, extendiendo el calificativo a toda Venezuela, lo llama "el país más hermoso de la tierra". Discurre el camino que sigue desde La Victoria por entre cafetales y su grato sombrío. Se le antoja fantástica la llamada "flor de la maravilla". Los setos que marginan el camino, obras de jardinería.

En San Mateo predomina el cañamelar. Hay un gran trapiche y alambique y el coronel describe con detalle la maquinaria empleada, "excelente y enorme". El papelón es preparado en forma de panelas. Procuraba utilizar su pésimo castellano:

...charlé sin reserva con todas las personas a quienes encontré en la plantación. Entre ellos me dirigí a un negro de buen aspecto, de piel lisa y brillante, preguntándole quién era su dueño. Me miró con una sonrisa que reflejaba a un tiempo sorpresa y gravedad y me replicó vivamente que no había ningún esclavo en las propiedades de Bolívar.

Turmero, antes de la guerra, alcanzó a tener unos 10.000 habitantes y todavía el comercio no había desertado de la plaza. Maracay "es un grato y silencioso pueblo". Su pan de muy buena calidad. Es "una ciudad llena de silencio, donde no se ve gente que ande vagando por las calles".

A la salida de Maracay, en Tapatapa, "una selva desciende gradualmente hasta el lago". En la contemplación del cuadro que ofrecían sus riberas y el espejo coruscante de las aguas se extasiaron los viajeros. Estaban ya en La Cabrera y frente a un panorama ciertamente diferente del contemplado por Humboldt. Este que describió Duane confirma, en parte, los datos que suministró Boussingault. Cualquier ráfaga de viento que levantase las aguas del lago convertía en isla la península. A un lado de la ensillada, un cono inmerso:

El hombre, sin embargo, ha logrado abrirse paso secretamente hasta su cima, donde ha edificado no sólo una vivienda sino también una construcción militar.

Si hubo el pasadizo a que se refiere el coronel Duane, como otros tantos, no ha dejado memoria alguna. El velero mencionado por Semple había desaparecido y de las flotillas patriotas o realistas que navegaron el lago nadie conserva recuerdos, como tampoco del taller de carpintería de ribera instalado en 1811 en La Cabrera. Sobre la navegación lacustre escribió Duane lo siguiente:

Causa realmente sorpresa que un lago de tanta amplitud carezca de botes. El coronel Todd, quien estuvo aquí unos 15 días antes que nosotros, consiguió una canoa muy primitiva para recorrer el lago, pero el placer experimentado no compensó las incomodidades que se vio obligado a soportar...

Después de La Cabrera encontró tabacales. San Joaquín "es un lindo pueblecito". A Guacara, en cambio, se le veía empobrecida y con evidentes y tristes muestras de la desolación causada por la guerra. Aquí saboreó una apetitosa hallaca de cochino. En Guacara lo deleitaron los setos vivos de limas de Mocundo, setos cuidadosamente podados

y con una perspectiva más hermosa que los de Delaware. Si Guacara le pareció mísera, peor era el aspecto que ofrecía el pueblo de Los Guayos.

No se le ocultó que “la confianza del pueblo en sí mismo era visible en todas partes, cosa que ciertamente no esperaba. Humboldt, Depons y Semple habían destacado la actividad, aseo y bienestar que ofrecía Maracay”. Duane, con el mismo afecto, apuntó:

Aquí se manufacturan las mejores hamacas... Es un pueblo perfectamente republicano; sus hamacas, cubrecamas y manteles gozan de mucha demanda y estima desde Cumaná hasta Mérida, solicitándose también de Bogotá y Cartagena.

Respecto al modo de ser de los pobladores de la región es muy explícito:

Sus habitantes se caracterizan por una peculiar honradez en sus transacciones comerciales y por estar exentos del pomposo señorío y huera vanidad de los españoles, así como por su buen carácter y laboriosidad...

En aquella etapa formativa, cuando aún no estaban restañadas hondas heridas dejadas por la guerra, en un período de crisis, el coronel Duane pone de relieve un aspecto de Maracay casi único en los anales de pueblos en igual coyuntura:

... la zona habitada en la parte oriental de todo este valle, o sea entre el Tuy y Maracay, produce excelente impresión; el buen orden de sus plantaciones, la limpia fachada de las casas y —algo que me sorprendió especialmente— la total ausencia de esos mendigos que con sus inoportunidades ofenden a veces con terca impertinencia al forastero que va de paso, en todas las ciudades y en la mayor parte de los pueblos que cruzamos.

Con la publicación de la “Geografía” de Codazzi coincidió la visita al país del naturalista belga J. Linden, quien recorrió los valles de Aragua en marzo de 1841. Desde el ángulo que nos interesa es magra su información. Para él nada que desear dejan los cultivos que contempló en La Victoria. En Las Vegas, hacienda de los Tovar, arriba de Antímano, funcionaba un trapiche a vapor.

Codazzi destacó el hecho de que el retroceso experimentado en el cultivo del cacaotero era resultado o corolario del desarrollo cafetalero. El cultivo del tabaco también había disminuido y solamente se exportaba una pequeña cantidad del de Barinas.

El mapa del cacao

El proceso de desarrollo agrícola de la región centro-costera no va sincronizado al del resto del país. Aun cuando varias poblaciones de la costa oriental se cuentan entre las más antiguas (Cumaná, La Asunción, Uchire, San Cristóbal de los Cumanagotos), los cultivos fundamentales fueron posteriores o casi coincidieron con la Independencia, si se exceptúan el tabaco (centralizado por el estanco en Cumanacoa), la explotación del coco y unas pocas fincas cacaoteras. En Capiricual, San Bonifacio, Cariaco, Yaguaraparo, había cacahuales, aunque los principales fundos dedicados a este cultivo estaban ubicados entre Carúpano y El Pilar.

Al finalizar el siglo xvii la costa de Paria estaba ocupada principalmente, por esclavos prófugos de la Trinidad. Isnardi, en Güiria, adquirió tierras comprándoselas a un negro. La hacienda de Isnardi da una idea de este tipo de explotación a través del expediente que le instruyeron las autoridades realistas en 1800-1801 como reo de estado. En 1796, en el terreno adquirido, sembró Isnardi un algodonal con pies de plátanos también. Cien cuadras sembradas le producían 900 quintales de algodón con semillas. La feracidad de la comarca y su finca atrajeron a otros colonos y las autoridades de Punta de Piedra le pidieron delinease la nueva población. Cuando se instaló en la hacienda tenía "la firme resolución de llevar una vida filosófica", ajeno a regalos y placeres, pero atento con los visitantes.

Para el trabajo agrícola tenía 17 negros esclavos, varias hachas, hachuelas, machetes, calabozos, escardillas y el inevitable esmeril. Laboraba junto a los esclavos y en los ratos de descanso buscaba la sombra de un árbol para leer libros de historia natural. Porque Isnardi, un poco médico, otro poco ingeniero y medio abogado, era entendido en contaduría, literatura, física, química, matemáticas, música y pintura. Y su principal lujo en la hacienda consistía en su biblioteca, la cual le fue confiscada. Allí tenía obras de Feijoo, Gracián, Granada, Plutarco, Buffon, Gumilla, La Condamine, Locke, Nollet, el "Robinson Crusoe" y diccionarios de latín, francés, alemán, inglés, castellano y holandés. Sin embargo, Isnardi el enciclopedista, el humanitario, el amigo de la independencia, era esclavista y negrero, pues había vendido esclavos de Trinidad en la Costa Firme.

El mar frontero se conoce como el Golfo Triste y así llamaron también el recodo que se forma entre Puerto Cabello y Chichiriviche y el

abierto seno que va del cabo Codera a Mochima. La "Gazeta" de Caracas, edición del 16-IV-1811, informa de que un vecino del Golfo Triste de Paria, don Santiago Robbins, había logrado procesar la semilla del algodón y extraer de ella un aceite muy útil al alumbrado doméstico.

En la región occidental, sobre todo en la Cordillera, el desarrollo agrícola sigue un proceso peculiar. Ante todo, en gran parte de la zona hubo una tradición agrícola prehispánica, la cual presenta sistemas de riego y cultivo en "andenes". Todavía se conservan los restos de los que se construyeron en Aricagua y Duane describió cultivos en andenes en Mucurubá en 1823. En el resto del país solamente se mencionan unos pocos y aislados enclaves donde se empleaba el riego: en Barquisimeto, Caraballeda y Chichiriviche. A lo menos, en ciertas zonas andinas no prospera la agricultura nómada del conuco y hay, además, cacao en el piedemonte, donde tanto en el que mira al lago Maracaibo como el que se prolonga después en la llanura, se daba silvestre.

En fecha tan remota como 1592 algunos esclavos de Trujillo fueron destinados a los cacahuales del Pocó y en Venezuela solamente los dialectos andinos ofrecen formas léxicas que después pasaron a los criollos, tanto para designar el producto obtenido de la almendra (*chorote*) como la paleta que se usa para removerla cuando está en proceso de secamiento, la cual la conocían los vecinos de Santa Ana como *curandún*. No sobra aclarar que en Antioquia (Colombia) fue llamada *chorote* una vasija y en el propio Trujillo los *chorotes* eran ciertos idolillos. En todo caso, cacahuales hubo en tiempos coloniales en Gibraltar, San Carlos del Zulia, San Cristóbal, San Antonio, La Grita, Estanques, Pedraza, Pocó y Pampanito. Con extenso cacahual silvestre toparon los conquistadores en Maruma o La Dificultad. Con la excepción de Trujillo, el cacao no parece que ejerció la misma influencia decisiva que tuvo en otras partes. Las arboledas de cacao del Chama, según comunicación del canónigo Uzcátegui al Teniente Justicia de Mérida de 7-XII-1804, comenzaron a producir en 1800.

Esta economía del cacao permitió la construcción en Trujillo de ostentosas mansiones o la edificación de lujosas residencias rurales, como la de Chapuén, en el Pocó. En Estanques se hizo famosa la hacienda de doña María de Urbina, decorada y embellecida por hábiles artistas y artesanos traídos de Tunja expresamente.

Pero, más que a particulares, la producción cacaotera andina se basaba en la actividad de los jesuitas de Mérida, quienes en 1629 reci-

bieron del cabildo de Trujillo tierras con extensos cacahuales. Cuando son expulsados los jesuitas en 1779, comienza, según algunos autores, la ruina del cacao regional. Hay otras causas, inclusive de carácter climático, las cuales se presentaron a partir de la muerte del muy ilustrísimo señor Fray Alonso de Briceño, Obispo de Venezuela, acaecida en Trujillo, algunos de cuyos vecinos enterraron en el Pocó el dinero de los espolios del finado. En 1669, un año después del deceso, una extraordinaria sequía provocó la ruina de muchas haciendas. El pirata Granmont penetró por el valle del Pocó e incendió la ciudad. Desde 1713, emprenden los motilones sus malones y penetran en los llanos del Cenizo y de Comieles (Monay), prolongándose las incursiones hasta la década de 1770. En 1723, tremendas inundaciones deterioran las arboledas en la tierra llana.

Pero, poco antes de la deportación de los jesuitas, ya se habían sembrado en la Cordillera las primeras semillas de café en San Isidro de Aza (1772). La tradición pretende, no obstante, que don Gervasio Rubio inició las siembras con semillas provenientes de Chacao. Según otra tradición don Francisco Labastida Briceño sembró tres semillas de café, provenientes igualmente de Chacao, en su hacienda de Mendoza. Es otra tradición. El cultivo se inicia en Trujillo con alguna anterioridad. Don José Domingo Rus, en informe dirigido al Consulado, Maracaibo a 31-1-1796, indica que:

el café se cultiva poco en la jurisdicción de Trujillo, pero se pudiese fomentar considerablemente si tuviesen aquellos labradores máquinas para descascararlo.

Las primeras siembras de añil se emprenden en 1787-1788 tanto en Trujillo, como en la depresión del Táchira, aun cuando ya en 1790 había decaído el interés de los labradores por el mismo.

Los viajeros que recorrieron la Cordillera son pocos en sus datos y ni Humboldt, ni Depons llevaron a cabo excursiones por sus largos valles. Don Miguel Santiesteban viajó de San Antonio del Táchira, hacia Caracas en 1740. En San Antonio, que produce unas 1.500 fanegas de cacao de excelente calidad, lo asolean en barbacoas. Para financiar los cultivos comerciantes foráneos adelantaban bastimentos y ropas a precios exorbitantes. Capacho era un pueblo de indios, y "algunos tan blancos y rubios, especialmente los niños, que podían pasar por alemanes".

Santiesteban va de Capacho a Peribeca, San Agatón de Guásimos, Cordero. En esa época al río llamaban Tormes. En la última localidad

encontró una "buena casa y molino de caña". Por Mesa *del* Aura o Mesa *de* Laura llega a La Grita. En el trayecto, cañas, tabaco, mandarinas, manzanales. Observó en La Grita la fundición de una campana para el Templo. Pasa por Las Porqueras y Bailadores. De aquí a Estanques ha menester escolta armada a causa de la amenaza de los motilones. Por primera vez, desde Quito encuentra que en Lagunillas la población es bilingüe, usando por igual el castellano y su nativo dialecto. A Ejido llega por la fiesta de San Buenaventura. Hay corridas de toros. Se lidian catorce animales, los cuales son muertos al rejón.

De Mérida poco dice. Los motilones han impedido la explotación de los cacahuales del Chama. El cacao se trocaba en Maracaibo por sal y ropas. Ni oro, ni plata circulan. Hay falta de numerario y por moneda se usan panelas de papelón de a dos y media libras de peso. Va por Tabay, Mucurubá, Mucuchíes y Niquitao a salir a Boconó. Por el camino siembras de trigo, papas, caña, limones. Sigue después por Chandá, Burbusay, Miquía a Carache. Atraviesa aromados guayabales. En Carache por la fiesta de la Asunción, la corrida de toros es inevitable. Sale de Trujillo por Agua de Obispos, donde "hay algunas casas pajizas".

El Presbítero Vicente Basilio Oviedo no es un viajero, pero sus informaciones, aun cuando de orden eclesiástico, no dejan de ser importantes en relación con la economía local. No nos valemos de los datos de ese dromómano impenitente, que fue el ilustrísimo señor Don Mariano Martí, por lo escueto, casi esquelético de los mismos y por referirlos solamente a una parte reducida de la Cordillera. Oviedo nos dice, en 1761, que hay cacao en San Antonio y caña en San Cristóbal; cañamiel y cacao en San Agatón. La jurisdicción de La Grita está infestada de motilones alzados. Antes hubo cacahuales. Hay tabacales y manzanales. A las panelas las llaman "melotes". Bailadores parece el cuartel general de los motilones. En Lagunillas se cultivan vides, con las cuales se elabora el vino para consumo del venerable cura. Hay también trapiches y cacao. Cacao se cultiva igualmente en Ejido. De Mérida destaca Oviedo las flores. En Santo Domingo y Las Piedras los vecinos se dedican a la manufactura de petacas y canastos.

El Coronel Duane en Los Andes

El itinerario seguido por el coronel William Duane es opuesto al de Santiesteban. Mediaba diciembre de 1822 cuando Duane pernoctó en

Agua de Obispos, alojándose en una rústica cabaña con paredes de caña y techo pajizo. Confirma el relato Santiesteban:

Es posible que (en Agua de Obispos) hubiese existido en otros tiempos una aldea o una villa de mayor importancia; pero cuando la visitamos no se veían trazas de centro poblado alguno. Apenas si pude divisar otras dos viviendas que mostraban igualmente el mismo ínfimo estilo de construcción...

Por el Páramo de las Rosas llegó a Carache con su comitiva. El páramo debe su nombre a los escaramujos silvestres. Según Appun no son rosas, sino befarias. Cuando en 1814 el general Urdaneta se retiró a Nueva Granada con su pequeña división, le sorprendió en esas alturas una nevisca. En Carache paladeó un excelente aguardiente, "puro e incoloro, como el agua cristalina de un manantial", obtenido por destilación del maíz. Luego Santa Ana. Trigo, maíz, cebada. El trigo es abaleado en masas circulares parecidas a las que ha visto en Egipto, Persia, la península índica. Destaca un decreto del gobierno colombiano por el que se prohíbe el beneficio de vacas y becerros. Se ocupa de la entrevista de Bolívar y Morillo.

En el camino a Trujillo, algodóneros y naranjales. Remonta el Valle del Castán entre cañamelares y arboledas de cacao. En esta ciudad llaman su atención el rincón que le sirve de asiento, el bocio que es abundante, la bizarría y gentileza de los jóvenes y la cortesanía general de todo el vecindario. El camino que tomó hacia Valera y Mendoza quedaba por entre bambuhales, siembras de cañamiel, arboledas de cacao o cafetales. No se detiene en Pampanito y hace noche en Sabana Larga. No parece que estuviese poblado Motatán. La hacienda "La Plata" es objeto de un breve comentario:

He visto muy pocas plantaciones que mostrasen tan clara evidencia de la riqueza de su antiguo dueño como esta finca y aunque se advierte que va en camino de una ruina total, todavía despierta admiración dentro de su actual decadencia...

Desde Valera, por el estrecho valle del Momboy, a Mendoza. Al borde del camino, zarzamoras. No muy lejos de Mendoza un molino de trigo. En el pueblo, la rectoría parroquial le sirve de alojamiento. Es víspera de Navidad y todos se aprestan para los fuegos de artificio y los actos públicos preparados por el señor Cura. Antes aludimos a la leyenda sobre el comienzo del cultivo cafetalero en Mendoza. Duane asegura que no "se divisa cultivo alguno en un

radio de cinco a seis millas que abarca la vista desde la aldea. Es en los valles adyacentes, situados a la derecha del camino por el cual entramos, donde los habitantes de Mendoza cultivan fértiles y extensos sembradíos". No menciona cafetales.

Después de Timotes hacen noche "en un sombrío lugarejo llamado Chachopo". En el páramo es agudo el frío. Le agradan los purpúreos frutos de los arándanos. Contra la opinión de Humboldt y conocidos británicos cree que sí hay brezas en América, pues los ha encontrado en estas inhospitalarias alturas, ya que no otra cosa que brezas son estos frailejones de flores doradas o carmesíes. Hay, además, romero y toronjil silvestres, arándanos y moras.

Prosigue el viaje y por avecinarse la noche decide pernoctar en un villorrio. Lo llama Chachopo, pero es San Rafael. El frío corta. A partir de esta localidad observa un cambio en la confección y color de los trajes. Le explican que obedece al clima. Al abandonar Mucuchíes aclara Duane que su alcalde fue el último y el mejor de cuantos trató en la Gran Colombia. En Mucurubá observó el cultivo en terraplenes contruidos en las laderas de las montañas:

Las vertientes de las montañas de Mérida son famosas por el fino trigo que produce, del cual se dice que sería suficiente para abastecer a toda la República si hubiese caminos para transportarlo...

De Mucurubá abajo al camino bordéanlo hortensias. Hay sembradíos de algodón. Atraviesan Tabay. El Mucujún ofrece su seca caja. En Mérida se hospeda en casa "espléndida". El mayordomo, de acuerdo a instrucciones del gobernador Paredes, le advierte que puede solicitar el vino de la marca que desee. Desde el ventanal del cenador, goza del espectáculo de la sierra nevada. Disfruta de ciertos pequeños placeres desde que se encuentra en la ciudad:

En la tarde anterior el gobernador había enviado arrieros y mulas para traer nieve de aquellas alturas.

Adelante de Estanques encuentra una pequeña hacienda medio escondida. Hay guayabales, naranjos y las piñas más hermosas que ha contemplado. En Bailadores las casas están dispuestas al acaso, cercadas de vallas de carácter militar y provistas de troneras o aspilleras para la defensa. Para alojarse, el edificio del Ayuntamiento. A la verdad, era el viejo Bailadores. Había otro de más reciente fundación, el cual estaba

más retirado. El paisaje entre Bailadores y La Grita le trae a la memoria el de algunos condados de Pennsylvania con sus ubérrimos sembradíos de trigo y cebada. A dos horas de jornada el otro Bailadores, cuyo bienestar suscitaba sorpresa. En una finca, propiedad de un francés, encontró rotación en el cultivo.

Al otro lado de La Negra, la ciudad de La Grita. La ciudad está solitaria, pues casi todos sus nueve mil habitantes la habían abandonado ante la proximidad de las fuerzas realistas. En El Cobre pasan la noche en la casa de postas. Humboldt alude a construcciones de este tipo y las califica de *caravan-serrallos*. Cruza el Zumbador. Atrás dejaba "tragajos de ganado vacuno, por cierto, el de la más hermosa estampa que hasta entonces contemplara en las demás partes del mundo".

El recorrido de un Naturalista

Las guerras son instantes dramáticos en la vida de los pueblos y ésta, como todas, tendrá su fin. Volverán las gentes a sus casas a reanudar sus pacíficas tareas.

Ocurrirán ciertos cambios. El cultivo del cacao cede ante el café. Mariano Picón Salas sutilmente apuntó que la explotación cacaotera era de carácter esclavista; la cafetalera, por el contrario, liberal. Sea como fuere, es la hora del aromático arbusto. Codazzi, en su "Geografía", escribe que en Trujillo había grandes fundos cafetaleros. No se refiere a la región tachirense. La tranquilidad de que gozaban los Andes favorecía el fomento de las fincas. Karl Ferdinand Appun fue un naturalista y melómano alemán. Su obra contiene una amorosa descripción de la Naturaleza venezolana y abunda en datos de carácter económico y social. No recorrió la cordillera, sino un pequeño sector trujillano de la misma. Asegura el refrán que todos los caminos conducen a Roma. Todos los de Mérida y Trujillo desembocan en La Ceiba, pero del puerto lacustre a las estribaciones de la Cordillera es ciertamente infernal. Corre entre bajumbales, bajo una vegetación lujuriosa. Ama Appun los vegetales, pero especialmente a las palmeras y no parece "racista". Las palmeras y las criollas de cualquier color son, lo afirma rotundamente, "las creaciones más nobles de la Naturaleza". A media distancia entre La Ceiba y Betijoque, encuentra un poblado al que llama "Polonia".

No llegué a conocer, observa, si el pueblo fue un establecimiento de extranjeros que le habían dado ese nombre tan particular

en Sur América; conste que (por) lo sucio de la calle era un polaco legítimo, aun cuando las casas se mostraban más civilizadas...

Es una interpretación falsa, por ser una simple aféresis la causa de la confusión. El villorrio se llamaba y se llama Santa Apolonia. Por un camino que mejoraba a medida que ascendía, entre acogedores bosquecillos y bordeando pequeños saltos de agua, llegó el naturalista a Betijoque, "villa amena con casas bonitas". Buena la posada. Siguió al alto de Escuque. Luego, la villa de este nombre con unas cien casas. La gente, cortés y hospitalaria, como pocas.

Los viajeros alabaron al unísono la hospitalidad criolla. Era una virtud que se ejercía con sencillez y sin regateos: Appun al referirse a ella, alarga un comentario:

Reina hospitalidad y cortesía para con los extranjeros en Venezuela, así como en una gran parte de la América del Sur y entre este pueblo tan amable en lo que concierne a esto, uno recuerda no sin sonrisa desdeñosa, el carácter horriblemente rígido y el severo espíritu de casta que, sobre todo en Alemania, son exigidos por el buen tono; no se le ocurre allí a nadie que la complacencia y la afabilidad con el extranjero son lo que caracteriza al hombre culto.

De Escuque arranca el camino que por Mendoza lleva a Mérida; el de Trujillo, es menos frecuentado. Valera, importante, carece de interés. Sobre el Motatán, un buen puente. En su jurisdicción, las fuentes termales del Conquistado. Pasada la mesa de Carvajal el panorama es diferente:

Me sentí como llevado a Suiza, donde se ve un paisaje semejante, aun cuando los ranchos son muy distintos de las cabañas alpinas suizas, y a causa del cuido y cultivo esmerados que vi apenas podía creer que me encontraba en Venezuela; en todo caso, los habitantes de las provincias de Mérida, Trujillo y Barinas en cuanto a la laboriosidad eran una excepción honrosa entre sus otros paisanos...

"Otra Banda", barrio de Trujillo, le parece un pueblo independiente de la ciudad cabecera, la cual es "insignificante". Tranquila, silenciosa. Cisneros alabó las orquídeas locales. Appun juzga que Trujillo "es un paraíso para el colector de orquídeas". En los campos, frente a las chozas, azucenas. En la ciudad residían muchos artesanos italianos. A los diez días dejó Trujillo. Al primer pueblo que encontró lo llama

“Santander”. Se trata de Santa Ana. Trigo, alverjas, apio. Por el valle del río Carache llega a la población del mismo nombre. Si la ciudad es pequeña, la plaza es grande. Considerables las tiendas. De aquí salen caminos hacia El Tocuyo y Barquisimeto. Hay zapotes, membrillos y chirimoyas. Vio pieles de oso. Pertenecían al “salvaje”, “frontino” u “oso de anteojos”. Entre las obras que se escribieron sobre el país en el pasado, es la de Appun la más rica en observaciones o noticias sobre costumbres locales. Son variadas sus informaciones sobre comercio, agricultura o modos de ser. Tres líneas de Appun, a diferencia de otros autores, revelan los modos de vivir en el campo venezolano:

así como es de razonable (la vida en) el venezolano culto, así es de irrazonable la vida de la clase baja, de la gente de color, que se halla todavía, sobre todo respecto a su cultura, en el nivel más bajo.

Voces agoreras, no obstante, desde 1861, anunciaban una grave crisis cafetalera como resultado de exceso en la producción. En todo caso, nadie las escuchó y José Gregorio Villafañe y Manuel María Villet en su informe estadístico sobre el Táchira, en 1876, pudieron escribir un párrafo que parece transcripción de las referencias de Depons o Duane sobre los valles de Aragua:

En San Cristóbal, como en todo el Táchira, no hay hombres que puedan llamarse propiamente ricos; pero, tampoco muy mendigos; cual más, cual menos, la mayor parte tienen tierras, hogar y cultivo que proveen a sus modestas necesidades y lo que es más, para todos hay ocupación productiva, hasta para los más impedidos, en el beneficio del café, siendo notable la inmigración de Colombia en tiempos de cosecha de este fruto.

Cuatro años más tarde, Carabobo era el primer estado del país productor del grano. El segundo lugar lo ocupaba el Táchira. Pero, don Tomás Castilla señalaba con insistencia en 1880 que la elevada producción regional y las previsibles depreciaciones del producto, implicaban graves amenazas a la estabilidad económica local, porque, entregados al fomento de los cafetales, se habían deteriorado alarmanamente todos los demás renglones productivos.

Las tierras de Lara y Yaracuy

En las antiguas jurisdicciones de El Tocuyo, Barquisimeto, Nirgua y San Felipe, hay recolectores y cazadores en el período prehispánico. Economía de conuco en las regiones montañosas de El Tocuyo y en

los valles jurisdiccionales de San Felipe y Nirgua, aunque en la zona de Barquisimeto, pese a su tradicional pobreza en aguas, es de presumir que la ocupasen grupos agricultores de arawak que utilizaban el riego. La densidad de población, atestiguada por conquistadores como Federman, lleva a suponer que una producción primitiva no podía abastecer las necesidades de las numerosas aldeas que se asentaban en la zona.

En el período colonial, ya mediado el siglo XVIII, el trigo estaba en retroceso. Se comenzaba a sembrar cacao y tabaco. Desde Carora al valle del Yaracuy las fincas de este tipo se llamaban *penjales*. Para 1769 en Carora habían unas 30.000 plantas de cacao; en El Tocuyo, 20.000. Las manzanas y camuesos de esta ciudad tenían salida en el mercado de Caracas. Vides se cultivaban en Barquisimeto en pequeña escala.

En la región de Coro, mediado el siglo XVIII, también estaba en decadencia el cacao. Un informe estadístico de Pedro Felipe de Lamas, fechado a 12-IX-1768, refiere lo siguiente:

El fruto del cacao, que en otros tiempos era considerable en sus cosechas, hoy ha venido a tan deplorable decadencia por la pérdida, disminución y atraso de las arboledas que apenas producen las estancias de dicho fruto (que sólo se cuentan hasta 200 fanegas), de manera que para el preciso consumo del país, como alimento cuasi natural de sus habitantes, necesita que de las haciendas de la jurisdicción del río del Tocuyo se le introduzca la provisión. Las estancias de caña y trapiches, que entre mayores y menores alcanzan a 40, suelen moler y beneficiar hasta 75.000 arrobas de dulce común y ordinario para el consumo y abasto de la tierra, que aún no es suficiente dicha porción ni trapiches para dicho consumo, puesto que de la ciudad del Tocuyo se conduce gran cargazón de papelones y de azúcar.

En la jurisdicción de Nirgua, ya en 1764, según Cisneros, se cultivaba el café y lo extraían los holandeses de Curazao. Cuando en otras partes el añil no despertaba el interés de los cultivadores, en Nirgua era objeto de comercio en 1767. Nirgua, en esta época, ofrecía la particularidad de que sus casas carecían de puertas en las fachadas y se entraba por las llamadas "de aguas", las cuales daban sobre los corrales o el campo. Su jurisdicción era muy extensa y abarcaba los valles de Temerla, Sarare, Cocorote, Alpargatón, Urama, Morón, Tucuragua, Montalbán, Canoabo y otros. El cultivo del cacao era general y entre todos producían unas 10.000 fanegas. En algunos valles, como Sarare, el cultivo era nuevo. En el valle de Urama se cultivaba, además, arroz.

En el valle de Aroa el cultivo principal era el de cacao, "única general cosecha". El año, silvestre, no se aprovechaba. El informe que Matías de Tellechea redactó en 1768 sobre Aroa es importante porque consigna que a partir de 1740 se había modificado el clima regional. El informe de Tellechea es muy explícito al respecto:

...aunque se ha experimentado cielo medianamente claro y antes no así; porque los inviernos o lluvias apenas daban lugar a conocer el verano o tiempo seco y claro; pues sobre ser aquellas abundantes se seguían a éste las de los muchos nortes, tan copiosos que jamás se lograba la quema de una roza para las siembras... Esta mutación que parece que debía mejorar el tiempo en lo natural, respecto de que por lo regular se experimenta en esta provincia más sanos los países secos y escasos de lluvias, como son su cabecera Barquisimeto, Tocuyo, Carora y Coro, se ha visto efecto contrario desde el año pasado de 62, introduciéndose la epidemia de calenturas malignas de que han muerto gran parte de los habitantes... Se conceptúa proviene aquella epidemia del retiro notado de las lluvias, cuya abundancia antes hacía mantener a los ríos, quebradas, arroyos y fuentes abundantes de agua...

José Vicente de Tarbe informaba el mismo año, desde Carora, que el Morere dejaba ya de correr en los veranos. También en 1768 hacía notar Antonio Manzano que el nivel del agua en el lago de Valencia venía descendiendo desde 1727.

La región yaracuyana ha sido, como la de Barlovento, conservadora y aún mantiene el cultivo cacaotero. Appun la describe con detalles y pone de relieve la excelente vía de comunicación que la Naturaleza le ha dado en el río, cuya navegación intentaron obstruir las autoridades españolas en el período epigonal de la colonia. De la desembocadura del Yaracuy a El Chino se invertían cuatro días de navegación; en el descenso, solamente tres. En algún sitio era preciso arrastrar la embarcación por el escaso fondo. En el tráfico se ocupaban unas 50 lanchas pequeñas de más o menos 15 metros de largo por cerca de 3,60 de eslora. El fondo, plano.

Un libertador de América mira el paisaje

En enero de 1881 llegó a Venezuela, José Martí. Sólo seis meses debía durar su permanencia, pues Guzmán Blanco, lo declaró huésped indeseable cuando el futuro libertador de Cuba, en el segundo número

de la "Revista Venezolana" publicó un ensayo acerca de la personalidad y obra de Cecilio Acosta.

En sus días venezolanos, Martí se interesó en conocer la historia, el hombre, el paisaje y las posibilidades venezolanas.

Dijo entonces Martí:

"Venezuela es un país rico más allá de los límites naturales. Las montañas tienen vetas de oro, y de plata, y de hierro, la tierra, cual si fuera una doncella, despierta a la menor mirada de amor. La Sociedad Agrícola de Francia acaba de publicar un libro en el que se demuestra que no hay en la tierra un país tan bien dotado para establecer en él toda clase de cultivos. Se pueden allí sembrar patatas y tabaco: —té, cacao, y café; la encina crece junto a la palmera. Hasta se ve en la misma pucha del jazmín del Malabar y la rosa Malmaison, y en la misma cesta la pera y el banano. Hay todos los climas, todas las alturas, todas las especies de agua; orillas de mar, orillas de río, llanuras, montañas; la zona fría, la zona templada, la zona tórrida. Los ríos son grandes como el Mississippi; el suelo, fértil como las laderas de un volcán.

"Esta tierra es como una madre adormecida que ha dado a luz durante el sueño una cantidad enorme de hijos. Cuando el labrador la despierte, los hijos saldrán del seno materno robustos y crecidos, y el mundo se asombrará de la abundancia de los frutos. ¡Pero la madre duerme aún, con el seno inútilmente lleno! El labrador del país, que sólo ama a la mujer y a la libertad, no aspira a nada, y no hace nada, coge, al igual que los hindúes, las frutas maduras que cuelgan de los árboles, y, cual un gitano, canta, seduce, pelea, muere. En esa naturaleza virgen, los hombres de los campos tienen todavía costumbres grandiosas y audaces. Es el desprecio a la vida, el amor al placer, el recuerdo atrayente de una vida anterior de libertad feroz: son poetas, centauros y músicos. Relatan sus proezas en largos trozos de versos que se llaman galerones. Sus bailes tienen una dulce monotonía, la del céfiro en las ramas de los árboles, todas las suaves melodías de la selva interrumpidas por terribles gritos del huracán. Sus goces, como sus venganzas, son tormentosos. Beben agua en la tapara, una ancha fruta vacía de corteza dura. Se sientan en sus chozas sobre cráneos de caballos. Sus caballos, bajo sus espuelas, tienen alas. Con su garbo deleitan a mujeres; con su fuerza derriban a los toros.

"El labrador extranjero tarda en ir allá. Prefiere la América del Norte, donde está desarrollado el trabajo, la vida es tranqui-

la y la riqueza es probable. En Venezuela, hay isleños, nativos de las Islas Canarias, una posesión española, hombres rutinarios, de poco alcance mental, de mano pesada, preocupados y mezquinos. Crían vacas y cabras, y venden su leche. Cultivan el maíz. Hay alguno que otro francés, artesano de mérito, cocinero, barbero, zapatero, sastre. Hay italianos que comercian con frutas, tocan el órgano, viven hacinados en un miserable apartamento y limpian zapatos. Es, pues, imposible la unión entre esa tierra y esos hombres. Se necesita un hálito de fuego para despertar a esa gran durmiente: hay que romper el encantamiento a fuerza de arado: hay que lanzarla por esos campos húmedos y fragantes: semejante ujier debe anunciar a la naturaleza inempleada la noble visita del trabajo humano”.

El campo como fuente de poder político

De la vida campesina en las regiones montañosas del Estado Monagas se ocupó Julián Padrón; Gallegos describió la antigua Barlovento, bajo el régimen esclavista, en un fundo cacaotero; la de las haciendas de café de la jurisdicción de Petare está en las obras de Díaz Rodríguez y Urbaneja Achelpohl; Teresa de la Parra hilvanó deliciosos cuadros con sus recuerdos sobre “Peña Azul”; el mismo Gallegos evoca la de los hacendados de Charallave; Díaz Sánchez, en “Cumboto”, la de una plantación de cocos en la costa de Puerto Cabello; Tulio Febres Cordero y Mariano Picón Salas, el discurrir de las gentes campesinas de la Cordillera. Samuel Darío Maldonado y Gallegos trazaron en tremendos aguafuertes los anhelos y miserias de los explotadores de la selva. Appun, en 1880, expone sus impresiones sobre una finca cacaotera y otra cafetalera, ambas en las faldas de la Cordillera de la Costa, entre Puerto Cabello y Valencia, aun cuando ubicadas en distintos pisos climáticos.

Así, en un reducido espacio se encontraban las dos antiguas fuentes de poder del país. La economía cacaotera condujo a la emancipación. Tabaco y mulas financiaron la empresa de liberación. En la prosperidad cafetalera cimentaron su poder los caudillos en el período republicano. Al concluirse la guerra de liberación ya estaba configurado, en términos generales, el cuadro de los principales renglones de producción, decisivos en la economía y en la política nacionales del pasado siglo. Diríase que cada una de las actividades agropecuarias que han atraído en alguna

época la predilección de los cultivadores, ha ocasionado transformaciones políticas o sociales, reflejo de la economía regional en esas coyunturas decisivas.

Solamente así explicaríase la influencia ejercida por algunos caudillos, expresiones de la fuerza económica de las regiones de las cuales eran oriundos. Tres renglones han contribuido con su auge a ciertas transformaciones sociales y políticas: el cacao, el café y la ganadería. Cada una, en su oportunidad, propició notables cambios en el país.

A través del cacao se obtuvieron jugosas prebendas de la corona, títulos nobiliarios y privilegios políticos en la colonia. De la importancia que el cacao le dio a sus poseedores salieron, en cierta forma, las tendencias independentistas. Los criollos enriquecidos con la almendra fueron "los grandes cacaos" y "los grandes cacaos" dominaron en los cabildos, organismos donde se gestó la independencia.

Si el producto de los cacahuales alimentó el ovario donde se gestó la rebelión del 19 de abril de 1810, la ganadería permitió el mantenimiento de la guerra a que dio lugar el movimiento caraqueño. Por Páez, principalmente, conocemos la importancia de la ganadería en las vastas llanuras, datos que amplían y complementan las informaciones recogidas por Humboldt o Depons. El primero, por ejemplo, asevera que por Puerto Cabello se exportaban anualmente unas diez mil mulas. Depons recoge el monto de las exportaciones del mismo renglón por Barcelona. Pero, este último se refiere a un cierto menoscabo experimentado por la ganadería a consecuencia de la actividad de los cuatreros, debido al alto precio de los cueros a causa de las campañas napoleónicas. La cría de ganado vacuno fue aumentando las existencias hasta los días de la guerra federal, ya que al finalizar ésta, la situación ganadera era realmente crítica por la alarmante disminución que sufrieron las haciendas o hatos.

El ganado caballar y mular, en cambio, abundante en los días de la independencia, tal como lo expone el General Páez, no se repuso de la terrible epizootia que alcanzó su clímax en 1841, la conocida derren-gadera que diezmó los hatajos. Desde entonces Venezuela ha estado importando caballos.

No resulta, pues, imposible conjeturar que mientras el caudillo dispusiese de una base económica, su poder se mantendrá. Mientras hubo ganados el poder se conservó en Páez o los Monagas, respaldados por el café o el cacao de los oligarcas. Al agrietarse la base de sustentación se agrietó o desplomó el sistema político.

Los caudillos de la guerra federal y los intelectuales que les acompañaron intentaron auspiciar revolucionariamente un cambio social y económico fundamental. Políticos nacionales interpretaron la contienda federal en el mismo sentido con el que Sarmiento interpretó las luchas que se libraron en las pampas: guerra del campo contra la ciudad. Aquí fracasaron, en parte, los caudillos rurales, porque a través del Tratado de Coche se llegó a una conciliación en cuanto a principios e intereses y la oligarquía absorbió a los caudillos.

A medida que la mayoría de las regiones del país se desangraban lentamente en interminables contiendas civiles, la crisis agropecuaria se transformaba en una especie de mal endémico. Los censos y estadísticas del pasado siglo son instrumentos defectuosos; pero, sirven de índices a falta de otros mejores o más exactos. Y esos censos y estadísticas reflejan tal deterioro y crisis y, al mismo tiempo, señalan que la región occidental, con centros en el lago Maracaibo, se libraba, en cierta forma, de la ruina y miseria desatada por la guerra en las otras, al mismo tiempo que se iba consolidando su economía con base en el café y aumentaba su población, más sana, como resultado del clima, que la del resto del país. Junto al desarrollo general de la región se incrementaba el cultivo cafetalero, exportándose el grano a través de Maracaibo y Curazao, disponiéndose de un sistema crediticio primitivo y local a base de las numerosas casas extranjeras, principalmente alemanas, establecidas en algunos sectores andinos para manejar la producción cafetalera. El estado del país al finalizar el siglo pasado hacía posible, por el fenómeno conocido como vacío de poder, la invasión armada y el posterior éxito de Cipriano Castro.

Cuando por falta de previsión administrativa y percepción política se agrieta la estructura económica tradicional del país, el caudillo intentará por un proceso de mimetismo aprovechar las nuevas situaciones derivadas de una modificación en la economía para mantenerse en el poder. En la medida en que lo pueda lograr, silenciando la actitud del país, es posible su permanencia. Si falla en sus cálculos, los días del

caudillo están contados. La voluntad del César rural, apoyado o no por los intereses foráneos, respaldado o no por la oligarquía agraria y ganadera, será reemplazado o substituida por la de las agrupaciones de masas.

Pero, esto, ya forma parte de otra historia. No tan simple al parecer como la anterior, ni tan dramática. Pero, silenciosamente como transcurre, impone al pueblo mayores esfuerzos y una mayor capacidad, más voluntad para la lucha, más decisión para continuarla, más preparación y sacrificios indecibles y callados.

Un descanso en el camino

Todos los viajeros aluden en alguna forma a las posadas o mesones y a las pulperías criollas. Appun, especialmente, se refiere a todos estos establecimientos. Distingue las bodegas de las pulperías. Las bodegas son pulperías de categoría, donde las negociaciones son llevadas en gran escala. Ahora se las conoce como almacenes; las pulperías, bodegas de poca categoría, en las que se vende al menudeo. Ya vimos un tipo muy especial de pulpería, la de la hacienda, cuya agonía comenzó a la muerte del general Gómez.

Como todas las cosas que hay en esta tierra, la pulpería fue en el pasado aldeano toda una institución, una noble institución, como las factorías instaladas por la Guipuzcoana, como los almacenes que en Ciudad Bolívar, en Caracas, Puerto Cabello o San Cristóbal establecieron los alemanes para negociar los frutos del país y, como toda institución marginal o marginada, las pulperías suscitaron problemas. Muchos se querellaron más buscando el origen de la palabra que los príncipes germanos con el papado por las investiduras. Las palabras y su origen proveen terribles líos. Por la pulpería se han peleado los filólogos, pues unos quisieron verla hija del pulque y otros supusieron tenía algo que ver con su aparición el pulpo.

¿Que entre las pulperías hay categorías? Hasta entre las maderas del bosque hay jerarquías. En el pasado, el inmigrante, al llegar al país entraba a formar parte del acogedor gremio de los buhoneros. Al poco tiempo se le abrían dos caminos: la guerra y el comercio. Por el primero fueron célebres Montecattini y Sacre. Por el segundo, poca práctica graduaron al pulpero de bodeguero, abastero, almacenista. Ya estaba cerca del "don". A los pulperos que atendían su clientela a lo largo de los caminos o a la entrada y salida de las pequeñas comuni-

dades rurales, no se les presentaban tan brillantes oportunidades en la escala social. Encanecían tras los mostradores, pese a la importancia que adquirieron estos negocios, verdaderos almacenes donde se expendían los más variados y contradictorios efectos. Uno de los pocos pulperos en saltar el mostrador hacia más altos destinos fue Ezequiel Zamora. En cambio, Rosete fue pulpero de mala ralea. Las reuniones obtenidas en las pulperías repercutían por los campos vecinos como el eco de tambores ceremoniales. La pulpería era una pequeña lucerna en las tinieblas del yermo.

La pulpería fue el tiempo de la sociabilidad rural frente a la tarea desmigajadora del desierto. Mediante la pulpería el criollo chismeó y se informó. Gracias a esas modestas pulperías rurales, el viajero, el arriero, el soldado desmovilizado o descarriado, supieron cuanto acontecía en su propia tierra.

En la pulpería se vendía de todo y se hablaba de todo y sobre todo. Entre una y otra pulpería la distancia se medía por horas. Se medía la distancia entre ellas según las jornadas que rindieran las puntas de ganado. Las principales pulperías estaban separadas entre sí por unas diez horas de jornada a caballo como máximo.

Anexo a la pulpería, el corralón para las arrias. En el corralón de la de Naguanagua, según Appun, se escenificaron malas comedias y hasta títeres hubo en el improvisado tinglado. Después de la cena, un intermedio artístico. Coplas que se disparaban con buida intención en las cuatro flechas de sus renglones. Guarapo. La tradicional batería criolla. Aprisionados en sus botellas el áureo cocuy; el esmeralda de la menta; el aromado malojillo. A la escogida reunión no podían faltar ni el torco, ni la yerba buena.

La fama de las pulperías tenía sus altibajos, de acuerdo con los tiempos, según variasen los rumbos de los caminos. Muy pocas conservaban su nombradía desde los días de la colonia. La Venta, Las Adjuntas, Corralito. Cerca de San Mateo, Cantarrana, que en alguna oportunidad sirvió de cuartel general y de hospital de sangre a Boves.

Pero lo importante en este género de establecimiento reside en la función social que cumplieron. Carecían de fachadas características y hasta de las muestras que indicaban el mote que las distinguía. Caserones como los de cualquier sitio. Techos que fueron rojos, ahora patinosos. De los aleros, colgaban hierbajos descoloridos. Un largo corredor frontal con barda divisoria y grupos de campesinos platicando del tiempo,

las siembras, los sucesos. En el corredor, armellas para colgar hamacas. Un camino que llega y otros que siguen. Grasosas piernas de cerdo colgando de los ganchos. Carnes de chivo blanqueadas por la sal. Rumas de pescado seco. Rimeros de torta de casabe. Unos bastos sobre burros de madera.

A un lado, el cenador. Mesas rústicas con hules floreados en vez de manteles. Sillas de cuero. El ajicero. Tomás Lander describe una de estas pulperías tuyeras. En ellas se descansaba no tanto por lo largo de las jornadas como por lo áspero de los caminos, sus cuestas agrias, sus alisados descensos, verdaderos resbaladeros de cabras. Los caminos que coronaban los puertos de la sierra se desovillaban en el descenso y se escondían en la umbría del valle.

Venezuela del pasado, del presente, del futuro

Teresa de la Parra sostuvo en 1931 gentil plática epistolar con don Vicente Lecuna sobre un proyecto literario que ardientemente deseaba llevar a cabo: una biografía novelada de Simón Bolívar, enfocando menos lo heroico y muy cerca, en la medida de lo posible, su intimidad. Sin ser historiadora, quizás por su exquisita sensibilidad, en esas cartas hay sagaces interpretaciones que todavía aguardan una más amplia y documentada exposición. En una de las cartas, datada en París a 6-IV-1931, la delicada novelista le confía a su corresponsal:

¿No cree usted que los automóviles y los trenes son unos aisladores entre el país que se recorre y el viajero? Yo creo que sólo a caballo se debe aprender a conocer y querer la tierra, a caballo se sienten todos los olores de las hierbas y de las matas cuando una rama nos roza la cara, se puede conversar con los peones, decir "buenos días" a las gentes de los ranchos, al que está trabajando; recibir el sol y agua directamente del cielo con buen humor, sin quejarse. El confort nos pone insoportables; todo se ve a través de una ventana y cuando se regresa del viaje se tiene la impresión de haber estado en el cinematógrafo. Yo quisiera viajar como los peregrinos y los soldados, pasando trabajos, que éstos tienen su recompensa.¹

Teresa trata el tema con su natural sencillez y sutileza. Las formas de desplazarse de un lugar a otro, utilizadas desde hace unas cuatro

1. La aviación comercial para transporte de pasajeros estaba en sus comienzos cuando Teresa escribió estas líneas.

décadas, le escamotean al viajero el encanto de apreciar los matices de los paisajes, de conocer los lugares que atraviesa. Sujetas a inflexibles horarios y a itinerarios que solamente se modifican por graves causas, las gentes de ahora casi ni se dan cuenta de las características de la tierra nativa y de la vida de esas colectividades que antes calificaban los capitalinos, tal vez un poco despectivamente, de provincianas. Los paisajes son como manchones de color entre el sitio de partida y el de llegada.

A las ciudades apenas si se las mira por encima, en virtud del crecimiento urbano, las dificultades del tránsito y no pocas incomodidades derivadas de nuestro incipiente turismo. Por otra parte el venezolano de las ciudades, hasta hace unos pocos años, era indiferente ante el saqueo y la destrucción de la naturaleza y casi no gustaba de los placeres del campo. Necesitaba, en cierta forma, despojarse de la corteza colonial, transformar no pocos hábitos, modificar algunas costumbres, adquirir aquel gusto por las excursiones que tuvieron venezolanos eminentes de otros tiempos: Bolívar, Simón Rodríguez, Francisco de Miranda, Cajigal, Michelena y Rojas, Elías Toro, Samuel Darío Maldonado, Lisandro Alvarado...

A pesar de la falta de caminos, de la carencia de mesones o posadas, de la inseguridad de los tiempos, los venezolanos, dentro de aquellas circunstancias elementales, conocieron mejor la tierra, a sus pobladores, los recónditos rincones llenos de encanto y armonía. Hay personas que creen que los medios de transporte y las vías de comunicación, han contribuido a recortar el tamaño de los países.

En realidad han disminuido las distancias. Desde los días aurorales de la colonia, sin darse nadie cuenta, el fenómeno ha venido ocurriendo paulatinamente y no se le prestaba atención porque la mayoría de los criollos no parecía interesado en tomar posesión de la tierra que había heredado. Pasaron sobre ella como el viento y por eso fue destruida en buena parte. Nuestros antepasados no cuidaron de las riquezas que contenía y las malbarataron en el tapete de la codicia.

Desde hace casi tres mil años la Selva Negra ha sido teatro de las guerras más asoladoras. Pero la Selva Negra se conserva todavía y si ríos como el Tíber, el Sena, el Danubio o el Po han mermado en sus caudales, ellos discurren por zonas intensamente cultivadas desde hace milenios. En nuestra tierra, en menos de cinco siglos, fueron convertidos

en pavesas bosques inmensos, están resecos los cauces de muchos ríos, eu vía de extinción infinidad de especies animales.

Cuando Teresa escribía la carta antes copiada el país se componía de una cinta costanera ocupada a trechos por el hombre; de una franja montañosa, adosada al litoral, donde vegetaban unas pocas y pequeñas ciudades recoletas; más allá, extensas llanuras con unas reses enflaquecidas y algunos garceros y todavía más allá del gran río, los secretos de la selva. A un costado, puntos de fuego demarcaban las explotaciones petroleras. Esa selva inhóspita, cuya desolación pintó Gallegos, la recorrió el venezolano de ayer como el turbión, destruyendo indios, animales, árboles, sin afán de permanencia. El venezolano de hoy, en cambio, ha realizado en ella una de las más emocionantes y dramáticas conquistas: iniciar la creación de un emporio industrial.

Muchos aspectos de nuestra tierra escapan a la consideración de quienes viven en el país o en él han nacido. Aun cuando hoy nos preocupa dramáticamente nuestro destino, conocemos menos nuestra tierra bajo ciertos aspectos que los venezolanos de las pasadas centurias. Antaño se viajaba a pie, a caballo, en carretas, usando pequeñas embarcaciones. Naves de río de pequeño porte en la década de los 20 remontaban hasta Guerrilandia y El Baúl. Por La Grita remontaban las canoas hasta Seboruco. Por el Tuy, de Paparo a Santa Teresa, los "alijos" mantenían un intenso tráfico. La morosidad ha sido sustituida por la rapidez. Nos desplazamos a lo largo de carreteras que pasan por las goteras de las poblaciones o volamos sobre el país, de un extremo a otro, en pocas horas. Cuando la independencia, los correos o chasquis invertían hasta dos meses en la ruta de Angostura a Santa Fe de Bogotá.

Imiganemos cuánto tardaban los viajeros que de San Cristóbal se dirigían a Maracaibo o viceversa en piragua a vela, unas veces por falta de viento favorable; en otras por razones de navegar contra las corrientes. Desde Bucaramanga, Pamplona o Cúcuta, San Cristóbal y Mérida a lomo de bestia, para embarcarse en uno de los puertecillos fluviales o lacustres. Luego, cruzar el lago. Si se continuaba a Caracas, nueva navegación, regularmente contra la corriente, con cuarentena en Curazao. Así hasta 1925, año en que se inauguró la carretera trasandina. Hasta la época en que se fundó la Compañía venezolana de navegación fluvial y costanera no hubo tráfico directo entre La Guaira y puertos intermedios y Maracaibo. Casi todo el perímetro del lago Coquivacoa parecía encontrarse en el último día del Génesis.

Poca era la población del país; situadas las ciudades mayores lejos de arterias navegables; escaso el comercio como resultado de la larga y destructora guerra; limitado el numerario y poco estimulada la agricultura y la ganadería, el transporte por ferrocarril se desarrolló tardíamente entre nosotros y así pudiéronse salvar de su total destrucción las delgadas "selvas de galería". ¿Algún economista o historiador nacional ha estimado el volumen del deterioro sufrido por los bosques a lo largo de las vías férreas que iban de La Guaira a Puerto Cabello, de Tucacas a San Felipe y Barquisimeto, de La Ceiba a Motatán, de Santa Bárbara a El Vigía y La Azulita, de Caracas a Santa Teresa del Tuy, de Encontrados a Boca del Rita y La Fría, y del Guapo a Carenero?

De la degradación de los paisajes por obra de la ambición o la ignorancia nos damos cuenta porque ahora es el criollo amigo de disfrutar del campo, de admirar y defender la naturaleza y observa que donde antes hubo hermosos bosques el desierto viene extendiéndose lenta, paulatina, inexorablemente.

Por vericuetos de erudición fuimos a caer en campos de tradición y poesía. Esa cadena de tradiciones, a veces inservible, que según unos vincula a los vivientes con los antepasados; ese eco apagado de las tumbas, que otros pretenden que perdure, ha de ser roto en aquellos eslabones inútiles. Hay herencias que deben renunciarse si queremos enfrentarnos a los dilemas del presente y crear así una nueva y diferente tradición. Las tradiciones no son ciertamente fósiles. Si unas mueren otras nacen o se transforman.

Escribimos en los días solsticiales. Una hermosa tradición en todos los pueblos de la Tierra, cuando el hombre intenta acercarse a las fuerzas de la Naturaleza para rendirle alegre culto. Es una de las tradiciones que pueden permanecer, porque su conservación conduce hacia el amor a la tierra, a sus gentes, a las cosas todas que ella cría y sustenta. En estos días, como en otros, es muy distinto el campo nuestro del evocado por Urbaneja Achelpohl, Díaz Rodríguez, Teresa de la Parra, Tulio Febres Cordero. Ahora ya no es voz de miedo el grito de los comisarios o jefes civiles; ni las tinieblas imperan en los pueblecitos; ni hay tanta incomodidad en los hogares. Comparamos tiempos y situaciones.

Es la misma tierra y le observamos matices diferentes a los de antaño. El indio, el negro apenas trasplantado, el campesino peninsular recientemente instalado en la nueva tierra fueron buenos astrónomos. Cono-

cían las estrellas y arreglaban sus trabajos por las lunaciones. Sabían interpretar el estado del tiempo por los insectos, las aves y las formas de las nubes. A medida que los distintos tipos humanos se fueron mezclando en los centros urbanos, se perdieron los antiguos conocimientos. De vez en cuando se encontraban personas que conservaban vestigios de ellos.

Hoy volvemos por lo antiguo y a través de la revolución técnica moderna muchos de nuestros jóvenes se preocupan de las estrellas y de la mecánica celeste. Porque se tiene conciencia de la hora, parece que se ha aceptado el reto a que se enfrentó el Libertador la tarde fatídica del 26-III-1812. No hay deseos de vivir la Historia en pretérito, sino conjugándola en presente y futuro. El hombre, es un creador y en sus manos y en su voluntad está la facultad de forjar el futuro tal como los demiurgos de los misterios antiguos.

Constituimos un pueblo joven, de acuerdo con las estadísticas demográficas. Cuando conquistó la independencia política ese pueblo realizó, para usar de una expresión de Miguel José Sanz, hechos extraordinarios con medios extraordinarios. Contamos con recursos extraordinarios ¿y no podremos realizar obras cónsonas con ellas? Sincera emoción experimentamos y la admiración nos sobrecogió cuando en Guri contemplamos una obra heroica y la dramática reconquista de un paisaje, adelantada por trabajadores y técnicos venezolanos, mientras otros trabajadores y otros técnicos venezolanos están consagrados a la empresa de recuperar para el país los recursos del subsuelo y transformarlos en vastos complejos de empresas nacionales. Y hay trabajadores y técnicos venezolanos, animados de la mística de Vargas, Fermín Toro, Cajigal, Ernst, Alvarado, Maldonado, Pittier o Jahn, entregados al estudio de las ciencias naturales con el propósito de mejorar nuestros cultivos.

Y si esta toma de conciencia de lo nacional ha sido una tarea ardua, sembrada de fracasos, no es menos cierto que las grandes empresas no se coronan al primer intento.

III

APUNTES PARA UNA REVISION DEL PROCESO HISTORICO

NOTAS SOBRE EL PROCESO HISTORICO VENEZOLANO*

La estructura colonial

La estructura clasista de la Colonia y su organización económica, junto al aumento demográfico y la caracterización tipológica de los grupos de población, impondrán a las gentes del país ciertas características. Rezagos de “mantuanismo”, de manías nobiliarias, aristocratizantes permanecerán, sobreponiéndose a las derrotas, tanto por la fuerza o vigor de las tradiciones como por las ambiciones de los nuevos grupos dominantes, ansiosos de confundirse con los antiguos señores. A veces repercutirá un poco subterráneamente el problema de la tenencia de la tierra, se alzarán voces contra el régimen de propiedad y la polémica ofrecerá momentos culminantes a los comienzos del monaguismo o en vísperas de la guerra federal, para reaparecer posteriormente, en algunas regiones en forma tan aguda como antes a partir de 1936.

Del estudio de estos problemas y de sus posibles soluciones se desprende, en parte, la posibilidad de arbitrar fórmulas que aseguren estabilidad a las instituciones de la moderna Democracia. Y el agricultor oligarca con sus grandes fincas, el parcelero zambo, mulato o indígena, el jornalero negro, debían atraer la atención preferente de los “canastilleros”, capitalistas, exportadores o importadores. Si los inte-

* Estos apuntes forman parte de un trabajo que intenté realizar en 1968 con destino a mi discurso de incorporación como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia y para ocupar el sillón vacante por el fallecimiento del ilustre Caracciolo Parra Pérez. Esta circunstancia explica las constantes referencias a la notable y vasta obra del historiador andino. Al final opté por referirme a la formación de su personalidad, a la singularidad de su tarea y a su significado en el mundo de la cultura venezolana. Algunas de las notas referentes al proceso de la dominación y caída del liberalismo amarillo y a las características y significado de las dictaduras de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez las utilicé años más tarde en la introducción a mi libro “La Caída del Liberalismo Amarillo”, cuya primera edición circuló en 1972.

grantes de este grupo aparecen en la década del 1830 al 40 como los ductores sociales, procurando agenciar para sí la protección del Estado, el otro grupo alzaría la voz, tanto más poderoso y agresivo según los recursos de que dispusiese.

El conservadorismo

Este estado de cosas, esta lucha entre dos sectores de un mismo grupo económico (comerciantes monopolistas frente a agricultores terratenientes), como lo señaló Vallenilla Lanz, provocará situaciones paradójicas. El oligarca hacendado, impulsador de la independencia provincial frente a España, se transformará en un factor económico de tipo reaccionario. El comerciante, bajo el sistema monárquico simple agente del monopolio gaditano, será factor progresista o intentará evolucionar progresivamente al propender el adelantamiento comercial o industrial. Todo esto coloca al régimen conservador, a la oligarquía, en una situación realmente excepcional, ya que en vez de proteger en alguna forma al cosechero buscará encaminar su acción hacia el desarrollo de la actividad comercial. En esta evidente y flagrante contradicción interna es donde debemos buscar el origen de leyes tan estrictamente liberales como la del 10 de abril de 1834. En torno a este proceso he de señalar que en su reciente obra *"Los andinos en el poder"* (pág. 91), el doctor Domingo Alberto Rangel expone conclusiones en líneas generales semejantes, aunque no indica el curso de sus investigaciones para llegar a ellas.

* * *

Precisar el comienzo o los comienzos de un proceso político es tarea ardua y arbitrariedad es de mi parte pretender asignar a tal iniciación fecha determinada. Los historiadores nacionales han insistido en las íntimas conexiones del pensamiento vernáculo en lo filosófico y político con el pensamiento occidental difundido a partir de 1789. Salvo las intuiciones de uno que otro historiador, pocos se han ocupado de analizar los nexos entre ese pensamiento y el desarrollo social y económico de la provincia venezolana. La aceptación de determinadas tendencias y escuelas por algunos grupos revela o es índice de la situación económica de ese grupo y de sus aspiraciones en ciertas coyunturas.

La Compañía de Caracas

Al iniciarse el segundo cuarto del siglo XVIII experimentó Venezuela ciertas transformaciones en su estructura económica. La actuación de la Compañía Guipuzcoana o Real Compañía de Caracas, establecida por reales disposiciones el 25-IX-1728, impuso modificaciones tanto en la forma de ocupación de las tierras como en la escogencia de los cultivos (estanco), distribución de los mismos, financiamiento de las siembras, intercambio de los frutos o mercadeo, relaciones con las distintas provincias ultramarinas, etc., etc. La compañía logró extender algunos cultivos y asegurarles un mercado en Europa; pero, al mismo tiempo, es factor de graves trastornos al contribuir indirectamente a la depreciación del primer renglón de exportación, lo cual provocó agudas crisis con la subsecuente intranquilidad pública. Así, se van sucediendo las rebeliones de Andresote en 1731; la de 1741, la de los canarios en 1749 y la de parte de las esclavitudes en ese mismo año.

Las actividades mercantiles de la Guipuzcoana facilitan la integración de una burguesía terrateniente y comercial. El grupo terrateniente se perfila rápidamente y prueba su fuerza en algunas escaramuzas que a veces cuentan con simpatías extranjeras. Así, los sefarditas de Curazao respaldan el movimiento de Juan Francisco de León. Sin embargo, este movimiento, por no abarcar en sus proyectos a todo el grupo, fracasó.

Si observamos con mayor detenimiento los sucesos de esos días vemos que para entonces se van condensando las dos corrientes humanas y las dos fuerzas económicas que nutrirán los movimientos políticos que alterarán la paz de la gobernación venezolana primero y, después, la de la república hasta finales del siglo XIX.

Ese movimiento de 1749 es sumamente interesante porque sus dirigentes tenían conciencia más o menos clara de cuáles eran los objetivos a conquistar, ya que fue un movimiento general en casi todas las provincias ultramarinas, desde Paraguay a Cuba. Los venezolanos protestaban contra el monopolio impuesto por la compañía; contra los estancos en materia de cultivos (zonificación); contra las crisis económicas más o menos periódicas derivadas de las actuaciones de la compañía, pues los frutos venían depreciándose paulatinamente y, finalmente, reaccionaban los discrepantes, en cierta forma, a favor del comercio clandestino con Holanda o Inglaterra a través de Curazao, ya que el

ejercicio del contrabando era una manera de practicar la libertad comercial y permitía el abastecimiento de la provincia de los géneros y artículos que más necesitaba y la metrópolis no podía suministrar.

No toda la población colonial formaba parte de los agricultores o comerciantes; pero, cuantos se encontraban dentro de esos círculos sí representaban las fuerzas decisivas de la gobernación venezolana en lo económico y en lo político. Los movimientos revolucionarios de 1795, 1799 y 1806 fracasaron porque no contemplaron en sus programas las aspiraciones del grupo conservador, compuesto por los hacendados, cosecheros o terratenientes y los canastilleros, comerciantes o monopolistas. La áspera polémica que sostienen hacendados y comerciantes en torno a sus aspiraciones ha sido conservada por una real cédula de 7-X-1797 cuyo texto presenta las posiciones iniciales: los hacendados solicitan la libertad de comercio; los intereses comerciales, el mantenimiento del sistema político-económico gaditano.

Los precursores de la Independencia

La rebelión de Curimagua que es de esclavos y negros libres, funda su protesta, principalmente, en la cuestión impositiva. En la llamada de Maracaibo es evidente la intervención francesa. Ildefonso Leal ha puesto de relieve el falso papel de Pirela. El movimiento de Gual y España está compuesto, en lo esencial, de blancos pobres, funcionarios de modesta categoría, soldados y comerciantes minoristas ("pulperos"). Por su integración humana, sus aspiraciones locales y el evidente fermento francés, su programa será mucho más radical que el expuesto más tarde por los próceres que llevaron a cabo el 19 de abril de 1810.¹ Atinadas son las observaciones que sobre el tema formula Gil Fortoul:

"[...] la clase superior de la Colonia, que debía realizar la Independencia trece años después, era todavía partidaria o aparentaba ser fiel sostenedora del régimen español y, en todo caso, no quería aún la revolución sino de un modo que no destruyese sus privilegios oligárquicos".²

1. PARRA PÉREZ: *Historia de la Primera República de Venezuela*, Caracas, 1959, (nota ** al pie de página 334, parte final), Tomo I, segunda Edición. Para redactar lo referido hasta 1810, me he valido del trabajo que bajo el título "El Proceso Político Venezolano del Siglo XIX" publiqué en el diario *El Nacional* de Caracas, el 20-1-65.
2. GIL FORTOUL, JOSÉ: *Historia Constitucional de Venezuela*, Caracas 1953, Tomo I, p. 170.

La reacción conservadora (oligarca) ante este movimiento revela conciencia clasista. Ni respalda indirectamente, como lo hizo en 1749, a los adversarios de la Guipuzcoana, ni se atreve a recabar para sí la dirección del movimiento, como lo hará en 1810. Se limita a prestarle apoyo moral a las autoridades realistas, como lo hará igualmente en 1806.

Miranda estima que estos conservadores le darán a sus proyectos libertadores el respaldo que parece le habían ofrecido en 1782.³ Ante los sucesos de 1806 la oligarquía caraqueña asume una actitud indiferente, en cierta forma, de complicidad con el realismo, o le es abiertamente hostil al Precursor. Resulta innecesario aglomerar citas sobre el tema. Basta exponer el criterio de Gil Fortoul al respecto:

“El error de Miranda en 1806, error capital, consistió en no asegurar anticipadamente el apoyo o colaboración de la clase dominante en la Colonia, y en no desvanecer los escrúpulos que siempre tuvo ésta para desligarse de su Metrópoli por protección de otra potencia europea. El pensamiento de emancipación existía ya sin duda; pero se aguardaba para efectuarlo por cuenta propia, cualquier coyuntura favorable proveniente de los violentos conflictos internacionales que entonces ocupaban la atención inmediata de los Gobiernos europeos”.⁴

La hojarasca literaria de muchos autores ha impedido observar críticamente la actitud de estos grupos conservadores, así como la línea política que aparentemente se trazaron. Desde 1781 a 1808 conspiran activamente y temen la insurgencia de las clases humildes,⁵ esa gente de modesta condición, ese pueblo, ese común que fijaba pasquines en las esquinas contra los nobles⁶ y esos oficiales del batallón de Pardos “quienes ofrecen sus servicios para combatir las maniobras de los aristócratas que tienden a echar por tierra el sistema de gobierno bajo cuyos auspicios habían disfrutado hasta entonces de la mayor tranquilidad”.⁷ Parra Pérez, tal vez por no profundizar en el asunto, señala que “las clases bajas no tenían quejas de la administración colonial; no tanto, según se

3. Sobre dichos ofrecimientos, ver cartas transcritas en PARRA PÉREZ: “Miranda y los Patricios de 1872”, en *Páginas de Historia y de Polémicas*, pp. 30 y 31, Caracas, 1943. Recientemente Alfredo Boulton puso en duda la autenticidad de esta correspondencia.

4. GIL FORTOUL: *Historia Constitucional de Venezuela*, tomo I, p. 184.

5. De allí la indiferencia cómplice o el respaldo que los grupos conservadores ofrecen al gobierno realista.

6. PARRA PÉREZ: *Historia de la Primera República...*, tomo I, p. 338.

7. *Ibíd.*, tomo I, p. 339.

repite tendenciosamente, porque las tuviese el gobierno español sumidas de propósito deliberado, en la mayor ignorancia y abyección, sino porque preferían, como se verá más tarde, el régimen imperante, imparcial si no liberal, al posible dominio de los aristócratas criollos, cuya vanidad era incommensurable y anunciaba abusos y tiranías de todo género".⁸ Según el historiador, estas clases sometidas eran, en lo esencial, realistas pero antioligárquicas.

Por otra parte, Parra Pérez llega a la conclusión de que los conservadores criollos no tenían serias razones de descontento con respecto al régimen monárquico, aun cuando las clases superiores "habían llegado a ese nivel apreciable de cultura que provoca inevitablemente el nacimiento de aspiraciones políticas".⁹ Por otros caminos explicárase mejor el fenómeno. El nivel cultural alcanzado en la Colonia por los conservadores era el resultado del mejoramiento de las condiciones económicas y formación de la burguesía regional, con fuerza suficiente como para recabar el control político de la provincia en sustitución de la lejana autoridad real.

Las luchas sectoriales

El proceso que desde 1797 lleva al 19 de abril de 1810 no es para enfocarlo desde ángulos literarios, ni para considerarlo como la resultante de una mera difusión de teorías extrañas por obra de activistas extranjeros.¹⁰ Hay algo más complicado en ese tejido de causas que provocan el rompimiento con la metrópolis. Por poco que ahondemos en él encontraríamos que no fueron las adquisiciones ideológicas las causas determinantes de la rebelión venezolana, sino la evolución progresiva de la economía provincial. Este proceso económico facilitó la formación de un grupo capaz de asumir el control del país en situaciones de emergencia y ese mismo grupo político, ante las reiteradas crisis agrícolas producidas tanto por la actividad monopolista del comercio criollo-peninsular como por la circunstancial alineación de las potencias europeas, condujo a determinar un movimiento que aspiraba a conquistar mayor libertad comercial y una mayor participación en el usufructo

8. *Ibid.*, tomo II, pp. 380-381, cfr. tomo I, p. 84. En otra parte el mismo PARRA PÉREZ destaca la aguda crisis de la provincia venezolana en 1808: *Ibid.*, tomo I, p. 316 en nota (*).

9. *Ibid.*, tomo I, p. 90.

10. *Ibid.*, tomo I, pp. 397-398, 404-405; tomo II, 44.

del Poder.¹¹ La mera concesión del comercio libre resultaba insuficiente, ante los problemas que se habían suscitado a través de las crisis de 1791, 1801 y 1808, años terribles y decisivos.¹²

El problema de los orígenes de la lucha por la independencia es fundamentalmente económico. "Canastilleros", amigos del monopolio, porque España les suministraba los artículos comerciables, son, en su mayoría, peninsulares, principalmente vascos. Hacendados, partidarios del libre comercio, porque ni la península, ni las provincias españolas ultramarinas estaban en capacidad de absorber los excedentes de la producción. Castas que buscaban igualarse a los criollos y criollos que aspiran al ejercicio de la autoridad para el cual se prefiere a los peninsulares. Esclavos levantiscos y esclavistas que estimaban que sin la mano de obra sumisa la producción se estancaría o menguaría. Las autoridades realistas peninsulares no calcularon las verdaderas dimensiones del problema que se les presentaba. En cambio, las juntas de guerra celebradas en Caracas en 1794 sí atisbaron las verdaderas raíces del asunto que les preocupaba, pues señalaron que la propaganda sediciosa encontraba eco en las masas populares, ya que en las cárceles estaban reclusos numerosos individuos acusados de abigeato y esa propaganda les llegaba clandestinamente.¹³ Esos mismos presos ¿no constituían, acaso, un testimonio fehaciente de la crisis económica por que atravesaba la provincia?

11. *Ibid.*, tomo II, p. 227.

12. *Ibid.*, tomo I, pp. 315-316.

13. Sobre esto, ver: FEBRES CORDERO, JULIO: *Tres Siglos de Imprenta y Cultura Venezolanas 1500-1800*. Instituto de Investigaciones de Prensa. Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1959, pp. 137 y ss.

Con relación al desarrollo del cuatrерismo, encuentro en Depons esta información sobre la provincia de Barcelona: "Los excelentes pastos que cubren las llanuras dependientes de Barcelona, animaron a los habitantes a dedicarse a la cría, la cual no defraudó las esperanzas que en ella se pusieron. Además del ganado para el consumo local y del que se exportaba, se sacrificaban infinidad de reses, cuya carne salada se vendía siempre en La Habana e islas vecinas, con un ciento por ciento de beneficio. Los cueros y el sebo eran también importantes géneros de comercio. Hoy se encuentra muy disminuidos tales recursos. Los cuatreros que desde 1801 vienen asolando los hatos, han dejado estas Provincias en tal escasez de ganado que a duras penas, obtiene el necesario para sus mataderos". (DEPONS, FRANCISCO: *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América Meridional*. Traducción de Enrique Planchart. Estudio preliminar y notas de Pedro Grases. Publicación del Banco Central de Venezuela. Caracas, 1960, tomo II, pp. 288-289).

Refiriéndose a Calabozo, anota Depons: "El pasto es bueno y abunda el ga-

La guerra de Independencia y la lucha partidista

El acervo documental publicado por la Academia Nacional de la Historia con ocasión del Sesquicentenario de la Independencia permite establecer el sentido clasista del movimiento del 19 de abril, sentido claramente expuesto por el doctor José Domingo Díaz. Díaz, por razones personales fue enemigo del mantuanismo criollo,¹⁴ y al referirse a los sucesos de 1808, raíz de los ocurridos en 1810, escribió:

“Jamás hubo un objeto tan tenebroso y obscuro como el de aquella sediciosa reunión. Yo lo ignoré hasta julio de 1811 en que José Félix Ribas, uno de los principales de ella, me refirió tan memorable acontecimiento. Entonces supe que una parte de los conjurados estaba engañada por la otra. Aquella se componía de algunas personas de riquezas e influencia en el país, cuyos designios eran establecer en él la oligarquía y ésta la de todos aquellos jóvenes inquietos y en quienes las ideas de licencia y democracia eran el ídolo de su adoración”.¹⁵

El proceso revolucionario ocurrido a partir de 1810 facilitó, sobre la base de los grupos formados durante la Colonia, la constitución de sociedades políticas con aspiraciones diferentes, matrices de los posteriores partidos políticos. Meditemos, sin embargo, en un proceso que no siempre tenemos presente. Las conceptualizaciones ideológicas preceden a las exposiciones políticas de carácter doctrinario y éstas se basan en ciertas transformaciones económicas que han modificado en alguna forma la estructura social. Cuando los políticos olvidan atender a esas transformaciones económicas y la política permanece al margen de la

nado vacuno. Sin embargo, desde hace algún tiempo, por obra de la corrupción de las costumbres o por falta de vigilancia de los magistrados, los hatos vienen sufriendo alarmantemente los efectos del robo y la devastación. Pandillas de cuatreritos, enemigos del trabajo, recorren de continuo las inmensas llanuras entregadas al abigeato, y conducen luego el fruto de sus rapiñas a Guayana o Trinidad. Muchas veces, como ya lo he dicho, matan la bestia para aprovechar solamente el cuero y el sebo. Si no se toman prontas y enérgicas medidas, los hatos distantes de los pueblos, como lo están casi todos, quedarán desiertos y la posteridad sólo por tradición sabrá que allí hubo en un tiempo numerosos rebaños”. (*Ibid.*, tomo II, p. 270). Sobre exterminio de ganados, ver *Ibid.*, tomo II, pp. 126-127.

14. PARRA PÉREZ: *Historia de la Primera República...*, tomo I, pp. 334-335.

15. DÍAZ, JOSÉ DOMINGO: *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, publicada con ocasión del Sesquicentenario de la Independencia. Caracas, 1961, pp. 57 y 58.

actividad, se inicia un proceso revolucionario de imprevisibles consecuencias. Observados con criterio moderno los fenómenos políticos pasados, veríamos que las agrupaciones políticas de hogaño no constituyen, a la luz de nuestra experiencia, verdaderas organizaciones, sino son más bien tendencias que buscan satisfacer anhelos multitudinarios, esperanzas colectivas fluidas, ensueños mesiánicos de liberación.

Si se revisan las actas de las sesiones del congreso de 1811, primer congreso constitucional, aparecen varias agrupaciones políticas claramente identificables por las actitudes que asumen en los debates: mantuanos, españoles europeos, pardos o mulatos, antiigualitarios, esclavistas, autonomistas.¹⁶ Este último grupo merece especial consideración porque no ha sido exactamente apreciado. En primer término, no puede ser confundido con el autonomismo auspiciado por Peñalver y, en cierta forma, por Antonio Nicolás Briceño, el cual trata de la división de la provincia de Caracas. Aquellos autonomistas buscan el mantenimiento de la unión con España, logrando para la provincia una más amplia libertad de acción.

El padre Maya, diputado de La Grita, en sesión del 2-VII-1811, observó que "en Caracas hay muchas opiniones públicas". Y Pérez de Pagola, diputado de Ospino, en sesión celebrada al siguiente día, manifiesta que, "con prolongarse la situación se asentará la preponderancia de los españoles europeos, que hasta aquí se han captado el aura popular por ser los hombres más pudientes y por la influencia de que ya gozaban".¹⁷ La presencia de tal movimiento autonomista explicaría la de José Domingo Díaz en el congreso de 1811. En sesión del soberano cuerpo de 14-VIII-1811 "se dio cuenta del proyecto del diputado don José Domingo Díaz sobre el papel moneda... Habiendo quedado, por consecuencia, vigente el arbitrio de papel moneda, comisionó Su Majestad [el Congreso] para que formasen el proyecto de ley sobre él a los señores Roscio y Cabrera con el diputado don José Domingo Díaz y don José Vicente Galguera". Infortunadamente el atrabiliario médico no explicó en ninguna de sus obras su gestión financiera, ni tampoco la parte que tuvo en el "Semanario de Caracas".

Si aplicásemos la lupa a las luchas políticas de aquellos días encontraríamos una verdadera Micronesia partidista. En primer lugar, ten-

16. Sobre esto, ver: PARRA PÉREZ: *Historia de la Primera República...*, tomo II, pp. 29 y ss. y 326.

17. Ver *Ibid.*, tomo II, p. 59.

dríamos a los agricultores de la provincia de Caracas, divididos ya en 1811.¹⁸ Hay, además, en el Congreso un partido enemigo de la Sociedad Patriótica, cuyos razonamientos los conocemos por cartas de Roscio a Bello¹⁹ y es mencionado por Parra Pérez.

Los grupos tienen enseñas y colores que los diferencian. Observadores extranjeros indican el uso de las divisas rojas y amarillas según los bandos.²⁰ El rojo, es el de los realistas o godos; el amarillo, de los patriotas. A partir de 1840 estos colores recobrarán actualidad y serán utilizados por conservadores o liberales.

El proceso histórico va modificando el número y las modalidades de los partidos y la ruina de la república, resultado de la llamada reacción "canaria", hará desaparecer todas las tendencias. Los vencidos solamente se preocuparán de reagrupar sus efectivos en el exilio y prepararse para la invasión. Después, la guerra se impondrá a cualquier otra consideración y las cuestiones ideológicas pasarán a segundo término.

No ocurre lo mismo en la zona dominada por los españoles después de 1820. Circunstancias políticas locales llevan a las autoridades peninsulares a modificar su intransigencia. El general Morillo, en comunicación dirigida al Ministro de Guerra el 8-X-1820, decía:

Publicada y jurada la Constitución política de la Monarquía, por mí el primero, quedaron establecidas aquellas autoridades que ella previene y divididos los poderes en la forma que prescribe. Se publicó la libertad de imprenta; se dio desde el momento principio al uso de esta libertad; y lo que deseó y debió ser origen de las luces, de la concordia y de la fuerza modal, muy pronto apareció ser el medio de sepultar estos pueblos desgraciados en nuevas divisiones, en la más temible insubordinación y en todos los principios desorganizadores de los lazos sociales. Un cierto número de hombres malignos por carácter y perturbadores por costumbre comenzaron a abusar de esta santa y benéfica libertad, publicando escritos subversivos a la clase de

18. *Ibid.*, tomo II, p. 141.

19. Carta de Roscio a Bello, Caracas, 9-V-1811, en ROSCIO, JUAN GERMÁN: *Obras*, publicación de la Secretaría General de la X Conferencia Interamericana, Caracas 1953, tomo III, pp. 22-36.

20. PARRA PÉREZ: *Historia de la Primera República...*, tomo II, p. 36. En Colombia el rojo pasó a ser distintivo de los conservadores; en la Argentina de Rosas un rojo punzó lo fue de los federales. Según Pedro José de Rojas los partidos en Carúpano, en 1843, eran dos: amarillos y colorados ("La doctrina conservadora", tomo I, p. 40. En *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*).

pardos y morenos de Venezuela, que es decir casi toda su población y a casi todo su ejército.²¹

Hasta 1821 proliferaron las publicaciones de carácter periódico en la zona relativamente pequeña que dominaban los realistas. Para algunos políticos tal actividad era consecuencia de la constitución de Cádiz.²² José Domingo Díaz destaca la influencia de este documento:

La constitución fue jurada y publicada el 7 de junio en medio de la alegría de un corto número de ilusos y de todos los partidarios de la independencia que veían en ella asegurado su triunfo y de la más alta indignación de la generalidad de los habitantes.

Bajo de aquel funesto gobierno que perdió a mi patria, no me era posible ya prestarle mis servicios. Me separé de la redacción de la gaceta que ocho años había estado desempeñando sin el menor interés; no habiendo sido bastantes a hacerme variar de resolución las instancias y contestaciones por escrito que mediaron con el Capitán General de la Provincia. El impresor se encargó oportunamente de ella.

No hay que dudarlo. Aquel funesto gobierno perdió a mi patria y nos envolvió en sus ruinas. Una epidemia pestilencial no propaga tan rápidamente su mortal contagio como aquella fatal constitución propagó el que le era peculiar. Hizo desaparecer todos los principios del orden.²³

Ella proporcionaba con la libertad de imprenta que concedía, los medios de llevar a la licencia y de perturbar la paz del particular y la tranquilidad de los pueblos, como se vio con el escrito publicado por el fiscal de la Real Hacienda don Andrés Level de Goda.²⁴

Por este discurso sobre la constitución el médico vapuleó de lo lindo al pariente de los Bermúdez, reformista y liberal más tarde. Igualmente debemos destacar la circunstancia de que al amparo de esta carta publicó Tomás Lander un artículo en "La mosca libre", edición correspondiente al 3-II-1820, quizás el primero de cuantos escribió, en que trataba acerca del derecho que le asistía a poseer cuantas obras no estuviesen expresamente prohibidas. Esta actitud es, tal vez, más que

21. RODRÍGUEZ VILA, ANTONIO: *El Teniente General Don Pablo Morillo, Primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta* (Estudio biográfico documentado), Madrid, 1908, Tomo IV, pp. 236 y 237.

22. Al amparo de estas libertades constitucionales gaditanas se suscitan polémicas en la zona dominada por los realistas, las cuales se ventilan a veces por la prensa.

23. DÍAZ, JOSÉ DOMINGO: *Recuerdos*, pp. 365 y 366.

24. *Ibid.*, p. 367.

la posición de un liberal la de una persona tolerante, imbuida por las tesis que casi una década antes había sostenido Burke en las páginas de la "Gaceta de Caracas", tolerancia que también fue defendida en 1815 cuando polemizaron sobre la cuestión miembros del claustro universitario.

El incipiente liberalismo

Estos tolerantes de 1820 están presididos por Lander y Level de Goda y posiblemente, aglutinarán las primeras células de cuantas constituirán, más tarde, el partido liberal. En esta época aún no se han caracterizado definitivamente los grupos políticos. En carta a Mariño, escrita en Barinas a 2-IV-1821, el Libertador alude a "este caos asombroso de patriotas, godos, egoístas, blancos, pardos, venezolanos, cundinamarqueses, federalistas, centralistas, republicanos, aristócratas, buenos y malos y toda la caterva de jerarquías en que se subdividen tan diferentes bandos".²⁵ Poco tiempo después Santander señalaba la presencia en nuestro país de mucho "chispero" exaltadamente liberal.

Las incipientes células liberales de que hemos hablado hicieron sus primeras armas en ese mismo año al ser protestada el 29 de diciembre la Constitución de Cúcuta, actitud reiterada el 3 de agosto del siguiente año. La situación interna de Colombia, la campaña del Sur, el naciente santanderismo frente al bolivarianismo cesáreo desvió la atención pública hacia esta pugna y la cuestión federal, concluyendo todos los grupos antibolivarianos por unirse dentro de la "Cosiata", cuya única aspiración se reducía a romper el pacto colombiano.

Logrado el objeto, reaparecen los partidos en forma provincial. En Maracaibo combaten "tembleques" y "campesinos". *El Follón*, 1834, redactado por Ramón Troconis Vale, defendía los intereses del primer grupo; Juan E. González y Juan B. Calcaño, desde las columnas de *El Rayo*, voceaban las consignas del segundo. Sobre la composición humana y las tendencias de estos círculos apunta Feliciano Montenegro y Colón:

Por las maniobras de los partidos [en 1834] corrió un gran riesgo, durante las elecciones primarias, la tranquilidad de toda la república; pero felizmente sólo fue turbada en Maracaibo, en cuya ciudad se cometieron algunos desórdenes provenientes de la rivalidad con que procedían muchos de los habitantes de la provincia, divididos desde el año de 1831 en dos facciones o bandos denominados *tembleques* y *campesinos*, que al fin hicieron ane-

25. *Cartas del Libertador*, 2ª edic., Caracas, 1965, Tomo III, p. 54.

gar en sangre sus hogares, no por afección especial, o por interés de que la primera magistratura del Estado recayera en tal o cual sujeto de los nombrados, sino por el empeño de los segundos en apoderarse de las elecciones, para impedir, se decía, que los tembleques continuaran siendo dueños de todos los ramos de la administración provincial, manejada a su arbitrio desde el año ya dicho. Este bando, *según informes oficiales*, lo componía casi todo el populacho y algunos vecinos de notabilidad; al otro pertenecían todos los pudientes, la mayoría de la gente notable por sus destinos, los artesanos y una parte del bajo pueblo.²⁶

En escala nacional predominaban los conservadores, aún no diferenciados por programas o actitudes irreconciliables. Aquellos matices sobre centralismo o federación se habían esfumado al romperse la unión colombiana y aprobarse el compromiso centro-federal en la constitución de 1830; pero, quedaban todavía, entre otros lunares, lo referente al sistema electoral censitario, caballo de Troya hasta la Constitución federal de 1864.²⁷ Este sistema electoral excesivamente restringido aseguró al conservadorismo su predominio por casi tres décadas.

Gil Fortoul, al ocuparse de esta larga etapa, la subdivide en oligarquía conservadora y oligarquía liberal, aun cuando no acepta que los motes de conservador o liberal correspondan a realidades históricas y políticas. Nosotros no creemos en el dominio de dos oligarquías con distintas banderas políticas. La oligarquía fue y es una. Su instrumento de combate: el partido conservador. Pero, cuando las circunstancias político-económicas llevaron al conservadorismo a dividirse, las células liberales, al margen de la oligarquía, aprovecharon la situación para consolidar sus posiciones. En última instancia, este régimen conservador podría ser calificado de timocracia.

Los problemas económicos que han de solucionar los venezolanos después de la "Cosiata", facilitaban una especie de "fusión" de los dis-

26. MONTENEGRO Y COLÓN, FELICIANO: *Historia de Venezuela*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia; publicada con ocasión del Sesquicentenario de la Independencia. Caracas: 1960, tomo II, pp. 320-321.

27. Sobre elecciones coloniales fue interesante el experimento llevado a cabo en Cubagua, donde votaban habitantes y transeúntes. Solamente estaban inhabilitados para el ejercicio del voto en Nueva Cádiz los indios y negros de las pesquerías y los esclavos. Ver, VELÁSQUEZ, RAMÓN J.: "Sobre Dos puntos una bisectriz histórica", en la revista *Vértice*, publicada por la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, N° 11, mayo 1963.

tintos grupos conservadores, enfrentados hasta ese momento como resultado de las divisiones creadas en la sociedad por la guerra de independencia. Inevitablemente, por la fuerza misma de las circunstancias, esos grupos buscaban la unión, aunque subdividiéndose, a su vez, tal como lo estaban para el año 1811, si bien ahora tienen objetivos diferentes a los de ese año. De 1808 a 1812 la oligarquía, en parte busca únicamente el rompimiento con España; después de 1830, controlar el mecanismo del Estado para su provecho.

Grupos conservadores y liberales

Al lado de esta operación, se lleva a cabo un vasto proceso de graves consecuencias. Contribuía al mantenimiento del poder conservador la alianza de los canastilleros y los agricultores. Pero, disfrutando ya del Poder al amparo de Páez, los objetivos de los grupos difieren y esta contradicción justificaría el criterio de considerar dentro del régimen conservador dos períodos: uno, el que presiden las tendencias de los comerciantes, llamado por algunos inexactamente “oligarquía conservadora”; el otro, por los agricultores y conocido en nuestros anales por el “período de la oligarquía liberal”. Este criterio no parecen compartirlo muchos historiadores antiguos o modernos, quizás porque éstos aplican otras escalas interpretativas. Así, por ejemplo, observa Morón:

En realidad no existía una ideología liberal frente a una ideología conservadora. Los partidos fueron grupos con aspiraciones al poder. El concepto de partido político, con una base doctrinaria, se conocerá en Venezuela sólo en este siglo, a partir de la muerte de Juan Vicente Gómez en 1935. Guzmán —considerado como fundador del partido liberal— sirvió y profesó la política conservadora; Fermín Toro, gran figura conservadora, tenía mentalidad liberal.

Las contradicciones son apenas aparentes; contradicciones porque no se ha profundizado en el análisis de las ideas políticas de esa época. Criterio muy diferente al de Gil Fortoul o al de Morón fue expuesto con meridiana claridad por Vallenilla Lanz.

¿Cómo interpretar las aparentes contradicciones que podrían servir para explicar alegremente algunas de las llamadas paradojas de nuestra historia? Los conservadores (“oligarcas conservadores”), claramente en muchos casos, propendieron a proteger el comercio y la industria, no considerando en el mismo plano de importancia la cuestión agrícola, ni

el problema de la tenencia de la tierra, necesidades del grupo de los cosecheros o agricultores ("oligarquía liberal"). Al leer los apuntes de Guzmán o Lander nos damos cuenta de esta problemática. En virtud de las tendencias del grupo comerciante se promulgó la ley de 10 de abril de 1834, con cuya aplicación se confiaba para recaudar los capitales indispensables al desarrollo industrial o mercantil mediante la redistribución de la riqueza agraria en virtud de hipotecas o créditos exigibles a breve plazo, de acuerdo con los términos de la expresada ley.²⁸ A explicar esta finalidad tienden las manifestaciones que en la "Memoria" presentada al Congreso en enero de 1834 hizo el secretario del interior, licenciado Diego Bautista Urbaneja, sobre la conveniencia y utilidad de una legislación de este tipo.

La ley de 10-IV-1834, defendida por un liberal de la calidad del licenciado Urbaneja, fue rudamente atacada diez años después por el conservador Fermín Toro. Si examinamos la obra de Toro encontramos que su ataque no está sustentado en criterios liberales. Y porque esta ley no contribuyó a realizar el propósito que la creó y contribuyó, por el contrario, a aumentar la crisis agrícola, es por lo que la atacaron "liberales" como Tomás Lander, Antonio Leocadio Guzmán o Juan Vicente González en la época primera de su actividad política. Es curioso, sin embargo, señalar que frente a la "esclavitud" coincidan en criterio conservadores y liberales como Lander y González o hasta el mismo Guzmán, ya que éstos miraban de reojos las leyes de manumisión porque contribuían a restarle brazos a las labores agrícolas.²⁹

28. De esta tendencia en la Ley Agraria, PEDRO JOSÉ ROJAS, al referirse a la crisis de la agricultura: "La doctrina conservadora", tomo I, p. 43, en *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*. Igualmente, puede consultarse GONZÁLEZ GUINÁN: *Historia Contemporánea de Venezuela*, 1954, tomo II, p. 287.

29. Una solicitud de los agricultores del Tuy, en Sabana de Ocumare, a 28-II-1835, dirigida al Congreso por órgano del Presidente de la República, deja constancia de esta tendencia. De tal representación destaco la siguiente frase: "...la Ley de manumisión convertirá muy pronto las haciendas en soledades improductivas". Ver LANDER, TOMÁS: "La doctrina liberal", en *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*. Caracas, 1961, p. 294. Sobre la actitud contraria a la manumisión, de ANTONIO LEOCADIO GUZMÁN, ver la colección *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, volumen V, p. 394. De que los llamados "godos" o "liberales" constituían un solo grupo, hay diversos testimonios. Uno cualquiera sirve al caso. ANTONIO LEOCADIO GUZMÁN, en artículo "La Oposición" (*El Venezolano*, N° 68, 27-IX-1841) afirma: "La Constitu-

La Revolución Reformista

Sea como fuere, el grupo conservador se ha de escindir en dos sectores doctrinarios al discutirse las candidaturas presidenciales para el segundo período constitucional. Por los frecuentes eufemismos a que son dados muchos historiadores nuestros, paréceme que se ha desnaturalizado la historia de los sucesos de 1834-1835 sobre los cuales arroja luz esclarecedora la obra de Parra Pérez. Porque revistieron gravedad y sus consecuencias pesaron sobre los sucesos posteriores en forma decisiva, es conveniente intentar una explicación del fenómeno.

Si queremos llegar a una exacta interpretación de los hechos que culminaron en la triste jornada del 8 de julio de 1835 se debe desligar lo fundamental ("reformas") de lo anecdótico ("carujada") y reconsiderar un conjunto de hechos que arrancan desde los albores de la primera república. Tales hechos llegan a revestirse de un carácter terrible en la "carujada", palabra que no se atrevía a pronunciar el doctor Miguel Peña por temor a equívocos trueques vocálicos. Examinemos, pues, los distintos factores que concurren al mencionado suceso.

a) *Cuestión militar*. Los patriotas de 1811 expresaron reiteradas veces la intensa desconfianza que les inspiraban los militares y esta actitud, expuesta por Parra Pérez,³⁰ es una de las causas que influirán en el derrumbamiento de los republicanos y en el fracaso militar de Miranda. El Libertador, en cierta forma, abundó en el criterio de aquellos patriotas y en varias oportunidades se pronunció sobre la incapacidad de los militares, como tales, para el ejercicio de las funciones civiles.³¹ Conociendo las graves consecuencias que había provocado la desmovilización en Europa y, particularmente en Inglaterra, después de

ción de 1830 es para nosotros el Monte Sacro de los romanos. Esos derechos, esas leyes, son la égida que nos guarece".

30. PARRA PÉREZ: *Historia de la Primera República...*, tomo II, pp. 98. 104, 143 y 157.

31. Napoleón sostenía igual criterio del predominio de las cualidades civiles por sobre las militares en el ejercicio del gobierno de una nación. El Consejero de Estado francés, Thibaudeau, recogió para la historia las siguientes líneas del pensamiento napoleónico, expresado en cuenta que como Primer Cónsul rindiera Bonaparte al Consejo de Estado de Francia el 14 Floreal del año X (4 de mayo de 1802):

"No es como general que yo gobierno, sino porque la Nación piensa que tengo las *cualidades civiles* propias del Gobierno. [...] Ante un

Waterloo, su lúcida mente columbró los peligros que se le presentarían al gobierno cuando, concluida la guerra en Venezuela, comenzase la desmovilización de los efectivos militares. Entonces, le escribió a Gual, desde Guanare a 24-V-1821, la siguiente carta:

No pueden Uds. formarse una idea exacta del espíritu que anima a nuestros militares.

Estos no son los que Uds. conocen; son los que Uds. no conocen: hombres que han combatido largo tiempo, que se creen muy beneméritos y humillados y miserables y sin esperanzas de coger el fruto de las *adquisiciones de su lanza* [...] Persuádase Ud., Gual, que estamos sobre un abismo, o más bien sobre un volcán pronto a hacer su explosión. Yo temo más la paz que la guerra y con esto doy a Ud. la idea de todo lo que no digo, ni puede decirse.³²

Además de las razones estrictamente sentimentales, políticas o estratégicas que le llevaron a la guerra del Sur y a las campañas que culminaron con la creación de Bolivia, es muy posible que influyesen en el ánimo del Libertador, para llevar a cabo esas vastas empresas, los peligros de una desmovilización apresurada; continuando la guerra en aquellas regiones le era posible y justificado extraer de Venezuela las tropas que podrían mantener en constante riesgo las instituciones. No es aventurado suponer que en el ánimo de los oficiales se infiltrasen ideas de que a la hora de la paz a ellos les estarían encomendadas funciones de gobierno. Es lo cierto que ya en 1824 el intendente Escalona, ante los problemas que se habían presentado en varios vecindarios del

fenómeno de preponderancia, incuestionablemente *el mundo pertenece al orden civil.*"

[Citado por Simonin en artículo publicado por el *Petit Journal*, de París, el 16 de diciembre de 1908, titulado "Los grotescos Napoleónicos".]

Coincidencia entre dos grandes personajes de la Historia, Napoleón y Bolívar. Dos civiles que en un momento sintieron la necesidad de prolongar lo político hacia el terreno militar, por la fuerza de los hechos. Dos grandes estadistas que en su gran dimensión de políticos hubieron de asumir la de militares, pero que tenían claro que el gobierno es una función esencialmente civil y jamás constituye un acto militar y por lo mismo, no puede gobernarse por las reglas militares, ni con una mentalidad militar, ni menos, militarista. A quienes por cortedad de sentidos confunden tal concepto y lo trastocan, el articulista Simonin los califica de "grotescos Napoleónides". ¿Cuántos de ellos hay en nuestros días en nuestra América morena?

32. *Cartas del Libertador*, 2ª Edic., Caracas, 1965, tomo III, pp. 66 y 67.

Alto Llano a consecuencia de las banderías que dividían las arruinadas poblaciones, aconsejó que se escogiese a las autoridades locales entre los oficiales retirados que habitaban en ellas.³³ Y el Gran Mariscal de Ayacucho planteó a las autoridades venezolanas en 1830, con desnudo realismo, el peligro militarista.³⁴

Como resultado de las diversas medidas adoptadas a partir de 1819 sobre los bienes secuestrados a los realistas, americanos o peninsulares, los soldados se consideraron defraudados de todo cuanto en justicia les pertenecía y si no insurgieron contra el gobierno que presidió Páez fue por el respeto que les inspiraba "el Catire". El debate electoral para el segundo período presidencial le brindó una oportunidad a esos soldados, a los bolivarianos liberales y al grupo de los agricultores y, entonces, rodearon las figuras de Mariño y Urbaneja.

b) *Cuestión económica*. Boves había procedido en ocasiones a repartos de los bienes secuestrados a los patriotas entre sus conmlitones. Este sistema demagógico hubo de tener algunas repercusiones entre los grupos carentes de tierra³⁵ y el Libertador, en 1817, buscó satisfacer legalmente esas aspiraciones de las masas rurales mediante las leyes dictadas sobre secuestro de bienes a los realistas y el posterior reparto de lo bienes nacionales entre los oficiales y tropa. Este decreto fue modificado por el congreso reunido en Angostura y transformado en una ley de bonos militares, lo cual llevó a ciertos historiadores, como Griffin, a negar que el Libertador dictase medidas tendentes al reparto de las tierras.

Sin embargo, al día siguiente de Carabobo, ya los grupos conservadores comenzaron la ofensiva contra cualquier medida de tipo progresista y el 28 de julio de 1821 "trece vecinos de esta capital (Caracas),

33. En oficio dirigido al juez político de Santa María de Ipire, Caracas, 25 de febrero de 1823, dice el Intendente de Venezuela, Escalona: "el medio que me parece más oportuno para evitar choques y desavenencias entre las autoridades en el conocimiento de causas, es el poner a cargo de vecinos que sean militares la autoridad civil" (*Archivo General de la Nación*, Sección "Intendencia de Venezuela", tomo IX, folio 495).

34. GONZÁLEZ GUINÁN: *Ob. cit.*, tomo I, p. 363.

35. CARRERA DAMAS, GERMÁN: *Sobre el significado socioeconómico de la acción histórica de Boves*, Caracas, 1964, comentado en artículo periodístico por FEBRES CORDERO, JULIO: "Significado de Boves", en el diario *El Nacional*, Caracas, 20-I-1965, Secc. "Los Libros", cuerpo A, p. 4.

observando las consecuencias que debía producir la ley de 16 de junio de 1819, por la cual se disponía la confiscación de los bienes de los que emigraran, dirigieron una exposición al presidente de la república, pidiendo que se suspendieran sus efectos en beneficio del país y que se les restituyera en el goce tranquilo de sus propiedades, mediante a que no era justo calificar como delito un acto originado con frecuencia del temor y del cuidado con que cada uno estaba obligado a proporcionarse seguridad en tiempo de guerra”.

A esto se agrega que luego de Carabobo, el gobierno dispuso la expulsión de los desafectos o españoles realistas. Diversas voces clamaron contra la medida; entre ellas, la de Tomás Lander,³⁶ quizás porque un cercano deudo suyo se encontraba entre los desterrados.³⁷ El caso es el de que al poco tiempo comenzaron a reingresar al país los desafectos, presentando reivindicaciones sobre los bienes o propiedades que por imperio de la ley se les habían secuestrado. Retornaron hombres como José Domingo Duarte, asesor de Monteverde, Boves o Morillo y quien después de 1830 se colará entre los próceres y será miembro de la Corte Suprema; como José de los Reyes Piñal y Andrés Level de Goda. Defraudados así, en sus aspiraciones, muchos oficiales y soldados, inevitablemente pasarán a formar parte de las filas opositoras.

En términos generales, la situación económica estaba muy deteriorada. En vastos sectores había descontento por la forma en que se aplicaba la ley del 10-IV-1834; una ruinoso sequía se había abatido sobre casi todo el país; el tabaco no se cotizaba; fueron muy reducidas las cosechas de café y cacao; mala la del añil y sin demanda la zarzaparrilla y los cueros de res.

c) *Cuestión política*. Se reducía al problema que implicaba el asentamiento del régimen conservador, robustecido con el aporte de los “godos” o realistas. Habiendo fracasado en el congreso de Angostura el proyecto agrario del Libertador, tendente a crear una clase de campesinos libres mediante el reparto de los bienes nacionales, los “godos” emigrados y los antiguos desafectos, de nuevo en el seno de la patria,

36. Representación de Tomás Lander, al Sr. Intendente-Interino, en: *Archivo General de la Nación*, Caracas, Intendencia de Venezuela, tomo IV, folio 323.

37. Sobre expulsión del español Juan Lander, 1823, en *Ibid*, Intendencia de Venezuela, tomo VII, folios 116° 545; tomo IX, N° 121, folios 201-202.

comenzaron casi inmediatamente a restaurar sus antiguas fortunas y a robustecer la posición económica con el ejercicio del poder.

Este poder conservador quedó consagrado por medio del sistema censitario en cuanto al ejercicio del sufragio, tal como lo estableció la constitución del año 30 y se evidenció en las elecciones para el segundo período constitucional. Baralt copia a este respecto:

[...] la elección de Vargas era sostenida con empeño por la mayor parte de la gente acomodada del país, agricultores, comerciantes y propietarios.³⁸

d) *Cuestión esclavitud*. Abarcar el problema en su integridad es, ya de por sí, materia para un trabajo independiente. Apunto, sin embargo, que desde 1749 la cuestión esclavista repercutía hondamente en la sociedad venezolana. Gual y España, en sus ordenanzas, proyectaron la abolición absoluta de la esclavitud sin indemnizar a los propietarios. Los patriotas de 1810 y 1811, asustados con los excesos de Haití y por su misma condición de propietarios de esclavos, retrocedieron en el camino que señalaron Gual y España. Los jefes realistas como Boves habían libertado a los esclavos de los patriotas al incorporarlos a las filas. Páez, quizás imitando al Bolívar de los decretos de Carúpano de 2 de junio de 1816 y de Ocumare de 6 de julio del mismo año, incorporó a las suyas a cuantos esclavos prefirieron las armas a las pacíficas tareas agrícolas. El Congreso de Cúcuta, en 1821, como el de 1811, retrocedió ante la política antiesclavista del Libertador. El constituyente valenciano reformó aun más desfavorablemente las leyes de 1821. Después del triunfo de Carabobo, los propietarios de esclavos comenzaron a reivindicar la propiedad sobre aquellos que habían servido en los ejércitos patriotas y, de acuerdo con las leyes, se clasificaban como personas libres.³⁹

38. BARALT, RAFAEL MARÍA Y DÍAZ, RAMÓN: *Resumen de la Historia de Venezuela, desde el año 1797 hasta el de 1830*, tomo II, Brujas-París; edición de 1939 (Reimpresión de la ANH); Apéndice, pp. 428-429.

39. En 1831 reclamó Antonio Leocadio Guzmán el valor de sus esclavos José Antonio y Pedro, quienes habían servido en los ejércitos patriotas (*Archivo General de la Nación*: Secretaría del Interior y Justicia, tomo XLVIII, folio 273). Más curioso resulta, sin embargo, que el mismo Guzmán desde la Secretaría del Interior, opinase en 1835 en el sentido de que no podían reducirse a la esclavitud a los esclavos liberados por las leyes de Cúcuta y decretos del Libertador (*Ibid.*, Secretaría del Interior y Justicia, tomo LXV, folios 315 y ss).

* * *

Todos estos diversos elementos concurrían a conformar una situación de emergencia. Esta tuvo su expresión en la llamada "Revolución de las reformas" o "movimiento reformista". Circunstanciadamente enfocamos la época porque los temas polémicos de esos días y las situaciones críticas que se presentan a la consideración del historiador repercutirán monótona e insistentemente en el curso de nuestro proceso y el eco de algunos de los problemas planteados llega a nuestros días con caracteres dilemáticos.

La mayoría de nuestros historiadores coincide en presentar el reformismo como una expresión típicamente militar. Páez, sin embargo, se encarga de afirmar que el reformismo es liberal. La identidad no es posible ponerla en duda, si recordamos que fueron reformistas personalidades liberales como Francisco Carabaño, Santiago Mariño, Francisco María Farías, José Laurencio Silva, Estanislao Rendón, Antonio Leocadio Guzmán, Blas Bruzual, Tomás Lander, el licenciado Urbaneja o Andrés Level de Goda. Por otro lado, hallamos en Baralt la forma arbitraria para llevar a cabo la fusión, la unión de disímiles elementos en ese nuevo compuesto que se denominó reformismo, el cual encerraba también factores federalistas, cual lo demostró la rebelión de Farías en Maracaibo. De un periodista que escribía en 1834, cita Baralt este párrafo:

La repugnante alianza de dos facciones enemigas que se hicieron guerra a muerte acaba de efectuarse en nuestros días. Los llamados demócratas que no respiraron más que tumultos y anarquía y los nombrados monarquistas, que no vieron más que peligros en las reuniones populares, y por mal seguro y no eminentemente enérgico tuvieron un gobierno representativo, encubren hoy sus odios, contradicen sus principios y forman una masa hostil de elementos heterogéneos que fermenta y se corrompe en el seno de nuestra sociedad.⁴⁰

Este carácter liberal del reformismo está demostrado con las ocurrencias de 1840 cuando se fusionan ambos sectores y en la postulación de José Tadeo Monagas como candidato a la presidencia de la república, en 1846, vio el licenciado José Santiago Rodríguez una maniobra de Páez para atraerse a los antiguos reformistas.

40. BARALT Y DÍAZ: *Resumen de la Historia...*, tomo II, Apéndice, p. 431.

He de insistir en desligar del reformismo lo referente a Carujo. No voy a repetir cuanto se ha escrito sobre su intervención en los sucesos del 8-VII-1835, ni lo relacionado a su entrevista con el doctor Vargas, de la cual salió tan mal parado el faccioso comandante. Tampoco comentamos sus declaraciones al borde de la muerte.⁴¹ Carrillo Moreno ha estudiado su actuación.⁴² Uno de sus principales documentos es la representación recibida por el Congreso el 17-V-1830, impugnada en ese Cuerpo por el doctor Miguel Peña. Indiquemos que su actitud frente a Vargas, muy personal, no afecta en nada el programa "reformista". Indiquemos también que la compleja personalidad de Carujo no ha sido debidamente analizada. Carujo vivió bajo el peso de una honda tragedia íntima y las repercusiones dramáticas de un hecho ocurrido en sus años de infancia no la han tomado en cuenta quienes han querido explicar su resentimiento.⁴³ Un hecho de las dimensiones del ocurrido dejó intensa huella en el ánimo del combatiente de Paso Real.

"El Venezolano"

Dominada la rebelión reformista con la activa cooperación de Páez, el congreso auspició una política de venganzas y por doquiera se alzaron los patibulos, menudeando las prisiones, los confinamientos y destierros. Contra tales retaliaciones levantaron sus voces Páez, Tomás Lander,

41. "Defensa y Sentencia de Pedro Carujo por la conspiración contra Vargas", transcripción de Rafael S. Guerra. En la revista *Historia*, Centro de Estudios Históricos, Caracas, año I, N° 2, junio 1960.

42. CARRILLO MORENO, JOSÉ: *Carujo, instrumento del conflicto histórico entre el civilismo y el militarismo*. Caracas, 1960.

43. El procurador José Remigio Ochoa, con poder de don José Carujo, en los autos criminales contra don Froilán López, por el adulterio cometido por doña Juana Hernández, mujer legítima de su representado, solicitando se ordene la prisión del culpable y se suspendan los efectos de una providencia. Caracas, 30 de enero de 1809, *Archivo General de la Nación*, Caracas, Sección "Reales Provisiones", tomo LXVIII, fol. 432 y ss. Ver, además en la misma sección, tomo XXXIV, Caracas, 10-II-1809, fol. 264.

Una representación de Carujo por la que solicita la administración de la aduana de Carenero en 1831, en *Archivo General de la Nación*, sección "Secretaría del Interior", tomo XCV, fol. 128 y vta.

En este mismo año el gobierno ordenó se vigilara la conducta de Carujo, Andrés Level de Goda, Bermúdez y Francisco Mejías. *Ibid.*, "Secretaría del Interior", tomo XXXVIII, fol. 305 a 315.

Juan Vicente González, Domingo Antonio Olavarría, las gentes todas del país, de un extremo a otro del territorio nacional. Lander dejó una obra maestra⁴⁴ en la petición que con fecha 30-III-1836 dirigió al doctor Vargas, en la que solicitaba clemencia para los vencidos.⁴⁵ Según González Guinán, este documento, “insigne precursor del liberalismo venezolano, es de la mayor importancia, porque a través del mismo surgió el partido liberal”.⁴⁶

La grave situación económica, el descontento popular por la actuación gubernativa, el desequilibrio social y la incesante prédica anti-oligarca de Antonio Leocadio Guzmán, contribuyeron a crear ciertas condiciones, las cuales servirán de tema a un núcleo opositor con un programa más o menos difuso. En este proceso hubo un reacomodo de fuerzas en 1839, lo cual llevó al grupo agricultor a buscar formas viables a sus propósitos. Este proceso produjo el acercamiento de los agricultores al grupo liberal.⁴⁷

Conociendo la fuerza que tenían, algunos liberales se reunieron mediado el año 1840 y acordaron formalizar sus aspiraciones en un programa. Este primer programa liberal lo redactaron Tomás Lander, doctor Tomás J. Sanavria, Mariano Mora, José Gabriel Lugo, Rafael María Lugo, coronel José Austria, Jacinto Gutiérrez, José Julián Ponce, José Bernardo Arévalo y Antonio Leocadio Guzmán.⁴⁸ Este programa

44. GONZÁLEZ GUINÁN califica el documento de “inmortal”: *Historia Contemporánea de Venezuela*, tomo II, p. 446. Según este mismo autor el partido liberal fue creación de la prensa, *Ibid.*, tomo IV, p. 86.

45. Lleva fecha 30 de enero de 1835. La doctrina liberal. TOMÁS LANDER, Tomo IV de la Colección *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, vol. IV, pp. 21-435.

46. GONZÁLEZ GUINÁN: *Op. cit.*, tomo II, p. 452.

47. *Ibid.*, tomo III, p. 111.

48. *Ibid.*, tomo III, p. 141. Como liberal, popular e independiente será el periódico que presenta en 1843 Pedro José Rojas en el prospecto de *El Manzanares* (*Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, vol. 10. p. 63).

Es un hecho curioso, ya destacado por algunos escritores, el que Pedro José Rojas se clasificara, en 1844, como formando parte de un partido cristiano. (ROJAS, PEDRO JOSÉ: “La doctrina conservadora”, tomo I, p. 92, en *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*).

Se ha de señalar que *La Bandera Nacional*, en su primera nota editorial correspondiente al N° 1 del 1°-VIII-1837, alude a “constitucionales y liberales en toda la significación de estas divisas nacionales” (*Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, vol. X, p. 29).

difiere del publicado en Valencia en 1844.⁴⁹ La nueva agrupación acordó editar un vocero periodístico, *El Venezolano*, cuyo primer número es de 24 de agosto de 1840.⁵⁰

Falta un trabajo que muestre la historia de *El Venezolano* y analice los temas de sus campañas. En apariencia este periódico pudiera servir de testimonio fehaciente de la tantas veces comentada indiferenciación entre conservadores y liberales, de las contradicciones flagrantes entre ambos partidos. El conservadorismo es partidario de la traída y llevada tesis del “dejar hacer”. En *El Venezolano* por el contrario, se pregonó una especie de intervención estatal a favor del gremio agricultor...⁵¹ Es, quizás, debido a esta circunstancia peculiar por lo que encontramos entre los contribuyentes a la suscripción abierta para fundar el periódico hombres como Manuel F. Tovar, Juan Bautista Mijares, Mariano Ascanio, Ignacio J. Chaquert o Juan Vicente González, quien colabora con Guzmán en las tareas periodísticas hasta 1845.

Este periódico servirá de espuela al liberalismo. Desde sus columnas expondrá Guzmán la necesidad de dos partidos contrapuestos:

Donde no haya partidos, allí puede asegurarse que no hay libertad, no hay civismo, no hay virtudes sociales; allí hay opresión visible o enmascarada, hay oligarquía o aristocracia; no hay pueblo sino rebaño.⁵²

Según Guzmán ya Venezuela vivía la hora de las agrupaciones políticas doctrinarias; de un lado, el gobierno con sus empleados, cortesanos, dependientes y aristócratas. Del otro lado, oposición aún no organizada, “el comercio, las artes, la agricultura y toda la masa ilustrada... Partido que con tendencias populares, siempre en la línea del progreso, siempre numeroso y compacto sabe y puede oponer al brazo robusto de la administración el potente de la opinión pública”. Casi desde los comienzos del periódico planteará Guzmán la consigna fun-

49. Publicado en *El Patriota*, Valencia N° 49, 25-VI-1844 (*Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, vol. X, pp. 289-291).

50. GONZÁLEZ GUINÁN: *Op. cit.*, tomo III, pp. 142-143.

51. GUZMÁN, ANTONIO LEOCADIO: “La doctrina liberal”, tomo I, p. 201 (*Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*).

52. Programa de *El Venezolano*, en *Ibid.*, tomo I, p. 176. Juan Vicente González colaboró en *El Venezolano* hasta 1845 (VILLANUEVA, LAUREANO: *Vida del valiente ciudadano general Ezequiel Zamora*, Caracas, Imp. Federación, 1898, p. 55).

damental, que después agitará con fervor Ezequiel Zamora: *desbaratar la oligarquía*.⁵³ Señaló al mismo tiempo el grave error en que incurren muchos partidos al concertar alianzas con minorías.⁵⁴ Los temas polémicos que caracterizaron sus campañas periodísticas los reseñó en 1844.⁵⁵ No abogó ni por la libertad de los esclavos, ni por la realización de modificaciones profundas en la estructura social y económica imperante. Insistió, en cambio, en la necesidad de que el pueblo interviniese decidida y más masivamente en la vida pública. Aquí es donde se separan radicalmente las dos tendencias conservadoras de que he tratado. Al oligarca conservador le da pánico la masa popular. La rehuye. Niega su participación multitudinaria. De ahí el sistema censitario establecido en la constitución de 1830.

El primer número de *El Venezolano* provocó la réplica inmediata de José María de Rojas, quien desde las columnas de su periódico *El Liberal* negaba la posibilidad de funcionamiento de partidos doctrinarios en el país. En un editorial de *El Liberal*, N° 226, de 25-VIII-1840, decía:

No existen en Venezuela dos partidos nacionales que se hayan dado fórmulas de ninguna especie, lo cual es sabido generalmente. Sólo existen partidos locales en las ciudades capitales de cuatro o cinco provincias. De ellos tomaremos las fórmulas que con más generalidad se han dado algunos. Hombres nuevos por una parte; Constitución, paz y orden por otra.

En realidad, a lo largo de la pasada centuria, los partidos locales no fueron numerosos. En Maracaibo *tembleques* y *campesinos*; *antropófagos* y *filántropos* en Ciudad Bolívar; *langostas* o *ponchos* y *lagartijos* en Trujillo; *calungos*, *churuscos* y *guífaros* en el Táchira. En ocasiones han surgido agrupaciones transitorias y locales. En 1855 fundó el doctor Eusebio Baptista, en Mérida, una organización de carácter monaguista que se llamó *La Joven Mérida*. En 1886 se constituyeron en el Estado Bolívar dos grupos políticos conocidos como *nativos* y *apureños*.⁵⁶

53. *El Venezolano*, N° 68; 27-IX-1841, en *Ibid.*, tomo I, p. 213.

54. *El Venezolano*, N° 202, Set. 26, 1843, en *Ibid.*, tomo I, p. 286.

55. *El Venezolano*, N° 235, 20-IV-1844, en *Ibid.*, tomo I, pp. 328-330.

56. "Luis Ruiz" (Domingo Antonio Olavarría) ofrece en 1895 una lista con los nombres de los diversos partidos que han actuado en el país hasta esa fecha (*Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, vol. XI, p. 178).

La pasión política, desbordada en ocasiones, ha hecho tabla rasa de las distinciones partidistas y a los venezolanos los clasificaron como buenos o malos, según fuesen amigos del sistema imperante o sus adversarios. Los buenos y malos hijos de la Patria. La clasificación tiene respetable antigüedad. El oficialismo criollo, en 1847, dividía a los venezolanos en amigos del orden o defensores de la anarquía.⁵⁷

El debate partidista

Estos partidos provinciales no tuvieron banderas diferentes a las enarboladas por los dos grupos nacionales. En ambos ocurrieron deserciones. Uno de los primeros en romper con el liberalismo fue Juan Vicente González, quien en 1845 se pasó con armas y bagajes al conservadorismo, aunque ya desde 1842 venía lanzando sus diatribas contra los "filántropos" a causa del asesinato de Heres en la antigua Angostura. El doctor José Gil, "el pelón" Gil, liberal en 1846, vistió después librea conservadora. Vicente Espinal, liberal para unos,⁵⁸ es oligarca luego. Su hijo Mariano, azul en 1869, será más tarde amarillo y terminará en las tiendas restauradoras. El "chingo" Olivo, primero amarillo, será seguidamente "rojo", y amarillo será el color de José Antonio Velutini en vez del azul de que primero hizo gala.

En 1842 están claramente alineados en la contienda electoral los dos grupos en que se ha escindido el conservadorismo: el llamado "oligarca" y el conocido como "liberal". En 1843, entregado el gobierno a un oligárquico e inmoderado ejercicio de poder, le brindará oportunidad a Guzmán para vigorizar su campaña proselitista creciendo amenazante el Partido Liberal.⁵⁹ En 1845 un grupo de liberales presenta una "Memoria" sobre el partido y su participación en los comicios. Esta "Memoria" que ofrece la reunión liberal de Caracas a todos los hombres y círculos liberales de Venezuela, fue publicada el 28-X-1845 y aparece firmada por los doctores José Manuel García y Manuel María Echeandía y Antonio Leocadio Guzmán.⁶⁰ Su verdadero autor fue el último de

57. *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, vol. X, pp. 122-123.

58. LEVEL DE GODA, L.: *Historia Contemporánea de Venezuela Política y Militar, 1858-1886*, Caracas, 1954, p. 120.

59. GONZÁLEZ GUINÁN: *Op. cit.*, tomo III, p. 312. *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, vol. X, pp. 329-345.

60. *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, vol. X, pp. 329 (nota).

los nombrados. La "Memoria", sin embargo, dio origen a un proceso divisionista. En efecto: para Guzmán la base fundamental de las instituciones estaba en el fortalecimiento del poder legislativo; para disputar el ejecutivo, la organización podía presentar varios candidatos.⁶¹ Esta libertad en cuanto a la postulación de candidaturas presidenciales anarquizó al grupo y lo debilitó, formándose en algunas provincias fusiones con los conservadores.⁶² Así se llega al año decisivo de 1846, cuando *El Patriota*, de Felipe Larrazábal, lanzó la candidatura de Antonio Leocadio Guzmán a la presidencia, candidatura respaldada por incontables firmas. Para esta fecha la "Memoria" lleva ya tres ediciones: una, en la imprenta de *El Patriota*; otra, en la de *El Venezolano*; la tercera, en la "Nueva Imprenta", de Henry M. Ellis.

No obstante, en 1846 la corriente liberal recibe a un importante grupo de comerciantes;⁶³ nítidamente se perfila una tendencia fusionista a través de la candidatura del general Bartolomé Salom, presentada en Valencia.⁶⁴ El resultado de ese debate electoral es harto conocido. Páez, el gran elector, impone la candidatura del general José Tadeo Monagas.

1846 no fue un año tranquilo. Fracasa la entrevista entre Páez y Guzmán, alzado el "indio" Rangel desde el 1º de septiembre de ese año, rebelado igualmente Ezequiel Zamora, con facciones que combatían en

61. En la citada "Memoria" se lee: "Y en cuanto a Presidente, en lugar de un candidato, presentaríamos a nuestros electores los dos o tres que tuvieran a su favor la opinión liberal, para que con libertad votasen según su querer". (En *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, vol. X, p. 345).

La importancia atribuida al legislativo como máxima expresión del Estado tiene sus raíces en la revolución de 1789 y en la afirmación de muchos de sus teóricos de que el poder residente en una asamblea era casi ilimitado.

62. Es muy interesante la posición que un escritor que firma con las iniciales S.C.N. adopta frente a las tendencias fusionistas en *El Eco de Occidente*, San Cristóbal, 27-V-1897: "La costumbre de las fusiones, dice, es una de las causas de la corrupción política de Venezuela y de que se haya retardado el advenimiento de verdaderos partidos políticos. Cuando el desprestigio que sigue a la arbitrariedad y al desbarajuste administrativo hace el vacío en torno de los Gobiernos, ese Gobierno caería si el socorrido recurso de las fusiones no le diera cómplices que apuntalaran el ruinoso edificio en cambio de unos empleos". Exponente de la tesis antifusionista es también Pedro José Rojas: "La doctrina conservadora", tomo II, pp. 360-65. (*Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*).

63. GONZÁLEZ GUINÁN: *Op. cit.*, tomo IV, pp. 119-120.

64. *Ibid.*, tomo IV, pp. 118-119.

Güiria, Pao de Cojedes, la región de los Güires, es oportuno enfocar un tema que venía repitiéndose desde los días de la Colonia: la disputa en torno a la propiedad de la tierra, la grave cuestión social. Desde los días de la rebelión de Andresote es evidente la propensión de ciertos grupos (indios, negros, zambos o mulatos) a la invasión de tierras consideradas como de propiedad particular, a fugarse de las haciendas, a dedicarse al abigeo, a formar en lugares casi inaccesibles las "roche-las" o "cumbes".

La caída de la oligarquía conservadora

En las elecciones municipales de 1844, el partido liberal demostró el poderío popular que había logrado al alcanzar la mayoría de los puestos en el Concejo Municipal de Caracas, pero ese triunfo determinará la liquidación, poco tiempo después, de la actitud de imparcialidad que parecía mantener el gobierno de Carlos Soublette. Se produce entonces la primera intervención oficial con el propósito de alterar la composición de un organismo de elección popular.

Pero el acontecimiento que provocará la primera gran crisis política nacional será el proceso electoral de 1846, en el cual figura Antonio Leocadio Guzmán como candidato presidencial de la oposición liberal.

Las demostraciones multitudinarias de adhesión y pasión por la causa liberal, la inmensa popularidad de Guzmán, el nuevo estilo de lucha, la multiplicación de periódicos y pasquines en todas las provincias y los primeros brotes de violencia campesina llevarán a Juan Vicente González a calificar esta empresa guzmancista como "síntoma funesto de una revolución social". Para el vocero del conservatismo gubernamental y renegado liberal, los papeles de propaganda de la candidatura de Guzmán despiertan en las masas "desdén de la autoridad, ansia de pillaje y son ejemplo de impunidad".

Pero dentro de las filas del partido liberal hay también grupos numerosos que temen el radicalismo del lenguaje político de Antonio Leocadio Guzmán y se enteran con alarma de sus proposiciones de cambio social y económico. Tesis y proyectos que llevan a numerosos analistas de su trayectoria a emparentar sus programas y su literatura política con la de los socialistas premarxistas. Los sectores moderados del liberalismo miran con alarma las referencias de Guzmán al reparto de tierras y a la emancipación de los esclavos.

Surgen entonces en el seno del liberalismo las candidaturas presidenciales de los héroes de la Independencia, Bartolomé Salom y José Félix Blanco. Que se roten los grupos que usufructúan las ventajas del poder político puede aceptarse, siempre que se mantenga el acuerdo logrado en 1830 entre estos mismos sectores, parece ser la razón que anima a quienes dentro del liberalismo contraponen los nombres de Salom y Blanco al del líder máximo del partido, Antonio Leocadio Guzmán.

Páez y Soublette pensaron, a la vez, que el turno de la Presidencia le correspondía a otro General de la Independencia, Rafael Urdaneta, ya olvidados como estaban el antibolivarianismo del caudillo llanero y la fervorosa adhesión de Urdaneta a Bolívar en los años del desastre del ideal colombiano. La muerte de Urdaneta en París agrava la crisis nacional y surgen entonces las candidaturas de otros dos héroes de la Independencia, José Tadeo Monagas, promovida y respaldada por Páez y la de José Gregorio Monagas, lanzada en Barcelona por Blas Bruzual y apoyada por los liberales de Maturín, Barcelona y Cumaná.

Páez conoce "los recelos" que mantiene José Tadeo Monagas hacia "el partido que llamaban oligarca", según las propias palabras del ex-Presidente. Pero desea "la reconciliación", anhela acabar con "la ojeriza" del caudillo oriental y además piensa que la única personalidad militar y política capaz de enfrentarse al creciente movimiento popular que bajo el nombre de liberalismo encabeza Antonio Leocadio Guzmán, es José Tadeo Monagas. Las aspiraciones presidenciales de Urbaneja, Quintero y Carreño deben esperar días más tranquilos.

A su turno, los liberales buscan una forma de entendimiento con Páez, pero las respuestas son negativas. La nueva mayoría del Concejo Municipal de Caracas suspende en sus derechos de sufragante parroquial a Antonio Leocadio Guzmán, por ser deudor por gastos de justicia en un tribunal. Sin embargo los liberales insisten en discutir un acuerdo político a base de un candidato presidencial que pueda ser una garantía de estabilidad y de confianza como José Félix Blanco o Bartolomé Salom. Páez que ya tiene fórmula presidencial escogida se muestra remiso a variar su plan pero finalmente accede a celebrar una entrevista con Guzmán, ante las peticiones del General Santiago Mariño, pues en esta etapa los acuerdos y conflictos son entre héroes de la Independencia.

Para setiembre de 1846, la situación política y la agitación electoral y social se han tornado de tal manera críticas que la proyectada en-

trevista Páez-Guzmán fracasa y en su lugar al grito de ¡Viva Guzmán!, ¡Abajo la oligarquía! enarbolando banderas amarillas y reconociendo unos grupos al joven agitador y comerciante Ezequiel Zamora como "General del pueblo soberano", las guerrillas se multiplican en las tierras de la provincia de Caracas. Es el prólogo de una rebelión que culminará con el triunfo de la Revolución Federal diecisiete años más tarde, en 1863.

En octubre de 1846, Guzmán estará preso bajo la acusación del Fiscal de ser "el promotor de una revolución política y social". Y las elecciones se celebraron con un resultado conocido anticipadamente, pues la candidatura de Guzmán ha sido duramente golpeada por el partido de gobierno y la oposición liberal concurre a las urnas dividida por la presencia de las candidaturas de Bartolomé Salom, José Félix Blanco y José Gregorio Monagas. Sumados los votos de Salom (97); Guzmán (57); Blanco (46) y José Gregorio Monagas (6) superan con creces los alcanzados por el General José Tadeo Monagas (107), candidato de Páez. El Congreso Nacional tendrá que perfeccionar la elección de José Tadeo Monagas.

El 21 de marzo de 1847, el Juez Osío condena a Guzmán a la pena de muerte por el delito de conspiración y las Cortes, Superior y Suprema, sucesivamente, confirman la decisión de Osío. Pero en junio de 1847, el Presidente Monagas conmuta la pena de muerte por la expulsión perpetua del territorio nacional a Antonio Leocadio Guzmán, quien al cabo de pocos meses será su Ministro para ser elevado luego a la Vicepresidencia de la República.

Tres situaciones planteadas en esta crisis política (1846-1848) se repetirán a lo largo de nuestra historia, con monótona insistencia: a) la equivocación del Gran Elector (Jefe del Partido o Presidente de la República) en la escogencia del candidato a sucederlo en la Presidencia, creyendo en todas las oportunidades que la persona elegida actuará en todo momento bajo su capricho y dictado; b) la división de la oposición frente al problema de las candidaturas y el empeño de mantener varias fórmulas hasta la culminación del debate electoral y c) la apelación a la violencia guerrillera de partidos políticos que pretendían formar ciudadanos para el ejercicio cívico y no ejércitos populares para enfrentarse a las tropas del régimen de turno.

El monaguismo

En su "Autobiografía" afirma el General Páez que colocado en la necesidad de escoger candidato presidencial, una vez que se había negado a aceptar la reelección, propuso el nombre del General José Tadeo Monagas porque "quise aprovechar la feliz circunstancia de manifestarle deferencia, amortiguando una ojeriza cuya causa nunca pude averiguar, pues jamás le hice mal alguno, y siempre le traté con mucha generosidad". Olvida Páez que José Tadeo Monagas había sido vencido dos veces bajo su gobierno y en esas dos ocasiones había tenido que aceptar su perdón, traducido en un indulto que tenía que constituir una afrenta para su leyenda de héroe y de caudillo. Además en el mundo de las rivalidades personales ambos habían empezado la carrera de las armas como simples soldados y concluida la empresa de la emancipación ahora se dividían el mundo de la llanura venezolana, el uno como señor del Apure y occidente y el otro como el gran jefe de los llanos de oriente.

La llegada de Monagas a Caracas, tiempo después de haber sido elegido Presidente determina un cuarto episodio que también va a repetirse a lo largo de la historia hasta octubre de 1899: la presencia en la capital de gran número de soldados y políticos nativos de la provincia natal del nuevo gobernante. El traslado a Caracas y su instalación definitiva en la capital, de la clientela política regional y su lenta mezcla con la gente caraqueña de todos los niveles sociales.

Al referirse a la entrada de los orientales de Monagas a Caracas, Juan Vicente González los calificará de "tribu vandálica" y de "bárbaros" con las mismas palabras que en 1899 utilizara Jacinto López, para calificar la presencia de los andinos que acompañaban a Cipriano Castro en su victoriosa expedición.

Monagas que se veía disminuido y maltratado por la refinada gente de la oligarquía conservadora que rodeaba a Páez en su casa de La Viñeta, muy pronto buscó un punto de apoyo en su propósito de reaccionar contra quienes querían convertirlo de Presidente en un simple "instrumento de sus pasiones", según sus propias palabras. Y esta alianza salvadora no podía realizarla sino con el Partido Liberal cuyo jefe máximo y frustrado candidato presidencial estaba en prisión, condenado a muerte. Para esa hora el liberalismo era una alianza de militares,

políticos, agricultores y comerciantes y contaba con el respaldo de artesanos, campesinos y esclavos. En medio del desconcierto y de la enconada persecución de que habían sido objeto encontraban una tabla de salvación. A diferencia de su hermano José Gregorio, José Tadeo no había mostrado simpatías por la causa liberal no obstante sus ideas federalistas, su empeño en restaurar a Colombia y su participación en el movimiento de las Reformas. Pero enfrentado a Páez, para Monagas era de lógica irrefutable que su amigo *debía ser el enemigo de mi enemigo* como en el proverbio conocido. Era una alianza capaz de resistir cualquier desafío pues a los efectivos del Partido Liberal podía sumar Monagas, sus miles de soldados orientales, fieles a su tradicional jefatura.

Los días de los Ministros conservadores (Quintero, Herrera y Carreño) estaban ya contados. Ellos representaban para Monagas, un consejo de tutela impuesto por Páez quien quería vigilar de esta manera y controlar los actos del nuevo gobernante. Empieza la oposición paecista a criticar a Monagas y a denunciar actos de mala administración, de malversación de fondos públicos y de peculado que hasta entonces no se conocían en el manejo del Fisco Nacional, que van a aclimatarse y adquirir carta de naturalización en los sucesivos regímenes. Frente a la presencia en la administración de personas que no tenían otros méritos que haber acompañado a Monagas en sus pasadas rebeliones y ante el desconocimiento de las autonomías de las Provincias, la oposición también hizo denuncios y decidió plantear el debate en el seno del Congreso.

El 24 de enero de 1848

Sobrevendría la crisis nacional de enero de 1848, la liquidación del Parlamento como fuerza de equilibrio y control del Poder Ejecutivo y la liquidación del llamado partido gubernamental, conservador, constitucionalista o civilista como factor de poder político en el escenario venezolano. Guzmán Blanco en su libro "En defensa de la Causa Liberal" publicado en París en 1887 afirma que, el asalto al Congreso Nacional, el 24 de enero, no lo planeó ni lo dirigió Monagas, sino que fue la obra de una Sociedad Secreta Liberal que organizó milicias populares en Caracas y los pueblos cercanos y que dispuso la realización de este acto con el propósito de liquidar las Cámaras Legislativas como

fortaleza del partido de Páez, al mismo tiempo que obligar a Monagas a tomar una posición definitivamente favorable al liberalismo.

La teoría del empate del hilo constitucional expuesta por Urbaneja y aceptada como fórmula de salvación de la maltratada legalidad y la frase de Monagas según la cual "la Constitución sirve para todo", constituirán también precedente y jurisprudencia política tenida en cuenta y adoptada por los sucesivos gobiernos venezolanos.

Un año más tarde, el 20 de enero de 1849 al comparecer el Presidente Monagas ante las Cámaras Legislativas para presentar su mensaje anual, calificó la nueva reunión del Congreso como "un presente más de la bondad del Todopoderoso, que visiblemente conduce a Venezuela al goce tranquilo de sus santos derechos". "Sois la aurora del día de la Libertad", les dijo. Y agregó: "Larga noche de desdichas dejamos en el seno del tiempo. En ella quedan la esclavitud colonial, la dominación necesaria de los Libertadores, el Tirano (Páez) y la oligarquía que les sucedieron; los males todos de la infancia social. Asoma con vosotros el sol de la Justicia, el sol de la Libertad". Para concluir: "Humillémonos ante el Señor, y rindámosle el homenaje de nuestra adoración agradecida, porque saca a Venezuela de la infancia, virgen en la fe constitucional, robusta en su justicia inocente y magnánimo el corazón".

Monagas explica a renglón seguido que subió a la Presidencia "por el concurso de dos pensamientos opuestos. El uno buscaba al amigo de Bolívar, al patriota acendrado en los combates de la Independencia, al hombre extraño a la escuela corrompida de tantos años y al cálculo de la ambición. El otro buscaba una espada que le sirviese de instrumento para militarizar la República, para encadenar la prensa, para arrancar el sufragio a los ciudadanos, para asegurar, en fin, el poder de la autocracia, cambiando la democracia por la tiranía".

Y justifica así el partido que tomó después de los sucesos del 24 de enero: "El primer año de mi Administración fue necesario para que en su lucha, los dos pensamientos produjeran por crisis el desengaño de los pretensos dominadores de la patria. Yo no podía ser traidor a la revolución americana, ni a Bolívar, ni a los pueblos de Venezuela". "Venezuela descansa sobre sus propios pueblos: salió de la tutela de la ambición personal. Venezuela es la base de la República; Venezuela se pertenece a sí misma; se gobierna, se defiende, se obedece a sí misma.

Todos somos los súbditos del Soberano. Tan solo imperan los mandamientos de la Ley”.

José Tadeo - José Gregorio - José Tadeo

Desde 1848 hasta marzo de 1858, año de la caída de Monagas, predominarán durante la década y bajo los gobiernos de José Tadeo y de José Gregorio Monagas, los políticos, los ideólogos y los militares afiliados desde 1841 al Partido Liberal, el régimen se apellidará liberal pero la Constitución Nacional continuará sin reformas manteniéndose en el régimen censitario que reducía el número de venezolanos con capacidad para ser electores o elegibles a un grupo ínfimo de la población. Y sólo es en 1854, con el propósito de arrebatarse las banderas a una revolución que iba a estallar, cuando el Presidente José Gregorio Monagas decide dictar el decreto de abolición de la esclavitud.

Además de la vocación regionalista del régimen de los Monagas (1848-1858) hay dos cuestiones que asemejan su gobierno al régimen de Juan Vicente Gómez: el empeño continuista y la vocación nepotista. En 1851, José Gregorio sucede en la Presidencia a José Tadeo y en 1855, José Tadeo regresa al Poder para promover en 1857 una reforma constitucional, la primera a la Constitución de 1830, en la cual con el pretexto de crear un cuarto poder: el Poder Municipal, se ampliaba el período Presidencial a seis años y se permitía la reelección.

La década de los años 50, fue de grandes dificultades económicas para Venezuela y el malestar se refleja en la multiplicación de grupos de cuatreritos y de gente sin tierra y sin oficio que se unían a los contrabandistas y a los ladrones de ganado. Anota el historiador Matthews que “la incapacidad del gobierno para proteger adecuadamente las provincias y la correspondiente falta de confianza en el régimen político aceleraban la desintegración social. El control del bandolerismo se hizo cada vez más ilusorio a medida que pasaba el tiempo, debido al creciente deterioro de la autoridad y de la moralidad. Y algunas de las más prestigiosas familias de los llanos llegaron hasta proteger a los ladrones de ganado y a repartirse con ellos las ganancias. Mientras las autoridades se hacían “de la vista gorda”, los comerciantes, a sabiendas, compraban las mercancías robadas. Y a menudo los jueces colaboraban con los

cuatreros haciendo así sumamente peligrosa cualquier denuncia, por temor a represalias. Cuando los funcionarios corrompidos del gobierno ponían en libertad a los bandoleros en menos tiempo del que se tomaba capturarlos, había, naturalmente, muy pocos incentivos para que la policía se arriesgara a perseguirlos y aprisionarlos”.

La prolongada situación de escasez y de especulación, así como la baja de los precios en los productos de exportación (café, cacao, cueros de res, ganado en pie, etc.) determinada por la crisis mundial de 1857 habrá de crear en toda la nación un clima de intranquilidad y de protesta. A estos hechos se sumó la circunstancia de que en la reforma constitucional de 1857 que aumentaba a seis años el período presidencial, Monagas suprimió el requisito de ser propietario o de tener altos ingresos para poder votar en las elecciones primarias, nuevo derecho concedido a un vasto sector de la población que alarmó a los propietarios, tanto conservadores como liberales.

El historiador norteamericano Flody al hacer el análisis de estos acontecimientos en un estudio publicado en 1899 anota que “Monagas en 1848 se proclamó campeón del Partido Popular, ejecutando con éxito durante algún tiempo el mismo papel que Balmaceda trató de jugar recientemente, de enfrentar a las clases altas, representadas en el caso chileno por el Partido Congressista guiado por la Constitución con las masas populares, representadas por él mismo, guiado por su propia interpretación del sentir popular. La suya constituyó la tiranía del déspota popular”.

Y al comentar los sucesos del 24 de enero de 1848 escribe: “Monagas abandonó abiertamente a los oligarcas, al respetable partido de los ricos comerciantes y hacendados empezando a encabezar a los liberales, al partido de los mestizos, de los pobres, de los negros, al partido que los oligarcas llamaban “la canalla”.

La Convención de Valencia

El derrocamiento de los Monagas que no pudo lograr Páez en sus dos intentonas revolucionarias, ni lo alcanzaron los levantamientos de 1851 y 1854 vino a realizarse por obra de una calificada figura del régi-

men y hombre de confianza de Monagas: Julián Castro, Jefe Militar de Carabobo. También esta actitud de Julián Castro va a establecer un precedente en la historia de los golpes de estado y sublevaciones victoriosas a lo largo de la historia de Venezuela. Del seno de los propios gobiernos y no del campo revolucionario es desde donde ha partido el golpe de gracia de los gobiernos en crisis: tal es el caso de Bruzual, Rojas y Monagas en 1868; el de Alcántara en 1878; el de Rojas Paúl en 1888; el de Gómez en 1908. El pacto temporal con el tradicional adversario, los conservadores, se denominó fusión y bajo el mismo nombre volverá a establecerse la transitoria alianza de liberales y conservadores en ocasiones parecidas en 1868, en 1878 y en 1892. También en la reacción contra Castro, en 1909, figuraron en una nueva fusión, liberales y conservadores, integrados a un Consejo de Gobierno, en el régimen que entra a presidir Gómez.

La revolución del 5 de mayo de 1858 logró a bajo costo sus objetivos. El gobierno no opuso firme resistencia y además el respaldo popular fue inmenso. El Jefe del Partido Liberal y Vicepresidente en el primer gobierno de Monagas encabezaba una turba en las calles de Caracas y enarbolaba el grito de "mueran los ladrones". El decreto de Julián Castro asumiendo el pago por el Estado de las deudas de los trabajadores que se sumaran a la revolución, produjo una extraordinaria respuesta positiva.

La élite política del país constituye el nuevo gobierno. Manuel Felipe de Tovar, Fermín Toro, Pedro Gual, Angel Quintero, Valentín Espinal vuelven a la escena después de diez años de ostracismo al alternar en el mando del gobierno y en las curules de la Convención de Valencia con los prohombres del liberalismo que ha liquidado su alianza con Monagas y se ha dispuesto a reasumir su papel de gran fuerza popular, pero en la alianza para el nuevo gobierno han quedado por fuera, los liberales monagueros, los amigos de Antonio Leocadio Guzmán y los militares liberales como Juan Crisóstomo Falcón y Ezequiel Zamora.

Los panfletos de la época empiezan a calificar al gobierno de Caracas, de régimen de oligarcas pues la voz cantante la tienen Toro y Tovar. Y las discusiones y los malentendidos y los conflictos van separando a los liberales de los conservadores oficialmente unidos por el pacto para el derrocamiento de Monagas.

Mientras tanto se agrava la situación del país que ya en 1857, había calificado el Obispo Talavera y Garcés de “confederación de males físicos, morales y políticos para oprimir esta desgraciada República”.

Para redactar una nueva Constitución se reúne en Valencia, el 5 de julio de 1858, la Convención Nacional. Los más calificados juristas, los políticos de mayor experiencia, los ideólogos que a través de los años han tratado de elevar el debate, revisan todas las tesis constitucionales dentro de un alarde de elocuencia y de sabiduría como no se ha conocido otro en la historia parlamentaria de Venezuela. Pero se publican las listas de los constituyentistas y el pueblo mira con recelo el hecho de que la mayoría es conservadora. La Convención con sus debates y su elocuencia ya no dice nada al país.

Por su parte el gobierno de Julián Castro, dicta un decreto que establece en Venezuela el precedente de los juicios de responsabilidad civil y administrativa para ser aplicados a los funcionarios del régimen derrocado. “Se crea una comisión —dice el decreto— que examine y revise todas las cuentas de Hacienda aunque estén finiquitadas, desde 1851: se le concede a la comisión la más amplia autoridad en sus averiguaciones; se prohíbe a cuantos hubieran manejado caudales públicos desde aquel año, enajenar cualquier propiedad mueble o inmueble y se declaran nulas las enajenaciones ya hechas con el fin de burlar la responsabilidad”.

Los considerandos del decreto aludían a la necesidad de atender al imperioso reclamo de la nación de una investigación severa y reparadora de los actos consumados por un poder arbitrario y destructor durante los últimos siete años en que se han cometido todo linaje de abusos, fraudes y de latrocinios.

Planteada en el seno de la Convención la necesidad de someter a juicio a José Tadeo Monagas y a no dejarlo salir del país, de acuerdo con lo pactado con el cuerpo diplomático, Fermín Toro, Presidente de la Asamblea se mostró contrario al procesamiento del ex-Presidente, pues consideraba inútiles tales juicios contra los gobernantes en desgracia si con ellos se quería realizar una pedagogía que evitara las ambiciones de poder absoluto, en las generaciones por venir. “No hay pena en los códigos —dijo Toro— que contrapesa el halago del Poder Supremo”. Además alegaba Toro que un juicio imparcial no podía detenerse en José Tadeo Monagas pues el gobernante tuvo

colaboradores y cómplices durante esos diez años. "Tirano, fiera, monstruo, dijo Toro, todo lo merece el nombre de Monagas; pero esa fiera tuvo altares, triste es decirlo, en esta tierra: allí se quemó incienso, y ese incienso lo llevaron como voto reverente, como ofrenda propiciatoria, millares de venezolanos".

En el Poder se suceden Julián Castro, Manuel Felipe de Tovar, Pedro Gual. La persecución contra los liberales es enconada. Empieza a vivirse un tiempo de anarquía, tiempo que se prolongará hasta 1868. La pugna entre los grupos que comparten el Poder permite a los periódicos hablar e intervenir no obstante que a diario sus redactores se ven amenazados con decretos de expulsión del país o con la clausura del periódico. Es interesante revisar los periódicos de esos meses para observar cómo cambia el panorama político en horas, cómo falta un rumbo, cómo el conservatismo que ha vuelto a apoderarse del Gobierno después de un destierro de 10 años atraviesa por una crisis profunda que los divide en epilépticos o civilistas y en dictatorialistas o amigos de Páez, crisis de la cual se aprovecha el pueblo para alistarse en las innumerables guerrillas que empiezan a brotar en toda la extensión de Venezuela.

Para sellar con su propia mano temblorosa una larga etapa de la vida nacional que presidió desde los días mismos de la Independencia, regresa de los Estados Unidos en donde llevó durante diez años, vida de desterrado, el General José Antonio Páez. Los tiempos han cambiado, otra es la gente y quien bajo su sombra patriarcal ejerce la totalidad del poder es Pedro José Rojas, con el título de "El Sustituto". Este regreso de Páez inaugura también en Venezuela, otra tradición: la del retorno al favor popular y al Poder de quienes han sido derrocados en medio del júbilo popular. Tal será el caso de Monagas, octogenario, en 1868. Tal el caso de Guzmán Blanco, en 1879 y en 1886. El retorno de Crespo en 1892.

La Revolución Federal

A la tarea que con desvelo están cumpliendo los legisladores que en Valencia redactan un nuevo texto constitucional responde el Manifiesto de Palma Sola, de los Federales en armas: "La cuestión no es que las Leyes que hagais sean buenas o malas: la cuestión es que el derecho a hacerlas no es vuestro, sino de la mayoría: porque en la

República corresponde a aquélla el ejercicio de todos los Poderes sociales. He aquí la causa verdadera de la presente revolución, la misma de siempre... Venezuela tendrá elecciones libres, que es su gran empeño, como base de la República y con ella será lo que quiera ser”.

Los estudiosos del proceso federal (Gil Fortoul, Alvarado, Villavicencio, Irazábal, Brito, etc.) coinciden en señalar el origen de la revolución de los cinco años en la continuación de la misma estructura social y económica de la Colonia, una vez realizada la independencia, en la conservación de la esclavitud, en el mantenimiento y aumento de los latifundios, en el predominio de la clase de los propietarios en el gobierno. Fue una verdadera rebelión, la gran rebelión de pobres contra ricos, de negros contra blancos, de esclavos contra dueños, de analfabetos contra letrados, de militares contra civiles. Rebelión que convierte a manumisos, peones y aventureros en capitanes, coroneles y generales.

Todo el país se conmovió, con excepción de la región andina en donde la ausencia de los problemas de la esclavitud y del latifundismo, especialmente en los Estados Táchira y Mérida, determinó su marginamiento de la rebelión. Regiones enteras como la Provincia de Barinas van a sufrir los efectos de la destrucción. Poblaciones enteras se dispersan o se trasladan en masa como en el caso de los ricos de Barinas, que se dividen y se trasladan en grupos a Mérida, Trujillo, Táchira y a la vecina República de Colombia.

No obstante la presencia cimera de Ezequiel Zamora y la jefatura de Juan Crisóstomo Falcón, la Federal ha sido denominada “revolución sin caudillo”, pues estalló en casi todas las provincias antes del desembarco de Falcón y se mantuvo en pie después de la muerte de Zamora y del tiempo en que Falcón se refugió en Colombia.

En la opinión de los historiadores que analizan este proceso a la luz del marxismo, el fracaso de la Federación una vez triunfantes sus ejércitos y vencida la oligarquía conservadora, no radica tanto en el acuerdo de Coche, entre Guzmán Blanco y Rojas como en el carácter de la economía venezolana de tipo pre-capitalista, semifeudal y mercantil. “En la época de la Federación estaba ausente la burguesía industrial que, por imperativos de clase, habría impreso al movimiento federal un rumbo y un contenido económico antifeudal porque a ella

le hubiera convenido la democratización de las relaciones de producción, la repartición de la tierra, indispensable a su propio fortalecimiento". "Y al no realizarse esas modificaciones económicas necesarias al arraigo y funcionamiento de la teoría política enarbolada por la Federación, esos principios iban irremisiblemente a pique".

Pero dentro de la perspectiva histórica y a juzgar por sus consecuencias y por sus proyecciones sobre el siglo xx podemos afirmar que la Federación constituye el momento culminante del proceso democrático venezolano del siglo xix.

Triunfo y anarquía federales

Por la profundidad del cambio operado, el triunfo de la revolución federal va a determinar un clima histórico diferente entre Venezuela y el resto de las naciones latinoamericanas que como Colombia, Perú o Chile no confrontaron estos sacudimientos sociales y en donde los grupos sociales y económicos dominantes que venían desde la Colonia pudieron consolidar su predominio y control de la vida política, social y económica a lo largo de todo el siglo xix y en muchos años de lo que va del siglo xx. Exclusivismos sociales, divisiones en castas, zonas vedadas en la vida política y social para quienes no ostentaran predominio económico o social, todo quedó borrado por el ciclón de las furias federales.

Y la Constitución de 1864 hizo ley los principios proclamados por el liberalismo venezolano desde 1841 y consagrados en el Programa Federal de Barinas, del 22 de mayo de 1859: abolición de la pena de muerte; libertad de prensa; prohibición perpetua de la esclavitud; inviolabilidad del hogar doméstico; inviolabilidad de la correspondencia; libertad de cultos; inviolabilidad de la propiedad; derecho de residencia a voluntad del ciudadano; independencia absoluta del Poder Electoral; elección universal, directa y secreta del Presidente, de los legisladores y de los jueces; abolición de la prisión por deudas; creación de la milicia nacional; derecho de asistencia pública para todos los venezolanos en caso de invalidez o de escasez; libertad civil y política consistente en la igualdad de todos los hombres ante las leyes; la libertad del sufragio para todas las elecciones populares, sin más restricciones que ser mayor de diez y ocho años, comprometiéndose los Estados a establecer el voto universal, directo y secreto. El Presidente de la República ejercía su mandato durante un período de cuatro años y sus suplentes eran dos Designados.

La adaptación del Gobierno y del país al nuevo régimen creó una situación de desorientación y anarquía que culminó en la caída de Falcón y en el retorno de José Tadeo Monagas al poder, ya octogenario, traído por una alianza de liberales y conservadores, semejante a la que lo había arrojado de la Presidencia y de la patria en 1858.

El Gobierno de Juan Crisóstomo Falcón se caracterizó por la falta de autoridad, ocasionada fundamentalmente en la aversión del Presidente a permanecer en la capital de la República y al hecho de entregar el ejercicio de la Presidencia, a los Designados, quienes a excepción de Guzmán Blanco eran personas semianalfabetas, producto del medio rural y de la guerra civil, totalmente ignorantes de las tareas de la Administración y de los deberes del Estado. Desde el comienzo de su Gobierno, Falcón excluye del Consejo de Ministros y de los otros altos cargos civiles y militares a las primeras figuras políticas y militares del liberalismo como Estanislao Rendón, Blas Bruzual, José Tadeo Monagas, Juan Sotillo, Wenceslao Urrutia, para colocar en su lugar a sus amigos corianos. Como gobernaba desde el sitio en donde se encontraba, libraba órdenes contra la Tesorería Nacional, sin llenar ninguna fórmula legal, la anarquía en los Estados de la República los llevó a combatirse unos contra otros y a crear impuestos o peajes de tránsito que impedían el tradicional y escaso comercio entre algunas regiones del país. El Ministro Jacinto Regino Pachano, cuñado de Falcón, defiende el desorden desde las páginas de "El Polvorín": "Si el Gobierno Federal hubiera impuesto economías —dice Pachano— si hubiera establecido el orden en la hacienda pública, si hubiera librado batallas contra los caudillos locales, hubiera burlado las esperanzas de la revolución. El desorden debía ser consecuente y se hacía forzoso abrirle paso para que se produjese la reacción lógica, que clamase más tarde por el orden y la regularidad como necesidad vital. El desorden es el camino del orden".

El desorden y la anarquía produjeron la unión del Partido Conservador que había combatido a los Federales hasta 1863 con una parte del Partido Liberal Federalista, unión que dio como resultado la revolución a comienzos de 1868, después de muchos combates, dio al traste con el primer Gobierno Federal, el Gobierno de Falcón.

Por una de esas paradojas en que es tan rica la historia venezolana ahora regresa al poder, convertido en Jefe de los ejércitos triunfantes, octogenario y cargado en silla de manos como en un trono,

José Tadeo Monagas. Sobrevendrá la ruptura entre liberales y conservadores igual que en la fusión de 1858, continuará la anarquía, la República recibirá el calificativo de "bizantina". Y al final volverá el liberalismo federalista a lanzarse a los campos de guerra para traer en triunfo a Caracas, en abril de 1870, al General Antonio Guzmán Blanco.

Guzmán Blanco y el Partido Liberal Amarillo

Con Guzmán Blanco se inaugura una nueva era en la vida de la República. Es la consolidación del liberalismo en el poder, después de años de lucha, persecuciones, batallas y sobresaltos. Atrás queda sin embargo, el liberalismo de Antonio Leocadio Guzmán y de los grandes ideólogos, así como el liberalismo federalista o falconiano. Ahora es el liberalismo amarillo, o los liberales de Antonio, como decía Antonio Leocadio. O el liberalismo guzmancista. Pero Guzmán Blanco que es el prototipo venezolano de los gobernantes vanidosos, megalómanos y soberbios cuidó siempre de proclamar sus obras, sus leyes y sus palabras como del Gran Partido Liberal. Hasta 1888, último año de la dominación, siempre se dirigió a sus colaboradores y partidarios en función de Jefe del Partido, construyó el Panteón Nacional para llevar junto a los Héroes de la Independencia, a los guerreros liberales de la Federación e hizo pintar por los mejores artistas de la época, los retratos de los ideólogos y militares del olimpo Liberal Amarillo para dejar su presencia, también al lado de los héroes de la Emancipación, en los salones de la Casa Amarilla. Todas sus numerosas publicaciones así como todos sus discursos están bajo el signo del Partido Liberal. Su último libro publicado en París, en 1887 es una refutación a una obra de Domingo Antonio Olavarría y se titula: "En defensa de la Causa Liberal".

La razón de esta actitud, en personalidad tan dominante como Guzmán Blanco tiene su origen en la naturaleza del poder que ostentaba. Guzmán Blanco era el representante en la capital de una alianza de caudillos regionales, fruto de la guerra federal. El triunfo de la revolución de abril de 1870 permite a Guzmán Blanco estructurar un nuevo acuerdo nacional y señala el acatamiento de su jefatura por parte de los jefes locales como al más calificado de los militares y políticos del grupo. El poder de Guzmán Blanco, primero, y el de Joaquín Crespo después, no se basa en la existencia de un poderoso ejército nacio-

nal, ni de unas finanzas ordenadas o de un verdadero aparato burocrático a nivel nacional, sino en el cumplimiento del pacto que une, para el disfrute del poder a los señores propietarios de haciendas y de hatos y a los ricos comerciantes con los guerreros y políticos esparcidos en las vastas, poco pobladas, aisladas y nada desarrolladas provincias o Estados que forman la República. Es una alianza entre iguales, dentro de la cual cada terrateniente o cada general gozan de sus privilegios, dominando sobre una realidad semi-bárbara cuya permanencia defienden, evitando toda posibilidad de cambio o de reforma.

Hasta 1899 subsistió este acuerdo triangular: Jefe-Partido-Ejército que constituyó la base de sustentación del Partido Liberal Amarillo desde 1870. Hasta 1899, la llamada Fuerza Nacional estaba constituida por tropas casi siempre desarmadas y sin ropas, ni zapatos. Y la verdadera fuerza guerrera para defender el gobierno estaba constituida por los ejércitos particulares que los jefes locales reclutaban entre la peonada que trabajaba en sus hatos y haciendas. Al volver la paz regresaban estos soldados a su condición de peones o medianeros del señor de la guerra que era casi siempre uno de los principales terratenientes de la región. "Las tropas de Riera", "la gente de Guevara", "los aragüenses de Alcántara", "los soldados de Morales" se decía para calcular los contingentes antes de ir a la batalla. En Los Andes, desde el triunfo mismo de Guzmán Blanco en 1870, el liberalismo amarillo aseguró el control político y militar de la región celebrando un pacto con el General Juan Bautista Araujo, gran propietario feudal y jefe del conservatismo andino.

Guzmán Blanco reclamó como conquistas del Partido Liberal sus realizaciones durante los tres gobiernos que presidió, destacando su propósito de liquidar los restos de la organización colonial que aún subsistían en la legislación y en la administración no obstante los años que llevaba Venezuela como nación independiente. Ordenó la administración, revivió el crédito exterior, perfeccionó la legislación, creó el mecanismo fiscal. Establece la supremacía de la Iglesia sobre el Estado, implanta el matrimonio y registro civiles y la secularización de los cementerios; trae al país pedagogos alemanes, suizos y franceses, crea las Academias de la Lengua y la de las Bellas Artes, dicta el decreto que estableció la instrucción primaria gratuita y obligatoria, decretó la construcción de una red de ferrocarriles que abarcaba toda la nación desde San Cristóbal hasta Ciudad Bolívar y desde Maracaibo hasta Caracas.

Se le acusó de ser un autócrata engreído, de haber recibido grandes comisiones tanto en el contrato del empréstito en 1863 como todas las otras gestiones que realizó en nombre de Venezuela al contratar obras públicas o al otorgar concesiones. Se hizo erigir en vida, estatuas y estimuló la adulación, al propio tiempo que clausuró la prensa de oposición.

En 1874 reformó la Constitución para suprimir el voto secreto y sustituirlo por el voto público, escrito y firmado; redujo el período presidencial a dos años alegando que era "una garantía de la libertad el que el gobernante no tuviera tiempo de apegarse al mando, ni de allegar los elementos de fuerza que necesita para la usurpación". Afirmaba así mismo "con esta innovación todo propósito revolucionario se hace impracticable, porque el primer año apenas si hay tiempo para que aparezcan las causas que motivan las revoluciones y en el segundo sobreviene la transformación legal por medio de las elecciones".

Puesto a prueba el experimento del mandato presidencial bienal, fracasaron las predicciones de Guzmán Blanco, pues su leal teniente el General Francisco Linares Alcántara apenas se posesionó de la Presidencia de la República, cargo para el cual había sido elegido por señalamiento expreso de Guzmán Blanco, estimuló la reacción antiguzmanista, dio cabida en su gobierno a los liberales que habían caído en desgracia con Guzmán Blanco y auspició la realización de una reforma constitucional. La muerte detuvo en su camino, al Presidente Alcántara y pudo regresar Guzmán Blanco a la Patria y al poder.

Propiciará entonces una nueva reforma constitucional la de 1881, llamada "la Suiza" por figurar en el proyecto de reforma un Consejo Federal, parecido sólo en el nombre al organismo central de la Confederación Helvética. El Consejo Federal Venezolano se elegía del seno del Congreso y después el Consejo Federal elegía de su seno al Presidente de la República. Violando la propia reforma que había hecho aprobar, se hizo elegir Presidente, sin ser miembro del Consejo Federal.

A medida que pasan los años, crece la oposición contra la autoridad de Guzmán Blanco en el seno del Partido Liberal y ya son numerosos los políticos y militares que vegetan en la espera de alguna oportunidad de poder y figuración, pues se ha constituido una camarilla, a la que los caraqueños llaman de la "Adoración Perpetua" que monopoliza los cargos y las oportunidades de riqueza y que aísla al dic-

tador, quien por lo demás tiene cada día mayor interés en establecerse definitivamente en París que en vivir en Venezuela. Desde París gobernará a través de los kalogramas y de las cartas.

La reacción antiguzmancista

En 1885, la juventud universitaria encabezada por Lucio Pulido protagoniza una burla sangrienta al dictador, coronando como máximo poeta nacional a Don Francisco Delpino y Lamas, humilde barbero del barrio de San Juan, a quien le ha dado su locura por escribir y publicar versos estrambóticos. Era una respuesta a la megalomanía de Guzmán Blanco que se había hecho designar Presidente de la Academia de la Lengua y había sostenido en el discurso de incorporación la tesis de que el castellano provenía del vascuence.

En 1887 al final de su tercer período presidencial, entrega el Poder al General Hermógenes López, viaja a París y desde allí propone que la elección del candidato presidencial del liberalismo amarillo debe de realizarla una Convención del Partido. Logra hacer triunfar su tesis e impone como candidato presidencial a un civil, Ministro en numerosos Gabinetes, leal a carta cabal e incapaz, al menos en la apariencia, de protagonizar episodio parecido al que realizó Alcántara en 1878. Como en cualquiera Convención de otro país más adelantado, los votos se compran y se venden y la elección de Rojas Paúl se logra por el ofrecimiento que le hiciera a varios de los Delegados, de cargos y dinero. El reclamo posterior de las ofertas no cumplidas reveló el compromiso que determinó su elección.

Pero todas las previsiones y cálculos sobre la lealtad de sus tenientes le fallan cuando el viejo Ministro, civil inerte y sin ningún prestigio caudillista aprovecha la ausencia de Guzmán Blanco para encabezar y estimular la reacción antiguzmancista que existe y crece en todo el país y que abarca los principales sectores del Partido Liberal. La oposición tiene tribuna en todos los periódicos, en las Cámaras Legislativas, los oradores critican las actuaciones de Guzmán Blanco como Presidente de la República y como diplomático y los liberales guzmancistas se ven de pronto repudiados, aislados, rodeados de la desconfianza del gobierno que ayudaron a establecer y el calificativo de miembro de la "Adoración Perpetua" es motivo de descalificación. Rojas Paúl renuncia ante el Congreso Nacional para obtener

un voto de confianza y sentirse desligado del nombramiento presidencial que le otorgara Guzmán Blanco, un año atrás. En secreto, el Gobierno solicita la colaboración del estudiantado universitario para derribar las estatuas de Guzmán Blanco que se erigen en el Paseo de El Calvario y frente al Capitolio y la Universidad. Es el fin de la dominación guzmancista que se había prolongado por espacio de diez y nueve años. Ahora Rojas Paúl quiere quedarse en el Poder y propicia la anhelada reforma constitucional que buscaba fundamentalmente aumentar el período presidencial a cuatro años, liquidando el sobresalto del bienio.

La reforma constitucional estaba en marcha cuando el período presidencial de Juan Pablo Rojas Paúl finalizó. Puesto en la necesidad de escoger candidato a la sucesión presidencial ignoró el movimiento nacional que proponía la candidatura del ingeniero Jesús Muñoz Tébar y se empeñó en hacer elegir a su Ministro de Relaciones Interiores, Raimundo Andueza Palacio, candidato frustrado en las elecciones de 1877 y famoso tribuno popular. No habían pasado muchos meses cuando estalla violenta pugna entre Rojas Paúl y el nuevo Presidente. Y Andueza Palacio para demostrar al país que no gobierna bajo el dictado de nadie y que ahora es el jefe del partido liberal, ordena la expulsión del ex-Presidente Rojas Paúl. El Gobernador Batalla lo conduce a La Guaira y lo hace embarcar rumbo a La Habana. Andueza Palacio se proclama Jefe de la Rehabilitación Liberal y prosigue la empresa de la reforma constitucional con el propósito cada día más claro, de permanecer en la Presidencia durante un nuevo período. El liberalismo va a dividirse, pues numerosos jefes regionales no reconocen en Andueza Palacio los méritos y el prestigio necesarios para que pueda repetir las empresas reeleccionistas de Páez, Monagas y Guzmán Blanco.

Guzmán Blanco había previsto esta emergencia cuando en 1887, desde París le escribía al General Hermógenes López, encargado del Poder Ejecutivo para insinuarle la conveniencia de estimular la inmediata fundación de un partido político de oposición y la aparición de uno o más periódicos de crítica al liberalismo y al gobierno. Consideraba Guzmán Blanco que sin un adversario por delante y sin la existencia de una fuerza política rival, el liberalismo amarillo fatalmente caería en la división. Durante su larga dictadura Guzmán Blanco había sorteado este peligro enfrentándose rápidamente a los amagos de anarquía y utilizando lo mismo el escarmiento más terrible como en el caso del fusila-

miento de Matías Salazar que el halago y la compra del enemigo cuando lo consideraba necesario. Desde 1870 hasta 1887, Guzmán Blanco mantuvo un aparente respeto a la fórmula federal y permitía que sus aliados regionales, los Presidentes de los Estados, pudieran disponer de la organización local para resolver sus problemas con la clientela política. Pero cuando los diversos bandos de una misma región querían escenificar una guerra local acordaba la intervención enviando en su representación a un Delegado Nacional acompañado de un numeroso séquito armado con el carácter de Jefe Civil y Militar. Como el liberalismo amarillo era una inmensa red que cubría hasta la última aldea del país, las divisiones eran fenómeno constante lo mismo en Oriente que en Los Andes, en Lara o Falcón. Guzmán Blanco al hacer la crónica y dictar juicio sobre esta situación afirmó en una oportunidad: "Venezuela es un cuero seco que cuando se pisa por una punta, se para por la otra". Los diecinueve años de la dictadura de Guzmán Blanco y sus métodos para asegurar la estabilidad nacional no conjuraron estos peligros de la anarquía liberal, simplemente paralizaron por unos cuantos lustros el poder de las fuerzas disgregadoras que se agitaban en el seno del partido. Y ahora, en 1887, al pensar Guzmán Blanco que entre los jefes liberales no había ninguno de su talla que pudiera imponer definitivamente su autoridad sobre todos los grupos creía que la única forma de asegurar la permanencia del liberalismo amarillo en el poder era estimulando la aparición y el fortalecimiento de una oposición, fórmula que había combatido y descartado mientras ejerció el mando.

Esta etapa que va de 1887 a 1899 tiene excepcionales características dentro de la vida venezolana por cuanto liquidada la autocracia guzmancista y permaneciendo el Partido Liberal Amarillo en el poder, pudo participar el país en la batalla política. Se multiplicaron los periódicos de oposición y el gobierno respondía fundando sus propios órganos de prensa desde cuyas tribunas defendía sus puntos de vista, lo mismo en Caracas que en Valencia, en Maracaibo y Ciudad Bolívar. El propio Partido Liberal en las Cámaras Legislativas realizaba el examen de los actos de las administraciones de Guzmán Blanco, para denunciar sus abusos. El sector guzmancista del liberalismo era aislado y repudiado, mientras regresaban al primer plano de la figuración y de la influencia, los políticos y militares que habían sido objeto de las persecuciones de Guzmán Blanco.

Los nuevos partidos

Y gente nueva, de las universidades, de la vida profesional y del artesanado se dispuso a fundar nuevos partidos. Primero fue la "Unión Democrática" bajo el comando de Alejandro Urbaneja, Luis López Méndez, Nicomedes Zuloaga, Guillermo Morales, los más destacados, entre los líderes de las generaciones de relevo. Proponían en su programa la participación de la nueva organización en una campaña de educación cívica y contra el abstencionismo. Al repudiar la tradicional conspiración como medio de cambio político, afirmaban que también era un error creer que la democracia se establecía por medio de decretos gubernamentales y que bastaba la voluntad de los gobernantes para que funcionara la complicada máquina de las instituciones democráticas. Agregaban en su manifiesto que en la superstición venezolana por la fuerza "todo lo pedimos a sus depositarios: hasta la transformación de las almas, de indolentes y frías, en activas y viriles. En vano, será por tanto, que la teoría democrática consagre los más avanzados principios, si no existe en nadie la voluntad de practicarlos y como la práctica no depende de los gobiernos sino de la constante iniciativa de los ciudadanos, habrá siempre una desproporción entre las leyes y las costumbres, de la cual se aprovecharán los hábiles para representar la interminable farsa democrática". Proponían entre otras reformas el retorno a la elección de los Poderes Públicos por el voto universal, directo y secreto, conquista de la Constitución del 64, arrebatada al país por Guzmán Blanco en su Reforma Constitucional de 1874; planteaban la necesidad de establecer la representación proporcional para la representación de las minorías políticas en los Cuerpos Legislativos: pedían fortalecimiento del Poder Municipal, como medio de educar a la ciudadanía en el ejercicio de sus funciones de control de gobierno; insinuaban la conveniencia de estudiar la posibilidad de otorgar el voto a la mujer y proponían en materia económica, fiscal, universitaria así como en el campo de las reformas penales y penitenciarias, nuevos puntos de vista que significaban toda una renovación con respecto a los programas y planteamientos del tradicional Partido Liberal. Fundaron el periódico "El Partido Democrático" que fue la tribuna de la nueva organización. En sus páginas escribieron los más calificados representantes de las nuevas generaciones y sometieron al análisis todos los problemas políticos, económicos y sociales del país, aportando las luces de una excelente preparación tanto en la ciencia constitucional y admi-

nistrativa como en las disciplinas económicas. Pero este proyecto de nuevo partido fracasó en razón de dos motivos: en su declaración de principios afirmaban que en ningún momento la personalidad del individuo podía sufrir mengua y renunciar a sus puntos de vista para aceptar la línea del partido y en segundo y principal lugar porque los jóvenes dirigentes del nuevo movimiento político a poco andar, aceptaron la invitación del Presidente Andueza Palacio de participar en la Administración Pública prestándole el brillo de sus luces y de sus conocimientos, mientras otros marchaban a Europa a conocer el mundo y a refinar su cultura.

Joaquín Crespo y el legalismo

Y la previsión de Guzmán Blanco se cumplió. En ausencia de un partido político al cual combatir y contra el cual unirse, el liberalismo amarillo se dividió en "continuistas" o partidarios de la inmediata aplicación de la reforma constitucional y de la permanencia de Andueza Palacio en el Poder y los "legalistas" o seguidores del ex-Presidente Crespo, quien al aceptar también la necesidad de la reforma, consideraba como una violación de los preceptos constitucionales, la permanencia de Andueza Palacio en la Presidencia. Y como ambos bandos pertenecían al mismo partido que era gobierno, estaban armados e iban a dirimir el pleito partidista en el campo de la guerra. Es la llamada Revolución Legalista de 1892. A Crespo se le une un grupo de los denominados conservadores entre quienes figuran Martín Vegas, Leoncio Quintana y José Manuel Hernández.

Aun cuando al principio de la guerra, Crespo descarta la bandera amarilla para lograr la participación de la creciente oposición en su empresa revolucionaria, a poco de estar instalado en el Poder, proclama su fe liberal y hace bautizar por el Arzobispo de Caracas, en solemne tedéum, en la Catedral, la bandera amarilla del partido liberal federalista.

Dije en una oportunidad, y ahora lo repito, que dentro de los gobiernos del siglo XIX, el régimen más parecido, en algunos aspectos a los regímenes democráticos de nuestro siglo XX, es el gobierno de Joaquín Crespo. Al igual que Guzmán Blanco, y semejante a Linares Alcántara, Hermógenes López, Rojas Paúl y Andueza Palacio gobernó en nombre y con la gente del liberalismo amarillo, recordó sus glorias militares y sus conquistas legislativas y celebró en plazas, teatros e iglesias las glo-

rias y recordó los nombres de los fundadores del Partido. La libertad de prensa y de organización política fueron totales y se multiplicaron los diarios y revistas dedicados a la batalla política. Siempre estimuló a sus Ministros a responder a los ataques de la oposición desde las columnas de la prensa. Más de un Ministro fue sustituido en razón de las campañas periodísticas de la oposición. César Zumeta al analizar el gobierno de Crespo señala que ese gobernante introdujo en Venezuela "una ficción de parlamentarismo hábilmente instituida y practicada. Irresponsable él, e inatacable, acató la libertad de prensa, y cuando el clamor público contra el Ministerio responsable representaba, en su sentir, un voto de censura popular contra el Gabinete, lo sustituía con representantes de otro grupo del partido, o con los directores de la oposición o con los jefes de una concertada revolución como en el caso del Gabinete Matos. Era el cesarismo templado por una forma de gobierno plebiscitario, que permitía alternar en el Poder a los varios bandos y garantía de la paz".

Permitió así mismo, la efectiva organización de nuevos partidos. Fracasó el Partido Republicano Liberal, pero cobró fuerza popular inusitada el Partido Liberal Nacionalista, comandado por José Manuel Hernández, carpintero en su juventud en la parroquia de San Juan, guerrillero en el 70 contra la revolución de Guzmán Blanco y Jefe político en el Yuruary hasta 1892 cuando se incorpora a la Revolución Legalista. Como ideólogos y organizadores del nuevo Partido figuraban los creadores de los frustrados Partidos Unión Democrática y Republicano-Liberal: Alejandro Urbaneja, David Lobo, Castillo Chapellín. Miles de venezolanos se unen a la nueva causa en Carabobo, Lara, Los Andes, Guayana, Guárico. En una Venezuela que continuaba padeciendo el grave problema de la incomunicación entre las diversas regiones y en donde un viaje del Táchira a Caracas es una proeza que significa un peregrinaje de quince o más días, se riega la noticia de El Mocho Hernández, como antes en 1841, la figura de Guzmán se convirtió en un símbolo de los anhelos y de los odios populares. El Mocho Hernández recorre el país, en mula, en ferrocarril, a bordo de barcos o piraguas y toca en cada puerta solicitando el voto de los desconocidos para su empresa de conquistar el Poder y ser Presidente de la República. Se crean sociedades nacionalistas hasta en las más remotas aldeas y para comienzos de 1897, el Partido Liberal Nacionalista cuenta en el país con sesenta periódicos entre diarios, semanarios y periódicos ocasionales. Sus dirigentes proclaman su condición de nuevo partido. Es un nuevo

liberalismo, dicen, que nada tiene que ver con el amarillismo de Guzmán Blanco, ni con el conservatismo de Páez. Pero al mismo tiempo rescatan los principios proclamados en 1841, por los fundadores del primer partido popular que ocupa sitio trascendental en la historia de Venezuela.

La aparición de Cipriano Castro

Pero con el año 1897 llega el momento de la prueba para todo este experimento de libertades, de crecimiento y de organización de la oposición que preside Joaquín Crespo. El Partido Liberal Amarillo se ha fortalecido y depurado dentro del ambiente de libertad que se ha venido respirando en el país, en los últimos diez años y cuenta con nuevas figuras, que aspiran a suceder a Crespo en el poder. Por su parte, la oposición nacionalista ha lanzado la candidatura de José Manuel Hernández. El partido de gobierno empieza a barajar nombres y asomar precandidaturas; Juan Francisco Castillo, Arismendi Brito, Tosta García, Rojas Paúl. Pero Crespo decide apoyar e imponer la candidatura del General Ignacio Andrade, su antiguo Ministro de Instrucción Pública y Presidente del Gran Estado Miranda. Los liberales amarillos lo ven con recelo pues Andrade es de ancestro conservador, "godo merideño", hijo de uno de los grandes jefes militares del conservatismo durante la guerra federal, José Escolástico Andrade, héroe de la Independencia. En las filas del partido de gobierno hay profundo malestar por escogencia, pero al final todos acatan disciplinadamente la decisión de Crespo y Castillo, el precandidato derrotado abandona el país.

Desde el Rosario de Cúcuta, el General Cipriano Castro que también es liberal amarillo, pero que permanece en el destierro desde 1892, por haber acompañado al Presidente Andueza Palacio en su aventura continuista, protesta por la decisión de Crespo de escoger a Andrade como sucesor suyo en la Presidencia. El sucesor de Crespo —dice Cipriano Castro— debe ser el mandatario de un pueblo y no el jefe de un partido, ni el corifeo de una secta. Y Crespo debe resolver el destino de Venezuela, declinando en la República el pesado cargo de que ella se dé sus propios gobernantes. "El próximo Presidente de la República, continúa Castro, debe estar ungido por el óleo de la voluntad popular pues de lo contrario, ni satisfará ambiciones de los pueblos, ni re-

presentará en armónico conjunto, las opuestas opiniones y tendencias del país. El nuevo Presidente debe ir decidido a extirpar malas costumbres y a conciliar intereses encontrados". Para agregar: "Soy liberal por temperamento, por educación y por convicciones. De modo que en lo que concierne a mi filiación política nadie debe equivocarse conmigo". Al final Castro decide abstenerse de intervenir en las elecciones de 1897 y propone la fundación de un nuevo partido político para tomar parte en las elecciones de 1902. En su alegato afirma que "los partidos políticos son una necesidad tangible de la época y ningún programa satisfactorio podría realizarse sin ellos". Propone la fundación de Juntas en todas las capitales de Estado, en las capitales de Distrito, en todas las Parroquias, así como la publicación de un periódico "que lleve nuestra voz a los pueblos" bajo el título de "El Demócrata".

La imposición de la candidatura de Andrade y su triunfo en las urnas, así como la burla al Partido Nacionalista a cuyos partidarios no dejan acercarse a las urnas las autoridades francamente comprometidas con la candidatura oficial, desatará de nuevo la guerra y provocará la crisis nacional de 1899 cuyo final no se verá sino en 1908 con la instalación de Juan Vicente Gómez en el poder, comienzo del más largo e incontrolado dominio personal de la historia venezolana.

El mismo día en que se instala Andrade en la Presidencia se lanza el Partido Liberal Nacionalista a la guerra. Son centenares de guerrillas que brotan en todo el país, lo mismo en los Estados del Centro que en el llano oriental y en Guayana. Es la costosa e inútil prueba de la fuerza popular que representa el nuevo partido. Crespo se ve obligado a defender la situación política que ha creado y sale al campo de batalla. En un oscuro episodio, en la Mata Carmelera, en tierras de Cojedes, una bala da cuenta de su vida y sumerge al país en un túnel sin salida. Los celos de los jefes liberales se acrecientan y el Presidente Andrade se ve rodeado por la desconfianza y la mala fe. El ascenso del nacionalismo al poder parece cuestión de meses, quizá de semanas.

El talento político de Castro lo lleva a escoger el momento preciso para intervenir en la crisis nacional. El mundo de la política venezolana venía acostumbrado desde 1870 a los mismos nombres: Guzmán Blanco, Crespo, Andueza Palacio, Pulido, Guerra, Mendoza, acrecentado con la generación liberal de 1890: Bello Rodríguez, Castillo, Bruzual Serra, Smith. La oposición la sintetizaba el nombre de José Ma-

nuel Hernández. De pronto surge en el remoto Táchira, Cipriano Castro, reclamando el Poder, en nombre del liberalismo. Y se proclama Restaurador de los principios liberales, también se refiere a los padres del liberalismo, a las jornadas de 1841 y 1846 y lanza una proclama en donde no exhibe ningún argumento regionalista como justificativo de su acción. La violación de la Constitución por parte de Andrade y de la mayoría parlamentaria en el asunto de las autonomías es la bandera que agita el 23 de mayo de 1899. César Zumeta, su adversario político, escribe en las páginas de "La Semana de New York" en noviembre de 1906: "Castro es la más extraña de las figuras que Venezuela ha presentado en su historia. Asombra su aparición en 1899. De improviso, sin haber representado papel alguno de importancia nacional, cruza la frontera, combate, avanza hacia el centro dejando atrás las fuerzas enemigas que pueden aniquilarlo por retaguardia, obtiene un triunfo pírrico en Tocuyito, y herido, diezmado, sin recursos, frente a un ejército diez veces superior a su montonera, ejército que ha podido movilizarse y exterminarlo en treinta horas, es proclamado Presidente por Andueza Palacio y el Directorio Liberal de Caracas. Así llegó".

El Liberalismo Amarillo ante la inminencia del triunfo nacionalista y perdido el jefe y caudillo del Partido con la desaparición de Crespo, carente Andrade de toda autoridad y divididos internamente los jefes regionales del Partido apelaban a Castro como una transición, como el hombre sin peso nacional, apropiado solamente para presidir una etapa provisional, mientras el cónclave de los cardenales amarillos elegía nuevo Papa.

En los primeros meses obra al dictado de los jefes reconocidos del liberalismo amarillo que lo rodean, sostienen y aconsejan. Sus primeros Gabinetes no tienen ninguna diferencia con los Consejos de Ministros de Andueza Palacio, Rojas Paúl o Andrade.

Pero no obstante, el hecho de proclamarse Cipriano Castro, liberal por educación, convicciones y filiación y de erigirse en el Restaurador de la doctrina liberal es lo cierto que con su llegada al Poder están contados los días del liberalismo amarillo. Castro entendió que el tiempo de los alzamientos con machetes y escopetas había terminado en el mundo y su mayor preocupación durante los años 1900 y 1901 fue adquirir armamentos en Europa y crear una Fuerza Nacional, bien dotada e instruida en el manejo de las nuevas armas y formada en su ma-

yoría por reclutas traídos de Los Andes y de los Estados occidentales. Estas modernas dotaciones le permiten enfrentarse con éxito a los distintos alzamientos aislados de 1901 y finalmente a la poderosa Revolución Libertadora que fue el intento final de liberales amarillos y de nacionalistas, de mantener su vigencia como monopolizadores del poder político. Al lado de la ayuda del capital extranjero a la Revolución Libertadora, obtenida por el banquero y político Manuel Antonio Matos, la Libertadora representó la más poderosa movilización de masas en plan de guerra que contempló el país, después de la guerra federal. Veinte mil hombres llegaron a congregarse en sus filas y un ejército de diez y seis mil hombres, provenientes del centro y del oriente del país, puso sitio a La Victoria, en donde se decidió la suerte de los Partidos tradicionales de Venezuela.

En las diversas acciones de guerra libradas durante esta Revolución nacerá y crecerá el prestigio político y militar de Juan Vicente Gómez, quien recorrerá todo el país, enfrentándose y venciendo a la mayoría de los reconocidos caudillos locales de las diversas provincias.

Por algunos años sobrevivirán ambos Partidos, unas veces formando parte sus directores, de los Gabinetes de Castro y en otros realizando alianzas para ir a unas elecciones en donde el único candidato era Castro como en las de 1904. En esta nueva situación, las camarillas palaciegas reemplazan a los partidos y las conjuraciones de palacio y de cuartel toman el sitio de las guerras civiles. En 1908 cuando Castro viaja a Berlín, el Vicepresidente Gómez asume el Poder para no entregarlo mientras viva. Los viejos caudillos liberales y nacionalistas que regresan en 1909, después de cinco años de exilio, encontrarán una Venezuela distinta en la cual nadie responde a sus invitaciones y en la cual tienen que conformarse con participar en un inútil y decorativo Consejo de Gobierno, mientras regresan al destierro, o entran a figurar en las nóminas de un silencioso Congreso Nacional.

Durante veintisiete años (1908-1935) mantiene férreamente la fórmula Jefe-Ejército-Administración, fórmula que ha de perdurar durante nueve años más, después de su muerte. Durante este largo cuarto de siglo, el ejército va a ser la única organización nacional en que Gómez buscará respaldo, pero el Dictador no gobierna en nombre de las Fuerzas Armadas sino en el de la Causa de la Rehabilitación Nacional, del cual es su Jefe Supremo y el Ejército su brazo armado. Pero en contraste con cuanto ocurría en los tiempos del liberalismo amarillo, los Gene-

rales y Coroneles de esta nueva organización militar no tomaban parte en el examen de la situación nacional y mucho menos en las decisiones a tomar y su propio destino depende siempre del grado de confianza que les otorgue el Jefe.

Las causas de la muerte del Liberalismo

Andrade en el destierro, en 1900, escribió una "Explicación a los venezolanos" que constituye el más valioso, penetrante y valiente análisis de las causas que precipitaron el fin del Partido Liberal Amarillo como fuerza todopoderosa en la política venezolana.

En uno de los párrafos de su Explicación dice Andrade que Cipriano Castro no hizo más que "venir segando la cosecha producida por la simiente ya desde antes depositada en el surco". Y agrega: "Como las aguas sin corriente, los partidos políticos que no tienen actividad doctrinaria, no realizan la natural renovación de su organismo en el curso del tiempo y de los sucesos, se estancan y se pudren. Sobre la muerta superficie brotan las trágicas flores del paludismo sicológico". Continuaba sus reflexiones diciendo que "no domina impunemente un Partido político por largos lustros, sin fundar el orden político, en la acepción jurídica y científica de la palabra; sin establecer la escuela de la moralidad en las funciones públicas; sin formar hombres ni difundir ideas, que sirvan los unos a imprimir en el medio político la vigorosa acentuación de las necesidades y de las exigencias de la época y respondan las otras, a la ineludible renovación del medio social en el perfeccionamiento de las generaciones. No domina largos lustros un Partido que a pesar de la superioridad de sus hombres, sólo ha trabajado para el día: que en la prisa de vivir, y de vivir bien, como desconfiando del mañana, sólo se ha cuidado de atender a las soluciones del momento: que en la ansiedad de las ambiciones que lo han devorado, se llegaron a cometer bajo sus banderas abusos increíbles, robos y expoliaciones absurdas: y que por último, sustituido en los fines de la vida pública y de la historia, por una oligarquía estrecha y absorbente, viciada en la dominación, ha llegado a pensar que desde la Presidencia de la República, hasta las Comisarías Parroquiales, todos los destinos y todos los productos de la nación, pertenecen al patrimonio, a las bamboleantes reputaciones históricas, y a uno que otro nuevo adepto que les rinda culto idolátrico. No han pensado en sancionar leyes que garanticen el

orden, leyes de trascendencia popular y eficaz, de resonancia en los destinos de la República. Y he aquí —a pesar de los muchos beneficios que en otro orden de hechos y de ideas ha realizado el partido— el descrédito de la Causa Liberal entre las nuevas gentes; la mengua y desconocimiento de ella misma al pretenderse la efectividad de sus principios eternamente rehabilitadores y progresivos”.

Las vísperas de los nuevos Partidos

Esta muerte del Liberalismo Amarillo por “paludismo sicológico” según en curiosa definición calificara Ignacio Andrade la crisis y desaparición del viejo partido; las debilidades y apostasías en que ocurre el promotor Partido Nacionalista que debilita su poder y lo convierte de organización activa y amenazadora en una simple expresión de protesta sin consecuencias van a ayudar a Juan Vicente Gómez en su propósito de borrar del mapa político el recuerdo de los partidos que ocuparon el primer plano de la actividad política desde 1841 hasta 1908. De los partidos políticos, no hay que hablar, ni en bien, ni en mal, afirmaba Gómez ante los intentos de sus colaboradores de adelantar campañas contra el comunismo o de atacar a los liberales de Colombia, opositores de su dictadura. Mientras esto ocurría aumentaba los ingresos del Presupuesto Nacional en razón del crecimiento de las explotaciones petroleras, permitiéndole pagar la deuda externa, unificar las finanzas y construir carreteras que fueran uniendo las regiones hasta entonces aisladas y remotas. Esas mismas explotaciones determinarían cambios definitivos en el esquema tradicional del país. Masas de campesinos de Los Andes se trasladarán al vecino Zulia para transformarse de la noche a la mañana, en obreros de la industria petrolera y otro tanto ocurrirá con los aldeanos de los Estados Falcón y Lara y con la gente de Oriente. El desarrollo económico sustituirá a la guerra civil en esta tarea de acercar los grupos humanos que integran el país. Una clase obrera que sustituía a los artesanos, una clase media iba surgiendo en medio del silencio de la dictadura gomecista.

A lo largo de estos veintisiete años, centenares de venezolanos, de todas las edades, regiones y de la más diversa condición social habían marchado al destierro o permanecían en prisiones por su posición de protesta ante un gobierno que había liquidado toda forma de control para sus actos y que sometía al país al más afrentoso silencio. Los

venezolanos que vivían y trabajaban en aquella Venezuela, ya se habían olvidado de las viejas banderías y era un recuerdo remoto, en los de mayor edad, los nombres y los hechos de Crespo, de Guerra, de Pulido, de Hernández. Venezuela era una tierra apta para la gran siembra, pues a diferencia de cuanto ocurría en Colombia, en el Perú, en Chile o en el Ecuador en donde los partidos políticos tradicionales no habían sufrido tan graves fracasos y tan larga clausura, en la Venezuela de 1936 podía empezar su tarea de adoctrinamiento y captación de masas, un nuevo grupo de ideólogos sin tener que competir con nadie, sin tener que enfrentarse a organizaciones en marchas, ni jefes consagrados por el éxito y la tradición.

Y aquel campo deforestado y arado por Gómez lo van a sembrar a partir de 1929, los grupos socialistas, los dirigentes marxista-leninistas que han comenzado a figurar en la crónica política de Venezuela a partir de 1919 (Gustavo Machado, Salvador de la Plaza, Pedro Zuloaga, Eduardo Machado, los Fortoul) y que actuarán como dirigentes marxistas a partir de la década de los años 20. Corriente a la cual se van a adscribir los principales dirigentes políticos de la llamada generación del 28 (Rómulo Betancourt, Miguel Otero Silva, Valmore Rodríguez, Jóvito Villalba, Pedro Juliá, etc.). La nueva oposición socialista marxista se niega a continuar aceptando la jefatura revolucionaria de los viejos caudillos liberales y nacionalistas en el destierro y a participar en las tradicionales invasiones y deciden ingresar en el país a cualquier precio para organizar al pueblo en partidos políticos y a los obreros en sindicatos. Es capítulo fundamental en la historia de la democracia venezolana el que abarca desde 1926 (fundación del PRV) hasta la fecha (1931) en que se inicia la polémica entre estos nuevos políticos que están exiliados en México, en San José de Costa Rica, en Colombia, en Trinidad. De la polémica nacerá la división y se perfilarán los grupos que van a constituir la clase dirigente de los grandes partidos contemporáneos. En la discusión de 1931, en las cartas que se cruzan desde Trinidad, París, Costa Rica, Barranquilla se define la posición ortodoxa del Partido Comunista de Venezuela y surge Rómulo Betancourt como precursor de la tesis que cuarenta años después unos denominan social-demócratas y que otros emparentarán con los heterodoxos del marxismo-leninismo de la década de los años 70.

Cuando regresen al país en 1935, ortodoxos y heterodoxos del socialismo no habrá quien pueda competir con ellos en el control de las

masas, en adoctrinamiento de las juventudes, en la captación de trabajadores de la ciudad y del campo y los infortunios que sufren en el quinquenio (1935-1941) y la enconada persecución de que son víctimas durante los diez años de la dictadura (1948-58) no afectan en forma alguna la estructura de los partidos políticos y de los sindicatos de obreros que han fundado desde 1936, ni frustrarán su futuro.

LA CAIDA DEL LIBERALISMO AMARILLO*

Una conversación en la calle

El propósito que me animó al escribir estas páginas fue muy simple. Lograr que el hombre de la calle, el venezolano que no llegó a la universidad, el compatriota que no tiene oportunidad para sumergirse en eruditos volúmenes pudiera mirarse en el espejo de la historia. Quería conversar con las gentes más sencillas, en días de forzado silencio, recordar escenas, redibujar las figuras de algunos de los actores en el drama de la lucha venezolana por la libertad.

Eran días difíciles y como no se podía hablar de los vivos y sus culpas, se dialogaba sobre los muertos y su mensaje. En esa época apareció el libro "Los días de Cipriano Castro" de Mariano Picón Salas (1954). En menos de una semana se agotó la primera edición de la obra. Los lectores tomaron beligerante posición frente a las afirmaciones y pinturas que con su inimitable estilo había realizado el gran escritor. A muchos disgustó el tono de sutil ironía que empleó al retratar personajes y episodios de la turbulenta Venezuela de comienzos de siglo. Se llegó a discutir acerca de los méritos literarios de la obra y se examinaron con lupa y telescopio las intenciones y las entrelíneas. Gente hubo que quiso ver en las páginas dedicadas a relatar la marcha de Castro sobre Caracas y en la crónica de los días del bloqueo, una nueva y hábil exaltación del caudillismo. Y también quienes, utilizando las mismas páginas y los mismos párrafos, descubrieron en el escritor andino una marcada tendencia antiandinista, un disolvente propósito de burla. Algunos reclamaron a Picón Salas el no haber destacado con mejores trazos las firmes actitudes nacionalistas de Don Cipriano Castro, al propio tiempo que concedía demasiada importancia al cuento de las andanzas donjuanescas y de las salidas de mal gusto del caudillo de Capacho.

* Introducción al libro: "La Caída del Liberalismo Amarillo" (1972). Algunas de las notas finales de este prólogo formaron parte inicialmente del trabajo "Apuntes para una revisión del proceso histórico". (1968).

Pero la mayoría estuvo de acuerdo en convenir que la apasionante narración de Picón Salas era el fiel reflejo de cuanto para bien y para mal de Venezuela ocurrió en aquellos dramáticos días. Y que las culpas no eran del historiador, sino de los héroes.

En esta oportunidad se puso una vez más en evidencia que en Venezuela lo grave no es cometer tropelías, sino contarlas. Y volvió a verse lo difícil y peligroso que resulta en nuestro país escribir historia cuando quien lo hace se toma la libertad de abandonar el tono de la epopeya para hablar con sus personajes en el corriente lenguaje de la calle. Con un curioso criterio dogmático en Venezuela se alaba o condena sin términos medios. No se quiere ver la realidad en sus auténticos contornos. Pocos aceptan el hecho de que en cada hombre y en cada situación, la mezcla de lo bueno y lo malo, de lo grandioso y lo ridículo forman el clima natural de la historia. No quiere admitirse todavía por muchas personas el hecho simple de que la vida de los caudillos y de los políticos por la misma razón de serlo, deja de pertenecer a la familia, a la tribu, a la aldea para entregar el examen de sus actos e intenciones al público innumerable.

II

Antonio Paredes, un personaje olvidado

En esos días había caído acribillado a balazos, en una calle de Caracas un amigo de mi infancia, mi compañero de liceo y universidad, un hombre de mi generación, de mi tierra y de mi afecto. Para que su vida fuera un símbolo, el destino lo consumió en la hoguera.

En ese largo y curioso debate del año de 1954 sobre Castro y el castrismo, sobre el liberalismo amarillo y Andrade se examinaron con apasionado interés actitudes nacionalistas y la vida amorosa del Restaurador, se aportaban datos sobre las complicidades de la "New York and Bermudez Company" y de los banqueros alemanes y franceses con la Revolución Libertadora, se hablaba del paraguas de seda que llevaba Matos a los combates, se discutía sobre la mala estrella del Mocho Hernández.

Me propuse entonces presentar un nuevo personaje a la escena, un hombre olvidado de quien en su libro dijo Picón Salas que había sido

“el espíritu y la conciencia desvelada y errante de la insurrección venezolana hasta que lo acribillaron a balazos en 1907”: Antonio Paredes. Era una manera de recordar también a los que caen en la lucha, de señalar sus vidas como un camino, distinto al de los vencedores, para entender a Venezuela.

Edité y prologué el libro de Paredes que esperó cincuenta años para ver la luz en Venezuela y escribí muchas de estas páginas. A lo largo de algunas de estas historias no aparece el nombre de Antonio Paredes; forma muy activa de hacerse presente en los acontecimientos nacionales porque esas ausencias se llamaban cárcel y exilio. Desde su adolescencia hasta la hora de su fusilamiento su vida transcurre entre la guerra, la prisión y el destierro. Trágico sino que compartieron centenares de venezolanos de esa época. Al final de los relatos su nombre cobra trágica primacía, dramática vigencia.

El drama de Antonio Paredes es la expresión de un tiempo de crisis venezolana. Crisis de fe, de moral y de rumbo. El hombre que desde su adolescencia va viendo cómo se quiebran los principios en contacto con la realidad y que luego observa cómo las palabras se utilizan para disfrazar y no para definir las intenciones quiere —un poco Sacha Yegulev— consumir en el fuego la mentira. La lucha dentro de este mundo y contra ese mundo hace extraordinariamente interesante su biografía.

Nace y crece Antonio Paredes oyendo contar historias de fe y heroísmo, pero sembrando sus ojos de niño en una realidad dominada durante lustros por el espectáculo monótono de Guzmán Blanco, amo y señor del país. Cuando los héroes de la guerra larga se pasean por las calles de la tranquila Caracas, un manto de admiración cubre sus espaldas. Todos recuerdan los episodios de increíble bravura de estos que ahora son sumisos Mariscales del Ilustre Americano. El doble valor de las palabras confunde y pone a meditar a los jóvenes que como Antonio Paredes se interesan por la suerte de Venezuela. Un significado tienen los vocablos cuando Guzmán Blanco los coloca en los párrafos altisonantes y mal escritos de sus mensajes y otro, muy distinto en esencia e intención, cuando el sereno Cecilio Acosta o los jóvenes López Méndez, Seijas o Gil Fortoul los escriben en sus páginas de indagación y crítica.

Apenas se borra Guzmán Blanco de la escena cuando otro héroe, también barbudo como Guzmán Blanco, pero más criollo en dichos,

hechos y colores, Joaquín Crespo, invita a los venezolanos a salvar la doncella Constitución que está prisionera en el castillo del gigante Andueza Palacio. Suenan las trompetas y por todos los caminos marchan las multitudes en pos del héroe y salvador. Y el joven Antonio Paredes también se marcha a la guerra. En la aventura lo acompaña la victoria. Pero cuando cree que va a vivir en el universo de Venezuela libertada, una mano peluda lo arroja al mar y le enseña que es peligroso creer en las promesas. Viene entonces su peregrinaje por las islas del Caribe, sus días de exilio, conspiración y estudio. Sus posadas en New York, París y Potsdam.

El tiempo pasa lento y parece que Crespo se eterniza. Hasta que un día Antonio Paredes, de regreso puede divisar las casitas encaramadas en los cerros de La Guaira. Vuelve para emprender una lucha singular: va a enfrentarse con las armas y la pluma, a campo descubierto, con el más popular de los caudillos venezolanos de la última mitad del siglo XIX, el Mocho Hernández. Y va a hacerlo en defensa de un hombre a quien nada debe y a quien todos están dispuestos a traicionar: el Presidente Ignacio Andrade.

En sus andanzas de hombre sin patria, en esos seis años de su primer destierro, Paredes tiene tiempo suficiente para medir sus fuerzas interiores y muchas horas muertas las utiliza en contrastar su conciencia con sus ambiciones. Producto de este examen fue su frase: "En Venezuela la ignorancia hace a los hombres audaces", escrita al dejar consignada memoria de sus días de guerrillero legalista. Sonríe ante su ignorancia de aquellos tiempos y sonríe igualmente ante la leyenda y la ciencia militar de los grandes señores del campamento venezolano: Guerra, Mendoza, Monagas. Pero es lo cierto que con su intuición y su ignorancia, Mendoza, Guerra o Crespo han podido moverse con acierto y manejarse con fortuna. El Paredes que regresa en abril de 1898 ha cambiado, pero el país no. Y los frenos que a su audacia elemental colocó la ciencia y la experiencia extrañas, han de ser en su retorno venezolano vallas antes que camino, razón de conflicto antes que de triunfo.

En la campaña que el gobierno de Andrade abre contra la insurrección nacionalista, Paredes pide un sitio de comando en los ejércitos que van a buscar al enemigo y Andrade se lo brinda al lado de Ramón Guerra, viejo brujo de la victoria legalista. Al fin brujo, Guerra cree en el destino y no somete sus campañas a normas científicas. Las nubes, los

pájaros, los sueños, forman sus manuales de consulta cuando mueve sus tropas entre el paisaje familiar de los valles de Aragua. Paredes opone reparos, critica las imprevisiones y las tardanzas y propone planes. Guerra mira en Paredes a un peligroso incrédulo y amenaza con fusilar a quien está hablando semejante lenguaje en pleno campamento.

Por lo pronto tendrá que conformarse Paredes con seguir la batalla desde la mesa de redacción de un periódico caraqueño. Terco, incansable, todas las páginas, todos los artículos, todas las notas de su papel están dedicadas, durante meses a hacer la crítica del caudillo nacionalistas, a exhibir sus debilidades. "Ni un solo hombre convencí con mi prédica", escribirá tiempo después, sin agregar amargura a su comentario, como si se tratara de la reseña de un fracaso ajeno.

No debían transcurrir muchos meses sin que el régimen de Andrade tan amenazado y confuso viera llegar su hora final. Fin que viene a representar para Antonio Paredes el comienzo del último y más importante episodio de su vida. De ahora en adelante su existencia tendrá una razón y sus actos una meta: la batalla contra la tiranía de Cipriano Castro. Combate sin tregua, ni desmayo. Desde octubre de 1899 hasta la madrugada del 15 de febrero de 1907 el hombre vive en vigilia, confundiendo sueño y realidades. No conoció el miedo, ni el cansancio. Escribía, hablaba, iba y venía, quería convencer incrédulos, despertar sonámbulos y ofrecía a quienes creyeran en su estrella, el paisaje de una Venezuela pintada con los colores de la libertad.

En la hora postrera del gobierno de Andrade, cuando todos los generales rivalizaban en el ejército de la deslealtad, Antonio Paredes se queda solo, combatiendo, obsesionado por la idea de que su nombre no se confunda con el de los tráfugas que estaban cambiando la traición por un Ministerio. Luego, primero en la cárcel y más tarde en su nuevo destierro vive con la angustia de ver cómo los días pasan sin que los viejos jefes militares y políticos del liberalismo, ni los caudillos nacionalistas ahora en el exilio, acometan ninguna acción eficaz. El los conoce desde los días de Crespo y no tiene confianza en sus capacidades. Le disgustan esos interminables conciliábulos de los políticos en el ostracismo, en los cuales se relatan arregladas proezas y se exhiben entre silencios y medias palabras, el recelo y la suspicacia que tienen los unos de los otros. El no cree, y así lo dice, que el país gane mucho cambiando a Cipriano Castro por Luciano Mendoza o a Juan Vicente Gómez por

Ramón Guerra. Y procura por todos los medios crear las condiciones para que nuevos hombres, mejor dotados, sustituyan en las directivas de la oposición anticastrista a la vieja y gastada camarilla que viene haciendo y deshaciendo revoluciones y gobiernos desde 1863.

Como Antonio Paredes es un excelente escritor, redacta artículos, folletos, panfletos que luego hace circular en el país. Testimonios de ese tiempo y de esa lucha son sus libros "Diario de mi prisión en San Carlos" y "Bosquejo histórico", escritos en Trinidad entre los años 1905 y 1907, obras de las muy escasas que recogen los puntos de vista mantenidos por la oposición anticastrista. Pero al lado de esta empresa de propaganda revolucionaria, Paredes venía forjando silenciosamente la otra. A lo largo de la costa oriental se habían atado compromisos para la hora del desembarco. En las afueras de Puerto España ya estaban guardadas las armas y los pertrechos. Pero el gobierno de Castro descubre los preparativos y ante la orden de las autoridades inglesas de que abandone la isla, Paredes no duda en encaminar sus pasos por el rumbo de Venezuela. No va solo en su viaje a la muerte. Hay dieciséis venezolanos que marchan tras sus pasos de hechizado. Entre las sombras de la madrugada guayanesa cayó Antonio Paredes, de pie como los árboles, ni vencido, ni convencido. Una palabra pronunciada por sus labios de iluminado y de fanático, alumbró la oscuridad del cielo y del río: Venezuela.

La vida y la muerte de Antonio Paredes, al igual que la vida y la muerte de quienes perecen en la batalla por la libertad hace recordar la verdad de la frase de Martí: "La muerte da jefes, la muerte da lecciones, la muerte nos lleva el dedo sobre el libro de la vida".

III

La república liberal amarilla

Hablar de Antonio Paredes, referir algunos episodios de la revolución legalista de 1892, rescñar las escenas de la crisis y caída del liberalismo amarillo, seguirle los pasos a Joaquín Crespo, a José Manuel Hernández, a Cipriano Castro o a Manuel Antonio Matos, personajes y sucesos culminantes de la última década del siglo XIX y de los comienzos del siglo XX obliga a intentar un examen de la historia moderna del país.

Hasta el gobierno del general Ignacio Andrade (1898-1899) actúan como figuras fundamentales en la política y gobierno de la República, los hombres que cuarenta años atrás habían sido actores principales o secundarios en el gran movimiento social y militar de la Federación. Bajo los nombres sucesivos de federalistas, guzmancistas, reivindicadores, rehabilitadores o legalistas o bajo la denominación común de liberales amarillos son siempre los mismos y forman el grupo dominante y excluyente en la escena del poder.

Las ligeras variantes en las nóminas de las diversas administraciones que durante estos ocho lustros se suceden y los distanciamientos entre los diferentes grupos o caudillos, no modifican sustancialmente este orden. Partiendo desde Caracas que es el vértice, la organización cubre toda la República. Cada uno de los Estados de la alianza federal es en realidad un gran feudo, subdividido o repartido en verdaderas encomiendas políticas entre los tenientes o aliados de los grandes señores provinciales quienes de esta manera garantizan al que está en Caracas la seguridad de la paz o los contingentes humanos necesarios para hacer la guerra. Así en escala descendente que no deja fuera de sus redes ni a la más remota aldea.

De la oligarquía conservadora a la que Guzmán Blanco amenazó con "extinguir hasta como núcleo social" en realidad no quedó después del Tratado de Coche (1863) nada distinto de grupos aislados dispuestos unos a cobijarse bajo las banderas amarillas del vencedor y los otros a hacerse perdonar el pecado de la derrota, muertos vivos en sus casas. Los gestos aislados, las voces de protesta que desde ese sector venían de vez en cuando a interrumpir la gloria de Guzmán Blanco, hacía más profundo el silencio de Venezuela.

"La oligarquía", en la forma como Guzmán Blanco y los demás prohombres del liberalismo amarillo utilizaban esta palabra, era simplemente el vocablo empleado para designar a los enemigos circunstanciales, cualquiera que fuese su origen o actuaciones. De esta manera Matías Salazar, José Ignacio Pulido, León Colina, Ramón Guerra, Juan Pablo Rojas Paúl, Raimundo Andueza Palacio, Juan Francisco Castillo, etc., eran llamados alternativamente "oligarcas" o liberales, de acuerdo con la posición que adoptaran en cada uno de los movidos acontecimientos de aquellos años.

Al régimen político y social censitario y esclavista que caracterizó la vida de Venezuela bajo el gobierno de las oligarquías conservadora y

liberal, sucedió como fruto de la guerra larga esta alianza de intereses feudales que se llamó régimen federal. El poder de Guzmán Blanco, primero y más tarde el de Joaquín Crespo no se basan en la existencia de un poderoso ejército nacional, de unas finanzas ordenadas o de un verdadero aparato administrativo, sino en el cumplimiento del pacto que une, para el disfrute del poder, a los señores terratenientes y guerreros esparcidos en las vastas, poco desarrolladas y bastante aisladas provincias que forman la República. Es una alianza entre iguales, dentro de la cual cada señor goza de sus privilegios y domina sobre una realidad semi-bárbara cuya permanencia defiende, evitando toda posibilidad de cambio o reforma.

El partido Liberal-Nacionalista o "nacionalismo" o "mochismo" constituyó un intento de reforma, al menos un definido propósito de cambio de nombres y de rostros. Prometiendo lo que todos prometen, el partido que encontró en "El Mocho" Hernández su símbolo y jefe fue la primera seria amenaza que en cuatro décadas de poder tuvo frente a sí el viejo liberalismo amarillo.

Igual que en 1869 atraviesa la alianza nacional de los caudillos liberales por una crisis de autoridad, verdadera etapa de anarquía. El año 69 frente al desgano del poder y bonhomía del Mariscal Falcón prosperan las alianzas más absurdas y en medio de un clima de escepticismo y locura retornan del fondo de la historia hombres que parecían abolidos por una década de crueles episodios. Tendría entonces que llegarse al nuevo acuerdo nacional que representó la guerra del 70 y el triunfo de Guzmán Blanco para que los numerosos jefes locales volvieran a conformarse con la gloria de sus pequeños escenarios.

La muerte de Joaquín Crespo abre otro tiempo de anarquía. Cada uno de los aliados del caudillo llanero se siente libre de compromisos y todos más capaces que Ignacio Andrade para asumir el papel principal. La amenaza nacionalista los junta por un momento. Vencida ésta, el peligro se presenta de nuevo cuando Cipriano Castro, cuyo liberalismo no es muy "amarillo", se dispone a "acampar a la sombra del Capitolio".

La angustia ante el futuro que crea la misma anarquía, el propósito de no abandonar el poder a ningún trance, las vacilaciones de Andrade, la necesidad de defender intereses económicos de vieja data, todo lleva a los Generales liberales en cuyas manos de grandes señores feudales descansa la estabilidad del Presidente, a abandonar a éste y a llevar sobre sus hombros a Cipriano Castro en la última etapa de su marcha sobre Caracas.

Fenómenos de anarquía, incapacidad, traición y locura, semejantes a los que presenció Venezuela en octubre de 1899 ya había padecido el país en la hora postrera del gobierno de Falcón, se repitieron en los días de la reacción alcantarista, volvieron a presentarse en los días de la caída de Andueza Palacio y del triunfo legalista. Actitudes éstas inexplicables si se examina la realidad del país tomando en cuenta que en ninguno de aquellos distanciamientos, origen de los movimientos llamados “revoluciones” había razones de orden ideológico, sino simples problemas de acomodo personal.

Pero lo que no pensaron, ni podían pensar los jefes liberales que en Valencia y La Victoria tendieron a Cipriano Castro la alfombra de su entrega para que llegara renqueando hasta su soñado Capitolio, era que en esta forma cavaban la fosa de su propio poder, enterraban el sistema que les había otorgado 40 años de absoluto dominio sobre el país, no porque fuera a iniciarse un tiempo de reformas. Todo lo contrario, vicios y fallas subsistirían y en algunos casos la infección cobraría mayor virulencia. Pero junto a Castro hacían acto de presencia en el escenario nacional nuevas masas humanas, las cuales hasta ese instante y durante centurias habían permanecido al margen de los grandes conflictos nacionales. El reclamo de su parte en el botín de la República traería como lógica consecuencia un reajuste de posiciones y un nuevo encuadramiento de alianzas a los cuales no podía acceder sin lucha —batalla postrema— el sorprendido y anarquizado liberalismo amarillo. De manera casi simultánea otro factor, también desconocido, contribuirá a acelerar la liquidación del viejo equilibrio liberal y a determinar la aparición de un nuevo orden en las relaciones políticas: el capital extranjero, que comienza por esos mismos años a actuar en forma activa y categórica, una vez en favor de la facción que está en el poder y otras en apoyo de los facciosos que aspiran al poder. Es esta una nueva fuerza cuyo poder disolvente era hasta aquel momento desconocido en las tradicionales combinaciones de la política venezolana.

Hasta la primera década del siglo xx, el cuadro social, económico y político del país es de una simplicidad elocuente: de un lado las masas campesinas, desorganizadas y analfabetas y del otro, los amos de la tierra, convertidos en caudillos naturales de aquellas masas. Agricultura rudimentaria y ganadería casi silvestre, los dueños de fundos y dehesas son naturalmente los señores de la paz y de la guerra.

Fuera de esta clase de los propietarios rurales, apenas si puede dejar oír su voz el gremio de los grandes comerciantes. En un país de tan incipiente organización económica, ellos ejercen un conjunto de funciones que los hace cada día más prósperos y poderosos. Como prácticamente no existe la banca, son los banqueros de los agricultores, de los pequeños comerciantes y del mismo gobierno. Además fijan los precios de las cosechas y se aprovechan de manera exclusiva de las grandes ganancias que por los frutos de la tierra logran en los negocios de exportación. Actúan en Caracas y en tres o cuatro puertos de la República y son los únicos exportadores de café, cacao, cueros, sarrapia, balatá y plumas de garza y los importadores de todo género de mercaderías. Con fatal periodicidad surgen conflictos entre los comerciantes y el gobierno; el Fisco Nacional padece de una crónica escasez de recursos, la administración pública siempre anda en apuros y como solución práctica y sencilla, los hombres del poder han descubierto el sistema de los empréstitos forzosos al rico gremio de los comerciantes. En muchas ocasiones, la medida ha trocado en peligroso conspirador al pacífico quincallero, pero la mayoría, sutil y práctica, ha resuelto el problema dividiendo su tiempo entre el mostrador y las peripecias de la política, convirtiéndose de simple comerciante en hombre de gobierno, espada y partido.

La clase media, que por las mismas décadas del siglo XIX se desarrolla y cobra importancia política en otros países hispanoamericanos, no cuenta para nada en esta etapa de la vida venezolana. Casi extinguida la empresa artesanal; incipiente la industria; con escaso y muy mal remunerado trabajo los profesionales universitarios; convertidos en simples agentes vendedores de las poderosas casas alemanas y del alto comercio de Caracas, Maracaibo o Ciudad Bolívar, los medianos comerciantes; miserables —casi prisioneros con sueldo—, los empleados públicos, no alcanzan estos grupos a determinar con su presencia e interés una fuerza capaz de pesar en la balanza del poder político y económico.

Han de transcurrir veinte años para que la aparición de una nueva fuente de riqueza, el petróleo, dé paso en Venezuela a otro orden de relaciones, tanto en la distribución de la población como en la división de las clases sociales y en las características de su economía que de agropecuaria va a transformarse en economía minera cuya dirección y administración reales no van a estar en Caracas sino en New York y Londres.

Jefe - Ejército - Administración

Al liquidarse en la crisis política 1899-1903 el sistema de engranajes político-militares regionales que garantizaban la autoridad y el sostenimiento del Presidente de la República desapareció el binomio Partido-Ejército que constituyó la base de sustentación del régimen liberal amarillo desde 1870. Hasta los días del gobierno del General Ignacio Andrade (1898), el llamado ejército nacional (la nacional, decían en los pueblos) que se alojaba en los cuarteles, mal atendido y peor dotado no tuvo ninguna significación como factor de poder nacional. La verdadera fuerza para la defensa del Gobierno estaba constituida por los ejércitos particulares que los jefes locales reclutaban en los momentos de peligro. Al volver la paz, regresaban los soldados a las haciendas y a los hatos en donde ejercían tareas de peones o medianeros. "Las tropas de Mendoza", "los negros de Fernández", "los indios de Montilla", "los corianos de Riera", "los orientales de Rolando", "los hombres de Peñaloza", "los lanceros de Lorcto Lima" se decía para hacer el cálculo de los contingentes antes de ir a la batalla. En los Andes, durante muchos años, el liberalismo amarillo aseguró el control político-militar de la región mediante el acuerdo que celebró con el General Juan Bautista Araujo, propietario feudal y jefe del conservatismo andino.

Castro entendió que el tiempo de los alzamientos con palos, machetes y mosquetones había terminado en el mundo y su mayor preocupación durante los años 1900 y 1901 fue transformar rápidamente en una fuerza eficaz y bien armada a la tropa que vegetaba en los cuarteles la que aumenta con los contingentes traídos de los Andes y reclutas de los pueblos de la región centro-occidental, que no entienden de banderas, ni partidos. En 1900 utiliza gran parte de los recursos del escaso Tesoro Nacional en adquirir armamentos y así puede decir a la Asamblea Nacional Constituyente de 1901 que ha "aumentado los parques de reserva en 40.000 fusiles de tipo moderno, del adoptado por los Ejércitos de Europa, con la correspondiente y copiosa dotación de cápsulas; que ha comprado dos trenes de artillería de montaña, primera fuerte batería de cañones que trae gobierno alguno a Venezuela, completa de toda su dotación de municiones, granadas, repuestos, etc"; que ha establecido la Maestranza General para los recursos de las tres armas de infantería, caballería y artillería; que ha suprimido el uso de la cartuchera por la facilidad para la pérdida de los pertrechos, y la ha susti-

tuido con el garniel, tal como se estila en los ejércitos europeos; que ha adoptado el uso del morral porque de esta manera cualquier cuerpo del ejército de línea puede marchar en todo momento a campaña, sin posible retardo por causa de preparativos de equipo; que ha aumentado la ración en dinero del soldado y que está uniformando en equipo y vestuario las tropas “tan decorosamente como lo demanda nuestra dignidad” y “lo impone nuestra tradición guerrera en América”.

Estas medidas le permiten enfrentarse con éxito a los alzamientos aislados de 1901, a las invasiones y finalmente a la poderosa Revolución Libertadora, esfuerzo de supervivencia del liberalismo amarillo. Pudo enfrentarse esta empresa revolucionaria a Castro con un parque igual o superior al que acababa de adquirir el Gobierno en Europa, debido a las poderosas ayudas que sus promotores encontraron en New York, Berlín y París, protección y ayuda traducidas en la actitud complaciente de las autoridades inglesas y francesas para convertir a Trinidad y Martinica en cuarteles de la revolución; en la actitud definidamente parcial del Cable Francés; en la colaboración de la empresa naviera norteamericana “Orinoco”; en la ayuda del grupo alemán del Gran Ferrocarril de Venezuela y en la colaboración financiera de la “New York and Bermudez Company”, comprobada en los procesos celebrados en los Estados Unidos contra dicha Compañía.

Destruído el aparato militar de los partidos liberal y nacionalista; silenciada toda forma de oposición o debate, Castro continúa en la empresa de organizar su Ejército Restaurador que a poco andar se llamará Ejército Nacional, fórmula que le permitirá reemplazar el binomio Partido-Ejército de los liberales amarillos por un trípode, Jefe-Ejército-Administración que perdurará como forma de organización del poder hasta octubre de 1945.

En esta nueva situación, las camarillas personalistas reemplazan a los partidos y las conjuraciones de palacio o de cuartel toman el sitio de las guerras civiles. En 1904, dos camarillas, una de valencianos encabezada por Julio Torres Cárdenas e integrada por Rafael Revenga, Ramón Tello Mendoza, Manuel Corao y Eduardo Celis y otra que tiene como centro al joven General aragüeño Francisco Linares Alcántara se disputan el favor de Castro, halagan sus apetitos y estimulan su megalomanía mientras ejercen las funciones más elevadas del Gobierno. Castro se siente cómodo dentro de aquel ambiente de rendida admiración, festines y caprichos y cada día se aleja más de los jóvenes Generales y Coro-

neles de su ejército, tímidos y huraños como provincianos y nada expertos en el arte del halago.

Quien va a capitalizar en su propio beneficio esta situación es el Vicepresidente, General Juan Vicente Gómez. Desde diciembre de 1901, Castro le entregó el comando del nuevo Ejército y le brindó la oportunidad de hacerse a una gloria militar y a un nombre nacional del que hasta entonces carecía. En cumplimiento de su misión de Jefe Militar Expedicionario, durante dos años, Gómez recorrió el país de uno a otro extremo; combatió y derrotó en sus propios escenarios a los más caracterizados jefes militares de Occidente, Centro y Oriente; aumentó el número de sus amigos, entre gentes de todas las provincias y condiciones y logró imponer definitivamente su autoridad sobre una joven oficialidad que andando los años se convertiría en ejecutora de sus órdenes, alternando en los papeles de Jefes de Guarniciones y de Presidentes de Estado o como altos funcionarios fiscales.

Para celebrar las victorias de Gómez durante la guerra (diciembre de 1901 a julio de 1903), el Presidente Castro agotó los adjetivos en sus telegramas de felicitación. En unas ocasiones Gómez es para Cipriano Castro "El Salvador del Salvador", "El Gigante Venezolano", "El Coloso moderno de la guerra", "El Vencedor en todas partes", "El Pacificador de Venezuela", "El Salvador de la patria, de las instituciones y de la Causa", y en otras Gómez alcanza según el Presidente de la República la categoría de "El hombre elegido por la Providencia", "el señalado por Dios", "El Predestinado a salvar a Venezuela del caos, el desbarajuste y el desorden" y llega a compararlo con el Hijo en el Misterio de la Santísima Trinidad. Y todos estos ditirámicos mensajes eran incluidos en la orden general de los cuarteles y publicados en hojas volantes que repartía la policía de todas las ciudades, pueblos y aldeas.

En 1908, el Presidente Castro viaja a Berlín y el Vicepresidente Juan Vicente Gómez asume el poder para no entregarlo mientras viva. Los viejos caudillos liberales y nacionalistas que regresan en 1909, después de cinco años de exilio, encuentran una Venezuela distinta en la cual no pueden reinstalar sus viejas empresas y tienen que conformarse con participar en un inútil y decorativo Consejo de Gobierno mientras regresan al destierro o entran a figurar en las nóminas del silencioso Congreso Nacional con el rango de Senadores.

Durante veintisiete años (1908-1935) Gómez mantiene férreamente la fórmula Jefe-Ejército-Administración, sistema de gobierno que ha de perdurar todavía durante nueve años, después de su muerte.

Los Presidentes Eleazar López Contreras (1936-1941) e Isaías Medina Angarita (1941-1945), ambos tachirenses, ambos Ministros de Guerra y Marina; el primero del Presidente Gómez durante los años 1931-1935 y el segundo Ministro del Presidente López Contreras durante casi todo su período, modifican los métodos de gobierno y administración, restauran el goce de las libertades, liquidan abusos y monopolios, restauran las cárceles, permiten el regreso de exiliados que habían permanecido durante veinte, quince, diez, cuatro años en el destierro; abren el debate sobre los grandes problemas nacionales cuya simple mención era antes motivo de prisión o destierro; invitan a personalidades de todas las regiones, edades y profesiones a participar en las funciones públicas y dotan al país de un conjunto de leyes y de organizaciones necesarias para la modernización de Venezuela. Iniciaban un nuevo tiempo que según el decir de Mariano Picón Salas era el comienzo de nuestro siglo xx.

López Contreras, pidió e hizo aprobar al Congreso Nacional —caso único en la historia venezolana—, la reducción de su período constitucional de siete años a cinco años y la prohibición de la reelección presidencial para el período inmediatamente siguiente y Medina Angarita legalizó y permitió la actividad de todos los partidos, hizo eliminar el Inciso 6º que prohibía la actividad del Partido Comunista y quiso organizar un partido político que respaldara en la plaza pública y en el Parlamento, su gestión. En una palabra eran militares de indudable vocación democrática y de ejemplar formación cívica. Pero la estructura del régimen, el aparato de su sostenimiento continuaba siendo la misma trípode Jefe-Ejército-Administración y en el Jefe se confundían las funciones de Presidente de la República, Comandante en Jefe del Ejército, Jefe de la Administración, Ministro de Gobierno, Ministro de Guerra y Marina e Inspector General del Ejército, no importa quienes fueran sus titulares. Durante casi tres lustros figurarán en las nóminas del Gabinete Ejecutivo como Ministros de Guerra y Marina dos abogados, primero el doctor Victorino Márquez Bustillos y más tarde el doctor Carlos Jiménez Rebolledo, el venezolano que durante mayor número de años ha desempeñado tan importante Ministerio.

Nadie logró definir mejor que su propio autor, Juan Vicente Gómez, la conjuración palaciega y militar del 19 de diciembre de 1908 cuando la calificó como "una evolución dentro de la misma Causa". Las intrigas y la lucha que durante los años de 1906 y 1907 sostienen las camarillas de Torres Cárdenas y de Alcántara contra Gómez fracasan y los palaciegos y militares que han tratado de liquidarlo política o físicamente se dispersan. Unos huyen con sus fortunas a Europa, otros se retiran del peligroso juego y muchos se suman en secreto a la causa gomecista, que los periódicos de la época llamaban "gomista". El golpe del 19 de diciembre de 1908 se reduce a la prisión de unos familiares de Castro, a la destitución y prisión del general Pedro María Cárdenas, Gobernador de Caracas, pariente muy cercano del Presidente viajero, al arresto del doctor Rafael Garbiras Guzmán, Secretario General de la Presidencia y a la sorpresiva sustitución de algunos jefes de los cuarteles de Caracas. Nadie en el país defiende al ausente. A lo largo de los años, Gómez se había convertido en la contra-figura de Castro y con sus silencios y medias palabras estimulaba en sus amigos del Ejército el deseo de prescindir de una jefatura tan mesiánica, llena de sorpresas y peligros como era la del General Cipriano Castro. Efectivamente, el golpe del 19 de diciembre había sido una evolución en el seno de la Causa. Nadie habló de Revolución, a diferencia de cuanto ocurría en cada oportunidad en que una fracción, o facción, del liberalismo amarillo desplazaba a la otra en los goces del Poder.

El Ejército es la única organización nacional que lo respalda, pero Gómez no gobierna en su nombre sino en el de la Causa de la Rehabilitación Nacional, su brazo armado. Pero también en contraste con cuanto ocurría en los tiempos del liberalismo amarillo, los Generales y Coroneles de esta nueva institución castrense no toman parte en el examen de la situación y mucho menos en las decisiones y su propio destino depende siempre del grado de confianza que les otorgue el Jefe. No hay tiempo de servicio, ni estabilidad en los cargos y en cualquier hora el Jefe de una Guarnición puede amanecer en la cárcel o ser nombrado Presidente de Estado o Administrador de una aduana, para volver poco tiempo después al servicio de las armas. Pasan los años y el Capitán, el Mayor, el Coronel esperan y desesperan por su ascenso y en diciembre de 1910 al responder al Coronel Ernesto Velasco Ibarra que aspira al grado de General: "Usted es muy acreedor al galardón y yo de buen grado se lo otorgaría, si con ello no viniere a abrir una puerta por donde

muchos querrían entrar, suscitándose con esto susceptibilidades que conviene evitar”.

En 1913 con el pretexto de una supuesta invasión del General Cipriano Castro por las costas de Coro, abandona las funciones de Presidente y se instala en Maracay como Comandante en Jefe del Ejército en campaña. En Maracay recibirá cuenta minuciosa y diaria de los actos administrativos del gobierno de Caracas pero dedica su tiempo a la organización del poder militar y el 19 de agosto de 1913 escribe a los Generales Pedro Murillo y Eustoquio Gómez que ha “agrupado un Ejército como nunca se ha visto en Venezuela... lo componen jóvenes aguerridos y entusiastas. A todos esos Generales viejos, de nombradía, que siempre se han creído necesarios en toda revuelta, los he dejado quietos, sin utilizarlos en nada, para que vea el país que cuento con elementos sanos, nuevos y valerosos que nada tienen que envidiar a los Generales amarillos o azules”.

En su lucha por destruir los últimos reductos de resistencia a su poder es implacable y ante la certeza de que los partidarios del General y Doctor Leopoldo Baptista, su aliado en el golpe del 19 de diciembre, tienen suficientes armas y municiones como para poder iniciar con éxito una rebelión, somete al Estado Trujillo a un régimen de ocupación militar. Ordena hacer prisioneros a decenas de jefes locales del baptismo y cambia la libertad de los presos por la entrega de un número determinado de armas. Timoleón Omaña, Presidente del Estado, tiene poderes de Pro-cónsul. Prisiones, ocupación de haciendas, orden de desocupación del territorio del Estado, no hay forma de castigo que no se ejerza contra los parciales del Doctor y General Baptista. El 23 de junio de 1914 le escribe a Omaña: “Como al enemigo no hay que dejarle respiradero y es preciso dejarlo en absoluta impotencia de hacer el mal, he resuelto mandarle un cuerpo más de oficiales a fin de que usted los distribuya de acuerdo con mis instrucciones en grupos de a diez con veinte soldados en las haciendas de los enemigos, que no las deben destruir sino cuidar, para sacar de sus frutos el abastecimiento, no sólo de esos cuerpos, sino otros gastos de guerra de imprescindible necesidad allá”. Y en una carta del 21 de junio de 1914 analiza la situación de Trujillo que califica de “viejo feudalismo” y le explica que con las medidas inexorables que ha dictado “. . . será un hecho efectivo la pacificación perpetua de ese Estado donde cualquier individuo poseedor de cuatro armas se creía antiguamente árbitro de los destinos de la Patria”.

En otro mensaje al General Omaña al ordenarle la persecución del General Juan Bautista Araujo, le dice: "...el tiempo del cacicazgo ha pasado para no volver más y en la República hay leyes y autoridades superiores a la menguada jefatura de esos caudillejos que por tanto tiempo han venido ejerciendo de factores y directores de comparsas... En los Estados no puede haber más jefatura que la que ejerce el Presidente por virtud de su investidura constitucional".

Para combatir a las guerrillas utiliza en algunas regiones, tropas de campesinos que durante los períodos de paz reciben una pequeña ayuda. En el Táchira estos grupos formaban el Batallón "Libertador". Eran hombres conocedores de todas las veredas y escondrijos de la montaña y podían combatir a Peñaloza con mayor eficacia que las tropas de los cuarteles, por lo general formadas con reclutas provenientes de Coro. Siempre confía a los Presidentes de Estado convertidos en Jefes expedicionarios en campaña, la persecución contra los insurrectos como en los casos de Horacio Ducharne, Emilio Arévalo Cedeño, Juan Pablo Peñaloza, Rafael Simón Urbina, Román Delgado Chalbaud y José Rafael Gabaldón en que los Generales Manuel Rugeles, Elbano Mibelli, Manuel Antonio Guevara, Vincencio Pérez Soto, Rafael López Rodríguez, José Domínguez, David Gimón, Eustoquio Gómez, León Jurado, Emilio Fernández, Juan Fernández Amparam, José Antonio Baldó, Presidentes de Estado en las regiones sublevadas tienen que asumir la dirección de la campaña. En los archivos de Miraflores se encuentran centenares de telegramas relacionados con estas campañas que señalan el celoso control de Gómez del cumplimiento de las órdenes impartidas desde Maracay.

Los Presidentes de Estado carecen de toda importancia política y son simples representantes locales del Jefe de la Causa. Cultivar el prestigio personal era falta en la que no caía ninguno de estos colaboradores. Presidentes hubo como Vincencio Pérez Soto, Silverio González, Juan Alberto Ramírez, Pedro María Cárdenas que recorrieron casi toda la República en estas funciones de agentes regionales de Gómez. A lo largo de los años habían formado su propio equipo de colaboradores y con esos empleados de confianza integraban el tren administrativo lo mismo en Trujillo que en Cumaná, en San Cristóbal que en San Fernando de Apure, con exclusión de los nativos de la región.

Los Presidentes de Estado no tenían independencia ni para nombrar el Secretario General de Gobierno. Este funcionario tenía en la

época una extraordinaria importancia pues era el hombre de las leyes y de los discursos, cuando la mayoría de los mandatarios regionales tenían una escasa preparación cultural y se preocupaban muy poco por los conflictos legales. El Presidente Gómez tenía el renglón de las Secretarías Generales de los Estados para iniciar en la política a los jóvenes profesionales que se adscribían a la Causa. Y las Jefaturas Civiles de los Distritos más importantes de cada Estado servían para complacer las peticiones de sus compañeros de Causa, o para vigilar desde sitios tan estratégicos como cercanos los pasos del Presidente del Estado. Al ir a despedirse del Jefe de la Causa en Maracay para trasladarse al Estado que se le confiaba a su mando, el Presidente regional recibía un pliego de instrucciones que limitaba y orientaba su misión. Modelo de estas instrucciones es el detalladísimo memorándum entregado en 1930 a don Rafael Paredes Urdaneta en el momento de despedirse de Gómez en Maracay para ir a ejercer el cargo de Presidente del Estado Mérida. Allí están señalados, en orden de importancia, todos sus pasos. Cómo debe tratar al Arzobispo Chacón; sus relaciones con la Universidad de los Andes; su actitud ante el doctor Parra Pérez; los nombramientos que debe hacer y el nombre de los candidatos que debe escoger; sus relaciones con el Jefe de la Guarnición y la clasificación de los llamados elementos representativos de la ciudad en amigos de la Causa, indiferentes, indiferentes peligrosos, enemigos pacíficos y adversarios de cuidado. Una recomendación especial: el señor Paredes Urdaneta debe hacer en nombre del Presidente Gómez una visita a don Tulio Febres Cordero.

Durante este largo período que va desde el año 1901 en que se convoca la primera Asamblea Constituyente bajo el régimen de Castro hasta el Congreso Nacional de 1945, la elección de Senadores y Diputados se hace en dos etapas: la primera en el despacho del Ministro de Relaciones Interiores quien oye las solicitudes de los aspirantes a formar parte del Poder Legislativo y añade a la lista los nombres de personas de su afecto o confianza y la etapa definitiva cuando esa lista es llevada a Maracay y en los últimos años a Miraflores en donde el Presidente de la República y Comandante en Jefe del Ejército va marcando con su lápiz azul, el nombre de los elegidos por su voluntad soberana.

La formación del Poder Legislativo de los Estados y de los Concejos Municipales no escapa a este último control. Los Presidentes de los Estados tienen el derecho de escoger, pero es en el despacho del Presi-

dente de la República y Comandante en Jefe en donde se seleccionan los candidatos vencedores en las elecciones regionales. Con extraordinaria meticulosidad se cumplen las disposiciones que en estos casos señala la ley electoral. Es decir, se nombran las Juntas Electorales que funcionan en las Jefaturas Civiles en donde los propios funcionarios policiales elaboran las actas y listas y consignan en las urnas los votos que exige la ley.

Durante veintisiete años de la dominación del General Juan Vicente Gómez (1908-1935) desaparece en Venezuela la palabra "partido" y las últimas esperanzas de liberales amarillos y de nacionalistas de que Gómez pudiera definirse por unos o por otros se entierran al comienzo de su gobierno cuando en respuesta a los discursos partidistas pronunciados en el ofrecimiento del banquete de "La Providencia" ("el banquete de las definiciones") eleva su copa y brinda por la unión, por la paz, por el trabajo.

A partir de 1913 y después de la fábula de la invasión de Castro y de la escaramuza de la candidatura presidencial del doctor Félix Montes, el país entra en su más larga etapa de miedo y silencio. Nadie se atreve a abordar desde la tribuna o la prensa, los grandes temas de la preocupación nacional y menos aún plantear el debate político. Los nombres de los viejos partidos políticos se van borrando, la leyenda de sus jefes forman parte de un pasado remoto; las nuevas generaciones que se levantan en ese clima de temor ignoran la historia política del país y en las Escuelas de Derecho, la sociología y el derecho constitucional son materias peligrosas que dictan los profesores entre sonrisas y la angustia de que sean mal interpretadas sus palabras. Señala el General Emilio Arévalo Cedeño en sus Memorias ("El Libro de mis Luchas") que en sus siete invasiones no logró encontrar en los pueblos que ocupaba, quien lo siguiera, quien se decidiera a acompañarlo en la aventura, no obstante las protestas de antigomecismo que le hacían los vecinos. Para el año 1935, las generaciones jóvenes dudaban si en Venezuela había existido en alguna etapa de su historia, lucha de partidos y a ningún joven decían nada las palabras "liberal", "amarillo", "nacionalista" o "mochero" y las historias de El Mocho o el cuento de las hazañas de Rolando o del Caribe Vidal eran tema de conversación para los mayores de cincuenta años.

La política como doctrina, como lucha, como organización era el camino más seguro para ir a la cárcel o al destierro y a la mayoría de

las llamadas clases dirigentes del país —a quienes el régimen defendía con eficacia sus intereses económicos— se aterraba ante cualquier invitación a pensar que Venezuela era un país al que tarde o temprano llegaría la hora de las grandes reformas. Por otra parte estaban cerradas todas las fuentes de información sobre los grandes procesos políticos y sociales que se cumplían en Europa y en América. (Gómez le decía al Gobernador Velasco en 1931: “del comunismo ni una palabra, ni en bien ni en mal. De los enemigos como de los muertos no se habla”). El régimen fundado por Cipriano Castro en 1899 y consolidado por Juan Vicente Gómez en sus 27 años de poder absoluto había talado los grandes árboles centenarios de los partidos históricos y de aquel paisaje político no quedaba ni el recuerdo. Venezuela era tierra arada en espera de la siembra.

A varias prominentes figuras de la diplomacia gomecista les preocupaba la inmensidad del campo vacío. Testigos de los grandes acontecimientos mundiales, comprendían que llegaba a su final el tiempo en que Venezuela pudiera continuar siendo una nación secuestrada, al margen de los grandes cambios universales. Desde New York, en octubre de 1918, César Zumeta le escribía a Gómez: “... el 1º de agosto de 1914 comenzó una nueva era en la historia. Nada contendrá el nuevo orden social. Con este género de explosivos toda presión y rigor son inútiles. Las masas ebrias de fanatismo político no se desarmen sino ante quien se anticipa a ampararlas dentro de lo realizable y lo práctico”. Y el 3 de diciembre del mismo año, le repetía: “le digo que entramos en una nueva era: que es indispensable suavizar lo rudo de nuestras leyes y las prácticas favorecedoras de los privilegios y (aun cuando jamás le hablo de política, menciono ahora esto) atenuar hasta donde sea posible el rigor contra el adversario político, para entrar de lleno en un período de trabajo, cooperación y garantías”. Y después de otras reflexiones sobre el caso venezolano vuelve a insistir: “los efectos de la revolución social de que es teatro hoy Europa, no tardarán en sentirse en América”. Las consideraciones de Zumeta acerca de la situación mundial del mundo de la post-guerra (1918) y sus fatales repercusiones en Venezuela constituyen el prólogo del programa de transformación de la estructura del Estado venezolano que propone adoptar con urgencia. Advierte al Presidente Gómez que el mundo entra en la más tremenda guerra económica, que las naciones poderosas necesitan pagar su industria y que se preparen a no importar sino lo que no producen; a defen-

derse contra la invasión del capital y la industria de sus rivales; a explotar mercantil, industrial y financieramente los mercados extranjeros. Como Venezuela no puede eximirse de esta guerra, propone Zumeta adoptar una política económica moderna, audaz, realista y coherente que evite la exclusión de Venezuela de los planes continentales de la post-guerra. Propone la traída al país de grandes grupos de técnicos europeos especialistas en las explotaciones mineras, en la explotación y conservación de bosques y aguas, en la fabricación de grasas industriales, etc. etc., para que formen técnicos, adelanten estudios de la naturaleza venezolana y hagan ensayos sobre posibilidades industriales; señala la necesidad de promulgar una ley de concesiones petroleras (1920) porque de no aprobarse el instrumento legal "puede correr peligro esa disposición salvadora de usted (se refiere al decreto de Gómez, redactado por Zumeta, sobre la reserva que hace la nación del dominio de sus fuentes de petróleo) con muy grave e irreparable daño para el país". Insiste Zumeta en la necesidad de coordinar el desarrollo de la naciente industria petrolera (1921) con un gran impulso y modernización de la agricultura y la cría; señala la necesidad de organizar la explotación de los recursos pesqueros del país y de adoptar una política inmigratoria atractiva para los grandes núcleos humanos que quieran abandonar Europa; insiste en la necesidad de reformar la legislación fiscal y crear el impuesto sobre la renta (1931) y crear el Seguro Social obligatorio (1925).

Al doctor José Ignacio Cárdenas, jefe de la red policial internacional que vigilaba los pasos de los exiliados venezolanos y diplomático en Madrid, París, La Haya y Ginebra también lo preocupa el estado de letargo, el sueño del Estado venezolano. Y la mayor angustia de Cárdenas la constituye "la expansión bolchevique". Para Cárdenas el socialismo avanza fatalmente y esa invasión no se combate con medidas policiales. Le aconseja a Gómez crear una clase media conservadora, capaz de defender sus propios intereses y presentar sólida resistencia contra la penetración socialista. Denomina su plan "Patrimonio Cívico Nacional" y se trata de repartir todas las tierras baldías laborales (1924) entre los venezolanos no propietarios, en proporción al número de hijos que tengan. La propiedad de estas tierras y de los inmuebles gozarían de una absoluta inmunidad y no podrían ser vendidos, ni enajenados, ni gravados, ni permutados; en ningún caso podrían pasar a manos de extranjeros y en caso de no haber sucesión volverían al Estado. Sólo así,

señalaba Cárdenas, podemos precavernos de “la expansión bolchevique y poner a los venezolanos al abrigo de la expansión económica extranjera”; propone así mismo la creación de Escuelas Agrícolas para la enseñanza de los nuevos propietarios de tierra. En el mismo año 1924 le propone al General Juan Vicente Gómez la creación en Caracas de una estación de radiotelefonía “para emitir conciertos, noticias, lecciones y todo lo que pueda contribuir a la difusión de la instrucción y la cultura”, le aconseja que “conceda libertad absoluta de venta para los aparatos receptores y que el Estado mantenga el control absoluto de las emisiones como modo eficaz de influir en la opinión”. El 9 de diciembre del mismo año le propone la organización de la Asociación Nacional de Productores Agrícolas (agricultores y ganaderos) con el propósito “de lograr el aumento, mejoramiento y diversificación de la producción nacional, defender los intereses de todos los productores y hacer acto de presencia en la elaboración de los proyectos nacionales destinados a buscar el aumento del consumo, las facilidades y economía del transporte y las mejores condiciones de venta de los productos”. En uno de sus memorándums secretos para el Presidente Gómez (1924) Cárdenas le habla sobre tres proyectos diferentes de americanos del Norte para obtener concesiones en condiciones más o menos peligrosas y leoninas. El diplomático recuerda la situación venezolana frente a las potencias europeas a comienzos de siglo para afirmar luego que “las circunstancias han cambiado: hoy son los extranjeros los que necesitan de nosotros, por consiguiente seríamos unos idiotas de no aprovechar patrióticamente de la época creada por usted y suprimir así esos regalos generosos y costosos para la nación que han venido siendo los contratos en favor de los extranjeros”. En 1927 se opone Cárdenas a la concesión de créditos individuales por el Banco Obrero para la construcción de viviendas pues sostiene que el otorgamiento de estos préstamos sin control de arquitectos determinará en Caracas la multiplicación de viviendas feas y caras y propone como solución del problema de la vivienda la construcción de bloques de apartamentos como los de las ciudades-jardines de Holanda “pues políticamente sería para el Gobierno un éxito diario viendo a un Ministerio (MOP) trabajar con ahínco, con arte y con juicio, para asegurar al menor precio posible mensual la propiedad para el obrero y en el menor número de años”. El 4 de octubre de 1923, Cárdenas le dice a Gómez que es partidario de la construcción de un canal en la Barra del Lago de Maracaibo que pueda “ser transitado por todos los buques petroleros del mundo, quienesquiera que ellos sean”, sostiene su punto

de vista de que ese canal debe ser construido exclusivamente por la Nación. "Esa obra permitirá la libre explotación del petróleo en iguales condiciones para todas las compañías, y eso es lo que nos conviene". Agrega en su carta: "La apertura del canal de la Barra de Maracaibo aseguraría una posible explotación de nuestro petróleo para todo el mundo, mientras que dejándola tal cual, esa explotación quedará reducida a una especie de monopolio para las dos grandes compañías, únicas capaces de construir oleoductos, lo cual nos puede conducir a una paralización de la explotación cada vez que a esas compañías no les convenga producir mucho. El interés nacional, pues, está en facilitar que compañías pequeñas puedan luchar contra los trusts del petróleo, explotando ese aceite del Lago y refinándolo allí, que es como mejor les convendría".

Al doctor Pedro Manuel Arcaya, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de Venezuela ante la Casa Blanca le preocupa —un poco tarde— esta mineralización del gobierno, su ausencia de iniciativas y a comienzos de 1934 le escribe al Presidente Gómez para proponerle una especie de acuerdo o pacto con "los revolucionarios al estilo antiguo" (Olivares, Ortega Martínez, Arévalo Cedeno, Ayala, Smith) cuya oposición se limita "a las personas y que por tanto pueden cambiar fácilmente de propósitos y acomodarse al régimen que combatían, como ha venido sucediendo siempre en nuestra historia". Según el doctor Arcaya esa medida permitiría al Gobierno dividir la oposición, hacer un deslinde con la nueva oposición socialista, la de los jóvenes opositores, pertenecientes a las últimas generaciones (1918, 1928) que en el destierro han adoptado el marxismo-leninismo como instrumento de trabajo para hacer el análisis de la situación política, social y económica del país. Para Arcaya "no hay peligro de que los comunistas se aprovechen de medidas de este género (el acuerdo con los antiguos revolucionarios) porque ellos son fanáticos, que no piden nada y en ningún momento niegan ni ocultan sus ideas". "El comunismo es diferente en absoluto, y equivale a una especie de religión intransigente", concluye Arcaya.

La preocupación por el rumbo político del país una vez muerto Gómez no era únicamente tema y desasosiego de los diplomáticos gomecistas, sino también de los diplomáticos extranjeros acreditados ante el gobierno de Venezuela. En 1934, Warden Mack Wilson, Encargado de Negocios de los Estados Unidos en informe dirigido al Secretario de Estado expresaba su alarma ante la incapacidad del General Gómez

“para delegar autoridad”. “Hay poca duda —dice Wilson— de que a medida que el General Gómez envejece, está más y más afectado por una ligera senilidad mental... En otras palabras, mientras justamente lo opuesto puede ser esperado, el General Gómez a los setenta y seis años de edad, es más dictador que nunca”. Y agregaba Wilson en su memorial al Departamento de Estado que una de las críticas constantes en Caracas al Presidente Gómez era por su “continua negativa a preparar el país para el momento en que él ya no pudiera controlarlo”. Situación que traducía César Zumeta en un comentario de indudable exactitud: “No solamente el General Gómez no ha preparado su sucesión, sino que la sucesión no se ha preparado para sucederle”.

Pero ni las sabias previsiones de César Zumeta, ni los ambiciosos y originales programas de modernización del Estado de José Ignacio Cárdenas, ni la fórmula de Pedro Manuel Arcaya de entendimiento con una parte de la oposición lograron modificar la concepción que Gómez tenía de su función de gobernante.

No compartía la idea de sus diplomáticos sobre la necesidad de cambiar métodos y hacer concesiones fundamentales a los reclamos de los nuevos tiempos para asegurar la perduración de su poder. La concepción del arte del gobierno era para Gómez simple y tenía la eficacia tremenda de las aplanadoras. En sus comienzos había logrado acertar con su decisión de luchar por la paz, de imponer la paz a toda costa y en un país martirizado por medio siglo de revueltas, de saqueos, de asesinatos y de hambre ofrecer la paz era ofrecer el camino de la salvación. Esto lo entendía y lo sentía el parroquiano del último pueblo, el maestro, el arriero, el comerciante y el juez. Pero era una paz que el chiste caraqueño comparó con la que reina en los cementerios y que los opositores de la época calificaban de “paz de Varsovia”. Para asegurar esa paz, no debía haber discusión pues el debate político y la lucha en la prensa y en la plaza era el comienzo del incendio, así lo pensaba Gómez. Y para asegurar el dominio de la paz, que era su propio e indiscutible dominio sobre Venezuela, Gómez se dedica durante todo su gobierno a fortalecer el Ejército, a unificar las finanzas, a pagar la deuda pública y a unir el país por una red de caminos y carreteras. Pero política y socialmente hablando, Venezuela se paralizó en 1913, cuando callaron los últimos periódicos.

Este anacronismo del gobierno, el gran atraso cultural del país, la total ignorancia en materia política de las nuevas generaciones, la ausen-

cia de tradiciones partidistas van a determinar un hecho singular en la historia moderna de Venezuela. Aquel campo deforestado y arado por Gómez lo van a sembrar a partir de 1935, los grupos socialistas, los dirigentes marxistas-leninistas que han empezado a figurar en la crónica política del país a partir de 1918 (Gustavo Machado, Salvador de la Plaza, Eduardo Machado, los Fortoul, Pedro Zuloaga, etc.) y que actuarán como dirigentes marxistas a partir de la década del 20. Corriente a la cual se van a adscribir los principales dirigentes políticos de la llamada generación del 28 (Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Miguel Otero Silva, Jóvito Villalba, Ricardo Montilla, Valmore Rodríguez, Pedro Julián, etc).

La división entre las oposiciones que Arcaya propone a Gómez, en 1934, ya la había proclamado la nueva oposición socialista-marxista cuando se niega a continuar aceptando la jefatura de los viejos caudillos y a participar en las tradicionales invasiones y deciden ingresar al país a cualquier precio para organizar al pueblo en partidos y a la clase obrera en sindicatos.

Del capítulo fundamental de la historia de los partidos modernos de Venezuela, el que abarca desde 1935 hasta la fecha, se estaban escribiendo las primeras líneas en las polémicas de los grupos socialistas (gentes de 1918, jóvenes de 1928) que estaban exiliados en La Habana, Barranquilla, Trinidad, México, San José de Costa Rica, etc. De la polémica nacen las divisiones y se perfilan los grupos que van a constituir la clase dirigente de los grandes partidos contemporáneos. En la discusión de 1931, en las cartas que se cruzan entre Trinidad, París, San José de Costa Rica, Barranquilla, Barcelona de España se define la posición ortodoxa del Partido Comunista Venezolano y surge Rómulo Betancourt como precursor de esas tesis que cuarenta años más tarde se califican de nacional-marxismo y otros apellidan social democracia.

Cuando regresen al país ortodoxos y heterodoxos no habrá quien pueda competir con ellos en el control de las masas y los infortunios que sufren en el quinquenio 1935-1941 y las enconadas persecuciones de que son víctimas durante los diez años de la dictadura (1948-1958) no afectan en forma alguna su estructura ni su porvenir.

El Presidente López Contreras (1935-1941) dicta leyes que significan un extraordinario avance en materia de justicia social, modifica el tratamiento gubernamental hacia las clases media y obrera, emprende

obras de indudable trascendencia en materia educativa y sanitaria pero, no obstante intentarlo, no logra capitalizar políticamente estas medidas pues la calle está dominada por los nuevos partidos que tienen el lenguaje, el estilo y la doctrina que reclaman los tiempos.

La liquidación total de los viejos mitos de la política partidista venezolana que había realizado Juan Vicente Gómez permite a los nuevos partidos de raíz marxista, un rápido ascenso y dominio de la escena nacional. Ascenso y dominio que hubiera sido muy difícil de haber continuado en Venezuela, entre los años 1908 y 1935 como en Colombia, Perú, Chile o la Argentina, el dominio ininterrumpido de los partidos tradicionales.

Los intentos de resucitar los partidos tradicionales, fueron inútiles. Las asambleas que a lo largo de los años 1936, 37 y 38 convocaron los sobrevivientes de los bandos liberal y nacionalista daban la impresión de oficios funerarios en los que se rendía un homenaje póstumo a los caudillos de un tiempo definitivamente muerto. Y los tímidos y esporádicos propósitos de crear modernas organizaciones políticas que juntaran las consignas del socialismo democrático con los planteamientos de un nuevo liberalismo también fracasaron como en los casos de Unión Nacional Republicana y del Partido Agrario Nacional. Sus promotores y líderes formaban en su mayoría parte del tren gubernamental o tenían su tiempo comprometido en múltiples actividades profesionales, económicas o sociales. No había posibilidad de que pudieran rivalizar en la calle y en el riesgo con quienes dedicaban todo su tiempo a la tarea de conquistar las masas y que venían precisamente a combatir los intereses creados. Asociaciones como las Cívicas Bolivarianas eran simples alistamientos temporales para cumplir con el rito electoral. De suerte que durante todo el comienzo de la nueva etapa política del país (1935-1942) a los partidos socialistas de raíz marxista no les quedó competidor en el campo y su consolidación las convertirá en las organizaciones políticas más antiguas de la moderna Venezuela. El Partido Comunista de Venezuela fue fundado en 1931, ARDI en 1931, ORV en 1934, PRP en 1936, ORVE en 1936, el PDN en 1937.

Lo reciente en la historia de los partidos modernos de Venezuela es la aparición de la corriente social-cristiana y la formación de organizaciones marxistas que plantean tesis y sostienen estrategias y tácticas distintas de las del ortodoxo Partido Comunista, como el Movimiento al Socialismo, el Movimiento Electoral del Pueblo y los grupos fidelistas,

guevaristas, miristas, maoístas, así como las novísimas corrientes trotskistas y anarquistas, expresiones todas del conflicto mundial.

Los capítulos de esta larga crónica reflejan los rasgos esenciales de los períodos conocidos con los nombres de Legalismo y Restauración Liberal, sin recoger la totalidad de los acontecimientos. He tenido gran celo en la consulta de las fuentes documentales y en comparar a lo largo del tiempo, las diversas versiones que circulan sobre un mismo suceso y, dentro de la mayor fidelidad, a los testimonios de la época traté de trasladar la escena en sus exactas dimensiones.

Satisfecho me sentiría si estas páginas despertaran el interés por el conocimiento del proceso histórico venezolano en algún joven, estudiante, obrero o inmigrante.

Para los doctos en la materia están los otros libros.

A PROPOSITO DE JUAN VICENTE GOMEZ*

El escenario del Poder Político

Siempre he tratado de explorar los vericuetos humanos, culturales y económicos del mundo campesino tachirense de finales del siglo XIX, interesado en conocer el régimen de vida y precisar el alcance de los conceptos fundamentales que rigieron en la existencia de aquellas comunidades, conservadoras en sus costumbres y creencias. En pocas regiones del país como en el Táchira el hombre era moldeado por la tradición debido al aislamiento geográfico de la provincia y a la estabilidad de un centenario régimen de propiedad de la tierra que no sufrió alteraciones esenciales durante la colonia y continuó igual en los años que para 1899 iban corridos de la vida republicana. Régimen agrario que por no alcanzar nunca las proporciones del latifundio, ni confrontar conflictos de castas o rebeliones de esclavos no sufrió las furias de la insurrección federal.

Dentro de este sistema de vida caracterizado por la estabilidad de las jerarquías económicas y sociales, la condición de dueño de la tierra mantenida y acrecentada a lo largo de lustros creaba dentro de la comunidad un sentimiento preponderante de respeto y acatamiento hacia el grupo privilegiado de los propietarios. Actitud colectiva que se reflejaba en la norma inquebrantable de obedecer sin réplica la orden del clérigo, el consejo del anciano adinerado, especie de sacerdote laico o el mandato inapelable de la autoridad local. Dentro de este tradicional sistema de vida era poderosa la influencia de la iglesia católica, a diferencia de cuanto ocurrió en el Oriente y en los Llanos. Por otra parte, la escuela primaria, al igual que en el resto del mundo venezolano, no existió en las aldeas del Táchira. Como también ocurría en tierras de Coro o de Guayana, se mantenían en el medio campesino viejas creencias y leyendas de fantasmas y hechizos e imperaban el curandero y el

* Prólogo del libro *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*, 1979.

brujo que en alianza con los santos y santas de la iglesia salvaban el cuerpo y el alma de los aldeanos.

Expresión de este mundo es Juan Vicente Gómez, quien desde su nacimiento perteneció a la clase de los terratenientes tachirenses, pues la hacienda "La Mulera" fue de su familia paterna, los García Rovira y los García Bustamante, desde ochenta años antes de su nacimiento. Gómez conservó en sus tiempos de dictador los hábitos de su época de hacendado y del mismo modo que mantuvo irreductible, hasta el final de su vida, su dieta alimenticia de los días campesinos, también aplicó al gobierno de la República simples métodos de administración rural que conocía y utilizaba diestramente. La comparación del gobierno de la República con el manejo de una hacienda es suya y la expuso ante el Congreso Nacional en su hacienda "El Trompillo", en la oportunidad de la crisis política del año 1929 y dentro de ese sistema encontró normas elementales que manejó como fórmulas permanentes en la política fiscal, en las relaciones internacionales y en el control de los pasos de sus colaboradores en las tareas de gobierno. Producto de una época en donde el rigor y la amenaza presidían los pasos del hombre desde el comienzo de la vida, tanto en el hogar como en la escuela, no es extraño que Juan Vicente Gómez considerara el castigo como parte esencial en el arte de gobierno.

A lo largo de todo el siglo XIX, las provincias venezolanas tenían escasas razones de acercamiento, pues dentro de una situación de parálisis económica, cada región vivía de lo poco o mucho que producía sin apelar a sus vecinos, aislados por enormes distancias, pues las provincias continuaban en cuanto a vías de comunicación que las unieran y en lo que respecta a relaciones económicas en una situación muy parecida a la que existía en 1811 después de proclamada la Primera República. El Ministro de Fomento en su informe anual al Congreso Nacional se quejaba en 1869 de la carencia en Venezuela de capitales circulantes capaces de fomentar el desarrollo económico y al mismo tiempo advertía que la producción de frutos mayores (café y cacao) dependía exclusivamente del comercio extranjero, quien entregaba a los agricultores con un elevado interés, los fondos que necesitaban para la siembra y recolección de las cosechas, para la limpieza de las haciendas y el sustento diario de las familias, viéndose por consiguiente el agricultor sometido forzosamente a la ley del prestador, no sólo en cuanto a utilidad y precio del dinero, sino con respecto al valor mismo de

los frutos. La intervención del capital europeo en la orientación y explotación de la agricultura venezolana determinaba el hecho de que los productos agrícolas se cultivaran fundamentalmente con miras a la exportación en cada una de las regiones autárquicas que en la realidad creaba el aislamiento y así las cosechas del café andino eran embarcadas directamente hacia Hamburgo desde el puerto de Maracaibo, sin que un solo quintal del producto fuera destinado a la venta en el Centro o en el Llano y el caso se repetía en el Oriente en donde toda la producción cacaotera se cosechaba para ser enviada desde Carúpano a los puertos europeos y norteamericanos.¹ Otro tanto ocurría con las provincias centrales cuyas relaciones con los grandes centros compradores del extranjero se establecían a través de La Guaira y Puerto Cabello y en Guayana con su sarrapia, su balatá, su oro, los cueros de caimán y las valiosas plumas de los garceros del Apure. No existía por tanto un mercado nacional para los productos que constituirían el cuadro esencial de la producción agropecuaria. En cuanto a su ganadería, en ocasiones fue mayor el volumen de exportación de reses a las Antillas y a Colombia que el consumo local.

Las características de esta economía así como el aislamiento entre las diversas regiones mantenían como una realidad geoeconómica que se reflejaba en lo político y cultural, la división de Venezuela en cuatro zonas realmente autárquicas: la región centro-occidental (antigua Provincia de Caracas o primitiva Provincia de Venezuela); la región occidental integrada por los Estados andinos, Barinas y el Zulia; la región oriental o antigua Provincia de Nueva Andalucía (Sucre, Monagas, Anzoátegui y Nueva Esparta) y la Provincia de Guayana cuya economía era esencialmente distinta de las tres zonas anteriormente señaladas. Las ciudades y los pueblos de cada una de estas provincias estaban tam-

-
1. "En mayo de 1829 constataba el Ministro Revenga en un informe al presidente del Consejo de Ministros, que debido a la inexistencia de intercambios internos, mientras la cosecha de trigo era excedentaria en algunas regiones, los Andes, por ejemplo, en Caracas se importaba harina de Kentucky". Esta situación anotada por el Ministro José Rafael Revenga en 1829, se mantuvo en las relaciones económicas entre los Andes y el centro y el oriente del país hasta el año de 1925, cuando con la apertura de la Carretera Trasandina se abrió el primer camino de integración a la economía andina, proceso que se aceleró y completó definitivamente con la construcción de la Carretera Panamericana (1954) y de las carreteras Barinas-San Cristóbal y Machiques-Colón, inauguradas en el período presidencial 1964-1969.

bién aislados entre sí, pues los caminos eran los mismos de la colonia y la separación marcada de las cuatro Venezuelas la establecían montañas abruptas, ríos caudalosos, bosques impenetrables y desiertas llanuras sin fin.

El sociólogo e historiador Laureano Vallenilla Lanz en su obra "Disgregación e Integración", recuerda cómo las provincias de Caracas o Venezuela, Cumaná, Guayana, Maracaibo, Mérida e Isla de Margarita fueron consideradas por la Metrópoli hasta 1777 como cuerpos independientes unos de otros y vivieron dejadas de la mano del Gobierno, esparcidos sus habitantes en las soledades de un inmenso territorio, sin ninguna especie de comunicación entre sí, ajenos a la influencia del oro y del lujo, a diferencia de lo que ocurría en los Virreinos, llevando en fin, una existencia precaria, en cierto modo más independiente que en casi todas las otras colonias. El sentimiento regionalista cobró por estas razones más fuerza en el alma popular, y a ello contribuía también la débil autoridad conferida por las leyes al Capitán General y a los Gobernadores provinciales. Por otra parte, anota Vallenilla Lanz, que el funesto sistema de Aduanas interiores mantenido durante toda la Colonia contribuía con mayor fuerza a aislar las provincias y que se vieran unas a otras como pueblos extraños.

Siendo las costumbres y formas dialectales distintas, viviendo dentro de paisajes diferentes, siendo sus tradiciones de acentuado matiz localista no había razones para que el encuentro entre los venezolanos de las distintas provincias no estuviera presidido en un primer tiempo por la mutua desconfianza y el lento entendimiento y era natural que en todo momento, lo mismo en la conversación más sencilla que frente a la invitación a realizar cualquier empresa política o militar se tomara en cuenta el gentilicio regional de sus jefes. Respondía a una realidad nacional el hecho de que se señalara con mayor énfasis la condición de oriental al hablar de Nicolás Rolando o de Domingo Monagas, de coriano al mencionar a Riera, de Gómez como del andino y de Mata Illas como del margariteño, que la que se les otorgaba a su respectiva ubicación partidista como liberales amarillos o nacionalistas. Dentro de ese proceso de lenta aceptación que concedía el venezolano de una región al de otra provincia quedaba siempre un rezago de desconfianza, una porción de sospecha que llevaba a cada uno de los caudillos, bien fueran orientales, andinos o corianos, a preferir para las misiones de riesgo o para sus cuerpos de seguridad a la gente de su tierra nativa,

de su propio pueblo y de su vieja amistad. Esta regla no tuvo excepción y a lo largo de la historia siempre se habló por boca de las sucesivas oposiciones de los orientales que rodeaban a José Tadeo Monagas, de los corianos que llegaron con Falcón, de los aragüeños que trajo Alcántara, de los barloventes de Fernández o de los llaneros de Crespo, de los andinos de Castro, de los orientales de Rolando. Todavía para el año de 1924 antes de inaugurarse la Carretera Trasandina, el viaje por tierra entre San Cristóbal y Caracas, verdadera proeza de elegidos, consumía un mes de camino por entre páramos y selvas, y la ruta normal San Cristóbal-Maracaibo-Curazao-Puerto Cabello-La Guaira significaban en el mejor de los casos, diez y doce días de andar continuo, utilizando sucesivamente la carretera entre San Cristóbal y Estación Táchira, el ferrocarril de Estación Táchira a Encontrados, un barco de menor calado para remontar el río Zulia-Catatumbo, luego la travesía del Lago de Maracaibo para esperar el viajero en Maracaibo la llegada de uno de los buques alemanes u holandeses que hacían la travesía Maracaibo-La Guaira tocando primero en la isla de Curazao y en Puerto Cabello. A estas dificultades había que añadir el hecho de que para la mayoría de la población andina el valor de los pasajes era prohibitivo y que solamente viajaban los agentes de las casas del comercio, los funcionarios públicos y los ricos de la región, pero los campesinos y la gente de los pueblos sólo tenían oportunidad de hacer este recorrido sin costo alguno cuando eran reclutados para ir a formar parte del ejército, de las policías o de los cuerpos especiales de seguridad denominados "sagradas" en el Centro o el Oriente del país.

Dentro del mar de ignorancia que formaba el país campesino, se alzaban como perdidos islotes las capitales de las provincias en donde se refugiaba, al igual que en algunos pueblos de menor importancia regional, el diminuto mundo de la cultura. Y dentro de estas circunstancias al igual en Coro que en Ciudad Bolívar, lo mismo en Cumaná que en Trujillo o en Calabozo, grupos de profesionales, médicos, abogados, educadores, músicos, a quienes no había tentado la aventura de la conquista de Caracas, mantenían escuelas y colegios. En Cumaná, en Barcelona, en Coro, en Trujillo, en Ciudad Bolívar, los Colegios Nacionales de Primera Categoría estaban autorizados para otorgar, y otorgaban, títulos universitarios. Se publicaban excelentes periódicos y revistas en donde alternaban las firmas locales con la reproducción de las mejores páginas de los escritores nacionales y europeos. Funcionaban escuelas

de artes y oficios y bellas artes, salones de lectura y sociedades teatrales. Y esos mismos grupos actuaban como promotores de iniciativas que casi siempre tenían como motivo central la apertura de caminos en busca de romper el angustioso aislamiento en que vivían las comarcas. Pero estas iniciativas regionales siempre caían en el olvido y la vida continuaba igual.

Mérida, Valencia y Maracaibo tenían la categoría de ciudades universitarias, pero tampoco lograron que la influencia de sus lecciones llegara más allá de los cuadriláteros de las principales manzanas del pueblo, es decir más allá de la casa de gobierno, del recinto de los tribunales, de la casa del colegio, del consultorio del médico, de la desierta biblioteca pública o de la sede de los centros sociales. Como representantes de una ciencia misteriosa, estos doctores de provincia eran respetados y queridos por la comunidad, mirados con reserva, o puestos a su servicio incondicional en su calidad de plumarios por la autoridad local, pero no eran entendidos y menos temidos, condiciones indispensables para ejercer la dirección del país en una Venezuela iletrada y guerrillera.

Y uno de los pocos lazos que unía a los venezolanos, además del confuso recuerdo histórico de la empresa libertadora, era la pasión política, la confusa identificación partidista y por sobre distancias insalvables había una clave que juntaba guayaneses con tachirenses, a corianos con margariteños. Era el lazo liberal o conservador, el paecismo, el monaguismo, el guzmancismo, que extendía sus ataduras y amarraba en un haz a los doctores de los pueblos, a los semianalfabetos de las pulperías y a campesinos que no sabían de letras, ni de doctrinas, pero que a cada cierto tiempo iban a la guerra como a recoger una cosecha y empezaban a salvar distancias, a recorrer caminos desconocidos y unir con lazos de violencia la Venezuela aislada y dividida por la pobreza.

El regionalismo receloso, y en muchas ocasiones agresivo y exacerbado, que era reacción primaria en las sucesivas generaciones de venezolanos del siglo XIX y de comienzos del siglo XX y a una de las cuales perteneció Juan Vicente Gómez, era la expresión de una realidad social, geográfica y económica.

Dentro de esta situación, la guerra civil venía a constituir a lo largo de todo el siglo XIX el gran medio de contacto, enlace y conocimien-

to de las masas de las distintas provincias cumpliendo, sin proponérselo, un sangriento papel integrador, la forma de ejercicio de una democracia bárbara.

Por otra parte, la guerra civil era en cierta forma el rompimiento del conformismo sin redención del hombre del pueblo. Cuántos venezolanos de las remotas aldeas y de los perdidos pueblecitos no sentirían el deseo de probar suerte, de fugarse del calabozo de su miseria e imitar el ejemplo de Páez, de Alcántara o de Crespo, que también vivieron encerrados en esas cuatro paredes de la servidumbre hasta el momento en que la violencia abría para todos la oportunidad de la muerte o el camino para el cambio violento transformado en poder político. No tendrían la menor conciencia clasista entendida dentro del esquema de la dialéctica marxista, pero era indudable que para ellos la guerra civil era el metro de la igualdad social, la hora distinta, el día del cobro de las cuentas atrasadas en la contabilidad de la eterna explotación, ajuste imposible de otra manera dentro de las reglas del orden establecido por los grupos —muchos de sus integrantes de igual origen rural— instalados durante lustros en el ejercicio del poder político y de la dominación económica. No importa que para casi todos estos hombres el final de la aventura fuera el triunfo de la muerte o el regreso a la miseria.

Lo mismo en los años de la guerra federal que durante la revolución legalista de 1892 o durante la crisis nacional que se extiende desde 1897 hasta 1903 y que comprende los dos alzamientos nacionalistas de José Manuel Hernández, la revolución de Ramón Guerra, la invasión andina y el triunfo de Cipriano Castro y el estallido y fracaso de la poderosa Revolución Libertadora, asiste el país al repetido desplazamiento de sus masas y grupos cada vez más numerosos de pobladores de las más distintas regiones se pasean en excursiones bélicas de un extremo a otro del país, descubriendo las otras Venezuelas. Llaneros de Oriente traen a Caracas y andinos y corianos llevan al Oriente, las primeras noticias vivas de las formas locales de hablar el idioma español, de las costumbres y de las tradiciones locales que hasta ese momento eran signos de diferenciación entre una y otra de las provincias. A lo largo de todo este siglo XIX ¿qué era Maturín o Cumaná para un campesino de los Andes? o ¿qué significaban los Andes para el hombre de Uputa o Guasipati? Gentes y tierras más extrañas que los trinitarios para los orientales o los colombianos para los tachirenses. Tie-

rras y hombres remotos, cuya existencia real empezaban ahora a revelar los soldados expedicionarios que en la noche de los campamentos o en sus primeros contactos con los nuevos pueblos en donde acampaban y evocaban la historia popular de su remota provincia y dejaban de ser los representantes de la barbarie invasora para convertirse en rapsodas y cronistas de una patria desconocida.

Es una constante dentro de esa situación venezolana que las ideas de cambio político nazcan siempre en Caracas y regresen a ella convertidas en poderosos hechos revolucionarios.

Este proceso comienza con el episodio de la Independencia, fruto en sus comienzos, del pensamiento, intereses y acción revolucionaria urbana de los poderosos grupos criollos de la Provincia de Caracas convertido en un gigantesco movimiento político y social, de alcance continental, al lograr Simón Bolívar la incorporación de las masas campesinas.

A partir de 1841 la prédica de "El Venezolano", los editoriales de Bruzual, los alegatos de Larrazábal, los pasquines de Guzmán abren caminos misteriosos y se riegan por los llanos y montañas transformados en un mensaje confuso e incitador. El periódico que el viajero lee en alta voz en las pulperías del camino o la hoja de propaganda que después de muchos días y mucho caminar llega a Guasipati o Táriba, tienen un poder increíble de convicción que despierta los ánimos dormidos de quienes medio entienden o no descifran el valor de las frases pero sienten una profunda identificación instintiva con el lejano y desconocido agitador.

Las movilizaciones populares que abarcan a todas las provincias en las elecciones de 1846 y el levantamiento de Zamora en el mismo año, prólogo de la guerra social de la federación, son el primer fruto nacional de la agitación liberal caraqueña.

Pero la revolución federal (1859-1863) además del contenido social que la configura respondió también a la defensa de una realidad secular, es decir al interés de las provincias en frenar el crecimiento del poder central que se traducía para ellas en un control inusitado y cada vez mayor en los problemas de la vida local. Intervención que fue creciendo en la misma medida en que la República se organizaba y las instituciones creadas bajo los gobiernos de Páez y Soublette se con-

vertían en disposiciones legales que se aplicaban en toda la extensión del país. Las provincias que en los tiempos de la colonia, en los años de la Independencia y en los comienzos de la República habían ido resolviendo todos sus problemas sin ninguna ayuda ajena, interpretaban esta nueva y creciente intervención del poder central como el entrometimiento abusivo de un poder caraqueño y oligárquico.

Esas prédicas liberales y federalistas servirán de justificación teórica y serán bandera en las proclamas de los movimientos revolucionarios que traen hasta Caracas, en sucesivas oleadas, a los orientales (1847); a los valencianos (1858); a corianos, barloventes, aragües, barineses y llaneros de Oriente en las guerras de 1859-1863, 1868, 1870 y 1892 y a tachirenses, merideños y trujillanos en 1899 dentro de un permanente proceso de integración geográfica y de unificación política.

Desde 1841 hasta 1903, año en que se congregan por última vez miles de liberales amarillos en una revolución que junta a catorce mil hombres y que libra batallas durante dieciocho meses, todos estos movimientos tendrán una sola bandera, la del liberalismo. Llámese federalista, amarillo, republicano, histórico o nacionalista. Existe una organización rudimentaria que alcanza hasta la última aldea, pero más que maquinaria organizativa para hablar en términos del siglo xx, el liberalismo es un sentimiento igualitario, una clave que concentra profundos sentimientos reivindicatorios. No se ha investigado debidamente este fenómeno de la política venezolana que abarca ochenta años de su historia. Al referirse Guzmán Blanco al liberalismo, afirmaba entre cínico y certero, que el partido era tan grande que había y sobraba para que fuera gobierno y oposición al mismo tiempo y para que dentro de la oposición pudieran caber holgadamente y sin arrebatarse partidarios, varias oposiciones. Digno de anotarse es también el hecho de que durante el largo trayecto, el liberalismo no se agotó y los más calificados pensadores políticos del país durante esos ochenta años defendieron el ideario liberal y escribieron en periódicos, folletos y libros brillantes defensas partidistas y profundos análisis sobre la realidad nacional. Alegatos, propaganda y vehemente defensa que inicia Antonio Leocadio Guzmán en 1841 y que va a continuar con el combate de Felipe Larrazábal, Blas Bruzual, Estanislao Rendón, Diego Bautista Urbaneja, Raimundo Andueza Palacio, Francisco González Guinán, Juan Pablo Rojas Paúl, Pedro Vicente Mijares, Rafael Villavicencio, José Gil

Fortoul, Aníbal Domínici, Calcaño Martheiu, Silva Gandolphi, Bruzual Serra y que continúa en los primeros años de este siglo y concluye con la defensa de la obra liberal en la pluma de pensadores de la categoría de Delfín Aguilera y César Zumeta.

Y la reacción contra las dictaduras de Guzmán Blanco y de Crespo por parte de las nuevas generaciones se hizo siempre en nombre del credo liberal, anatematizando a uno y otro caudillos como traidores a la doctrina de la Causa y por haber instalado en su lugar tiranías personalistas. La restauración liberal es la consigna que congrega en 1888 y luego en 1896 a quienes como Alejandro Urbaneja, Nicomedes Zuloaga, David Lobo y Manuel Modesto Urbaneja, entre otros, se proclaman herederos de las tesis liberales de 1841 y repudian los procedimientos del liberalismo amarillo y el Partido Liberal Nacionalista se va a llamar en 1897 el más vasto movimiento popular de protesta y renovación política que contempló el país antes de 1936, acaudillado por José Manuel Hernández, pero cuyos ideólogos eran Alejandro Urbaneja, David Lobo, Nicomedes Zuloaga, representantes de la oposición universitaria y de las nuevas promociones profesionales en la Venezuela de 1897. En nombre del liberalismo y como Revolución Liberal Restauradora inicia y justifica en mayo de 1899 su alzamiento el general Cipriano Castro cuyo triunfo va a poner fin al largo predominio de las consignas y de las banderas liberales en el gobierno de Venezuela.

A lo largo de los años, a los caudillos rurales se les viene enjuiciando no tanto en cuanto son representantes de un estado de atraso social y cultural del país, sino como si hubieran sido el producto de la universidad de Caracas y transgresores conscientes de normas filosóficas y jurídicas que debieran haber aplicado de haber tenido esa formación académica. Como material de panfleto en la hora de la lucha es excelente e inobjetable el método, pero la explicación queda incompleta cuando al analizar el hombre y sus obras se le aísla de sus raíces y se quiere ignorar la circunstancia social y el mundo político y cultural dentro del cual nació, creció y se formó el personaje.

Este intento de aproximación a la vida, obras e intenciones de Juan Vicente Gómez no busca la justificación, ni menos el perdón de culpas o de crímenes. A la distancia de casi un siglo es lógico que el venezolano perteneciente a generaciones que nada tienen que ver con aquellos episodios, trate de averiguar la forma cómo entendieron los caudillos del

siglo XIX —Crespo, también Monagas, Alcántara, Colina, Gil, González Zaraza y Gómez que remata el desfile— ese trascendentalismo rural que señaló Pocatterra como una de las claves de su actuación. Aplicaron un método simple y efectivo, tenían un sistema de valores, podría hablarse de su lógica política y de su filosofía del Estado. Siempre examinamos los actos de quienes representaron la ruralidad en el poder a la luz del Derecho Constitucional y de las otras trabas jurídicas que a través de los siglos ha creado el hombre para dominar sus impulsos elementales. Pero a ninguno de estos hombres —Crespo, también Monagas, Alcántara, Gil, González Zaraza, Colina, Gómez— la vida les brindó escuelas distintas a la del cultivo de la tierra y la lucha armada en donde pudieran enterarse y entender que existía el mundo del Derecho, así como de la necesidad de mantener la vigencia de esas normas y de la obligación del gobernante de respetar y hacer respetar las mismas. Desde niños aprendieron en cambio que el capricho era en toda la extensión del país la forma de expresión del gobierno y de la ley. Durante lustros, que se prolongan sin modificaciones hasta 1935 y que luego vuelven a imperar durante la etapa 1948-1958, el concepto que del poder tuvieron los sucesivos gobernantes podría sintetizarse en la frase que desde San Cristóbal, en marzo de 1900 le escribe Juan Vicente Gómez a Cipriano Castro: “Ahora que la República nos pertenece”.

El mundo que traían de su infancia y adolescencia campesinas continuaba vivo y dominante en la casa caraqueña de los Presidentes y así en 1884 el Presidente Joaquín Crespo, hijo de Leandro Crespo, curandero de fama regional, recibe con inusitado júbilo la visita del brujo tachirenses o colombiano Telmo Romero, quien presumía de milagroso curandero, coloca en sus manos la salvación de su hija enferma y, luego premia sus servicios con la dirección del Hospital de Enajenados de Los Teques y del Hospital de Leprosos de Caracas y le otorga la Medalla de Instrucción Pública en el mismo decreto en donde se la concede al doctor Aníbal Domínici. Vivían —Crespo, Alcántara, Colina, Gómez— dentro de un universo de cábalas, remedios, creencias, fantasmas y adagios que formaban también parte viva y determinante del clima cultural y social de las mayorías campesinas y de la gente de los pueblos de provincia. Y quienes en Caracas y en las capitales de las provincias luchaban por imponer cambios elementales que derrotaran la ignorancia, eran grupos minúsculos cuya voz no traspasaba los linderos de los pueblos.

Durante el siglo XIX el único gobernante con título de General que entendió las razones del atraso venezolano y propuso fórmulas de modernización de las instituciones al mismo tiempo que intentó, en sus primeros períodos presidenciales, abrir caminos para modificar las condiciones de ignorancia, miseria y aislamiento en que vivía el país fue el General Antonio Guzmán Blanco. Pero Guzmán Blanco era un producto de la ciudad, y antes que General fue universitario, vivió los primeros años de su juventud en los Estados Unidos y su escuela política fue su propio hogar, la casa de Antonio Leocadio Guzmán, fundador del partido Liberal, formado a su turno en Madrid, en la escuela de los liberales españoles. Guzmán Blanco, decide irse a la guerra tal vez por consejo de Antonio Leocadio, aleccionado por el tremendo fracaso que para su vida de caudillo civil constituyó el intento de adelantar la hora y de utilizar como camino para la conquista del poder, el sendero de la batalla periodística, de la organización del pueblo en partidos y de la soberanía del voto. Desaparecido Zamora y ganada con su capacidad de trabajo y su implacable ambición la débil voluntad del General Falcón, Guzmán Blanco no tuvo rival posible en el mundo de los caudillos federales. Pero Guzmán Blanco, *Presidente y máximo* representativo y líder de la nueva clase enriquecida, no quiso luchar a fondo contra las verdaderas causas del atraso nacional y se conformó con dar comienzo a programas esenciales y con dejar a medio hacer iniciativas que de haberse adelantado con seriedad y constancia hubieran constituido vallas a la barbarie que retornó después de su eclipse político. Pudo más en Guzmán Blanco el ancestro gitano-andaluz de la figuerería, la melagomanía que es enfermedad presidencial, el rastracuerismo traducido en su afán insaciable de ostentar riqueza en un país de gente pobre como era Venezuela y su sueño dorado fue ocupar un primer plano en la vida social parisina, alternando con la nobleza de Napoleón III. Curiosa mezcla la de su personalidad de gobernante en donde las buenas intenciones son opacadas por las malas acciones, porque siendo el más capaz, sus culpas son mayores.

Cipriano Castro tampoco puede incluirse en el grupo de los caudillos rurales, pues en su niñez y durante su adolescencia concurrió puntualmente a escuelas, colegios y seminarios; escribió en sus días juveniles, sin ayuda de plumarios, folletos de denuncia, cartas políticas y editoriales en la prensa política de su provincia; intervino como Diputado en la crisis nacional de 1892 y formó parte notoria de las Comi-

siones de negociación que el Congreso Nacional nombró en el empeño de entenderse con el Presidente Andueza Palacio y evitar el trágico fin del experimento democrático que se había iniciado en 1888 bajo el gobierno de Juan Pablo Rojas Paúl y en 1897 propone al político y escritor trujillano Inocentes de Jesús Quevedo, la fundación de un nuevo partido político en escala nacional que debía contar con seccionales en todos los Distritos de la República y que tendría por tribuna un diario que circularía en Caracas con el nombre de "El Demócrata", partido que se organizaría con miras a intervenir en las elecciones de 1902, absteniéndose de tomar parte en los comicios de 1897. El Mensaje que Cipriano Castro como Jefe Supremo de los Estados Unidos de Venezuela dirige a la Asamblea Nacional Constituyente de 1901 forma el capítulo inicial de los documentos presidenciales de nuestro siglo xx. Y merece señalarse por cuanto plantea por vez primera desde el gobierno, una crítica a la tradicional política de obras públicas iniciada por Guzmán Blanco en la década de los años setenta del siglo xix destinada a embellecer a Caracas y a Valencia. Para Castro se trata de un criterio errado, de una política de aspiraciones y exterioridades engañosas, que mide nuestro adelanto material por el solo esplendor de dos o tres capitales de renombre. A continuación con mano maestra pinta un cuadro de la provincia que compendia el paisaje de la tragedia venezolana. Dice Castro a los constituyentistas de 1901 que obedeciendo "a una noción de progreso efectivo he pensado de continuo en nuestras diseminadas ciudades y pueblos del interior del país, sin vías de comunicación, sin pasos vadeables en su ríos y torrentes, sin agua potable durante los rigores del verano, sin calles que den aspecto a los poblados, sin un halago de civilización y sin una promesa de mejoramiento; casi destruidos los templos del culto, en lamentable deterioro las oficinas del servicio público, sin asilos la mendicidad, sin consuelos la desgracia y sin alivios las dolencias de los desvalidos".² Y a renglón seguido, al referirse a la situación de la instrucción pública y al cumplimiento del decreto sobre instrucción primaria, gratuita y obligatoria promulgado en 1870 por el Presidente Guzmán Blanco, anuncia la realización de una reforma educacional en la cual colaborarán pedagogos europeos, norteamericanos y "de la propia América" que "fundan las bases de nuestros cuerpos primarios docentes". Al referirse al Decreto

2. Cipriano Castro. Mensaje ante la Asamblea Nacional Constituyente, febrero 20 de 1901. Compilación de Mensajes Presidenciales, T. 3, págs. 325 y 326.

de Guzmán Blanco señala que “juzgose que la difusión de luz, enseñanza, de ilustración y de cultura, pudiera consistir en la multiplicación de establecimientos docentes y bien pronto el estadista eminente y político sagaz, fundador de la institución, vio en aquellos ardores y ansias por la instrucción, un medio de extinguir enconos, de acallar diatribas y de allanar los tropiezos de un propósito y pensamiento políticos. Echaron mano violenta de aquel recurso los intrigantes y los hábiles; apelaron a él también los necesitados; acudieron al nuevo festín los merodeadores del Presupuesto, y a muy pocos pasos vino a ser la instrucción pública una fuente socorrida para la satisfacción de los compromisos y obligaciones, un ramo de la beneficencia nacional y una nueva orden o legión de pensionados, por merecimientos, motivos y circunstancias muy alejados del santo propósito y de la noble misión de educar e instruir”. Adelanta luego sus críticas a los métodos educativos imperantes en Venezuela a comienzos del siglo xx. No existía “la indispensable vigilancia, por las atenciones que imponen las frecuentes alteraciones del orden público; sin métodos pedagógicos, o uniformes o racionales; sin material escolar y didáctico; consagrado el abuso por ese arraigo que toma lo irregular en la naturaleza, henos aquí dando pábulo a la holgazanería, fomentando la presunción y el charlatanismo, ignorando en dónde están las sienes que merecen laureles, alejando —por la enseñanza de un empirismo ruidoso— a las generaciones jóvenes del estudio y conocimiento de su propio país, de su historia, de sus hombres, de sus condiciones y necesidades; pervirtiendo el criterio del pueblo con palabras pomposas y frases eufóricas; haciendo difusos todos los conceptos y diluyendo todas las ideas en un océano de circunlocuciones y sonoridades; sin que se le enseñe al niño la noción del deber y del respeto, ni esté instruido el ciudadano del valor y cantidad de las palabras que expresan su derecho; haciendo fácil y perpetuo un verdadero acarreo de multitudes ignoradas, sugestionadas por el prestigio de una propaganda de lirismos, sin caminos a lo positivo y práctico de la vida nacional; y para todo esto, sosteniendo una armazón irrisoria con ocho o diez millones de bolívares de la renta pública, gasto que yo no me puedo permitir sin el ensayo previo siquiera, de que esas erogaciones van a tener una representación honorable y distinguida, en resultados de provecho para aquellas clases sociales a que se las destina”. Estas críticas que en los comienzos de su gobierno hace Cipriano Castro de la política de obras públicas realizada por Guzmán Blanco y así como el análisis que rea-

liza en el documento de la situación de la educación en Venezuela y la promesa de reformas sustanciales que ofrece, muestran una vez más cómo los mejores propósitos de los gobernantes venezolanos se pierden en el mar de las palabras. Vencida en 1903 la poderosa Revolución Libertadora, Castro convierte el ejercicio del poder en el imperio del capricho y permite que sus colaboradores y amigos hagan del gobierno de la República un alegre festín interminable.

Las diferencias fundamentales en la manera de gobernar que pueden establecerse entre quienes forman el grupo de los caudillos rurales transformados en Presidentes de la República estriba fundamentalmente en su condición humana. Alcántara y Crespo, descreídos y enemigos de complicarse en los enredos de la crueldad, dejaron ancho campo al ejercicio de la oposición parlamentaria y periódica porque no creían en la eficacia *de los papelitos* como armas para derribar gobiernos. Sin mayores relaciones con la austeridad en el manejo de los fondos públicos, vieron como hecho natural y hasta plausible que las finanzas públicas se convirtieran en fuente de enriquecimiento y poder político y social para el grupo de sus insaciables amigos, fortaleciendo los viejos vicios del peculado, el tráfico de influencias y el nepotismo. Por su índole benévola, su estímulo a ciertas iniciativas de tímida reforma, su despreocupación burlona ante las continuas violaciones de la moral administrativa y de las normas jurídicas y por el partido popular que lo respaldaba Joaquín Crespo hubiera podido figurar en el cuadro directivo de nuestra singular democracia.

* * *

La invitación de mi amigo el veterano periodista Nelson Luis Martínez, de participar en la serie de entrevistas imaginarias que con tan buen suceso publica el suplemento cultural de "Últimas Noticias", me llevó a escribir estas confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez, de las cuales aparecieron algunos fragmentos.

Las confidencias se refieren a episodios fundamentales en la vida del dictador y conservan un absoluto respeto a la verdad histórica, tanto en el nombre y actuaciones de todos los personajes, como en relación a la cronología de los acontecimientos y a la ubicación de los escenarios regionales donde tales hechos tuvieron lugar. Las anécdotas recogen fielmente el testimonio de familiares, amigos, colabo-

radores y adversarios del dictador y no existe ningún episodio inventado con intención novelesca. Durante mucho tiempo he venido acopiando toda la documentación posible con miras a realizar un estudio de las dictaduras andinas y esa documentación ha sido la fuente fundamental en la redacción del presente ejercicio. En 1948 pude relacionarme con el general Régulo L. Olivares, quien en la intimidad del hogar y en los días *en que estaba de vena* era un conversador extraordinario, auxiliado por una memoria impresionante y de Olivares obtuve no solamente datos inéditos, sino también originales interpretaciones de los hechos históricos, pues había sido en su juventud actor y testigo de excepcional valor. Como reportero en los años 1944 y 1945 conocí y fui amigo de los generales Vincencio Pérez Soto y León Jurado, personajes de primera importancia en el largo dominio gomecista y hasta el día de su muerte frecuenté la amistad del ex-Presidente López Contreras, fuente excepcional para el conocimiento de la personalidad de Juan Vicente Gómez. De todos ellos recabé información y obtuve confidencias. En cuanto al estilo de Gómez en la construcción de sus diálogos o mejor monólogos, quedaron dos muestras de primera importancia por su fidelidad: el discurso pronunciado en El Trompillo ante el Congreso Nacional en 1929, en la oportunidad en que Senadores y Diputados viajaron hasta su hacienda para pedirle que continuara en el ejercicio de la Presidencia de la República, que fue transcrito por Antonio Victorino Medina, taquígrafo oficial del Congreso y publicado sin arreglos de secretario en los periódicos de la época y el discurso pronunciado en Las Delicias de Maracay en abril de 1932, poco antes de la reunión del Congreso que minutos después reconstruyó el periodista e historiador R. A. Rondón Márquez y publicado en la prensa de Caracas, años después de la muerte de Gómez.

Ni panfleto, ni alabanza, este es un simple ejercicio reporteril, un intento de acercarnos sin la solemnidad del historiador, ni la trascendencia del sociólogo, a un personaje y un escenario perdidos en la lejanía de la historia, pero presentes en las consecuencias que siempre dejan las obras buenas y malas de todo gobierno y el ejemplo de todo gobernante en la vida de la nación.

Además, ¿quién puede asegurar que esos hábitos mentales, que esa conducta social, que ese comportamiento frente a la ley y ante la fuerza que constituyeron la fisonomía tradicional de Venezuela han sido derrotados definitivamente por la simple razón de haber tenido que acu-

mularse la población campesina en verdaderos “campamentos de peregrinos” alrededor de las ciudades? ¿En el desprecio y colectiva transgresión de la ley, en el propósito constante y deliberado de violar toda norma reglamentaria, en el afán de burlar prohibiciones y de amenazar a los funcionarios que quieren hacer cumplir el ordenamiento legal con la destitución por obra de la protección arbitraria de poderosos personajes, en todos estos hechos diarios, palpables y crecientes no existe acaso el traslado al medio urbano de la tradición de arbitrariedad y capricho que domina todo nuestro siglo XIX? ¿Y la actitud amenazante, desafiadora y grosera del ciudadano convertido en simple guardián, en portero, en agente de policía o en fiscal de tránsito, actitud que oscila entre la vulgaridad y la incitación al soborno, no refleja la manera como el hombre de la calle ha entendido tradicionalmente el ejercicio de la función pública y la forma muy criolla de sentirse mandando? ¿Y no se estimula acaso la tradición caudillista cuando se convierte al democrático Presidente de la República en un dispensador casi divino del bien y el mal, dueño de todos los poderes y capaz de sustituir simultáneamente en sus funciones a los Ministros, a los Gobernadores, a los Alcaldes y a las Municipalidades? ¿Esas masas campesinas trasplantadas por mandato de la necesidad económica han recibido acaso el beneficio de una educación que efectivamente las adapte a una nueva realidad democrática y urbana? Podría afirmarse que simplemente reciben los relativos beneficios de vivir en la ciudad pero que su mentalidad, fundamentalmente, es la que heredaron en sus aldeas forjada en los moldes tradicionales y apenas modernizada o hipertrofiada por la cátedra de la televisión. Derrotada la escuela tradicional, la televisión es la única cátedra válida para las multitudes abandonadas a su suerte y maestra en la formación del carácter para la violencia y el delito. ¿Y acaso el arbitristo o la iluminación del elegido que legisla desde el siná del poder, el amiguismo, los seudocaudillismos provincianos, el peculado, el tráfico de influencias, el celestinaje han desaparecido? No, simplemente se han adaptado al estilo de la época, han encontrado acomodo en el vivir democrático y ya no sólo quieren convivir sino que se empeñan en apoderarse y tratar de regimentar los pasos de la democracia. Igual que antaño, las voces de denuncia claman en el desierto y como siempre las rodea un doble cinturón de aislamiento, el de quienes ya no creen en el valor correctivo de las denuncias y el formado por el odio peligroso de quienes las oyen como los últimos gritos de incómodos, anticuados y

abusivos guardianes de la moral en una sociedad de mudos y de cómplices. ¿Para qué entonces los viejos grillos de la tortura gomera?

No es sembrar cenizas, ni negar el progreso de la sociedad venezolana anotar estos hechos y plantear estos interrogantes. Es falso que en el campo de la política las sociedades sigan una línea recta, en ascenso hacia planos definitivamente superiores, sin posibilidades de retroceso. No es verdad que las naciones por el simple hecho de que concurren a los comicios cada determinado número de años vayan disparadas como una flecha hacia la altura.

La democracia como sistema aplicado al gobierno de los pueblos no puede justificar su papel con la simple construcción de bloques de viviendas, reparto de haciendas, reparto de créditos, retiro de las tropas a los cuarteles y su reemplazo en el ejercicio del poder por los comandos partidistas y sindicales y por el rotatorio predominio de las camarillas de amigos del gobernante de turno. La democracia es ante todo, y debe ser un estilo de vida nacional caracterizado por el riguroso equilibrio de cargas y ventajas entre los distintos sectores sociales y económicos, el mantenimiento del orden institucional y la sanción efectiva de quienes caen en faltas y delitos sin tener que acudir a la amenaza de cortar manos como lo ofrecen hoy al mundo los antiquísimos y muy modernos caudillos del Medio Oriente, tan ligado ahora a nuestra suerte nacional.

No es desconocer obras de la democracia, repetir que cuando este sistema de gobierno pierde el rumbo moral y sólo se preocupa por justificarse a través de sus rendimientos materiales nada hay más parecido en vicios y peligros a los tradicionales gobiernos del desaparecido caudillismo rural venezolano que un régimen democrático (gobierno y partidos) que guarde silencio encubridor y absuelva en familia las faltas y pecados de quienes se amparan en su sombra poderosa. Y más peligroso porque cuando las faltas y delitos son obra de una tiranía, queda la esperanza de la futura rectificación por obra de la sanción que dentro de un régimen de derecho entregan las leyes a los gobernantes para mantener el imperio de la moral. Pero cuando estos hechos ocurren dentro de un gobierno democrático y se convierten de delitos en hazañas productivas de fama y de poder, entonces el escepticismo y la frustración debilitan no al gobierno sino a la democracia y al final la entregan inerme. En una palabra abren el camino de la recaída. No por querer ignorar los hechos, éstos dejan de mostrarse con su elocuen-

cia taladrante. La democracia nunca puede culpar a terceros de sus crisis y desprestigio, pues es el único sistema de gobierno que tiene en el reconocimiento de sus propios pecados y en su público castigo, el camino de su fortalecimiento. Sus adversarios simplemente aprovechan sus debilidades secretas y sus deformaciones públicas, pero no son los autores ni de esas debilidades, ni de esas deformaciones.

Empezamos por anotar ciertos aspectos del papel desempeñado por los caudillos rurales del venezolanísimo siglo XIX y hemos llegado al final de estas consideraciones a referirnos a la historia que estamos escribiendo con nuestros actos y palabras. En cierta forma hay unidad en las reflexiones pues la historia es camino, espejo y mensaje.

Caracas, marzo, 1979.

INDICE GENERAL

ALGUNAS NOTICIAS SOBRE EL AUTOR	IX
EXPLICACIÓN	XI

I

LOS PASOS DE LOS HEROES

<i>La educación de Simón Bolívar</i>	3
<i>Bolívar y la moral de los gobernantes</i>	15
<i>El Congreso Constituyente de 1811</i>	29
<i>La amistad de Bolívar y Sucre</i>	45
<i>Presencia de Bolívar en el Perú</i>	71
<i>Cristóbal Mendoza o "la bondad útil"</i>	95
<i>Caída y destierro de Páez</i>	131
<i>Horas singulares de Valencia. 1830-1891</i>	171
<i>Los Decretos del Presidente Páez</i>	187

II

APROXIMACION A LA HISTORIA RURAL DE VENEZUELA

<i>El campo y el campesino en esta historia</i>	209
Los Viajeros. La visita de Humboldt	213
Los datos de Depons	221
El testimonio del Coronel W. M. Duane	230
El recorrido de un naturalista	240
Un libertador de América mira el paisaje	244

III

APUNTES PARA UNA REVISION DEL PROCESO
HISTORICO

<i>Notas sobre el proceso histórico venezolano</i>	259
<i>La caída del liberalismo amarillo</i>	317
<i>A propósito de Juan Vicente Gómez</i>	345

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Serie ESTUDIOS, MONOGRAFÍAS Y ENSAYOS

- Vol. 1: *El Coloniaje, la formación societaria de nuestro continente*. Por Edgar Galdón Márquez.
- Vol. 2: *Páginas biográficas y críticas*. Por Carlos Felice Cardot.
- Vol. 3: *Tratado de Confirmaciones Reales*. Por Antonio Rodríguez de León Pinelo. Estudio preliminar de Eduardo Arcila Farías.
- Vol. 4: *Datos para la historia de la educación en el Oriente de Venezuela*. Por Manuel Peñalver Gómez.
- Vol. 5: *La Tradición Saladoide del Oriente de Venezuela. La Fase Cuartel*. Por Iraida Vargas Arenas.
- Vol. 6: *Las Culturas Formativas del Oriente de Venezuela. La Tradición Barrancas del Bajo Orinoco*. Por Mario Sanoja Obediente.
- Vol. 7: *Organizaciones Políticas de 1936. Su importancia en la socialización política del venezolano*. Por Silvia Mijares.
- Vol. 8: *Estudios en Antropología, Sociología, Historia y Folclor*. Por Miguel Acosta Saignes.
- Vol. 9: *Angel S. Domínguez, escritor de nitida arcilla criolla*. Por Luis Arturo Domínguez.
- Vol. 10: *Estudios sobre las instituciones locales Hispanoamericanas*. Por Francisco Domínguez Compañy.
- Vol. 11: *Los Héroes y la Historia*. Por Ramón J. Velásquez.

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES DE ITALGRAFICA, S.R.L.,
EN LA CIUDAD DE CARACAS, EN EL MES
DE FEBRERO DE 1981

